

LOUIS DE BERNIÈRES

*La mandolina
del capitán Corelli*



Lectulandia

En plena Segunda Guerra Mundial, la llegada de los italianos trastoca la apacible vida de un remoto pueblo de la es la griega de Cefalonia. Pero aún más la de Pelagia —hija del médico— a causa del oficial italiano, el capitán Corelli, que va a alojarse en su casa. Surgirá el amor. Y también una tragedia que muy pronto interrumpirá la guerra de mentirijillas y la velada confraternización entre italianos y griegos.

Louis de Bernières ha conseguido un bello canto al amor y una afirmación de la vida y todo lo verdaderamente humano que tenemos los hombres y las mujeres. La ternura lírica y la sutil ironía con que está narrado nos envuelve desde la primera página.

Desde el momento de su primera publicación en 1994, *La mandolina del capitán Corelli* ha sido un éxito continuo con casi dos millones de ejemplares vendidos en todo el mundo y se ha convertido en una inolvidable película protagonizada por Penélope Cruz y Nicholas Cage.

Lectulandia

Louis De Bernières

La mandolina del capitán Corelli

ePub r1.0

Titivillus 16.01.16

Título original: *Captain Corelli's mandolin*

Louis De Bernières, 1994

Traducción: Luis Murillo Fort

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A mis padres, quienes en distintos lugares y de diferentes maneras lucharon
contra los fascistas y los nazis, y perdieron a muchos de sus mejores
amigos sin que nadie se lo agradeciera nunca.*

EL SOLDADO

*Allá en un frío campo de un mundo tácito
caminan juntos los jóvenes, altos y delgados,
y aunque ríen entre ellos nada rompe el silencio;
no hay sonido alguno por más voces que den.*

*Hablan juntos de lo que aquí amaron en vano,
pero el aire es demasiado tenue para transportar lo que dicen.
Eran la juventud dorada, pero aquí descubrieron el sufrimiento,
y si gris es ahora su oro, su juventud es senectud.*

*Pero sus corazones no han cambiado, y se gritan unos a otros,
¿Qué han hecho de las vidas que hubimos de descartar?
¿Son jóvenes y dorados como jóvenes y dorados éramos nosotros, hermano
mío?
¿Sonríen acaso a la muerte por haber muerto nosotros?*

*Allá en un frío campo de un mundo inexplorado
los jóvenes se buscan con ojos inquisitivos.
Se preguntan unos a otros, los jóvenes, los de dorado corazón,
por el mundo que les fue robado en su tranquilo paraíso.*

HUMBERT WOLFE

1. EL DOCTOR IANNIS COMIENZA SU HISTORIA Y TIENE UN CHASCO

El doctor Iannis había tenido un día más que pasable en que ninguno de sus pacientes había muerto ni empeorado. Había atendido el parto sorprendentemente fácil de una vaca, abierto un absceso, extraído una muela, dado una dosis de Salvarsán a una señora de vida alegre, practicado un desagradable pero espectacularmente fructífero enema y producido un milagro mediante un acto de prestidigitación médica.

Rió para sus adentros, pensando que sin duda aquel milagro estaba siendo ya pregonado como algo digno del mismísimo San Gerasimos. El doctor había ido a casa del viejo Stamatis, que se quejaba de dolor de oído, y se había encontrado examinando un conducto auditivo más húmedo, malsano, repleto de liquen y estalagmítico que la gruta de Drogarati. Se había puesto a limpiar aquello de liquen con la ayuda de un poco de algodón empapado en alcohol y enrollado al extremo de una cerilla larga. Sabía que el viejo Stamatis estaba sordo de aquel oído desde niño y que ello había sido una fuente constante de dolor, no obstante lo cual el doctor se sorprendió cuando, en las profundidades de la peluda cavidad, la punta de la cerilla pareció topar con una cosa dura y rígida; es decir, algo sin excusa fisiológica ni anatómica para estar allí. Llevó al anciano hasta la ventana, abrió los postigos de par en par, y una explosión de luz y calor meridanos inundó la habitación de un brillo deslumbrante, como si un ángel pesado y excesivamente luminoso hubiera escogido por error aquel lugar para una epifanía. La mujer de Stamatis hizo un gesto de desaprobación; dejar que entrase tanta luz a esa hora indicaba un mal gobierno de la casa. Estaba convencida de que así se levantaba mucho polvo; de hecho, veía claramente cómo las motas empezaban a elevarse ya de la superficie de las cosas.

El doctor Iannis le inclinó la cabeza al viejo y examinó el interior de la oreja. Con su larga cerilla apartó aquella maleza de hirsutos pelos grises adornados de escamas de caspa. Dentro había una cosa esférica. Rascó la superficie para retirar la dura capa de cerumen y vio un guisante. Porque era un guisante, sin duda; verde claro y con la superficie ligeramente fruncida: no podía ser otra cosa.

—¿Alguna vez se ha metido usted algo en la oreja? —preguntó el doctor.

—Sólo el dedo —contestó Stamatis.

—¿Y desde cuándo está sordo de este oído?

—Que yo recuerde, desde siempre.

El doctor Iannis vio cómo su imaginación le regalaba con una visión ridícula: Stamatis de pequeñito, la misma cara nudosa, idéntica cargazón de espaldas, idéntica exuberancia de vello aural, tendía la mano para coger un guisante seco de un cuenco sobre la mesa de la cocina. Tras llevárselo a la boca y encontrarlo demasiado duro, se lo introducía en la oreja. El doctor rió con disimulo y dijo:

—De pequeño debía de estar usted dando siempre la lata.

—Era de la piel de Barrabás.

—Tú calla, mujer, que ni siquiera me conocías entonces.

—Lo sé por tu madre, que en gloria esté —replicó la vieja, apretando los labios y cruzándose de brazos—, y lo sé por tus hermanas.

El doctor Iannis consideró el problema. Se trataba sin duda de un empedernido y recalcitrante guisante, y sacarlo de allí haciendo palanca no parecía tarea fácil.

—¿Tienen un anzuelo largo de esos de pescar salmonetes? ¿Y un martillo pequeño?

El matrimonio se miró con una única idea en la cabeza: el doctor había perdido el juicio.

—¿Qué tiene eso que ver con mi dolor de oído? —preguntó Stamatis, suspicaz.

—Padece usted un exorbitante impedimento auditorio —contestó el doctor, siempre consciente de la necesidad de mantener cierta mística médica y sabedor de que *un guisante en la oreja* no iba a reportarle ninguna gloria—. Puedo quitárselo con un anzuelo y un martillo pequeño, es el sistema ideal para vencer un *embarras de petit pois*. —Dijo esto último con un remilgado acento parisino, por más que él fuera el único presente en captar su ironía.

Le llevaron un anzuelo y un martillo, y el doctor procedió a enderezar cuidadosamente el anzuelo sobre las losas del suelo. Después llamó al viejo y le dijo que apoyara la cabeza en el alféizar para que le diera la luz. Stamatis obedeció y puso los ojos en blanco, mientras la vieja se cubría los suyos con las manos y miraba entre los dedos.

—Dese prisa, doctor —exclamó Stamatis—. Esto está que arde.

El doctor introdujo el gancho con cuidado en el cerdoso orificio y levantó el martillo, pero un ronco chillido que le recordó a un cuervo le distrajo de su quehacer. Estupefacta y horrorizada, la vieja esposa se retorció las manos, gimiendo *Oh, oh, va a meterle un anzuelo en la sesera. Cristo ten piedad, que los santos y la Virgen nos protejan*.

Aquella interpolación dio que pensar al doctor; reflexionó que si el guisante estaba muy duro, era bastante probable que la lengüeta del anzuelo no penetrara en él sino que lo hundiera aún más. El tímpano podía salir incluso mal parado. Se enderezó y con el dedo índice retorció su blanco bigote con aire pensativo.

—Cambio de planes —anunció—. Lo he pensado mejor y he decidido que será mejor verter agua en el oído y ablandar esta supererogatoria oclusión. Kyria, procure que tenga el oído lleno de agua tibia hasta que yo vuelva. No permita que el paciente se mueva, manténgalo tumbado de lado con la oreja llena de agua, ¿entendido?

El doctor Iannis regresó a las seis de la tarde y pescó el guisante reblandecido sin ayuda de martillo, grande o de otro tipo. Lo extrajo con destreza y se lo mostró a los Stamatis para que lo examinaran. Recubierto como estaba de una espesa cera oscura, rancio y maloliente, ninguno de los dos reconoció en el guisante una leguminosa.

—Es muy papilionáceo, ¿no les parece? —preguntó el doctor.

La anciana asintió con aspecto de haber comprendido, que no era el caso, pero con una expresión de asombro en los ojos. Stamatis se palmeó un lado de la cabeza y exclamó:

—Qué frío está esto, Dios. Y cuánto ruido. Quiero decir que todo suena fuerte. Hasta mi voz suena fuerte.

—Su sordera está curada —anunció el doctor Iannis—. Una operación muy satisfactoria, diría yo.

—¡Me han operado! ¡A mí! —exclamó Stamatis, complacido—. Soy la única persona que conozco que ha pasado una operación. Y ahora oigo. Es un milagro, desde luego. Noto la cabeza vacía, hueca, como si la tuviera llena de agua de manantial, fresca y transparente.

—¿En qué quedamos, está llena o está vacía? —preguntó la anciana señora—. No digas disparates delante del doctor que ha tenido la bondad de curarte.

La mujer tomó la mano de Iannis entre las suyas, la besó y al poco rato él estaba camino de su casa con un pollo debajo de cada brazo, una lustrosa berenjena negra en cada bolsillo de la chaqueta y envuelto en su pañuelo un viejo guisante que añadir a su museo médico particular.

En lo tocante a retribuciones había sido un buen día; además de dos magníficos langostinos grandes, había ganado un montón de boquerones, una maceta de albahaca y una propuesta de cópula sexual (realizable según su conveniencia). Había resuelto no aceptar aquella oferta en concreto, aun en caso de que el Salvarsán diera resultado. Le quedaba toda la tarde por delante para escribir su historia de Cefalonia, siempre que Pelagia se hubiera acordado de comprar petróleo para las lámparas.

La *Nueva historia de Cefalonia* estaba resultando un verdadero problema; parecía imposible escribirla sin que sus sentimientos y prejuicios se entrometieran en la redacción. La objetividad parecía una cosa inalcanzable, y tenía la impresión de que sus falsos comienzos habían supuesto un mayor gasto de papel del normal en toda la isla a lo largo de un año. La voz que asomaba en su relato era obstinadamente suya; carecía de la *grandeur* y la imparcialidad de la historia. En una palabra, no era olímpica.

Se sentó y escribió: «Cefalonia es una fábrica que produce niños para la exportación. Hay más cefalonios en el extranjero o en alta mar que en la propia isla. No hay industria autóctona que mantenga unidas las familias, no hay suficiente tierra cultivable, hay escasez de peces en el mar. Nuestros hombres se van al extranjero y regresan aquí para morir, somos una isla de niños, solteronas, sacerdotes y ancianos. Lo único bueno de todo esto es que sólo las mujeres hermosas encuentran marido entre los hombres que quedan, de modo que la urgencia de la selección natural ha hecho que contemos con las mujeres más hermosas de toda Grecia y puede que de toda la región mediterránea. Lo malo de ello es que, por una parte, tenemos mujeres bellas y animosas casadas con los maridos más grotescos e inapropiados, hombres

que no valen ni valdrán nunca para nada, y, por la otra, unas cuantas mujeres feas y tristes nacidas para ser viudas sin haber tenido nunca marido».

El doctor rellenó su pipa y leyó el párrafo entero. Oyó a Pelagia atareada en el patio con los cacharros, disponiéndose a cocer los langostinos. Leyó lo que había escrito sobre las mujeres hermosas y se acordó de su esposa, tan encantadora como ahora su hija, muerta de tuberculosis pese a todos sus esfuerzos por salvarla. «Esta isla traiciona a su propia gente en el mero acto de existir», escribió, y luego arrugó la hoja de papel y la arrojó a un ángulo de la habitación. Así no había manera: ¿por qué no podía escribir como los historiadores? ¿Por qué no podía escribir sin pasión, sin ira, sin sensación de denuncia y de angustia? Recogió, alabeado ya por las esquinas, el primer papel que había escrito. Era la portada: *Nueva historia de Cefalonia*. Tachó las dos primeras palabras y las sustituyó por *Historia personal*. Ahora ya podía olvidarse de excluir los adjetivos intencionados y los viejos rencores históricos; ahora podía permitirse ser vitriólico con los romanos, los normandos, los venecianos, los turcos, los británicos e incluso con los propios isleños. Escribió:

«La semiolvidada isla de Cefalonia surge impróvida e impremeditadamente del mar Jónico. Es una isla tan inmensamente antigua que hasta las rocas exhalan un aire de nostalgia, y la tierra rojiza yace estupefacta no sólo a causa del sol sino del insoportable peso de la memoria. Los navíos de Ulises fueron construidos con pino de Cefalonia, sus guardaespaldas eran gigantes cefalonios, y algunos sostienen que su palacio no estaba en Ítaca sino en Cefalonia.

»Pero antes incluso de que aquel taimado rey errante recibiera el apoyo de Atenea o fuera dejado a la deriva por la implacable malignidad de Poseidón, los pueblos mesolíticos y neolíticos ya hacían cuchillos de obsidiana y lanzaban redes para pescar. Llegaron los helenos micénicos dejando a su paso fragmentos de ánforas y tumbas de falsa cúpula, y legando una progenie que mucho después de la partida de Ulises lucharía por Atenas, sufriría la tiranía espartana y derrotaría incluso al megalómano Felipe de Macedonia, padre de Alejandro, curiosamente llamado “el Magno” y más descabelladamente megalómano, si cabe, que su padre.

»Era una isla repleta de dioses. En la cima del monte Aínos había un templo dedicado a Zeus, y otro en el minúsculo islote de Thios. Deméter era venerada por hacer de la isla el granero de Jonia, así como Poseidón, el dios que la había violado bajo el disfraz de un semental, dejándola embarazada de un caballo negro y de una hija mística cuyo nombre se perdió en el olvido cuando los misterios eleusinos fueron prohibidos por los cristianos. Aquí estaba Apolo, el que mató a la Pitón, guardián del ombligo del mundo, hermoso, juvenil, sabio, justo, fuerte, hiperbólicamente bisexual y único dios a quien las abejas habían dedicado un templo de cera y plumas. Aquí se veneraba también a Dionisos, dios del vino, el placer, la civilización y la vegetación, que con Afrodita concibió un muchacho dotado del pene más gigantesco que haya cargado jamás hombre o dios. También tenía aquí su culto Artemisa, la virgen cazadora de numerosos pechos, una diosa de tan radicales convicciones feministas

que hizo devorar a Acteo por sus propios perros después que éste la viera accidentalmente desnuda, y a su amante Orión sucumbir a los escorpiones por haberla tocado fortuitamente; su rigorismo con la etiqueta y los castigos sumarios era tan enervante que podía despachar dinastías enteras por una palabra fuera de lugar o un pequeño retraso en una oblación. Había templos también para Atenea, la virgen perpetua que —con un dominio de sí misma comparable al de Artemisa— cegó a Tiresias por sorprenderla desnuda; tenía formidables dotes para las tan indispensables artes de la vida doméstica y era la protectora de los bueyes, los caballos y las aceitunas.

»En su elección de dioses la gente de la isla demostraba el inmenso e intransigente sentido común que ha sido el secreto de su supervivencia a lo largo de los siglos; es evidente que había que venerar al rey de las deidades, evidente que un pueblo marino apaciguara al dios del mar, evidente que los vinateros honrasen a Dionisos (sigue siendo el nombre más común en la isla), evidente que se honrase a Deméter por hacer de aquélla una isla autosuficiente, evidente que se venerara a Atenea por su sabiduría y habilidad en las tareas de la vida cotidiana, del mismo modo que a ella le correspondía supervisar tantas y tantas emergencias militares. Tampoco debe sorprender a nadie que Artemisa tuviera su culto, puesto que venía a ser una especie de infalible póliza de seguros; aun así, Artemisa era una latosa de cuidado y afortunadamente sus malas pasadas iban a tener otros parajes por escenario preferente.

»La elección de Apolo como objeto de culto en Cefalonia es a la vez la más y la menos enigmática. Resulta inexplicable para aquellos que jamás han estado en la isla, e ineludible para quienes la conocen ya que Apolo es un dios al que se asocia con el poder de la luz. El extranjero que llega a la isla suele quedarse ciego un par de días.

»Se trata de una luz en la que no parece interponerse el aire ni la estratosfera. Es completamente virgen, produce una abrumadora transparencia focal, posee fuerza y brillantez heroicas. Expone los colores en su estado anterior a la Caída, como recién salidos de la imaginación de Dios en Sus años mozos, cuando aún creía que todas las cosas eran buenas. El verde oscuro de los pinos tiene una insondable intensidad que intimida, el ancho mar visto desde lo alto de un acantilado es platónico en su despliegue de azul celeste, turquesa, esmeralda, verde cromo y lapislázuli. El ojo de una cabra es una viviente piedra semipreciosa a mitad de camino entre el ámbar y la perla, y los grillos son del verde fluorescente de los vástagos de hierba del Edén original. Una vez los ojos se acostumbran a la extremada castidad vestal de esta luz, la luz de cualquier otro lugar resulta, en comparación, triste y acuosa; no es otra cosa que un medio para ver, un chasco, una imperfección. Incluso el mar de Cefalonia es más transparente que el aire de muchos lugares; uno puede nadar en sus aguas contemplando el distante lecho marino y ver claramente las lúgubres rayas que por alguna razón siempre van acompañadas de diminutas platijas».

El culto doctor se retrepó en su asiento y leyó lo que acababa de escribir. Le

pareció de lo más poético. Lo leyó de nuevo de arriba abajo y paladeó algunas de las frases. Luego escribió al margen: «Recordar que todos los cefalonios son poetas. ¿Dónde puedo meter esto?».

Salió al patio y se alivió sobre la mancha de menta. Solía nitrogenar las hierbas por estricta rotación, y mañana le tocaba al orégano. Volvió al interior de la casa en el momento en que la pequeña cabra de Pelagia masticaba sus escritos con manifiesta satisfacción. Arrancó el papel de la boca del animal y ahuyentó a éste, que salió dando saltitos por la puerta y se puso a balar indignado tras el grueso tronco del olivo.

—Pelagia —le reconvino el doctor a su hija—, tu maldito rumiante se ha comido todo lo que he escrito esta noche. ¿Cuántas veces he de decirte que no lo dejes entrar en casa? Como haya una próxima vez, acabará en el asador. No te lo diré otra vez. Con lo que cuesta no irse por las ramas, sólo falta que este bicho sabotee todo mi trabajo.

Pelagia miró a su padre y sonrió:

—Cenaremos a las diez.

—¿Has oído lo que te he dicho? Basta de cabras en la casa, ¿entendido?

Ella dejó el pimiento que estaba cortando a rodajas, se apartó un mechón de la cara y contestó:

—Le tienes tanto cariño como yo.

—En primer lugar, yo no le dispenso cariño a ese rumiante, y en segundo lugar haz el favor de no discutir conmigo. En mis tiempos las hijas no discutían con sus padres. No lo permitiré.

Pelagia se llevó una mano a la cadera y torció el gesto.

—Papa —dijo—, todavía son tus tiempos. Que yo sepa, aún no te has muerto. Además, la cabra te tiene cariño.

El doctor Iannis volvió la cabeza vencido y desarmado. Era abominable que una hija utilizara ardides femeninos contra su propio padre y al mismo tiempo le recordara a su madre. Volvió a su mesa y cogió otra hoja de papel. Si mal no recordaba, en su última tentativa se había apartado del tema de los dioses para hablar de peces. Desde un punto de vista literario, era casi una suerte que la cabra se hubiera comido el papel. Escribió: «Sólo una isla tan impúdica como Cefalonia cometería la ligereza de situarse sobre una falla que la expone al peligro cíclico de catastróficos terremotos. Sólo una isla tan descuidada como ésta se dejaría infestar por semejante troupe de impertinentes cabras despreocupadas».

2. EL DUCE

Ven aquí. Sí, tú. Ven aquí. Vamos a ver; ¿cuál te parece mi mejor perfil, el derecho o el izquierdo? ¿De veras lo crees así? Yo no estoy tan seguro. Puede que el labio inferior tenga una configuración más bonita del otro lado. Oh, claro, estás de acuerdo. ¿Debo suponer que estás de acuerdo con todo lo que digo? Oh, sí, claro. Entonces ¿cómo quieres que me fíe de tus opiniones? ¿Y si digo que Francia está hecha de baquelita? ¿También es verdad? ¿Estarás de acuerdo? ¿Qué quiere decir sí señor, no señor, no sé señor; qué clase de respuestas son ésas? ¿Eres cretino o algo así? Ve a buscarme unos espejos para que pueda comprobarlo por mí mismo.

Sí, por supuesto que es importante y además muy lógico que la gente pueda percibir en mi persona la apoteosis del ideal italiano. A mí no me pillan en ropa interior. Si a eso vamos, ni siquiera en traje y corbata. Nunca más. No dejaré que me consideren un burócrata, un hombre de negocios; además, este uniforme me sienta bien. Soy la encarnación de Italia, posiblemente más que el propio rey. Te presento a Italia, elegante y marcial, donde todo funciona como un reloj. Italia: inflexible como el acero. Una de las grandes potencias, gracias a mí.

Ah, los espejos. Déjalos ahí. No, idiota, ahí. Sí, ahí. Ahora deja el otro allí. Por el amor de Dios, ¿es que tengo que hacerlo todo yo? Pero ¿qué te pasa hombre? Mmm, creo que prefiero el izquierdo. Inclina ese espejo un poco hacia abajo. Más. Alto. Eso es. Estupendo. Debemos arreglarlo para que el pueblo me vea siempre desde una posición inferior. He de estar siempre más arriba que ellos. Manda a alguien a la ciudad en busca de los mejores balcones. Apúntatelo. Y también anota esto, ahora que aún me acuerdo: Por orden del Duce, que se proceda a una repoblación forestal máxima de todos los montes italianos. ¿Cómo que para qué? Está bien claro, ¿no? A más árboles, más nieve, eso lo sabe todo el mundo. Italia ha de ser un país más frío para que sus hombres sean más duros, elásticos e ingeniosos. Es así de triste, pero es verdad, nuestros jóvenes no son tan buenos soldados como sus padres. Necesitan más frío para ser como los alemanes. Hielo en el espíritu, eso es lo que necesitamos. Te aseguro que el país se ha calentado desde la Gran Guerra. El calor convierte a los hombres en perezosos e incompetentes. No aptos para el imperio. La vida se transforma en una siesta. No me llaman el Dictador Que No Duerme porque sí, yo no me paso la tarde dormitando. Apunta. Ahí va un nuevo eslogan: *Libro e Moschetto-Fascisto Perfetto*. Quiero que la gente entienda que el fascismo no es sólo una revolución social y política, sino también cultural. Cada fascista debe llevar un libro en su mochila, ¿comprendes? No vamos a ser unos incultos. Quiero un club del libro hasta en el pueblo más pequeño, y que a los malditos squadristi no se les ocurra ir a prenderles fuego, ¿está claro?

¿Y qué es eso de que un regimiento de *alpini* ha desfilado por Verona cantando *Vogliamo la pace e non vogliamo la guerra*? Quiero que se investigue. Nada de tropas de élite marchando por ahí cantando canciones pacifistas/derrotistas cuando

aún no estamos en guerra propiamente dicha. Y hablando de alpini, ¿qué es eso de que se lían a puñetazos con los legionarios fascistas? ¿Qué más tengo que hacer para que los militares acepten la milicia? A ver qué te parece este otro eslogan: *La guerra es al hombre lo que la maternidad es a la mujer*. Estarás de acuerdo en que es muy bueno. Un bonito eslogan cargado de virilidad, mucho mejor que *Iglesia, cocina e hijos* toda la semana. Llama a Clara y dile que iré esta noche si puedo escaparme de mi mujer. Qué te parece este otro: *Con osada cautela*. ¿Estás seguro? Yo no recuerdo que Benni lo utilizara en ningún discurso. Debió de ser hace muchos años. Quizá no sea tan bueno, a fin de cuentas.

Anota esto. Quiero que nuestra gente destacada en África entienda de una vez que el así llamado *madamismo* tiene que acabar. No tolero la idea de que hombres italianos funden hogar con mujeres nativas y diluyan la pureza de la sangre. No, las prostitutas nativas me traen sin cuidado. Las *sciarmute* son indispensables para la moral de nuestros hombres en África. Pero no permitiré amoríos, eso es todo. ¿Qué quieres decir con que Roma fue asimilacionista? Esto ya lo sé, y sé que estamos reconstruyendo el imperio, pero los tiempos han cambiado. Ésta es la era fascista.

Y hablando de negros, ¿has visto mi ejemplar de ese panfleto titulado *Partito e Impero*? Me gusta ese pasaje que dice «En resumen, debemos procurar dar a los italianos una mentalidad racista e imperialista». Ah, sí, los judíos. Creo que ha quedado perfectamente claro que los judíos italianos han de decidir qué son primero, judíos o italianos. Así de sencillo. No se me escapa que la judería internacional es antifascista. No soy tonto. Sé perfectamente que los sionistas son la herramienta de la política exterior británica. Por lo que a mí respecta, debemos hacer cumplir los cupos de contratación de judíos para cargos públicos; no toleraré ninguna desproporción y me da igual si eso significa que algún pueblo se quede sin alcalde. Debemos estar a la altura de nuestros camaradas alemanes. Sí, sé que al Papa no le gusta, pero tiene demasiado que perder como para jugarse el cuello. Sabe que puedo revocar los pactos lateranenses. Le tengo metido un tridente por el trasero y sabe que se lo puedo dejar hecho una pena. Renuncié al materialismo ateo por el bien de la paz, pero de ahí no paso.

Apunta: quiero la congelación de los salarios para controlar la inflación. Incrementaremos los subsidios familiares en un cincuenta por ciento. No, no creo que lo último elimine los efectos de lo primero. ¿Crees que no entiendo de economía? ¿Cuántas veces he de explicarte, so bobo, que la economía fascista es inmune a las perturbaciones cíclicas del capitalismo? ¿Cómo te atreves a contradecirme y a afirmar que la verdad es lo contrario? ¿Por qué crees que hemos optado por la autarquía durante estos años? Hemos tenido unos problemillas de ajuste, nada más, *zuccone*, *sciocco*, so *balordo*. Envía un telegrama a Farinacci diciendo que lamento que se haya quedado manco, pero qué esperaba si fue a pescar con granadas de mano. Di a la prensa que ha sido resultado de un acto heroico. Que salga un artículo el lunes en *Il Regime Fascista*, algo como «Dirigente fascista herido en valiente acción contra los

etíopes». Eso me recuerda una cosa. ¿Cómo van los experimentos con el gas venenoso que empleamos contra los guerrilleros negros? Espero que los *rifiuto* se vayan muriendo poco a poco. Agonía máxima. *Pour encourager les autres*. ¿Y si invadimos Francia? ¿Qué te parece *El fascismo supera los antagonismos de clase*? ¿Ha llegado ya Ciano? He recibido informes de todas las regiones del país diciendo que predomina un abrumador sentimiento antibélico. No lo entiendo. Los industriales, la burguesía, la clase obrera, hasta el ejército, santo Dios. Sí, ya sé que hay una delegación de artistas e intelectuales esperando. ¿Cómo? ¿Que van a darme una condecoración? Hazlos pasar enseguida.

Buenas tardes, caballeros. Debo decir que es para mí un honor recibir esta distinción de algunas de nuestras mentes... más preclaras. Lo llevaré con orgullo. ¿Cómo marcha su nueva novela? Oh, perdone, me he confundido. Pues claro que es usted escultor. Ha sido un lapsus. ¿Una nueva estatua de mí? Espléndido. Milán necesita monumentos, ¿no cree? Déjenme que le recuerde, aunque estoy seguro de que no es necesario, que el fascismo es fundamentalmente y en el fondo una concepción estética, y que su función como creadores de objetos bellos es describir con la mayor eficacia la sublime belleza y la inevitable realidad del ideal fascista. No lo olviden; si las fuerzas armadas son los cojones del fascismo y yo su cerebro, ustedes son su imaginación. Recae sobre ustedes una enorme responsabilidad. Y ahora, si me disculpan, caballeros, asuntos de Estado, ya saben cómo son estas cosas. Tengo una audiencia con su majestad el rey. Cómo no, le transmitiré sus más profundos sentimientos de lealtad. Él no espera menos de ustedes. Buenas tardes.

Bien, ya me he librado de ellos. Es bonita la medalla, ¿no? A lo mejor se la regalo a Clara. Seguro que lo encontrará muy divertido. Ah, ahí viene Ciano. Ya era hora. Habrá estado destrozando algún campo de golf, seguro. Lo considero un juego de lo más estúpido. Lo comprendería si se tratara de darle a un conejo o de interceptar a alguna que otra perdiz. Que yo sepa, los hoyos no se comen.

Ah, Galeazzo, me alegro de verte. Pasa, pasa. Bene, bene. ¿Cómo está mi querida hija? Es estupendo poder tener el gobierno en casa, por así decir, y contar con alguien en quien confiar. ¿Has ido a jugar a golf? Me lo imaginaba. Bonito juego, fascinante, un verdadero reto, tanto físico como intelectual. Ojalá tuviera tiempo para practicarlos. Yo es que me pierdo cuando se empieza a hablar de *irons, cleeks y putters*. Un verdadero misterio eleusino. *Eleusino*, eso he dicho. Bueno, déjalo estar. Magnífico traje llevas. Qué buen corte. Y los zapatos, muy elegantes también. ¿Que se llaman *George boots*? Me extraña. No son ingleses, ¿verdad? Yo me conformo con unas genuinas botas militares; no puedo competir contigo en elegancia, Galeazzo, soy el primero en admitirlo. Soy mucho más terrenal, y no se puede ser nada mejor cuando la tierra resulta ser la italiana, ¿no estás de acuerdo?

Bueno, mira, hemos de solucionar esto de los griegos de una vez por todas. Convendrás conmigo en que después de todos nuestros logros necesitamos una nueva dirección. Piénsalo, Galeazzo; cuando yo era periodista Italia no tenía un imperio del

que hablar. Ahora que soy el Duce sí lo tenemos. Es un gran legado, de eso no cabe duda. Siempre hay más ovaciones para una sinfonía que para un cuarteto. Pero ¿podemos detenernos en África y en un puñado de islas de las que nadie ha oído hablar? ¿Podemos dormirnos en nuestros laureles cuando no dejan de producirse disensiones en el partido y descubrimos que nuestra política no cuenta con un respaldo fuerte? Tenemos que dinamitar el trasero de la nación, ¿no es cierto? Necesitamos una gran empresa unificadora. Necesitamos un enemigo y mantener el ímpetu imperial. Por eso vuelvo al asunto de los griegos.

He estado examinando los archivos. En primer lugar tenemos una mancha histórica que borrar. Me estoy refiriendo al incidente Tellini de 1923. Por cierto, mi querido conde, estoy al corriente de que has estado haciendo política exterior a espaldas mías y que, en consecuencia, a menudo nos encontramos tirando en direcciones opuestas de la cuerda. No, no protestes, lo menciono como algo simplemente desagradable. Nuestro embajador en Atenas está muy confuso y puede que nos interese que continúe así. No quiero que Grazzi vaya dándole pistas a Metaxas, y nos conviene que sigan siendo buenos amigos. Aquí no ha pasado nada; hemos ocupado Albania y he escrito a Metaxas para tranquilizarle y alabar el tratamiento que ha dado al rey Zogu. Sí, sé que los ingleses se han puesto en contacto con Metaxas para decirle que los albaneses defenderán Grecia en caso de invasión. Sí, sé que Hitler quiere a Grecia en el Eje, pero, pregunto, ¿qué deuda tenemos con Hitler? Pone a toda Europa patas arriba, su codicia y su irresponsabilidad parecen ilimitadas, y para colmo se apropia de los yacimientos de petróleo rumanos sin dejarnos ni una tajada del pastel. Tendrá cara... ¿Quién se ha creído que es? Me temo, Galeazzo, que debemos basar nuestras acciones en un cálculo de probabilidades; ver de qué lado caen los dados. Y he de decir que resulta obvio que Hitler tiene todos los seis. O nos unimos a él y nos repartimos el botín, o nos arriesgamos a que nos invadan desde Austria tan pronto ese poca cosa lo tenga a bien. Es cuestión de aprovechar las oportunidades y eludir los peligros. Y también de ensanchar el imperio. Hay que seguir fomentando los movimientos de liberación en Kosovo y el irredentismo en Tsamouria. Tenemos Yugoslavia y tenemos Grecia: Imagínate, Galeazzo, todo el litoral mediterráneo convertido en un nuevo Imperio Romano. Tenemos Libia, sólo nos resta unir los puntitos. Hemos de hacerlo sin decírselo a Hitler; me he enterado de que los griegos le han pedido garantías. Figúrate la impresión que se llevará el Führer cuando nos vea arrasas Grecia en cuestión de días. Seguro que se lo pensará dos veces. Imagínate al frente de una legión fascista entrando en Atenas en la torreta de un tanque. Imagina nuestra bandera ondeando en el Partenón.

¿Recuerdas el plan Guzzoni, lo de las dieciocho divisiones y un año de preparación? Y que entonces dije «Grecia no está en nuestro camino y yo no quiero nada de Grecia» y luego le dije a Guzzoni: «La guerra con Grecia se acabó. Grecia es un hueso sin chicha y no vale la vida de un granadero sardo». Pues bien, las cosas han

cambiado, Galeazzo. Aquello lo dije porque quería tener Yugoslavia. Pero ¿por qué no las dos? ¿Quién dice que necesitamos un año de preparativos? Un general imbécil y anticuado, quién va a ser. Con nuestra cohorte de legionarios podríamos invadir en una semana. No hay en el mundo soldados tan dispuestos y valientes como los nuestros.

Los británicos nos están provocando. No hablo de De Vecchi y sus desvaríos. A propósito. De Vecchi te dijo que los británicos habían atacado un submarino en Levkas y dos en Zenta, y que tenían una base en Milos. El informe del capitán Moris dice que nada de eso ha sucedido. Ante todo debes recordar que De Vecchi es un lunático y un megalómano, y un día de éstos, cuando me acuerde, le colgaré de su abundante bigote y le arrancaré los testículos sin anestesia. Menos mal que está en el Egeo y no aquí, si no estaría hasta el gorro de sus tonterías. Ese hombre es capaz de enturbiar todo el mar Egeo.

Pero los británicos sí han hundido el Colleoni, y los griegos van y dejan que los barcos británicos entren a puerto. ¿Qué quieres decir con que nosotros bombardeamos accidentalmente un buque de abastecimiento y un destructor griegos? ¿Accidentalmente? Bueno, da igual, menos barcos que hundir después. Grazzi dice que en Grecia no hay ninguna base británica, pero se lo pasaremos por alto, ¿o no? Decir que sí hay bases no es nada malo, lo importante es que hemos conseguido que Metaxas se acojone. Confío en que este informe tuyo de que los generales griegos están con nosotros sea de fiar; si es cierto, ¿cómo es que han arrestado a Platis? ¿Y dónde ha ido a parar todo el dinero con que se suponía íbamos a sobornar a los oficiales? Son millones, una bonita suma que habría sido mejor emplear en comprar rifles. ¿Estás seguro de que la población del Epiro quiere ser albanesa? ¿Cómo lo sabes? Ah, ya, el servicio de inteligencia. Por cierto, he decidido no preguntar a los búlgaros si quieren invadir al mismo tiempo. Naturalmente que nos facilitaría las cosas, pero de todos modos va a ser un paseo, y si los búlgaros consiguen un pasillo hasta el mar eso sólo servirá para cortar nuestras propias líneas de abastecimiento y comunicaciones, ¿no crees? En ningún caso queremos que disfruten de una victoria que de hecho nos pertenece.

Quiero que te encargues de organizar algunos ataques contra nuestras fuerzas. Esta campaña requiere legitimización por razones de política internacional. No, los americanos no me preocupan; América carece de importancia militar. Pero recuerda: invadiremos cuando queramos, ni antes ni después. No quiero ningún casus belli que nos comprometa antes de estar listos. Avanti piano, quasi indietro. Creo que deberíamos escoger a un patriota albano para asesinarlo y luego culpar a los griegos, y creo que deberíamos hundir algún buque de guerra griego de manera que esté claro que lo hemos hecho nosotros, pero no tan claro como para no poder cargar el mochuelo a los británicos. Se trata de intimidar a los griegos para debilitarlos moralmente.

A propósito, Galeazzo, he decidido desmovilizar el ejército justo antes de la

invasión. ¿Cómo que te parece una idea perversa? Se trata de conseguir que los griegos bajen la guardia y de mantener una apariencia de normalidad. Piénsalo bien, Galeazzo, sería una maniobra perfecta. Dejamos que los griegos suspiren de alivio y luego los derribamos de un mazazo.

He hablado con los jefes de estado mayor, mi querido conde, y les he pedido que redacten planes para la invasión de Córcega y las islas jónicas, y para nuevas campañas en Tunicia. Estoy seguro de que podemos hacerlo. Ellos siempre se quejan de la falta de transporte, de modo que he ordenado que la infantería se entrene en marchas de ochenta kilómetros diarios. Hay un pequeño problema con la Fuerza Aérea; está acartonada en Bélgica; supongo que habrá que hacer algo un día de éstos. Recuérdamelo. He de hablar de ello con Pricolo; no puede ser que el jefe de la Fuerza Aérea sea el único que no sabe qué está pasando. El secreto militar tiene sus límites. Los jefes de estado mayor se me resisten. Badoglio me mira como si yo estuviera chiflado. Algún día se topará con la mismísima Némesis y creerá que soy yo. Por ahí no paso. Considero que deberíamos tomar Creta también, para que no se cuelen los británicos.

Jacomoni me ha telegrafiado a propósito de los griegos; dice que va a haber muchos traidores entre sus filas, que los griegos odian a Metaxas y al rey, que son muy pesimistas y que están pensando en abandonar Tsamouria. Parece que Dios está con nosotros. Habrá que hacer algo sobre eso de que tanto su majestad como yo seamos primer mariscal del reino; uno no puede vivir entre semejantes anomalías. Por cierto, Prasca me ha telegrafiado para informar que no necesita refuerzos para la invasión, entonces ¿por qué todo el mundo me dice que sin refuerzos no lo lograremos? Eso es falta de agallas. No hay experto más iluso que un experto militar, lo sé por experiencia. Parecería que tengo que hacer yo su trabajo. No hacen más que lamentarse de la escasez de esto y aquello. ¿Cómo es que se han esfumado todos los fondos de previsión? Quiero que se investigue.

Déjame recordarte, Galeazzo, que Hitler se opone a esta guerra porque Grecia es un estado totalitario que por lógica debería estar de nuestra parte. O sea que no le digas nada. Le enseñaremos lo que es una bilitzkrieg de verdad, ya verás cómo le corroe la envidia. Y me da igual si luego intervienen los británicos. Los aplastaremos también.

¿QUIÉN HA DEJADO ENTRAR A ESE GATO? ¿DESDE CUÁNDO HAY UN GATO EN PALACIO? ¿ES ÉSE EL GATO QUE SE HA CAGADO EN MI CASCO? YA SABES QUE NO SOPORTO LOS GATOS. ¿CÓMO QUE ASÍ AHORRAMOS EN RATONERAS? NO ME DIGAS CUÁNDO DEBO UTILIZAR MI REVÓLVER EN CASA. APARTA O TE METO UNA BALA A TI TAMBIÉN. Dios mío, me da náuseas. Soy muy sensible, Galeazzo, tengo temperamento artístico; no debería mirar todo ese revoltijo de sangre. Haz que lo limpie alguien, no me encuentro bien. ¿Qué quieres decir con que aún no está muerto? Sácalo de aquí y retuércelo el pescuezo. NO, NO QUIERO HACERLO YO MISMO. ¿Acaso crees que soy un bárbaro? Santo Dios. Dame el casco, rápido, necesito vomitar.

Deshazte de éste y búscame un casco nuevo. Iré a tumbarme un poco, ya hace rato que debe de haber pasado la hora de la siesta.

3. EL FORZUDO

Las inescrutables cabras del monte Aínos volvieron la cabeza hacia barlovento e inhalaron el húmedo vaho del mar mañanero que hacía las veces de agua en aquella tierra árida, truculenta e indómita. Su pastor, Alekos, hombre tan poco habituado a la compañía humana que era de pocas palabras incluso hablando para sus adentros, se agitó bajo los pellejos que le servían de cobija, alargó la mano para tocar la alentadora caja de su fusil y volvió a hundirse en el sueño. Habría tiempo de sobra para despertar, para comer pan espolvoreado de orégano, contar su rebaño y arrearlo hasta algún sitio donde pudiera pastar. La vida de Alekos era eterna, él podía muy bien haber sido uno de sus antepasados, y también sus cabras hacían lo que siempre habían hecho las cabras de Cefalonia; dormían a mediodía resguardadas del sol al socaire de la cara norte de los riscos, y por la noche sus reverberantes esquilas podían oírse hasta en Ítaca, viajando en el aire silente y haciendo que lejanos lugareños alzaran sus cabezas preguntándose qué rebaño estaba pasando por allí. Alekos era un hombre que a los sesenta años sería igual a como había sido a los veinte, delgado pero fuerte, un prodigio de resistencia y tan incapaz de un vuelo mercurial como cualquiera de sus cabras.

Bastante más abajo un penacho de humo se elevaba hacia el cielo mientras ardía un valle deshabitado, el monte bajo quemaba sin que nadie se diera cuenta, sólo observado por quienes temían que pudiera levantarse viento y llevar las chispas hasta sus moradas, sus hierbas o sus minúsculos sembrados pedregosos cercados de montones de rocas oportunamente reunidas a lo largo de los siglos formando muros que se tambaleaban de sólo tocarlos pero que no caían más que en época de terremotos. El amor de los griegos por el color de la virginidad había hecho que muchos de ellos estuvieran pintados de blanco, como si no bastara con el sol para cegarle a uno. Un patriota ambulante había pintarrajeado en muchos la palabra ENOSIS con pintura turquesa, y ningún cefalonio había tenido a bien restituir la pureza de los muros. Cada uno de éstos, al parecer, les recordaba su pertenencia a una familia rota por las aberrantes fronteras de seniles imperios rivales, diseminada por un mar refractario y convertida en víctima de una historia que los había puesto en la encrucijada del mundo.

Nuevos imperios besaban ahora las playas de los antiguos. En poco tiempo no se trataría ya del incendio de un valle o de la muerte por las llamas de lagartos, puercoespines y langostas; se trataría de la incineración de judíos y homosexuales, gitanos y enfermos mentales. Serían otra vez Guernica y Abisinia a gran escala sobre los cielos de Europa y norte de África, Singapur y Corea. Las autoungidas razas superiores, ebrias de Darwin y de hipérbole nacionalista, embrutecidas por la eugenesia y engatusadas por el mito, estaban templando las máquinas del genocidio que pronto sería desencadenado sobre un mundo hartado ya de tanta bufonada y tanta

vanagloria despreciable.

Pero a todos provoca admiración y seduce la fuerza. A Pelagia también. Cuando supo por un vecino que en la plaza había un forzado haciendo prodigios dignos del mismísimo Atlas, dejó la escoba con que había estado barriendo el patio y corrió a sumarse a la multitud de curiosos que se había congregado en torno al pozo.

Megalo Velisarios, famoso en todas las islas de Jonia, ataviado como un turco de pantomima con su pantalón bombacho y sus babuchas con volutas, autoproclamado el hombre más fuerte del mundo, dotado de una cabellera tan prodigiosamente larga como la del Nazareno o el propio Sansón, saltaba a la pata coja al ritmo de un batir de palmas. Extendidos los brazos, llevaba sentado en cada uno de sus colosales bíceps a sendos hombres adultos. Uno de éstos se aferraba al cuerpo del forzado, mientras el otro, más versado en artes viriles, fumaba un cigarrillo aparentando la mayor calma del mundo. Para completar la cosa, Velisarios llevaba sobre su cabeza una niña de unos seis años que le complicaba sus movimientos al agarrarse a él tapándole sin querer los ojos.

—¡Lemoni! —rugía él—. Quítame las manos de los ojos y cógete del pelo o tendré que parar.

Lemoni estaba demasiado agobiada como para mover las manos, y Megalo Velisarios hubo de parar. Con la gracia de un cisne posándose en tierra, se sacudió de encima a los dos hombres —que cayeron de pie— y luego levantó a Lemoni, la lanzó por los aires, la cogió al vuelo, le dio un afectado beso en la punta de la nariz y la dejó en el suelo. Lemoni puso los ojos en blanco, aliviada, y tendió resueltamente la mano; era costumbre que Velisarios recompensara a sus pequeñas víctimas con caramelos. Lemoni se comió su premio delante de la multitud, a sabiendas de que si intentaba guardárselo su hermano se lo quitaría. El coloso le dio unas cariñosas palmaditas en la cabeza, acarició su lustroso pelo negro, volvió a besarla y luego se irguió cuan largo era.

—Yo solo levanto lo que tres hombres —exclamó.

Los aldeanos corearon las palabras que tantas veces habían oído antes, como si lo hubieran ensayado. Velisarios podía ser fuerte, pero no tenía mucha labia.

—Que levante la pila.

Velisarios examinó la pila; era de roca maciza y debía de medir al menos dos metros y medio de largo.

—Demasiado larga —dijo—. No hay por donde sujetarla.

Hubo abucheos entre el público y el forzado se acercó echando chispas, agitando los puños y pavoneándose, representando su propia caricatura del gigante airado. La gente rió porque sabía que Velisarios era un buen hombre que jamás había intervenido en una pelea. De un brusco movimiento, el forzado metió los brazos bajo la tripa de un mulo, separó las piernas y lo izó a la altura del pecho. Visiblemente asustado, el animal se sometió a aquel inusitado tratamiento, pero al ser bajado un poco, sacudió la cabeza, rebuznó y echó a andar calle abajo a paso largo con su dueño

siguiéndolo de cerca.

El padre Arsenios escogió aquel preciso momento para salir de su pequeña casa y anadear portentosamente hacia la multitud camino de la iglesia. Tenía la intención de contar las monedas que la gente dejaba en el cepillo a cambio de los cirios.

Si nadie respetaba al padre Arsenios no era por ser un globo andante, siempre sudoroso y gruñendo por el esfuerzo que le suponía moverse, sino por ser venial; un glotón, un aspirante a libertino, un incansable buscador de limosnas y dádivas, un pagaré antropomórfico. Se decía que había violado la regla de que los sacerdotes nunca se vuelven a casar, y que había escapado del Epiro para salvaguardar su impunidad. Se decía que había abusado de su esposa. Pero lo mismo se decía de muchos maridos, y a menudo era cierto.

—Que levante al padre Arsenios —dijo uno.

—Imposible —exclamó otro.

De pronto el padre Arsenios se vio alzado por los sobacos y levantado en vilo sobre la tapia. Allí se quedó pestañeando, demasiado perplejo como para protestar, boqueando como un pez, mientras el sol sacaba destellos de las gotas de sudor que perlaban su frente.

Unos cuantos rieron de nervios, pero enseguida se produjo un silencio culpable que duró todo un minuto. El cura se sonrojó como un tomate, Velisarios empezó a desear que se lo tragara la tierra y Pelagia sintió que su corazón desbordaba de indignación y piedad. Humillar en público al vocero de Dios era un crimen horrible, por más despreciable que pudiera ser aquel hombre. Avanzó unos pasos y tendió una mano para ayudarlo a bajar. Velisarios le ofreció otra, pero ni con dos manos pudieron evitar que el desafortunado clérigo aterrizara desmadejadamente en el suelo. El hombre se levantó, se sacudió el polvo y, con gran sentido de lo teatral, se alejó sin pronunciar palabra. En la oscuridad de la iglesia, detrás del iconostasio, se llevó las manos a la cara. No había peor cosa en el mundo que ser un completo fracaso sin perspectivas de conseguir otro empleo.

Fuera, en la plaza, Pelagia estaba justificando con creces su fama de virago. Sólo tenía diecisiete años, pero era altiva y obstinada, y el hecho de que su padre fuera el médico le daba una categoría que hasta los hombres se veían obligados a respetar.

—Eso no se hace, Velisarios —estaba diciendo—. Ha sido cruel y reprobable. Piensa cómo debe de sentirse el pobre hombre. Ya estás yendo a la iglesia a pedirle disculpas.

El forzudo la miró desde su atalaya. Se trataba sin duda de una situación delicada. Pensó en levantarla por encima de su cabeza. Podía subirla a un árbol; seguro que más de uno se reiría con ganas. Sabía que seguramente lo más correcto era ir a arreglar las cosas con el sacerdote. Por la súbita antipatía de la gente se daba cuenta de que a ese paso no iba a conseguir mucho dinero por su actuación. ¿Qué hacer?

—La función ha terminado —anunció, apoyando sus palabras con un ademán inequívoco—. Volveré esta noche.

La atmósfera de hostilidad se trocó de inmediato en una de desilusión. Al fin y al cabo, el sacerdote se lo merecía, ¿no? ¿Y cuántas veces visitaba el pueblo una función tan buena como aquella?

—Queremos ver el cañón —clamó una vieja, y su petición fue coreada por otras dos—. ¡El cañón, el cañón!

Velisarios estaba orgulloso de su cañón. Era una culebrina turca tan pesada que sólo él podía levantarla. La pieza era de bronce macizo, con un cañón de acero de Damasco ceñido por zunchos de hierro con remaches, y tenía grabada la fecha 1739 y unos caracteres arremolinados que nadie acertaba a descifrar. Era un cañón de lo más misterioso que generaba abundante verdín por más que a menudo le sacaran brillo. Parte del secreto de la titánica fuerza de Velisarios consistía en haber llevado la culebrina a costas durante años.

Miró a Pelagia, quien seguía esperando una respuesta a su demanda de que se disculpara ante el clérigo.

—Iré más tarde, guapa —le dijo, y levantó los brazos para anunciar—: Buena gente de este pueblo, si queréis ver el cañón sólo tenéis que traerme los clavos oxidados, pestillos rotos, fragmentos de maceta y piedras que haya en vuestras calles. Id a buscar todo eso mientras yo cargo el cañón de pólvora. Ah, y que alguien me traiga un trapo, pero que sea grande y bonito.

Los más chicos removieron el polvo de las calles en busca de piedras, los viejos registraron sus cobertizos, las mujeres corrieron por esa camisa de sus maridos que hacía tiempo querían desechar, y al poco rato todo el mundo volvió a congregarse para la gran explosión. Velisarios vertió una generosa cantidad de pólvora en la recámara, la apisonó con mucha ceremonia pues era consciente de la necesidad de prolongar el dramatismo, introdujo uno de los trapos y luego permitió que los más pequeños vertieran por la boca del cañón la munición que se había logrado reunir. Acto seguido añadió otro harapo y preguntó a la gente:

—¿A qué queréis que dispare?

—Al primer ministro Metaxas —exclamó Kokolios, que no se avergonzaba de sus convicciones comunistas y dedicaba buenos ratos en la *kapheneia* a criticar al dictador y al rey.

Algunos rieron, otros fruncieron el ceño, y hubo quien pensó «Ya está otra vez Kokolios».

—Dispara a Pelagia, antes de que le arranque las pelotas a alguien —propuso Nicos, un joven cuyos avances había eludido ella con éxito mediante ácidas observaciones sobre su inteligencia y su honestidad.

—A ti es a quien voy a disparar —dijo Velisarios—. Deberías medir tus palabras cuando hay gente respetable delante.

—Mi burra es vieja y tiene el esparaván. No me gusta separarme de una vieja amiga, pero la verdad es que ya no me sirve para nada. No hace más que comer y no soporta la carga que le pongo. Sería un buen blanco y yo me libraría de ella; además,

valdrá la pena verla despanzurrada. —Era Stamatis.

—¡Que tus hijos sean hembras y tus ovejas machos por haber pensado una cosa tan terrible! —exclamó Velisarios—. ¿Me has tomado por turco? No señor, dispararé hacia el fondo de la calle, ya que no hay un blanco mejor. Y ahora, fuera todos. Apartaos, y que los niños se tapen los oídos con las manos.

El coloso encendió con teatral aplomo la mecha del cañón, que estaba apuntalado contra el muro, lo cogió en vilo como si no pesara más que una carabina y aseguró un pie en el suelo, apoyando la culebrina contra la cadera. Se hizo el silencio. Los niños se protegieron los oídos, hicieron muecas, cerraron un ojo y saltaron de un pie al otro. Se produjo un momento de aguda expectación mientras la llama de la mecha llegaba al fogón y chisporroteaba hasta apagarse. Tal vez la pólvora no había prendido. Pero entonces se produjo un enorme estruendo, un chorro de llamas naranjas y lilas, una formidable nube de humo acre, una explosión de polvo al desgarrar los proyectiles la superficie de la calle, y un largo gemido de dolor.

Siguió un momento de confusión y duda. Los presentes se miraron para ver a quién le había dado el rebote. Un lamento renovado, y Velisarios dejó caer el cañón y echó a correr. Acababa de ver moverse una silueta entre el polvo.

Más tarde Mandras agradecería a Velisarios el haberle disparado con una culebrina turca cuando doblaba la esquina al entrar en el pueblo. Pero de momento le había sentado mal ser llevado en brazos por un gigante en lugar de que le dejaran andar dignamente hasta la casa del doctor, y no le había gustado nada que le extrajeran del hombro sin anestesia un clavo torcido de la herradura de una burra. Tampoco le había gustado que el gigante lo sujetase mientras el médico operaba, pues él habría sido capaz de soportar el dolor por sí mismo. Y no le había resultado oportuno ni rentable tener que dejar de pescar durante quince días mientras le sanaba la herida.

Lo que agradeció a Megalo Velisarios fue que en casa del médico vio por primera vez a Pelagia, la hija del doctor. En algún momento que no podía precisar había sido consciente de que alguien le vendaba, de que los largos cabellos de una joven le cosquilleaban la cara y de que su pelo olía a romero. Había abierto los ojos y se había encontrado con un par de ojos ardientes de preocupación. «En aquel momento — gustaba de decir— comprendí cuál era mi destino». Esto sólo lo decía cuando estaba un poco jumado, pero aun así lo decía en serio.

En lo alto del monte Aínos, en el techo del mundo, Alekos oyó el estampido de un arma de fuego y se preguntó si había empezado una nueva guerra.

4. L'OMOSESSUALE (1)

Yo, Carlo Piero Guercio, escribo estas palabras con la intención de que alguien las encuentre después de mi muerte, cuando ni el desdén ni el desprestigio puedan seguirme los pasos ni empañar mi honra. Circunstancias de la vida hacen imposible que este testamento pueda ver la luz antes de que yo haya respirado por última vez, y hasta entonces estoy condenado a llevar la máscara que mi infortunio ha decretado.

Me he visto reducido a un eterno e infinito silencio, pero ni siquiera se lo he dicho al capellán en confesión. Sé de antemano lo que responderá: que es una perversión, algo abominable a los ojos de Dios, que debería casarme y llevar una vida de hombre normal, que aún tengo una oportunidad.

No he hablado con ningún médico. Sé de antemano que me llamarán invertido, que de alguna manera estoy enamorado de mí mismo, que estoy enfermo y tengo cura, que la responsable es mi madre, que soy un afeminado aun cuando sea fuerte como un toro y capaz de levantar mi propio peso con los brazos en alto, que debería casarme y llevar una vida de hombre normal, que aún tengo una oportunidad.

¿Qué podría yo replicar a esos curas y esos médicos? Al cura le diría que Dios me hizo así, que no tuve opción, que Él debió de tener algún propósito, que Él conoce la razón última de todas las cosas y que por tanto debe estar bien que yo sea como soy, aunque yo no sepa en qué consiste ese estar bien. Puedo decirle al cura que si Dios es la medida de todas las cosas, entonces la culpa es de Dios y a mí no se me debe condenar.

Y el cura me dirá: «Esto no es asunto de Dios sino del diablo», y yo le contestaría: «¿Acaso no creó Dios al diablo? ¿No es Él omnisciente? ¿Cómo se me puede culpar de algo que Él sabía iba a ocurrir desde el principio de los tiempos?». Y el cura me hablará de la destrucción de Sodoma y Gomorra y dirá que los misterios de Dios no son comprensibles para los hombres; que nuestra obligación es ser fecundos y multiplicarnos.

Yo le diría al médico: «He sido así desde siempre, es la naturaleza la que me ha moldeado, ¿cómo quiere que cambie? ¿Cómo voy a decidir que deseo a las mujeres como si de pronto decidiera que me encanta comer anchoas, que siempre me han repugnado? He ido a la Casa Rosetta y me dio asco, y luego tuve ganas de vomitar. Me sentía vulgar y traidor. Tuve que hacerlo para parecer normal». Y el médico replicaría: «No veo dónde está lo natural; la naturaleza obra en beneficio propio al hacernos reproducir. Lo de usted va contra la naturaleza. La naturaleza quiere que seamos fecundos y nos multipliquemos».

Es una conspiración de curas y médicos que repiten las mismas cosas con diferentes palabras. Teología médica y medicina teológica. Soy como un espía que ha firmado un pacto de perpetuo silencio; soy como aquel que es el único en el mundo que conoce la verdad y sin embargo tiene prohibido decirla. Y esa verdad pesa más que todo el universo. Soy como Atlas, encorvado eternamente bajo una carga que

parte los huesos y cristaliza la sangre. No estoy predestinado a respirar el aire de ninguna parte; soy como una planta asfixiada por la falta de luz y aire, me han cortado las raíces y pintado mis hojas con veneno. El fuego del amor me hace explotar pero no hay nadie que acepte ni aliente ese amor. Soy extranjero en mi propio país, forastero en mi propia raza, abominado como el cáncer cuando mi carne es tan carne como la de cualquier cura o médico.

Según Dante, los que son como yo estamos confinados en el tercer anillo del séptimo círculo del infierno inferior, en la improbable compañía de los usureros. Me concede un desierto de espíritus desnudos flagelados por centellas, me hace dar vueltas en círculo fútil y eternamente, buscando a aquellos cuyos cuerpos he mancillado. Ya lo ven: he sido empujado a buscar en todas partes sólo para ver si se me mencionaba. No se me menciona casi en ninguna parte, pero allí donde salgo es para verme condenado. Y lo más extraordinario, señores médicos y curas, es que Dante se apiadaba de nosotros y Dios, en cambio, no. Decía Dante: «Me desconcierta sólo pensar en ellos». Y Dante tenía razón, siempre he corrido en círculos, inútilmente, buscando la tibieza de los cuerpos, desdeñado por el mismo Dios que me creó, y mi vida entera ha sido un desierto y una lluvia de centellas.

Sí, he leído todo lo leíble en busca de pruebas de mi existencia, de que soy una posibilidad. ¿Y sabéis dónde descubrí por fin que yo era, en otro mundo ya desaparecido, bello y real? En los escritos de un griego.

Qué ironía. Soy un soldado italiano que oprime al único pueblo cuyos antepasados concedieron a los de mi clase el derecho a encarnar la más perfecta forma de amor.

Me alisté en el ejército porque sus hombres son jóvenes y hermosos, eso lo reconozco. Y también porque la idea me vino de Platón. Probablemente soy el único soldado en la historia que ha tomado las armas por culpa de un filósofo. Verán, yo buscaba una vocación en la que mi dolencia pudiera resultar de alguna utilidad, pero ignoraba el amor de Aquiles y Patroclo y demás antiguallas helénicas. Resumiendo, leí *El simposio* y me enteré de que según Aristófanes había tres sexos: los hombres y las mujeres que se amaban entre sí, los hombres que amaban a hombres y las mujeres que amaban a mujeres. La idea de ser un sexo diferente no sólo encajaba sino que surgió como una revelación. Y luego Fedro, cuando explica que «si hubiera alguna forma de lograr que un Estado o un ejército pudiera componerse de amantes y de amados, ellos serían los mejores gobernantes de su propia ciudad, se abstendrían de cualquier infamia y rivalizarían unos con otros en honestidad; y cuando lucharan en el mismo bando, aunque fueran tan sólo un puñado, conquistarían el mundo. Pues ¿qué amante desertaría de su puesto o abandonaría las armas ante la mirada de su amado? Estaría dispuesto a morir mil veces antes de soportarlo. ¿Y quién abandonaría a su amado o le fallaría en la hora del peligro? El mayor cobarde del mundo se convertiría en un héroe genial a la altura de los más valerosos, el Amor sería su inspiración. Ese valor que, como dice Homero, el dios insufla en el alma de

los héroes, lo infunde el Amor por su propia naturaleza en el amante. El Amor le dará la osadía de morir por su persona amada: el Amor y sólo él».

Yo sabía que en el ejército encontraría alguien a quien querer, aunque fuera sin tocar, y que ese amor me dignificaría. No abandonaría a mi amado en la batalla, él me convertiría en un héroe genial. Tendría a alguien a quien impresionar, alguien cuya admiración me daría eso que no puedo darme a mí mismo; estima y honor. Me atrevería a morir por él, y si yo caía muerto sabría que era una escoria que alguna alquimia inescrutable había transmutado en oro.

La idea era extravagante, romántica y poco plausible, y lo raro es que funcionó. Pero al final me causó una pena infinita.

5. EL HOMBRE QUE DIJO «NO»

El primer ministro Metaxas se dejó caer tristemente en su butaca favorita de Villa Kifisia y reflexionó amargamente sobre los dos problemas imponderables de su vida: «¿Qué voy a hacer con Mussolini?» y «¿Qué voy a hacer con Lulu?». Sería difícil decidir cuál de los dos le causaba mayor congoja y azoramiento, pues ambos eran, a partes desiguales, personales y políticos. Metaxas cogió su diario y escribió: «Esta mañana he intentado llegar a un acuerdo con Lulu. Hasta cierto momento la cosa fue bastante bien, pero luego empezamos a discutir otra vez. Es que ella no me comprende. Sé muy bien quién es el que la está incitando y defraudando a la vez. Incluso olvidé acudir a mi entrevista con el ministro británico. Estuve con Lulu hasta el mediodía. Me sabe muy mal por ella. Es una muchacha tan trágica... Lulu, Lulu, hija mía del alma. Acabamos abrazándonos y llorando juntos por nuestros destinos».

Con Lulu nunca sabía a qué atenerse; al parecer, Atenas era un hervidero de leyendas sobre ella, tanto o más improbables que las que se contaban de Zeus en tiempos antiguos. Había lo del agente de policía que había perdido los pantalones y la gorra, posteriormente halladas en lo alto de una farola. Había lo del joven del Bugatti y los turbulentos viajes a El Pireo, y luego eso de que ella jugaba a las *sardinas*, un juego inglés parecido al escondite en el que buscadores y escondidos debían meterse bien apretados en el mismo sitio; por lo visto, habían encontrado a Lulu inextricablemente entrelazada con un joven dentro de un armario. Se decía que fumaba opio y que cogía unas borracheras devastadoras. La chica conocía todos aquellos disolutos bailes americanos como el tango (tan poco elegante, vulgar, presuntamente salido de los burdeles de Buenos Aires) el *fox-trot*, la samba y otros bailes con nombres estúpidos e intraducibles, como el *jitterbug*, que consistía en palmearse frenéticamente las piernas. Todo ello apestaba a indecencia e intemperancia. La gente joven era muy impresionable, muy propensa a las modas de civilizaciones inmaduras como la americana, muy remisa a la disciplina y la dignidad que acompaña a un sentido natural del *amour propre*. ¿Qué podía hacer uno? Ella siempre lo negaba todo, o peor aún, desdeñaba la inquietud de él con una risa y un gesto de la mano. Dios sabe que sólo se es joven una vez, pero en su caso eso ocurría demasiado a menudo.

Y encima desaprobaba y rebatía en público su programa político. Era como el beso de judas. Esto era lo que más le dolía, la exhibición de deslealtad filial. Ella decía que le quería. Efectivamente, él sabía que era así, pero entonces ¿por qué ridiculizaba su Organización Nacional de juventudes? ¿Por qué reía los chistes a costa de su corta estatura? ¿Por qué era tan condenadamente individualista? ¿No se daba cuenta de que ser una especie de *playboy* femenino ponía en cuestión todo aquello que él deseaba para Grecia? ¿Cómo iba él a censurar a los plutócratas cuando su propia hija se asociaba y retozaba con los peores? ¿Cómo podía él ensalzar la disciplina y el autosacrificio?

A Dios gracias mantenía a la prensa bien amordazada, porque no había periodista que no tuviera su chisme favorito sobre Lulu. Afortunadamente sus ministros eran lo bastante discretos para no mencionarlo y afortunadamente él no había perdido aún el respeto por contagio. Pero eso no impedía que gente como Grazzi sonriese zalamera y preguntara: «¿Y cómo le va a su hija Lulu? Me he enterado de que es una criatura muy traviesa. ¡Ah, lo que hemos de sufrir los padres!». Sí, claro que oía las risitas y los cuchicheos; que dominaba toda Grecia pero no podía dominar a su propia hija. Parecía que hasta la policía secreta tenía reparos a la hora de informar de las andanzas de Lulu con todo detalle. Se decía que la gente que organizaba fiestas solía implorar a sus invitados: «No traigáis a Lulu». Costaba soportar tanta pena y tanta vergüenza.

Fuera, la tranquilidad de los pinos y el blanco fulgor de los proyectores conspiraban para exacerbar su sensación de haberse convertido en prisionero en su propia residencia; había cumplido con los requisitos de la tragedia clásica al crear las circunstancias de la caída en su propia trampa. Toda Grecia se había reducido a aquella modesta villa seudobizantina y su mobiliario burgués, por la sencilla razón de que él tenía en sus manos el destino y el honor de su querido país. Se miró las manos y contempló el hecho de que fueran pequeñas, como todo él. Por un instante deseó haberse retirado con una pensión de coronel al tranquilo anonimato de algún lugar apartado donde vivir y morir libre de culpa.

La muerte le preocupaba mucho últimamente, pues se daba cuenta de que el cuerpo empezaba a fallarle. No era nada concreto, no había una lista de síntomas reveladores, era sólo que se sentía lo bastante extenuado como para morir. Sabía que a los que están a las puertas de la muerte les sobreviene una especie de congoja pasiva e impersonal, una resignada serenidad, y era este desapego y esta serenidad lo que estaba naciendo en su interior al tiempo que las circunstancias le obligaban a hacer acopio de fuerza, determinación y nobleza como nunca antes había necesitado. A veces sentía ganas de pasar a otras manos las riendas del poder, pero sabía que el destino le había escogido como protagonista de la tragedia y que su única alternativa era empuñar la espada y desenvainarla. «Hay tantas cosas que debería haber hecho», pensaba, y de repente empezó a comprender que la vida podría haber sido otra cosa de haber sabido él treinta años atrás los resultados de los análisis médicos en aquel remoto punto del futuro que se había acercado lenta pero maliciosamente hasta convertirse en el ineludible, arduo e insoportable presente. «Si yo hubiese vivido en la conciencia de esta muerte, todo habría sido distinto».

Rememoró las imposibles vicisitudes de su carrera y se preguntó si la historia sería caritativa con él. Había sido un largo trayecto desde la Academia Militar Prusiana en Berlín; se diría que fue en otra vida cuando aprendió a admirar el sentido teutónico del orden, la disciplina y la seriedad, exactamente las cualidades que había procurado inculcar en su tierra natal. Incluso había implantado en las escuelas la primera gramática de la lengua demótica obligatoria, basándose en la hipótesis de que aprender gramática estimula el carácter lógico y de ese modo lograría doblegar el

cerril e irresponsable individualismo de los griegos.

Recordó el fiasco de la Gran Guerra, cuando Venizelos quiso unirse a los aliados y el rey permanecer neutral; cómo había sostenido él que si Grecia entraba en guerra en el bando aliado Bulgaria aprovecharía la ocasión para invadirles; con qué nobleza había dimitido de su puesto en el estado mayor, con qué nobleza había aceptado el exilio. Del intento de golpe en 1923 mejor olvidarse. Y ahora parecía como si Bulgaria pudiera efectivamente invadirlos, aprovechando las oportunidades concedidas esta vez por Italia en sus intentos de llenar el vacío dejado por los turcos.

Recordó su victoria sobre los trabajadores del tabaco en huelga; doce muertos en Salónica. A raíz de aquellos desórdenes había convencido al rey de que suspendiera la constitución al objeto de bloquear a los comunistas; había convencido al rey de que le nombrara primer ministro aun cuando él era el líder del partido derechista con menos votantes en todo el país. ¿Por qué lo había hecho? «Metaxas —se dijo a sí mismo—, la historia dirá que fue oportunismo, que por la vía democrática no hubieras ganado. Nadie dirá la verdad en tu favor, pero la verdad es que había una crisis y que nuestra democracia era demasiado afeminada como para hacerle frente. Es fácil decir lo que debería haber sido, más duro es reconocer la fuerza inexorable de la necesidad. Tú fuiste la personificación de la necesidad, eso es todo. Si no hubieras sido tú, habría sido otro cualquiera. Al menos no permitiste la injerencia alemana, aunque bien sabe Dios que casi dominaban nuestra economía. Al menos mantuviste los vínculos con Gran Bretaña, al menos intentaste combinar el esplendor de las civilizaciones antigua y medieval para crear una nueva fuerza. Nadie podrá decir que actuaste sin tomar en consideración a Grecia. Grecia ha sido tu única y verdadera esposa. La historia tal vez te recordará como el hombre que prohibió la lectura de la oración fúnebre de Pericles y que se ganó la antipatía del campesinado por poner límites al número de cabras que asolan nuestros bosques. Oh Dios, quién sabe si no has sido más que un hombrecillo ridículo.

»Pero tú has hecho todo cuanto estaba en tu mano para prepararte para esta guerra que aún tratas de evitar. Has construido ferrocarriles y fortificaciones, has convocado a los reservistas, has preparado al pueblo mediante discursos, has acosado a la diplomacia hasta ponerte en evidencia. La historia dirá que fuiste el hombre que hizo todo lo posible por salvar a su país. Todo acaba con la muerte».

Pero no había duda de que le había obsesionado más de la cuenta la idea de que había sido elegido para cumplir una misión mesiánica. Había llegado a pensar que él era el único hombre capaz de coger a la nación griega del pescuezo y arrastrarla, a puntapiés y recriminaciones, hacia su legítima meta histórica. Se había sentido como el médico que inflige un dolor necesario al paciente sabiendo que, pasados los insultos y las protestas de éste, llegará el momento en que se verá coronado con las flores de la gratitud. Siempre había hecho lo que consideraba correcto, pero puede que al final fuera la vanidad lo que le impulsaba, algo tan simple e ignominioso como la megalomanía.

Su espíritu era ya pasto de las llamas y él sabía que su humor estaba siendo puesto a prueba en los hornos del destino. ¿Sería él el salvador de Grecia?, ¿o el que pudo salvar a Grecia pero falló?, ¿el hombre que no pudiendo haber salvado a Grecia batalló con todos los medios para salvar el honor de su patria? Exacto; se trataba sobre todo de una cuestión de honor personal y nacional, pues lo importante era que Grecia saliera de esa prueba sin la menor imputación de ruindad. Cuando mueren los soldados, cuando un país está devastado, es el honor lo que sobrevive y perdura. Es el honor lo que insufla vida en el cadáver cuando vienen tiempos mejores.

¿Acaso no era una forma de ironía que el destino se mofara así de él? ¿No había escogido él mismo su papel como *primer campesino, primer obrero y padre de la nación*? ¿No se había rodeado de los pomposos arreos de un fascista moderno? ¿Un *régimen del Cuatro de Agosto de 1936*? ¿Una Tercera Civilización helénica con resonancias del Tercer Reich hitleriano? ¿Una Organización Nacional de juventudes que montaba desfiles y hacía ondear banderas como las juventudes Hitlerianas? ¿No despreciaba a liberales, comunistas y parlamentaristas igual que hacían Franco, Salazar, Hitler y Mussolini? ¿No había sembrado la discordia entre la izquierda según los libros de texto? ¿Qué otra cosa habría sido más fácil, dado el ridículo sectarismo de la izquierda y su afán de traicionarse unos a otros con cualquier excusa de entre una plétora de impurezas ideológicas? ¿No denunciaba él la plutocracia? ¿Acaso no sabía la policía secreta el aroma exacto y la exacta composición química de todo pedo subversivo soltado en Grecia?

Entonces ¿por qué lo habían abandonado sus hermanos internacionales? ¿Por qué le enviaba Ribbentrop anodinas garantías que no se creía nadie? ¿Por qué Mussolini inventaba incidentes fronterizos y deslices diplomáticos? ¿Qué había salido mal? ¿Cómo había ocurrido que tras elevarse a semejantes alturas acogándose al tenor de los tiempos se hubiera visto enfrentado a la peor crisis en la historia moderna de la patria, una crisis fraguada por las mismas personas que él había tomado como ejemplo y mentor? ¿No era paradójico que ahora tuviera que confiar en los británicos, los parlamentaristas, liberales, democráticos y plutócratas británicos?

El primer ministro Metaxas escribió en un papelito las diferencias entre él y los otros. Él no era racista. No es gran cosa. De pronto se le ocurrió algo que parecía evidente: los otros querían forjar imperios y estaban en ello, mientras que él nunca había querido otra cosa que la unión de todos los pueblos de Grecia. Él quería Macedonia, Chipre, el Dodecaneso y, por la gracia de Dios, Constantinopla. Él no quería el norte de África, como Mussolini, ni el mundo entero, como Hitler.

A lo mejor los otros consideraban que le faltaba ambición, que carecía del instinto de grandeza, que ello indicaba la ausencia de aquel ansia de poder propia de los *Übermensch*, que era como un perrito en medio de lobos. En el mundo nuevo donde el más fuerte tenía derecho a mandar porque era el más fuerte, donde la fuerza era indicio de superioridad innata, donde la superioridad innata proporcionaba el derecho moral a someter a otras naciones y castas inferiores, él era una anomalía. Él sólo

quería una cosa: su país. Grecia era el blanco natural. Metaxas apuntó la palabra *perrito* y luego la tachó. Miró las dos palabras, *racismo* e *Imperio*. «Ellos creen que somos inferiores —musitó—. Quieren someternos». Era repugnante y vejatorio: exasperante. Encerró ambas palabras entre paréntesis y escribió la palabra *NO* al lado. Se puso en pie y se acercó a la ventana para echar un vistazo al apacible pinar. Se apoyó contra el alféizar y meditó sobre la sublime ignorancia de aquellos árboles soñolientos que la luna bañaba de plata. Se estremeció y se irguió. Había tomado una decisión; habría unas segundas Termópilas. Si trescientos espartanos habían conseguido contener a cinco millones de valientes persas, qué no iba a conseguir él con veinte divisiones contra los italianos. Ah, si fuera tan fácil prepararse para la terrible e infinita soledad de la muerte. Si fuera tan sencillo tratar con Lulu.

6. L'OMOSESSUALE (2)

Yo, Carlo Piero Guercio, declaro que en el ejército encontré mi verdadera familia. Tengo padre y madre, cuatro hermanas y tres hermanos, pero no he tenido una familia desde mi pubertad. Hube de vivir entre ellos como quien esconde la lepra. No era culpa suya que yo me hubiese convertido en un actor trágico. Tuve que bailar con chicas en fiestas, tuve que flirtear con chicas en el patio de la escuela y cuando íbamos de *passeggiata* por la *piazza*. Tuve que responder a mi abuela cuando me preguntaba qué clase de chica me gustaba para casarme y si prefería tener hijos o hijas. Tuve que escuchar a mis amigos describir los intrincados detalles de los genitales femeninos, tuve que aprender a contar historias fabulosas sobre lo que había hecho con las chicas. Aprendí a sentirme más solitario de lo que es posible.

En el ejército se contaban las mismas groserías, pero era un mundo sin mujeres. Para un soldado, una mujer es un ser imaginario. Está permitido ser un sentimental con la propia madre, pero eso es todo. Por otra parte están las inquilinas de los burdeles militares, las ficticias o infieles novias que esperan en casa, las chicas a las que uno piropea por la calle. No soy un misógino, pero han de comprender ustedes que para mí la compañía de una mujer es dolorosa porque me recuerda lo que no soy y lo que habría podido ser si Dios no se hubiera entrometido en el vientre de mi madre.

Al principio tuve mucha suerte. No fui enviado a Abisinia o al norte de África, sino a Albania. No había combates de los que hablar y éramos dichosamente ajenos a la posibilidad de que el Duce pudiera ordenarnos invadir Grecia. Parecía más probable que al final entráramos en combate en Yugoslavia y que ellos fueran tan inútiles y cobardes como los albaneses. Era del dominio público que los yugoslavos se odiaban más entre ellos de lo que podían odiar a un extranjero o un invasor.

Pronto se hizo evidente que aquello era un caos. Apenas ni había empezado a hacer amigos en una unidad cuando fui transferido para llenar el cupo en otra, y luego transferido otra vez. No disponíamos casi de transportes y nos hacían caminar desde la frontera yugoslava hasta la griega y vuelta a empezar, aparentemente por capricho del alto mando. Creo que estuve en unas siete unidades hasta que finalmente me destinaron a la división Julia. Hubo muchas razones para que la campaña de Grecia fuese un fiasco, pero una de ellas fue que el personal era trasladado tantas veces que no había manera de crear un *esprit de corps*: Al principio no tuve tiempo de poner nombre a todas las caras que iba conociendo.

Pero en la división Julia disfrutaba cada momento. Ningún civil puede hacerse cargo de la alegría de ser soldado. Esto es, sencillamente, un hecho irreductible. También es un hecho que, por encima de cuestiones de sexo, los soldados acaban amándose los unos a los otros; y que, por encima de cuestiones de sexo, éste es un amor sin paralelo en la vida civil. Todo el mundo es joven y fuerte, se siente rebosante de vida, y todo el mundo comparte la misma mierda.

Uno acaba sabiendo cada matiz del humor de los demás; uno sabe exactamente lo que va a decir el otro; uno sabe exactamente quién se va a reír y cuánto de cierta clase de broma; uno se familiariza íntimamente con el olor de pies y el sudor de todos los demás: uno puede poner la mano sobre el rostro de otro a oscuras y reconocerlo; uno identifica a quién pertenece cualquier pertrecho colgado del respaldo de una silla, aunque sea igual a los demás; uno sabe de quién son los pelos que quedan en el lavabo; uno puede decir con precisión a quién puede cambiar una zanahoria por una patata, un paquete de cigarrillos por unos calcetines, una postal de Siena por un lápiz. Uno se acostumbra a ver a los demás con franqueza, nadie oculta nada. A menos que uno sienta deseos como los que siento yo.

Todos juntos, todos jóvenes. Jamás seríamos tan guapos, delgados y fuertes, jamás volveríamos a tener aquellas batallas con agua, jamás volveríamos a sentirnos tan invencibles ni tan inmortales. Éramos capaces de marchar ochenta kilómetros en un día, cantando canciones de batalla y tonadillas obscenas, marchando todos juntos con brío o caminando fatigosamente, agitando las plumas de gallo joven de nuestros cascos, negras y relucientes. Podíamos mearnos juntos en las ruedas del coche del coronel, ebrios como cardenales; podíamos cagar sin vergüenza en presencia de los demás; podíamos leer las cartas de los otros para que pareciera que la madre de otro nos escribía a todos; podíamos pasar toda la noche cavando una trinchera bajo la lluvia en la roca maciza y partir al amanecer sin haber dormido siquiera en ella; en los ejercicios con fuego real podíamos disparar morteros contra los conejos sin permiso; podíamos bañarnos desnudos y hermosos como Febo y alguien señalaba el pene de otro y decía «Eh, tú, ¿por qué no has entregado eso en la armería?», y todos reíamos sin darle más importancia, y entonces otro decía «Ten cuidado o te va a estallar el trabuco», y la víctima de la broma decía «Ojalá tuviera un objetivo a mano».

Éramos novatos y hermosos, y desde luego nos queríamos más que si fuésemos hermanos. Lo que siempre lo estropeaba todo era que ninguno sabía por qué estábamos en Albania, ninguno veía claro este asunto de la reconstrucción del Imperio Romano. Nos peleábamos a menudo con los miembros de las Legiones Fascistas. Eran jactanciosos, inútiles y estúpidos, y muchos de nosotros éramos comunistas. A nadie le importa morir por una causa noble, pero nosotros estábamos obsesionados por la extraña futilidad de amar un tipo de vida para la que no había excusa razonable. En mi opinión éramos como gladiadores: preparados para cumplir con nuestro deber, dispuestos al estoicismo, pero siempre perplejos. El conde Ciano jugaba al golf, Mussolini organizaba *vendettas* contra los gatos y nosotros estábamos en un desierto ignoto, perdiendo el tiempo hasta que el tiempo se agotara y fuésemos lanzados desordenadamente a guerrear contra un pueblo que luchaba como los dioses.

No soy ningún cínico, pero sí sé que la Historia es la propaganda de los vencedores. Sé que si ganamos la guerra se dirán cosas sorprendentes sobre las atrocidades británicas, se escribirán libros sobre lo inevitable y justo de nuestra causa,

se reunirán pruebas irrefutables para desvelar las conspiraciones de los plutócratas judíos, serán halladas fotografías de montones de huesos en tumbas colectivas en los suburbios de Londres. Del mismo modo sé que pasará al revés si ganan los británicos. Sé que el Duce ha dejado bien claro que la campaña de Grecia fue una clamorosa victoria para Italia. Pero él no estuvo allí. Él no sabe lo que pasó. Él no sabe que la verdad fundamental es que la Historia debería consistir exclusivamente en las anécdotas de los pobres que se ven atrapados en ella. Debería saber que la verdad es que íbamos perdiendo estrepitosamente hasta que llegaron los alemanes desde Bulgaria. Esto nunca lo reconocerá porque la *verdad* pertenece a los vencedores. Pero yo estaba allí, y sé lo que estaba pasando en mi parte de la guerra. Para mí esa guerra fue una experiencia que dio forma a todo el discurso de mis ideas, fue la mayor conmoción personal que jamás he tenido, la peor y más íntima tragedia de mi vida. La guerra destruyó mi patriotismo, cambió mis ideales, me hizo cuestionar la noción de deber, me horrorizó y me convirtió en un hombre triste.

Decía Sócrates que el genio de la tragedia es el mismo que el de la comedia, pero en el texto la observación queda por explicar porque la gente a la que iba dirigida estaba dormida o ebria cuando él lo dijo. Suena a esas cosas que se dicen los aristócratas en sus fiestas, pero yo puedo ilustrar su absoluta verdad simplemente relatando lo acontecido durante la campaña en el norte de Grecia.

Déjenme empezar diciendo que yo, Carlo Piero Guercio, tras incorporarme a la división Julia, me enamoré de un joven cabo, casado, que me aceptó como su mejor amigo sin sospechar que él ocupaba por entero mis sueños más calenturientos. Se llamaba Francesco y era de Génova, y, aparte de tener acento genovés, poseía un conocimiento del mar que no iba a serle de ninguna utilidad en el Epiro. No cabía duda de que su puesto estaba en la Armada, pero la torcida lógica de los tiempos decretó que se alistara voluntario en la Armada, fuera destinado a los *carabinieri* pero acabara en el ejército de tierra. Había llegado vía un regimiento de *alpini* y otro de *bersaglieri*, sin contar un par de días con los granaderos.

Era un muchacho absolutamente hermoso. Tenía tez más oscura que la mía, como la de los sureños, pero era esbelto y de piel suave. Recuerdo que sólo tenía tres pelos en mitad del torso y que sus piernas carecían totalmente de vello. Se le veían todos los tendones y yo solía maravillarme especialmente de aquellos músculos que sólo se ven en individuos de marcada complexión atlética: las dos paralelas en la parte posterior del antebrazo, y los de los costados del abdomen que se curvan y ahúsan hasta la ingle. Era como uno de esos elegantes gatos delgaduchos que dan la impresión de tener una fortaleza inmensa pero fortuita.

Lo que más me atraía era su rostro. Un flequillo negro y díscolo le caía sobre los ojos, que eran muy oscuros y dispuestos a la manera eslava sobre huesos prominentes. Su boca grande formaba una permanente sonrisa irónica y sesgada, y su nariz etrusca parecía inexplicablemente torcida en el puente. Tenía manos grandes de dedos anchos, chatos y esbeltos que a mí no me costaba nada imaginar recorriendo mi

cuerpo. Una vez le vi arreglar un minúsculo eslabón de una cadena de oro de filigrana y puedo dar fe de que sus dedos mostraban la inmaculada precisión de un recamador. Sus uñas eran la cosa más delicada del mundo.

Comprenderán que como hombres estábamos desnudos todos juntos en un contexto u otro y que me sabía de memoria hasta el último detalle de todos los rincones de su cuerpo; pero me rebelo contra las acusaciones de perversión y obscenidad que pudieran hacerse contra mi memoria y conservaré para mí estas reminiscencias. Yo no las considero obscenas, sino preciosas, exquisitas y puras. En cualquier caso, nadie podría saber lo que significan. Son recuerdos para el museo particular que cada cual lleva en su cabeza y al que no se permite el acceso a los expertos ni a las testas coronadas de Europa.

Francesco era un hombre impetuoso de absurdas chanzas y absoluta irreverencia. No escondía su falta de respeto por todo, y a veces nos entretenía parodiando las bufonadas del Duce y los bufonescos prusianismos de Adolf Hitler. Sabía reproducir los ademanes y la entonación de Visconti Prasca y soltar absurdos discursos a la manera de Prasca, llenos de extravagante optimismo, planes temerarios y serviles referencias a la jerarquía. Todo el mundo le quería, nunca lo ascendieron y a él no le importaba. Adoptó a un ratón al que llamaba *Mario*; lo llevaba dentro de un bolsillo, pero cuando íbamos de marcha solíamos verle asomar los bigotes por la mochila y lavarse la cara. *Mario* solía comer mondaduras de frutas y hortalizas, y tenía una molesta afición al cuero. Todavía llevo en una bota un pequeño agujero redondo.

Los soldados ignorábamos prácticamente todo lo que pasaba en los centros de poder. Recibíamos tantas órdenes y contraórdenes que a veces no obedecíamos ninguna de ellas, sabiendo que probablemente serían revocadas de inmediato. Albania era una especie de campamento de vacaciones sin ninguna clase de diversión, y suponíamos que aquellas órdenes tenían por único objeto intentar mantenernos ocupados y que, por tanto, carecían de todo valor estratégico.

Sin embargo, visto desde la distancia parece que la invasión de Grecia fue en efecto el objetivo último; había multitud de indicios... si hubiéramos sabido verlos. En primer lugar, toda aquella propaganda de que el Mediterráneo era el *Mare Nostrum* y el hecho de que todas aquellas carreteras que construíamos — supuestamente en beneficio de los albaneses— no eran más que vías de acceso a la frontera griega. En segundo lugar, la tropa empezó a cantar canciones de batalla de procedencia desconocida, y compositor anónimo, con letras como «Llegaremos al mar Egeo, conquistaremos El Pireo, y si las cosas van bien tomaremos Atenas». Solíamos insultar a los griegos por haber dado asilo a Zogu, aquel rey de opereta, y los periódicos informaban cada día de supuestos ataques británicos contra nuestros barcos en aguas griegas. Digo *supuestos* porque hoy ya no creo que sucedieran realmente. Tengo un amigo en la Armada que asegura que en aguas griegas no perdimos ningún barco.

Tampoco me creo ya esa historia de que los griegos mataran a Daut Hoggia. Creo

que fuimos nosotros y que intentamos cargárselo a los griegos. Para mí es terrible decir esto porque muestra hasta qué punto he perdido mi fe patriótica, pero el caso es que ahora conozco la versión griega de los hechos, tal como me la explicó el doctor Iannis cuando fui a visitarle a raíz de que me dolía una uña del pie. Resulta que ese Hoggia no era un patriota irredentista albanés ni mucho menos. Le habían condenado a veinte años por el asesinato de cinco musulmanes, robo de ganado, bandolerismo, intento de homicidio, extorsión, exigir dinero con amenazas, portar armas prohibidas y violación. Y éste es el hombre que nos intentaban colar como un mártir. Nunca nos dijeron que los griegos habían arrestado a dos albaneses por el asesinato de ese hombre y que esperaban una petición de extradición. En cualquier caso me maravilla que toda la nación italiana pudiera ser tan cándida, y me pregunto a santo de qué teníamos que preocuparnos por los albaneses cuando acabábamos de tomar su país y todos teníamos claro que lo único que les interesaba era matarse unos a otros. Los dos hombres acusados de asesinar al *patriota* Hoggia al parecer le envenenaron y luego le cortaron la cabeza, lo que en Albania no es nada del otro mundo.

Muchísimas cosas me hicieron perder la fe, y ahora quiero poner por escrito una historia donde se demuestra que fueron los nuestros quienes empezaron la guerra — con la intervención de Francesco y de yo mismo—, no los griegos. Sé que si ganamos la guerra estos hechos no llegarán nunca a ver la luz, porque estos papeles serán objeto de censura. Pero si perdemos, existe la posibilidad de que el mundo llegue a saber la verdad.

Ya es bastante difícil vivir en paz con uno mismo cuando se es un intruso sexual, pero lo es aún más cuando uno sabe que por cumplir con su deber ha llevado a cabo los actos más abominables y repugnantes. Últimamente he tenido indicios de una muerte inminente, y más abajo encontrarán mi confesión de una culpa que, si bien me ha sido absuelta por un sacerdote, jamás será olvidada ni por los griegos ni por las familias de los soldados italianos implicados.

7. GRANDES REMEDIOS

Rumiaba amargamente el padre Arsenios detrás del iconostasio; ¿cómo iba a salir a mezclarse entre la gente, a consolar al enfermo y al moribundo, a poner paz en las disputas, a propagar la palabra de Dios, a abogar por la reunificación de Grecia, si parecía evidente que ya nadie le respetaba? Sopesó por un momento la romántica posibilidad de desaparecer; podía irse a El Pireo y trabajar de empleado, podía hacerse pescador, podía marchar a América y empezar de nuevo. Acarició una efímera imagen de sí mismo liberado de sus grotescos pliegues de grasa, cantando una obscena *rebetika* en los lupanares de Atenas, bebiendo *kokkinelli* a grandes tragos y seduciendo a muchachas. También se imaginó a sí mismo retirado en una ermita en los montes del Epiro, alimentado por los cuervos en olor de santidad. Pensó en los milagros que se realizarían en su nombre y se le ocurrió la desagradable idea de llegar a convertirse en santo patrón de los impudicamente gordos. Tal vez podría escribir grandes poemas y ser tan famoso y respetado como Kostis Palamas. Podía ser el nuevo Homero, ¿por qué no? Tras el iconostasio empezó a murmurar con su profunda voz de bajo: «Me irrita comprobar cuán malvadas son estas criaturas de un día con nosotros los dioses, cuando nos achacan los males (más allá de nuestras peores sentencias) que su perversidad excesiva ha acumulado sobre ellos mismos». Vaciló y se detuvo, arrugando la frente; ¿venía ahora lo de Egisto o era el pasaje sobre Atenea conversando con Zeus? «Hija mía —protestó Zeus, el señor de las nubes—, acerbos opiniones las que dejas escurrir entre tus dientes...».

Le interrumpió una discreta tos procedente de la nave principal de la iglesia. Rápidamente se despabiló, orejas y cuello enrojecidos de vergüenza, y permaneció sentado absolutamente inmóvil. Le habían sorprendido en un espontáneo acto de ensoñación declamatoria y ahora los aldeanos empezarían a decir que estaba chiflado. Oyó unos pasos que se alejaban y atisbó por una esquina del biombo; alguien le había dejado una barra de pan. Involuntariamente, empezó a relamerse y a pensar en un poco de queso para acompañar. Nuevas pisadas, y Arsenios se ocultó con la rapidez de un niño jugando al escondite. Una vez los pasos se alejaron, miró por un orificio y descubrió que alguien le había dejado un queso grande, suave y succulento. «Es un milagro —se dijo—. Alabado sea Dios». Deseó venialmente unas berenjenas y una botella de aceite, pero sólo obtuvo por premio un par de pantuflas.

—Dios mío, Dios mío —dijo, alzando los ojos al techo—, cuán perverso eres.

Poco a poco la entrada del templo se llenó de presentes a medida que los aldeanos dejaban allí sus muestras de arrepentimiento. El padre Arsenios observaba por el orificio con ingenua avaricia mientras al pescado le seguían las verduras y los pañuelos bordados. Advirtió que se iba acumulando una cantidad importante de Robola y objetó para sí: «¿Cómo? ¿Es que todos piensan que soy un borracho?». Empezó a calcular lo que le durarían las existencias si bebía dos botellas por día y luego si bebía tres. Por pura diversión matemática y desafío intelectual decidió

computar los resultados de consumir tres y cinco octavos diarios, pero se hizo un lío y hubo de empezar otra vez.

Mientras el montón seguía creciendo, se dio cuenta de que necesitaba orinar urgentemente. Se rebulló incómodo y empezó a transpirar. El dilema era terrible: o salía de la iglesia, en cuyo caso la gente podía desistir de dejar los regalos en su presencia, o tendría que quedarse allí viendo aumentar su desesperación hasta el momento en que se sintiera seguro de que el flujo de penitentes había terminado. Empezó a lamentar con vehemencia la botella que había bebido antes de salir. «Justo castigo de Dios a los bebedores —pensó—. No volveré a probar ni gota». Pidió auxilio a San Gerasimos.

Al terminar sus rezos fue visitado por la inspiración. En la iglesia había una gran provisión de botellas. Aguzó el oído, no oyó nada y salió de su escondite tan rápido como se lo permitieron sus dimensiones. Anadeó hasta la entrada, se inclinó dolorosamente para coger una botella y regresó a ocultarse detrás del iconostasio. Descorchó la botella con los dientes y consideró el siguiente problema: para utilizar la botella, ésta tenía que estar vacía. ¿Qué podía hacer con el vino? Desperdiciarlo era inconcebible. Levantó la botella y vertió su contenido en el gaznate. Riachuelos de dulce líquido le corrieron barba abajo y por la sotana. Examinó la botella, vio que quedaban unas gotas y con ademán triunfal las hizo caer en la boca.

El padre Arsenios miró por el orificio para asegurarse de que nadie le oía, luego se recogió la sotana y soltó un formidable chorro de orina dentro de la botella. El líquido golpeó el cristal y produjo una serie de siseos mientras la botella se llenaba. El padre notó que a medida que el cuello se estrechaba, el nivel del líquido ascendía con alarmante rapidez. «Deberían fabricar botellas uniformemente cilíndricas», reflexionó el sacerdote, y en ese momento fue pillado por sorpresa. Con el pie restregó las últimas gotas contra el polvo del suelo y vio que tendría que esperar en la iglesia a que se le secaran las partes húmedas del hábito. «No está bien —pensó— que un cura deje ver que se ha meado encima». Dejó la botella de orines a un lado y se volvió a sentar. Entró alguien a dejarle un par de calcetines.

Transcurrido un cuarto de hora apareció Velisarios, que esperaba excusarse personalmente. Miró en el *campanile* y en la nave principal, y se disponía a salir cuando oyó un largo y gorgoteante eructo procedente del biombo.

—¿*Patir*? —dijo Velisarios en voz alta—. Vengo a pedirle disculpas.

—¡Largo! —fue la insolente respuesta, y luego—: Estoy intentando rezar.

—Pero *patir*, quiero pedir disculpas y besarle la mano.

—Ahora no puedo salir. Por varias razones.

Velisarios se rascó la cabeza y preguntó:

—¿Cuáles?

—Razones religiosas. Además, no me encuentro bien.

—¿Quiere que vaya a buscar al doctor Iannis?

—No.

—Le pido perdón por lo que hice, y para hacer las paces le he traído una botella de vino. Rezaré a Dios para que me perdone.

Velisarios salió de la iglesia y regresó a casa del médico para ver cómo seguía Mandras, a quien encontró mirando a Pelagia con adoración canina. Fue a decirle al médico que el cura se encontraba mal.

Por su parte, el padre Arsenios estaba pensando en que la solución que había dado al problema de la vejiga hinchada era un callejón sin salida. Tras la partida de Velisarios había vaciado otra botella para rellenarla con el producto metamorfoseado de la anterior. Esta vez su puntería, su equilibrio y su criterio del momento oportuno en que cerrar el grifo carecieron de la sospechosa precisión de su anterior empresa. Hubo que frotar nuevamente el polvo con el pie y se produjo un nuevo humedecimiento del hábito. Exhausto, Arsenios se sentó otra vez y empezó a sentir náuseas. Se dejó caer pesadamente del taburete, magullándose el coxis, y despertó veinte minutos después con la imperiosa necesidad de vaciar y rellenar otra botella. Se prometió para antes de que el angosto cuello de la botella pudiera originar un nuevo desbordamiento, pero la presión era ahora tan grande que sus cálculos fallaron una vez más. Catastróficamente.

El doctor Iannis se dirigió hacia la iglesia bajo la transparente luminosidad de la tarde. Entre semana solía vestir la ropa que los campesinos llevaban los días de fiesta; un traje negro bastante sucio con lustrosos remiendos y una camisa sin cuello, polvorientos y rasguñados zapatos negros y un sombrero de ala ancha. Iba retorciéndose el bigote y chupando su pipa, y había dividido su atención para poder pensar simultáneamente en el saqueo de la isla por los cruzados y en lo que le iba a decir al cura. Se imaginó la siguiente escena:

Él diría: «*Patir*, lamento muchísimo el ultraje de que ha sido objeto esta mañana», a lo que el cura contestaría: «Me sorprende, viniendo de un impío», y él replicaría: «Pero, en cambio, creo que a un cura hay que tratarlo con respeto. Un pueblo necesita cura como una isla necesita mar. Venga a comer mañana con nosotros. Pelagia va a preparar cordero al horno con patatas. También invitaré al maestro. A propósito, me he enterado de que no se encuentra muy bien. ¿Puedo ayudarle?».

Pero cuando entró en la iglesia intuyó de inmediato la posibilidad de que aquella conversación no llegara a tener lugar. Se oía a alguien gemir y basquear detrás de la mampara.

—*Patir* —dijo—. ¿Se encuentra bien?

Hubo otro lastimero gemido, y los ruidos perrunos de alguien que vomitaba con dolor. Por su experiencia con muchos pacientes aquejados de vómitos, se imaginó que éste sería de un color predominantemente amarillo. Llamó con los nudillos al biombo y dijo:

—*Patir*, ¿está usted ahí?

—Dios, Dios... —gimoteó el sacerdote.

Al doctor se le presentaba un espinoso problema. El hecho era que sólo los que

estaban ordenados podían pasar detrás del biombo. Iannis había abandonado hacía su tiempo su religión en favor de una variedad machiana de materialismo, pero pese a ello creyó que no debía romper la prohibición. Un tabú como éste no puede ser desechado a la ligera ni siquiera por alguien que no da fe a la premisa que lo sustenta. No podía entrar allí como tampoco podía lanzarle los tejos a una monja. Volvió a llamar, ahora con más urgencia.

—Soy yo, *patir*, el doctor Iannis.

—*Iatre* —sollozó el cura—, estoy gravemente enfermo. Oh, Dios, ¿por qué motivo has hecho a todos los hombres en vano? Ayúdeme, por el amor de Dios.

El doctor dedicó una oración de penitencia al Dios en que no creía y pasó detrás del biombo. Allí estaba el indolente sacerdote, reclinado sin remedio sobre un charco de orines y vómito. Tenía un ojo cerrado y el otro inundado de lágrimas. Notó con desapasionada sorpresa que el vómito era más blanco que amarillo y que contrastaba con la empañada negrura de los hábitos.

—Tiene que ponerse en pie —dijo el doctor—. Puede apoyarse en mi hombro, aunque me temo que no podré llevarle.

Siguió un improbable forcejeo en el que el liviano doctor se las ingenió para levantar al orondo clérigo. Enseguida se dio cuenta de la futilidad de sus esfuerzos y se enderezó. Reparó en la presencia de tres botellas de orina en aquel santo lugar. Por mera curiosidad profesional puso una de las botellas a la luz y la examinó en busca de las venas mucales reveladoras de una infección en la uretra. La botella era transparente y el doctor vio que se había manchado las manos de vómito. Se las miró un momento; iba listo si se las limpiaba en el pantalón, y más listo aún si lo hacía en la parte posterior del biombo. Se agachó y se las secó en el hábito del cura. Luego fue a buscar a Velisarios.

Así fue como la penitencia de Velisarios por haber sometido al cura al ultraje de aquella mañana consistió en verse obligado a cargar su colosal corpachón hasta la casa del médico. Probablemente era el más titánico acto de fuerza bruta y determinación que jamás había tenido que realizar. Se tambaleó un par de veces y en una ocasión casi desfalleció. Los brazos y la espalda le quedaron como si hubiera llevado a cuestas a todo el universo, y comprendió cómo tuvo que sentirse san Cristóbal después de cruzar el vado cargando al Señor. Se sentó a la sombra sudoroso y jadeante, experimentando una alarmante aceleración del pulso mientras Pelagia no paraba de darle zumo de limón endulzado con miel y ella a su vez recibía constantes sonrisas de Mandras, quien se había puesto de lado para verla mejor. Pelagia sentía aquella mirada como si fuera una caricia tórrida, descubriendo que tenía el desconcertante efecto de hacerla tropezar a cada momento y parecía ser la causa de que sus caderas se menearan más de lo normal. En realidad era su intento de dominar las caderas lo que le causaba dificultades con los pies.

En el interior de la casa, el doctor obligó al cura a beber jarra tras jarra de agua, único remedio sensato que conocía contra la intoxicación etílica. Notaba que se

estaba poniendo insolentemente crítico con su paciente, pues por dentro iba desgranando un monólogo interior más o menos de esta guisa: «¿No es cierto que un cura debería dar ejemplo? ¿No es una vergüenza estar ebrio cuando falta tanto para la noche? ¿Cómo espera este hombre conservar cierta categoría en estos pagos si es un goloso y un borracho? No recuerdo un cura peor que éste, y no será porque no los hayamos tenido malos...». Frunció el ceño y chasqueó la lengua mientras fregoteaba las manchas de vómito del hábito del cura, y trasladó su irritación a la cabra de Pelagia, que había entrado en el cuarto y subido a la mesa.

—¡Bestia estúpida! —le gritó.

La cabra se lo quedó mirando con sus impúdicos ojos como muescas, como diciendo «Yo al menos no estoy borracha. Sólo soy un poco traviesa».

El doctor, abandonando al paciente en su estupor, se sentó en la mesa, cogió su pluma y escribió: «En 1802 un infame barón normando de nombre Robert Guiscard intentó conquistar la isla pero fue repelido con valiente determinación por varios grupos guerrilleros. El mundo se libró de su oprobiosa presencia gracias a una fiebre que acabó con él en 1805, y la única huella que ha dejado sobre la tierra es el hecho de que Fiskardo se llama así por él, aunque la historia no explica cómo la G se transformó en F. Otro normando llamado Bohemund, que hacía gala de la piedad de nuevo cuño fruto de una reciente cruzada, saqueó la isla con absoluta e inexcusable crueldad. Recuerde el lector que fueron los cruzados y no los musulmanes quienes originalmente saquearon Constantinopla, lo cual debería haber suscitado un escepticismo permanente respecto al valor de las causas nobles. No ha sido así, al parecer, ya que la raza humana es incapaz de aprender nada de la historia».

Se retrepó en su silla, se torneó el bigote y luego encendió la pipa. Al ver pasar a Lemoni por la ventana la hizo entrar. La chiquilla escuchó con atónita seriedad cómo el doctor le pedía que fuese en busca de la mujer del cura. Le dio unas palmaditas en la cabeza, la llamó *pequeña koritsimou* y sonrió al verla alejarse saltando y brincando por la calle. Pelagia había sido igual de encantadora a esa edad, y eso le puso nostálgico. Sintió aflorar una lágrima, pero se contuvo sin dilación escribiendo una nueva frase poniendo verdes a los normandos. Se reclinó de nuevo y fue interrumpido por la entrada de Stamatis, que venía con el sombrero en la mano y sobando el ala.

—Kalispera, Kyrie Stamatis —dijo el doctor—, ¿qué se le ofrece?

Stamatis arrastró un poco los pies mirando con preocupación al amasijo de cura tendido en el suelo y dijo:

—¿Se acuerda del..., de esa cosa que tenía en el oído?

—¿El papilionáceo y exorbitante impedimento auditorio?

—Eso mismo, *iatre*. Bueno, lo que quisiera saber es... verá, ¿podría metérmelo usted otra vez?

—¿Metérselo, dice?

—Es por mi mujer, sabe.

—Ya —dijo el doctor, lanzando una maloliente nube de humo de pipa—. Bueno,

en realidad no sé de qué me habla. Explíquese.

—Verá, cuando estaba sordo de este lado no podía oírla. Me sentaba de manera que el oído bueno me quedase del otro lado, comprende, y así podía soportarlas, más o menos.

—¿Soportarlas?

—Sí, las quejas. Quiero decir que antes era algo como el murmullo del mar. Me gustaba. Me ayudaba a dormir. Pero ahora suena demasiado fuerte, y no para nunca. Una queja detrás de otra. —El hombre meneó los hombros imitando a una mujer enfadada y parodió a su esposa—: «No sirves para nada, ¿por qué no entras la leña? ¿Por qué nunca hemos tenido un céntimo, por qué siempre tengo que hacerlo todo yo, por qué no me habré casado con un hombre, cómo se entiende que sólo hayas sabido darme hijas, dónde está el hombre con el que me casé?». En fin, cosas así. Me volverá loco.

—¿Ha probado a atizarla?

—No, *iatre*: La última vez ella me partió un plato en la cabeza. Todavía conservo la cicatriz. Mire. —El viejo se inclinó y señaló algo invisible encima de la frente.

—Pues será mejor que no le pegue —dijo el doctor—. Siempre encuentran modos más subversivos de intimidarlo a uno, como poner demasiada sal en la comida. Mi consejo es que sea amable con ella.

Stamatis le miró perplejo. Le parecía una línea de acción tan inimaginable que jamás había imaginado la posibilidad de imaginársela.

—*Iatre*... —protestó, pero no encontró las palabras.

—Usted entre la leña antes de que ella se lo pida y llévele una flor cada vez que vuelva del sembrado. Si hace frío póngale un chal sobre los hombros, y si hace calor llévele un vaso de agua fresca. Es sencillo. Las mujeres sólo se quejan cuando se sienten infravaloradas. Piense en ella como si fuera su madre que ha enfermado, y actúe en consecuencia.

—Entonces ¿no va a ponerme otra vez el..., eeh..., cucurbitáceo y beligerante internamiento olfatorio?

—Claro que no. Violaría el juramento hipocrático. Eso no se puede hacer. Por cierto, fue Hipócrates el que dijo «a grandes males grandes remedios».

Stamatis parecía alicaído.

—¿Eso lo dijo Hipócrates? Entonces ¿he de ser amable con ella?

El doctor asintió paternalmente y Stamatis se encasquetó el sombrero.

—Oh, Dios —dijo.

El doctor observó al viejo desde su ventana. Stamatis salió a la calle y empezó a andar. Al momento se detuvo y miró una pequeña flor morada que había en el terraplén. Se agachó para cogerla pero de pronto se enderezó. Miró en derredor para asegurarse de que nadie le espiaba. Se tiró del cinturón como quien se apresta para la lucha, lanzó una fiera mirada a la flor y giró sobre los talones. Echó a andar otra vez, pero se detuvo. Como un ladronzuelo en acción, Stamatis retrocedió a toda prisa,

arrancó la flor por el tallo, la escondió en su chaqueta y se alejó con un aire afectadamente despreocupado y casual. El doctor se asomó a la ventana y, por el sencillo pero malicioso placer de presenciar su engorro y su vergüenza, le gritó.

—¡Bravo, Stamatis!

8. UN GATO MUY RARO

Lemoni entró corriendo en el patio de la casa del doctor cuando éste se dirigía a la *kapheneia* para desayunar; Iannis tenía pensado reunirse allí con todos sus contertulios y discutir de los problemas del mundo. El día antes había medido sus armas con Kokolios acerca del comunismo, y por la noche se le había ocurrido un magnífico argumento que de tanto ensayarlo mentalmente le había impedido dormir, obligándole a levantarse y añadir unas líneas a la historia que estaba escribiendo, una pequeña diatriba sobre la familia Orsini. Su discurso a Kokolios rezaba así:

«Vamos a ver, si el Estado emplea a todo el mundo, es obvio que es el Estado quien paga a todo el mundo, ¿de acuerdo? Entonces, los impuestos que revierten al Estado no son sino dinero que procedía del Estado, ¿de acuerdo? De modo que el Estado sólo recibe más o menos un tercio de lo que pagó la semana anterior. Así que esta semana la única manera de pagar a todo el mundo es imprimir más papel moneda, ¿no? De lo que se deduce que en un Estado comunista el dinero pronto se convierte en una entelequia, porque el Estado no tiene con qué representar ese dinero».

Se imaginaba la respuesta de Kokolios: «Ah, *iatre*, el dinero que falta sale de los beneficios». Entonces, veloz como el rayo, el doctor le espetaría: «Pero mire, Kokolios, el Estado no tiene otra manera de obtener beneficios que vendiendo mercancías al extranjero, y el único modo de que esto suceda es si los demás estados con capitalistas y disponen de superávit con que comprar las cosas. O bien tienes que vender a empresas capitalistas. Es decir, es evidente que el comunismo no puede sobrevivir sin el capitalismo, lo cual lo hace contradictorio en sí mismo, pues se supone que el comunismo es la superación del capitalismo, y encima se supone que es internacionalista. De mi argumentación se colige que si todo el mundo se volviera comunista, la economía del planeta entero quedaría paralizada en menos de una semana. ¿Qué me dice a eso?». El doctor estaba ensayando el ademán dramático con que concluiría su perorata (devolver la pipa a su posición entre los dientes apretados), cuando Lemoni le tiró de la manga y le dijo:

—*Iatre*, por favor, he encontrado un gato muy raro.

El hombre miró a aquella niña menuda, reparó en su expresión ansiosa y dijo:

—Ah, hola, *koritsimou*. ¿Decías...?

La chiquilla, exasperada, puso los ojos en blanco y se pasó una mano por la frente, dejando a su paso una franja de mugre:

—Que he encontrado un gato muy raro.

—Lista que eres tú. ¿Por qué no se lo cuentas a tu papá?

—El gato está enfermo.

—Enfermo ¿de qué?

—Está cansado. A lo mejor tiene dolor de cabeza.

El doctor vaciló. Le esperaba una taza de café y tenía que pronunciar ante la

asamblea su definitiva refutación del comunismo. Sintió una punzada de infantil desilusión ante la idea de tener que privarse de los aplausos. Bajó la vista, vio la cara de consternación de la chiquilla, sonrió con noble resignación y le cogió la mano:

—Bueno, enséñame dónde está ese animalucho —dijo—, y recuerda que los gatos no me gustan. Además, no sé cómo se cura el dolor de cabeza de los gatos. Sobre todo si son raros.

Lemoni lo condujo impaciente por el camino, instándole a apretar el paso a cada momento. Luego lo hizo subir a un muro de poca altura y a agacharse bajo las ramas de los olivos.

—¿No podríamos ir dando un rodeo? —preguntó él—. Soy más alto que tú, no lo olvides.

—Derecho llegaremos más rápido.

Lemoni le hizo cruzar un trecho de zarzas y matorrales, y luego se arrodilló y empezó a meterse a cuatro patas por un túnel que algún animal había fabricado para su uso particular.

—Yo no paso por ahí —protestó el doctor—. Soy demasiado grande.

Se abrió paso con su bastón siguiendo lo mejor que pudo el trasero que se le escapaba delante. Se imaginó el descontento de Pelagia cuando le pidiese que le remendara los pantalones e hiciera algo con las hilachas sueltas. Los rasguños empezaban a escocerle.

—¿Qué diablos hacías aquí dentro? —preguntó.

—Buscar caracoles.

—¿Sabías que la niñez es la única época de la vida en que la locura no sólo está permitida sino que además se da por sentada? —preguntó retóricamente el doctor—. Si yo me pusiera a buscar caracoles a gatas me llevarían a El Pireo y me encerrarían.

—Había muchos y grandes —observó Lemoni.

Cuando el doctor empezaba a perder la paciencia, llegaron a un pequeño claro que en tiempos había quedado dividido en dos partes por una combada cerca de alambre de espino. Lemoni se puso en pie de un salto y corrió hacia la cerca señalando con el dedo. El médico tardó unos segundos en darse cuenta de que tenía que seguir no la línea del puerco dedo (obtusamente dirigido hacia el cielo) sino la línea general del brazo de la chiquilla.

—Allí está —proclamó la niña—, el gato raro, y sigue cansado.

—No es eso, *koritsimou*, es que se ha quedado enganchado en la cerca. Vete a saber el tiempo que lleva colgado de ahí.

Se puso de rodillas e inspeccionó de cerca al animal. Un par de ojillos negros vivaces le devolvieron la mirada con una expresión llena de desesperanza y agotamiento. Sintió una emoción que le sorprendió por lo extraña e ilógica.

El animal tenía la cabeza chata y triangular, el hocico puntiagudo, la cola tupida. Era de pelaje castaño intenso a excepción de la garganta y el pecho, de un tono indefinible entre el amarillo y el blanco cremoso. Tenías las orejas anchas y

redondeadas. El médico le examinó los ojos; aquel animalito estaba a punto de morir.

—No es un gato —le dijo a Lemoni—, sino una marta. Debe de llevar años colgada de ahí. Creo que lo mejor sería matarla, porque de todos modos morirá pronto.

Lemoni fue presa de la mayor indignación. Las lágrimas inundaron sus ojos, empezó a patalear y a dar saltos. En resumen, le prohibió al doctor que matara al animal. Luego acarició la cabeza de éste y se situó entre el animal y el hombre en quien había confiado para que lo salvara.

—No lo toques, Lemoni. Recuerda que el rey Alejandro murió de una mordedura de mono.

—Esto no es un mono.

—Puede que tenga la rabia. O podría contagiarte el tétanos. Hazme caso y no lo toques.

—Lo he acariciado antes y no me ha mordido. Está cansado.

—Mira, Lemoni, tiene una púa clavada en la barriga. Puede que lleve horas así, o días. No está cansado, se está muriendo.

—Eso es de andar por la cuerda floja. Yo los he visto —dijo la niña—. Pasan por el alambre, se suben a ese árbol y se comen los huevos de los nidos. Yo los he visto.

—No sabía que los hubiera por aquí. Pensaba que vivían en los pinares. ¡Hay que ver!

—¿El qué?

—Que los niños ven más que nosotros.

El doctor se arrodilló de nuevo y examinó a la marta. Era un ejemplar muy joven, debía de haber abierto los ojos sólo unos días antes. Era sumamente bonita. Por consideración a Lemoni, decidió rescatarla y matarla más tarde, cuando llegara a casa. Nadie iba a darle las gracias por salvar a un animal que mataba gallinas y gansos, que robaba huevos, que se comía las bayas de los jardines e incluso saqueaba las colmenas; le diría a la chiquilla que el animal había muerto por su cuenta y tal vez se lo daría para que lo enterrase. Echó un nuevo vistazo y descubrió que la marta no sólo estaba empalada en una púa, sino que había logrado enroscarse dos veces al alambre. Debía de haber forcejeado sin descanso y soportado además una espantosa tortura.

Con cuidado la cogió del pescuezo e hizo girar el cuerpo. Sin vacilar desenroscó al animal del alambre, consciente de tener a su lado la cabeza de Lemoni mirando con atención.

—Cuidado —le aconsejó ella.

El doctor dio un respingo al pensar en un letal mordisco que podía dejarle echando espuma por la boca o postrado en cama con las mandíbulas paralizadas. Menudo plan, arriesgar la propia vida por un bicho. Las cosas que le consiente uno a un niño. Debía de estar loco, atontado, o ambas cosas.

Sostuvo el animal panza arriba e inspeccionó la herida. Era superficial, a la altura

de la ingle, y probablemente no le había dañado el músculo. Debía de tratarse de un problema de deshidratación aguda. Se fijó en que era hembra y que despedía un olor dulzón y almizcleño. Le recordó a una mujer de sus días de marino, pero no pudo poner un rostro a su recuerdo. Le mostró el animal a Lemoni y dijo:

—Es una chica.

Ella, inevitablemente, respondió:

—¿Por qué?

El doctor metió el animal en el bolsillo de su chaqueta y llevó a Lemoni a su casa prometiéndole que haría lo posible por curarlo. Siguió hacia su casa y al llegar se encontró a Mandras dándole conversación a Pelagia mientras ésta intentaba barrer. El pescador alzó la vista con cara de embarazo y dijo:

—Oh, *kalimera, iatre*, precisamente venía a verle a usted, pero como no estaba me entretuve hablando con Pelagia, como puede ver. La herida me está dando problemas...

El doctor Iannis le miró con escepticismo y experimentó una oleada de disgusto; sin duda el sufrimiento del pequeño animal le había puesto de mal humor.

—A tu herida no le pasa nada. Supongo que me dirás que te escuece.

Mandras sonrió para congraciarse y dijo:

—Eso mismo, *iatre*. Es usted un mago. ¿Cómo lo ha sabido?

El doctor torció lacónicamente la boca y lanzó un suspiro fingido.

—Mandras, sabes muy bien que las heridas escuecen mientras están cicatrizando. Y también sabes muy bien que yo sé muy bien que sólo has venido a coquetear con mi hija.

—¿Coquetear, yo? —repitió el joven, fingiendo a la vez inocencia y horror.

—Sí, coquetear. No hay otra palabra. Ayer nos trajiste otro pescado y luego estuviste pelando la pava con Pelagia más de una hora y diez minutos. Bueno, es mejor que sigas con lo que estabas haciendo, porque no pienso perder el tiempo por una herida perfectamente sana. No he desayunado y he de entrar a echar a un vistazo a un gato muy raro que llevo en el bolsillo.

Mandras procuró disimular su confusión y no se le ocurrió otra cosa que decir con inusitada osadía:

—Entonces ¿me da permiso para hablar con su hija?

—Hablar, hablar, hablar —dijo el doctor Iannis, agitando las manos con fastidio. Giró sobre sus talones y entró en la casa.

Mandras miró a Pelagia y comentó:

—Tu padre es un tipo curioso.

—No te metas con él —exclamó ella—, si no quieres que te limpie la cara con la escoba. —Fingió atacarlo con el utensilio y Mandras se lo quitó de la mano—. Devuélveme la escoba —dijo ella riendo.

—Lo haré... si me das un beso.

El doctor Iannis colocó al moribundo animal con cuidado sobre la mesa de la

cocina y lo contempló. Se quitó una bota, la cogió por la puntera y la levantó en alto. Sería fácil aplastar un cráneo tan pequeño y tan frágil. No habría sufrimiento. Era lo mejor.

Entonces dudó. No podía devolverle el animal a Lemoni para que lo enterrara si tenía el cráneo aplastado. Quizá sería mejor partirle la nuca. Lo cogió con la mano derecha, colocando los dedos detrás del pescuezo y el pulgar bajo la barbilla. Sólo era cuestión de apretar con el pulgar.

Lo pensó por unos instantes, exhortándose a pasar a la acción, y notó que el pulgar empezaba a moverse. La marta no sólo era muy bonita sino también encantadora y de un patetismo inconcebible. Apenas había vivido hasta ahora. La dejó sobre la mesa y fue en busca de un frasco de alcohol. Limpió la herida a conciencia y le dio un único punto de sutura. Llamó a Pelagia.

Pelagia entró convencida de que su padre la había visto besar a Mandras. Estaba preparando una defensa a ultranza, se había ruborizado y esperaba que su padre estallase de un momento a otro. Su sorpresa fue mayúscula al ver que su padre ni siquiera la miraba.

—¿Ha caído algún ratón en las trampas? —preguntó él.

—Hay dos, *papakis*.

—Bien, pues ve a sacarlos de donde los hayas tirado y tritúralos.

—¿Que los triture?

—Sí. Hazlos picadillo. Y tráeme un poco de paja.

Pelagia salió presurosa, perpleja y aliviada a la vez. A Mandras, que se había quedado junto al olivo dando nerviosas patadas a unas piedras, le dijo:

—No pasa nada, sólo quiere que triture unos ratones y le lleve un poco de paja.

—¿Lo ves? Si ya digo yo que es un tipo curioso.

—Eso quiere decir que tiene algún proyecto entre manos —sonrió ella—. En realidad no está loco. Ve tú a buscar la paja, si quieres.

—Muchas gracias —dijo él—. Me encanta ir a buscar paja.

—A lo mejor hay recompensa —repuso ella, sonriendo con picardía.

—Por un beso soy capaz de limpiar una pocilga con la lengua —sentenció Mandras.

—No pensarás que te daría un beso después de haber limpiado una pocilga con la lengua, ¿verdad?

—Yo te besaría aunque hubieras lamido el barro de la suela de mis botas.

—Te creo. Estás mucho más loco que mi padre.

Dentro, el doctor llenó de leche un cuentagotas y procedió vaciarlo en la garganta de la marta. Le llenó de satisfacción médica el que el animal se orinara sobre la pernera de su pantalón. Eso indicaba que los riñones funcionaban sin problema. «Lo mataré cuando vuelva de la *kapheneia*», decidió mientras acariciaba con un dedo el abundante pelaje marrón de su frente.

Media hora después su paciente estaba dormido como un tronco sobre un lecho de

paja y Pelagia se hallaba en el patio desmenuzando ratones con una máquina de picar carne. Inexplicablemente, Mandras estaba subido a una rama del olivo. El doctor Iannis pasó rápidamente a su lado camino de la *kapheneia*, ensayando una vez más su devastadora crítica del comunismo e imaginando la expresión de perplejidad que dentro de poco aparecería en el rostro de Kokolios. Pelagia corrió tras él y le tironeó de la manga como había hecho Lemoni.

—*Papakis* —le dijo—, ¿no ves que te vas con una bota sí y otra no?

9. 15 DE AGOSTO DE 1940

Camino de la *kapheneia* el doctor Iannis encontró a Lemoni, entretenida pinchándole el hocico con un palo a un larguirucho perro manchado. El animal no paraba de dar saltos en medio de un recital de ladridos e intentaba arrebatarse de las manos de la niña el trozo de madera, ofuscadas sus ya cortas entendederas por una pregunta cuya solución parecía pasar por la decisión de ladrar con más brío todavía; ¿se trataba de un juego o era simple provocación? El perro se sentó sobre las ancas, echó la cabeza atrás y aulló como un lobo.

—Está cantando, está cantando —exclamó alegremente Lemoni, y se puso a imitar al perro.

El doctor se tapó los oídos y protestó:

—*Koritsimou*, para, para de una vez; bastante calor hace ya para que me hagas sudar con ese ruido. Y no le hagas eso al perro, que te va a morder.

—Qué va. Sólo muerde palos.

El doctor alargó una mano para acariciar la cabeza del animal y recordó la ocasión en que le había cosido un corte que se había hecho en una pata. Dio un respingo al acordarse del momento en que le extrajo unos trocitos de cristal. Sabía que todo el mundo le tenía por un tipo raro por culpa de su apremio en curar a la gente, y efectivamente también a él le parecía una cosa peculiar, pero asimismo sabía que todo hombre necesita una obsesión para disfrutar de la vida, y si esa obsesión era constructiva, tanto mejor. Miren a Hitler, Metaxas, Mussolini, esos megalómanos. Miren a Kokolios, preocupado por la redistribución de la riqueza de los demás, o al padre Arsenios, esclavo de su apetito, o a Mandras, tan enamorado de su hija que hasta se balanceaba en el olivo como un simio sólo para complacer a Pelagia. Se estremeció al recordar el mono encadenado a un árbol que había visto durante un viaje a España; el bicho se masturbaba y luego se tragaba las consecuencias. Santo Dios, imagínense a Mandras haciendo lo mismo.

—Mejor que no le dé palmaditas —dijo Lemoni, contenta de poder interrumpir la contemplación del otro y de exhibir su sabiduría delante de un adulto—, tiene pulgas.

El doctor retiró rápidamente la mano y el perro se situó detrás de él para esquivar el palo de la chiquilla.

—¿Has decidido qué nombre vas a ponerle a la marta? —preguntó él.

—*Psipsina* —anunció la niña—, se llama *Psipsina*.

—Eso es nombre de gato...

—Y qué, yo no soy un limón y me llaman Lemoni.

—Yo estaba presente cuando tú naciste —le dijo el doctor—, y no sabíamos si eras un bebé o un limón, por poco te llevo a la cocina y te exprimo. —La cara de Lemoni se contrajo en un gesto de escepticismo y el perro aprovechó para pasar entre las piernas del doctor, arrebatarse el palo a la chiquilla y echar a correr hacia un montón de escombros, donde procedió a convertir el palo en astillas—. Es listo, ese

perro —comentó el doctor, dejando a la chiquilla mirándose atónita las manos vacías.

Cuando entró en la *kapheneia* comprobó que los contertulios de costumbre estaban allí: Kokolios con sus masculinos y espléndidamente exuberantes bigotes; Stamatis, rehuyendo las feroces miradas y la regañona lengua de su mujer; el padre Arsenios, siempre esférico y sudando. El doctor cogió su pequeña taza de café granuloso y su vaso de agua y fue a sentarse, como siempre, al lado de Kokolios. Bebió un buen trago de agua y citó, también como siempre, a Píndaro:

—El agua es lo mejor.

Kokolios dio una larga chupada al *narguilé*, exhaló una nube de humo azulado y preguntó:

—Usted ha sido marino, ¿no es cierto, *iatre*? ¿Es verdad eso de que el agua de Grecia sabe más a agua que la de cualquier otro país?

—Desde luego que sí. Y el agua de Cefalonia sabe aún más a agua que cualquier otra agua de Grecia. También tenemos el mejor vino, la mejor luz y los mejores marinos.

—Cuando llegue la revolución también tendremos el mejor estilo de vida —anunció Kokolios con intención de provocar a los reunidos. Luego señaló el retrato del rey Jorge que colgaba de la pared y añadió—: Y la foto de ese imbécil será sustituida por la de Lenin.

—Canalla —masculló Stamatis. La extracción de su guisante auditivo le había expuesto no sólo a los arrebatos conyugales sino también a la actitud antimonárquica y sorprendentemente antipatriótica de Kokolios. Se golpeó la palma con el dorso de la mano para indicar el grado de estupidez de Kokolios y añadió—. *Puttanas yie*.

Kokolios sonrió amenazadoramente y dijo:

—¿Hijo de puta, yo? Pues parecemos hermanos, mira lo que te digo.

—*Ai gamisou. Theh gamiesei*.

El doctor intervino para poner fin a los insultos y las invitaciones a tomar por culo y golpeó la mesa con su vaso:

—*Paidia, paidia*, ya basta. Cada mañana lo mismo. Yo siempre he sido venizelista; no soy monárquico y menos aún comunista. No estoy de acuerdo con ninguno de los dos, pero le curo la sordera a Stamatis y le quemo las verrugas a Kokolios. Así es como deberíamos ser. Habría que preocuparse más por el prójimo que por sus ideas, o acabaremos matándonos los unos a los otros. ¿O no?

—Sin partir huevos no se puede hacer una tortilla —citó Kokolios, mirando intencionadamente a Stamatis.

—A mí no me gusta tu tortilla —dijo Stamatis—. Los huevos están podridos, huele que apesta y me da cagalera.

—Ya te tapaná el trasero la revolución —dijo Kokolios, y añadió—: Los medios de producción en manos de los productores, todo el mundo obligado por igual a trabajar.

—Uno trabaja lo que ha de trabajar y punto —intervino el padre Arsenios con su

vozarrón de bajo.

—Usted no da golpe, *patir*. Cada día está más gordo. Lo tiene todo a cambio de nada. Es usted un parásito.

Arsenios se enjugó las rollizas manos en su hábito negro, y el doctor dijo:

—Existen parásitos indispensables. En el intestino tenemos unas bacterias parásitas que facilitan la digestión. No soy un hombre religioso, soy materialista, pero hasta yo puedo ver que los curas son una clase de bacteria que contribuye a hacer la vida de la gente más digerible. El padre Arsenios ha hecho mucho por aquellos que buscan consuelo; en todos los hogares es como uno más de la familia, y es la familia para aquellos que no tienen ninguna.

—Gracias, *iatre* —dijo el cura—. Nunca pensé que oiría semejante elogio de labios de un hombre conocido por su ateísmo. Nunca le veo en la iglesia.

—Empédocles dijo que Dios es un círculo cuyo centro está en todas partes y cuya circunferencia no está en ninguna. Si eso es cierto, no hace falta que vaya a la iglesia. Y no hace falta que crea las mismas cosas que usted para ver que está usted aquí para algo. Y ahora, fumemos y bebamos café en paz. Si no somos capaces de dejar de discutir, tendré que quedarme a desayunar en casa.

—Al doctor se le ha metido entre ceja y ceja ser un hereje, aunque le concedo que nuestro cura es un gran consolador de viudas —dijo Kokolios sonriendo—. ¿Le importa si le cojo un poco de tabaco?

—Usted, Kokolios, afirma que toda propiedad es un robo. Por lo tanto, es justo que comparta con nosotros lo poco que tiene. Páseme su plato, que ya se lo termino yo. Lo que es justo es justo. Sea buen comunista. ¿O es que en la utopía sólo los otros han de compartir sus propiedades?

—Cuando llegue la revolución, *iatre*, habrá suficiente para todos. Mientras tanto, páseme su petaca y ya le devolveré el favor en otro momento.

El doctor le alcanzó la petaca y Kokolios llenó tranquilamente su *narguilé*.

—¿Qué noticias hay de la guerra?

El doctor afiló las puntas de su bigote y dijo:

—Alemania lo está invadiendo todo, los italianos hacen el tonto, los franceses han echado a correr, los belgas han sido aplastados mientras miraban hacia el otro lado, los polacos han atacado a los tanques con la caballería, los americanos han estado jugando al béisbol, los británicos tomando té y ajustándose el monóculo, los rusos se han quedado mano sobre mano salvo para votar unánimemente hacer lo que les ordenen. Menos mal que no hemos intervenido. ¿Y si ponemos la radio?

Encendieron la enorme radio inglesa que había en una esquina del local; cuyas válvulas empezaron a brillar por entre los hilos de cobre; sus silbidos, chisporroteos y pitidos fueron reducidos al mínimo por el juicioso girar de mandos y la esmerada reubicación del aparato, y los amigos se dispusieron a escuchar la emisora de Atenas. Esperaban oír noticias sobre el último desfile de la Organización Nacional de juventudes ante el primer ministro Metaxas; a lo mejor decían algo del rey o tal vez

alguna cosa de las recientes conquistas nazis.

Dieron noticias sobre la nueva alianza de Churchill con la Francia libre, otra sobre una revuelta en Albania contra la ocupación italiana, otra sobre la anexión de Luxemburgo y la Alsacia Lorena, y en ese momento apareció Pelagia en la puerta haciendo señas a su padre, incómoda, pues sabía que la presencia de una mujer en las cercanías de un lugar como aquél era un sacrilegio peor que escupir en la tumba de un santo.

El doctor Iannis se metió la pipa en el bolsillo, suspiró y se acercó de mala gana a la puerta.

—¿Qué pasa, *kori*, qué ocurre?

—*Papakis*, es Mandras. Se ha resbalado del olivo y ha caído encima de la maceta, y ahora tiene varios fragmentos en... bueno, en las posaderas.

—¿En el trasero? ¿Y qué hacía subido al árbol? ¿Pavonearse otra vez? ¿Hacer el mico? Ese chico está loco.

Pelagia se sintió decepcionada y aliviada a la vez cuando su padre le prohibió entrar en la cocina mientras extraía partículas pequeñísimas de terracota del liso y muscular trasero de su pretendiente. Pelagia permaneció fuera, con la espalda pegada a la puerta, y se estremecía solidariamente cada vez que Mandras chillaba. En la cocina, el doctor tenía al pescador tumbado boca abajo sobre la mesa con el pantalón por las rodillas y reflexionaba sobre la necedad del amor. ¿Cómo podía encapricharse Pelagia de un mequetrefe tan proclive a los accidentes, tan mujeriego y tan inmaduro como aquél? Recordó lo que él mismo había hecho para lucirse delante de su propia esposa antes de ser novios: había trepado al tejado de su casa y tras levantar una teja, le había contado todos los chistes de turcos que sabía; de noche, había pegado en su puerta versos *anónimos* que hablaban con detalle de sus encantos; al igual que Mandras, había hecho excepcionales esfuerzos por ganarse al padre de la chica.

—Eres un idiota —le dijo al paciente.

—Ya lo sé —dijo Mandras, encogiéndose de dolor ante una nueva extracción.

—Primero te disparan por accidente y ahora te caes de un árbol.

—Cuando estuve en Atenas vi una película de Tarzán —explicó Mandras— y sólo pretendía que Pelagia se hiciese una idea. ¡Ay! Con todos los respetos, *iatre*, tenga cuidado.

—Herido por causa de la cultura, ¿eh? Además de joven, tonto.

—Sí, *iatre*.

—Déjate de cortesías. Sé muy bien lo que tramas. ¿Vas a pedirle que se case contigo, o no? Te lo advierto, no pienso darle ninguna dote.

—¿Ninguna?

—¿Acaso te sorprende? A lo mejor tu familia lo encuentra demasiado moderno. Nadie va a casarse con mi hija sólo porque piense enriquecerse con ello. Pelagia se merece algo mejor.

—No, *iatre*, si no se trata de dinero.

—Entonces, adelante. ¿Piensas pedirme permiso a mí?

—Todavía no, *iatre*.

El doctor se ajustó las gafas:

—Hay que ser prudente. Eres demasiado fogoso, tienes demasiado *kefi* para ser un buen marido.

—Sí, *iatre*. La gente dice que va a haber guerra, y yo no quiero dejar una viuda, eso es todo. Usted ya sabe cómo tratan a las viudas.

—Sí, todas acaban ejerciendo de putas —dijo el doctor.

—Pelagia no sería capaz de una cosa así —dijo Mandras confuso—. Dios no lo quiera.

El doctor limpió un poco de sangre con un algodón y se preguntó si él había tenido alguna vez unas nalgas tan hermosas.

—Deja a Dios en paz. Estas cosas son asunto nuestro.

—Sí, *iatre*.

—Basta ya de tanta urbanidad. Supongo que cambiarás esa maceta que tan generosamente has incorporado a tus propias carnes.

—¿Me aceptaría un pescado a cambio? Puedo traerle un buen cubo de chanquete y sardineta.

Pasaron seis horas antes de que el doctor pudiera regresar a la *kapheneia* porque, además de realizar aquella operación, tuvo que tranquilizar a su hija respecto a que Mandras quedaría bien aparte de unos cuantos moratones y unas manchitas de terracota en el trasero, tuvo que ayudarla a coger a su cabra, que había conseguido subirse al techo del cobertizo de un vecino, tuvo que darle ratones triturados a *Psipsina* y, encima, tuvo que ponerse a resguardo del insoportable calor de agosto. Le había despertado de la siesta el concierto vespertino de los grillos y los gorriones, y la reunión de lugareños para celebrar la fiesta del Tránsito de la Virgen. Dio su habitual peripato, el paseo vespertino siempre interrumpido por una parada en la *kapheneia* y reanudado después confiando en que Pelagia hubiese preparado cena para cuando él llegara. Tenía la esperanza de que hubiera cocinado un poco estival *kokoretsi*, pues había advertido la presencia de hígado y tripas en la mesa donde había estado operando al pescador. Se le había ocurrido que la comida podía haber resultado salpicada de algunas gotas de sangre de Mandras y se preguntó si a eso habría que llamarlo canibalismo. A ello había seguido la especulación sobre si un musulmán podía considerar antropofagia la ingestión de la sagrada hostia.

Tan pronto hubo entrado en la *kapheneia* supo que algo iba mal. La radio emitía solemne música marcial y los muchachos permanecían sentados en ominoso y lúgubre silencio, cogiendo sus vasos y frunciendo el entrecejo. El doctor Iannis advirtió con asombro que Stamatis y Kokolios tenían las mejillas húmedas y brillantes como si hubieran llorado. Para su sorpresa, vio al padre Arsenios saliendo a grandes trancos con los brazos proféticamente alzados, y su barba patriarcal apuntando al frente mientras exclamaba:

—¡Sacrilégio, sacrilégio, bramad barcos de Tharsis! ¡Mirad!, levantaré un viento destructor contra Babilonia y contra aquellos que allí moran y osen levantarse contra mí. Llorad, hijas de Rabba, cubríos de arpillera, ay, ay de vosotras...

—Pero ¿qué pasa? —preguntó.

—Esos cabrones han hundido el Elli —dijo Kokolios—, y han torpedeado el fondeadero de Tinos.

—¿Cómo? ¿Qué?

—El Elli. El buque de guerra. Los italianos lo han hundido frente a Tinos en el momento en que los peregrinos partían hacia la iglesia para ver los milagros.

—No estaría el icono a bordo, ¿verdad? ¿Qué está pasando? ¿Por qué? ¿El icono está bien?

—No se sabe, no se sabe —dijo Stamatis—. Ojalá siguiera sordo para no enterarme de nada. No sabemos cuánta gente ha muerto ni si el icono se ha salvado. Los italianos nos han atacado, eso es todo, pero no sé por qué. Mira que hacerlo el día de la fiesta del Tránsito. Es terrible.

—Qué ultraje, con todos esos peregrinos enfermos... ¿Qué piensa hacer Metaxas? Kokolios se encogió de hombros:

—Los italianos dicen que no han sido ellos, pero se han encontrado restos de torpedo italiano. ¿Es que piensan que no tenemos cojones? Los muy cerdos dicen que han sido los ingleses, y nadie ha visto el submarino. Nadie sabe lo que puede pasar.

El doctor se llevó las manos a la cara y notó que los ojos se le llenaban de lágrimas. Era presa de toda la rabia furiosa e impotente del hombre de a pie que ha sido atado y amordazado para obligarlo a ver cómo violan y mutilan a su propia esposa. No se detuvo a intentar comprender por qué él y Kokolios se horrorizaban ante la violación de un icono y de un día sagrado, siendo el uno comunista y el otro librepensador. No se detuvo a pensar si la guerra era o no inevitable. Eran cosas que no hacía falta analizar.

—Venga, chicos, vayamos todos a la iglesia —dijo—. Es una cuestión de solidaridad.

Kokolios y Stamatis se pusieron en pie y salieron juntos.

10. L'OMOSESSUALE (3)

Un hombre culpable desea únicamente ser comprendido, porque en la comprensión está de algún modo el perdón. Quizá a sus propios ojos sea inocente, pero le basta con saber que los demás le consideran culpable para sentir la necesidad de explicarse. Pero en mi caso nadie sabe que soy culpable, no obstante lo cual yo deseo ser comprendido.

Fui escogido para aquella misión porque soy un hombre corpulento, porque me he ganado fama de aguantarlo todo, porque soy razonablemente inteligente (Francesco solía decir que en el ejército *inteligente* significa «que no mete siempre la pata») y porque yo era *marcial*, es decir, tenía a mis hombres siempre listos, lustraba mis botas cuando no estaban demasiado mojadas y conocía el significado de la mayoría de acrónimos que suelen reducir nuestros documentos militares a un código inextricable.

Un mensajero motorizado me entregó una orden de que me presentara al coronel Rivolta y que llevase conmigo a otro hombre de confianza. Naturalmente, escogí a Francesco; creo haber dicho ya que mi intención era valerme de mi vicio como medio de convertirme en un buen soldado. Con él a mi lado me sentía capaz de cualquier cosa. Como no estábamos en guerra no se me ocurrió que llevarlo conmigo pudiera poner en peligro a Francesco; cómo iba yo a saber que en breve iba a tener la oportunidad de demostrarle mi heroísmo.

Recibir una orden es una cosa, y obedecerla otra. En esa época disponíamos sólo de unos veinticuatro camiones para diez mil soldados. El coronel Rivolta se hallaba a unos veinticinco kilómetros de distancia. Para llegar hasta él hubimos de correr ocho kilómetros, recorrer en mulo otros ocho y finalmente conseguir que nos hicieran sitio en la parte de atrás de un tanque que se dirigía al taller de reparaciones porque sólo le funcionaba la marcha atrás. Así que viajamos en contramarcha, una verdadera divisa para el conjunto de la inminente campaña.

Rivolta era un individuo desmesuradamente grueso que había ascendido en el escalafón gracias únicamente a conocer a las personas adecuadas. Era una auténtica mina de elegantes eslóganes tales como *Un libro en una mano y un fusil en la otra*, y hacía gala del consumado heroísmo de quien tiene su cuartel general a veinticinco kilómetros de sus tropas en una villa abandonada, de modo que puede utilizar el césped para ofrecer recepciones. Nosotros, los *alpini*, somos famosos por andar a puñetazos con los Camisas Negras, y puede que ésa fuera la razón de que me escogieran para la misión; si resultaba muerto, no habría importado gran cosa: yo no estaba en la lista de posibles ascensos. Quienes se preguntan por qué nuestros soldados no estuvieron a la altura de la eficacia de sus padres en la guerra de 1914 deberían tener en cuenta que en esta ocasión era imposible llegar a oficial de alta graduación sólo por méritos; para eso había que ensuciarse bien la lengua.

Rivolta era menudo, gordo, aburrido, y poseía varias medallas de la campaña de Abisinia aun cuando todo el mundo sabía que él y sus hombres no habían movido un

dedo; pero esto no le había impedido enviar a Italia espeluznantes informes de operaciones exitosas. Se trataba de fabulosas y muy imaginativas piezas de ficción. Entre sus soldados se decía que había ganado las medallas por sus proezas literarias. Además, tenía la lengua siempre ocupada y más que sucia.

Cuando entramos en aquella noble habitación de techo alto y saludamos, Rivolta nos respondió con el saludo romano. Se nos ocurrió que tal vez estaba parodiando al Duce, y Francesco rió entre dientes. Rivolta le fulminó con la mirada y seguramente pensó en asignarle la limpieza de las letrinas.

—Caballeros —dijo Rivolta con tono afectado—, espero poder confiar en su valentía y en su absoluta discreción.

Francesco alzó una ceja y me miró de soslayo.

—Sí, mi coronel —dije yo—. Desde luego, señor. —Y Francesco hizo un gesto inequívoco con la lengua que por suerte no fue advertido por Rivolta.

El coronel hizo una seña de que nos acercásemos a un mapa desplegado sobre una mesa de anticuario exquisitamente encerada. Se inclinó sobre él y con un dedo regordete señaló un punto en el valle contiguo al que nosotros estábamos acampados y dijo:

—Mañana por la noche a las dos horas en punto ustedes se dirigirán al abrigo de la oscuridad a este punto que ven aquí y...

—Disculpe, mi coronel —interrumpió Francesco—, eso es territorio griego.

—Lo sé, lo sé. No soy imbécil. Eso no viene al caso. En esa zona no hay griegos, o sea que no se van a enterar.

Francesco alzó las cejas de nuevo. El coronel, sarcásticamente, dijo:

—Imagino que habrán oído hablar de algo llamado necesidad operacional.

—Entonces ¿estamos en guerra? —preguntó Francesco, y a buen seguro el coronel tomó mentalmente nota de doblar sus servicios en letrinas.

El ratón *Mario* escogió aquel momento para sacar la nariz por el bolsillo de la camisa de Francesco y hubo de ser remetido de nuevo antes de que Rivolta lo notara. Ello no hizo más que sumarse al humor de por sí irreverente de mi amigo, quien sonrió como un idiota mientras el coronel proseguía:

—Una atalaya de madera ha sido tomada por un grupo de bandoleros locales que han matado a los guardianes y se han apoderado de sus uniformes. Parecen soldados nuestros pero no lo son. —Hizo una pausa para dejar que asimiláramos esta información y luego prosiguió—. Su misión será tomar esa torre. Nuestro oficial de intendencia les proporcionará armas, equipo y provisiones especiales. ¿Alguna pregunta?

—Hay dos compañías de *bersaglieri* en el valle, mi coronel —dije—. ¿Por qué no lo hacen ellos?

Francesco no pudo contenerse:

—Si sólo son bandoleros deberían ir los *carabinieri*, ¿no?

El coronel se hinchó de indignación y preguntó:

—¿Acaso intentan recusar mis órdenes?

Rápido como una flecha, Francesco contestó:

—Usted ha dicho si teníamos alguna pregunta que hacer.

—Preguntas relativas a la operación, no preguntas de tipo político. Ya me he hartado de su impertinencia, le advierto que debe usted guardar el debido respeto.

—El debido respeto —repitió Francesco, asintiendo enérgicamente con la cabeza.

—Buena suerte, muchachos —dijo el coronel—, ojalá pudiera ir con vosotros.

Por lo bajo, aunque yo pude oírlo bien claro, Francesco murmuró.

—No sabes cuánto me gustaría, gilipollas.

Rivolta nos mandó a preparar las cosas con la promesa de unas medallas en caso de éxito y con un grueso paquete de instrucciones que también incluía mapas, un horario preciso y una foto de Mussolini tomada de perfil y desde abajo a fin de realzar la curva de su mentón. Creo que la idea era enardecernos y aportar hierro a nuestra firmeza moral.

Al salir de la villa nos sentamos en una tapia y examinamos los papeles.

—Esto me huele a chamusquina —dijo Francesco—. ¿Qué opinas?

Miré sus preciosos ojos y dije:

—Me da lo mismo. Sólo son órdenes, y debemos suponer que alguien sabe lo que se hace, ¿no?

—Me parece que supones demasiado —repuso él—. Además de oler mal me temo que es una guarrada. —Sacó su animalito del bolsillo y le dijo—: *Mario*, tú no deberías mezclarte en estas cosas.

Apenas dimos crédito a nuestros ojos cuando comprobamos que los pertrechos que nos entregaron en intendencia consistían en uniformes militares británicos y armamento griego. Aquello parecía absurdo y, además, no había instrucciones para hacer funcionar la ametralladora ligera Hotchkiss. Conseguimos averiguarlo nosotros solos, aunque luego llegamos a la conclusión de que tal vez no teníamos que haberlo hecho.

El tiempo nos salvó de la manera más curiosa. Estábamos ya preparados con mucha antelación, y abandonamos a rastras nuestras líneas a las diez de la noche. Al cruzar la frontera nos pusimos los uniformes británicos como rezaban las instrucciones y luego ganamos el siguiente valle tras haber subido la escarpa. En ese momento Francesco y yo estábamos metidos en un torbellino de estados de ánimo contrapuestos.

No creo que una persona que no haya conocido la acción pueda comprender realmente el intríngulis de lo que cruza por la cabeza de un soldado a la hora del combate, pero intentaré explicarlo. En el presente caso, ambos estábamos orgullosos de haber sido elegidos para una misión militar de categoría. Nos hacía sentir especiales y muy importantes. Pero nunca habíamos hecho algo parecido y, por tanto, estábamos muy asustados, no sólo por miedo al peligro físico sino a la gran responsabilidad que teníamos y a la posibilidad de meter la pata. Para ocultar nuestro

miedo no parábamos de contarnos chistes tontos. El soldado siempre tiene otro miedo, a saber, que sus superiores saben más que él y que él no sabe lo que en realidad está pasando. Sabe que puede darse el caso de que el alto mando lo sacrifique por un interés mayor sin informarle de ello, y eso le vuelve despreciativo y receloso con la autoridad. Y, además, aumenta su miedo.

La incertidumbre le vuelve supersticioso, y el soldado empieza a santiguarse continuamente o a besar su amuleto de la suerte o a ponerse el paquete de cigarrillos en el bolsillo de la pechera a fin de desviar las balas. Francesco y yo adoptamos la superstición de que ninguno de los dos debía emplear la palabra *ciertamente*. No la pronunciamos ni una sola vez durante aquella misión ni después. A lo largo de la guerra, Francesco sintió una necesidad constante de confiarse a su ratón y solía mecerlo en sus manos y decirle tonterías mientras los demás encendíamos cigarrillo tras cigarrillo, nos paseábamos con nerviosismo, mirábamos gastadas fotografías de nuestros seres queridos, o salíamos disparados a las letrinas cada cinco minutos.

Descubrimos que existe también una violenta excitación una vez la tensión de la espera concluye, y que en ocasiones esta excitación se transforma en una suerte de loco sadismo cuando comienza la acción. No siempre puede culparse a los soldados de sus atrocidades; yo puedo decirles por experiencia que éstas son consecuencia natural del infinito alivio que sobreviene al no tener que pensar ya más. A veces, las atrocidades no son sino la venganza de los torturados. La palabra que buscaba es catarsis. Una palabra griega.

Tendido entre matorrales frente a aquella atalaya nocturna sentía a mi lado la presencia de Francesco, y supe que Fedro tenía razón al creer que un amante es más valeroso si tiene a su vera al amado. Yo quería proteger a Francesco y demostrarle que era un hombre: Mi amor por él aumentaba con la idea de que muy pronto una bala podía separarnos para siempre.

Fue poco antes de la medianoche, los búhos chillaban, y a lo lejos oí el dulce sonsonete de las esquilas. Hacía un frío intenso y por el norte se había levantado un viento helado. Teníamos muchos nombres para ese viento, pero el más apropiado era probablemente *encoge-huevos*.

Eran las doce cuando Francesco miró su reloj y dijo:

—No aguanto más. Se me duermen los dedos, tengo los pies congelados y te juro que va a llover. Por el amor de Dios, acabemos con esto de una vez.

—No podemos —dije—. Tenemos orden de no atacar hasta las dos en punto.

—Venga ya, Carlo, ¿qué más da? Atacamos ahora y nos largamos a casa. *Mario* está hasta los huevos y yo también.

—Tu casa está en Génova, Francesco. No puedes irte allí. Verás, es un asunto de disciplina.

Perdí la discusión porque en realidad estaba de acuerdo con Francesco y no quería morir de asco en aquel sitio dejado de la mano de Dios sólo porque habíamos llegado temprano por mor de la eficiencia y el entusiasmo.

Según las órdenes debíamos usar la ametralladora contra los bandidos, pero de noche y con aquella temperatura letal no parecía muy buena idea. La ametralladora estaba tan fría que te dolían los dedos sólo de tocarla y, además, no estábamos seguros de poder manejarla a oscuras. Decidimos acercarnos furtivamente a la atalaya.

Arriba había una farola, y nos sorprendió comprobar que eran al menos diez hombres. Nosotros habíamos esperado como mucho tres. Vimos también que había cuatro ametralladoras apoyadas en las barandillas exteriores. Francesco musitó.

—¿Por qué nos han mandado sólo a nosotros dos? Si les disparamos, nos dejan fritos. Te lo digo yo, aquí hay gato encerrado. ¿Desde cuándo tienen ametralladoras los bandidos?

De la torre se oían cánticos; daba la impresión de que estaban un poco borrachos. Eso me animó a acercarme un poco más para hacer un reconocimiento; las piñas me arañaban las manos y las rocas puntiagudas parecían querer hincarse en mis huesos. Descubrí un gran montón de leña y un barril de queroseno bajo la torre, a resguardo de la lluvia. Todas las torres de vigilancia tenían estufas de leña y lámparas de petróleo y, por supuesto, las provisiones siempre se guardaban debajo.

De ahí que Francesco y yo no sólo empezásemos el ataque dos horas antes de lo previsto, sino que lo hiciésemos volcando el barril y prendiéndole fuego. La torre ardió como una antorcha y la llenamos de balas de ametralladora casi directamente desde abajo. No dejamos de hacer fuego hasta que vaciamos toda una cinta. Si hubo gritos no conseguimos oírlos. Sólo éramos conscientes de lo brincos que daba el arma, del rechinar de nuestros dientes y de la horrible locura de una acción desesperada.

Cuando se acabó la cinta de la ametralladora se produjo un silencio espeluznante. Nos miramos y sonreímos. La sonrisa de Francesco fue débil y apenada, y creo que la mía también. Era nuestra primera atrocidad. No tuvimos sensación de triunfo. Nos sentíamos exhaustos y corruptos.

Fue Francesco el que tropezó con el cadáver del capitán Roatta de los *bersaglieri*, que había caído por la barandilla de la torre y se había partido el cuello. El cuerpo yacía hecho un guiñapo, con los brazos y piernas extendidos, como si jamás hubiera albergado un ser vivo. Fue Francesco quien encontró las órdenes por las que el capitán había cogido nueve hombres para subir a la atalaya anticipándose a un ataque del ejército griego, que los servicios de inteligencia esperaban para las dos horas en punto.

Francesco se sentó a mi lado junto al cadáver y miró las estrellas.

—Estos uniformes no son británicos —dijo al fin—. Los griegos llevan el mismo uniforme que los británicos, ¿verdad?

—Se suponía que debían matarnos —dije yo, mirando también a las estrellas—. Por eso nos dijeron que no llevásemos chapa de identificación. Somos griegos que atacan al ejército italiano, y se supone que hemos muerto. Por eso nos mandaron sólo

a nosotros dos, así se aseguraban de que no podíamos ganar.

Francesco se puso lentamente en pie. Levantó las manos en un leve ademán de angustia y después las dejó caer a los costados.

—Parece —dijo amargamente— que algún hijo de puta está intentando provocar una pequeña guerra con Grecia.

11. PELAGIA Y MANDRAS

PELAGIA (*sentada en el retrete después de desayunar*): Qué bien que el que construyó esto dejara una abertura en la parte superior de la puerta. Podría estarme horas y horas contemplando las nubes sobre la cima de la montaña. Me pregunto de dónde saldrán. Quiero decir, ya sé que es vapor de agua, pero da la impresión de que surgen de la nada y se agrupan así, de repente. Es como si cada gota tuviera un secreto que compartir con sus hermanas, y es así como las gotas se elevan del mar, se apiñan unas con otras y se dejan llevar por la brisa, y las nubes cambian de forma a medida que las gotas corren de un confidente a otro, susurrando por ejemplo: «Veo a Pelagia ahí abajo, sentada en el retrete, pero ni se imagina que estamos hablando de ella». Y dicen: «He visto a Pelagia y a Mandras besándose. ¿Cómo acabará esto? Ella se ruborizaría si lo supiera». Oh, me he ruborizado. Soy una tonta. ¿Y por qué las nubes van más lentas que el viento que las impulsa? ¿Por qué a veces el viento sopla hacia un lado y las nubes van hacia el otro? ¿Tendrá razón mi padre cuando dice que hay varias capas distintas de viento, o es que las nubes tienen algún sistema para viajar en dirección contraria? He de cortar unos cuantos trapos más, tengo dolores en el vientre y la espalda, ya me toca. Anoche había luna nueva, y eso significa que ya es el momento. Mi tía dice que lo único bueno de estar embarazada es que no has de preocuparte por sangrar. Pobrecita Chrysoula, pobre criatura, qué cosa tan terrible. Papá viene tarde por la noche, temblando de ira y zozobra, todo porque Chrysoula cumplió catorce años y nadie le había dicho que un día iba a sangrar; ella está horrorizada, cree que tiene alguna enfermedad secreta, repugnante, y no puede decírselo a nadie y toma veneno para ratas. Y papá se enfada tanto que coge a la madre de Chrysoula por el cuello y la sacude como un perro sacude a un conejo, y el padre de Chrysoula se marcha con los chicos como de costumbre y llega a casa borracho como si nada hubiera ocurrido, y debajo de la cama de Chrysoula hay un montón de papeles grueso como una Biblia, llenos de oraciones que le reza a san Gerasimos para que la cure, y las oraciones son tan tristes y desesperadas que te dan ganas de llorar. Bueno, no puedo pasarme aquí todo el santo día pensando en las nubes y en la menstruación; además, empieza a hacer un calor de mil demonios y el pestazo será insoportable. Pero voy a quedarme un rato más, porque papá aún tardará unos diez minutos en volver de desayunar, y lo importante es que cuando llegue me vea atareada. Supongo que tuvieron que dejar una abertura en lo alto de la puerta, si no aquí dentro estaría totalmente a oscuras.

MANDRAS (*subiendo sus redes a la barca*): San Pedro y San Andrés, concededme una buena pesca. Hoy hará otra vez un calor sofocante, lo sé, y sé que todos los peces se esconderán bajo las rocas o se irán al fondo. Dios debería haberlos criado con gafas de sol por el bien de nosotros, pobres pescadores. Deja que las nubes del monte Aínos oculten un poco el sol, Señor, déjame pescar unas buenas lisas para

el doctor Iannis y Pelagia, deja que vea unos cuantos delfines o unas marsopas para que me indiquen dónde está el pescado, deja que vea unas gaviotas para que pueda encontrar chanquetes y Pelagia los reboce y los fría en aceite y exprima limón por encima y me pida que vaya a comer con ellos, y así podré tocarle la pierna con el pie por debajo de la mesa mientras el doctor habla de Eurípides y de la ocupación napoleónica, y yo diré: «Qué interesante, pues no lo sabía, ¿es cierto eso?». Señor, haz que pesque una raya para mi madre, y un róbalo, y un pulpo bien grande para trocear en rodajas que mi madre pueda guisar y yo me las coma mañana, frías con tomillo y aceite, sobre una gruesa rebanada de pan blanco. No debería salir a pescar en martes, los martes nunca hay suerte, pero de algo hay que vivir, y puede que entre las innumerables sonrisas de las olas haya una sonrisa para mí. Eso lo aprendí del doctor: «Las innumerables sonrisas de las olas», un verso de Esquilo, quien lógicamente nunca salió a la mar en invierno. Más bien innumerables remojones y un frío de muerte. Pero hoy el día es precioso, precioso como Pelagia, y si lanzo el sedal hasta el fondo es probable que pesque un rodaballo, y si me pongo agua salada en los cortes del trasero me va a escocer horrores.

PELAGIA (*sacando agua del pozo*): Papakis dice que Mandras va a tener partículas de terracota en el trasero para el resto de su vida, que va a parecer como si le hubieran espolvoreado pimienta roja. Me gusta su trasero, Dios me perdone, aun cuando no se lo he visto nunca. Sólo puedo decir que me gusta. Que me gustaría. Es muy pequeño. Cuando se agacha veo que es como las dos mitades de un melón. Quiero decir que las curvas parecen responder a una proporción acorde con la idea original que Dios tuvo de esa fruta. Cuando me besa siento ganas de cogerle una nalga con cada mano. No lo he hecho nunca. No sería capaz. ¿Qué diría él? Tengo unos pensamientos muy guarros. Menos mal que nadie me lee el pensamiento, me meterían en la cárcel y todas las viejas me arrojarían piedras y me llamarían puta. Cuando pienso en Mandras tengo una imagen de su rostro, sonriendo, y luego lo imagino agachándose. A veces me pregunto si soy normal, pero las cosas que dicen las mujeres cuando estamos todas juntas y los hombres están en la *kapheneia*... Si se enteraran los hombres, ¡menudo escándalo! Todas las mujeres del pueblo saben que Kokolios tiene un pene torcido como un plátano y que el cura tiene un sarpullido en el escroto, pero los hombres no lo saben. No tienen idea de lo que hablamos entre nosotras, creen que hablamos de cocina y de bebés y de si hay que coser esto así o así. Y si nos sale una patata parecida al aparato de un hombre nos la pasamos y reímos. Ojalá hubiera un modo de llevar el agua hasta la casa sin tener que acarrearla. Cada cántaro es más pesado que el anterior, y acabo siempre mojada. Dicen que los normandos solían envenenar los pozos arrojando cadáveres dentro; o te morías de sed o del agua contaminada. Es un milagro que una isla sin ríos ni arroyos tenga tanta agua clara de la tierra incluso en agosto. Cuando vaya a casa descansaré un poco; odio esa picazón pegajosa en la nuca cuando empiezo a sudar. Me gustaría saber por

qué Dios hizo el verano tan caluroso y tan frío el invierno. ¿Y dónde está escrito que las mujeres hayan de acarrear agua, si los hombres son más fuertes? Cuando Mandras me pida que me case con él, le diré: «Ni hablar, a menos que seas tú el que vaya en busca de agua». Él me contestará: «De acuerdo, pero ve tú a pescar», y yo no sabré qué responder. Lo que necesitamos es un inventor que venga a ponernos una bomba para llevar el agua hasta casa. Papá me saca de quicio. ¿Qué significa eso de que no voy a tener dote? ¿Quién se casa sin dote? Papá dice que es una costumbre bárbara y que ya no se sigue en ninguno de los países civilizados que él conoce, que uno se casa por amor como hizo él y que es una obscenidad convertir el matrimonio en una transacción, y que eso implica considerar que la mujer no vale para el matrimonio a menos que lleve sus propiedades a cuestas. Pues si eso es lo que piensa, voy a tener que casarme con un extranjero. Yo le dije: «*Papakis*, si lo piensas bien, es una tontería llevar ropa de abrigo cuando el calor aprieta. ¿Quieres que sea la única mujer en toda Grecia que vaya sin nada en pleno verano?». Y él va y me da un beso en la frente: «Eres casi tan lista como para ser mi hija», me dice y se marcha. Me dan ganas de estar desnuda cuando él llegue a casa, en serio. No se puede ir contra las costumbres, no señor, aunque sean una estupidez. ¿Y qué dirá la familia de Mandras? ¿Cómo voy a soportar esa vergüenza? Mi única posesión es una cabra. ¿Voy a tener que ir a casa del padre de él con una cabra y unas pocas prendas?, ¿quién me dice que van a aceptar mi cabra? Pues no pienso ir si no puedo llevarme la cabra, y ya está. ¿Quién le va a soplar por el hocico y a rascarle detrás de las orejas? *Papakis* no. Y me gustaría que papá dejase de mearse en las plantas, siempre que voy a coger alguna hierba me da un pasmo. Tal vez tendría que cultivar más en otra parte, en un lugar secreto, y utilizar sólo ésas. No puedo seguir pidiéndoselas a los vecinos cuando ellos saben perfectamente que tenemos hierbas de sobra, y no puedo decirles que no utilizo las nuestras porque están llenas de orines. Dios. Oh, Dios. Debería haberlo pensado. Mierda. ¿Por qué no me habré puesto un paño antes de levantar el cántaro? Soy una tonta. Ahora me está saliendo sangre. Puaj, está caliente y pegajosa. Será mejor que vuelva más tarde por el cántaro. Otra vez lo mismo, cinco días anadeando como un pato.

MANDRAS (*saliendo por la boca del puerto*): Sin dote. Dios sabe que la amo, pero ¿qué va a pensar la gente? Dirán que el doctor Iannis no me juzga lo bastante bueno, eso dirán. Siempre me está llamando tonto e imbécil y diciendo que tengo demasiado *kefi* para ser un buen marido. Bueno, tonto sí soy. Los hombres siempre son tontos por lo que respecta a las mujeres, eso lo sabe todo el mundo. Y yo sé que le caigo bien al doctor, no deja de preguntarme cuándo voy a pedirle la mano de Pelagia, y se hace el sueco cuando me pongo a hablar con su hija. El problema es que cuando estoy con ella no soy yo. Quiero decir, sé que soy un hombre a carta cabal. Pienso las cosas. Estoy al corriente en política, sé la diferencia entre un realista y un venizelista. Soy una persona seria porque no pienso sólo en mí mismo; quiero

mejorar el mundo, quiero participar en las cosas. Pero cuando estoy con Pelagia es como si volviera a tener doce años; primero me subo al olivo haciéndome el Tarzán y luego simulo pelearme con la cabra. Es puro pavoneo, ya lo sé, pero ¿qué otra cosa se supone que debo hacer? No me veo diciendo: «Venga, Pelagia, hablemos de política». A las mujeres no les interesan esas cosas, ellas quieren que las diviertas. Nunca le he hablado de mis puntos de vista. Quizá ella también piensa que soy tonto. No tengo su categoría, eso lo sé. El doctor le enseñó italiano y un poco de inglés, y su casa es más grande que la nuestra, pero no me siento inferior. Al menos, no creo serlo. La suya es una familia atípica, eso es todo: poco convencional. El doctor dice lo que le viene en gana. Muchas veces no sé de qué me habla. Habría sido más fácil enamorarse de Despina o de Polyxeni. Tal vez si yo hubiera pasado la *exiteia* estaría un poco más al cabo de la calle. Quiero decir que el doctor ha navegado por todo el mundo, ha estado en América. ¿Y dónde he estado yo? ¿Qué conocimientos poseo? Conozco Ítaca y Zante y Levkas. Menudo chollo. No tengo historias ni recuerdos que contar. Jamás he probado el vino francés. Él dice que en Irlanda llueve cada día y que en Chile hay un desierto donde no ha llovido nunca. Amo a Pelagia, pero sé que nunca llegaré a ser un hombre hasta que haya hecho algo importante, algo grande, algo por lo que ser respetado. Por eso espero que haya una guerra. No quiero matanzas ni gloria, sólo quiero algo que me exija un gran esfuerzo. Ningún hombre es tal hasta que ha sido soldado. Cuando vuelva vistiendo el uniforme nadie podrá decir: «Mandras es un chico simpático, pero no vale para nada». Entonces sí mereceré una dote. Ah, delfines. Un golpe de timón, cambiar de amura. No, no, no vengáis, ya voy yo para allá. Espero que no estéis jugando. Ah, estoy seguro de que son el delfín Kosmas, el delfín Nionios y la delfina Krystal. Kalimera, risueños amigos. Ahora apartaos, voy a echar la red, y esta vez no cojáis demasiados peces. Joder, qué calor hace, voy a darme un chapuzón. Fuera ropa, echar el ancla. Cuidado, delfines, allá voy. Esto es gloria. ¿Hay algo mejor que el agua del mar para las ingles recalentadas?, ¿algo comparable a deslizarse por el agua agarrado a la aleta de un delfín? Nada, Krystal, nada. Coño, cómo escuece.

PELAGIA (*en la siesta*): Qué calor. La puerta se mueve. ¿Quién es? ¿Mandras? No, no seas tonta, no se puede hacer aparecer a alguien sólo pensando en él. Dicen que los fantasmas de los vivos existen. Oh, eres tú, *Psipsina*. Oh, no. ¿No podríamos tener un perro como todo el mundo? Incluso un gato. En cambio, tenemos una marta loca que no hace la siesta. Lárgate. ¿Hasta cuándo vas a seguir creciendo? No puedo dormir con media tonelada de pelo sobre mi pecho. Estáte quieta. Mmm, ¿por qué hueles siempre tan bien, *Psipsina*? ¿Has estado robando huevos y bayas otra vez? ¿Por qué no cazas ratones? Estoy harta de picar carne. ¿Y si utilizaras el suelo como todos los demás? ¿Qué gusto le encuentras a ir saltando por el cuarto sin rozar el suelo? Mmm, qué dulce eres, me alegro de que Lemoni te encontrara. De veras. Ojalá fueses Mandras. Quiero que Mandras se acueste sobre mi pecho. Santo Dios, qué

calor. Pero ¿cómo aguantas ese abrigo de pieles, *Psipsina*? Ojalá fueses Mandras. A saber qué estará haciendo. Supongo que pescando en alta mar. *Papakis* dijo que tenía un trasero estupendo. Lleno de terracota. «El culo de una estatua clásica, un culo muy bonito», dijo. Si cierro los ojos y extendiendo los brazos y le rezo a san Gerasimos, tal vez cuando abra los ojos tendré a Mandras encima en lugar de *Psipsina*. Qué guapo es. Y qué gracioso. Me hizo partir de risa antes de caerse del árbol. Fue entonces cuando supe que le amaba, por el miedo que sentí cuando cayó sobre la maceta. Abrazaré a *Psipsina* como si fuera él y a lo mejor así él lo nota. Espero que no tengas pulgas. No quiero que me salgan ronchas en los brazos. Ayer me escocía el tobillo y pensé culparte a ti, *Psipsina*, pero creo que debí de rasguñarme con una zarza. ¿Cuándo va a pedir mi mano? Dice que su madre no es muy simpática. Vaya cosas que dice de su propia madre. Me gustaría recordar a Mitera. Pobre Mitera. Murió hecha un esqueleto y escupiendo sangre. En la fotografía se la ve muy bien, joven y contenta, y por el modo en que posa su mano en el hombro de él se sabe que le quería. Si ella viviese yo sabría qué hacer respecto a Mandras, ella habría hecho cambiar de opinión a papá en lo de la dote. A Mandras no parece importarle eso. No es una persona seria y eso me da que pensar. Gracioso lo es un rato, pero no puedo hablar con él de nada. Una tiene que poder hablar de cosas con su marido, ¿no? Con él todo son bromas y chistes. Es espabilado, lo cual demuestra, espero, que no es estúpido. Le digo: «¿Tú crees que habrá guerra?», y él simplemente sonríe y dice: «¿Qué más da? ¿Tú crees que habrá beso?». Yo no quiero que haya guerra. Que no haya guerra. Que aparezca Mandras en la entrada del corral con un pez en las manos. Que venga Mandras cada día con un pescado. Estoy un poco harta de pescado, para ser franca. *Psipsina*, ¿te has dado cuenta?, ¿te has fijado en que cada vez que él trae un pescado, un trocito más grande acaba en tu plato?

MADRAS (*remendando sus redes en el puerto*): Ayer la Somalia británica cayó en manos de los italianos. ¿Cuánto tardarán en atacarnos desde Albania? Parece que fue cosa de tanques contra camellos. Me siento inútil e insignificante en esta isla. Es el momento de que los hombres nos ocupemos de nuestras cosas. Le hice escribir a Arsenios una carta al rey, diciendo que me presentaba voluntario, y he recibido una carta de la propia oficina de Metaxas donde me dicen que me llamarán a filas cuando haga falta. Esta noche pienso hacer que escriba otra vez diciendo que quiero incorporarme inmediatamente. ¿Cómo le daré la noticia a Pelagia? Una cosa sí sé: voy a pedirle que se case conmigo antes de irme, con dote o sin ella. Voy a pedir su mano a su padre y después me pondré de rodillas y le preguntaré a ella si quiere casarse conmigo. Sin bromas. Le haré comprender que defendiendo a Grecia estaré defendiéndola a ella y a las mujeres como ella. Se trata de la salvación nacional. Todos tenemos el deber de hacer lo máximo que podamos. Y si muero, pues mala suerte, no habré muerto en vano. Moriré con el nombre de Pelagia y el de Grecia, juntos, en mis labios, porque se trata de la misma cosa, una cosa sagrada. Y si salgo

con vida, caminaré con la cabeza bien erguida el resto de mis días y volveré a mis redes y a mis delfines y todo el mundo dirá: «Ahí va Mandras, que luchó en la guerra. Todo lo que somos se lo debemos a gente como él», y ni Pelagia ni su padre serán capaces ya de mirarme y llamarme tonto e imbécil, y ya nunca seré un simple pescador anónimo con trocitos de terracota en el culo.

PELAGIA (*sacando kleftico del horno comunitario*): ¿Dónde está Mandras? A estas horas suele andar por aquí. Quiero que venga. Me cuesta respirar, tengo muchas ganas de que venga. Otra vez me tiemblan las manos. Será mejor que borre esa estúpida sonrisa de mi cara, o la gente pensará que me falta un tornillo. Ven, Mandras, por favor, si vienes no le daré mi parte de pescado a *Psipsina*. Solamente la tripa y la cola y la cabeza. Quédate a cenar y acaríciame la pantorrilla con el pie, Mandras. ¿No tendría que ocuparse ella misma de sus ratones, con lo mayor que está ya? Es una estupidez hacer las cosas por puro hábito, sin necesidad. Venga, quédate a cenar.

12. LOS MILAGROS DEL SANTO

Todo seguía igual en la isla; no había habido presagios de guerra; hasta Dios se había mostrado impertérrito ante la megalomanía y la destrucción que afligían a este mundo. El 23 de agosto el lirio sagrado del icono de Nuestra Señora de Demountsandata había brotado puntualmente y abandonado su estado de desecación para tranquilidad de todos los fieles renovando una vez más el prodigio. A mediados de mes un ejército de serpientes no venenosas desconocidas por los científicos, con cruces negras en sus cabezas y una piel como de terciopelo, habían aparecido en Markopoulo aparentemente de la nada. Tras llenar las calles con sus serpenteos y sus reptaciones se habían aproximado al icono de la Virgen e instalado en el trono del obispo y, al final de oficio, habían desaparecido tan silenciosa e inexplicablemente como habían llegado. En el imponente castillo derruido de Kastro, que dominaba Travliata y Mitakata desde lo alto, los marciales espectros de los romanos exigían contraseñas a normandos y franceses, y los fantasmas de casacas rojas jugaban a dados con los de turcos, catalanes y venecianos entre el húmedo e inexplorable laberinto de depósitos, túneles y minas subterráneos. En la caída ciudad veneciana de Fiskardo el colosal fantasma de Guiscard recorría a grandes zancadas la muralla, clamando por la sangre y los tesoros griegos. En el extremo septentrional de Argostolion el mar se colaba como siempre en los hoyos de aguas sucias de la playa, desvaneciéndose por arte de magia en las entrañas de la tierra, y en Paliki la roca conocida como Kounopetra no paró de menearse a su propio y desconocido ritmo. Los aldeanos de Manzavinata, tan predecibles como la roca de marras, no dejaron de explicar a todo el que se pusiera a tiro que en una ocasión una flota de guerra británica había rodeado Kounopetra con una cadena pero no había podido moverla; una pequeña roca griega había resistido al poder y la curiosidad científica del mayor imperio que haya conocido el hombre. Más extraordinario todavía es el hecho de que una expedición francesa hubiera fracasado una vez más en el intento de localizar el fondo del lago Akoli, y que un desconcertado zoólogo de Wyoming hubiese confirmado el informe del eminente historiador Iannis Kosti Laverdos, según el cual las liebres salvajes y algunas cabras montesas del Ayia Dinati tienen dientes de oro y plata.

Ya desde la época de la crucial intervención de la diosa Io en el asesinato de Memnón a manos de Aquiles y en la muerte accidental de Pocris a manos de su propio e ingenuo marido, la isla había sido siempre terreno abonado para los milagros. Lo cual no debe maravillar a nadie, puesto que la isla poseía un único santo propio, y era como si su poder sobrenatural hubiera sido demasiado grande y esplendoroso para guardárselo dentro.

San Gerasimos, renegrado y marchito, encerrado en su abombado sarcófago de oro junto al retablo del monasterio que lleva su nombre, muerto desde hacía cinco siglos, se levantaba por la noche. Vestido de escarlata y oro y engalanado con piedras

preciosas y medallones antiguos, el santo avanzaba rechinando y matraqueando entre su rebaño de pecadores y enfermos, visitándolos en sus casas e incluso aventurándose a veces hasta su Corintia natal para visitar allí los restos de sus padres y vagar por los cerros y arboledas de su juventud. Pero el cumplidor san Gerasimos regresaba siempre de buena mañana, con lo cual obligaba a las gárrulas monjas que le atendían a limpiar de barro los brocados de oro de sus sandalias y colocar de nuevo sus macilentas y momificadas extremidades en una postura de pacífico reposo.

Era un santo de verdad, un genuino hombre venerable sin nada en común con los dudosos e imaginarios santos de otras religiones. Él no había mancillado el mundo como san Domingo con la inquisición, no había sido un gigante de cinco metros de estatura con tendencias canibalescas como san Cristóbal, y no había matado accidentalmente a los espectadores de su muerte, como santa Catalina. Y tampoco era un santo a medias, como san Andrés, que había conseguido dejar únicamente la suela de su pie derecho en el convento cercano a Travliata. Como san Spiridon de Corfú, Gerasimos había llevado una vida ejemplar; a modo de inspiración y prueba, ahí estaba la envoltura mortal que había dejado al fallecer.

Se hizo monje a los doce años, pasó otros tantos en Tierra Santa, vivió cinco años en Zante y por último se estableció en una cueva en Spilla, para reorganizar desde allí el monasterio de Omala, donde plantó el plátano de levante y cavó el pozo con sus propias manos. Los generalmente cínicos isleños le querían tanto que le habían dedicado dos festividades, una en agosto y otra en octubre; docenas de varones eran bautizados con su nombre, se creía en él con más fervor que en el propio Señor, y desde su trono celestial había acabado acostumbrándose a que la gente maldijera o jurara en su nombre. Cuando llegaban esas dos fiestas el santo apartaba tolerante los ojos mientras la población de la isla se dedicaba por entero a emborracharse del modo más estrafalario.

Sucedió ocho días antes de que Metaxas rechazara el ultimátum del Duce, pero pudo haber ocurrido cualquier día festivo de los últimos cien años. El sol se había privado de su crueldad, y el calor, aun siendo glorioso, no era sofocante. Una ligera brisa marina se colaba por entre los olivos, haciendo susurrar las hojas de forma que cada una se convertía en una señal luminosa de plata y verde oscuro. Amapolas y margaritas oscilaban entre la hierba agostada aún tras el verano, pero ahora empezaba a refrescar y las abejas sacaban buen partido de las flores, como si supieran que comenzaba el otoño; sus numerosas colmenas goteaban la oscura y diáfana miel que los isleños, confiados, sabían era la mejor del mundo. En lo alto del monte Aínos los buitres negros buscaban los cadáveres de cabras torpes o desafortunadas, y allá en los brezales de los llanos las pequeñas currucas reñían y revoloteaban. Innumerables erizos hocicaban y husmeaban debajo de ellas, disponiendo prudentemente sus nidos de hierba y hojas en previsión de los próximos fríos, y las playas aparecían salpicadas de lo que parecían restos de naufragios menores, barcas medio desmontadas y sacadas del agua para su inspección y recalafateado. Las plantas tropicales del sur de

la isla empezaban a parecer menos exuberantes, como si economizaran su savia o aguantaran la respiración, y las higueras lucían sus voluminosos frutos morados entre otros más verdes que madurarían al año siguiente, el año en que se convertirían oficialmente en la fruta de los fascistas de Roma.

Al amanecer Alekos acarició la caja de su anticuado fusil y decidió no llevarlo consigo; en la fiesta del santo siempre había demasiadas víctimas, y ello desmerecía los milagros. Envolvió el arma entre sus mantas y salió a la niebla para ver si sus cabras estaban bien; tenía pensado dejarlas solas todo el día, pero estaba seguro de que el santo cuidaría de ellas. Sabía que durante el largo ascenso del monte Aínos podría oír el vibrante sonido de las esquilas; jugaría consigo mismo a identificar cada una de sus cabras por su sonido particular. Sentía una excitación casi insoportable al imaginar el espectáculo del santo curando epilépticos y locos. ¿A quién escogería esta vez?

En la aldea, el padre Arsenios bebió toda una botella de Robola y se restregó cansinamente los ojos, poco habituados a las fatigas de levantarse temprano. Pelagia y su padre ataron la cabra al olivo y encerraron a *Psipsina* en una alacena donde no encontraría nada que destrozar. Kokolios bregó muy brevemente con sus creencias comunistas acerca del opio del pueblo y acabó poniéndose la ropa de su mujer. Stamatis se hizo un sombrero cónico encolando unos papeles y se lo probó mientras su esposa cortaba unos tacos de queso, envolvía unos confites de rozoli y mantola y recordaba cosas de qué quejarse. Megalo Velisarios cargó su culebrina sobre el lomo de un toro robusto que había pedido prestado a su primo tercero y soñó con ganar la carrera. Había cargado el cañón con fragmentos de pan de oro y plata, y esperaba ilusionado los suspiros de admiración de la multitud cuando la centelleante munición saliera disparada hacia el cielo y luego descendiera aleteando cual lluvia de metálicas mariposas.

En el monasterio las monjitas rubicundas despertaron a los numerosos huéspedes y peregrinos en sus aseados cuartos, llenaron jofainas y aguamaniles llamativos, hincharon las almohadas de encaje, cambiaron las lujosas toallas y barrieron el polvo. Ellas, por su parte, vivían en espartanas habitaciones que, además de ser pequeñas, no tenían más mobiliario que una chirriante carriola y oscuros iconos en las paredes. Se complacían en dar de comer al prójimo, escuchar con exquisita sensualidad sus historias de infortunios y traiciones y construir en base a lo que oían una imagen fragmentada del mundo exterior. Era mejor conocerlo de oídas que tener que vivir en él, de eso estaban convencidas.

En el manicomio adyacente otras monjas vestían a los internos con ropa limpia y se preguntaban a cuál de ellos sanaría el aura del santo. En muy pocas ocasiones había rehusado éste una curación, y no había duda de que su gran generosidad (y su vanidad, tal vez) era en sí misma garantía de la recuperación de algún desdichado. ¿Sería Mina, que graznaba y farfullaba, que no reconocía a nadie y que se exhibía ante los incautos? ¿Sería Dimitri, que rompía ventanas y botellas para comerse los

cristales? ¿Tal vez María, que creía ser reina de América y hacía que hasta los médicos se le acercaran postrados de hinojos? ¿O Sócrates, cuya extrema neurastenia hacía que el mero hecho de levantar un tenedor fuese una responsabilidad tan insostenible que podía echarse a llorar y temblar de pies a cabeza? Las monjas creían que vivir cerca del santo era ya una forma moderada de remedio, y en sus momentos de lucidez los locos se preguntaban cuándo les llegaría el turno. El santo determinaba sus curaciones sin lógica ni consistencia aparentes; algunos morían tras una espera de cuarenta años, mientras otros llegaban un año con antecedentes de ateísmo y conducta reprobable y al siguiente se marchaban curados.

Por las hermosas praderas del valle y entre los plátanos que bordeaban el camino de Kastro, peregrinos y coribantes venían llegando desde hacía dos días, algunos desde regiones realmente remotas. Los parientes de los locos habían besado ya la mano del santo y habían rezado juntos en el templo por la curación de los suyos, mientras las monjas daban brillo a los ornamentos dorados, decoraban la iglesia con flores y encendían los enormes cirios. Los bancos se llenaron de parientes lejanos que renovaban sus lazos de amistad por medio de una animada y voluble conversación que los no griegos toman equivocadamente por irreverencia. Fuera, los peregrinos descargaban feta, melones, pollos guisados y típicos pasteles de carne de sus animales de carga, lo compartían todo con sus vecinos y componían coplas epigramáticas a expensas de los demás. Se veían grupos de muchachas risueñas cogidas del brazo, lanzando sesgadas sonrisas a maridos potenciales y posibles fuentes de coqueteo, y los hombres, fingiendo hacer caso omiso, formaban corrillos y gesticulaban y blandían botellas mientras resolvían los grandes problemas del mundo. Los curas iban en enjambres, como las abejas, discutiendo asuntos teológicos con suma gravedad, aumentando sus barbas grises el efecto patriarcal de sus relucientes zapatos negros y sus ondeantes hábitos, y soportaban las aduladoras interrupciones de los fieles, a quienes no se les ocurría mejor pretexto para la conversación que preguntar si tal o cual obispo asistiría o no a la celebración.

Pero en realidad las escenas de alborozo pastoral y dignidad eclesiástica eran el disfraz que disimulaba la creciente ansiedad de todos los presentes, el nerviosismo de la expectación, el temor a presenciar lo mecánicamente inexplicable, el azoramiento que aflige a quienes van a ser testigos del descorrimiento del velo entre este mundo y el otro. Cuando sonó la campanilla que señalaba el comienzo del servicio religioso, los presentes sintieron una presión en el pecho y una especial susceptibilidad para las lágrimas.

Hubo un repentino murmullo de voces y de actividad mientras la gente empezaba a apretujarse en la iglesia, atestada por encima de su capacidad, y a apiñarse en el patio exterior. Algunos tomaron posiciones en el cementerio de los curas. En distintos puntos de la muchedumbre Alekos, Velisarios, Pelagia, el doctor Iannis, Kokolios y Stamatis estiraban el cuello para oír mejor las distantes modulaciones del sacerdote. Cuando los que estaban dentro de la iglesia se santiguaban, los que estaban junto a la

puerta lo hacían un momento después, y luego los de detrás, y a continuación los de más atrás, de modo que una oleada de gestos recorrió a la muchedumbre como cuando se lanza una piedra a un estanque.

El sol estaba alto y las personas, apretujadas, empezaron a sudar. El bochorno estaba alcanzado niveles insoportables cuando el servicio tocó a su rimbombante final. La gente empezó un proceso inverso de empujones y codazos en el cual aquellos que habían tenido mala suerte respecto a su lugar en la iglesia vieron cambiar su fortuna al ser los primeros en llegar al emplazamiento de los milagros bajo el plátano del santo.

Dentro de la iglesia, los portadores izaron el cuerpo del santo varón; debajo del árbol, las monjas organizaron una y otra vez la impredecible y errática reunión de locos, la mayoría de los cuales estaban a un tiempo alicaídos y aterrorizados, pues les abrumaba el impresionante caos de caras desconocidas que había alrededor. El comedor de cristales empezó a aullar. La reina de América, emocionada por la llegada de sus súbditos, adoptó una postura de suprema realeza, y Sócrates miró abyectamente su pie derecho, el movimiento del cual se había convertido en una penosa experiencia. Con un gran esfuerzo de voluntad, Sócrates consiguió, para su consternación, mover uno de sus dedos índices. Luego intentó hacer el esfuerzo de voluntad de pararlo, pero no consiguió hacer el esfuerzo de voluntad de hacer ese esfuerzo de voluntad. Inmovilizado por ese infinito regreso de su incapacidad, se refugió en el calidoscopio de inconexas imágenes de su retina. Una de las monjas se enjugó una lágrima de la mejilla y corrió a calmar al comedor de cristales. Otras se le unieron al objeto de persuadir de buena manera a los familiares de que se tumbaran o tomaran asiento.

Mina estaba sentada bajo el enorme árbol con los brazos en torno a las rodillas. Pese al tropel de gente y pese al tangible telón que separaba su mundo del de ellos, notó una cierta calma abrirse paso entre el farfuleo de sus pensamientos. Contempló el cegador blanqueado de la iglesia y se dio cuenta de que aquello era una iglesia. «Huevos de tortuga», pensó, y recordó entonces unos versos absurdos de su infancia. De repente se puso en pie y empezó a recogerse el vestido, pero una monja le ordenó que se lo bajara. Mina lo hizo y oyó vagamente el tumulto de voces que anidaba en su pecho. Las voces gritaban y rechinaban, y no podía librarse de ellas aunque se agazapara en un rincón o se diera de cabezazos contra la pared. A veces le hacían hacer cosas amenazándola con retenerla allí hasta que obedeciese. A veces le provocaban picores por todo el cuerpo hasta que ella no podía más y empezaba a desgarrarse la carne con las uñas, y a veces le decían que dejase de respirar: conmocionada por el pánico, notaba cómo los pulmones se le paraban y el corazón le latía más y más despacio hasta detenerse exánime. A veces la brecha entre ella y el mundo se abría tanto que cuando miraba hacia abajo veía bajo sus pies un vacío infinito; en esas ocasiones echaba a correr frenéticamente en busca del suelo, y así chocaba contra objetos invisibles que le provocaban cardenales y heridas sangrantes.

A veces, abrumada por el miedo, sudaba de tal manera que las monjas no podían sujetarla porque se les escurría, y entonces caía al suelo del asilo sollozando. Lo peor era cuando podía ver los rostros de quienes la rodeaban, notaba que la estaban mirando, sabía que planeaban matarla y se recogía las faldas para taparse la cara, como si mediante ese sortilegio pudiese impedir que la vieran. Y siempre que hacía esto, aparecían manos como por ensalmo y le bajaban otra vez las faldas, de modo que ella se veía forzada a utilizar toda la fuerza de su desesperación para recogerlas otra vez. Herida y acosada, Mina se sentó en la hierba y se acurrucó al notar que una sombra se acercaba y pasaba sobre ella.

Al doctor Iannis y a Pelagia les había tocado estar en primera fila y observaban con creciente excitación cómo el cuerpo engalanado del santo pasaba en volandas por encima de los reclinados lunáticos. Jamás cuerpo alguno había sido manejado con mayor solicitud ni con mayor respeto; no había que zarandear el féretro, que nada se moviera de sitio. Sus portadores andaban entre las piernas de los locos, y los familiares de éstos, nerviosos, refrenaban las convulsiones y sacudidas de sus afligidos parientes. El comedor de cristales puso los ojos en blanco y su boca se llenó de espuma de epiléptico, pero no se movió. No tenía familia que le detuviera y sacó fuerzas del santo para contenerse. Enseguida vio pasar bajo su nariz unas sandalias recamadas.

Mientras se llevaban al santo, la gente, con el alma en vilo escudriñaba a los enfermos para ver si se había producido algún cambio. Alguien se fijó en Sócrates y señaló con el dedo. Agitaba los hombros como un atleta a punto de lanzar la jabalina y se miraba perplejo las manos, moviendo los dedos de uno en uno, por orden. De pronto alzó los ojos, vio que todos le estaban mirando y saludó tímidamente con el brazo. Un aullido inhumano surgió de entre la multitud; la madre de Sócrates cayó de rodillas y besó las manos de su hijo. Luego se levantó, alzó los brazos al cielo y exclamó: «Loado sea el santo, loado sea el santo», de forma que en un santiamén todos los allí reunidos se pusieron histéricos de temor reverencial. El doctor Iannis apartó a Pelagia de los apretujones inminentes y se enjugó el sudor de la frente y las lágrimas de los ojos. Temblaba de pies a cabeza; otro tanto, según pudo ver, le pasaba a Pelagia. «Un fenómeno puramente psicológico», murmuró para sus adentros, y de pronto tuvo la sensación de ser un ingrato. La campana de la iglesia empezó a repicar con desmesura mientras monjas y sacerdotes se disputaban el privilegio de dar un tirón a la cuerda.

Y empezó el carnaval, impulsado tanto por el alivio colectivo y la necesidad de quitarse de encima la carne de gallina como por la natural inclinación de los isleños a los festejos. Velisarios dejó que Lemoni arrimara una cerilla al oído de su pequeño cañón, y tras un temible rugido, el cielo se llenó de una resplandeciente lluvia de pan de oro y plata que vibraba en el aire como los copos de Zeus. Sócrates iba de un lado a otro aturdido por la dicha mientras muchas manos le palmeaban la espalda y un huracán de besos descendía sobre el dorso de su palma. «¿Es la fiesta del santo? —

preguntó—. Sé que parece una tontería, pero no recuerdo en absoluto haber venido». Y lo sacaron a bailar, un *syrtos* de la gente joven de Lixouri.

Una pequeña orquesta improvisada, integrada por varias gaitas *askotsobouno*, una zampoña, una guitarra y una mandolina, trataba de lograr la armonía desde distintos puntos del compás musical, y un buen barítono, que era picapedrero, inventaba una canción en honor del milagro. Cantó primero un verso, que corearon los bailarines, y ello le dio tiempo a esbozar el siguiente hasta que la canción quedó terminada con melodía y todo:

*Un buen día vine a bailar y a ver a las chicas,
vine como viene el pagano pensando sólo en el yantar.
Pero el santo ha lavado mis incrédulas pupilas
y ahora sé que Dios es bondad...*

Una hilera de chicas guapas cogidas de las manos ocupaba de punta a punta la parte de atrás, y delante de ellas una fila de muchachos lanzaba una pierna y la cabeza hacia atrás, saltando ligeros como grillos. Sócrates cogió la pañoleta roja del bailarín que iba en cabeza y para deleite de los espectadores ejecutó la más atlética y espectacular *tsalimia* que ninguno de ellos había visto jamás. Mientras sus piernas describían arcos por encima del nivel de su cabeza, mientras la letra de la canción brotaba de sus labios, Sócrates conoció por primera vez el significado del regocijo y el solaz. Su cuerpo saltaba y giraba sin el menor esfuerzo de voluntad, músculos cuya existencia había olvidado hacía tiempo crepitaban como el acero, y casi podía sentir el sol centellear en sus dientes mientras su rostro se desencajaba en una amplia e irreprimible sonrisa. El maullido de las gaitas vibraba dentro de su cabeza y, de pronto, al mirar las nubes sobre el monte Aínos, le sobrevino la idea de que había muerto y estaba en el paraíso. Lanzó sus piernas más arriba todavía y su corazón cantó como un coro de pájaros.

Un grupo de Argostolion con orquesta propia empezó a bailar un *divaratiko*, provocando críticas de los de Lixouri y alabanzas de los de Argostolion, y en un extremo del prado una cuadrilla de pescadores conocidos como *tratoloi* empezó a descorchar botellas y a entonar entusiastamente las canciones que había ensayado durante semanas en las tabernas de Panagopoula después de haber repartido las ganancias de la jornada, bromeado unos con otros, comido aceitunas y llegado finalmente al punto en que cantar era algo natural e inevitable.

Juntos entonaron:

*El jardín en que estáis sentadas
jamás necesita flores,
pues vosotras sois los capullos*

*y sólo un necio o un ciego
sería capaz de no verlo.*

Los rápidos arpegios de la guitarra fueron desvaneciéndose, y el tenor inició una arieta. Su voz aulló en el punto más alto del registro, por encima de la cháchara de la gente e incluso de la detonación del cañón de Velisarios, hasta que sus amigos le hicieron coro y en torno a la melodía que había creado tejieron una intrincada y polifónica armonía, consiguiendo llegar al final de la misma ni más ni menos que en la tonalidad adecuada, con lo que la hermandad del mar proporcionaba así pruebas concluyentes de su unidad metafísica.

Entre canciones y bailes las monjitas fueron dejando a su paso una estela de vino y comida en abundancia. Aquellos que ya estaban ebrios empezaron a mofarse unos de otros, y en algún caso la mofa se tornó en insulto, y el insulto en golpes. El doctor Iannis hubo de dejar su queso y su melón para taponar narices sangrantes y restañar cortes producidos por botellas rotas. Las mujeres y los más juiciosos de entre los hombres trasladaron sus cosas a sitios más alejados de aquellos que amenazaban con desmandarse. Pelagia fue a sentarse en un banco, más cerca del monasterio.

Contempló los nuevos bailarines que aportaban al panegyri las tradiciones del carnaval. Los hombres aparecían absurdamente ataviados con camisa blanca, tonelete blanco, guantes blancos y extravagantes sombreros de papel. Iban engalanados con cintas de seda roja, campanillas, alhajas y cadenas de oro, fotografías de sus novias o del rey, acompañados de menudos chiquillos satíricamente vestidos de chica. Todos lucían máscaras grotescas y graciosísimas, y entre ellos estaba Kokolios enfundado en las mejores galas de su protestona mujer. Cerca del camino, unos jóvenes con atuendos fantásticos y la cara pintarrajeada empezaron a representar babaoulia, en cuyas escenas cómicas ni siquiera el santo pudo impedir ser ridiculizado. Una competición de polcas, lanceros, cuadrillas, valeses y ballos lanzó a la multitud a un caos de cuerpos caídos, chillidos e insultos. Pelagia divisó a Lemoni intentando solemnemente prender fuego a la barba de un sacerdote, y el corazón le dio un leve vuelco cuando vio a Mandras lanzando petardos a los pies de unos bailarines de Fiskardo.

Le perdió de vista y al rato notó que alguien le tocaba el hombro. Se dio la vuelta y contempló a Mandras, echados los brazos atrás en un abrazo de risa. Ella sonrió pese a que él estaba ebrio, y de repente Mandras cayó de rodillas y entonó con dramatismo:

—Siora, ¿quiere casarse conmigo? Cásese o me muero.

—¿Por qué me llamas siora? —preguntó Pelagia.

—Porque hablas italiano y a veces llevas sombrero —dijo él sonriendo como un tonto.

—Sin embargo —dijo Pelagia—, no tengo nada de aristócrata y no se me debe llamar siora. —Le miró un momento y entre los dos se hizo el silencio, un silencio

que la obligó a responder a su proposición—: Claro que me casaré contigo —dijo quedamente.

Mandras se levantó de un salto y Pelagia advirtió que las rodilleras de sus pantalones se habían manchado al haberse arrodillado en un charco de vino. Mandras hizo piruetas y cabriolas, y ella se levantó riendo. Pero no pudo tenerse en pie; una fuerza invisible parecía devolverla al asiento. Rápidamente examinó sus faldas y comprobó que Mandras se las había sujetado al banco. Su flamante prometido se arrojó de espaldas a la hierba y gritó de júbilo, hasta que de pronto se sentó, compuso expresión de absoluta seriedad y dijo:

—Koritsimou, te amo con toda mi alma, pero no podemos casarnos hasta que vuelva del ejército.

—Ve a hablar con mi padre —dijo Pelagia, y con el corazón a punto de salirse por la boca vagó entontecida entre los jaraneros con la intención de digerir aquel contradictorio milagro.

Luego, preocupada por el hecho de no estar tan contenta como era conveniente, se encaminó de nuevo hacia la iglesia a fin de estar a solas con el santo.

El día agotaba sus horas, y Mandras no consiguió dar con el doctor antes de que la bebida le rindiera. Durmió como un ángel en un charco de algo asqueroso e indefinible, mientras cerca de él Stamatis atacaba a Kokolios con un cuchillo monárquico y le amenazaba con cortarles sus comunistas huevos, antes de arrojarle los brazos al cuello y jurarle fraternidad eterna. En otra parte un hombre acabó muerto a cuchilladas tras una discusión sobre unas propiedades que eran motivo de pendencia desde hacía casi un siglo, y el cura Arsenios tuvo un acceso de visión borrosa que le hizo confundir a Velisarios con su difunto padre.

El anochecer se abrió paso por entre la anarquía aparentemente obstinada de la tarde y llegó la hora de la carrera final. Había chiquillos montados sobre gordos machos cabríos, una niña pequeña encima de un perro grande, borrachos alegres sentados sobre asnos pero mirando hacia atrás, caballos macilentos con la cabeza gacha soportando el peso de obesos taberneros que trepaban por sus flancos, y Velisarios a horcajadas sobre el pacífico toro que había pedido prestado.

Hubo una falsa salida a la que fue imposible poner remedio, y una preciosa estampida dio comienzo antes de que el juez de salida tuviera tiempo de levantar su pañoleta. La chiquilla del perro grande azuzó su montura hacia un trozo de cordero asado, los chicos que iban en los machos cabríos corcovearon a la par que éstos, los asnos trotaron serviciales hacia lugares que no eran la línea de llegada, y los caballos se negaron a moverse. Únicamente el toro y su hercúlea carga recorrieron pesadamente en línea recta el trecho que los separaba del otro extremo del prado, precedidos por un excitado cerdo sin jinete. Velisarios, popular por sus victorias, llegó a la línea de meta, desmontó y, ante los aplausos de los asombrados espectadores, cogió al toro por los cuernos y de un tirón lo inmovilizó en el suelo. El toro se quedó allí bramando de incompreensión mientras Velisarios era transportado a

hombros por la multitud.

Grupos de embriagados empezaron a desfilar, cantando a voz en grito:

*Nos vamos dejando a los muchachos
de buen humor y con ganas de pelea.
Vinimos como peregrinos
y regresamos borrachos
según la sagrada costumbre.
El santo nos sonríe desde el cielo
y nosotros le honramos
bailando y cay ndonos de bruces.*

Pelagia y el doctor se marcharon a su casa, el padre Arsenios aprovechó la hospitalidad del monasterio, Alekos se quedó dormido en un refugio de piedra a media ascensión, y Kokolios y Stamatis se perdieron en el monte bajo de Troianata mientras buscaban a sus respectivas esposas.

De vuelta en el manicomio, Mina se sentó en su cama preguntándose dónde estaba. Pestañeó, se miró las piernas y vio que tenía los pies muy sucios. Cuando su tío vino a despedirse, hasta el año que viene, se sorprendió al oírla decir muy risueña:

—Theio,  has venido para llevarme a casa?

El hombre se quedó sin habla, gimió de incredulidad, se puso a dar vueltas con los puños dirigidos al cielo, ejecutó de pura alegría tres pasos de un *kalamatianos* y luego meci  a su sobrina entre sus brazos exclamando *Efkharisto, efkharisto*, una y otra vez. Ella le había reconocido, ya no farfullaba, no sentía ya el apremio de recogerse las faldas, estaba cuerda y, a sus veintiséis años, todavía casadera (con una dote y un poco de suerte). El tío lanzó besos a las alturas y prometió al santo que le buscaría una dote a la chica aunque eso le costara a él la vida.

Por lo visto, Gerasimos había hecho doble milagro aquel año y había decidido con modestia que uno fuera menos sensacional que el otro. El comedor de cristales y sus desdichados compañeros vieron marchar a Mina y se preguntaron patéticamente cuánto les haría esperar el santo.

13. DELÍRIUM

Mandras no hizo acto de presencia durante los dos días siguientes a la fiesta del santo, provocando en Pelagia un estado de extrema agitación. No se le ocurría qué podía haberle pasado y no paraba de imaginar motivos para su ausencia, experimentada por ella como una carencia que amenazaba con volverse más real que las obligaciones y los objetos de la vida diaria.

Había regresado de la fiesta con su padre y había deducido que la ligereza de su conversación se debía a una combinación de alcohol con el hecho de que Mandras no hubiera hablado con él. Pelagia había querido interrumpir sus constantes observaciones sobre la naturaleza psicológica de lo milagroso y sus comentarios sorprendentemente bastos sobre lo que había ocurrido en la periferia de la fiesta; estaba a punto de estallar de inquietud y felicidad, y lo único que quería era hablarle de la proposición de Mandras. Esa información tenía más peso que el mundo entero, y necesitaba compartirla con su padre para ver si así le resultaba un poco más liviana. El doctor no había reparado en el rubor de sus mejillas, en que apenas prestaba atención, en su tendencia a tropezar con las piedras, en los ademanes excesivamente enfáticos de sus manos y en su voz ligeramente estrangulada; había llegado a ese estado de embriaguez en que la alegría étlica se tambalea al borde de la náusea y la inestabilidad, y optó por replegarse. La suya era una felicidad que excluía toda sensibilidad hacia el estado anímico de su hija. Cuando llegaron a casa, Pelagia aún no le había comunicado la noticia, y el doctor cogió a *Psipsina* en brazos y bailó con ella un vals en el patio antes de orinar sobre la menta e irse a la cama, hediondo y completamente vestido.

Pelagia se fue también a la cama pero no pudo dormir. Una luna casi llena deslizaba filamentos de una misteriosa luz plateada por entre las tablillas de la persiana, lo cual se sumaba a la enérgica carpintería de los grillos para mantenerla tumbada y con los ojos bien abiertos. Nunca se había sentido más despierta. Su mente hacía constantes acrobacias al recordar los sucesos del día; el milagro, las canciones y los bailes, las peleas, la carrera, la propuesta de matrimonio. Siempre acababa en lo mismo; los ríos de su memoria invertían su corriente para volver a aquel apuesto muchacho arrodillado junto al banco donde ella estaba sentada. Mandras de rodillas en un charco de vino; Mandras, tan guapo él, tan joven y esplendoroso; Mandras, tan exquisito como el mismísimo Apolo. Empezó a sudar mientras se imaginaba abrazada por él, lo transformaba en un íncubo, movía brazos y piernas, le acariciaba la espalda y experimentaba *in absentia* la blanda sinuosidad de su lengua en sus pechos y la elástica presión de su peso.

«Te quiero», declaró al tiempo que le asaltaban dudas como una invasión de diminutos diablos invisibles. El matrimonio era algo muy serio. Significaba renunciar a una vida a cambio de otra, significaba abandonar la casa de su padre, significaba dar a luz y no parar de trabajar, en lugar de aquel idilio de paz con sus falsos

contratiempos, su tranquila rutina y sus simpáticas excentricidades. La idea de aceptar órdenes y decisiones de otro que no fuera su padre, cuyos mandatos —por más bruscos y perentorios que fueran— eran de hecho peticiones bajo un irónico disfraz, la azuzó en su amor propio. ¿Cómo se portaría Mandras? ¿Qué sabía de él, en realidad? ¿Qué pruebas tenía ella de que fuese paciente y amable? Le hacía regalos, sí, pero ¿no habría más regalos una vez obtenida la presa? ¿Acaso no era Mandras demasiado joven e impulsivo? Sus movimientos tenían siempre algo de concluyente, lo mismo que sus respuestas irreflexivas; ¿puedes fiarte de alguien que replica al momento sin pensar lo que dice?, ¿alguien cuyos actos y cuyas palabras son poéticos antes que firmemente razonados? Le aterraba la sospecha de que Mandras pudiera tener una parte del corazón más dura que el diamante. «¿Será un *romoi* —se preguntó— y ni siquiera lo sabe?». ¿Y cómo diferenciar el deseo del amor? Oyó el minúsculo zumbido de un mosquito y comparó a su prometido con su padre. Ella adoraba a éste último; sí, eso era amor. Pero ¿qué tenía en común con lo que sentía por Mandras? ¿Podía concebirse que servir a su padre fuera para ella una especie de libertad? ¿Se trataba simplemente de que había distintas clases de amor? Y si no era amor lo que sentía por Mandras, ¿a qué venía entonces esa falta de aliento, ese perpetuo e insondable anhelo que le cubría la lengua de sarro y le producía palpitaciones? ¿Por qué esa emoción la dominaba, como Dios o un dictador, sin que ella pudiera resistirse? ¿Por qué, como en los laudos del *patir* Arsenios, poseía la fuerza de la ley sin el ceremonial de la justicia? La luna se movió tras el olivo, arrojando sobre la tapia un incesante palpitar de hojas, las melancólicas esquilas de las cabras en el monte Aínos traspasaron el moderado frío de la noche y se oyó a *Psipsina* merodear en el corral. «Cazando sus ratones», pensó Pelagia mientras seguía tumbada sintiendo el deseo en su cuerpo. Meditó sobre la caprichosa alegría de vivir de la marta, su inocencia y su absoluto ensimismamiento en la tarea de ser ella misma, y de repente cayó en la cuenta de que ella, Pelagia, había cambiado la despreocupación de los jóvenes por algo parecido a la infelicidad. Imaginó que Mandras había muerto y al empezar a llorar le chocó descubrir que también sentía alivio. Apartó de sí aquella imagen y se dijo que era una persona detestable.

Por la mañana se dirigió al corral e inventó tareas que le permitieran verle aparecer tan pronto doblara la curva del camino, la misma donde le había alcanzado el proyectil de Velisarios. Examinó la cabra para ver si tenía garrapatas, se las quemó con una aguja candente y después inspeccionó de nuevo a conciencia el áspero pelaje. Repetidas veces alzó los ojos para ver si Mandras venía. Su padre fue a desayunar a la *kapheneia*, y a Pelagia se le ocurrió que *Psipsina* también podía tener garrapatas. Puso al animal sobre la tapia, más cerca aún del camino, y con los dedos le cepilló el pelaje a contrapelo. Hundió la nariz en la suave piel de su abdomen y al momento se sintió entristecida y confortada por la dulzura de su olor. *Psipsina* se retorció y chilló de placer mientras los afanosos dedos daban con dos pulgas y las partían con las uñas del pulgar y el índice. Sin ganas de marcharse de la tapia, Pelagia cepilló

vigorosamente al animal y le quitó el pelo apelonado. Luego se la puso al cuello y decidió ir a por agua, para así tener que doblar la curva del camino. *Psipsina* durmió mientras Pelagia hablaba junto al pozo con las demás mujeres; pero se le olvidaron los detalles de los chismorreos que se comentaban y no dejó de mirar hacia otra parte. Empezaba a sentirse un poco mareada. Sacó más agua de la que necesitaba y decidió regar las hierbas. Harta de esperar, se sentó a la sombra del olivo con el brazo sobre el huesudo pescuezo de la cabra, que seguía masticando con indiferencia como si no existiera más mundo que el suyo. El anhelo se volvió impaciencia y ésta, irritación. Pensando en espiar a Mandras, Pelagia decidió dar un paseo; eso le serviría a él de lección si no la encontraba al ir a su casa. Pelagia caminó en la dirección por donde él debía venir, se sentó en una tapia hasta que hizo demasiado calor y luego vagó por el monte bajo, donde vio a Lemoni, que estaba buscando grillos.

Subida a una roca, Pelagia observó cómo la niña iba de un matorral a otro a toda velocidad, cerrando sus rollizos dedos en torno al aire a medida que los grillos saltaban fuera de su alcance.

—¿Cuántos años tienes, *koritsimou*? —preguntó Pelagia.

—Seis —respondió Lemoni—. Cuando pase la próxima fiesta tendré ya siete.

—¿Sabes contar hasta diez?

—Sé contar hasta treinta —repuso Lemoni, pasando a hacer una demostración—. Veintiuno, veintidós, veintitres.

Pelagia suspiró. Calculaba que antes de que pasaran dos festividades más, Lemoni empezaría a trabajar en las labores domésticas y eso pondría fin a sus cacerías de bichitos entre los arbustos. Luego vendría la monotonía de malograr a los hombres y sólo tener permiso para hablar de cosas importantes con otras mujeres, cuando los hombres no escucharan o estuvieran jugando a chaquete en la *kapheneia* en lugar de estar trabajando. Para Lemoni no habría libertad hasta que enviudara, momento en que la comunidad se volvería en su contra como si ella no tuviera derecho a sobrevivir al marido, como si éste hubiera muerto únicamente debido a la negligencia de su mujer. Por eso había que tener hijos varones; era la única garantía contra una vejez indigente y aterradora. Pelagia deseaba que hubiese algo mejor para Lemoni, como si pensar en cosas mejores para sí misma fuera del todo ocioso.

De pronto, Lemoni lanzó un chillido que sobresaltó a Pelagia. Fue un sonido muy similar al maullido de un gato. La niña se echó a llorar, se agarró un dedo, se dobló por la cintura y empezó a mecerse. Pelagia corrió hacia ella y le cogió la mano, diciendo:

—¿Qué pasa, *koritsimou*? ¿Qué te duele?

—¡Me ha mordido, me ha mordido! —exclamó Lemoni.

—Oh, pobrecilla. ¿No sabías que muerden? —Acercó sus dedos a la boca y los agitó—. Tienen unas mandíbulas muy fuertes, con pinzas. Enseguida dejará de dolerte.

—Me escuece —dijo Lemoni cogiéndose otra vez el dedo.

—Si tú fueras un grillo, ¿no morderías a quien te quiere coger? El grillo debe de haber temido que le hicieras daño, por eso te mordió. Así son las cosas. Cuando seas mayor, verás que las personas también se comportan así.

Pelagia fingió hacer un encantamiento para curar mordeduras de grillo y acompañó a Lemoni, ya más calmada, hasta el pueblo. Mandras seguía sin aparecer, y había una quietud inusual mientras la gente se arrastraba de un lado a otro, curándose la resaca y las inexplicables contusiones. Un asno bramó ridículamente, recibiendo como respuesta un discordante coro de *Ai gamisou* de los oscuros interiores de las casas. Pelagia se puso a preparar la cena, agradeciendo que esa noche no hubiera pescado. Después, sentada junto a su padre tras el acostumbrado peripato, él le dijo inesperadamente:

—Supongo que no ha venido porque se encuentra mal como todo el mundo.

Pelagia sintió una especie de gratitud y le tomó la mano y se la besó. El doctor le apretó la mano y dijo con tono triston:

—No sé cómo me las arreglaré cuando te vayas.

—*Papakis*, Mandras me ha pedido que me case con él... Yo le dije que te lo preguntara a ti.

—Pero yo no quiero casarme con él —dijo el doctor Iannis—. Sería mucho mejor que se casara contigo, me parece. —Volvió a apretarle la mano—. En uno de mis barcos había unos árabes. Siempre decían *inshallah* después de cada frase «Ya lo haré mañana, *inshallah*». Podía resultar bastante molesto, porque parecía que confiaban en que Dios haría las cosas si a ellos no les venía bien hacerlas, pero hay cierta lógica en ello. Tú te casarás con Mandras si eso quiere la providencia.

—¿No te cae bien, *papakis*?

El doctor se volvió y la miró dulcemente.

—Es muy joven. Todo el mundo lo es cuando se casa. Yo lo era. Además, no te hago ningún favor. Tú lees poemas de Cavafis, te he enseñado a hablar *katharevousa* e italiano. Mandras no está a tu altura, y él debe pensar que ha de ser mejor que su mujer. Al fin y al cabo, es un hombre. A menudo pienso que tú sólo serías feliz si te casaras con un extranjero, un dentista de Noruega o algo así.

Pelagia rió de aquella incongruencia y luego guardó silencio.

—Me llama *siora* —dijo al cabo.

—Ya me temía algo así. —Hubo una larga pausa mientras ambos contemplaban las estrellas sobre la montaña, y por fin el doctor Iannis preguntó—: ¿Alguna vez has pensado que podríamos emigrar a América, a Canadá, por ejemplo?

Pelagia entornó los ojos y suspiró:

—Mandras —dijo.

—Sí. Mandras. Y ésta es nuestra casa. No existe otra. En Toronto debe de estar nevando, y en Hollywood nadie nos ofrecería un papel.

El doctor se levantó y entró en la casa para salir al momento llevando algo que brillaba metálicamente en la penumbra. Con ceremonia, entregó el objeto a su hija.

Ella lo cogió, vio lo que era, notó su siniestro peso y lo dejó caer en su regazo con un pequeño gemido de terror.

—Habrà guerra —dijo el doctor, aún de pie—. En las guerras suceden cosas terribles, sobre todo a las mujeres. Utilízala para defenderte, y si es necesario utilízala contra ti misma. Puedes usarla también contra mí, si así lo exigen las circunstancias. No es más que una pequeña Derringer, pero... —Extendió el brazo hacia el horizonte — el mundo está sumido en una terrible oscuridad y cada uno de nosotros debe hacer lo que pueda, eso es todo. Tal vez no lo sepas, *koritsimou*, pero podría ser que tu boda tenga que postergarse. Primero debemos asegurarnos de que Mussolini no será un convidado de piedra en la boda.

El doctor giró sobre sus talones y entró en la casa, dejando a Pelagia a solas con el miedo que crecía en su pecho y una soledad muy inoportuna. Ella recordó que en los montes de Souli sesenta mujeres habían subido a una de las cumbres y, después de haber bailado juntas, se habían arrojado ellas y sus hijos al precipicio antes que rendirse a los turcos que las esclavizarían. Momentos después se dirigió a su cuarto, puso la Derringer bajo la almohada y se sentó a los pies de la cama, acariciando distraídamente a *Psipsina* e imaginando una vez más que Mandras había muerto.

El segundo día después de la fiesta, Pelagia repitió la misma rutina pausada de ocupaciones sin sentido que no consiguieron contrarrestar la ausencia de su amado, pero que en cambio le sirvieron en cierto modo de marco. Todo —los árboles, Lemoni jugando, la cabra, la travesuras de *Psipsina*, el torpe y pomposo anadear del padre Arsenios, el martilleo distante de Stamatis construyendo una silla de madera para un asno, la estridente y amputada versión de la *Internacional* debida a Kokolios —, todo se convertía en nada más que un síntoma de lo que faltaba. El mundo se replegaba para dar paso a un manto de desesperanza y abatimiento que parecía haberse convertido en una característica de las cosas mismas; incluso el cordero con romero y ajos que guisó para cenar no fue sino la encarnación de una angustiada carencia de pescado. Aquella noche se sintió demasiado extenuada y deprimida como para dormirse llorando. En sus sueños acusaba a Mandras de crueldad, y él reía de ella como un sátiro y se alejaba danzando entre las olas.

Al tercer día Pelagia bajó al mar, se sentó en una roca y contempló cómo un enorme barco de guerra se alejaba por el oeste envuelto en una portentosa nube de vapor. Seguramente era británico. Pensó en la guerra y empezó a notar un peso en el corazón al reflexionar sobre que antiguamente los hombres eran juguete de los dioses, y que el único avance había consistido en convertirse en juguete de otros hombres que se tenían a sí mismos por dioses. Jugó con la eufonía de las palabras *Hitler, Atila, Calígula, Hitler, Atila, Calígula*. No encontraba palabra que acompañara a Mussolini hasta que dio con *Metaxas*. «Mussolini, Metaxas —dijo, y añadió—: Mandras».

Como en respuesta a sus devaneos, captó un movimiento con el rabillo del ojo. Abajo, a la izquierda, un cuerpo surcaba las olas cual delfín humano. Contempló al moreno pescador con un placer puramente estético, hasta que comprobó con cierto

sobresalto que el hombre iba desnudo. Debía de estar a un centenar de metros, y ella vislumbró que estaba colocando una red provista de boya y de una malla lo bastante tupida como para atrapar chanquetes o sardinetas. El pescador se sumergía para arreglar su red en forma de media luna y alrededor de él las gaviotas revoloteaban y se zambullían buscando su parte del festín. Astutamente, pero sin sentirse culpable, Pelagia se acercó un poco más a fin de admirar a aquel hombre de aspecto tan lustroso, tan identificado con el mar, tan parecido a un pez, un hombre desnudo y salvaje, un hombre como Adán.

Observó cómo tiraba de la red en torno al banco de peces, y mientras él salía chorreante a la arena, halando con una mano primero y luego con la otra, tensos los músculos y los hombros trabajando rítmicamente, Pelagia cayó en la cuenta de que era Mandras. Se llevó la mano a la boca para sofocar un sobresalto y un súbito acceso de vergüenza, pero no se alejó de allí. Seguía paralizada por su belleza, por la armonía y fuerza de sus movimientos, y no pudo resistirse a pensar que Dios le había dado una oportunidad de contemplar lo que era suyo antes de tomar posesión de ello: las esbeltas caderas, los hombros angulosos, el vientre tensado, la oscura sombra de la ingle con su misterioso modelado —motivo de tanto chismorreo lúbrico por parte de las mujeres en el pozo—. Mandras era demasiado joven para ser un Poseidón, le faltaba malicia. ¿Una nereida pero con cuerpo de hombre, entonces? ¿Existirían ninfas macho o potámides masculinas? ¿No habría un sacrificio de miel, aceite, leche o una cabra? ¿El sacrificio de ella misma? Resultaba difícil ver a Mandras surcando las aguas y no creer que una criatura así no viviría —como dijo Plutarco— 9720 años. Pero la visión de Mandras poseía la característica de lo eterno y ese lapso de vida que se atribuía a Plutarco parecía demasiado arbitrario y demasiado escaso. Se le ocurrió que esta escena podía haberse representado generación tras generación desde los tiempos micénicos; tal vez en la época de Ulises habían existido muchachas como ella que habían ido al mar para espiar la desnudez de aquellos a quienes amaban. La idea de semejante fusión con la historia la hizo estremecer.

Mandras fue arrastrando su red y luego se agachó a fin de sacar de la malla los diminutos peces, que fue arrojando a una hilera de cubos pulcramente dispuestos sobre la arena. Los pececitos plateados rielaban al sol como cuchillas nuevas, transformando su asfixia en un despliegue de hermosura mientras aleteaban y saltaban entrechocándose antes de morir. Pelagia advirtió que Mandras tenía los hombros pelados y que el sol no los había curtido pese a todo un verano de exposición. Eso le sorprendió, le decepcionó incluso, pues dejaba entrever que aquel bello muchacho era sólo de carne y hueso, no de oro perdurable.

Mandras se irguió, se puso dos dedos en la boca y silbó. Pelagia vio que estaba mirando hacia el mar, agitando los brazos por encima de la cabeza a modo de lento semáforo. Ella trató en vano de columbrar el objeto de su atención. Desconcertada, levantó un poco más la cabeza por encima de la roca tras la que se había escondido y distinguió tres formas oscuras curvándose al mismo tiempo entre las olas y

acercándose a él. Oyó su grito de júbilo y le vio vadear en dirección a ellos con tres peces grandes en las manos. Observó cómo lanzaba los peces al aire y cómo los tres delfines saltaban y los atrapaban en escorzo. Luego vio cómo se agarraba a una aleta dorsal y era deslizado mar adentro.

Pelagia corrió hasta el borde de la playa y arrugó la frente en un intento desesperado de eludir los cambiantes y chispeantes dardos de luz que el sol arrancaba del agua, pero no distinguió nada. ¿Se había ahogado? Recordó de pronto que ver a una ninfa desnuda traía mala suerte, que provocaba delirios. ¿Qué estaba sucediendo? Se retorció las manos y se mordió el labio inferior. El sol le quemaba los antebrazos con una intensidad equiparable a una venganza, y tuvo que estrecharlos contra el pecho. Estuvo rondando un rato más por la playa y luego volvió a su casa.

Una vez en su cuarto abrazó a *Psipsina* y lloró. Mandras se había ahogado, se había marchado con los delfines, ya no volvería, era el final de todo. Se quejó a la marta de la injusticia y la futilidad de la vida y su lengua empezó a paladear el sabor salobre de sus lágrimas. Alguien llamó discretamente a la puerta.

Era Mandras, con una sonrisa apocada y en la mano un cubo lleno de chanquete. Cambió el peso del cuerpo de un pie a otro y habló deprisa:

—Siento no haber venido antes, es que el día después de la fiesta estaba enfermo, el vino, ya sabes, no me encontraba muy bien, y ayer tuve que ir a Argostolion a buscar mi notificación de llamada a filas y pasado mañana he de ir al continente, y he estado hablando con tu padre en la *kapheneia* y me ha dado su consentimiento, y te he traído un poco de pescado. Mira, son chanquetes.

Pelagia se sentó a los pies de la cama, interiormente entumecida; era demasiada felicidad, demasiada desolación. Oficialmente prometida a un hombre que iba a vérselas con el destino, a un hombre que podía haberse ahogado en el mar, un hombre que mezclaba como si tal cosa el matrimonio, la pesca y la guerra, un hombre que era un muchacho que jugaba con delfines y que era demasiado hermoso para morir en las nieves de Tsamorias. De pronto parecía haberse convertido en un ser de ficción infinita y aterradoramente frágil, en algo demasiado efímero y delicado para ser humano. Pelagia empezó a sacudir las manos.

—No te vayas, no te vayas —le rogó, y recordó otra vez que traía mala suerte ver a una ninfa desnuda, que provocaba delirios y a veces incluso la muerte.

14. GRAZZI

Me he arrepentido de muchas cosas a lo largo de mi vida, y supongo que todo el mundo puede decir lo mismo. Pero no me lamento de naderías, de cosas pueriles, cosas como discutir con mi padre o tontear con una mujer que no era la mía. Lo que lamento es haber tenido que aprender la más amarga de las lecciones sobre el modo en que la ambición personal puede llevar a un hombre, en contra de su voluntad y de su naturaleza, a jugar un papel en acontecimientos que harán que la historia le colme de oprobio y de vergüenza.

Yo tenía un buen empleo. Era agradable ser ministro plenipotenciario italiano en Atenas por la sencilla razón de que el coronel Mondini y yo no teníamos la menor idea de que iba a haber una guerra hasta que se declaró la guerra. Se podría pensar que Ciano, Badoglio o Soddu nos lo podrían haber dicho, se podría pensar que nos iban a dar un par de meses para preparar las cosas, pero no, ellos nos dejaron seguir adelante con las lindezas propias de la diplomacia. Me da rabia que haya estado asistiendo a recepciones y obras de teatro, organizando proyectos conjuntos con el ministro de educación, asegurando a mis amigos griegos que el Duce no tenía intenciones hostiles, diciendo a la comunidad italiana que no había necesidad de hacer las maletas, para luego descubrir que nadie se había tomado la molestia de decirme lo que estaba pasando, y que no disponía de tiempo para hacer mis propias maletas.

Yo no tenía otra pista que los rumores y las bromas. O lo que yo creía eran bromas. Curzio Malaparte, ese esnob imbécil con su irónico y retorcido sentido del humor y esa avidez por las guerras que alentaban sus artículos periodísticos, vino a verme un día y me dijo: «Mi querido amigo, el conde Ciano me ha dicho que le diga que puede hacer usted lo que guste, porque él está decidido a declarar la guerra a Grecia, y que en un día no muy lejano piensa entrar con los albanos de Jacomoni en territorio griego». Así fue como lo dijo, entre irónico y burlón, lo que me hizo suponer que era una broma, aparte del hecho de que esa cacatúa es capaz de decir cualquier cosa, aun la más ridícula, falsa o intranscendente, en la medida en que contenga algún indicio de que él es amigo personal de Ciano.

La otra pista de que disponía surgió a raíz de que Mondini fue al aeropuerto a recibir a un oficial del servicio de inteligencia; éste le dijo que la guerra iba a estallar al cabo de tres días y que Bulgaria invadiría al mismo tiempo. También le dijo que todos los oficiales griegos habían sido sobornados. Naturalmente, telegrafíe a Roma y hablé con el embajador búlgaro. Roma no me dio respuesta y el embajador búlgaro me dijo (como así resultó ser) que su país no tenía ninguna intención de entrar en guerra. Eso me tranquilizó, pero ahora pienso que Ciano y el Duce sólo trataban de confundirme o bien de mantener abiertas sus propias opciones. Quizá intentaban confundirse el uno al otro. El coronel Mondini y yo, sumidos en el mayor pesimismo, hablamos en mi despacho de la posibilidad de volver a la vida civil.

Las cosas se volvieron cada vez más incomprensibles. Por ejemplo, Roma me pidió que enviara a un miembro de mi legación para recibir *instrucciones urgentes y confidenciales*, pero como Ala Littoria no proporcionó ningún vuelo, nadie pudo desplazarse a Italia. Después el Palazzo Chigi telegrafió para decir que llegaría un correo en vuelo especial, pero quienquiera que fuese no se presentó nunca. Los miembros de la comunidad diplomática de Atenas me presentaban peticiones para que hiciese algo a fin de impedir una guerra, y lo único que pude hacer fue ruborizarme y tartamudear, porque me encontraba en la insostenible situación de ser un embajador que no tenía la menor idea de lo que estaba ocurriendo. Mussolini y Ciano me humillaron; nunca les perdonaré el que me obligaran a confiar en la agencia Stefani como única fuente de información. ¿Información? Nada más que mentiras, e incluso los griegos sabían más que yo de la inminente invasión.

Lo que pasó fue lo siguiente: la Compañía Nacional de Teatro griego representaba una función especial de *Madame Butterfly*, e invitaron al hijo de Puccini y a su esposa en nombre del gobierno. Fue un gesto loable, típico de la nobleza griega, y nosotros entregamos invitaciones para una recepción que se ofrecería la medianoche del 26 de octubre. He de admitir que nunca he llegado a habituarme a esas recepciones a horas intempestivas a que los griegos son tan aficionados.

Metaxas y el rey no asistieron, pero de todos modos la fiesta fue estupenda. Había un enorme pastel coronado por la frase *Viva Grecia*, y habíamos cubierto las mesas con las banderas griega e italiana entrelazadas simbolizando nuestra amistad. Asistieron poetas, dramaturgos, profesores, intelectuales y también representantes de la vida elegante y la comunidad diplomática. Mondini estaba espléndido en su uniforme de gala cubierto de medallas, pero advertí que a medida que iban llegando telegramas de Roma el coronel palidecía y parecía encogerse dentro de su guerrera hasta aparentar que la repudiaba o que la había pedido prestada a otro.

Fue una situación horrible. Los que venían con los telegramas tuvieron que fingirse invitados, y mientras yo leía los mensajes, uno tras otro, la sangre se me heló. Hube de dar palique a gente mientras me invadía una progresiva oleada de horror y repugnancia. Me avergonzaba de mi gobierno, sentía rabia de que me hubieran tenido en la inopia, me sentía incómodo ante mis amigos griegos, y una y otra vez oía dentro de mi cabeza la misma pregunta: «¿Es que no saben qué es una guerra?». Un novelista me preguntó si me encontraba bien, ya que había palidecido y me temblaban las manos. Al examinar los rostros del resto de nuestra legación, comprobé que todos habían experimentado la misma reacción; éramos perros a los que se ordenaba morder la mano de quien nos daba de comer.

La primera parte del ultimátum del Duce llegó la última, y yo no supe lo que estaba pasando hasta las cinco de la madrugada. Me sentía cansado y enfermo e ignoro si me alivió o me angustió el recibir la orden de no entregarla hasta las tres de la madrugada del 28 y esperar respuesta hasta las seis. Por lo visto *el Dictador que no duerme* (que, como supe después, lo hacía y de qué manera) estaba decidido no sólo a

desencadenar la destrucción sino a mantenernos en vela día y noche.

El 27 el jefe del Estado Mayor griego convocó a Mondino para negar que los incidentes fronterizos y la explosión en Santi Quaranta tuviesen relación con Grecia. Mondini volvió deprimido y me contó que Papagos le había humillado haciéndole una única pregunta: «¿Cómo es posible que sepa usted quién es el autor de estos atentados si nadie sabe quién lo ha hecho y no ha habido detenciones?». Mondini trató de apaciguarle diciéndole que probablemente era cosa de los británicos, a lo que Papagos se echó a reír y dijo: «Supongo que estará enterado de que cada palmo de la frontera está guardado por patriotas griegos dispuestos a derramar hasta la última gota de sangre». Mondini compartía mi vergüenza e impotencia; Badoglio tampoco le había informado de nada. Más tarde, Badoglio me reveló que él mismo no había sido informado pese a ser jefe de nuestro Estado Mayor en Italia; ¿cómo iba a haber guerra si ni siquiera el comandante en jefe estaba al corriente de que la iba a haber? Mondini y yo hablamos otra vez de dimitir, mientras fuera los atenienses se ocupaban como siempre de sus bulliciosos asuntos. Era un espléndido día de otoño, pero Mondini y yo sabíamos que muy pronto aquella belleza y aquella paz serían perturbadas por las sirenas y las bombas; pensar en ello resultaba repulsivo, sacrílego incluso. Empezaron a llegar lívidos delegados de la comunidad italiana en Atenas, temerosos de ser internados y perseguidos en caso de guerra. Me vi obligado a mentirles y los despedí con el corazón en un puño. Al final los griegos tuvieron el muy honroso gesto de intentar evacuarlos, y nuestra propia Fuerza Aérea los bombardeó por error en Salónica.

Mi entrevista con Metaxas fue el momento más doloroso de mi vida; después de aquello fui repatriado, pero no vi al conde Ciano hasta el 8 de noviembre. Normal, pues la campaña estaba siendo un fiasco y Ciano no quería oírme decir *se lo advertí*. De hecho no quería ni verme, prueba de ello es que no dejó de interrumpir y de cambiar de tema. En mi presencia telefoneó al Duce y le dijo que yo había dicho cosas que no había dicho, y luego me aseguró que la campaña de Albania terminaría en sólo dos semanas. Más adelante, como yo empezara a insistir sobre la verdad del asunto, me envió a Anfuso para que me aconsejara tomarme unas vacaciones, y supongo que ése fue el fin de mi carrera.

¿Quieren saber qué pasó en mi entrevista con Metaxas? ¿No se ha escrito ya suficiente sobre ello? No me gusta recordarlo. Verán, yo admiraba a Metaxas, y lo cierto es que éramos amigos. No, no es verdad que Metaxas dijera *No* y ya está. Bueno, de acuerdo, lo contaré.

Al chófer, que era griego pero no recuerdo cómo se llamaba, lo mandamos a su casa de modo que fue Mondini quien condujo el coche hasta la villa de Kifisa. De Santo venía en calidad de intérprete, aunque a la postre no hicieron falta sus servicios. Partimos a las dos y media de la madrugada con las estrellas brillando en lo alto como diamantes, y la noche era tan apacible que ni siquiera tuve que abotonarme la chaqueta. Llegamos a la villa, un edificio modesto de las afueras, a las dos y

cuarenta y cinco. El comandante de la guardia se hizo un lío —debió de confundir nuestra bandera tricolor con la francesa— y telefoneó a Metaxas para decirle que el embajador francés quería verle. En otras circunstancias la cosa habría resultado divertida. Mientras esperaba oí el susurrar de los pinos e intenté divisar al búho que ululaba en un árbol. Sentí mareos.

Metaxas acudió en persona a la puerta de servicio. Estaba muy enfermo, saben, y su aspecto era patético, aspecto de burgués que sale a buscar el periódico o a llamar al gato. Llevaba un batín con estampado de flores blancas. Uno siempre espera que el atuendo nocturno de las personalidades sea más digno. Me miró a la cara entrecerrando los ojos, vio que era yo y exclamó con beneplácito.

—*Ah, monsieur le ministre, comment allez-vous?*

No recuerdo qué respondí, pero supe que Metaxas sospechaba que había venido a darle el beso de judas. Imagino que sabrán ustedes que se estaba muriendo, y el peso que tenía en el alma debía de ser ya indescriptiblemente grande.

Fuimos a una pequeña sala de estar repleta de muebles baratos y de esas chucherías que tanto parecen gustar a los griegos de clase media. Metaxas era un político honesto, comprenden. Jamás fue acusado de corrupción ni siquiera por sus enemigos ni por los comunistas, y viendo su casa era fácil deducir que los fondos del Estado nunca habían contribuido a su embellecimiento. Era la antítesis perfecta del Duce.

Me ofreció un sillón de piel. Supe más adelante que la viuda de Metaxas no dejaba sentar a nadie en él. El primer ministro se sentó en un sofá tapizado de cretona. Hablamos todo el rato en francés. Le expliqué que mi gobierno me había encargado hacerle entrega de una nota urgente. Él la tomó y la leyó lentamente, varias veces, como si se tratara de algo intrínsecamente increíble. Chasqueó la lengua como hacen los griegos para indicar rechazo y empezó a sacudir la cabeza.

La nota decía que Grecia se había aliado con los británicos, que había violado las reglas de la neutralidad, que había provocado a Albania... y concluía con unas palabras que nunca olvidaré:

Italia no puede tolerar por más tiempo esta situación. Por tanto, el gobierno italiano ha decidido pedir al gobierno griego, como garantía de la neutralidad de Grecia y de la seguridad de Italia, autorización para ocupar ciertas zonas estratégicas en territorio griego mientras dure el actual conflicto con Gran Bretaña. El gobierno italiano pide al gobierno griego que no se oponga a dicha ocupación y que no ponga obstáculos al libre paso de las tropas que deben llevar a cabo esta misión. Estas tropas no vienen como enemigas del pueblo griego. Mediante la ocupación de ciertos puntos estratégicos, dictada por necesidades eventuales y puramente defensivas, el gobierno italiano no pretende menoscabar la

soberanía ni la independencia de Grecia. El gobierno italiano pide al gobierno griego que dé inmediatamente las órdenes oportunas para que dicha ocupación tenga lugar de forma pacífica. Caso de que las tropas italianas encuentren resistencia, ésta será sofocada por las armas, y el gobierno griego asumirá la responsabilidad de las consecuencias que de ello se siguieran.

Noté que las gafas de Metaxas se empañaban y que detrás de ellas había lágrimas. Es duro ver a un hombre poderoso, a un dictador, reducido a un estado así. Le temblaban las manos; era un hombre duro, pero apasionado. Seguí sentado enfrente de él con los codos sobre las rodillas, sintiéndome profundamente avergonzado de la insensatez y la injusticia de esta aventura en que me veía metido. Yo también tenía ganas de llorar. Él me miró y dijo:

—*Alors, c'est la guerre.*

Así que ya ven, no dijo *okhi* como creen los griegos; no fue tan simple como un *No*, pero significaba lo mismo. Tenía la misma firmeza y la misma dignidad, e idéntica finalidad.

—*Mais non* —repose, sabiendo que mentía—, puede usted aceptar el ultimátum. Le quedan tres horas.

Metaxas enarcó una ceja, casi con compasión, porque sabía que yo no estaba hecho para la deshonra, y replicó:

—*Il est impossible.* En tres horas es imposible despertar al rey, hacer venir a Papagos y transmitir órdenes a todos los puestos fronterizos. Muchos no tienen ni teléfono.

—*Il est possible, néanmóis* —insistí yo, y él meneó la cabeza.

—¿Qué zonas estratégicas quieren ustedes ocupar? —Puso un énfasis sarcástico en la palabra *estratégicas*.

Incómodo, me encogí de hombros y dije:

—*Je ne sais pas. Je suis désolé.*

Él me miró otra vez, ahora con cierta expresión divertida en los ojos.

—*Alors, vous voyez, c'est la guerre* —dijo.

—*Mais non* —repetí, y le dije que esperaba una respuesta definitiva hasta las seis de la mañana.

Me acompañó a la puerta. Él sabía que nuestra intención era ocupar toda Grecia cualquiera fuese su respuesta, y sabía que si nos plantaba cara a nosotros acabaría teniendo que plantar cara a los alemanes.

—*Vous êtes les plus forts* —dijo—, *mais c'est une question d'honneur.*

Aquella fue la última vez que vi a Metaxas. Murió el 29 de enero de un flemón en la faringe que había degenerado en absceso provocándole una toxemia. Murió deseando que los británicos hubieran podido enviarle cinco divisiones acorazadas,

pese a que sin ellas había logrado transformar nuestra *blitzkrieg* (guerra relámpago) en una ignominiosa retirada.

Le dejé allí de pie en su florido batín: un hombrecillo ridículo a ojos de casi todo el mundo, un hombrecillo con la maldición a cuestas de una hija famosa por su intransigencia, un hombrecillo que sin haber sido elegido acababa de hablar conmigo como verdadero portavoz de todo el pueblo griego. Era el momento más sublime de Grecia y el más ignominioso de mi país. Metaxas se había ganado un puesto en la historia entre los libertadores, los césares y los reyes, mientras que yo partía abatido y avergonzado.

Bueno, ya les he contado lo que pasó. Espero que estén contentos.

15. L'OMOSESSUALE (4)

No dimos parte al coronel Rivolta porque no teníamos orden de hacerlo. Se suponía que estábamos muertos. Pero los comunicados contenían numerosas referencias a *incidentes fronterizos* perpetrados por griegos, *esos lacayos de los británicos*. El ejército era presa de una sombría sensación de ultraje y todo el mundo, salvo Francesco y yo, tiraba de la cuerda como podía. Nosotros no dijimos nada. Nos parecía un milagro que no nos hubieran dado una ametralladora que se encasquillase a la primera ráfaga.

Pero sí hablábamos a menudo entre nosotros, y nuestra complicidad incrementó nuestra sensación de aislamiento mutuo. Nos sentíamos terriblemente traicionados antes de que ello se convirtiera en la sensación predominante en el corazón de todo soldado italiano destacado en los montes del Epiro. Nos dieron medallas por lo que habíamos hecho y órdenes de no llevarlas puestas. Nos ordenaron también no decir a nadie que las habíamos ganado. Nos habían obligado con engaños a convertirnos en cómplices de un asesinato pero, de todas formas, no nos las habríamos puesto. Francesco y yo hicimos un pacto: algún día le meteríamos una bala en la cabeza al coronel Rivolta.

Yo quería desertar pero no quería abandonar a mi amado. De todos modos existía una imposibilidad física, puesto que habría tenido que atravesar a pie cordilleras y yermos inhóspitos. Habría tenido que buscar la manera de llegar a Italia por mar. Y después ¿qué? ¿Ser arrestado? La única opción que medité seriamente fue cruzar la frontera con Grecia. Me habría convertido en el primero de los muchos soldados italianos que se sumaron a la alianza antifascista.

Los acontecimientos se anticiparon a mis planes. Nuestro imprevisto éxito debió de impresionar a alguien, puesto que Francesco y yo fuimos provisionalmente separados de nuestra unidad y enviados a un campo secreto de entrenamiento próximo a Tirana. Tras un viaje cuyo recorrido fue hecho nuevamente a pie en su mayor parte, llegamos allí con la esperanza de ser adiestrados para comandos especiales. Reconozco que ambos estábamos entusiasmados ante esa perspectiva, como lo habría estado cualquier joven en nuestra situación.

Imaginen nuestra consternación e incredulidad cuando descubrimos que los instructores éramos nosotros. Imaginen nuestros celos cuando se nos dijo que adiestrásemos a ciento cincuenta albanos en el arte del sabotaje. Imaginen nuestra hilaridad cuando nos emborrachamos y hablamos de todo el asunto. ¿Qué pintábamos nosotros allí? Habíamos realizado una sola operación y ya nos consideraban expertos. Aquellos albanos eran unos extravagantes e hiperbólicos bandidos balcánicos, y ninguno hablaba una palabra de italiano. Nosotros no hablábamos albaniano. Teníamos más o menos una semana para entrenarlos.

El proyecto era supervisado por el propio Jacomoni; nos habíamos convertido en cómplices de una conspiración oficial para crear incidentes *griegos* que

proporcionaran al Duce la excusa razonable para declarar la guerra. Así de cínica era la cosa. El Duce debía de creer que Grecia sería una conquista fácil que le proporcionaría algo que oponer a la *blitzkrieg* de Adolf Hitler.

Los supuestos comandos albanos estaban todos sobrados de peso, parecían tener todos unos enormes mostachos, eran todos unos borrachos, unos asesinos lujuriosos y ávidos que ignoraban lo que era el trabajo o la honradez. A juzgar por sus nombres eran todos musulmanes, es decir, tenían que detenerse a rezar en el momento más inoportuno, pero Francesco y yo llegamos rápidamente a la conclusión de que ninguna clase de sentimiento religioso o humano había hecho mella en ellos.

Los llevamos de maniobras, pero Francesco y yo éramos los únicos que llegábamos al final. Les enseñamos a disparar ráfagas cortas de ametralladora, pero ellos vaciaban las cartucheras a la primera y combaban los cañones por exceso de calor. Les enseñamos combate cuerpo a cuerpo, pero sólo conseguíamos que nos amenazaran con el cuchillo en contadas ocasiones. Les enseñamos supervivencia, pero lo que hacían era desviarse de la ruta para visitar tabernas en plena noche. Les enseñamos a destruir postes de telégrafos e instalaciones telefónicas, pero uno de ellos se electrocutó el pene meando en un transformador. Les enseñamos a eliminar torres de vigilancia e hicimos que construyeran una, pero ellos se negaron a destruirla porque les había costado mucho trabajo levantarla. Les enseñamos a fomentar la rebeldía entre la población civil, pero la población civil se rebeló precisamente contra nuestros albanos. Sólo tuvimos éxito cuando les enseñamos a asesinar generales y a crear confusión abriendo fuego tras las líneas enemigas: lo demostraron matando a tiros a uno de los guardianes del campo y acribillando luego un burdel con la intención de desplumar a los proxenetas. Al término del período de adiestramiento, los comandos recibieron una gruesa suma de dinero en efectivo y fueron soltados en territorio griego con la intención de iniciar el proceso de desestabilización. Todos sin excepción desaparecieron con el dinero y nunca más se supo de ellos. Francesco y yo recibimos nuevas medallas por nuestra *extraordinaria contribución* y fuimos enviados a nuestra unidad.

Sucedieron varias cosas más. Un avión lanzó panfletos *griegos* sobre nosotros animando a los albanos a levantarse contra los italianos y unirse a los británicos. Lo identificamos casi de inmediato como uno de nuestros aviones, y algunos soldados más estúpidos no lograron comprender por qué promovíamos la desertión entre los nuestros. Nuevos puestos fronterizos fueron atacados por nuestros propios soldados disfrazados de griegos, y algunos albanos recibieron disparos al azar para hacerles creer que necesitaban que les protegiésemos. En realidad varios albanos nos dispararon también a nosotros, pero la versión oficial fue que habían sido los griegos. El gobernador general dispuso que volaran sus propias oficinas para que el Duce pudiera finalmente declarar la guerra. Cosa que hizo cumplidamente, poco después de haber ordenado una desmovilización que nos dejó con muy pocas tropas y ninguna esperanza razonable de obtener refuerzos.

He contado todo esto como si fuera divertido, pero realmente fueron acciones propias de locos. Nos habían dicho que los griegos estaban desmoralizados y corrompidos, que desertarían para unirse a los nuestros, que aquello sería una expeditiva guerra relámpago, y que el norte de Grecia estaba repleto de irredentistas desleales que deseaban la unión con Albania; pero nosotros sólo queríamos volver a casa. Yo sólo deseaba amar a Francesco. Nos enviaron a la muerte sin transporte, sin equipo, sin tanques dignos de tal nombre, una aviación que estaba casi toda en Bélgica, tropas insuficientes y ni un solo oficial por encima del rango de coronel que supiera algo de táctica. Nuestro comandante rehusó los refuerzos porque pensó que tendría más mérito ganar la batalla con un ejército pequeño. Otro imbécil. Yo no deserté. Puede que todos fuéramos imbéciles.

Me llena de una incalculable amargura describir aquella campaña. Aquí, en la soleada y recóndita isla de Cefalonia, entre sus joviales habitantes y sus macetas de albahaca, me parece inconcebible que ocurriera lo que ocurrió. Aquí en Cefalonia me tumbo al sol y contemplo los concursos de baile entre habitantes de Lixouri y habitantes de Argostolion. Aquí en Cefalonia me dedico a soñar con el capitán Antonio Corelli, un hombre lleno de alegría que siempre está pensando en mandolinas y que no podría ser más distinto del desaparecido y amado Francesco, pero al que quiero igual.

Qué estupendo era estar en la guerra. Cómo silbábamos y cantábamos mientras hacíamos los preparativos, mientras los correos motorizados iban y venían frenéticamente como abejas, qué divertido era cruzar una frontera extranjera sin encontrar resistencia, qué halagador era considerarse los nuevos legionarios del nuevo imperio que iba a durar diez mil años. Cuán gratificante era pensar que pronto nuestros aliados alemanes oirían hablar de victorias similares a las suyas. Cómo cobrábamos fuerzas al jactarnos de nuestro papel en el famoso Pacto de Acero. Yo marchaba al lado de Francesco mirando el balanceo de sus miembros y las gotitas de sudor que le caían por la cara. De vez en cuando él me miraba y con una sonrisa me decía: «Dentro de dos semanas, Atenas».

La noche del 28 de octubre. Con municiones para cinco días y acarreando nuestras propias provisiones a falta de mulos, fuimos enviados al este para tomar el paso de Metsovon. ¡Cuán ligeros nos sentimos aquella noche al quitarnos las mochilas de las espaldas! ¡Qué bien dormimos y cuán entumecidas teníamos las extremidades a la primera luz de la mañana! Supimos que no iban a venir refuerzos porque hacía muy mala mar y los británicos estaban hundiendo nuestros barcos. Cantamos canciones sobre victorias imposibles. Nos tranquilizaba la idea de que estábamos bajo las órdenes directas de Prasca. Qué estupendo era estar en una guerra... hasta que el tiempo nos volvió la espalda. Tuvimos que avanzar penosamente entre el barro. Nuestros aviones no podían despegar por culpa de las nubes. Éramos diez mil hombres calados hasta los huesos. Nuestras veinte armas pesadas sucumbieron a los cenagales y nuestros pobres muslos, maltratados y

apaleados, se afanaron inútilmente en sacarlas de allí. Nos aseguraron que el Duce había optado por una campaña de invierno a fin de eludir el riesgo de malaria; pero no nos garantizaron ropa de abrigo. Las tropas albanesas que nos acompañaban empezaron a evaporarse. Quedó claro que los búlgaros no iban a luchar de nuestra parte; los griegos hacían llegar refuerzos a través de la frontera búlgara. Nuestro sistema de comunicaciones y aprovisionamiento quedó inutilizado antes de haber disparado por primera vez. Los soldados griegos no desertaron. Mi fusil empezó a oxidarse. Me proporcionaron una munición que no servía. Nos enteramos de que no habría cobertura aérea y que por error un burócrata había ordenado regresar a Turín a nuestros camiones Fiat 666. Daba lo mismo. Los camiones se hundían en el lodo igual que la artillería. Talones que un día habían chocado altivos al cuadrarse para saludar se juntaban ahora con viscoso golpe sordo, y todos empezamos a suspirar por el polvo amarillo del 25 de octubre. Seguros de una victoria fácil, seguimos nuestra penosa marcha sin dejar de cantar que en dos semanas estaríamos en Atenas. Aún no habíamos disparado ni siquiera una bala.

Pensábamos que los griegos no ofrecían resistencia porque sus fuerzas armadas eran débiles y cobardes, cosa que nos alborozaba. Pero a uno se le ocurrió que los griegos habían previsto nuestra táctica y se habían retirado a una elástica defensa a fin de concentrar sus efectivos. Marchamos bajo una lluvia inexorable y cubiertos de lodo, mientras allá arriba la niebla se arremolinaba en torno al titánico monte Smolikas y los griegos esperaban pacientemente.

Cómo odio las polainas. Nunca he entendido su utilidad. Odié tener que ponérmelas exactamente como mandaban las ordenanzas, y ahora las odiaba por la forma en que aglutinaban pegajosas glebas de tierra amarillenta y filtraban al interior de mis botas el agua helada. La piel de los pies se me puso blanca y empezó a pelarse. Los cascos de los mulos, pese a reblandecerse y descarnarse, seguían arrojándonos fango que nos chorreaba de pies a cabeza. Francesco y yo entramos en una casa y encontramos en la pared una fotografía del rey Jorge y el general Metaxas. Robamos un impermeable y varios pares de calcetines secos. Había una comida a medio terminar, no se había enfriado aún, y nos lo comimos todo. Después estuvimos varias horas preocupados, temiendo que la hubiesen envenenado y dejado allí a propósito. No había griegos, estábamos ganando sin pelear. Olvidamos que algunos de nosotros habíamos gritado consignas pacifistas a los milicianos fascistas y que los habíamos molido a palos cuando los encontrábamos por la noche.

Alcanzamos el río Sarandaporos y comprobamos que no disponíamos de zapadores ni de equipo para construir puentes. Se trataba de un torrente grande que arrastraba restos de puentes volados y cadáveres de carneros cimarrones. Francesco me salvó la vida cuando fui arrastrado por la corriente mientras intentaba pasar una ametralladora. Era la primera vez que me cogía en brazos. Oímos que alguien había visto tropas griegas esconderse en el bosque. *Cobardes*, dijimos entre risas. El infierno del Sarandoporos se repitió al llegar al río Vojussa. Francesco dijo: «Dios no

está en nuestro bando».

Odio las polainas. A mil metros de altitud el agua que había dentro se helaba. Cuando el agua hiela, se dilata. Ya sé que esto suena a una perogrullada, pero en el caso de las polainas el efecto es doble. El hielo pesa mucho. El hielo constriñe las piernas cortando el flujo sanguíneo a los pies. Se pierde la sensibilidad. Suspirábamos por las escuchimizadas barracas que habíamos dejado atrás en Albania. Comprendimos que las armas pesadas habían quedado a varios kilómetros de distancia y ya no nos darían alcance. «Dentro de semanas, Atenas», dijo Francesco, torciendo la boca con ironía.

La guerra es estupenda, hasta que alguien muere. El día 1 de noviembre mejoró el tiempo y un francotirador abatió a nuestro cabo. Se oyó un chasquido entre los árboles y el cabo dio un paso atrás alzando los brazos al aire. Luego giró hacia mí sobre un pie y cayó de espaldas a la nieve con una mancha púrpura brillándole en mitad de la frente. Los hombres se lanzaron cuerpo a tierra y dispararon mientras un pelotón rodeaba el pinar en busca de un enemigo que ya se había evaporado. Se oyó el estampido de un mortero, el silbido del proyectil al caer entre nosotros, el grito de un pobre recluta del Piamonte cuando la metralla le desgarró las piernas, y luego un terrible silencio. Me di cuenta de que estaba cubierto de sanguinolentos trozos de carne humana que se estaban congelando ya en mi uniforme. Recogimos a los heridos y vimos que no había modo de llevarlos detrás de las líneas. Francesco me puso una mano en el hombro y dijo: «Si me hieren pégame un tiro en la cabeza».

Los menospreciados griegos nos habían llevado a posiciones donde podían rodearnos e interceptarnos fácilmente, pero aun así apenas los veíamos. Estábamos atrapados en el fondo de los valles, y desde los caminos veíamos a los griegos aparecer y esfumarse como espectros en los taludes superiores. Nunca sabíamos cuándo nos iban a atacar ni de dónde. Unas veces los morteros parecían disparar desde atrás, otras desde los flancos o desde delante. Girábamos como derviches. Disparábamos a fantasmas y a cabras montesas.

El heroísmo de los invisibles griegos nos desconcertó. Surgían de la tierra misma y caían sobre nosotros como si fuéramos los violadores de sus madres. Su actitud nos impresionaba. En la Cota 1289 asustaron de tal manera a nuestros albanos que éstos emprendieron la fuga, disparando a los *carabinieri* que intentaban detenerlos. El noventa por ciento de aquel Batallón Tomor desertó. Todo nuestro frente rotó en sentido contrario a las agujas del reloj —actuando nosotros de eje—, desprovisto de los dos brazos de nuestras líneas. Sin apoyo aéreo. Soldados griegos con uniforme británico y casco de soldado inglés nos ametrallaron y nos bombardearon con sus morteros, pero no hubo manera de verlos. «Dentro de dos años, Atenas», dijo Francesco. Estábamos completamente solos.

Los griegos tomaron Samarini y se situaron detrás de nosotros. No comíamos otra cosa que galletas secas que se descamaban como escrófula. Nuestros caballos empezaban a morir. Los pequeños caballos griegos lanzaban sus jinetes contra

nosotros, pero éramos muy duros de pelar. Se nos ordenó retirarnos a Konitsa y tuvimos que retroceder peleando contra los soldados que nos rodeaban.

Nos habíamos vuelto gente anónima. Llevábamos largas y gruesas barbas, éramos sepultados por tormentas de aguanieve, teníamos los ojos hundidos e inyectados en sangre, nuestros uniformes desaparecían bajo coágulos de mugre congelada, nuestras manos parecían desgarradas por gatos y nuestros dedos se agarrotaban como cachiporras de plomo. Francesco tenía el mismo aspecto que yo y yo tenía el mismo que los demás; nuestra vida era neolítica. En cuestión de días nos convertimos en esqueletos que hozaban como cerdos en busca de comida.

Por fin un día vimos un bombardero italiano. Le hicimos señas, el aparato nos sobrevoló y lanzó una bomba que no nos alcanzó por muy poco pero mató a tres mulos. Cortamos la carne a tiras y nos la comimos cruda mientras aún estaban calientes y dando los últimos estertores. Las radios dejaron de funcionar. Era evidente que los griegos estaban concentrando tropas precisamente en los sitios donde éramos más débiles. Empezaron a disparar contra destacamentos aislados y a hacerlos prisioneros. «Qué suerte tienen esos cabrones —decía Francesco—, seguro que en Atenas hace calor». De noche dormíamos los dos acurrucados uno contra otro para darnos calor. Yo estaba demasiado exhausto para la lujuria. Todos dormíamos así. Yo sólo quería protegerle.

A nuestro comandante le dieron la patada y lo sustituyeron por el general Soddu. Luego Visconti Prasca perdió su puesto como jefe del XI Ejército. ¡Cómo caen los poderosos! Prasca era un meteoro que había degenerado en pedo incandescente. Todos nuestros jefes eran pedos incandescentes, empezando por Mussolini, que los había elegido.

Nos retiramos hacia Konitsa como un coloso herido al que persiguieran jaurías de perros furiosos. Aquello fue un infierno de ametralladoras y artillería, de morteros y hielo. La población civil nos acosaba con escopetas y tirachinas. Transcurrió una semana entera sin tregua ni comida. Se producían batallas casi a quemarropa durante ocho horas consecutivas. Perdimos a cientos de camaradas. Las montañas se convirtieron en una congregación de muertos. Seguimos peleando, pero perdimos nuestros corazones. La tierra aparecía sumida en una gran oscuridad. Francesco hablaba con su ratón incluso en mitad de una emboscada o de una batida lateral, y todos estábamos al borde de la locura. Llegamos a nuestra primitiva posición en el puente de Perati tras haber sacrificado en vano una quinta parte de nuestras tropas. Miré en derredor y sentí el palpable horror de la irrecuperable ausencia de unos hombres a los que había llegado a amar y cuyo indómito valor nadie debería poner en tela de juicio o impugnar a la ligera. La guerra es una cosa maravillosa. En película y en los libros. Gladiators, Wellingtons y Blenhaims empezaron a aparecer en el cielo, y así los ingleses se sumaron a los puñales griegos que hurgaban en nuestras heridas. El general Soddu pasó revista y nos comparó con el granito. «¿Sangraba el granito en el Gólgota?», preguntó Francesco.

16. CARTAS A MANDRAS EN EL FRENTE

I

Agapeton:

Hace mucho que no tengo noticias de ti, no me has escrito desde ese triste día en que fui a despedirte a Sami. Yo te he escrito cada día, y empiezo a sospechar que no has recibido ninguna de mis cartas o que tus respuestas no me llegan por culpa de la guerra. Ayer escribí la mejor de todas y, lo creas o no, se la comió la cabra. Me puse furiosa y le di un zapatazo en la cabeza. Supongo que debí dar el espectáculo y sé que tú te habrías reído si me hubieras visto. Constantemente veo cosas y pienso que ojalá estuvieras aquí para verlas con tus propios ojos. Trato de ver las cosas por ti, de recordarlas, y fantaseo con la idea de que si me concentro mucho puedo enviarte esas cosas para que las veas en tus sueños. Si la vida pudiera ser así...

Me aterra no recibir carta tuya porque te hayan herido o hecho prisionero, y tengo pesadillas de que has muerto. Por favor, escíbeme para que pueda respirar tranquila y para que mi corazón tenga un poco de paz. Cada día espero que vuelva gente de Argostolion con la correspondencia para el pueblo, pero nunca hay nada para mí, me siento desesperada e impotente y me devano los sesos de preocupación. Como estamos en diciembre aquí los días se han vuelto muy fríos, no hay sol y llueve casi a diario. Me imagino que el cielo llora mientras yo también lloro. Tiemblo sólo de pensar en el frío que ha de hacer en los montes del Epiro. ¿Recibiste los calcetines que tejí para ti y el jersey de pescador y la bufanda? ¿Te pareció buena idea por mi parte teñirlos de caqui?, ¿o fue una estupidez no hacerlo todo en blanco? Espero que te haya llegado el café y el bote de miel y la carne ahumada. Pobrecito mío, cómo debes de sufrir con ese frío, en ese lugar tan remoto y salvaje que es casi otro país. Cuánto debes de echar de menos tu barca y tus delfines; ¿te fijaste en que sabía lo de tus delfines, que ahora no tienen un amigo que les dé de comer peces hasta tu vuelta?

Aquí todo sigue más o menos igual, salvo que empiezan a escasear algunas cosas. Ayer no pude conseguir petróleo para la lámpara y la semana pasada no había harina para hacer pan. Mi padre ha hecho lámparas a base de meter una mecha por un corcho y dejarlo flotar en un cuenco con aceite de oliva, que según dice es lo que hacíamos en la antigüedad. Pero dan muy poca luz, hacen mucho humo y el olor es desagradable. ¿Quién iba a pensar que sentiríamos nostalgia del queroseno?

Todo el mundo comenta lo silencioso y deprimente que se ha vuelto esto desde que se fueron los jóvenes, y nos preguntamos cuántos de ellos volverán. He sabido que mataron a Dimos y que el novio de Marigo fue hecho prisionero. Cuando me entero de estas cosas doy gracias a Dios de que no hayas sido tú, aunque sé que es terrible desear que las desgracias caigan sobre otros. Si te mataran, no podría soportarlo. Creo que yo también moriría. Creo que le propondría a Dios que me llevara a mí en tu lugar, con tal de que siguieras con vida. Las mujeres nos avergonzamos de no poder hacer sacrificios comparables a los vuestros, pero cada una de nosotras cogería un fusil y se iría al frente si eso fuera posible o estuviera permitido. Papakis me ha dado una pistola pequeña; duermo con ella bajo la almohada, y de día la llevo metida en el bolsillo de mi delantal. Si invadieran la isla, aquí hay mujeres y hombres mayores que lucharían hasta la muerte con escobas y cuchillos de cocina, y ya nos hemos acostumbrado a hacer las cosas que antes hacían los hombres. Lo único que no hacemos es ir a pasar el rato a la kapheneia y jugar al chaquete. Vamos mucho a la iglesia, eso sí, el padre Arsenios ha pronunciado unos sermones muy emotivos. Nos ha dicho que en una cueva que sirvió de refugio a Gerasimos apareció un icono de san Juan, y que ha sido declarado genuino archeiropoietion. Parece que hasta Dios nos manda mensajes y nos muestra que vamos por el buen camino. Alguien me hizo ver que somos el único país que sigue luchando, aparte del imperio británico. Cuando lo pienso cobro nuevos ánimos, porque ese es el mayor imperio que el mundo ha visto jamás y, de ser así, ¿cómo vamos a perder? A menudo veo

los barcos ingleses, son tan enormes que parece imposible que puedan navegar. Sé que venceremos.

Las noticias que llegan del frente son tan buenas que nuestra victoria parece asegurada. Cada día nos enteramos de nuevas derrotas o retiradas de las tropas italianas y sentimos el júbilo de David teniendo a sus pies a Goliat. ¿Quién lo hubiera dicho hace dos meses? Nadie lo habría imaginado. Os enviamos a contener al invasor por aquello del honor, pero sin esperanzas de éxito, y ahora esperamos vuestro regreso para recibirnos como héroes. Toda Grecia rebosa de orgullo y gratitud hacia nuestros hombres, que son más grandes que Aquiles y Agamenón juntos. Se dice que habéis recuperado todo el territorio que fue motivo de disputa en tiempos pasados, y que los italianos han sido prácticamente expulsados de Albania. Qué grandes sois, vuestros nombres vivirán para siempre en los corazones de los griegos y el mundo recordará eternamente lo que le pasa a quien se atreve a herirnos. Qué orgullosos estamos, Mandras de mi vida, qué orgullosos. Vamos con la cabeza erguida y nos acordamos del glorioso pasado que nos arrebataron romanos y turcos, y que tú y tus compañeros de armas nos habéis devuelto por fin. Llegará un día en que nosotros y el imperio británico nos plantaremos juntos y diremos al mundo: «Nosotros os dimos la libertad», y los americanos y los rusos y demás Poncios Pilatos agacharán la cabeza y sentirán vergüenza de que toda la gloria sea para nosotros.

Aquí el espíritu de la guerra ha afectado a todo el mundo. Papá, que tanto detestaba a Metaxas, Kokolios, que es comunista, y Stamatis, que es monárquico, coinciden los tres en aclamar a Metaxas como el griego más importante desde Pericles o Alejandro, y todos elogian el éxito militar de Papagos. Trabajan juntos recogiendo paquetes para nuestras tropas; mi padre llegó a ofrecerse para ir al frente como médico. Le rechazaron al saber que lo había aprendido todo en los barcos y que carecía de documentos que le acreditaran. Si vieras qué furioso se puso. Iba por toda la casa pisando fuerte, y nunca le he oído decir Heston tantas veces y con tanto rencor. Yo me alegro de que no se vaya, pero es injusto porque hasta la gente rica acude a él en lugar de ir a los médicos de universidad. Mi padre tiene el don de curar como el santo, le basta con tocar una herida y ya empieza a sanar.

No sabes cómo ha prosperado la adivinación en el pueblo desde que empezó la guerra. Todo el mundo consulta los posos del café para averiguar cuándo volverán sus primos, hermanos o hijos, y se ha convertido en una verdadera industria. La mujer de Kokolios leyó mi café y me dijo que alguien vendría desde muy lejos y cambiaría mi vida. Así de seria lo dijo, como si no supiera ella que yo sé que ella sabe que estoy esperando que regreses desde muy lejos.

Las familias italianas de la isla han pasado apuros, y han tenido que intervenir las autoridades para impedir la quema de casas y otros estúpidos actos de violencia. Unos exaltados de Lixouri apalearon a un viejo que lleva viviendo aquí cuarenta años y que había colgado nuestra bandera de su balcón. ¿Por qué será tan bestia la gente?

Te alegrará saber que Psipsina y la cabra están bien. Bueno, yo al menos me alegro, y como pronto seremos una sola persona, se supone que tú también te alegras. Espero que te alegrará saber que he decidido reunir mi propia dote. Creo que mi padre no tiene sentido de la vergüenza y a veces siento mucha rabia contra él por negarme lo que para cualquier otra chica es una cosa normal. No es justo porque es demasiado racional. Se cree Sócrates y que puede oponerse abiertamente a la costumbre, pero yo me siento incómoda cada vez que me encuentro con alguien de tu familia, y no puedo permitir que nadie piense que tenemos mala opinión de ti, aun cuando no sea así. He empezado a tejer una colcha grande para nuestra cama de matrimonio, pero he tenido que deshacer la labor porque el ganchillo no se me da muy bien y aquello parecía un animal muerto. No soy diestra en cosas de mujeres porque mi madre murió cuando yo era muy pequeña, y ahora estoy intentando aprender todo lo que habría tenido que aprender de niña. He empezado con las cosas de la cama, porque ahí es donde va a empezar nuestra vida juntos, pero después haré otras cosas para los días de fiesta o para cuando vengan visitas. La verdad es que me aburre mucho hacer ganchillo, aunque me consuelo pensando que cuando vuelvas encontrarás todas las pruebas de mi amor por ti. Estoy pensando que estaría bien hacerte un chaleco de hilo dorado y con flores bordadas en fil tiré para que cuando bailes resplandezcas al sol.

El día de Navidad los italianos bombardearon Corfú, y hasta a mi padre le chocó tanta impiedad. Por la radio oímos que los ingleses han hundido muchos de sus barcos. Así lo espero, aunque de todos modos son cosas que detesto oír porque no soporto la pérdida de vidas y porque

me desconsuela pensar en todos los viejos cuyos hijos van a la tumba antes que ellos. He visto a tu madre en el ágora, me dice que tampoco ha recibido noticias de ti. Está muy preocupada y tiene más arrugas en la cara que antes. Escríbele, por favor, aunque no me escribas a mí. Estoy segura de que sufre más que yo, si es que eso es posible.

No hemos comido pescado desde que te fuiste, Mandras, y empiezo a echarlo de menos. Sólo comemos alubias, como los pobres. Mi padre dice que son muy sanas, pero te ponen la tripa como un tambor. El día de Navidad tuvimos que pasar sin kourabiedes, sin christopsomo y sin loukoumades. La cosa fue un poco triste, aunque hicimos cuanto pudimos. El padre Arsenios nos sorprendió a todos no emborrachándose.

Recuerda que aquí quedan los que te quieren y rezan por ti, y que toda Grecia va contigo dondequiera que estés. Vuelve con nosotros tras la victoria para que las cosas puedan ser como antes. Tus delfines te esperan, y también tu barca y tu isla, y también te espero yo, que te quiero tanto y te echo de menos como si fueras un miembro de mi cuerpo que me hubieran arrancado. Sin ti nada está completo, vida mía, e incluso cuando soy feliz la felicidad me duele por dentro.

Tu querida novia, Pelagia, que te besa con estas palabras.

II

En el día de San Basilio

Agapeton:

Sigo sin tener noticias de ti, y aunque parezca extraño estoy empezando a conformarme. Panayis volvió del frente con una mano menos y me dijo que allí hace demasiado frío como para coger una pluma y escribir. Dice que no te ha visto, pero supongo que eso no debe sorprenderme puesto que no estáis en la misma unidad. Panayis ha solicitado al rey el derecho a volver al frente y seguir combatiendo, pues dice que cualquiera puede utilizar un rifle con una sola mano. El alfarero que hay camino de Kastro dice que le hará una mano de arcilla que será más bonita que la original y además muy fuerte, y Panayis le dijo que se la hiciera a prueba de heladas para cuando vuelva a primera línea. De hecho le pidió dos versiones, una en forma de puño cerrado para poder pegar, y otra con los dedos curvados para coger vasos. No me extrañaría que le pida una tercera con bayoneta incorporada, menudos ánimos trae.

Este día de San Basilio ha sido mejor que Navidad. Mi padre me regaló un libro de poemas y escritos políticos de Andreas Laskaratos, diciendo que era bueno para mi espíritu leer cosas de una persona que fue excomulgada. Yo cité aquel proverbio que dice mega biblion, mega kakon (a libro grande, gran maldad), y él me amenazó con darme uno más pequeño. Yo le regalé una navaja de muelle. Luego contamos las semillas de una granada para ver si este año iba a ser abundante. Parece que no estará mal. Conseguí hacer una vasilopeta intercambiando ingredientes con tu madre, y mi padre me dio un soberano inglés de oro para que lo metiera dentro. Se puso muy contento al ver que no salía en el trozo de Jesucristo ni en el de San Basilio, porque no le gusta dar dinero a la iglesia. Salió en mi trozo, o sea que me ha tocado toda la suerte para este año. ¿Verdad que es estupendo? Espero que eso signifique que vas a volver.

He empezado el chaleco, pero he tenido que deshacer otra vez la colcha porque me estaba saliendo aún peor que antes. No sé qué me pasa.

Noticias siempre buenas del frente, todo el mundo está contento de que nuestros muchachos le hayan bajado los humos a Mussolini; le ha tocado aprender me kinei Kamarinan por las malas, ¿no crees? Hemos sabido que nuestros muchachos están sacando tanques italianos de la nieve y el barro y que los utilizan contra sus antiguos propietarios. Bravo por nosotros. Y dicen que hemos tomado Argyrokastro, Korytsa y Aghioi Saranda, pero siguen llegando rumores de que Metaxas no se encuentra bien.

¿Has visto el nuevo cartel que hay por todas partes? Por si no lo has visto, sale uno de nuestros hombres caminando a zancadas con la mano de la Virgen llevándolo del brazo, los dos con la misma expresión, y la inscripción dice: Victoria. Libertad. La Virgen está con él. A todos nos ha parecido buenísimo.

Papá se está dejando el bigote más poblado para darle aspecto más patriótico. Me alegro de que ya no se ponga cera, porque cuando le daba un beso en la mejilla estaba áspero y me pinchaba. Ahora me hace cosquillas. Espero que te hayas dejado la barba para tener la cara más caliente.

Mandras, en serio que deberías escribir a tu madre, está muy inquieta. Se trata tanto de una cuestión de philotimo como de luchar por tu país. El honor tiene muchos rostros, y uno de ellos es ser bueno con tu madre, creo yo. Pero no te critico, sólo pensaba que debía recordártelo.

Tu prometida, que te quiere, Pelagia.

III

En la semana de Apokrea

Agapeton:

Ésta es la carta número cien que te mando y aún no sabemos nada. Papakis dice que es mejor no tener noticias que tenerlas malas, así pues no sé si estoy triste o tranquila. Doy gracias a Dios de que tu nombre no haya aparecido en la lista de víctimas que exhiben en Argostolion. Has de saber que Kokolios ha perdido dos hijos (Gerasimos y Yanaros) y que se lo ha tomado muy mal. Le tiemblan los labios al hablar, está siempre lloroso y le ha dado por trabajar tanto que hasta trabaja por la noche. Dice que no culpa a los italianos sino a los rusos, que no han cumplido con su deber de combatir al fascismo. Dice también que Stalin no puede considerarse un verdadero comunista, y desde que el Imperio Británico echó a los italianos de Somalia y capturó a doscientos mil en Libia, va por ahí besando un retrato de Winston Churchill que recortó de un periódico. El otro día, cuando papakis se enteró del ultimátum de Hitler para que los griegos dejásemos de hacer la guerra a los italianos, se afeitó todo el bigote porque incluso un bigote tan poblado y patriótico recuerda demasiado al de Hitler. Desde la muerte de Metaxas, papá lleva siempre un brazalete negro, y jura que no se lo quitará hasta que termine la guerra. Aún estamos muy apenados por la muerte del viejo, pero no vamos a permitir que eso nos debilite. Estamos absolutamente convencidos de que Papagos nos conducirá a la victoria.

Este año apenas ha habido carnaval, pues todos los jóvenes están en la guerra, y es como si ya fuese Cuaresma. Todos ayunamos nos guste o no, y no creo que la próxima Pascua vaya a ser una fiesta. No será lo mismo sin huevos pintados ni tsourekis ni kokoretsi ni mayeritsa ni cordero asado. Espero que huevos sí habrá, pero aparte de eso seguramente tendremos que comer cuero para zapatos con salsa de avgolemono. Se me hace la boca agua sólo de pensar en todas las cosas que no podemos comer, y no veo el día en que todo vuelva a la normalidad.

Desde diciembre hemos tenido unas tormentas horribles, y no ha dejado de hacer mucho frío y viento. Tengo casi terminado tu chaleco y aunque no es tan bonito como esperaba, creo que te quedará muy bien. El mal tiempo me deja bastantes horas para la labor, aunque no es fácil cuando las manos se te ponen moradas de frío. Cuando iba por la mitad de la colcha, Psipsina me vomitó encima y tuve que lavarla. No encogió, menos mal, pero cuando la puse a secar la cabra le pegó tres bocados. Me enfadé tanto que hasta le aticé con la escoba, y luego papá salió y me encontró hecha un mar de lágrimas. A él también le solté un escobazo. Deberías haber visto qué cara puso. En fin, tuve que deshacer la colcha otra vez y aprovechar la lana, pero empiezo a pensar que el destino quiere que me dedique a otra cosa.

Espero que estés bien y contento. Yo todavía aguardo ilusionada tu regreso, como todos.

Con todo mi amor, tu Pelagia, que aún te echa de menos.

17. L'OMOSESSUALE (5)

La división Bari nos acogió a fin de que pudiéramos descansar y reagruparnos, pero los griegos atacaron con una cortina de fuego y los sorprendieron antes de que pudieran montar su artillería. Los de la división Julia tuvimos que volver a primera línea para salvarlos. Fue como si una parte de mi mente hubiera desaparecido, o como si mi alma se hubiera reducido a un diminuto punto de luz gris. No podía pensar en nada. Peleaba tenazmente, era un autómata sin emociones ni esperanzas, y si algo me preocupaba era que veía a Francesco cada vez más extraño. Había acabado convenciéndose de que algún día una bala le atravesaría el corazón, y por ello había cambiado al ratón *Mario* de su bolsillo habitual en la pechera a otro en la manga de la camisa. Le preocupaba que pudieran matar a los dos al mismo tiempo y me hizo prometer que cuidaría del animalillo si él moría.

Nuestras unidades estaban hechas un lío. Partes de otras divisiones fueron enviadas a la nuestra. Nadie conocía la jerarquía exacta del mando local. Un batallón novato formado por muchachos de campo mal entrenados llegó a un punto equivocado del mapa y fue aniquilado por los griegos. El 14 de noviembre los griegos iniciaron una ofensiva cuya furia despiadada ninguno de nosotros podía haber previsto.

Nos quedamos atrincherados con el macizo del Mrava a nuestra espalda. Esto es como no decir nada, a menos que uno sepa que es un lugar deshabitado, salvaje, lleno de cañadas y precipicios, de monstruosos despeñaderos, sin caminos, un sitio al que no podían acceder las provisiones que esperábamos. Estábamos en una tierra que los griegos han considerado siempre suya por derecho propio y que por dos veces han tenido que ceder por tratado. Ahora querían recuperarla. La niebla nos envolvía, la nieve nos rodeaba, y un maldito viento ártico soplaba del norte como el puño de un titán.

Abrieron profundas brechas en nuestras líneas y perdimos contacto con el resto de unidades. Tuvimos que retroceder. Pero no había dónde retroceder. Los morteros Brandt del enemigo eliminaban varios pelotones de una vez. No teníamos vendas ni hospitales de campaña. Un lloriqueante capellán me extrajo metralla del brazo sin anestesia en la cocina de una casa de campo sin techo y en ruinas. Hacía demasiado frío para notar el cuchillo que me abría la carne o la aguja que me horadaba la piel. Di gracias al cielo de haber sido yo el herido y no Francesco, y enseguida fui enviado de nuevo al combate. Vi que los hombres encargados de las recuas de mulos habían abandonado a los animales y luchaban a nuestro lado. Un comandante del servicio de abastecimiento había sustituido a nuestro oficial, muerto. «No quedan provisiones — nos dijo—, de modo que he venido a cumplir con mi deber. Confío en vuestros buenos consejos». Este hombre admirable y honesto, habituado a amontonar mantas y hacer inventarios, perdió las entrañas en un ataque a la bayoneta que él dirigía empuñando heroicamente una pistola descargada. Fuimos completamente derrotados.

No sólo odio las polainas. Odio todo mi uniforme. Los hilos se pudrieron, la tela se acartonó y adquirió la rigidez de la roca. Aquella cosa inflexible acumulaba el frío como un frigorífico y me lo pegaba a la carne. Día a día pesaba más y era más áspera. Maté una cabra y me cubrí con su pellejo. Francesco despellejó a un mulo acribillado e hizo otro tanto. Koritsa fue abandonada al enemigo; ahora teníamos menos territorio que al empezar la campaña. Dejamos atrás nuestro equipo pesado. De todos modos ya no servía. Nos acostumbramos a las heridas ulceradas y a la fetidez de la gangrena. Mientras Koritsa era evacuada, los de la división Julia resistimos en el Epiro. No fue tan sencillo derrotarnos. Pero luego retrocedimos por los mismos caminos por los que habíamos avanzado. La división Centauro, por mor de la rapidez, dejó atrás sus tanques que habían quedado atascados en el lodo. Los griegos encontraron aquellos armatostes herrumbrosos, los recuperaron, los repararon y los emplearon contra nosotros. Nos enviaron un batallón de guardias aduaneros como refuerzo. Válgame el cielo. Conservamos una cabeza de puente en Perati. Para nada.

Pequeño milagro; los griegos nos dejaron un par de días de descanso. Quizá pensaban que habíamos minado los caminos. Luego supimos que habíamos perdido Pogradec porque el enemigo se había infiltrado en nuestras líneas siguiendo el curso de un arroyo mientras nuestras defensas estaban organizadas para repeler un ataque a las vías. «¿De qué sirve nada? —preguntó Francesco—. Lo hacemos lo mejor que podemos, pero luego viene otro y lo jode». Después, alguien ordenó una maniobra que dejó sin protección nuestro flanco derecho y perdimos contacto con la división Modena. Nuestro general Soddu, que había sustituido a Prasca, fue sustituido a su vez por Cavallero. Daba la impresión de que nuestra gloriosa conquista de Grecia iba a terminar ignominiosamente con la conquista de Albania por los griegos. La nieve caía sin tregua, y descubrimos que podíamos calentarnos la cabeza arrancando los sesos de mulos moribundos y llenando nuestros cascos con ellos. Comprendimos que el único modo de impedir los continuos ataques desde arriba era ocupar las regiones altas. Las regiones altas eran azotadas por vientos malignos que traían por delante un urticante escudo de cristales. Mis botas se destrozaron y los piojos me hacían retorcer de escozor. Creo que fue por Navidad cuando por fin comprendimos que estábamos tan acabados como nuestras botas.

Despertar por la mañana a diez grados bajo cero. Primera pregunta: ¿quién ha muerto congelado? ¿Quién ha pasado hoy del sueño a la muerte? Segunda pregunta: ¿cuántos vados habrá que atravesar hoy con esa agua helada que te atenaza los testículos hasta hacerte chillar de dolor? ¿Cuántos kilómetros tocan hoy de fango hasta la cintura por esos *caminos*? Tercera pregunta: ¿cómo es posible que los griegos nos ataquen si estamos a veinte bajo cero y las correderas de nuestros fusiles se han atascado? Cuarta pregunta: ¿por qué los *amistosos* albanos les sirven de guía a los griegos? Quinta pregunta: ¿qué unidad ha quedado hoy tan agotada que ha preferido rendirse a una fuerza inferior? La Julia no. Nosotros no. Todavía. Francesco ya no me habla. Sólo habla con su ratón. Un nuevo ataque perpetrado por nuestros propios

aviones, una escuadrilla de SM-79: veinte muertos. Nos enteramos de que los oficiales de la división Modena han recibido una orden en la que se afirma que quienes no muestren suficientes dotes de mando serán fusilados. Mi coronel, Gaetano Tavoni, ha resultado muerto en Mali Topojanit mientras dirigía nuestro ataque tras sesenta días sin descansar. Que Dios le tenga en su gloria y le recompense por cuidar de nosotros. Las mujeres de Italia empiezan a mandarnos guantes de lana que se empapan de agua y se nos hielan en las manos hasta el punto de que no podemos quitárnoslos. Francesco ha recibido un panettone de su madre y lo comparte con su ratón *Mario*. Corta los trocitos con la bayoneta. Hemos sabido que Ciano y los jerarcas del fascismo se han alistado y han optado patrióticamente por ir de excursión en bombardero a Corfú, donde no hay defensa antiaérea.

Cómo odio las polainas. Estamos en la época de la muerte blanca. Trincheras anegadas. El hielo dilatándose en la ropa, el riego sanguíneo interrumpido. Nosotros no odiamos a los griegos, luchamos contra ellos por razones nada claras, sin honor, pero sí odiamos la muerte blanca.

Eso sí, al principio no hay dolor. Las piernas se te hinchan por encima de las polainas, y por debajo los pies se te duermen. Las piernas adoptan tonos chocantes: una sombra de lila, un matiz de morado, negro caoba. Como soy un hombre muy corpulento paso el día transportando a nuestros muchachos heridos detrás de nuestras líneas. Estoy extenuado y perplejo por sus gritos de angustia. He cambiado mis polainas por piel de gato frotada por dentro con lubricante para armas. Llevo las botas impregnadas de cera. El agua sigue penetrando, vivo con el miedo a la muerte blanca. En las tiendas oigo los aterradores chillidos de la amputación: Cada pocas horas me miro los pies y me doy masaje con grasa de cabra descongelada al calor de una cerilla. Dicen que Graziani ha sido derrotado en África. Tenemos trece mil víctimas de la muerte blanca. Hasta los griegos están petrificados de frío; los ataques han disminuido. Francesco ha enloquecido definitivamente. No para de gesticular con la boca todo el rato, su barba se ha convertido en una estalactita de hielo, pone los ojos en blanco y no me reconoce. Se caga encima a propósito para saborear el momentáneo calor. Todo mi amor se ha vuelto compasión. Le hago unos mitones con un par de conejos, dejando la grasa por dentro. Él se come la grasa. Hemos sido reducidos a un millar de hombres con quince ametralladoras y cinco morteros. Hemos perdido cuatro mil hombres. Nuestras líneas son pasto de la muerte blanca, de la amarga ausencia de nuestros amigos, de la desolación del yermo.

En Klisura se nos echan encima los furiosos griegos. A nosotros, que estamos exhaustos y acongojados. Francesco le dice a su ratón: «Dentro de dos semanas, Atenas. Un lugar en la historia para el ratón de Albania. El ratón que derrocó a un rey. El ratón *Mario*. Ratoncito *Mario*». No podemos resistir más y la Julia es derrotada, nuestras tropas enloquecen y se gangrenan, nuestros cuerpos son separados de nuestras almas. La Lupi di Toscana acude en nuestra ayuda y es derrotada; los soldados pasan de lobos a liebres y nosotros los llamamos Lepri di Toscana. Si los

veteranos de la Julia no son capaces de vencer, ¿qué posibilidad tendrán los novatos? Los enviaron sin comida a lugares ignotos que no cuadraban con los mapas. No tenían oficiales. Fueron atacados implacablemente. Sacrificio tras sacrificio. Un calvario tras otro. Los enviaron a salvarnos y nosotros los salvamos a ellos.

Contraofensiva. Fracaso. Pérdida de Klisura. Mensaje desesperado de Cavallero: «Os lo suplico en nombre de Italia, haced un último intento. Si pudiera iría a morir con vosotros». Que se joda Italia. Que se jodan los generales que nunca vienen a morir contigo. A la mierda vuestra confianza y vuestras mendaces promesas de refuerzos. A la mierda las derrotas que vosotros arrebatáis de las fauces de la victoria. A la mierda esta frívola guerra que no comprendemos. Que viva Grecia si eso significa que termine todo esto, la muerte blanca y la nieve encarnada, el frío ingrato y letal, los ríos de tripas, los huesos machacados, los vientres vacíos de alimento y reventados por los morteros y desgarrados por las bayonetas, los dedos paralizados, los fusiles modelo 91 que se atascan, los jóvenes destrozados, las mentes inocentes llevadas a la locura.

Vivimos en perpetuo ofuscamiento. La nieve lo ha vuelto todo irreconocible, de modo que nunca sabemos dónde estamos. ¿Es ésta la escarpa que nos han ordenado tomar? ¿Eso que hay en el fondo del valle es un arroyo, como a dos metros por debajo del reluciente manto blanco? ¿Qué montaña es esa? Que alguien arranque de ahí esas nubes, por el amor de Dios, a ver si lo averiguamos. Esto que estamos cruzando a trancas y barrancas, ¿es una carretera o un río? Tranquilos, lo sabremos cuando lleguemos a la fuente. Tranquilos. Con un poco de suerte, si nos equivocamos puede que nos capturen. Avisar por radio al cuartel general que hemos tomado el objetivo; no sé en qué sitio estamos, pero es tan bueno como cualquier otro. ¿Qué más da? «Al habla el cuartel general, señor. Quieren las coordenadas en el mapa». «Dile que me den un mapa que se corresponda con algo tangible y les daré esas coordenadas. No, diles que la radio está estropeada». «Sí, señor». «¿Qué está haciendo ahora, cabo?». «Meando encima del casco para que no brille, señor. Camuflaje, señor. Primero meas encima y luego lo frotas con barro».

Los griegos avanzan sobre Tepeleni y los de la Julia vamos a apoyar al XI Ejército. Nos adjudican nueve mil reservistas sin instrucción para hacer bulto y doscientos oficiales sin experiencia, más unos cuantos oficiales retirados que no recuerdan las tácticas y no comprenden el funcionamiento de sus armas. Estos veteranos trepan como pueden por los taludes y mueren como los demás, tosiendo hasta diñarla, boca abajo en el barro y con burbujas rojas helándose en sus labios. Los griegos son fanáticos pero fríos, fieros pero resueltos como los que más. Toman el Golico y el monte Scialesit, pero logramos detenerlos antes de que puedan cercar Tepeleni. Viene el Duce a visitarnos y es recibido con la aclamación que han exigido de nosotros. Yo me quedo al lado de Francesco y no voy a vitorearle. Acaba de iniciarse una ofensiva que tiene por único objeto organizar un espectáculo para el Duce, que se queda en Komarit para emperejilarse mientras contempla cómo sus

soldados son enviados, oleada tras oleada, a una muerte segura. La vanidad es la madre de la perdición, signor Duce.

Francesco escribe una carta para que yo se la entregue a su madre en caso de que él muera, creyendo que los censores no la dejarán pasar si la envío por correo militar:

Querida madre:

Esta carta te llega de manos de Carlo Guercio, un buen amigo mío y viejo camarada que ha cruzado conmigo las puertas del infierno. No te asustes: es muy grande, pero es un hombre bueno y afable. Sus bromas me han hecho reír en momentos difíciles, su mano me ha confortado cuando tenía miedo y sus brazos me han transportado cuando estaba exhausto. Me gustaría que lo considerases como hijo tuyo para que no creas que todo se ha perdido. Es una persona leal y sincera, nunca ha existido hombre más excelente, y será para ti mejor hijo de lo que yo fui.

Querida madre, vine a esta guerra en estado de inocencia y la dejo tan agotado que me alegro de morir. Después de ésta, no creo que pueda hablarse de otra vida. He llegado a la conclusión de que Dios no hizo de este mundo un jardín, que los ángeles no cuidan de él y que el cuerpo puede ser negado. Tengo la sensación de estar muerto desde hace meses, pero mi alma aún ha de encontrar el momento de partir. Un beso para ti y para cada una de mis hermanas, os quiero con toda mi alma. Di a mi esposa que pienso siempre en ella y que la llevo en mi corazón como una llama inextinguible. No te desanimes.

Francesco.

Ah, la de cosas que no le cuento a la madre de Francesco aquel melancólico día de un mes de abril en que le entrego la carta.

18. LAS CONTINUAS FATIGAS LITERARIAS DEL DOCTOR IANNIS

El doctor Iannis se sentó a su escritorio y fijó la mirada en la montaña. Golpeó suavemente con la pluma la superficie descolorida de la mesa y consideró que había llegado el momento de llenar su mochila y hacer una visita a Alekos y su rebaño de cabras. Se maldijo a sí mismo. Se suponía que estaba escribiendo sobre la ocupación de la isla por los venecianos, y sin embargo se dedicaba a pensar en cabras. Parecía llevar en su interior un demonio que conspiraba para impedirle concluir sus tareas literarias y que llenaba su vida y su cabeza de distracciones. El demonio trastocó sus reflexiones con preguntas intrascendentes: ¿por qué rehusaban las cabras comer de un balde puesto en el suelo y en cambio se alimentaban alegremente de plantas que crecían de la tierra misma? ¿Por qué había que colgar el balde de una argolla? ¿Por qué les crecían tanto las pezuñas en primavera y había que recortárselas? ¿Por qué introdujo la naturaleza tan curioso defecto de diseño? ¿Cuándo una cabra no era oveja, y viceversa? ¿Por qué eran unos animales tan sensibles y, al mismo tiempo, tan ilimitadamente estúpidos, como los artistas y los poetas? En fin, el mero hecho de pensar en subir al monte Amos para examinar las cabras de Alekos le hizo sentir las piernas cansadas antes de dar el primer paso.

Cogió la pluma y le vino a la cabeza un verso de Homero: «Nada hay tan bonito como cuando marido y mujer en su hogar viven juntos en armonía de pensamiento y temperamento». Pero ¿a qué venía eso? ¿Qué tenía que ver con los venecianos? Meditó un momento sobre la adorable esposa que tan cruelmente había perdido y luego se encontró pensando en Pelagia y Mandras.

Desde la brusca partida del muchacho, Pelagia había pasado por una serie de estados anímicos que a él le parecían totalmente nocivos y preocupantes. Al principio su hija había sido presa del pánico y la ansiedad, y a continuación del llanto. Las tempestades dieron paso a días de siniestra y tensa calma, cuando solía sentarse junto a la tapia como si esperase verle llegar por el recodo del camino donde había sido herido por Velisarios. Aun en los días más fríos se la veía allí con *Psipsina* acurrucada en su regazo, acariciando las blandas orejas de la marta. En una ocasión había llegado a quedarse embobada en plena nevada. Más adelante le había dado por permanecer en silencio en presencia de él, inmóviles las manos sobre el regazo mientras las lágrimas le resbalaban mejilla abajo. Y de repente experimentaba un compulsivo optimismo y se ponía a trabajar con furia en un cubrecama que estaba haciendo para cuando se casara, y luego, con igual brusquedad, se ponía en pie de un salto, arrojaba al suelo su labor, la pateaba y empezaba a desmontarla con una ferocidad rayana en la violencia.

A medida que pasaban los días se hizo evidente que Mandras no sólo no había escrito sino que nunca lo haría. El doctor observó el rostro de su hija y se dio cuenta

de que cada vez estaba más amargada, como si creciera en ella la certeza de que Mandras no podía amarla. Se permitió a sí misma encerrarse en la apatía, y el doctor diagnosticó los síntomas típicos de la depresión. Rompió una costumbre de toda la vida y empezó a hacer que le acompañara en sus visitas médicas, pero un momento charlaba con él animadamente y al siguiente se sumía en un profundo silencio. «La infelicidad se disimula con el sueño», se dijo, y la hacía acostarse temprano y la dejaba dormir hasta bien entrada la mañana. Solía encargarle recados imposibles en lugares impracticablemente lejanos con el fin de que el agotamiento físico sirviera de profiláctico contra el inevitable insomnio de los jóvenes y los desdichados, y se esmeró en contarle las historias más graciosas que de sus años de escuchar a charlatanes en la *kapheneia* o en las salas de oficiales de los barcos. Fue lo bastante astuto para darse cuenta de que el estado anímico de Pelagia era tal que ella consideraba lógico, y a la vez casi un deber, el mostrarse triste, pasiva y distante; así, insistió no sólo en hacerla reír contra su voluntad sino también en provocarle algunos accesos de ira. El doctor perseveraba en llevarse el aceite de oliva de la cocina para curar casos de eczema, y deliberadamente olvidaba reponerlo, considerándolo un triunfo de la psicología cuando ella se abalanzaba exasperada sobre él con los puños cerrados y él tenía que contenerla sujetándola de los hombros.

Curiosamente, el doctor experimentó una especie de conmoción cuando vio que su tratamiento daba resultado, y la recuperación por parte de su hija de su habitual equilibrio fue considerada un síntoma inequívoco de que su pasión por Mandras había llegado a su fin. Por una parte, él se habría alegrado, puesto que no creía seriamente que Mandras fuera un buen marido para ella, pero por otra, Pelagia ya estaba prometida, y romper un compromiso de matrimonio podía originar desgracias sin cuento. Se le ocurrió la terrible posibilidad de que su hija acabara casándose por pura obligación con un hombre al que ya no amaba. Se encontró, así, esperando con culpabilidad que Mandras no sobreviviese a la guerra, y eso le llevó a la incómoda sospecha de que en realidad no era el buen hombre que siempre se había considerado a sí mismo.

Todo esto fue de por sí bastante problemático, pero la guerra había creado numerosas dificultades que él no podía prever. Podía soportar la falta de existencias de cosas como el yodo y la loción de calamina, pues había alternativas eficaces, pero no había suministro de ácido bórico desde el inicio de la contienda, ya que aquella sustancia en concreto había venido siempre de los vapores volcánicos de Toscana; era la mejor droga que él conocía para tratar infecciones de vejiga y la fetidez de orina. Pero lo peor eran los casos de sífilis que requerían bismuto, mercurio y novarsenobenzol. Este último debía ser inyectado una vez por semana durante doce semanas, y no cabía duda de que todas las existencias habían ido a parar al frente. Maldijo al primer perverso que contrajo la enfermedad copulando con una llama y a los brutos hispánicos que la habían importado del Nuevo Mundo después de avanzar a guadañadas de violación por los territorios que sojuzgaban.

Afortunadamente la excitación de la guerra había disminuido el número de enfermos imaginarios, no obstante lo cual el doctor se había visto repetidas veces obligado a consultar su enciclopedia médica para intentar arreglárselas sin todas aquellas cosas con que siempre había contado. Había encontrado su *Complete and Concise Home Doctor* (dos enormes tomos con índice de referencia sistemática, mil quinientas páginas, que abarcaban desde la intoxicación por tomaína hasta consejos de belleza sobre el cuidado y definición de las cejas) en el puerto de Londres, e incluso había aprendido inglés para comprenderlo. Lo había memorizado de la primera a la última página con más entusiasmo y dedicación que los que pone un musulmán en aprender el Corán y convertirse en hafiz. Con todo, se le habían olvidado algunas cosas pues sólo había tenido que consultar ciertas partes de la obra, llegando por su cuenta a la conclusión de que la mayoría de los achaques remitían solos, independientemente de lo que él pudiera hacer. Se trataba sobre todo de presentar un aspecto convenientemente solemne mientras ejecutaba el ritual del examen médico. La mayoría de las exóticas y emocionantes enfermedades sobre las que había leído con tan mórbida curiosidad no habían aparecido nunca en la parte de la isla donde vivía, y se había dado cuenta de que así como el padre Arsenios era un sacerdote del alma, él era poca cosa más que un sacerdote del cuerpo. Los males más interesantes parecían afectar mayormente a los animales, de ahí que siempre le llenara de gozo poder diagnosticar y curar los achaques de un caballo o un buey.

El doctor había constatado que la guerra había tenido el efecto de incrementar su propia importancia, como también la del padre Arsenios. Anteriormente había acabado por habituarse a su condición de fuente de sabiduría, aunque siempre le venían con cuestiones filosóficas —el padre de Lemoni había mandado una vez a su hija a preguntarle por qué los gatos no hablaban—, pero ahora la gente no sólo quería tener toda la información sobre el conflicto armado, sino que le apremiaba para conocer su opinión acerca del tamaño y disposición óptimos de los sacos terreros. Él no se había erigido en líder de la comunidad, sino que había llegado a serlo por un proceso de sufragio invisible, como si un autodidacta como él tuviera que poseer un poco de sentido común, así como ciertos conocimientos ocultos. Se había convertido en una suerte de *Aga* que sustituía a los *agas* turcos que la isla había tenido en tiempos, salvo que, a diferencia de los jefes otomanos, a él no le interesaba estar todo el día tumbado sobre cojines entre dos penetraciones de orificios de guapos sodomitas jóvenes que, en su momento, crecerían con una inclinación igualmente antinatural por la pederastia, los narcóticos y la más prodigiosa holgazanería.

El doctor oyó a Pelagia cantar en la cocina y cogió su pluma. Hizo ademán de tornearse la punta del bigote y experimentó un extraño disgusto al recordar que se lo había afeitado como gesto de desafío a Hitler; luego se miró el brazalete negro que llevaba desde la muerte de Metaxas. Suspiró y escribió:

«Grecia está situada en una falla a la vez geográfica y cultural que separa Oriente de Occidente; somos simultáneamente campo de batalla y epicentro de catastróficos

terremotos. Si bien las islas del Dodecaneso son orientales, Cefalonia es sin ningún género de dudas occidental, en tanto que el continente es las dos cosas a la vez sin ser del todo ninguna. Los Balcanes han sido siempre un instrumento de la política exterior de la grandes potencias, y ya desde tiempos remotos han sido incapaces de alcanzar siquiera una remota semejanza con la civilización avanzada debido a la indolencia, indocilidad y brutalidad innatas de sus gentes. Es decir que Grecia tiene muchos menos vicios balcánicos que las naciones situadas al norte y al oeste, y se da también el caso de que, de todos los griegos, los cefalonios poseen la máxima reputación de ocurrentes e "intelectuales". Los lectores recordarán que Homero era de aquella región y que Ulises era célebre por su astucia. Homero nos describe también como gente fiera e indisciplinada, pero nunca se nos ha tildado de crueles. De vez en cuando muere alguien por una disputa acerca de propiedades, pero nosotros no tenemos esa sed de sangre que es defecto característico de nuestros vecinos eslavos.

»El motivo de nuestra orientación occidental es que la isla fue ocupada por los turcos durante sólo veintiún años, entre 1479 y 1500, fecha en que fueron expulsados por un ejército mixto veneciano-español. Los turcos volvieron en 1538, y en una sola incursión se llevaron a trece mil cefalonios para ser vendidos como esclavos. La brevedad de su estancia en la isla, sumada a su carácter apático e inerte, sirvió para que a su partida no dejaran ninguna herencia perdurable, culturalmente hablando.

»Aparte este breve período la isla fue veneciana entre 1194 y 1797, cuando fue tomada por el famoso megalómano y belicista Napoleón Bonaparte, quien prometió la unión de la isla con Grecia y luego se la anexionó pérfidamente.

»El lector podrá comprobar sin dificultad que en realidad la isla fue italiana durante unos seiscientos años, lo cual explica muchas cosas que pueden desconcertar al forastero. El dialecto de la isla está repleto de palabras y giros del italiano, los cultos y los aristócratas hablan italiano como segunda lengua y los campanarios de las iglesias están contruidos dentro del edificio principal, no así en el resto de Grecia donde la campana se encuentra en el interior de una construcción más modesta y separada, próxima a la puerta. La arquitectura de Cefalonia, de hecho casi enteramente italiana, favorece mucho una civilizada y tertuliana vida privada gracias a sus sombreados balcones, patios y escaleras exteriores.

»La ocupación italiana sentó las bases para un desarrollo cultural que en buena parte siguió una pauta más occidental que oriental, incluyendo en esto el hábito de envenenar a los parientes molestos (Anna Paleólogo mató así a Juan II, por ejemplo), y nuestros gobernantes fueron típicos excéntricos exaltados y tramposos como mandan los cánones italianos. El primer Orsini utilizó la isla para la piratería y engañó repetidas veces al Papa. Bajo su tutela fue abolida la prelatura ortodoxa y la animosidad contra la iglesia católica romana ha durado hasta la actualidad, una aversión incrementada por la arrogancia histórica de esa religión y por su deplorable insistencia en el pecado y la culpa. Se instauraron costumbres italianas como recaudar impuestos a fin de reunir dinero para sobornos importantes, maquinando conspiraciones

de una complejidad laberíntica, concertar matrimonios catastróficamente inadecuados, librar despiadadas batallas intestinas, reñir entre familias, trocarse la isla entre, uno y otro déspota italiano (de modo que, temporalmente, fuimos parte de Nápoles) y por último, ya en el siglo XVIII se produjo tal estallido de violencia entre las principales familias (los Anino, Metaxas, Karouso, Antypa, Typaldo y Laverdo) que las autoridades deportaron a todos los agitadores a Venecia y allí los colgaron. Los isleños, por su parte, permanecían al margen de aquella pintoresca perversidad italiana, aunque hubo muchos matrimonios mixtos, y así perdimos la costumbre de vestir el traje tradicional mucho antes de que ello ocurriera en el resto de Grecia. Los italianos nos dejaron una manera de ver las cosas más europea que oriental, nuestras mujeres eran considerablemente más libres que en cualquier otra parte de Grecia, y durante siglos nos dieron una aristocracia a la que satirizar e imitar a la vez. Nos alegramos muchísimo cuando se fueron (ignorábamos que vendrían cosas mucho peores), pero debido a la duración de su estancia los italianos fueron sin duda, junto con los británicos, la fuerza más importante en la configuración de nuestra historia y nuestra cultura; ser gobernados por ellos nos resultó tolerable y a veces hasta divertido, y si bien los odiamos siempre, lo hicimos con afecto e incluso gratitud en nuestros corazones. Lo más importante era que tenían el mérito inestimable de no ser turcos».

El doctor dejó su pluma a un lado y leyó lo que acababa de escribir. Sonrió irónicamente de sus últimas observaciones y se dijo que, dadas las actuales circunstancias, esa gratitud tenía pocas probabilidades de sobrevivir. Entró en la cocina y cambió todos los cuchillos de sitio para que así la ira de Pelagia tuviera un nuevo marco para la catarsis.

Era más fácil ser psicólogo que ser historiador; cayó en la cuenta de que había recorrido varios cientos de años en un par de páginas. Tendría que esforzarse por tomárselo con más calma y narrar los hechos a un ritmo absolutamente escrupuloso. Volvió a su escritorio, recogió el pequeño montón de papeles, salió al corral, olisqueó el aire por si había indicios de la inminente primavera y, estoica y resueltamente, le dio a comer uno por uno los papeles a la cabra de Pelagia. Al doctor le inquietaba su filisteo capacidad para digerir literatura. *Maldito rumiante*, murmuró, y optó por irse a la *kapheneia*.

19. L'OMOSESSUALE (6)

La madre de Francesco era una mujer gris con un lunar en la mejilla y una pincelada de vello oscuro sobre el labio superior. Vestía de negro, y todo el tiempo que estuve conversando con ella no dejó de retorcer entre sus manos un trapo para el polvo. Pude ver que de joven había sido guapa y que mi querido Francesco había heredado de ella su buena apariencia; los mismos ojos esclavos, la misma tez olivácea, los mismos dedos de joyero. También estaba la mujer de Francesco, pero apenas me atreví a mirarla; ella había conocido el placer de su cuerpo de un modo que yo nunca conocería. Se quedó sollozando en un rincón mientras su suegra sobaba el trapo y me hacía preguntas.

—¿Cuándo murió, *signor*? ¿Hacia buen día?

—Murió en un precioso día, *signora*, brillaba el sol y los pájaros cantaban.

(Murió un día en que la nieve se estaba derritiendo y debajo de la capa blanca empezaban a aparecer centenares y centenares de cadáveres destrozados, mochilas, fusiles oxidados, cantimploras, ilegibles cartas sin terminar y empapadas de sangre. Murió el día en que uno de nuestros hombres, al ver que la congelación le había dejado sin genitales, se metió el cañón del rifle en la boca y se voló los sesos. Murió el día en que encontramos un cadáver con los pantalones bajados, en cuclillas y de espaldas a un árbol, totalmente congelado en el acto de vencer el incurable estreñimiento de la dieta militar. Debajo de las nalgas del muerto había dos diminutas pepitas de caca manchada de sangre. El cadáver llevaba vendas en lugar de botas. Murió un día en que los buitres bajaron de las colinas y empezaron a arrancarles los ojos a los que llevaban tiempo muertos. Los morteros griegos escupían fuego sobre el farallón y fuimos sepultados por una lluvia de lodo. Llovía).

—¿Murió en acto de servicio, *signor*? ¿La batalla fue ganada?

—Sí, *signora*. Atacamos una posición griega a la bayoneta y expulsamos al enemigo.

(Los griegos nos habían repelido por cuarta vez con fuego de mortero. Tenían cuatro ametralladoras encima de nosotros que no podíamos ver, y nos estaban haciendo picadillo mientras caíamos. Al final nos llegó una orden invalidando la anterior de tomar la posición, ya que ésta carecía de importancia estratégica).

—¿Murió feliz, *signor*?

—Murió con una sonrisa en los labios, y me dijo que estaba orgulloso de haber cumplido con su deber. Debe usted alegrarse de haber tenido un hijo así, *signora*.

(Francesco se me abalanzó encima en la trinchera con una expresión de locura en

sus ojos. Hacía semanas que no me dirigía la palabra. «Cabrones, hijos de puta — gritó. Luego dijo—: Mira. —Se recogió los pantalones: tenía las llagas moradas de la muerte blanca. Francesco se tocó la carne putrefacta con un brillo de asombro en la mirada, se bajó el pantalón y me dijo—: Se acabó, Carlo. Esto es demasiado. Al cuerno». Me estrechó entre sus brazos y me dio un beso en cada mejilla. Se echó a lloriquear. Noté que temblaba en mis brazos. Se sacó a *Mario* del bolsillo y me lo entregó. Agarró su rifle y empezó a trepar por el borde de la trinchera. Yo le cogí del tobillo para detenerlo pero él me golpeó en la cabeza con la culata del arma. Avanzó lentamente hacia la posición del enemigo, deteniéndose cada cinco pasos para hacer fuego. Los griegos se percataron de su heroísmo y no respondieron a los disparos. Preferían capturar hombres valerosos que matarlos. Un obús cayó cerca de él y mi amado desapareció bajo una lluvia de barro amarillo. Se produjo un largo silencio. Vi moverse una cosa donde había estado Francesco).

—Murió rápido, ¿verdad, *signor*? ¿No sufrió...?

—Murió muy rápido, de una bala en el corazón. Seguramente no sintió nada.

(Dejé a un lado el fusil y me encaramé a la trinchera. Los griegos no me dispararon. Llegué junto a Francesco y vi que le habían volado una parte de la cabeza. Los trozos de cráneo tenían un tono grisáceo y aparecían cubiertos de membrana y sangre espesa que en parte era rojo intenso y en parte carmesí. Aún estaba con vida. Le miré y mis ojos se inundaron de lágrimas. Me puse de rodillas y lo estreché entre mis brazos. Estaba tan flaco del invierno y las privaciones que era ligero como un gorrión. Me puse de pie y me encaré a los griegos, ofreciéndome a sus balas. Se produjo un silencio y luego, desde sus líneas, alguien gritó con voz ronca: *Bravissimo!* Me di la vuelta y eché a andar hacia mis líneas con el flácido fardo en mis brazos.

Una vez en la trinchera, Francesco tardó dos horas en morir. Su sangre coagulada me empapó la guerrera. Su cabeza destrozada parecía la de un niño y su boca formaba palabras que sólo él podía oír. Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas. Yo las recogí entre mis dedos y las bebí. Luego me incliné y le dije al oído: «Francesco, siempre te he querido». Alzó los ojos y buscó los míos. Me miró fijamente. Se aclaró la voz con dificultad y dijo: «Ya lo sé». «No te lo había dicho hasta ahora», respondí yo. Él esbozó aquella lacónica sonrisa suya y dijo: «La vida es una mierda, Carlo. Yo me encontraba muy a gusto contigo». Vi extinguirse la luz en sus ojos y como iniciaba el largo y lento viaje hacia la muerte. No había morfina. Su agonía debió de ser indescriptible. No me pidió que le matara; puede que al final apreciara la vida que se le escapaba).

—¿Cuáles fueron sus últimas palabras, *signor*?

—Se encomendó a usted, *signora*, y murió con el nombre de la Virgen en sus labios.

(Abrió los ojos una sola vez y dijo: «No olvides nuestra promesa de matar al cerdo de Rivolta». Al rato, en mitad de un espasmo de dolor, se aferró con las manos a mi cuello y dijo: *Mario* Saqué al pequeño ratón de mi bolsillo y se lo puse en las manos. En el éxtasis de su propia muerte apretó el puño con tanta fuerza que el pequeño animalito murió con él. Para ser exactos, se le salieron los ojos).

—*Signor*, ¿dónde está enterrado?

—En la ladera de una montaña que en primavera se cubre de tulipanes y recibe la primera luz del sol. Fue enterrado con todos los honores militares, y sus camaradas dispararon salvas sobre su tumba.

(Lo enterré con mis propias manos. Cavé un agujero bien hondo en la trinchera, que inmediatamente se cubrió de un agua ocre. Lo cargué de piedras para que su cuerpo no emergiera a la superficie de la tierra. Lo sepulté en un lugar habitado por ratas gigantes y cabras minúsculas. Me planté sobre su tumba y maté a golpes de pala a las ratas que se acercaban en busca del cadáver. Metí al ratón *Mario* en el bolsillo de su pechera, justo sobre el corazón. Cogí sus efectos personales. Están en esta bolsa que dejo aquí. Hay una piedra de la suerte procedente del Epiro, una carta de su mujer, la insignia del 9.º Regimiento de Alpini, tres medallas al valor y una pluma de águila que a él le encantaba y que le cayó en el regazo camino de Metsovon. También hay una fotografía en que salgo yo y que no sabía que conservaba).

—Mientras no haya muerto en vano, *signor*...

—*Signora*, ahora somos los amos de Grecia con ayuda de nuestros aliados alemanes.

(Perdimos la guerra y sólo pudimos salvarnos cuando los alemanes invadieron desde Bulgaria y abrieron un segundo frente para cuya defensa los griegos carecían de recursos. Combatimos, nos helamos y morimos por un imperio que no tiene objeto. Cuando Francesco murió cogí su cabeza fracturada y le besé en los labios. Permanecí allí sentado, con lágrimas de rabia cayendo sobre sus atroces heridas, y me juré que viviría por los dos.

No participé en el desmembramiento de Grecia ni en el vergonzoso triunfalismo de una conquista que fue victoria sólo de nombre. Los valerosos griegos cayeron frente a mil cien tanques alemanes, a los que hicieron frente con menos de doscientos carros ligeros, muchos de los cuales habían sido capturados a nuestras tropas. El glorioso avance italiano consistió simplemente en perseguirlos mientras se batían vanamente en retirada para eludir el cerco de los alemanes.

No participé en aquella inicua charada porque el día después de enterrar a Francesco cogí una pistola que le había quitado a un griego herido y, en un momento de fría lucidez, me disparé en una pierna).

20. EL SALVAJE DE LOS HIELOS

Pelagia volvió del pozo con un cántaro al hombro, lo dejó en el patio y entró por la puerta cantando. Las malas noticias que corrían por la isla sólo habían servido para acrecentar su valoración de la belleza efímera, y acababa de ver la primera mariposa del año. Se sentía fuerte e indemne y había disfrutado de tener la casa para ella sola mientras su padre estaba en el monte visitando a Alekos y su rebaño de cabras; no les pasaba nada ni a él ni a ellas, pero de esa manera Alekos se ponía al corriente de las noticias, disfrutaba de la compañía humana y oía palabras ya en desuso en su monólogo interior, y el doctor volvía provisto de un buen surtido de carne desecada que al andar producía crujidos y rozaduras en su mochila. Por añadidura, el doctor abrigaba la convicción de que el regreso reporta un placer que compensa el dolor de la partida y que, por tanto, siempre merece la pena partir.

Cuando Pelagia entró en la cocina dejó de cantar bruscamente, sobrecogida de asombro. Sentado a la mesa había un desconocido, un hombre horroroso y salvaje cuyo aspecto era peor que el de los bandidos de cuento. El desconocido permanecía casi inmóvil salvo por el temblor de sus manos, que agitaba rítmicamente. Su cabeza quedaba totalmente oculta por una cascada de greñas informes y descoloridas. De algunos sitios le salían retorcidos tirabuzones, mientras que en otros parecía tener almohadillas de fieltro petrificado; era el pelo de un nazareno o de un eremita enloquecido por la gloria y la soledad de Dios. Debajo de todo ello no pudo ver más que una gran barba desgreñada, coronada por unos ojillos brillantes que insistían en no mirarla. En medio había una nariz despojada de su piel, enrojecida y agrietada, y atisbos de carne casi negra, ajada y mugrienta.

El desconocido vestía los raídos despojos de una camisa y un pantalón, y una especie de sobretodo hecho con pieles de animales, embastado mediante pequeñas tiras de tendón. Pelagia vio que en lugar de zapatos el hombre llevaba los pies cubiertos por unas vendas incrustadas de sangre vieja y coagulada y manchadas de sangre nueva. Respiraba estentóreamente y su olor corporal era absolutamente repugnante; era el hedor a carne putrefacta, a heridas supurantes, a excremento y orina, a transpiración antigua, y a miedo. Miró aquellas manos fuertemente entrelazadas en un esfuerzo por impedir su temblor y se vio invadida por el terror y la piedad. ¿Qué podía hacer?

—Mi padre no está —dijo—. Volverá mañana.

—Pero tú estás contenta. Y cantas —dijo el hombre con voz cascada y llena de flemas, que Pelagia identificó como la de alguien con los pulmones llenos de mucosidad; podía ser tuberculosis o el comienzo de una neumonía, o era quizá la voz de un hombre cuya garganta estaba repleta de pólipos o atenazada por el cáncer. El hielo —añadió el hombre como si no la hubiera oído—. Nunca volveré a tener calor. La obscenidad del hielo. —Se le quebró la voz, y Pelagia advirtió que los hombros le subían y bajaban con dificultad—. Oh, Dios, el hielo —repitió. Elevó las manos

delante de la cara y las acusó—. Hijas de puta, dejadme en paz, por el amor de Dios, estaos quietas. —Entrecruzó los dedos y su cuerpo pareció luchar por reprimir una serie de espasmos.

—Si quiere, vuelva mañana —dijo Pelagia, abrumada por aquella espeluznante aparición y sin saber qué hacer.

—No teníamos tacos para andar sobre el hielo, comprendes. El viento arrastra la nieve y el hielo forma aristas más afiladas que un cuchillo, y cuando te caes te cortas. Mírame las manos.

Las tendió hacia Pelagia con las palmas hacia arriba en un gesto que normalmente habría sido un insulto, y ella vio el horrendo dibujo formado por unas cicatrices duras y blancas que habían borrado las líneas naturales, las almohadillas y los callos, dejando grietas rezumantes en las articulaciones. No había uñas ni rastro de cutícula.

—Y el hielo grita. Chilla. Y de él salen voces que te llaman. Y lo miras y ves gente dentro, copulando como los perros. Te hacen señas y se burlan de ti, entonces uno dispara al hielo pero ellos no se callan, y entonces el hielo chilla. Chilla toda la noche, sin parar.

—Mire, no puede quedarse aquí —dijo Pelagia, añadiendo como si se disculpara—: Estoy sola.

Aquel salvaje hizo caso omiso y continuó:

—Vi a mi padre, mi difunto padre, y estaba aprisionado por el hielo y sus ojos me miraban y tenía la boca abierta y yo arremetí con mi bayoneta. Para sacarle de allí. Y una vez fuera, resulta que no era él. No sé quién era aquel hombre, el hielo me engañó, comprendes. Sé que nunca volveré a tener calor, nunca. —Se abrazó con los brazos y empezó a estremecerse con brusquedad—. *Pathemata mathemata, pathemata mathemata*; se aprende con el sufrimiento, ¿no es así? No te expongas al frío, no te expongas al frío...

El desconcierto de Pelagia iba trocándose en ansiedad aguda mientras se preguntaba qué demonios estaba haciendo allí en la cocina con un vagabundo loco y pestilente. Pensó en dejarlo y correr en busca de Stamatis o Kokolios, pero se detuvo en seco al pensar en lo que podía hacer o robar aquel hombre en su ausencia.

—Váyase, por favor —rogó—, mi padre volverá mañana, él le... —Hizo una pausa, horrorizada ante la cantidad de cuidados médicos que requeriría— mirará los pies.

El hombre reaccionó a sus palabras por primera vez:

—No puedo andar. He venido andando desde el Epiro. Sin botas.

Psipsina entró en el cuarto y olisqueó el aire haciendo bailar los bigotes a medida que obtenía muestras de aquel olor fuerte y nada familiar. Correteó con su estilo fluido y elíptico y subió a la mesa de un salto. Se acercó al hombre neolítico y hurgó en los restos de un bolsillo, emergiendo de él triunfante con un trozo de queso blanco que devoró con fruición. Luego volvió al bolsillo pero sólo encontró un cigarrillo roto, que desechó.

El hombre esbozó una sonrisa dejando al descubierto dientes de oro pero encías sangrantes. Acarició la cabeza del animal.

—Bueno —dijo—, por fin me reconoce *Psipsina*. —Empezó a llorar en silencio—. Sigue oliendo muy bien.

Pelagia estaba pasmada. A *Psipsina* le daban miedo los desconocidos, y ¿cómo ese espectro humano sabía su nombre? ¿Quién se lo había dicho? Se secó las manos en el delantal, desconcertada, y luego dijo:

—¿Mandras?

El hombre volvió la cabeza hacia ella y repuso:

—No me toques, Pelagia. Tengo piojos. Y apesto. Y me cagué encima cuando una bomba estalló a mi lado. No sabía qué hacer y he venido primero aquí. Todo el tiempo he sabido que tenía que venir primero aquí, eso es todo, y estoy cansado y apesto. ¿Tienes café?

Pelagia se quedó en blanco, descentrada por un batiburrillo de emociones: desesperación, insoportable nerviosismo, culpa, piedad, revulsión. El corazón parecía salirse del pecho. Dejó caer las manos a los costados. Por encima de todo, se sentía impotente. Resultaba impensable que aquel fantasma desconsolado pudiera encerrar el cuerpo y el alma del hombre al que tanto había amado, deseado y echado de menos y, al final, rechazado.

—No me has escrito —le dijo impulsivamente, pues era la acusación que la había reconcomido desde el momento de su partida, la acusación que había acabado convirtiéndose en el colérico y resentido monstruo que le había roído las entrañas de su adoración por él, dejándola vacía.

Mandras levantó cansinamente la vista y dijo, como si fuera él quien se compadecía de ella:

—No sé escribir.

Por algún motivo que ella no comprendió, Pelagia sintió más repugnancia por esa confesión que por su olor nauseabundo. ¿Acaso se había prometido a un analfabeto sin saberlo siquiera? Por decir algo, preguntó:

—¿No podía haber escrito alguien por ti? Creí que habías muerto. Creí que... no me querías.

Mandras la miró con infinita fatiga y meneó la cabeza. Trató de mantener su taza en equilibrio para beber, pero no pudo y la dejó sobre la mesa.

—No podía dictarle a un compañero. ¿Cómo iba a dejar que todos lo supieran? ¿Cómo iba a permitir que todos hablaran de mis sentimientos? —Meneó una vez más la cabeza e intentó fútilmente beber otro sorbo de café, que se le escurrió por la barba. Volvió a alzar la vista para que al fin ella reconociera sus ojos—: Pelagia, he recibido todas tus cartas. No las pude leer pero las tengo todas. —Hurgó entre sus harapos y extrajo un enorme y manchado paquete atado con cable—. Las llevaba encima para que me dieran calor, sabiendo que tú estabas en ellas. He pensado que podrías leérmelas. Léemelas, Pelagia, para saber todo lo que dicen. —Y añadió con

resignación más que con patetismo consciente—: Aunque sea demasiado tarde.

Pelagia estaba horrorizada. Mandras se daría cuenta de la progresiva disminución de su cariño, la mayor concentración en trivialidades a medida que avanzaba la fecha de las misivas. Lo percibiría con mayor claridad que si las hubiera leído en meses sucesivos.

—Luego —dijo ella.

Mandras suspiró pesadamente y acarició las orejas de *Psipsina*, hablando más para la marta que para su novia:

—Te llevaba aquí dentro. —Se golpeó el pecho con el puño—. Día tras día, todo el rato, pensaba en ti, hablaba contigo. Pude seguir adelante gracias a ti. No fui un cobarde gracias a ti. Las bombas, los obuses, el hielo, los ataques nocturnos, los cadáveres, los amigos que he perdido. Te tenía a ti en lugar de a la Virgen, hasta te rezaba. Te tenía siempre presente, cantando en el patio, y te veía en la fiesta cuando te enganché las faldas al banco y te pedí que te casaras conmigo. Podría haber muerto un millar de veces, pero te tenía frente a mis ojos como si fueras una cruz, un crucifijo por Pascua, un icono, y jamás olvidé nada, recordaba segundo a segundo. Y ardía en mi corazón, ardía incluso nevando, me daba fuerzas y valor, luché más por ti que por Grecia. Sí, más que por Grecia. Y cuando aparecieron los alemanes yo atravesé las líneas, y no podía pensar en otra cosa que en Pelagia, he de llegar a casa de Pelagia... —Su cuerpo se estremeció de nuevo, y de pronto rompió a llorar—. Y ahora sólo me conocen las bestias...

Para confusión e inquietud de Pelagia, Mandras se ocultó la cara entre las manos y empezó a mecerse como un niño ofendido. Ella se acercó por detrás y le puso las manos en los hombros, dándole un ligero masaje con los dedos. Todo era hueso donde antes había sido carne prístina, deseable, perfecta. Y en efecto tenía piojos.

21. EL PRIMER PACIENTE DE PELAGIA

La madre de Mandras era una de esas criaturas que deja perplejo, más fea que la mítica esposa de Antiphates, de quien el poeta escribió «era una mujer monstruosa cuyo aspecto dejaba a los hombres totalmente horrorizados», y aun así se había casado con un hombre excelente, parido un hijo y ganado el cariño de todos. Decían algunos que había prosperado valiéndose de brujerías, pero lo cierto es que se trataba de una persona afable y de buena familia a quien el destino había privado de un pretexto para ser vanidosa en su juventud, y en consecuencia no se había amargado a medida que crecían sus dimensiones y su pilosidad. Kyria Drosoula descendía de una familia de *ghiaourtovaptismenoi* (los bautizados con yogurt), es decir que su familia había sido expulsada de territorio turco con nada que llevarse aparte de unos sacos con los huesos de sus antepasados.

Por el pacto de Lausana, cerca de medio millón de musulmanes fueron trasladados a Turquía a cambio de más de un millón de griegos, una muestra de limpieza étnica que, aunque necesaria para impedir futuras guerras, había traído un profundo legado de acritud. Drosoula sólo había aprendido a hablar turco, y ella y su madre habían sido rotundamente desdeñadas por los griegos antiguos a la par que lloraban con nostalgia por su perdida tierra natal. La madre de Drosoula sepultó los huesos de su padre y su marido y, temiendo quedar en ridículo por su acento de Pontos, decidió volverse muda, dejando toda la responsabilidad a su hija de quince años, la cual, en el espacio de tres años, había aprendido el dialecto cefalonio y se había casado con un pescador astuto que sabía reconocer a una esposa fiel. Como tantos otros isleños amantes de los remos, había perdido la vida en un ventarrón que se desató repentinamente por levante. Dejaba un hijo varón a cargo del negocio y una viuda formidable que a veces soñaba en turco pero ya no se acordaba de hablarlo.

Durante la ausencia de Mandras, Pelagia había ido casi cada día a casa de Kyria Drosoula, fascinada por sus historias sobre la imperial Bizancio y la vida en el mar Negro entre los infieles, y en aquella pequeña y deslucida pero inmaculada casa junto al muelle se habían consolado la una a la otra mediante palabras que, aun siendo pronunciadas con sentimiento, se habían convertido ya en frases hechas en cualquier hogar de Europa. Mientras el mar siempre cambiante besaba las piedras del exterior, habían llorado abrazadas la una a la otra, repitiéndose que Mandras seguramente estaba bien, porque de lo contrario se habrían enterado. Ensayaron la eventualidad de tener que darle a un italiano con una pala en la cabeza y rieron con timidez algunos de los chistes asombrosamente obscenos que los muchachos musulmanes le habían contado a Drosoula en Turquía.

Hacia aquella admirable e hirsuta amazona corrió Pelagia dejando a su novio en la cocina, perdido en sus inmensos océanos de extenuación y en sus terribles recuerdos de camaradas convertidos en botín de las aves carroñeras. Cuando las dos mujeres regresaron jadeantes a la casa, lo encontraron en la misma posición,

acariciando todavía con actitud ausente las orejas de *Psipsina*.

Deseosa de abrazar a su hijo, Drosoula se precipitó en la cocina gritando de júbilo y acto seguido ejecutó una reacción tardía que en otro momento habría resultado cómica; escudriñó la cocina como buscando a alguien más aparte de aquel espectro desaliñado y le lanzó a Pelagia una mirada inquisitiva.

—Es él —dijo Pelagia—. Ya le he dicho que su estado es lamentable.

—Jesús —exclamó, y sin más preámbulos cogió a su hijo por los hombros, lo levantó y lo llevó fuera pese a las protestas de Pelagia y al evidente desastre de sus pies—. Lo siento —dijo Drosoula—, pero no pienso dejar que mi hijo esté en una casa respetable con semejante pinta. Me muero de vergüenza.

Una vez en el patio, Kyria Drosoula examinó a su hijo como si fuera un animal sobre cuya compra estuviera cavilando. Le inspeccionó las orejas, le levantó con asco los mechones de pelo enmarañado, le hizo enseñar los dientes y finalmente anunció:

—Ya ves, Pelagia, a qué estado pueden llegar los hombres cuando no hay mujer que les cuide. Es vergonzoso y no hay excusa que valga, no señor. Son como criaturas que no saben desenvolverse sin su madre, y me da lo mismo que haya estado en la guerra. Ve a poner un puchero grande a hervir, porque pienso lavarle de pies a cabeza, pero antes voy a deshacerme de todas estas greñas, o sea que tráeme unas tijeras, *koritsimou*, voy a pescarle las pulgas y los piojos aunque tenga que desollarlo, me pica todo sólo de mirarle, y qué peste, puaj, peor que una pocilga.

Mandras permaneció sentado, dejando que su madre, con ardor y arrugando la nariz, le cortara los cabos y las albardillas de su cabeza y su barba. Cada vez que veía un piojo hacía una mueca y un gesto de desaprobación, y apartaba la repugnantes greñas con la hoja de las tijeras para que su carga de liendres pudiera arder vilmente en el brasero de carbón, arrugándose entre chisporroteos y desprendiendo un denso y hediondo humo capaz, por su repugnancia, de expulsar los demonios y perturbar los muertos.

Pelagia esbozaba las mismas muecas que su futura suegra mientras contemplaba cómo se achicharraban los grises parásitos y quedaban al descubierto sépticas excoriaciones y eczemas; el cuero cabelludo estaba lleno de rasguños inflamados relucientes de fluido y, lo peor, las glándulas del cuello aparecieron finalmente ensanchadas y supurantes. Pelagia sintió náuseas cuando sabía que debía sentir compasión, y corrió dentro en busca de aceite de safrán. Al coger el frasco se dio cuenta por primera vez, no sin sobresalto, que había aprendido suficiente de su padre en todos aquellos años como para convertirse ella misma en médico —si es que ser médico y mujer a la vez era factible—. Acarició esa idea mentalmente y luego fue por un pincel, como si esa acción pudiera disimular la incómoda sensación de haber nacido en un mundo que no le tocaba.

Cuando salió al sol de primavera con el frasco de acre aceite aromático, encontró a Mandras completamente rapado y le entregó el frasco a Drosoula.

—Póngale una capa bien espesa, que así matará también la tiña, por si tiene.

Luego cúbrale la cabeza con un paño y áteselo con un cordel. Me parece que le va a escocer. Cuando desaparezcan los piojos le frota con aceite de oliva, aunque el aceite de parafina tarda unas dos semanas en hacer efecto, o sea que será mejor usar esto.

Kyria Drosoula la miró con admiración, olisqueó el líquido, dijo *Bah* y empezó a derramarlo sobre la cabeza de su hijo.

—Espero que sepas lo que estoy haciendo —comentó. Mandras habló por primera vez para decir *Pica*, a lo que su madre replicó—: Vaya, conque estás ahí, ¿eh? —Y siguió con sus pinceladas.

Una vez cubierta la cabeza con paño de hilo, las dos mujeres retrocedieron unos pasos y admiraron su trabajo. Mandras tenía el rostro tan macilento como el del santo en su sarcófago, y estaba tan ojeroso y pálido como un muerto reciente pero ya frío.

—¿De verdad es él? —preguntó Drosoula, expresando sus sinceras dudas, y luego preguntó cómo se le habían infectado los rasguños de la cabeza.

—Eso pasa porque los excrementos de los piojos contaminan las heridas —dijo Pelagia—, en realidad no es culpa de los piojos.

—Yo siempre le decía que no se rascara —dijo Drosoula—, pero hasta ahora no he sabido por qué. ¿Hacemos el resto?

Cambiaron miradas y Pelagia se ruborizó.

—Creo que... —empezó, pero Drosoula le guiñó un ojo y sonrió de oreja a oreja.

—¿No quieres ver lo que te llevas? La mayoría de las chicas se morirían por tener esa oportunidad. No se lo contaré a nadie, te lo prometo. Y en cuanto a él —movió la cabeza en dirección a su hijo—, está tan ido que no se dará ni cuenta.

Pelagia pensó tres cosas a la vez: «No quiero casarme con él. Ya le he visto desnudo pero no puedo decirlo. Hubo un tiempo en que era hermoso, no como ahora. Pero no puedo mencionar nada de esto porque Drosoula me cae muy bien».

—No, de verdad, no puedo.

—Bueno, ayúdame con lo demás, tú me dices lo que debo hacer desde el otro lado de la puerta. ¿Está caliente el agua? Te diré un secreto: estoy impaciente por ver qué clase de hombre he producido; ¿te parezco horrible?

—Todo el mundo lo cree así —dijo Pelagia, sonriendo—, pero no por ello piensan que sea usted peor que nadie. Sólo dicen «Ahí va Kyria Drosoula».

Despojados de sus ropas, Mandras no tembló más de lo que temblaba vestido. Su delgadez era tan patética que Pelagia no sintió vergüenza alguna de permanecer a su lado aunque estuviera desnudo, ni tuvo que recurrir a dar instrucciones desde la puerta. Se había quedado sin músculos y la piel le colgaba de los huesos en flácidas capas. Tenía el vientre abultado, ya fuera a causa de la inanición o de los parásitos, y las costillas le sobresalían tanto como los huesos de la espina dorsal. Los hombros y la espalda parecían haberse combado y contraído, los muslos y las pantorrillas aparecían tan desproporcionadamente encogidos que aparentaba tener las rodillas hinchadas. Lo peor de todo fue lo que descubrieron al arrancarle los vendajes que llevaba incrustados en los pies; Pelagia se acordó de la historia de Filoctetes, antiguo

argonauta y pretendiente de Helena, abandonado por Ulises en la isla de Lemnos debido a la insufrible putrefacción de sus pies, con su arco y sus flechas por toda compañía. Pelagia recordaría más tarde que el final de la historia era que Filoctetes, curado por Esculapio, contribuía a vencer a los troyanos; en su caso, ella había sido autora de la curación, mientras que los italianos habían suplido oportunamente a sus propios antepasados.

Sin embargo, cuando Pelagia vio aquellos pies dudó de sus poderes curativos: eran irreconocibles como pies. Su aspecto era el de una gangrenosa pulpa multicolor. Una envoltura de pus y costra cubría las vueltas de las vendas desechadas, y en la carne prácticamente muerta pululaban y se enroscaban gusanos amarillentos.

—¡*Gerasimos!* —exclamó Drosoula, agarrándose para no caer sobre los marchitos hombros de su hijo.

La fetidez causaba auténtico estupor, y al final Pelagia se sintió invadida por la sagrada compasión cuya ausencia tanto la había abrumado antes.

—Lávele de arriba abajo —le dijo a Drosoula—, yo me ocuparé de los pies. — Miró a Mandras con ojos rebosantes de lágrimas y dijo—: *Agapeton*, voy a tener que hacerte daño. Perdóname.

Él le devolvió la mirada y habló por segunda vez:

—La guerra es así. Les dimos una paliza, los hicimos huir en desbandada. Vencimos a los italianos. Hazme daño si quieres, pero no pudimos con los alemanes. Fue por culpa de los tanques, eso es todo.

Pelagia se obligó a mirar aquellos pies hasta que en su interior se convirtieron en un problema que resolver más que en un abominable padecimiento. Suavemente fue arrancando los gusanos y lanzándolos por la tapia, y a continuación concentró sus cinco sentidos en decidir si la descomposición había alcanzado los huesos. Si así era, habría que amputar, y sabía que de eso tendría que encargarse otro; seguramente ni siquiera su padre estaría dispuesto a hacerlo. Hacerle eso a otro ser humano resultaría inadmisibles para un médico. Se estremeció, se limpió las manos en el delantal, cerró los ojos y cogió el pie derecho. Lo volvió de un lado y de otro, palpó los tejidos y decidió, para su sorpresa, que no había granulación y que ninguno de los huesos se había consumido ni separado. Pelagia vio que la carne del pie estaba seca y suspiró como si le hubieran quitado un gran peso de encima; lo peor era la gangrena húmeda. Comprobó que no había ninguna línea roja de demarcación entre zonas sanas e infectadas, y concluyó que no se trataba de gangrena. Examinó el otro pie y llegó a las mismas conclusiones. Fue por un cuenco de agua limpia, le echó una buena cantidad de sal y con todo el cuidado de que fue capaz lavó aquel espantoso revoltijo de carne. Mandras se encogió de dolor, pero no dijo nada. Pelagia vio que los fragmentos más horripilantes se desprendían al lavarlos y que debajo de ellos había carne viva.

Experimentó una sensación de júbilo y de triunfo mientras machacaba en el mortero cinco gruesas cabezas de ajo. El potente olor doméstico la reconfortó, y

sonrió al oír la voz de Drosoula en el patio. Estaba regañando a su hijo como si el pobre no hubiera pasado varios meses en la nieve, como si no fuera un héroe que, al igual que sus camaradas, había soportado penurias que excedían toda llamada del deber, y derrotado a un ejército superior que había sido vencido por esas mismas penurias. Con un cuchillo extendió el ajo sobre dos vendas largas y las llevó fuera.

—*Agapeton* —le dijo a Mandras—, esto te va a escocer más que la sal. —Él dio un respingo cuando ella le envolvió los pies con la cataplasma y contuvo la respiración, pero no llegó a quejarse. Pelagia, maravillada de su entereza, observó—: No me extraña que hayamos ganado.

—No hemos ganado, ¿o sí? —replicó Drosoula—. Como los italianos no podían, tuvo que hacerlo Atila.

—Hitler. Pero da igual, porque el imperio británico está de nuestra parte.

—Los ingleses se han largado. Ahora estamos en las manos de Dios.

—Yo no lo creo así —repuso Pelagia con decisión—. Piense en lord Napier, en lord Byron. Ellos volverán.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Drosoula, señalando el conjunto de cicatrices, hoyuelos inflamados y dibujos de tonos escarlata esparcidos sobre el cuerpo de su hijo.

Pelagia examinó aquel cuerpo lastimoso, recién lavado, y diagnosticó todos los parásitos que había encontrado a lo largo de su experiencia como ayudante de su padre.

—En los hombros tiene favo. Vea, huele a ratón. Requiere azufre y ácido salicílico. Afortunadamente no se le ha metido en el pelo, porque se habría quedado calvo. Estos puntos rojos son piojos del cuerpo. Hay que quemar toda su ropa y afeitarlo de arriba abajo (eso ya lo hará usted) para dejarle los pelos libres de huevos. También podemos bañarle en vinagre. Y luego lo cubrimos de aceite de eucalipto y emulsión de parafina. Las ronchas de los brazos y las piernas son de bête rouges, y podemos acabar con ellas con amoníaco y pomada de cinc. De todos modos, se van solas. Este trozo es pitiriasis, sabe, es de color café. Lo que usamos para lo demás también sirve para curar esto. Si le afeita lo de abajo, ya me entiende, podrá librarle de las ladillas. Si no le importa, yo no miraré. Y en los brazos y las pantorrillas tiene un eczema horrible. Habrá que aplicarle yodo en las grietas, eso si encuentro yodo, y una vez curado el eczema sólo tiene que ponerle loción de calamina, si es que hay forma de encontrar un poco, y seguir aplicándosela hasta que esté curado. No le ponga nada grasiento en la ingle. Esas marcas marrones son picaduras de pulga. — Pelagia hizo una pausa, alzó la vista y vio que Drosoula la estaba mirando con asombro.

—*Koritsimou* —dijo la gigantesca mujer—, me tienes fascinada. Eres la primera mujer que conozco que lo sabe todo. Dame un abrazo.

Pelagia se ruborizó de satisfacción y, para distraer la atención de sí misma, abrazó a Drosoula y le dijo:

—Sé que estará preguntándose por todos esos bultos rojos que tiene en el vientre y... más abajo. Entre los dedos también hay, pero no se preocupe, sólo es sarna. Se le curará con los otros tratamientos, sobre todo con el cinc y el azufre. Esto creo yo, al menos, pero es mejor que le preguntemos a mi padre —concluyó con modestia.

Drosoula hizo un gesto señalando a su calamitoso hijo:

—No es ninguna ganga, ¿verdad?

Pelagia se maldijo por dentro cuando dijo:

—Una se enamora de la persona, no del cuerpo.

Drosoula sonrió.

—Burradas de romántica. El amor entra por los ojos y se va por el mismo sitio, y si te extraña que mi marido se prendara de mí, con lo fea que soy, es que tenía unos gustos muy extraños, gracias a Dios y al santo. Porque si no, yo aún sería virgen.

—Eso no me lo creo —dijo Pelagia, que, como todo el mundo, siempre se había preguntado cómo había hecho Drosoula para conseguir marido.

A la mañana siguiente el doctor Iannis volvió extenuado de la montaña y no sólo encontró a un hombre cadavérico dormido en la cama de su hija, sino que encontró a ésta y a una repulsiva mujer durmiendo en la de él. La casa apestaba a ajo, jabón, amoníaco, yodo, azufre, carne tumefacta, vinagre, pelo chamuscado; en resumen, olía a consulta de médico con mucho trabajo. Despertó a su hija y le preguntó a bocajarro:

—¿Quién es ese viejo que está en tu cama?

—Es Mandras, *papakis*, y ésta es su madre, Kyria Drosoula. Ya os conocéis.

—Pero no en mi cama —replicó el doctor—, y ése no es Mandras. Es un viejo horrible con sarna y los pies vendados. Me he fijado bien.

Más tarde el doctor Iannis escuchó por boca de Pelagia todo lo que ésta había hecho, sin dejar de soltar bufidos y dar caladas a su pipa a cada intento de pronóstico. Cuando hubo terminado, Pelagia se ruborizó al interpretar la actitud de su padre como una fuerte reprimenda por su insolencia. El doctor fue a examinar al paciente, prestando escrupulosa atención a sus pies.

No dijo nada hasta que cogió su maltrecho sombrero para irse. Pelagia, sobando nerviosamente su trapo para el polvo, esperaba verle estallar de un momento a otro.

—Si yo supiera guisar —dijo él, dejándola atónita—, cambiaría de profesión contigo. De hecho, creo que me jubilaría. Bien hecho, *koritsimou*, nunca me he sentido tan orgulloso de ti.

Le dio un beso en la frente e hizo un mutis teatral escudriñando el cielo por si llegaba la anunciada invasión. Tenía que asistir a una reunión del comité de defensa, en la *kapheneia*.

Drosoula sonrió a Pelagia, que temblaba abrumada por el alivio y la gratitud.

—Siempre he querido tener una hija —dijo—. Ya sabes cómo son los hombres. Sólo les gustan los varones. Considérate afortunada de tener un padre como el tuyo. Que yo recuerde, mi padre era un bribón, siempre borracho de *raki*. Rezaré al santo para que Mandras se recupere, y así serás como hija mía.

—En cuanto sea posible —dijo Pelagia, tomándola del brazo—, lo sacaremos a que le dé el sol y la brisa del mar. En estos casos, lo que importa es la mente.

Drosoula reparó en que Pelagia había hecho caso omiso de su observación anterior, pero se lo perdonó. Bastaba con ver a la joven radiante de esa extraña belleza que se deriva de una repentina sensación vocacional.

22. MANDRAS DETRÁS DEL VELO

Hablan de mí como si yo no estuviera presente. Pelagia, el doctor y mi madre. Hablan de mí como si estuviera senil o inconsciente, como si fuera un cuerpo sin mente. Estoy demasiado cansado y triste para salir al paso del ultraje. Pelagia me ha visto desnudo y mi madre me lava las intimidades como si aún fuera un bebé, y me dan ungüentos y lociones que escuecen, aplacan y huelen mal; es como si fuera un mueble viejo al que tratar con ceras y aceites y cuyos cojines están hinchados y remendados. Mi madre me examina las deposiciones y habla de ellas con mi prometida, y me dan de comer con cuchara porque no tienen paciencia para soportar el temblor de mis manos. Me pregunto si se me puede considerar vivo en algún sentido.

Supongo que no. Todo se ha vuelto como un sueño. Existe un velo entre ellas y yo; ellas son sombras y yo estoy muerto, y el velo es tal vez la mortaja que amortigua la luz y empaña la visión. He ido a la guerra y eso ha creado un abismo entre mí y los que no han ido; ¿qué saben ellas de la guerra? Yo he topado con la muerte, he conocido la muerte en cada sendero, he conversado con la muerte en mis sueños, he peleado con la muerte en la nieve, he jugado a los dados con la muerte, he llegado a la conclusión de que la muerte no es un enemigo sino un hermano. La muerte es un hermoso hombre desnudo que se parece a Apolo, y a quien no le gustan esos que van marchitándose en la vejez. La muerte es perfeccionista, le gusta lo joven y lo hermoso, quiere acariciar nuestro pelo y los tendones que unen nuestros músculos al hueso. Hace todo lo que puede por conocernos, nuestros rostros alegran su corazón y se planta en nuestro camino para retornos porque le gustan las peleas limpias, y tras el combate gusta de ofrecernos su amistad, darnos una palmada en el hombro y hacernos reír de la insensatez y la trivialidad de los vivos. Al término de una batalla, vaga entre los muertos levantándolos, poniendo laureles en la frente de los más guapos, y luego los reúne a todos como a hijos suyos y se los lleva a beber vino con sabor a miel, dándoles el sentido de la proporción que jamás tuvieron en vida.

Pero a mí no me llevó y no sé por qué. Lo cierto es que yo era valiente como el que más. Nunca evitaba el peligro, y seguí adelante incluso cuando mi cuerpo era ya una piltrafa. Creo que si viví fue porque nuestros jefes eran muy listos, creo que si viví fue porque a la muerte le gustaban los italianos. La muerte les dijo que avanzaran en columna hacia nuestros puntos más fuertes, y nosotros los segamos como trigo. Pero los generales nos hicieron rebasar el flanco, superarlos en estrategia, emboscarnos, desaparecer y reaparecer. Nuestros generales se lo pusieron difícil a la muerte, y así, en lugar de acribillarme a balazos hizo que mi cuerpo se pudriera en pocos meses como a otros les pasa en sesenta años. Fue a causa del frío, el lodo, los parásitos, el hambre, la congoja, el miedo, las ventiscas de miríadas de cristales afilados, la lluvia en que hasta los peces podían nadar, todas las cosas que es inútil explicar porque un civil ni siquiera puede imaginarlas.

¿Saben lo que me mantuvo firme? Pelagia, sobre todo, y cierto sentido de la belleza. Para mí, Pelagia significaba mi casa. Ya lo ven, yo no luchaba por Grecia sino por mi casa. Yo lo aguantaba todo para poder volver a casa. Por desgracia, la Pelagia de mis sueños era mejor que la Pelagia de carne y hueso. Puedo ver y oír que su héroe le repugna, ahora que he vuelto, y antes de irme sabía que no era lo bastante bueno para ella. Eso significa que si me ama es por compasión, por sacrificio, y eso no puedo soportarlo pues me hace odiarla y despreciarme a mí mismo. Pienso marcharme en cuanto me encuentre bien y así recobrar la Pelagia de mis sueños para amarla sin amargura como hice en aquellas montañas, cuando luchaba por ella y por la idea de un hogar, y a mi regreso seré un hombre nuevo, porque la próxima vez me aseguraré de haber hecho cosas tan grandes que hasta una reina imploraría ser mi esposa. No sé cuáles son esas cosas, pero serán la gloria y la maravilla del mundo, cosas que me adornarán con la exquisitez y la fascinación de las joyas del santo.

He de irme también porque en realidad no tenía que haber vuelto a casa. Lo hice porque me fue posible, y porque venir a casa es como agua helada después de un día en la playa en pleno agosto sin pizca de viento. Necesitaba bañarme en el susurrar de los olivos, en el tintineo de las esquilas, en el cambalache de los grillos, el sabor del Robola y el olor de la sal. Necesitaba la fuerza, sentir los pies descalzos en el suelo que me vio nacer, eso es todo.

El caso es que mi unidad fue arrasada por los alemanes cerca del monte Olimpo. Fui el único superviviente, y mientras estaba allí, sentado entre los cadáveres de mis amigos, se me apareció Pelagia. La desnutrición tiene estos efectos, dicen, además de la fatiga, pero para mí fue como si se plantara delante y me sonriera. Si ella no lo hubiera hecho yo me habría incorporado a otra unidad y habría combatido a los alemanes hasta las Termópilas, pero de repente supe que tenía que regresar a casa aun cuando no conocía el camino. Miré entre los cadáveres y busqué el mejor par de botas, unas que estaban a punto de perder las suelas, pero mejores que las mías. Me las puse y eché a andar hacia el sudoeste.

Cada noche anotaba por dónde se ponía el sol, y cada mañana por dónde salía. Dividía el semicírculo, escogía un punto del terreno y me ponía en marcha. A mediodía verificaba que estaba caminando con el sol a la izquierda. Los caminos estaban repletos del caos de la retirada —asnos moribundos, vehículos abandonados, mochilas y armas, víctimas de los Stukas— y así fui poco a poco atravesando el infinito yermo que, como sé ahora, forma la mayor parte de Grecia. Al principio todo eran arbustos espinosos y árboles enanos que empezaban a echar yemas, pero en algún punto pasado Elason el terreno se elevaba para convertirse en un inhumano desierto de pinos, desfiladeros, cataratas y cañadas, una tierra de halcones y murciélagos. Había marjales llenos de agua turbosa y flores brutales, laderas resbaladizas cubiertas de guijarros y pizarra, y caminos de cabra que terminaban brusca e inexplicablemente al borde de un precipicio. Destrocé las botas nuevas y fue entonces cuando me envolví los pies con unas vendas. Por la noche Pelagia yacía

conmigo mientras yo me helaba en una cueva, y por la mañana andaba delante de mí rumbo al sur. Pude ver el vaivén de sus caderas y el ondear de su falda, vi cómo se agachaba a coger flores, y cuando me caía ella sonreía y me esperaba.

En aquella región hay osos, perros salvajes que podrían ser lobos, linceos y ciervos. Hubo ocasiones en que arranqué con mis dientes la carne cruda de una presa abandonada, y en una ocasión un águila soltó sin querer un pichón cerca de mis pies y se lanzó en picado a tal velocidad que sus garras me arañaron las manos cuando me abalancé sobre su víctima. En esos sitios tan desolados también vive gente, personas que son como animales. Los hay rubios que hablan de un modo tan extraño que es imposible entenderlos; viven en pequeñas casas de piedra o bien de madera, visten harapos y se alimentan de unos estofados inmundos que hacen a base de carne y raíces, utilizando para ello unas cacerolas viejas cuyas grietas sueldan con barro. Esas personas me arrojaron piedras, pero cuando caí de rodillas y me señalé la boca con el dedo, me acogieron y me dieron de comer como si fuera un niño. Fue uno de ellos el que me regaló ese colete hecho de pieles.

De camino empecé a decirme que mi cuerpo se hacía pedazos y que yo estaba enloqueciendo. No sabía qué estaba pasando. No sólo veía a Pelagia sino también a extraños monstruos que me amenazaban con sus fauces repletas de dientes. Pasé por un sitio donde había una cascada, una cascada tan alta que el agua rugía como el mar en la tempestad; caía a una poza donde se arremolinaba sin parar, tragando todo cuanto pasaba por allí, y vi que no había otra forma de ir hacia el sudoeste que cruzándola a nado. A mi izquierda tenía un risco que sobresalía, pero ni una cabra habría podido trepar por él y me pareció que había un ser con tres cabezas que quería devorarme. Me quedé allí plantado sin otra cosa en mente que la batalla entre mi desesperación para llegar a casa y el miedo al agua y al monstruo, Vi a Pelagia andando delante de mí, aparentemente sobre el agua, como Nuestro Señor, y reparé en que había un saliente en la base del risco, así que pasar me resultó tan fácil como vadear los bajíos de la rada de Assos para subir a una barca.

Cuando supe que me estaba volviendo loco supe también que tenía que parar, al menos por un día. Llegué a una barraca de piedra entre unos árboles, en un lugar donde el terreno se elevaba hasta el pie de una montaña y las hojas de pino cubrían el suelo con un manto blando y tupido. Dentro no había nadie, y como no supe discernir si estaba habitada, entré y me acosté contra la pared y me quedé dormido, pero soñé que estaba en un bombardeo.

Alguien me despertó de un puntapié. Cuando vi que era una vieja bruja, me pregunté si habría cambiado de sueño, pero no era así. Era menuda y arrugada, y llevaba sus escasos mechones de pelo sujetos en un moño. Tenía la espalda torcida y encorvada, el vestido hecho jirones, y las mejillas hundidas y la barbilla prominente, pues no conservaba ni un diente.

Un día, cuando tenga Fuerzas para hablar, contaré esta historia a todos los de la *kapheneia* para que se rían, porque lo cierto es que aquel espantajo se encaprichó de

mí. Olvidaba decir que sólo tenía un ojo. El otro estaba cerrado y marchito.

La vieja conocía únicamente una palabra, *Circe*, que imagino era su nombre —se señalaba a sí misma diciéndola, así que yo tuve que decir *Mandras* y señalarme también—, y su voz era como el graznido de un cuervo. Su único ojo se iluminaba cada vez que me miraba. Me dio de comer carne de cerdo de la piara que guardaba junto a un bosquecillo de robles para que se alimentaran de bellotas. La mujer me repugnaba y horrorizaba, pero me di cuenta de que era un alma cándida a quien Dios había dado un corazón bueno.

La tercera noche que estuve allí dormí como no dormía desde hacía meses, y como mi cuerpo empezaba a sanar gracias a la comida no soñé con bombas ni cadáveres, sino con Pelagia. En mi sueño aparecía ceñuda e impaciente por mi demora, y por primera vez en mis alucinaciones corrí hacia ella y la besé. Nos fundimos en un abrazo y ella respondió mi pasión y pronto estuvimos tendidos en el suelo del bosque. Ella se aferraba a mí, recorriendo mi cuerpo con sus manos y enardeciéndome, y sus labios quemaban como el fuego. Me mordió el labio y se contoneó, yo le desgarré la ropa para que mis manos conocieran sus pechos y sus muslos, y temblé con los vientos de Dionisos y la penetré. Al momento note en mi ijada la arremetida del deseo, y mientras me retorció en el supremo instante me desperté.

La vieja arpia se contorsionaba, gemía y graznaba debajo de mí, entrecerrado por el éxtasis su solitario ojo de loca. Por un instante permanecí encima de ella, perplejo y confundido, pero luego me puse en pie de un salto gritando de horror y rabia, pues sabía que la vieja me había seducido adoptando la forma de Pelagia. «Bruja, bruja», le grité dándole de puntapiés, y ella se incorporó para protegerse; los pezones le caían hasta la cintura y tenía el cuerpo lleno de úlceras como las mías. Agitó los brazos y chirrió como un pájaro en las fauces de un gato, y fue en ese instante cuando comprendí que los dos estábamos locos, como loco estaba el mundo. Eché la cabeza hacia atrás y reí. Había perdido la virginidad con una bruja vieja, fea y solitaria, y eso era sólo una pequeña muestra de cómo Dios había apartado sus ojos de nosotros encomendándonos a la maldad y los caprichos del oscuro. El mundo parecía el mismo, pero bajo la superficie le habían salido multitud de forúnculos. Volví a acostarme a su lado y así dormimos hasta el amanecer. Me había dado cuenta de que los humanos estamos libres de culpa.

Ella intentó impedir que me marchara, se arrodilló a mis pies, lloró y aulló agarrada a mis rodillas. Fue un triste espectáculo, pero recuerdo que pensé que como ya nada importaba, daba lo mismo que ella también participara de este padecimiento que ha tomado al mundo por asalto y lo ha arrasado por completo.

Llegué a Trikkala y conseguí que me llevaran en un camión que regresaba del frente con un cargamento de heridos. El conductor miró la sangre de mis pies y los girones de mi uniforme y decidió que yo también era un herido. Así, pude ocupar el sitio de otro que había muerto. En Lipson subí a otro camión hasta Agios Nikolaos y

luego hasta Arta y Preveza, y desde allí me fue fácil llegar a Levkas con un pescador amigo que llevaba el correo hasta la isla. Llegué a Ítaca en otra barca de pesca, y a casa en otra más. Fui a pie desde Sami hasta la casa de Pelagia...

A mi llegada no encontré otra cosa que un horror idéntico a mi reacción ante la vieja del bosque, y sólo fui reconocido por un animalito estúpido, *Psipsina*. La decepción, tras todos aquellos sueños y batallas, errando con Pelagia a mi lado cual faro protector, apagó la llama que ardía en mi interior, y la fatiga se apoderó de mí. Cerré los ojos y caí en las tinieblas, como los espíritus de los muertos.

He dicho que fue Pelagia y el sentido de la belleza lo que me trajo a casa, pero no he dicho nada acerca de lo segundo. Un día de diciembre, cerca del paso de Metsovon y a veinte grados bajo cero, los italianos lanzaron una bengala. El cohete explotó en una cascada de luz azulada delante de la luna llena, y las chispas fueron cayendo a tierra a cámara lenta como almas de ángeles reacios. Mientras aquel pequeño sol de magnesio llameaba en el aire, los negros pinos salieron de sus humildes sombras como si antes hubieran estado cubiertos por un velo virginal y de pronto decidiesen dejar ver el aspecto que tienen en el cielo. La ventisca de nieve latía con la incandescencia de la castidad absoluta del hielo, un mortero escupió desconsoladamente, ululó un búho. Por primera vez en mi vida me estremecí físicamente de algo distinto del frío: el mundo había mudado de piel, revelándose como pura luz y energía.

Mi deseo es recuperarme para volver al frente y experimentar, aunque sólo sea una vez más, ese instante perfecto en que vi el rostro de Gabriel en un instrumento de guerra.

23. 30 DE ABRIL DE 1941

Se cuenta que en el palacio real, que era tan extenso que la familia real se desplazaba en bicicleta y tan abandonado que sus grifos vomitaban cucarachas, apareció una Dama Blanca que presagiaba la catástrofe. Sus pisadas no hacían ruido y su rostro brillaba de malevolencia, y cuando dos ayudas de cámara intentaron arrestarla por agredir a la abuela del príncipe Christopher, la dama se desvaneció en el aire. Si aquel día hubiera vagado por palacio, la dama lo habría encontrado lleno de soldados alemanes. Si hubiera llegado hasta la ciudad, habría encontrado la esvástica ondeando en la Acrópolis, y habría tenido que viajar hasta Creta para dar con el rey.

Los cefalonios no necesitaban fantasmas aviesos que les advirtieran de nada. Dos días antes, los italianos habían tomado Corfú en circunstancias burlescas que iban a repetirse hoy paso por paso, y no había nadie en la isla que no temiera lo peor.

Lo angustioso era la espera. Una gran nostalgia lo invadía todo como una niebla palpable; era como hacer el amor por última vez con alguien a quien uno adora y que se marcha para siempre. Cada momento final de libertad y de seguridad era saboreado e inculcado en la memoria. Kokolios y Stamatis, el comunista y el monárquico, estaban sentados a una mesa limpiando los componentes de un fusil de caza que llevaba cincuenta años acumulando polvo en una pared. No tenían cartuchos, pero, como a todos en la isla, les parecía importante emprender algún gesto de resistencia. Sus dedos buscaban calmar las tormentas de inquietud y especulación que asolaban su mente, y se hablaban en voz baja con un cariño mutuo que contradecía los muchos años de vehementes diferencias ideológicas. Ninguno de los dos sabía cuánto les quedaba de vida, pero se habían convertido en imprescindibles el uno para el otro.

Los parientes se abrazaban más de lo habitual; padres que esperaban ser abatidos a palos acariciaban el pelo de preciosas hijas que esperaban ser violadas. Hijos y madres se sentaban juntos a la puerta de sus casas y hablaban con cariño de sus recuerdos. Los agricultores sacaban sus barriles de vino y los sepultaban en la tierra para que ningún italiano tuviera el placer de beber sus caldos. Las abuelas afilaban cuchillos de cocina y los abuelos recordaban antiguas gestas, tratando de convencerse de que la edad no había hecho mella en ellos; en la intimidad de los cobertizos practicaban el *armas al hombro* con palas y bastones. Mucha gente visitaba sus lugares favoritos por última vez, y comprobaban que las piedras, el polvo, el mar pelúcido y la roca milenaria habían adoptado un aire de tristeza como el que uno encuentra en una habitación donde un niño yace a las puertas de la muerte.

El padre Arsenios se arrodilló en su iglesia e intentó hallar palabras para rezar, desconcertado por la novedosa sensación de haber sido defraudado por Dios. Se había acostumbrado tanto a la idea de estar condenado a ser él el que defraudaba a Dios que no supo encontrar una fórmula exenta de reproches e incluso de insultos. Recurrió a su acostumbrado «Jesús, hijo de Dios, ten piedad de mí, pobre pecador», y pensó que

en tantos años de repetirlo no había conseguido aún que la frase surgiese de lo más hondo de su ser. De joven había llegado a creer que algún día esta oración le revelaría la visión de la Divina e Increada Luz, pero ahora sabía que se había convertido en una fórmula, una barrera entre él y el Dios mudo y esquivo. «Jesús, Hijo de Dios —dijo por último—, pero ¿qué demonios te pasa? ¿Qué objeto tenía el Gólgota si el Diablo no era derrotado? Creí que habías dicho que el pecado había sido desterrado. ¿Acaso tu muerte fue en vano? ¿Dejarás que nosotros muramos en vano también? ¿Por qué no haces algo? Sé que presides invisiblemente la Eucaristía, pero si eres invisible, ¿cómo sé que estás ahí?». Su papada vibraba de emoción; se sentía como el muchacho que ha llegado a hombre y acaba de descubrir que su padre no le ha dejado nada en herencia. «Jesús, Hijo de Dios —oró—, si no piensas hacer nada, yo sí».

El doctor Iannis leyó una vez más la célebre carta abierta a Hitler que Vlakhos había publicado en el *Kathimerini*. Emocionado por su noble y grandilocuente exposición del derecho a la independencia nacional, el doctor recortó el periódico, se levantó y pegó la carta en la pared con una chincheta, ajeno al hecho de que todos los hombres cultos de Grecia habían hecho lo mismo; allí se quedaría hasta 1953, amarilleando, enroscándose por las esquinas, mientras a cada año que pasaba sus sentimientos se intensificaban y reavivaban.

El doctor apartó a *Psipsina* de su escritorio, se sentó y escribió: «Tenemos la costumbre de comparar a las muchas naciones que han usurpado esta isla con los turcos. Así, romanos y normandos eran peores que los turcos; los católicos, peores aún; los propios turcos, en realidad no tan malos como nos gusta suponer. Los rusos eran infinitamente mejores y los franceses relativamente mejores. A estos últimos les gustaba hacer carreteras, pero no eran de fiar —como los turcos nunca nos prometieron nada, están por definición libres de toda perfidia—, y los británicos fueron durante una etapa peores que los turcos y luego los mejores de todos. La acritud griega contra los británicos surgió porque éstos vendieron descaradamente Parga a Alí Pasha, pero en esta isla fue motivada inicialmente por el gobernador, sir Thomas Maitland, que fue un tirano absoluto. Sin embargo, Charles de Bosset, un suizo que sirvió en el ejército británico, construyó nuestro inestimable puente de la bahía de Argostolion. Lord Napier hizo construir la espléndida sala de justicia de Lixouri, con su mercado porticado debajo (el Markato), y fue tan popular que tras su marcha la población organizó una suscripción para erigirle una estatua conmemorativa. Lord Nugent acabó siendo tan querido que nuestro parlamento le destituyó con un voto de agradecimiento. Frederic Adam, Stewart McKenzie y John Seaton parecen haber sido más panhelénicos que nosotros mismos, pero el general Howard Douglas fue un déspota atroz y escandaloso. Y así sucesivamente. ¿Qué enseñanzas sacamos de esto?

»Que estar asociados a los británicos es que te den a elegir entre dos bolsas atadas con un cordel al cuello. En una hay una víbora y en la otra oro. Con suerte, uno escoge la bolsa de oro, pero entonces descubre que los británicos se han reservado el

derecho de cambiarla por la otra sin previo aviso. Y al revés, la mala suerte hará que uno escoja la que contiene la víbora, después de lo cual los británicos esperarán a que te haya mordido para decirte: "No era nuestra intención; coge la otra bolsa".

»No sabemos qué pensar de los británicos. Con los turcos sabíamos que nuestros hijos serían tomados para jenízaros, y nuestras hijas para los harenes. Sabíamos que estaríamos exentos del servicio militar, que nos prohibirían montar a caballo y que nuestros sultanes serían unos lunáticos voluptuosos. Con los británicos no se puede estar seguro de nada, salvo de que te tratarán con desdén y luego te compensarán cien veces por ello. En una ocasión les adoramos tanto que pedimos que el príncipe Alfred fuera nuestro rey —y seguimos rindiendo culto a lord Byron—, pero otras veces nos han dado de patadas en la boca. En este momento constato, con gran pesar en el corazón, que nos han abandonado a nuestra suerte porque consideran que la guerra no se decidirá en Grecia.

»Espero con pesimismo, a sabiendas de que Corfú ha caído y de que esto puede ser lo último que escriba. Encomiendo mi memoria a la posteridad, y también la de mi querida hija Pelagia, y ruego para que quienquiera encuentre estos papeles y mi historia inacabada los conserve intactos. Rezo para que los británicos no nos hayan abandonado irrevocablemente y para que al fin se alcen con la victoria aunque yo haya muerto. Creo que he llevado una existencia buena y útil, y si no fuera por la hija que tal vez no sobreviva y los nietos que tal vez nunca veré, me satisface morir con la esperanza de que, como dice Platón, la muerte pueda ser "... un cambio, una migración del alma de un sitio a otro". Yo nunca lo he creído así, pero la inminencia de la invasión me convence de que la vida es triste y fatigosa, y de que la muerte quizá sea el momento de descansar con mi esposa dondequiera que haya podido ir. Solón dijo que ningún hombre puede ser considerado feliz hasta que muere, porque hasta entonces como mucho es afortunado; feliz en mi matrimonio y afortunado con mi hija. Que no haya sido en vano».

El doctor cogió una caja negra de hojalata de un estante superior. Dentro colocó el fajo de su historia de Cefalonia y este epílogo; como de costumbre, había empezado por un tema para terminar en otro. Cerró la caja con llave. Se puso la caja bajo el brazo, levantó la esterilla de debajo de la mesa y abrió la trampilla, dejando al descubierto la amplia cavidad que había sido practicada en 1849 para ocultar a los radicales que los británicos habían perseguido primero y puesto en el gobierno después. En aquel agujero donde antaño se habían escondido los fugitivos Joseph Momferatos y Gerasimos Livadas, el doctor guardó su testamento literario. Luego volvió al escritorio, cogió sus dos tomos de *The Complete and Concise Home Doctor* y se dedicó a repasar los capítulos que trataban de *hemorragia; vendajes; conmoción; torniquete; heridas de bala; quemaduras; cortes; cuchilladas; asepsia; drenaje e irrigación de heridas; tétanos; pus; trepanación para el alivio de las fracturas de cráneo*.

En casa de Drosoula, adonde habían trasladado a Mandras, la hija del doctor era

presa de la zozobra y la vergüenza: había empezado a sospechar que Mandras la torturaba a propósito.

Sus dolencias físicas habían disminuido considerablemente. Los nódulos rojos, el eczema, la piel de los pies, todo ello había iniciado un proceso curativo. Tenía la cara un poco más llena, las costillas se habían replegado bajo la carne nueva, empezaba a crecerle el pelo, y el destello de locura en su mirada habíase amortiguado hasta un tenue vislumbre que según el doctor no significaba ninguna mejoría. «Es una lástima —había dicho— que no le hirieran de verdad. Eso le habría dado un motivo concreto de preocupación». A Pelagia le había asustado y encolerizado aquella observación, pero en esos momentos no deseaba otra cosa que sacar su pequeña Derringer del delantal y pegarle un tiro en la cabeza a su novio. El caso es que Mandras había pasado a un estado menos manejable que la infancia, y ella estaba convencida de que lo hacía ex profeso como acto de venganza o de castigo. Tenía la certeza de que Mandras quería provocarle la mayor intranquilidad, y así era.

El doctor había diagnosticado el comportamiento de Mandras como estupor energético, estupor melancólico y, finalmente, estupor catatónico. El extraño modo en que padecía todas estas cosas en distintos momentos le hacía sospechar que no se trataba de ninguna de ellas, pero el doctor era incapaz de dar otra interpretación. *Shock de combate* tampoco le convencía y, al igual que Pelagia, empezaba a sentirse tentado de atribuir el estado del paciente a una necesidad psicológica de esclavizar a los demás mediante su propia inducción a un estado de absoluta dependencia. «Cree que nadie le quiere —decía el doctor— y se comporta así para obligarnos a demostrarle que no es así».

«Pero si yo no le quiero», pensaba una y otra vez Pelagia, sentada junto a la cabecera de su cama mientras tejía la colcha de matrimonio que aún no superaba el tamaño de una toalla.

Mandras había emprendido su exilio a la inaccesibilidad dramatizando la idea de la muerte. Como afectado de *rigor mortis*, yacía en la cama completamente rígido, los brazos levantados en una postura que ninguna persona normal habría aguantado más de un minuto. La saliva se le escurría de la boca, cayéndole por el mentón y un hombro y empapando la cama. Drosoula colocó un paño para absorberla, y al volver vio que él se había movido y que la saliva le resbalaba sobre el otro hombro. Debido a la posición de sus brazos su madre se las veía y deseaba para vestirle y desnudarle. Para descartar la catatonía, el doctor le había hecho una prueba consistente en clavarle alfileres; Mandras no había reaccionado, y tampoco cuando el doctor simuló pincharle un ojo. Le alimentaban con sopa administrada mediante un tubo metido en el gaznate, y no orinó ni defecó durante días hasta que Drosoula dejó de intentar que lo hiciera. Ese día ensució las sábanas de tal manera que la madre hubo de salir a la calle a vomitar.

El 25 de marzo Mandras se levantó para celebrar la fiesta nacional. Después de vestirse sin ayuda, se marchó y volvió borracho y alborozado a las tres de la

madrugada. Drosoula y Pelagia bailaron cogidas de las manos, riendo de alegría y alivio.

Pero al día siguiente Mandras volvió a quedarse en la cama, abúlico y mudo. Su rigidez se había trocado por un estado en que Mandras parecía haber repudiado su cuerpo. El doctor levantó un brazo y lo soltó: el brazo cayó a plomo sobre la cama como si de una media rellena de trapos se tratara. La temperatura le bajó en picado, los labios se le hincharon y amorataron, se le aceleró el pulso, y respiraba de un modo tan superficial que parecía desdeñar el aire.

Al día siguiente Mandras repitió el estado del anterior, con la salvedad de que ahora se resistía violenta pero diestramente a todo intento de moverlo o darle de comer. Drosoula hizo venir a Kokolios, Stamatis y Velisarios, pero ni siquiera los dos robustos viejos y el gigante consiguieron hacerle abrir la boca para que comiera. Por lo visto estaba resuelto a morir de inanición. Kokolios propuso darle unos azotes, la cura tradicional para los locos, cuya eficacia pasó a demostrar propinando un par de cachetes al paciente. Mandras se incorporó de golpe, se llevó la mano a la mejilla, dijo «Mierda; ya verás cuando te coja, cabrón», y se hundió de nuevo en las sábanas. Todos los presentes habían llegado a tal estado de cólera y frustración que la idea de los azotes no les pareció nada mala.

Mandras continuó su política de resistencia y huelga de hambre hasta la noche del sábado 19 de abril, en que se recobró milagrosamente a tiempo de asistir a los grandes festejos de la Pascua.

El Jueves Santo se procedió a matar y colgar los corderos, los huevos fueron pintados de rojo y lustrados con aceite de oliva, y Mandras casi sucumbió al tradicional puré de lentejas. El Viernes Santo la isla entera se dejó llevar por el aroma del pan de Pascua que hacían las mujeres, y el sábado los hombres asaron los corderos, bromearon unos con otros y acabaron indecentemente borrachos mientras las mujeres se afanaban en preparar puré y salchichas. Durante todo ese proceso Mandras permaneció en cama, inmóvil, cagándose y meándose encima siempre que Drosoula acababa de cambiarle las sábanas.

Pero el sábado por la noche se levantó y, vestido de negro, y con un cirio negro sin encender en la mano, se sumó a la lúgubre procesión de los iconos hasta el monasterio de Sissia. Su estado parecía absolutamente normal; cuando Stamatis le deseó una pronta recuperación Mandras contestó: «Que Dios te oiga», y cuando Kokolios le palmeó la espalda y le felicitó por su súbita aparición entre los vivos, él le dedicó su sonrisa de siempre y le espetó el proverbial «Soy griego, y los griegos no estamos sometidos a las leyes de la naturaleza».

En el silencio y la oscuridad absolutos de la iglesia, Mandras aguardó con creciente ilusión. El suspense era insoportable, la guerra que amenazaba con llegar en cualquier momento había hecho de aquélla una Pascua patética; ¿resucitará Cristo tal como nos van las cosas? Muchos se preguntaban si aquéllas iban a ser sus últimas semanas de Pasión en este mundo, y cogían de la mano a sus hijos con más fuerza y

mayor emoción. Los que llevaban reloj advertían que los minutos duraban más de lo acostumbrado, y la gente estiraba el cuello para ver mejor el iconostasio.

Por fin apareció el sacerdote con su cirio encendido, y su voz tronó:

—*Christos anesti, Christos anesti.*

Un grito de júbilo surgió de las gargantas de los peregrinos, que respondieron:

—*Alithos anesti, alithos anesti.* —Y procedieron a encenderse los cirios unos a otros.

—Cristo ha resucitado —exclamó Drosoula, abrazando a su hijo.

—Pues claro —dijo él en alto, y besó a Pelagia en la mejilla.

Protegiendo la llama de su vela con la mano, Pelagia se preguntó: *Mandras anesti?* (¿Ha resucitado Mandras?). Captó la mirada de Drosoula y se dio cuenta de que las dos habían pensado lo mismo. Las campanas repicaron por toda la isla y la gente saltó y gritó en son de triunfo, aullaron los perros, rebuznaron los asnos y maullaron los gatos; el regocijo y la fe aliviaban las penas, y la gente se saludaba diciendo *Christos anesti*, sin cansarse de oír. *Alithos anesti* a modo de respuesta. Había concluido el ayuno de la semana anterior (en realidad, había sido obligado durante meses) e iba a producirse un nuevo milagro de los panes y los peces a medida que la gente empezaba a sacar los manjares para los que se habían reservado; esos festines debían interpretarse como un puñetazo en el ojo del Duce, un acto de resistencia y desafío.

Durante el banquete de medianoche y el cordero del domingo a mediodía, Mandras pareció el de siempre. La sopa de *mayeritsa* con su salsa de *avgolemono* desapareció en sus fauces como si acabara de volver de un día de pesca, y el cordero, espolvoreado de orégano y relleno con trocitos de ajo, fue engullido con apetito voraz digno de un turco. Pero el domingo por la tarde se desvistió e, inevitablemente, se trasladó una vez más a la cama.

Esta vez no sólo consiguió emular a la muerte, sino hacerlo con toda la apariencia del más acuciante dolor espiritual. Ni hablaba ni se movía, el pulso era cada vez más débil, la respiración se redujo al mínimo y la expresión de su cara hablaba elocuentemente de la más aguda y extraordinaria desdicha. El doctor explicó a Drosoula que su hijo seguramente había perdido la fuerza de voluntad, y a continuación se quedó de piedra al ver que Mandras se incorporaba y pedía la presencia de un sacerdote.

Al padre Arsenios le resultó imposible penetrar por la pequeña puerta de la casa, así que su formidable madre hubo de sacar a Mandras y depositarlo junto al embarcadero para que hablara con el clérigo.

—He hecho cosas terribles —dijo—, cosas terribles que no puedo enumerar. —Hablabla con visible esfuerzo, pugnando dolorosamente por pronunciar las palabras con voz apenas audible.

—Dilas, de todos modos —le aconsejó Arsenios, que estaba sudando tras haber venido a pie desde el pueblo y a quien estas situaciones siempre le resultaban

profundamente desconcertantes.

—He cometido adulterio —dijo Mandras—. Me follé a la reina.

—Ya —dijo Arsenios. Hubo un largo silencio.

—Me follé a la reina Circe porque creí que era otra persona.

—La reina no se llama Circe, o sea que no hay problema —dijo Arsenios, y se maldijo por haber acudido allí.

—Que Dios me ayude, no estoy hecho para vivir —prosiguió Mandras, convertida su voz en un susurro ronco y confidencial—. Además, tengo esta penitencia.

—¿Qué penitencia?

Mandras se palmeó las rodillas.

—¿Lo ve? No puedo mover las piernas, y ¿sabe por qué?

—Hace un momento te he visto moverlas.

Mandras giró lentamente la cabeza con un movimiento mecánico que recordaba la rotación de una rueda dentada.

—Son de cristal —dijo.

El padre Arsenios se puso en pie y volvió adonde Pelagia y Drosoula aguardaban en un discreto aparte.

—Sé lo que le pasa —dijo.

—¿Qué es, *patir*? —preguntó Drosoula, con voz de maternal ansiedad y esperanza.

—Está completamente loco. Habría que enviarlo al manicomio del monasterio y esperar un milagro.

El obeso cura regresó anadeando colina arriba y las dos mujeres se quedaron meneando la cabeza. Vieron con sorpresa que Mandras se levantaba y se acercaba a ellas, rígidas las caderas, moviendo agarrotadamente las piernas. Mandras se detuvo frente a ellas, se retorció las manos compungido, se arrancó un trozo de piel del eczema que le quedaba en la pierna, lo blandió delante de sus narices, manoseó torpemente los botones de su camisa de dormir y graznó:

—De cristal.

Volvió a su cama y a los dos días inició un período de cólera histérica. Empezó con gritos, siguió con un extraño episodio en que intentó amputarse la pierna con una cuchara, continuó con una fase en la que daba golpes a diestro y siniestro, y concluyó el 30 de abril con una ira terriblemente lúcida, en el transcurso de la cual pareció recobrar totalmente el juicio e insistió en que Pelagia le leyera sus cartas. Esto le provocó a ella un estado de turbación y vergüenza extremas.

Pelagia empezó por las primeras, aquellas en que el amor y el sentimiento de la separación habían inundado la página de líricos crescendos dignos de un poeta romántico:

—«*Agapeton, agapeton*, te quiero y te echo de menos y me preocupo por ti, ansío el momento de tu regreso, quiero coger tu dulce cara entre mis manos y besarte hasta

que mi espíritu vuele como los ángeles, quiero cogerte en brazos y amarte para que el tiempo se detenga y las estrellas caigan del cielo. Cada segundo de cada minuto sueño contigo, y cada segundo sé con mayor certeza que tú eres la vida, una vida más querida que la vida, la única cosa que la vida puede significar...».

Enrojeció de irritación, horrorizada ante aquellos *géisers* de emoción que parecían de otra persona, de un ser inferior. Se encogió del mismo modo que hacía cuando su tía le recordaba alguna cosa graciosa que había dicho o hecho de niña. Las palabras de amor se le atascaban ahora en la garganta y le dejaban un sabor amargo, pero cada vez que hacía una pausa Mandras la fulminaba con la mirada y le exigía que prosiguiera.

Se sintió aliviada casi hasta la náusea cuando llegó a las cartas en que empezaban a predominar las noticias. Su voz se aclaró, y notó que se tranquilizaba. Pero Mandras lanzó un grito y se aporreó los muslos con los puños:

—No quiero que me leas esos trozos, no quiero oír hablar de los enfadados que estabais porque yo no escribía. Quiero oír lo otro.

Aquella voz, quejosa como la de un niño mimado, irritaba a Pelagia, pero temía la fuerza y la locura vengativa de Mandras y siguió leyendo, censurando todo aquello que no atañera a la diversidad y calidad de su cariño.

—Las cartas son cada vez más breves —gritó él—, demasiado breves. ¿Crees que no sé lo que significa? —Cogió la última carta del montón y la agitó delante de su cara—. ¡Mira —exclamó—, cuatro líneas! ¿Crees que no lo sé? Vamos, lee.

Pelagia cogió la carta y la leyó para sus adentros, sabiendo ya lo que decía: «Tú nunca me escribes. Al principio eso me ponía triste y me preocupaba, pero ahora me doy cuenta de que a ti te da igual, y eso ha hecho que yo también pierda la ilusión. Quiero que sepas que te he liberado de tus promesas. Lo siento».

—Léela —exigió Mandras.

Pelagia estaba consternada. Manoseó la hoja de papel y sonrió con gesto conciliador.

—Tengo una letra horrible. No sé si podré descifrarla.

—Léela.

Pelagia carraspeó y con voz trémula improvisó:

—«Cariño mío, vuelve pronto, por favor. Te echo tanto de menos y suspiro por ti más de lo que imaginas. Guárdate de las balas, y...» —se detuvo, hastiada de su papel en aquella charada. Supuso que así debía sentirse una cuando la violaba un desconocido.

—¿Y qué? —insistió Mandras.

—«Y no sé cómo expresarte lo mucho que te amo» —concluyó Pelagia, cerrando los ojos de desesperación.

—Lee la carta anterior.

Era una carta que empezaba así: «Ayer me pareció ver una golondrina, eso significa que ya llega la primavera. Mi padre...», pero dudó y decidió improvisar otra

vez:

—«Cariño mío, te imagino como una golondrina que se ha ido volando pero que un día volverá al nido que te he hecho en mi corazón...».

Mandras la obligó a leer todas las cartas entregándoselas una a una, y así, con lágrimas en los ojos y voz temblorosa, hubo ella de soportar un largo purgatorio de pánico absoluto, cada carta una tortura de Sísifo, que la hizo sudar por todos los poros. Le suplicó que no la hiciese leer más, pero él se mantuvo firme. Pelagia se sentía morir por dentro mientras inventaba desesperadamente palabras cariñosas para aquel hombre al que había acabado compadeciendo y finalmente odiando.

Le salvó el rítmico ronroneo de unos aviones. Drosoula entró a toda prisa, gritando:

—¡Italianos, italianos! ¡Es la invasión!

«Gracias a Dios, gracias a Dios», pensó Pelagia, cayendo casi inmediatamente en la cuenta del absurdo de su alivio. Corrió fuera con Drosoula y allí se quedaron las dos cogidas del brazo, mientras aquellos marsupiales panzudos pasaban con estruendo, vomitando sus largas estelas de diminutos muñecos negros que experimentaban una sacudida hacia arriba al abrirse sus paracaídas, unos paracaídas de aspecto tan pulcro y bonito como las setas en un campo cubierto de rocío otoñal.

Nada ocurrió como la gente había previsto. Aquellos que habían pensado sentirse abrumados por la cólera padecieron en cambio sensaciones de asombro, curiosidad o apatía. Aquellos que sabían que iban a sentir pánico notaron una calma glacial y una oleada de severa determinación. Aquellos que se sentían terriblemente preocupados se tranquilizaron, y hubo incluso una mujer que se sintió embargada por un casi venial reconocimiento de salvación.

Pelagia corrió colina arriba para reunirse con su padre, siguiendo el atávico instinto por el cual los que se quieren deben estar unidos en el momento de la muerte. Lo encontró de pie en el umbral, como todos los demás en el suyo, protegiéndose del sol con una mano mientras contemplaba el descenso de los paracaidistas. Apenas sin resuello, se arrojó a sus brazos y lo notó temblar. ¿Acaso su padre tenía miedo? Le miró a los ojos mientras él le acariciaba el pelo, y advirtió que sus labios se movían y sus ojos brillaban, no de miedo sino de excitación. Él bajó la vista, irguió la espalda y agitó una mano hacia el cielo.

—Historia —proclamó—, todo este tiempo escribiendo historia y ahora la historia se desarrolla delante de mis ojos. Pelagia, hija de mi vida, yo siempre he querido vivir en la historia.

Dicho esto, entró en la casa y al punto volvió con un cuaderno de notas y un lápiz con la punta intacta.

Al desaparecer los aviones se hizo un profundo silencio. Parecía que no había ocurrido nada.

En los muelles, los hombres de la división Acqui desembarcaron como disculpándose por sus chapuceras lanchas de desembarco y saludaron alegre pero

tímidamente a la gente que los observaba desde sus casas. Algunos respondieron alzando el puño, otros agitando un brazo, y muchos hicieron aquel enfático gesto con la palma de la mano que, de tan insultante, en años posteriores se convertiría en una ofensa merecedora de cárcel.

En el pueblo, Pelagia y su padre observaron el deambular de los pelotones de paracaidistas mientras sus jefes consultaban mapas con labios apretados y entrecejos fruncidos. Algunos italianos parecían más bajos que sus rifles. «Qué grupo tan pintoresco», observó el doctor. Al fondo de una de las hileras de soldados, un hombre particularmente minúsculo provisto de un casco con plumas de gallo parodiaba el paso de la oca con un dedo puesto bajo la nariz imitando un bigote. Al pasar junto a Pelagia el hombre abrió unos ojos como platos y aclaró: *Signor Hitler*, ansioso de que ella captara el chiste.

Desde la puerta de su casa Kokolios hizo un desafiante saludo comunista, el brazo en alto y el puño cerrado, para quedar totalmente perplejo cuando un pequeño grupo de soldados le vitoreó y le devolvió el saludo, con brío y exageración. Kokolios bajó el brazo y se quedó boquiabierto de asombro. ¿Se estaban burlando o es que había camaradas en el ejército fascista?

Un oficial que estaba buscando a sus hombres se detuvo e interrogó nerviosamente al doctor, agitando un mapa en sus narices:

—*Ecco una carta della Cephallonia* —dijo—. *Dov'è Argostolion?*

El doctor escudriñó los oscuros ojos de aquel rostro bien parecido, diagnosticó un caso terminal de extrema afabilidad y replicó, en italiano:

—Yo no hablo italiano, y Argostolion está más o menos enfrente de Lixouri.

—Para no hablarlo, lo hace con mucha soltura —dijo el oficial, sonriendo—. ¿Y dónde queda Lixouri?

—Pues enfrente de Argostolion. Si encuentra una, encontrará la otra, sólo que tendrá que nadar un poco entre las dos.

Pelagia le dio un codazo de advertencia, temiendo represalias. Pero el oficial suspiró, se levantó el casco para rascarse la frente y los miró de soslayo:

—Me voy con los otros —dijo, y así lo hizo, pero regresó un momento después, ofreció a Pelagia una pequeña flor amarilla y desapareció una vez más.

—Extraordinario —dijo el doctor Iannis, garabateando en su cuaderno.

Una columna de hombres más elegantes que los demás pasó desfilando ordenadamente. Al frente de los mismos sudaba el capitán Antonio Corelli del 33.º Regimiento de Artillería; colgado a la espalda llevaba un estuche que contenía la mandolina a la que había bautizado como *Antonia*, porque era su otra mitad. Al divisar a Pelagia gritó:

—*Bella bambina* a las nueve en punto. ¡Vista a la izquierda!

Las cabezas de la tropa giraron al mismo tiempo como movidas por un resorte, y durante un sorprendente minuto Pelagia presenció una demostración de las payasadas y expresiones más cómicas y grotescas inventadas por el hombre. Uno de los

soldados se hizo el bizco y dobló su labio inferior hacia abajo, otro hizo un puchero y le envió un beso, otro convirtió su paso en andares a lo Chaplin, otro fingió ir tropezando con sus propios pies y otro se puso el casco de través, hinchó las ventanas de la nariz y puso los ojos literalmente en blanco haciendo desaparecer la pupila tras el párpado superior. Pelagia se cubrió la boca con la mano.

—No te rías —le ordenó el doctor—. Nuestra obligación es odiarlos.

24. UNA RENDICIÓN MUY POCO AFABLE

No llegué a Cefalonia hasta mediados de mayo, y si fui transferido allí, al 33.º Regimiento de Artillería, división Acqui, fue porque los problemas musculares de mi muslo me habían dejado temporalmente inútil para otra cosa que no fueran servicios de guarnición. En aquellos momentos me sentía tan decepcionado del ejército que habría ido a cualquier parte sólo para estar tranquilo, meditar sobre mis recuerdos y rascarme las heridas. Estaba experimentando la abyecta depresión de los soldados que han llegado a la conclusión de haber estado luchando en el bando equivocado, gastando infinitud de esfuerzos y agotando las fuentes del valor y la cordura hasta quedar vaciado; de hecho tenía la sensación de que mi cabeza estaba hueca y de que la cavidad de mi tórax era un vacío. Aún estaba entumecido de pesar por la muerte de Francesco, y seguía sorprendiéndome de mi propia estupidez al no haber intuido que la quimera de obtener el mejor partido de mi vicio se había basado en un error de cálculo: es cierto que mi amor por Francesco me había inspirado grandes cosas, pero no había contado con la posibilidad de que lo mataran. Yo había ido a la guerra como un romántico y había salido de ella desolado, abatido e infeliz. Me viene a la cabeza la expresión *transido de dolor*, sólo que me parece inadecuada para describir la sensación de estar absolutamente deshecho, en cuerpo y alma. Supe que necesitaba huir —sentí envidia de nuestros soldados en Yugoslavia que habían cambiado de bando alistándose en la división Garibaldi—, pero al final es imposible huir de los monstruos que te devoran desde lo más hondo de las entrañas, y el único modo de subyugarlos es o bien luchar contra ellos, como Jacob contra el ángel o Hércules contra sus serpientes, o bien no prestarles atención hasta que ellos mismos se rindan y se desvanezcan. Yo hice lo segundo, y a ello contribuyó un pequeño milagro que se llamaba capitán Antonio Corelli. Él fue mi venero de optimismo, un manantial transparente, una clase de santo sin rastro de repelente piedad, una clase de santo que consideraba la tentación algo con lo que jugar y no algo a lo que resistirse, y que fue siempre un hombre de honor porque en realidad no conocía otra manera de ser.

Le conocí en el campamento, a las afueras de Argostolion, en los días anteriores a que los oficiales de intendencia concertaran alojamientos con la población local. Mediaba la primavera y la isla estaba en su apogeo de serenidad y belleza. Unos meses antes el tiempo puede ser muy borrascoso, y unos cuantos después insoportablemente caluroso, pero en primavera el clima es muy suave, hay una brisa ligera, algunas noches llueve moderadamente y brotan flores silvestres en los lugares más inesperados. Tras la tortura de la guerra me pareció haber desembarcado en la Arcadia; la sensación de paz era tan abrumadora que me provocó ganas de llorar, de agradecimiento e incredulidad. Aquélla era una isla en la que era imposible estar de mal humor, donde no había espacio para emociones malsanas. Cuando yo llegué la división Acqui había sucumbido ya a los encantos de la isla y, apoltronada en sus cojines y entrecerrados los ojos, se había sumido en un sueño apacible. Olvidamos

que éramos soldados.

Lo primero que me chocó fue la lancinante claridad de la luz. Supongo que sería ridículo sostener que el aire de Cefalonia carece de densidad, pero la luz es allí tan pelúcida, tan pura, que uno queda temporalmente cegado y arrollado por ella, pero sin sentir dolor. Estuve dos o tres días yendo de un lado a otro con los ojos entornados. Descubrí que en Cefalonia anochece sin la intervención del crepúsculo, y que antes de llover la luz parece de nácar. Tras la lluvia, la isla huele a pino, a tierra tibia y a mar.

La segunda cosa que me chocó, es curioso, fue la magnitud y la antigüedad increíbles de los olivos. Eran nudosos y ennegrecidos, retorcidos y robustos, y me hacían sentir extrañamente efímero, como si hubieran visto gente como nosotros más de mil veces y luego hubieran contemplado nuestra partida. Eran árboles dotados de una omnisciencia paciente. En Italia talamos los árboles viejos y plantamos otros nuevos, pero aquí era posible poner la mano sobre la vetusta corteza, mirar por entre la bóveda del follaje los fragmentos de cielo resplandeciente y sentirse empequeñecido por la sensación de que otros quizá han hecho lo mismo bajo ese mismo árbol hace un milenio. Los griegos los mantienen vivos a base juiciosas podas repetidas generación tras generación; puede que los árboles acaben acostumbrándose a determinada familia de igual modo que una casa o un rebaño de ovejas.

La tercera cosa que me chocó fue la callada y resuelta dignidad de los isleños, y pronto iba a descubrir que no era yo el único impresionado por ello. Muchos de nuestros soldados eran del tipo camorrista y grosero que suele darse en cualquier ejército, el típico criminal que por serendipismo ha dado con un sistema legítimo de ser un hijo de puta, y algunos eran lo bastante borrachos y ruines como para actuar como si la conquista les hubiera otorgado derechos sobre la plebe, pero la verdad es que los isleños dejaron muy claro desde el principio que no iban a aguantar tonterías, tuviéramos armas o no. Por suerte los oficiales de la división eran gente honesta; de no ser así, los isleños no habrían tardado en sublevarse, como en efecto hicieron en las zonas ocupadas por los alemanes.

Ilustraré el orgullo del pueblo contando con detalle lo que ocurrió cuando les pedimos que se rindieran. Esto me lo contó el capitán Corelli. Él era proclive a exageraciones efectistas cuando narraba historias; todo en él era original, sus circunstancias le venían siempre pequeñas y solía decir cosas por mor de su eficacia para divertir, pasando irónicamente por alto la verdad. Por regla general el capitán observaba la vida con perpetuo asombro, y no tenía pizca de ese orgullo de sí mismo que impide que uno cuente chistes en que uno es el propio chanceado. Había gente que le consideraba medio chiflado, pero yo lo veo como alguien que amaba tanto la vida que le tenía sin cuidado dar una impresión u otra. Adoraba a los niños; una vez le vi dar un beso en la cabeza a una chiquilla mientras toda su batería esperaba en posición de firmes a que pasara revista, y le gustaba hacer reír a las mujeres guapas entrechocando los talones y saludando con tal precisión militar que convertía el

saludo en una parodia de todo lo marcial. Para hacerse una idea de la clase de hombre que era, diré que cuando saludaba al general Gandin lo hacía con tan poco garbo que rayaba la insolencia.

Me tropecé con él por primera vez en las letrinas del campamento. Su batería tenía una letrina particular llamada *La Scala*; Corelli había organizado un club de ópera cuyos miembros cantaban y cagaban juntos allí todas las mañanas, sentados en hilera sobre el entablado con los pantalones a la altura del tobillo. Había dos barítonos, tres tenores, un bajo, y un contratenor que era objeto de continuas mofas porque siempre le tocaba cantar las partes femeninas; la idea era que cada hombre soltara un zurullo o bien un pedo durante los crescendos, momento en que las voces taparían cualquier otro sonido. De este modo se minimizaba el oprobio de la defecación colectiva, y todo el campamento empezaba el día tarareando una vigorizante melodía. Mi primera experiencia de *La Scala* fue oír la interpretación del *Coro di zingari* a las siete y media de la mañana con acompañamiento de unos prodigiosos y vibrantes *timpani*. Naturalmente no pude resistir la tentación de investigar y me acerqué a un recinto de lona que tenía pintadas las palabras *La Scala* con betún blanco. Percibí una apabullante y fétida pestilencia, pero aun así entré y vi una hilera de soldados cagando, la cara enrojecida, cantando a pleno pulmón y aporreando con cucharas sus cascos de acero. La imagen me desconcertó y me maravilló a la vez, en particular porque había un oficial que dirigía despreocupadamente el concierto con ayuda de una pluma de ave en su mano derecha. Normalmente se saluda a los oficiales si van de uniforme, y sobre todo cuando llevan la gorra puesta. Mi saludo fue un incompleto y apresurado además que acompañó a mi partida. (Yo desconocía qué reglamento rige el saludo a un oficial de uniforme que está con los pantalones medio bajados durante un ejercicio consistente en una evacuación coral en territorio enemigo).

Posteriormente pasé a engrosar el plantel del club de melómanos al ser alistado como *voluntario* por el capitán después de haberme oído cantar mientras me lustraba las botas y darse cuenta de que yo era otro barítono. El capitán me entregó un papel arrancado del cuaderno de órdenes del propio general Gandin, donde se leía:

ULTRASECRETO

Por orden del CG, Supergreccia, el cabo Carlo Piero Guercio prestará servicios operísticos siempre que así lo requiera el capitán Antonio Corelli del 33.º Regimiento de Artillería, división Acqui.

Normas:

- 1). Los convocados para faenas musicales regulares estarán obligados a tocar un instrumento musical (cucharas, casco, peine y papel, etc.).
- 2). Aquel que fracase persistentemente en dar notas sobreagudas será castrado y sus testículos

donados para causas benéficas.

3). Aquel que sostenga que Donizetti es mejor que Verdi se verá obligado a vestir ropa de mujer, será ridiculizado públicamente delante de la batería, llevará una cacerola en la cabeza y en casos extremos se le exigirá que cante *Funiculi Funicula* u otra canción sobre el ferrocarril que el capitán Antonio Corelli estime conveniente determinar de vez en cuando.

4). Los fanáticos de Wagner serán fusilados sumariamente, sin juicio y sin posibilidad de apelación.

5). La embriaguez será preceptiva únicamente en aquellos casos en que el capitán Antonio Corelli no pague las rondas.

Firmado: general Vecchiarelli, jefe supremo, Supergreccia, en nombre de su majestad el rey Victor Emmanuel.

La versión del capitán sobre la capitulación de Cefalonia decía que los jefes militares en el momento del desembarco se habían dirigido al ayuntamiento de Argostolion a fin de recibir la rendición de manos de las autoridades locales.

Se habían detenido a la puerta del ayuntamiento con un pelotón armado y habían enviado un mensaje exigiendo la entrega del edificio y de la autoridad. La respuesta rezaba simplemente «A tomar por culo». Gran consternación y sobresalto entre nuestros oficiales. Éste no es vocabulario para la diplomacia, ni una respuesta adecuada por parte de quienes se supone están temblando de miedo bajo la bota de los conquistadores. Otro mensaje amenazando con echar abajo el edificio. La nota de respuesta especifica que cualquier italiano que exija la rendición será fusilado sin demora. Más consternación, esta vez causada por las conjeturas sobre si los que están dentro tendrán realmente armas o no. Los oficiales se muestran incómodos ante la idea de tener que organizar un asedio. Mandan otro mensaje exigiendo una aclaración. La respuesta dice: «Si no sabéis lo que significa "a tomar por el culo", venid aquí y os lo explicaremos». Uno de los oficiales, de pie a plena luz del sol, exclama: *Mierda*. La cosa se retrasa una media hora mientras crece la confusión, tras lo cual sale otra nota del ayuntamiento que dice: «Nos negamos categóricamente a rendirnos a una nación a la que hemos derrotado por completo, y exigimos el derecho a rendirnos a un oficial alemán de alto rango». Al final traen en avión a un oficial alemán estacionado en Zante, Corfú o algún otro sitio, y las autoridades salen triunfantes del ayuntamiento tras habernos humillado y aniquilado en nuestro primer día de conquista.

Así me lo contó Corelli, y estoy seguro de que ciertos detalles fueron objeto de exornación por su parte, pero es cierto que las autoridades locales se negaron a rendirse a nosotros y que al final tuvimos que hacer venir a un alemán. Corelli consideraba esta historia como extremadamente chistosa, y le gustaba contarla una y otra vez multiplicando el número de mensajes e insultos, mientras los demás le

escuchábamos sentados y con las orejas ardiendo.

Yo creo que a Corelli le resultaba tan divertida porque para él la única cosa seria era la música, hasta que conoció a Pelagia. En cuanto a mí, acabé queriéndole tanto como había querido a Francesco, pero de un modo totalmente distinto. Él era como una orquídea saprofítica, capaz de crear armonía y belleza incluso mientras crece y florece sobre un montón de mierda en un lugar lleno de esqueletos. Dejó que se le oxidara el fusil y llegó incluso a perderlo en un par de ocasiones, pero ganó varias batallas armado únicamente de su mandolina.

25. RESISTENCIA

Por toda la isla surgían *grafitti* que, alegre o maliciosamente, explotaban el hecho de que los italianos no pudieron descifrar la escritura cirílica. Tomaban la R por una P, ignoraban que la G puede parecer una Y o una L invertida, no tenían ni idea acerca del triángulo, creían que una E era una H, interpretaban la theta como una especie de O, no se percataban de que la letra en forma de tienda de campaña era la misma que la que parecía una Y invertida, les confundían las tres franjas horizontales que podían ser igualmente leídas como un garabato, sabían por las matemáticas que pi era 22 dividido por 7, desconocían que una E del revés fuera una S, que la Y podía escribirse también como una V y de hecho era una E, les despistaba el que existiera una O con un palo vertical que en realidad era una F, no entendían que la X era una K, fracasaban estrepitosamente a la hora de encontrar un significado al airoso tridente y coincidían en que la omega les recordaba un pendiente. Ergo, las condiciones eran inmejorables para las furtivas pintadas nocturnas en grandes letras blancas sobre todas las paredes disponibles, en particular cuando los ringorrangos de una caligrafía particular podían hacer las letras todavía más inescrutables. La palabra ENOSIS pugnaba por desbancar a ELEPHThERIA; *Viva el rey* coexistía sin problemas con *Trabajadores del mundo, uníos*; *Al carajo los italiani* lindaba con *Chúpamela, Duce*. Un admirador de lord Byron escribió «Soñé que Grecia aún podía ser libre» con vacilante letra romana, y el general Tsolakoglou, nuevo dirigente colaboracionista del pueblo griego, aparecía por doquier como un personaje de tebeo, cometiendo diversos, obscenos y repugnantes actos con el Duce.

Los hombres contaban chistes de italianos en los campos y las *kapheneias*: ¿Cuántas marchas tiene un tanque italiano? Cinco: una de avance y cuatro marchas atrás. ¿Cuál es el libro más breve del mundo? El libro de los héroes de guerra italianos. ¿Cuántos italianos hacen falta para poner una bombilla? Uno subido en una escalera para aguantar la bombilla y doscientos para hacer girar la escalera. ¿Cómo se llama el perro de Hitler? Benito Mussolini. ¿Por qué llevan bigote los italianos? Para acordarse de sus madres. Por su parte, los soldados italianos acampados preguntaban: ¿Cuándo se sabe que una griega tiene la regla? La respuesta era: «Cuando lleva un solo calcetín». Fue un largo interludio durante el cual ambas poblaciones guardaron mutuamente las distancias, aquietando mediante chistes los unos la suspicacia culpable y los otros el lívido resentimiento. Los griegos hablaban con vehemencia y en secreto de los partisanos, de formar una resistencia, y los italianos se recluían en sus campamentos, donde sus únicos indicios de actividad eran la organización de las baterías, un reconocimiento diario por aviones anfibios y la patrulla que hacía la ronda a caballo al anochecer, más interesados en cautivar a la población femenina que en hacer cumplir el toque de queda. Y luego vino la decisión de alojar a los oficiales en casas de miembros idóneos de la población local.

Pelagia se enteró de ello, al volver un día del pozo y encontrarse con un orondo oficial italiano, acompañado por un sargento y un soldado raso, de pie en la cocina mirándolo todo con aire evaluador y tomando notas con un lápiz ridículamente romo.

Pelagia había dejado de temer que la fueran a violar y se había acostumbrado a torcer el gesto ante las miradas lascivas y a sacudirse las manos que intentaban pellizcos exploratorios en su trasero; los italianos habían resultado una especie modesta de Romeo que se resigna a que le den plantón, pero no abandona la esperanza. No obstante, Pelagia se llevó un susto cuando entró en la cocina y se encontró con los soldados. Tras un instante de vacilación, decidió darse la vuelta y echar a correr, pero el rollizo oficial sonrió de oreja a oreja, levantó los brazos en un gesto de *si pudiera se lo explicaría, pero no hablo griego*, y dijo *Ah* de una manera que significaba *me alegro de verla ya que es tan guapa, y me siento incómodo estando en su cocina, pero ¿qué quiere que haga?* Pelagia dijo *Aspettami, vengo*, y salió corriendo en busca de su padre, que estaba en la *kapheneia*.

Los soldados esperaron obedientemente. Pelagia no tardó en regresar con su padre, el cual se sentía turbado ante la perspectiva del encuentro. Una oleada de pavor esperaba el momento de asaltar su corazón y debilitarlo, pero también había el frío y distante coraje que asiste a quienes están decididos a combatir la opresión con dignidad; recordó su propio consejo a los muchachos en la *kapheneia* (*Utilicemos la ira con sensatez*) y sacó pecho. Se lamentó de no haber conservado el bigote con las puntas enceradas y así poder retorcerse las extremidades con expresión hosca y recriminatoria.

—*Buon giorno* —dijo el oficial, tendiendo esperanzado su mano. El doctor advirtió el carácter conciliador del gesto, carente del desmesurado orgullo del conquistador, y para su sorpresa se encontró estrechando la mano que le ofrecían.

—*Buon giorno* —contestó—. Espero que disfrute de su lamentablemente breve estancia en la isla.

—¿Breve, dice? —El oficial enarcó las cejas.

—Les han expulsado de Libia y de Etiopía... —dijo el doctor, dejando que el italiano extrapolara el resto.

—Habla usted muy bien mi idioma —dijo el oficial—, es el primero que me encuentro que sabe italiano. Necesitamos intérpretes urgentemente para poder trabajar con el pueblo. Habrá ciertos privilegios. Parece que aquí nadie habla italiano.

—Querrá usted decir que en su regimiento nadie habla griego.

—Está bien, si lo prefiere así... Era sólo una idea.

—Muy amable —dijo el doctor, mordaz—, pero comprenderá que los que sí sabemos italiano lo olvidamos de golpe cuando nos piden que lo hablemos.

El oficial sonrió:

—Es comprensible, dadas las circunstancias. No pretendía ofenderle.

—Está Pasquale Lacerba, el fotógrafo. Es un italiano que vive en Argostolion, pero es posible que él tampoco quiera cooperar. Claro que es demasiado joven y no

sabe lo que se hace. En cuanto a mí, soy médico y bastante trabajo tengo como para dedicarme a colaborar.

—Vale la pena probarlo —dijo el oficial de intendencia—; en general no entendemos nada.

—No sabe la suerte que tiene —comentó el doctor Iannis—. ¿Le importa decirme el motivo de su visita?

—Ah —dijo el otro, visiblemente incómodo y consciente de lo engorroso de su situación—, bueno, verá, lamento tener que comunicarle que... nos vemos obligados a alojar a un oficial italiano en esta casa.

—Sólo hay dos habitaciones, la de mi hija y la mía. Lo veo poco factible; además, como se habrá dado cuenta, lo que me pide es un ultraje. Me niego.

El doctor se erizó como un gato enfadado y el oficial se rascó la cabeza con el lápiz. Realmente era un problema que el doctor hablara italiano; en otras casas había eludido este tipo de escenas dejando que los infortunados huéspedes se las arreglaran, mediante gruñidos y gesticulaciones, cuando se presentaban sin previo aviso con sus bolsas y sus chóferes. Los dos hombres se miraron, el doctor con la barbilla en orgulloso ángulo prominente y el italiano buscando la fórmula que indicara a la vez firmeza y apaciguamiento. De pronto, la expresión del doctor se demudó:

—¿Y dice usted que es oficial de intendencia? —preguntó.

—No, *signor dottore*, esa conclusión la ha sacado usted por su cuenta. Sí, soy oficial de intendencia. ¿Por qué?

—Entonces tendrá acceso a medicamentos.

—Naturalmente —contestó el oficial—, yo tengo acceso a todo.

Intercambiaron miradas, adivinando el hilo del pensamiento del otro.

—Ando escaso de muchas cosas —dijo el doctor Iannis—, y la guerra ha empeorado aún más la situación.

—Y yo ando escaso de alojamientos...

—Pues trato hecho —dijo el doctor.

—De acuerdo —dijo el oficial—. Cualquier cosa que necesite, mándeme un mensaje con el capitán Corelli. Estoy seguro de que le caerá bien. A propósito, ¿entiende usted algo de callos? Nuestros médicos son unos ineptos.

—Para sus callos necesitaré probablemente morfina, agujas hipodérmicas, pomada de azufre y yodo, neosalvarsán, vendas e hilas, alcohol de 90 grados, ácido salicílico, escalpelos y colodión —respondió el doctor— todo en cantidad suficiente, no sé si me entiende. De momento procúrese unas botas de su número.

Una vez se hubo ido el oficial tras tomar nota detallada del pedido del doctor, Pelagia cogió a su padre del brazo y le preguntó nerviosa:

—Pero papá, ¿dónde va a dormir? ¿Tendré que cocinar para él? ¿Y qué comida le voy a dar? Casi no tenemos nada.

—Dormirá en mi cama —dijo el doctor, sabiendo que Pelagia protestaría.

—Ni hablar, papá, que use la mía. Yo dormiré en la cocina.

—Ya que insistes, *koritsimou*... Además, piensa en todos los medicamentos que nos reportará. —Se frotó las manos y añadió—. El secreto de la ocupación está en explotar a los explotadores. Y en saber resistir. Creo que a este capitán se lo haremos pasar fatal.

El capitán Corelli llegó al atardecer con su chófer y flamante barítono, el cabo Carlo Piero Guercio. El *jeep* derrapó y se detuvo provocando nubes de polvo y una alarma alborotada entre las gallinas que escarbaban en el camino; los dos italianos entraron por el patio. Carlo contempló el olivo, maravillándose de su tamaño, y el capitán echó un vistazo alrededor apreciando los signos de una tranquila vida doméstica. Había una cabra atada a un árbol, ropa tendida en una cuerda que iba del árbol a la casa, una reluciente buganvilla y una enredadera, y una mesa vieja sobre la cual descansaba un montoncito de cebolla picada. Había también una joven de ojos oscuros con un pañuelo anudado a la cabeza y en su mano un gran cuchillo de cocina. El capitán cayó de hinojos ante ella y exclamó con dramatismo:

—No me mate, por favor, soy inocente.

—No le haga caso —dijo Carlo—, siempre dice disparates. No puede evitarlo.

Pelagia sonrió contra su voluntad y sus propósitos, y se quedó mirando a Carlo. Era casi tan grande como Velisarios. Dos hombres normales habrían cabido en una pernera de su pantalón, y con el jersey que llevaba, Pelagia habría podido hacerle dos a su padre. El capitán se puso en pie de un salto.

—Soy el capitán Antonio Corelli, pero puede llamarme maestro si lo prefiere, y aquí le presento... —Cogió a Carlo por el brazo— a uno de nuestros héroes. Posee un centenar de medallas por salvar vidas, y ninguna por quitarlas.

—No le haga caso —dijo Carlo, sonriendo con timidez. Pelagia miró al gigantesco soldado y supo intuitivamente que, pese a su tamaño, pese a sus descomunales manos que bien podían ajustarse al pescuezo de un buey, era un hombre manso y más bien triste.

—Italiano y valiente: vaya bicho raro —repuso agriamente Pelagia, recordando las instrucciones de su padre sobre mostrarse lo menos amable posible.

—Rescató a un compañero herido en pleno campo de batalla —protestó Corelli—. Todo el ejército le conoce, y además declinó ser ascendido. Es una ambulancia humana. Todo un hombre, sí señor. Tiene una bala griega en la pierna para demostrarlo. Y ésta... —Tocó el estuche que llevaba en la mano— es *Antonia*. Ya haremos las presentaciones formales más adelante. Tiene ganas de conocerla, lo mismo que yo. ¿Puedo preguntarle por qué nombre le conocen los hombres?

Pelagia le miró atentamente por primera vez y se dio cuenta que era el mismo oficial que había ordenado a su pelotón de fanfarrones que desfilaran vista a la izquierda. Se ruborizó. En ese mismo instante Corelli la reconoció y se mordió el labio inferior parodiándose a sí mismo.

—Ah —exclamó, y se dio un cachete en la muñeca. Volvió a caer de hinojos, la cabeza gacha a modo de penitencia, y dijo dulcemente—: Padre, perdóname porque

he pecado. *Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa*. —Se golpeó el pecho y se secó una lágrima imaginaria.

Carlo cambió una mirada con Pelagia y se encogió de hombros.

—Siempre está igual —dijo.

El doctor Iannis salió de la casa, vio al capitán de rodillas delante de su hija, se percató de la divertida expresión de ésta y dijo.

—¿Capitán Corelli? Quiero hablar un momento con usted. Ahora.

Sobresaltado por el tono autoritario del doctor, Corelli se levantó con embarazo y le tendió la mano. El doctor le negó la suya y dijo secamente:

—Quiero una explicación.

—¿De qué? Yo no he hecho nada. Debe usted disculparme, sólo estaba bromeando con su hija. —Se agitó nervioso, consciente de que tal vez había metido la pata.

—Quiero saber por qué han desfigurado el monumento.

—¿Qué monumento? Perdona, pero...

—El monumento, el que hay en medio del puente que hizo construir De Bosset. Ha sido mutilado.

Perplejo, el capitán arrugó el entrecejo, pero de pronto su rostro se iluminó:

—Ah, se refiere al de la bahía de Argostolion, ¿no? ¿Por qué, ha pasado algo?

—El obelisco tenía una inscripción que rezaba: *A mayor gloria del pueblo británico*. Me he enterado de que unos soldados suyos han desportillado las letras. ¿Cree que es tan fácil borrar nuestra historia? ¿Son tan estúpidos como para pensar que olvidaremos su contenido? ¿Es así como hacen la guerra, cometiendo actos vandálicos contra monumentos? ¿Qué clase de heroísmo es éste? —La voz del doctor alcanzó nuevas cotas de vehemencia—. ¿A usted le gustaría que desfigurásemos las lápidas del cementerio italiano?

—No he tenido nada que ver con ello, *signor*. Está usted culpando a quien no debe. Lo lamento, pero... —Se encogió de hombros— la decisión no fue mía, y tampoco de los soldados.

El doctor frunció el entrecejo y levantó un dedo, hendiendo el aire:

—Si los subordinados siguieran los dictados de sus conciencias, capitán, no habría guerras ni tiranos.

El capitán miró a Pelagia como esperando su apoyo, y tuvo que soportar la insufrible sensación de haber vuelto de nuevo al colegio.

—He de protestar —dijo débilmente.

—Usted no puede protestar, porque no hay excusa posible. ¿Y por qué, dígame, han prohibido que se enseñe la historia de Grecia en nuestras escuelas? ¿Por qué obligan a todo el mundo a aprender italiano?

Pelagia sonrió para sus adentros; había oídos cientos de veces a su padre divagar sobre la lógica necesidad de implantar la enseñanza obligatoria del italiano en las escuelas.

El capitán sintió ganas de escabullirse como el muchacho al que pillan cogiendo caramelos de la caja reservada para los domingos.

—En el imperio italiano —dijo, notando el sabor amargo de las palabras en su lengua— es lógico que todo el mundo aprenda el italiano... Supongo que ésa es la razón. Pero repito que no soy responsable. —Empezó a sudar. El doctor le fulminó con una mirada que pretendía ser, y fue, asesina.

—Es patético —dijo, y giró sobre sus talones.

Una vez dentro se sentó en su escritorio, muy satisfecho de sí mismo. Se inclinó hacia adelante, importunó a *Psipsina* haciéndole cosquillas en los bigotes y le dijo con tono confidencial:

—Ya lo tenemos en el bote.

Fuera, en el patio, el capitán Corelli estaba atónito, y Pelagia sintió pena por él.

—Su padre es... —dijo él, pero no encontró la palabra.

—Sí que lo es —confirmó Pelagia.

—¿Dónde dormiré? —preguntó Corelli, contento de cambiar de tema. Todo su buen humor se había reducido a polvo.

—Dormirá usted en mi cama —dijo Pelagia.

En circunstancias normales Corelli habría preguntado «Ah, ¿es que vamos a compartirla? Qué hospitalaria», pero ahora, después de lo que había dicho el doctor, la información le dejó pasmado:

—De eso nada —repuso enérgicamente—. Esta noche dormiré en el patio y mañana solicitaré otro alojamiento.

Pelagia se sintió turbada por los sentimientos de alarma que crecían en su pecho. ¿Sería posible que algo dentro de ella desease que aquel forastero, aquel intruso, se quedara? Entró en la casa y comunicó a su padre la decisión del italiano.

—No se puede ir —dijo el doctor—. ¿Cómo voy a intimidarle si no está aquí? Además, parece un chico muy agradable.

—*Papakis*, le has hecho sentirse como una pulga. Casi me da pena, el pobre.

—Sin casi, *koritsimou*. Lo he notado en tu cara. —Cogió a su hija del brazo y volvió a salir—. Joven —dijo al capitán—, usted se queda, le guste o no. Es muy probable que el oficial de intendencia decida imponernos a alguien aún peor.

—Pero, *dottore*, la cama de su hija... No sería... sería terrible.

—Ella estará cómoda en la cocina, capitán. Me da igual como se sienta usted, no es mi problema. Yo no soy el agresor. ¿Me explico?

—Sí —contestó el capitán, estupefacto, y sin acabar de entender lo que estaba ocurriendo.

—Kyria Pelagia traerá agua, un poco de café y un poco de *mezedakia* para comer. Ya comprobará nuestra proverbial hospitalidad. Entre nosotros, capitán, es tradición ser hospitalarios incluso con quienes no se lo merecen. Es una cuestión de honor, palabra que tal vez le suene extraña. Si ese grandullón amigo suyo quiere unirse a nosotros, no hay inconveniente.

Carlo y el capitán aceptaron los minúsculos pasteles de espinacas, los calamares enanos fritos y la col rellena de arroz. El doctor los miraba ceñudo, disfrutando de la exitosa inauguración de su proyecto de resistencia, y los dos militares evitaban sus miradas, comentando con insulsa cortesía la belleza de la noche, el tamaño inverosímil del olivo y las demás trivialidades que se les ocurrían.

Carlo se alegró de poder marcharse de allí, y el capitán fue a sentarse desconsolado en el borde de la cama de Pelagia. Era la hora de cenar, y pese a las tapas el estómago le crujía por la fuerza de la costumbre. Sólo pensar en aquellos manjares maravillosos le provocaba flojera. El doctor entró otra vez y le dijo:

—La solución a su problema es comer mucha cebolla, tomates, perejil, albahaca, orégano y ajo. El ajo hará de antiséptico para las fisuras, y las demás cosas, tomadas todas juntas, ablandarán sus deposiciones. Es muy importante que no haga fuerzas; y si come carne, que sea siempre acompañada de mucho líquido y una guarnición de verduras.

El capitán se quedó mirando cómo salía del cuarto y sintió más humillación de la que jamás había creído posible sentir. ¿Cómo se había enterado aquel viejo de que él tenía hemorroides?

En la cocina, el doctor preguntó a Pelagia si había reparado en que el capitán andaba con mucha precaución y que de vez en cuando esbozaba una mueca de dolor.

Padre e hija se sentaron a comer, haciendo ambos el máximo alboroto con los cubiertos, y aguardaron a estar seguros de que el italiano debía de estar desfalleciente de hambre y sintiéndose como un golfo adolescente al que han mandado al correccional. Después le invitaron a compartir la mesa con ellos. El capitán se sentó y comió en silencio.

—Éste es el típico pastel de carne de la isla —anunció el doctor con tono informativo—, sólo que gracias a los suyos no tiene relleno de carne.

Más tarde, una vez hubo pasado la patrulla, el doctor manifestó su intención de ir a dar un paseo.

—¿Y el toque de queda? —protestó Corelli, pero el doctor replicó:

—Yo nací aquí, esta es mi isla. —Cogió su sombrero y su pipa y salió con paso majestuoso.

El capitán le dijo inútilmente:

—Déjeme que insista.

Pero el doctor dio prudentemente la vuelta a la casa y aguardó un cuarto de hora sentado en la tapia, escuchando a escondidas la conversación de los dos jóvenes.

Pelagia miró a Corelli, sentado a la mesa, y sintió la necesidad de consolarle:

—¿Qué es *Antonia*? —preguntó.

—Mi mandolina —dijo él, evitando mirarla—. Soy músico.

—¿Músico? ¿En el ejército?

—Cuando me alisté, la vida en el ejército consistía básicamente en cobrar por estar sentado sin hacer nada. Así que tenía mucho tiempo para practicar. Me propuse

ser el mejor mandolinista de Italia para así dejar el ejército y ganarme la vida tocando. No quería ser músico callejero, yo quería interpretar Hummel, Conforto y Giuliani. Como no hay mucha demanda, hace falta ser muy bueno.

—¿Quiere decir que es soldado por error? —preguntó Pelagia, que jamás había oído hablar de aquellos compositores.

—Mi plan fracasó; el Duce tuvo una idea luminosa. —La miró con aire pensativo.

—Cuando acabe la guerra podrá conseguirlo —dijo ella.

Él asintió con la cabeza y sonrió:

—Cuando acabe la guerra.

—Yo quiero ser médico —dijo Pelagia, que nunca se lo había mencionado a su padre.

Aquella noche, mientras se dejaba vencer por el sueño bajo las mantas, Pelagia oyó un grito ahogado, y poco después el capitán apareció en la cocina con los ojos ligeramente desorbitados y una toalla ceñida a la cintura. Ella se incorporó, cubriéndose los pechos con las mantas.

—Usted perdone —dijo él, viendo su alarma—, pero creo que en mi cama hay una comadreja enorme.

—No es una comadreja —rió Pelagia—, es *Psipsina*. Es nuestra mascota. Siempre duerme en mi cama.

—¿Qué clase de animal es?

Pelagia no pudo resistir la tentación de poner en práctica la modalidad paterna de resistencia:

—¿No ha oído hablar de los gatos griegos?

El capitán la miró con suspicacia, se encogió de hombros y volvió a su cuarto. Se acercó a la marta y le acarició la frente con precaución. Era muy suave y reconfortante. *Micino, micino*, le dijo en un arrullo lisonjero, y le acarició las orejas. *Psipsina* olisqueó aquel dedo que se meneaba, no lo reconoció, supuso que era comestible y lo mordió.

El capitán Antonio Corelli apartó instintivamente la mano, contempló cómo manaban de su dedo gotas de sangre y trató de contener las lágrimas vergonzosamente infantiles que afloraron a sus ojos. Intentó mediante un esfuerzo de voluntad eliminar el creciente escozor de la mordedura y tuvo la certeza de que le había atravesado la carne hasta el hueso. Jamás en su vida se había sentido tan poco querido. Malditos griegos: cuando decían *ne* querían decir *sí*, cuando asentían con la cabeza era que *no*, y cuanto más enfadados estaban más te sonreían. Hasta los gatos eran como de otro planeta, y además no podían tener motivo para tanta malicia.

Se acostó en el frío y duro suelo, y no consiguió dormir, hasta que finalmente *Psipsina* echó de menos a Pelagia y salió en su busca. Entonces Corelli recuperó la cama y se hundió agradecido en el colchón. *Mmmm*, dijo para sí, y comprendió que estaba paladeando el persistente y no del todo extinguido olor de una mujer joven. Pensó un rato en Pelagia, recordando su hoyuelo de carne blanca donde el cuello se

convertía en pecho y hombro, y por fin se quedó dormido.

Despertó por la noche con la incómoda sensación de tener el cuello espantosamente caliente y un cosquilleo en el mentón. Al recobrar la conciencia comprendió que el gato griego se le había enroscado al cuello y estaba profundamente dormido. Horrorizado, intentó moverse un poco. El animal rezongó soñoliento.

Permaneció paralizado durante horas, sudando, aguantando aquel picor y aquel calor animal, oyendo los búhos y los atroces ruidos nocturnos. En cierto momento notó que la bestia que llevaba al cuello despedía un olor reconfortante. Era un aroma que combinaba agradablemente con el de Pelagia. Al final le venció el sueño y por una razón u otra soñó con elefantes, baquelita y caballos.

26. CANTOS AFILADOS

Con las primeras luces del día, el capitán Antonio Corelli aguardaba en vano a la entrada del patio que Carlo fuera a recogerle. A éste se le había roto un enganche de la suspensión del *jeep*, y en aquel momento se dedicaba a dar puntapiés a los neumáticos y a maldecir los profundos baches de la carretera que habían arruinado su pronta salida. Le horrorizaba defraudar al capitán, horror que compartían todos los hombres que estaban a su mando, y su avieso mal humor se exacerbó cuando quiso encender un cigarrillo y la disecada barrita de tabaco, se escabulló de su tubito de papel y ardió insolentemente en el polvo, dejándolo a él con un trozo de papel recalentado que se obstinaba en pegarse a su labio inferior. El cabo se arrancó el papel de fumar y de paso un trocito de piel. Se lamió la herida, se palpó el labio con el dedo y maldijo a los alemanes por haber monopolizado las existencias del mejor tabaco. Un campesino viejo y flaco pasó junto a él montado de lado sobre un asno; al ver el vehículo hundido de lado, sonrió con evidente satisfacción y levantó una mano en señal de indiferente salutación. Carlo apretó los dientes y esbozó una sonrisa. «Me cago en la guerra», exclamó, pues a los griegos les daba igual un saludo que otro. A ese paso aquel día no iba a haber *Scala*, a menos que el club operístico pudiera organizar por su cuenta el coro de soldados. Carlo abandonó el *jeep* y echó a andar hacia el pueblo.

Velisarios le adelantó, y los dos hombres se miraron como si se reconocieran. Aunque se había vuelto flaco tras su temporada en el frente, Velisarios seguía siendo el hombre más corpulento del mundo, y Carlo, pese a experiencias similares en el frente contrario, era también el hombre más corpulento del mundo. Ambos titanes se habían acostumbrado a la triste sospecha de que eran monstruos de la naturaleza; ser un superhombre constituía una carga aparentemente imposible de compartir e imposible de explicar a la gente corriente, incrédula por naturaleza.

Ambos se quedaron pasmados, y por un momento olvidaron que eran enemigos.

—Hola —exclamó Velisarios, levantando las manos en gesto amistoso.

Carlo, buscando afanosamente una exclamación que tuviera sentido para un griego, optó inadecuadamente por una solución de compromiso que sonó más o menos a *Ung*. Carlo le ofreció uno de sus impresentables cigarrillos, que Velisarios aceptó, y ambos gesticularon y pusieron cara de vinagre al inhalar un humo picante.

—Me cago en la guerra —dijo Carlo a modo de despedida, y los dos siguieron rumbos opuestos.

A un kilómetro de distancia Velisarios encontró el *jeep* averiado, se paró a reflexionar y fue a buscar a un amigo. Volvió, levantó el *jeep* de un lado y luego del otro, y su compañero quitó las cuatro ruedas. Después vació de agua el radiador y lo llenó de nuevo con petróleo del bidón que llevaba en la trasera.

Corelli seguía esperando. El doctor pasó por su lado camino de la *kapheneia*, anticipadamente disgustado por el hecho de que el café que servían últimamente

supiera a lodo de río y brea, y cada día fuera más caro.

—*Buon giorno* —dijo el capitán.

El doctor se dio la vuelta.

—Confío en que habrá dormido mal —dijo.

El capitán sonrió resignado.

—No sé por qué, he soñado con animales de baquelita. Eran como delfines con los cantos afilados, e iban dando saltos. Ha sido muy inquietante. Ah, y su gato me ha mordido.

Le enseñó el dedo al doctor, quien se lo examinó y dijo:

—Está inflamado, probablemente se le infectará. Las martas tienen una mordedura muy mala. Yo de usted, iría a ver a un médico.

Y con estas palabras se alejó, dejando a Corelli repitiendo como un tonto: ¿*Martas*? Comprendió que Pelagia sólo le había tomado el pelo, pero curiosamente aquello le hizo sentir como si le hubieran dejado plantado.

Cuando Pelagia salió de la casa encontró al usurpador de su cama lanzando a Lemoni por los aires cogida de las axilas. La niña chillaba y reía, y parecía que se trataba de una clase de italiano. *Bella fanciulla*, decía el capitán, y esperaba a que Lemoni repitiera sus palabras. «Bla fanshla», decía ella, y el capitán la lanzaba hacia arriba, exclamando *No, no; bella fanciulla*. Corelli hizo amoroso hincapié en la doble ele y levantó una ceja mientras aguardaba el siguiente intento. «Bla flanshla», dijo la niña en son de triunfo, consiguiendo únicamente ser proyectada de nuevo a los cielos.

Pelagia sonreía contemplando la escena, y entonces Lemoni la vio. El capitán siguió la dirección de su mirada y se irguió, un tanto avergonzado.

—*Buon giorno, kyria* Pelagia. Al parecer mi chófer se está retrasando.

—Qué ha dicho, qué ha dicho —quiso saber Lemoni, cuya fe en la omnisciencia de los adultos era tan grande que no dudó de que Pelagia sabría decírselo.

Pelagia le palmeó la mejilla, le apartó unos mechones de los ojos y respondió:

—Ha dicho *pitusa bonita*. Y ahora vete, estoy segura de que alguien te está buscando.

La chiquilla se alejó con sus habituales maneras caprichosas y erráticas, agitando los brazos y gritando rítmicamente: «Bla, bla, bla. Bla, bla, bla».

Corelli regañó a Pelagia:

—¿Por qué le ha dicho que se vaya? Lo estábamos pasando muy bien.

—La fraternización con el enemigo es indecente, incluso en los niños —respondió ella.

Corelli miró al suelo y hurgó el polvo con la puntera de su bota. Luego alzó los ojos y dejó escapar un suspiro. Sin mirar a Pelagia, dijo con sinceridad:

—*Signorina*, en los tiempos que corren todos deberíamos valorar al máximo los placeres inocentes, por pequeños que sean.

Pelagia notó la resignación y el cansancio en su rostro, y sintió vergüenza. En el silencio subsiguiente ambos meditaron sobre su respectiva ruindad. Luego, el capitán

dijo:

—Un día me gustaría tener una cría como ésa para mí solo. —Y sin esperar respuesta echó a andar hacia donde pensaba que iba a venir Carlo.

Pelagia le observó alejarse mientras pensaba en sus cosas. La retirada del capitán tenía cierto aire de dolorosa soledad. Entró en la casa, cogió los dos tomos de *The Complete and Concise Home Doctor*, los abrió encima de la mesa y leyó sin sentimiento de culpa las páginas sobre reproducción, enfermedades venéreas, parto y el escroto. Siguió leyendo al azar sobre cascarilla, saburra lingual, los desarreglos del ano y ansiedad.

Temiendo el regreso de su padre de la *kapheneia*, devolvió los libros a su estante y empezó a pensar motivos para demorar su ineludible excursión al pozo. Picó unas cebollas para que su padre advirtiera indicios evidentes de alguna actividad, y luego salió con la idea de cepillar a su olvidadiza cabra. Le encontró dos garrapatas y una pequeña inflamación en la piel del anca. Se inquietó pensando en si debía inquietarse por ello y luego pensó en el capitán. Mandras la sorprendió en medio de una ensoñación.

Mandras había saltado de la cama, maldiciendo y completamente curado, el día mismo de la invasión. Fue como si el advenimiento de los italianos fuera tan importante, tan trascendental, que excluyera toda posibilidad de seguir regodeándose en su enfermedad. El doctor había fingido no sorprenderse, pero Drosoula y Pelagia coincidieron en que un mal que podía desaparecer con tan pasmosa facilidad daba que sospechar. Mandras había bajado hasta el mar y nadado con sus delfines como si nunca hubiera salido de la isla. Había vuelto reanimado, resacos de salitre sus cabellos revueltos, iluminado su rostro por una sonrisa, distendidos los músculos del torso, y había subido la loma con un barbo de regalo para Pelagia. Después de verlo acariciarle las orejas a *Psipsina* y columpiarse brevemente en el olivo, Pelagia pensó que estaba más loco en su nueva cordura que cuando estaba loco. Y ahora, siempre que lo veía, ella se sentía culpable, y además muy incómoda.

Pelagia se sobresaltó al tocarla él en el hombro, y pese al esfuerzo que hizo por exhibir una sonrisa radiante, Mandras no dejó de percatarse de la alarma que centelleaba en su mirada. Él hizo caso omiso, pero después lo recordaría.

—Hola —dijo Mandras—, ¿está tu padre? Todavía me duele el brazo.

Contenta de tener una cosa objetiva en que centrar su atención, Pelagia dijo:

—Deja que te lo mire.

—Esperaba ver al organillero y no al mono —le espetó él.

Mandras había oído esta metáfora en el frente, le había gustado y había esperado mucho tiempo la oportunidad de emplearla. Le parecía muy ingeniosa y, en consecuencia, probablemente fascinante. Él no quería otra cosa que encandilar de nuevo a Pelagia para recuperar el cariño que temía haber perdido para siempre.

Pero Pelagia echó fuego por los ojos, y Mandras se derrumbó:

—No iba en serio —dijo—, sólo era una broma.

Los dos jóvenes se miraron como compartiendo la sensación de que todo había terminado, y entonces Mandras dijo:

—Me marcho con los partisanos.

—Ah —dijo ella.

—No tengo otra salida. —Mandras se encogió de hombros—. Me voy mañana mismo. Iré en mi barca hasta Manolas.

Pelagia se horrorizó.

—¿Y los submarinos? ¿Y los barcos de guerra? Es una locura.

—Vale la pena correr el riesgo si lo hago de noche. Me guiaré por las estrellas. Pensaba zarpar mañana por la noche.

Hubo un largo silencio.

—No podré escribirte —dijo Pelagia.

—Ya lo sé.

Pelagia entró un momento y volvió a salir con el chaleco que devotamente había tejido y bordado mientras su novio estaba en el frente. Se lo enseñó tímidamente y dijo:

—Te estaba haciendo esto, para bailar en las fiestas. ¿Quieres llevártelo ahora?

Mandras lo cogió y lo examinó. Ladeó la cabeza y dijo:

—No acaba de casar del todo, ¿verdad? Quiero decir, el dibujo no es exactamente igual en los dos lados.

Pelagia sintió una punzada de desengaño que le supo a traición.

—Me he esforzado mucho —exclamó lastimeramente, embargada por la emoción—, pero nunca consigo complacerte.

Mandras se palmeó la frente con el pulpejo de la mano, hizo un visaje en señal de autocrítica y dijo:

—Dios, cuánto lo siento. No pretendía decir lo que he dicho. —Suspiró y meneó la cabeza—. Desde que me fui, mi boca, mi corazón y mi cerebro no parecen ir a la par. Todo está como del revés.

Pelagia recuperó el chaleco y le dijo:

—Procuraré arreglarlo. ¿Qué opina tu madre?

—Esperaba que se lo dijeras tú —Mandras la miró, suplicante—. No podría soportar oírla llorar si se lo digo yo.

Pelagia rió amargamente.

—¿Tan cobarde eres?

—Con mi madre sí —admitió él—. Por favor, díselo tú.

—Está bien, se lo diré. Ya ha perdido al esposo y ahora pierde al hijo.

—Volveré —dijo él.

Ella meneó lentamente la cabeza y suspiró.

—Prométeme una cosa —pidió, y al asentir él, prosiguió—: Cuando estés a punto de hacer algo horrible, piensa en mí y no lo hagas.

—Soy griego —dijo él lentamente—, no un fascista. Descuida, pensaré en ti a

cada momento.

Ella advirtió la emotiva sinceridad de su voz y sintió ganas de llorar. Se abrazaron espontáneamente, más como hermanos que como prometidos, y luego se miraron un rato a los ojos.

—Que Dios te acompañe —dijo Pelagia.

Él sonrió con tristeza.

—Y a ti.

—Te recordaré siempre columpiándote del árbol.

—Y yo cayéndome en la maceta.

Los dos rieron un momento, luego él la miró anhelante por última vez y echó a andar. Anduvo unos pasos, se detuvo, dio la vuelta y dijo dulcemente, con voz entrecortada:

—Te querré siempre.

Bastante más abajo, en el camino, Carlo y el capitán, cubiertos de un polvo beige, inspeccionaban desconsolados su vehículo. No tenía ruedas y el interior estaba repleto de una humeante pila de abono.

Por la noche el capitán reparó en un chaleco exquisitamente bordado que colgaba del respaldo de una silla en la cocina. Lo cogió y lo sostuvo a la luz; el terciopelo era de un bello tono escarlata, y el forro de raso estaba cosido mediante diminutos hilos concienzudos que daban la impresión de haber sido hechos por los dedos de una pequeña sílfide. En hilo amarillo y dorado el capitán vio flores lánguidas, águilas cerniéndose y peces saltarines. Pasó un dedo por el bordado y palpó la densidad de sus dibujos. Cerró los ojos y advirtió que cada figura sintetizaba en relieve las curvas de la criatura representada.

Pelagia le sorprendió al entrar. Sintió una oleada de vergüenza, quizá porque no quería que él supiera para quién había hecho la prenda, o quizá porque era consciente de sus imperfecciones. Él abrió los ojos y le tendió el chaleco.

—Es una maravilla —dijo—. Nunca he visto una cosa tan bonita fuera de un museo. ¿De dónde ha salido?

—Lo hice yo. Y no es tan bonito.

—¿Que no? —repitió él sin dar crédito a sus oídos—. Es una obra de arte.

Pelagia meneó la cabeza.

—Los dos lados no casan del todo. Se supone que son como imágenes de un espejo, y si se fija bien, este águila está en un ángulo distinto al de su pareja, y esta flor debería ser del mismo tamaño que esta otra pero es más grande.

El capitán chasqueó la lengua en señal de desacuerdo.

—La simetría es sólo una cualidad de las cosas muertas. ¿Alguna vez ha visto un árbol o una montaña que sean simétricos? Eso vale para los edificios, pero si alguna vez encuentra un rostro simétrico, tendrá la sensación de que debería parecerle hermoso, pero de hecho lo encontrará frío y desangelado. El corazón humano necesita cierto desorden en su geometría, *kyria* Pelagia. Mírese en el espejo,

signorina, y verá que una ceja está un poco más alta que la otra, que los párpados del ojo izquierdo tienen una disposición tal que ese ojo está ligeramente más abierto que el derecho. Son cosas que la hacen atractiva y hermosa a la vez, mientras que... de lo contrario, sería como una estatua. La simetría es para Dios, no para nosotros.

Pelagia puso cara de escepticismo y se dispuso impacientemente a rebatir el argumento de que ella era guapa, pero en ese momento se fijó en que la nariz de Corelli no era del todo recta.

—¿Qué es esto? —preguntó el capitán, señalando un águila—. Bueno, quiero decir, ¿cómo lo ha hecho?

Pelagia señaló con el dedo.

—Esto es fil-tiré, y eso otro festón.

El capitán pudo apreciar la elocuencia de sus dedos y el olor a romero de sus cabellos, pero meneó la cabeza, diciendo:

—Me suena a chino. ¿Me lo vendería? ¿Cuánto quiere por él?

—No está en venta.

—Se lo ruego, *kyria* Pelagia, le pagaré como prefiera: dracmas, liras, latas de jamón, frascos de aceitunas, tabaco. Usted ponga el precio. Tengo unos cuantos soberanos ingleses.

Pelagia meneó la cabeza; ya no tenía muchos motivos para no vender la prenda, pero el capitán le había hecho sentir suficientemente orgullosa de su obra como para inducirla a conservarla; además, vendérsela precisamente a él habría estado, en un sentido difícil de definir, bastante mal.

—Lo siento mucho —dijo el capitán—, pero eso me recuerda una cosa. ¿Qué debo pagarle de alquiler?

—¿Alquiler? —preguntó Pelagia, casi muda de asombro.

—¿Acaso pensaba que iba a vivir aquí de gorra? —El capitán hurgó en un bolsillo y extrajo un buen pedazo de salami, antes de añadir—: He pensado que aceptarían este préstamo del comedor de oficiales. Ya le he dado un rodaja al gato, y me parece que nos hemos hecho amigos.

—Ha convertido usted a Lemoni y a *Psipsina* en colaboracionistas —observó irónicamente Pelagia—, y en cuanto al alquiler, es mejor que le pregunte a mi padre.

Una semana después, tras haber sido saneado y dotado de ruedas nuevas el *jeep* voló espectacularmente por los aires cuando iba por las curvas en horquilla de la carretera a Kastro. El conductor era un jovencísimo cabo interino que había sido tenor en la sociedad operística de Corelli y esperaba el final de la guerra para casarse en Palermo con su novia de siempre.

Para entonces Mandras estaba ya en el corazón del Peloponeso, haciendo viudas y reconstruyendo a la Pelagia de sus sueños.

27. CHARLA SOBRE MANDOLINAS Y CONCIERTO

El doctor se despertó a la hora habitual y se dirigió a la *kapheneia* sin llamar a Pelagia; sólo la miró, la arropó en sus mantas sobre el piso de la cocina y no tuvo valor para turbar su sueño. Aquello contrariaba su innato sentido de la decencia de levantarse temprano, pero por otro lado ella le ayudaba mucho y empezaba a acusar la extenuación causada por la guerra. Además, estaba encantadora con sus cabellos desordenados sobre la almohada, la frazada subida hasta la nariz y sólo una pequeña oreja al descubierto. El doctor se había quedado observándola mientras notaba cómo surgían en su pecho emociones paternas, y luego había sido incapaz de no inclinarse a mirar si el oído estaba en perfectas condiciones; había una pequeñísima escama de piel suspendida sobre la punta de un pelo finísimo en la unión de la aurícula y el meato auditivo externo, pero la impresión general era de perfecta salud. El doctor sonrió mirando a su hija y luego se sintió mezquino por pensar que un día se haría vieja, se encorvaría y arrugaría, desaparecería su serena belleza como se marchitan las hojas, y nadie sabría que había sido hermosa. Sobrecogido por el carácter precioso de las cosas efímeras, se arrodilló y la besó en la mejilla. Se fue a la *kapheneia* de un humor trágico que encajaba mal con la serenidad de aquella mañana sin nubes.

El capitán, a quien había despertado el agujonazo de un hemorroide, fue a la cocina, vio a Pelagia dormida y no supo qué hacer. Le habría gustado prepararse una taza de café y comer una pieza de fruta, pero también a él lo cautivó la apabullante tranquilidad de la muchacha durmiente, y creyó que despertarla con ruido de cacharros habría sido una profanación. Por añadidura, no quería causarle ningún engorro por el hecho de que él fuera en camisa de dormir, y tampoco quería exponerse a que le recordaran la ignominia de haber sacado de su cama a la legítima propietaria de la misma. La miró y experimentó de pronto un intenso impulso de acostarse a su lado —nada habría más natural— pero, en cambio, volvió a su cuarto y sacó a *Antonia* de su estuche. Se dedicó a practicar digitaciones con la mano izquierda, haciendo sonar las notas el mínimo posible a base de pisar las cuerdas y levantar rápidamente los dedos en vez de utilizar una púa. Cansado de este sistema, cogió una púa y apoyó el canto de la mano derecha en el puente para así apagar las cuerdas y tocar *sordo*. Sonaba bastante parecido a un pizzicato de violín, y, procurando concentrarse al máximo, se dispuso a interpretar una rápida y muy difícil pieza de Paganini que consistía básicamente en ese efecto.

A medio camino entre el dormir y el despertar, el lúcido sueño de Pelagia se apropió del ritmo distante de la composición y se ambientó en el día anterior, cuando el capitán había llegado a la casa a lomos de un caballo gris que le había prestado uno de los soldados que hacía la ronda nocturna. Aquel caprichoso animal estaba entrenado para hacer caracolas, y a su propietario le había dado por impresionar a las chicas haciéndolo ejecutar este bonito truco en cuanto divisaba a una. El animal había

captado enseguida la idea, y se aprestaba a hacer su numerito espontáneamente siempre que se cruzaba con un ser humano con faldas, pelo largo y ojos luminosos. Todos los soldados sentían envidia de aquel caballo, y su jinete estaba siempre dispuesto a dejárselo a algún oficial en el entendido de que conseguiría ciertas ventajas en las listas de facción. El día en que el capitán Corelli se lo llevó prestado, su jinete iba a ser rebajado a limpiar letrinas.

Tan sólo llegar Corelli a la puerta del patio y levantar Pelagia la vista de la cabra que estaba cepillando, el caballo había aguzado las orejas y ejecutado unas caracolas. El capitán había levantado la gorra, risueño, y Pelagia había experimentado un flechazo de placer como raramente había sentido alguna vez. Fue como el placer que uno siente cuando un bailarín que ha estado lanzando sus piernas a alturas imposibles da un salto mortal hacia atrás, o cuando una manzana cae rodando de un anaquel, le da a una cuchara, la cuchara salta por los aires y aterriza en un tazón, con el cazo hacia abajo. Pelagia había contemplado a Corelli y su caballo exhibicionista y había sonreído y aplaudido mientras el rostro de Corelli se abría en una sonrisa tan amplia como la del chiquillo al que le regalan un balón de fútbol después de años de gimotear e implorar.

En su sueño el caballo caracoleaba al tempo de Paganini y su jinete tenía unas veces la cara de Mandras y otras la del capitán. A ella no le gustó esto, e hizo un esfuerzo mental para reducir las caras a una sola. Ganó Mandras, pero, insatisfecha del resultado, Pelagia la cambió por Corelli. De haber habido alguien en la habitación, la habría visto sonreír en sueños: estaba reviviendo el retintín de los jaeces, el crujir del cuero, el acre y dulce olor del sudor del caballo, su inteligente forma de aguzar los oídos, el minúsculo movimiento lateral de los cascos al posarse en el polvo y las piedras del camino, el tensar y aflojar de los músculos de los cuartos traseros, el gesto magnífico del sonriente soldado al quitarse la gorra.

Sentado en la cama, Corelli se quedó tan absorto en sus ejercicios que olvidó que la muchacha dormía y empezó a imprimir velocidad a su trémolo; le resultaba sumamente fastidioso tener que tocar diariamente quince minutos para conseguir que el trémolo le saliera uniforme y parejo. Inició el ejercicio pulsando mecánicamente con el plectro a media velocidad el primer par de cuerdas agudas.

Pelagia se despertó diez minutos después, abrió los ojos de golpe y se quedó inmóvil por un segundo, preguntándose si aún estaba dormida. De algún lugar de la casa le llegaba un sonido maravilloso, como si un zorzal hubiera adaptado su canto a los gustos humanos y estuviera abriendo su pecho en una rama junto al alféizar. Un haz de luz entraba por la ventana, y Pelagia comprendió, por el calor que hacía, que había dormido más de la cuenta. Se incorporó con las manos en torno a las rodillas y escuchó. Luego cogió la ropa que había dejado junto al jergón y fue a vestirse al cuarto de su padre, absorta aún en los trinos de la mandolina.

Corelli oyó el ruido metálico de una cuchara en una cacerola, adivinó que ella se había levantado al fin y, sin soltar la mandolina, entró en la cocina.

—¿Un poco de agua sucia? —preguntó ella ofreciéndole una taza del amargo líquido que en aquellos días pasaba por café.

Él sonrió y aceptó la taza, dándose cuenta de que aún le dolían las posaderas de montar a caballo y de que todavía daba gracias de no haberse caído de su montura; de poco le había ido cuando el caballo se había puesto a hacer cabriolas. Le dolían los muslos y le costaba andar, así que se sentó.

—Eso era muy bonito —comentó Pelagia.

El capitán miró su mandolina como culpándola de algo.

—Sólo estaba practicando escalas con trémolo.

—Bueno —replicó ella—, aún así me gustaba. Me ha hecho más fácil el despertar.

—Lamento haberla despertado —dijo él, afligido—. No era mi intención.

—Es muy bonito —repuso Pelagia, señalando al instrumento con la cuchara—, tiene unos adornos preciosos. ¿Todo eso sirve para mejorar el sonido?

—Lo dudo —dijo el capitán, dándole vueltas entre las manos.

Hasta él había olvidado que era un instrumento exquisito. El aro de la caja de resonancia estaba ribeteado de trapecios de un nácar reluciente e iba provisto de un golpeador negro en forma de clemátide con incrustaciones de capullos multicolores que eran ni más ni menos el resultado de la imaginación exuberante de un artesano. El diapasón de ébano estaba marcado en los trastes quinto, séptimo y duodécimo con unos puntos de marfil, y la parte redondeada del mástil estaba compuesta por unas tiras de arce tupido rematadas en punta y separadas hábilmente por delgados filetes de palisandro. Las clavijas tenían un acabado similar al de las antiguas liras y, según pudo observar Pelagia, las propias cuerdas estaban decoradas con bolitas de borra de brillantes colores a la altura del cordal.

—Supongo que no querrá que la toque —dijo ella.

Él estrechó la mandolina contra el pecho.

—A mi madre se le cayó una vez y por un momento creí que la mataba. Además, hay gente que tiene los dedos grasientos.

Pelagia se sintió ofendida:

—Yo no los tengo grasientos.

El capitán reparó en su expresión apenada y aclaró:

—Todo el mundo tiene grasa en los dedos. Hay que lavarse y secarse las manos antes de tocar las cuerdas.

—Me gustan esas bolitas de borra —dijo ella.

—Son una tontería —sonrió Corelli—. Ni siquiera sé para qué sirven. Es la tradición.

Ella se sentó en una banqueta delante de él y preguntó:

—¿Por qué toca la mandolina?

—Menuda pregunta. ¿Por qué hacemos las cosas? ¿Se refiere a cómo empecé a tocar?

Pelagia se encogió de hombros y él prosiguió:

—Yo tocaba el violín. Muchos violinistas tocan la mandolina porque se afina igual que el violín. —Pasó una uña por las cuerdas a fin de ilustrar sus palabras, cosa que Pelagia, para simplificar, fingió comprender—. Se puede tocar música para violín en un instrumento de éstos, pero hay que emplear el trémolo donde en el violín sonaría una nota larga. —A modo de ilustración de este segundo punto ejecutó un rápido trémolo—. Pero al final dejé el violín porque pese a mis esfuerzos siempre sonaba a maullido de gato. Alzaba la vista y el patio se llenaba de gatos, todos maullando. No, en serio, era incluso peor, y los vecinos no hacían más que quejarse. Un día mi tío me regaló esta mandolina, Antonia, que ya había pertenecido a un tío suyo, y descubrí que con trastes en el diapasón podía ser un buen músico. Y aquí me tienes.

Pelagia sonrió:

—O sea que a los gatos les gusta la mandolina.

—Es un hecho poco conocido —dijo él con tono confidencial—. Claro que a los gatos les gusta todo lo que tenga tesitura de soprano. Si es de contralto ya no les gusta, así que cuando oyen tocar una guitarra o una viola salen corriendo con la cola levantada. Pero la mandolina sí les gusta.

—Así que los gatos y los vecinos se alegraron del cambio, ¿no?

Él asintió alegremente con la cabeza y continuó:

—Y otra cosa. La gente no sabe que muchos grandes autores han escrito obras para mandolina. No sólo Vivaldi y Hummel, sino también Beethoven.

—Beethoven también —repitió Pelagia. Era uno de aquellos míticos, misteriosos e imponentes nombres que implicaban el *súmmum* en cuanto a realización humana, un nombre que de hecho no le decía absolutamente nada, puesto que ella nunca había oído, que supiera, nada de Beethoven. Únicamente sabía que era el nombre de un genio omnipotente.

—Cuando termine la guerra —dijo Corelli—, pienso convertirme en concertista profesional, y algún día voy a escribir un estupendo concierto en tres movimientos para mandolina y orquesta de cámara.

—Entonces será rico y famoso, ¿verdad? —bromeó ella.

—Pobre pero feliz. Tendría que buscarme un empleo complementario. ¿Cuál es su sueño? Dijo que quería ser médico.

Pelagia se encogió de hombros, forzando en sus labios una expresión resignada y escéptica.

—No lo sé —dijo al fin—. Bueno, sé que quiero hacer algo, pero no qué. A las mujeres no las dejan ser médicos, ¿verdad?

—Pero puede tener *bambinos*. Todos deberíamos tener *bambinos*. Yo pienso tener treinta o cuarenta.

—Pobre de su mujer —repuso Pelagia.

—No tengo mujer, así que los adoptaré.

—Si trabajara de maestro podría estar con niños de día y tener tiempo para tocar por la noche. ¿Por qué no toca algo?

—Dios mío, siempre que me piden que toque me olvido de las piezas que sé, y no me queda más remedio que poner la partitura delante. Es una lata. Ya sé, le tocaré una polca. Es de Persichini. —Cogió la mandolina y tocó dos notas. Se detuvo para hacer una aclaración—: Se me resbala. Es lo que pasa con estas napolitanas que tienen la parte de atrás redondeada. Siempre pienso que debería buscarme una portuguesa, son planas por detrás, pero ¿dónde encuentras una en tiempos de guerra?

Acompañó esta retórica pregunta repitiendo las dos notas de antes, en ritardando, luego tocó cuatro acordes de corchea, a continuación un compás que desbarató toda expectativa al introducir una pausa y un par de semicorcheas, y brevemente se lanzó a una cascada de semicorcheas que dejaron boquiabierta a Pelagia. Ella nunca había oído semejante virtuosismo, y tampoco había conocido una composición musical tan llena de sorpresas. Había vertiginosos trémolos al principio de cada compás, y lugares en que la música vacilaba sin llegar a perder el tempo, o mantenía la misma velocidad pese a parecer que la doblaba o la reducía a la mitad. Lo mejor eran los momentos en que una nota sobreaguda apenas verosímil descendía a un ritmo estimulante por toda la escala e iba a parar a una resonante nota grave que, sin haber tenido apenas tiempo de vibrar, daba paso a una agradable alternancia de graves y agudos. Sintió deseos de bailar o de hacer alguna tontería.

Siguió contemplando maravillada cómo los dedos de la mano izquierda reptaban como una poderosa y amenazante araña arriba y abajo del mástil. Vio cómo los tendones se movían bajo la piel, y luego vio sucederse en el rostro de Corelli una sinfonía de expresiones: seriedad, furia, alguna que otra sonrisa, un aire severo o dictatorial que se volvía persuasivo o dulce. Totalmente pasmada, de pronto comprendió que la música tenía algo que jamás le había sido revelado: no era la simple producción de un sonido agradable; era para quienes la entendían, una odisea emocional e intelectual. Observó la cara del capitán y se olvidó de seguir prestando atención a las notas; quería compartir aquel viaje. Se inclinó hacia adelante y juntó las manos en actitud de oración.

Él repitió la primera parte y concluyó súbitamente con un sonoro acorde que inmediatamente amortiguó dejando a Pelagia privada de algo.

—Ya está —dijo él, enjugándose la frente con la manga.

Pelagia estaba excitada, sentía ganas de saltar y hacer una pirueta. En cambio, dijo:

—Lo que no entiendo es cómo un artista como usted se rebaja a ser soldado.

—No se haga ideas absurdas de los soldados —dijo él, ceñudo—. Todo soldado tiene una madre, sabe, y la mayoría de nosotros acaba siendo granjero o pescador, como todo el mundo.

—Quiero decir que para usted es una pérdida de tiempo, nada más.

—Pues claro que es una pérdida de tiempo. —Se levantó y consultó su reloj—.

Carlo ya debería haber llegado. Voy a guardar a *Antonia*. —La miró, enarcando una ceja—. A propósito, *signorina*, no he podido evitar ver que lleva una Derringer en el bolsillo.

Pelagia se quedó helada. Pero el capitán prosiguió:

—Entiendo que quiera usted llevar un arma, y de hecho yo no se la he visto. Pero dese cuenta de lo que podría pasar si la ve otra persona. Sobre todo un alemán. Procure ser más discreta.

Ella le miró implorándole con los ojos y él sonrió, le tocó un hombro, se dio unos toquitos con el índice a un lado de la nariz y guiñó un ojo.

Cuando él se hubo ido, a Pelagia se le ocurrió que a esas alturas podrían haber envenenado al capitán un centenar de veces si hubieran querido. Podrían haber extraído acónito, podrían haber conseguido cicuta, o provocarle un paro cardíaco con digital, y las autoridades jamás habrían sabido la causa de su muerte. Deslizó la mano en el bolsillo del delantal y pasó el dedo por el gatillo con ese movimiento familiar que había ensayado tanto. Sopesó el arma. Estaba bien que el capitán le hubiera hecho saber que respetaba su necesidad de protegerse, de sentirse segura y provocadora por el hecho de poseer un arma de fuego. Además, nadie envenena a un músico, ni siquiera si es italiano; habría sido tan abominable como manchar de excrementos la tumba de un sacerdote.

Esa noche fue el propio doctor quien exigió un concierto. Pelagia y él ocuparon posiciones en el patio mientras el capitán desplegaba sobre la mesa una hoja de papel pautado. La iluminaron e impidieron fuera llevada por la brisa colocando un farol sobre el borde superior. Con toda solemnidad el capitán se sentó y empezó a tocar el golpeador con el plectro.

El doctor enarcó las cejas, perplejo. Aquellos golpecitos no parecían terminar nunca. Puede que el capitán estuviera buscando el ritmo adecuado, puede que se tratara de una de aquellas piezas minimalistas de las que había oído hablar, todo a base de graznidos y chirridos sin ninguna melodía, o puede que fuera la introducción. Miró a Pelagia, que captó su mirada y levantó las manos en señal de no entender nada. Los golpecitos siguieron. El doctor escudriñó la cara del capitán, que parecía totalmente absorto. En situaciones artísticas impenetrables como aquélla, al doctor empezaba a picarle inevitablemente el trasero. Se rebulló en su silla y acabó perdiendo la paciencia:

—Oiga, joven, ¿qué diablos está haciendo? Por lo que me había dicho mi hija, yo esperaba una cosa muy distinta.

—Maldita sea —exclamó el capitán, aniquilada totalmente su concentración—. Estaba a punto de empezar.

—Hombre, ya era hora. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿No será una tontería moderna titulada *Dos botas, una zanahoria y una ramera muerta*?

Corelli se sintió ofendido y habló con tono altivo y desdeñoso:

—Estoy interpretando un concierto para mandolina de Hummel. Los primeros

cuarenta y cinco compases y medio son para la orquesta, *allegro moderato e grazioso*. Han de imaginarse la orquesta. Ahora tendré que empezar desde arriba.

El doctor lo fulminó con la mirada:

—Que me cuelguen si voy a pasarme el rato oyendo golpecitos, y que me cuelguen si puedo imaginarme toda una orquesta. Toque su parte y nada más.

El capitán le devolvió la mirada, trasluciendo su convicción de que el doctor era un patán.

—Si lo hago así —dijo—, acabaré no sabiendo en qué momento debo entrar, y eso en una sala de conciertos sería una catástrofe.

El doctor se puso en pie y con un ademán del brazo abarcó el olivo, la cabra, la casa y el cielo nocturno.

—Damas y caballeros —exclamó—. Pido disculpas por haber interrumpido el concierto. —Se volvió hacia Corelli—. ¿Esto es una sala de conciertos? ¿Hay aquí alguna orquesta? ¿Acaso veo algún trombón, algún pequeño e insignificante violín? ¿Dónde, dígame, está el director y dónde la familia real con su cargamento de alhajas?

El capitán suspiró resignado, Pelagia le miró con compasión y el doctor añadió:

—Ah, otra cosa. Mientras usted daba golpecitos imaginándose una orquesta nos ha enseñado un muestrario de expresiones estúpidas. Así pues, ¿cómo quiere que nos concentremos?

28. LIBERANDO A LAS MASAS (1)

Cuando los alemanes se retiraron del norte de África, establecieron su centro de operaciones para la región en el Peloponeso, lo que hizo que Mandras y su pequeño grupo de *andartes* se vieran obligados a trasladarse a Roumeli cruzando el canal de Corinto.

Mandras no había hecho gran cosa en el Peloponeso. Primero se había asociado con un hombre, y luego con otros dos, entre los cuales no habían concebido plan alguno. Lo único que sabían es que los movía algo visceral, algo que les ordenaba librar a su tierra de extranjeros o morir en el intento. Prendieron fuego a camiones militares, y uno de ellos estranguló a un soldado enemigo y luego se quedó sentado, temblando de miedo y repulsión, mientras los demás le daban ánimos y elogiaban su heroicidad. Estuvieron viviendo en una cueva contigua a un bosque, subsistiendo gracias a los víveres que les llevaba el cura de un pueblo cercano, que les conseguía pan, patatas y aceitunas y se llevaba sus ropas para que las lavara una mujer del pueblo. Un día cortaron los soportes de una pasarela de madera que formaba parte de una senda que conducía a una guarnición local. En represalia por tener que mojar los pies en un arroyo, el enemigo quemó cuatro casas de la aldea, y el cura y el maestro pidieron a los *andartes* que se marcharan antes de que ocurriera algo peor. Los cuatro inquilinos que se habían quedado sin casa se unieron a ellos.

En Roumeli había un entusiasta equipo de aficionados británicos (ninguno de los cuales hablaba griego), quienes tras un único día de adiestramiento habían caído en paracaídas, utilizando para ello un moderno modelo de paracaídas que incorporaba víveres y radios atados a las cuerdas de suspensión. Los ingleses habían coordinado grupos guerrilleros con la intención de volar los viaductos del ferrocarril de una sola vía que constituía la principal ruta de aprovisionamiento que empalmaba El Pireo con Creta, y ésta con Tobruk. Supusieron que los grupos autónomos estarían encantados de que los mandaran oficiales británicos, y a los griegos les impresionó de tal forma aquella suposición que la asumieron sin rechistar.

Pero existía un grupo llamado ELAS que era el ala militar de una organización llamada EAM, que a su vez dependía de un comité con sede en Atenas cuyos miembros pertenecían al KKE. Las personas inteligentes cayeron enseguida en la cuenta de que un grupo con semejantes credenciales no podía ser otra cosa que comunista, y que el propósito de toda aquella cadena de controles era ocultar a los ciudadanos normales el hecho de que eran una organización comunista. En un principio reclutaban personas de toda condición, incluyendo republicanos venizelistas y hasta monárquicos, además de socialistas moderados, liberales y comunistas. A todos se los embaucaba fácilmente para que creyesen que formaban parte de la lucha por la liberación nacional y no de un intrincado programa secreto más interesado en la conquista del poder después de la guerra que en vencer al Eje. Los británicos les proporcionaron armas, porque nadie hacía caso de la advertencia de los oficiales

británicos *in situ* en el sentido de que aquello sólo significaba acumular problemas para después, y porque nadie creía que unos extranjeros de tez morena pudieran causar demasiados problemas a los británicos. El general de brigada Myers y sus oficiales se encogieron de hombros y siguieron con su trabajo, por su parte, el ELAS sólo colaboraba u obedecía cuando le daba la gana. Myers y sus oficiales tenían ante sí una tarea imposible, pero consiguieron todo aquello que les habían encomendado valiéndose de una combinación de paciencia y tesón. Llegaron inclusive a reclutar a dos palestinos que incomprensiblemente habían quedado descolgados tras la confusión general de 1941.

Mandras podía haber ingresado en el EKKA, el EDES o la EOA, pero dio la casualidad de que los primeros *andartes* con los que topó en Roumeli eran del ELAS, y el jefe que lo acogió por primera vez en su grupo particular era abierta y orgullosamente comunista. El hombre fue lo bastante astuto para comprender que Mandras era un alma en pena, un amargado que no ignoraba el motivo de su pesar, un joven impresionable que podía caer fácilmente en el hechizo de los nombres rimbombantes y los conceptos excelsos, un tipo triste y solitario que necesitaba un amigo.

Mandras odiaba las montañas. En su región las había, por supuesto, pero rodeadas hasta el infinito por el agitado mar. No era únicamente que las montañas de Roumeli abolieran el horizonte y lo estrujaran en el abrazo de una enorme, fea y efusiva tía, sino también que le recordaban la guerra en la frontera de Albania que le había costado buena parte de su cordura, sus compañeros y su salud. Las montañas le oprimían y le agotaban, aunque él supiera de antemano con qué se iba a encontrar. Sabía ya lo que era tostarse los muslos y la barriga delante de una fogata mientras el culo y la espalda se quedaban helados, sabía lo que era desnudarse y vadear en invierno —sosteniendo la ropa por encima de la cabeza— unos torrentes que te cortaban la respiración y te dejaban como magullado. Sabía ya que para derrotar a los italianos se necesitaría más o menos la mitad de sus efectivos, y sabía también como cargar y disparar un Mannlicher mientras la otra mano sangraba y se ocupaba de restañar otra herida. Sabía ya lo que era hacerse una vida privada a base de soñar con Pelagia y de confraternizar con camaradas queridos a los que tal vez esperaba la muerte a la vuelta de la esquina.

Mandras ingresó en el ELAS porque no tenía otra elección. Él y sus compañeros estaban tumbados a la bartola en un pequeño refugio de maleza con hojas en el suelo por todo lecho, cuando fueron sorprendidos por diez hombres que los rodearon. Los diez iban ataviados con restos de uniformes y envueltos en bandoleras, llevaban cuchillos al cinturón y sus barbas eran tan largas que todos parecían idénticos. Se distinguía a su líder por un fez rojo que habría hecho muy mal camuflaje de no ser porque estaba descolorido y sucísimo.

Mandras y sus amigos miraron por entre los cañones de un semicírculo de automáticas ligeras, y el hombre del fez dijo:

—Fuera.

Los hombres se levantaron y salieron, temiendo por sus vidas, con las manos en la nuca. Un par de *andartes* entraron en el refugio, cogieron sus armas y las arrojaron fuera. Las armas se estrellaron contra el suelo con ese curioso ruido mezcla de metal denso, culatas de madera y aceite lubricante.

—¿Con quién vais? —preguntó el del fez.

—Con nadie —contestó Mandras, confuso.

—¿No sois del EDES?

—No, vamos por nuestra cuenta. No tenemos nombre.

—Menos mal —dijo el del fez—. Bueno, largaos a vuestros pueblos.

—Yo no tengo pueblo —dijo uno de los prisioneros—, los italianos lo quemaron.

—Vamos a ver, o volvéis a vuestros pueblos y nos dejáis las armas, o nos plantáis cara y os matamos, o bien os quedáis con nosotros a mis órdenes. Este territorio es nuestro y nadie mete sus narices en él, ni siquiera el EDES, así que decidid.

—Hemos venido a luchar —explicó Mandras—. ¿Tú quién eres?

—Yo soy Héctor, aunque mi verdadero nombre no lo sabe nadie, y éstos... —señaló a su tropa— son la rama local del ELAS.

Los hombres sonrieron con amabilidad, cosa que no cuadraba con el aire dictatorial del fez. Mandras miró uno por uno a los suyos y preguntó:

—¿Nos quedamos?

Todos manifestaron su conformidad asintiendo con la cabeza. Llevaban demasiado tiempo en el campo como para darse por vencidos, y era buena cosa haber encontrado un líder capacitado para dar órdenes. Había sido desmoralizador el ir vagando como Ulises de un sitio a otro, lejos de todo, improvisando una resistencia que nunca parecía dar frutos.

—Bien —dijo Héctor—. Venid con nosotros y veremos de qué pasta estáis hechos.

Desarmados todavía, fueron conducidos en breve columna hasta un pueblecito situado a unos tres kilómetros y en el que sólo había unos cuantos perros larguiruchos, unas pocas casas de muros pandeados cuya piedra había perdido el mortero y se mantenían unidas sólo por la gravedad o la costumbre, y un camino que, de forma provisional y optimista, se había ensanchado hasta formar una calle polvorienta. Había una sola casa guardada por un *andarte*, y a este hombre se dirigió Héctor, diciendo:

—Sácalo.

El partisano entró en la casa y a puntapiés hizo salir a un viejo macilento que se quedó de pie al sol temblando y pestañeando, desnudo hasta la cintura. Héctor le pasó a Mandras un trozo de cuerda con nudos y, señalando al viejo, le dijo:

—Pégale.

Mandras miró a Héctor sin creer lo que oía, y éste le lanzó una mirada fiera.

—Si quieres estar con nosotros, has de aprender a administrar justicia. Este

hombre ha sido declarado culpable. Y ahora pégale.

Era repugnante, pero no imposible, pegar a un colaboracionista. Fustigó al viejo con flojedad, por consideración a sus años, pero Héctor exclamó con impaciencia:

—Más fuerte, más. ¿Qué eres tú? ¿Una mujer?

Mandras volvió a fustigar al hombre, un poco más fuerte.

—Otra vez —ordenó Héctor.

A cada azote le resultaba más fácil; de hecho aquello tenía un efecto vigorizador. Era como si toda la ira acumulada desde el día de su nacimiento brotara de sus entrañas, purgándolo y dejándolo como nuevo. El viejo, que había chillado y se había bamboleado a cada golpe, encogido de miedo, acabó por arrojarse al suelo entre lastimeros gemidos, y entonces Mandras comprendió que podía convertirse en un dios.

Una chica que no tendría más de diecinueve años echó a correr librándose del *andarte* que la sujetaba y se arrojó a los pies de Héctor. Jadeaba de miedo y desesperanza.

—¡Es mi padre! ¡Mi padre! —exclamó la chica—. Tened piedad de él, no es más que un viejo, oh, pobre padre mío.

Héctor apoyó la planta del pie en el hombro de la chica y la apartó:

—Calla, camarada, deja de lloriquear o no respondo de las consecuencias. Que alguien se la lleve.

Se la llevaron a rastras, entre súplicas y sollozos, y entonces Héctor le cogió la cuerda a Mandras.

—Tienes que hacerlo así —dijo, como si le explicara algún abstruso concepto científico—. Empiezas por arriba... —Descargó un amplio latigazo sobre los hombros del viejo— sigues por abajo... —Abrió un nuevo surco de sangre en la región lumbar—. Y después vas llenando el espacio con líneas paralelas, hasta que no le quede piel. A eso me refería cuando dije *pégale*.

Mandras ni siquiera advirtió que el hombre había dejado de moverse, de gritar y de gemir. Con silenciosa determinación fue llenando el espacio entre las dos líneas, volviendo a las que pudieran haber dejado un asomo de carne intacta. Le dolían los músculos de los hombros, y al final hubo de parar un momento para enjugarse la frente con la manga. Una mosca se posó en la espalda del viejo, y Mandras la aplastó de un nuevo trallazo. Héctor dio un paso al frente, le arrebató la cuerda y le entregó una pistola.

—Ahora mátale. —Se apuntó con el índice en su propia sien y empleó el pulgar para simular un imaginario percutor.

Mandras se puso de rodillas y apoyó el cañón en la cabeza del viejo. Vaciló, horrorizado de sí mismo. No podía hacerlo. Cerró con fuerza los ojos. No podía quedar mal. Estaba en juego su honor, se trataba de ser un hombre delante de otros hombres. Además, el verdugo era Héctor, él sólo era un peón. Aquel hombre había sido sentenciado a muerte y moriría de todos modos. Se parecía un poco al doctor

Iannis, con su ralo pelo gris y su occipital prominente; el doctor Iannis, que no le creía digno de una dote. ¿Y a quién le importa un viejo inútil? Mandras tensó los músculos de la cara y apretó el gatillo.

No miró al revoltijo sanguinolento de sesos y fragmentos de hueso, sino el humeante orificio del cañón de la pistola. Héctor se la arrebató y le devolvió la carabina. Luego le dio unas palmaditas y dijo:

—Servirás.

Mandras hizo un esfuerzo para ponerse en pie pero estaba agotado, y Héctor le puso el brazo bajo la axila para ayudarlo.

—Justicia revolucionaria —explicó, y añadió—: necesidad histórica.

Al abandonar la aldea por el polvo y las melladas piedras que una vez más se habían reducido a un sendero, Mandras descubrió que no se atrevía a mirar a nadie, y caminó con la mirada clavada en tierra.

—¿Qué hizo el viejo? —preguntó al fin.

—Era un puerco ladrón.

—¿Qué robó?

—Bueno, no es que robara exactamente —dijo Héctor, quitándose el fez y rascándose la cabeza—, pero los británicos nos lanzan provisiones a nosotros y al EDES. Habíamos dado instrucciones a la gente de que nos informaran de cualquier lanzamiento para así llegar nosotros antes que nadie. Es lógico, dadas las circunstancias. Ese hombre fue a comunicar el lanzamiento al EDES, y después de hacerlo abrió una caja y cogió una botella de *whisky*. Lo encontramos tumbado bajo la lona del paracaídas, borracho como un turco. Robo y desobediencia. —Volvió a ponerse el fez—. Hay que tener mano dura con esta gente, de lo contrario hacen lo que les da la gana. Están llenos de falsa conciencia, y eso es algo que hay que quitarles de la cabeza, por su propio interés. No te lo creerás, pero la mitad de estos campesinos son monárquicos. ¡Figúrate! ¡Identificarse con el opresor!

A Mandras nunca se le había ocurrido ser otra cosa que partidario del rey, pero asintió en señal de conformidad y luego preguntó:

—¿Las provisiones eran para el EDES?

—Sí.

A sus espaldas oyeron un atroz gemido que rasgó la quietud de la aldea; subía y bajaba como una sirena y, resonando desde el risco hasta las rocas del otro lado del valle, se mezclaba otra vez con las tardías variaciones de su propio eco. Mandras apartó de su mente la imagen precisa de lo que estaba ocurriendo allí —el fúnebre plañir de la chica, morena y joven como Pelagia, que se mecía entre sollozos sobre la carne lacerada de su padre— y fijó su atención en el ulular. Si uno no pensaba en lo que era, sonaba en verdad extrañamente hermoso.

29. ETIQUETA

Una bonita mañana durante el inicio de la ocupación, el capitán Antonio Corelli despertó como de costumbre sintiéndose culpable. Era algo que le afectaba cada mañana dejándole un sabor a mantequilla rancia en la boca, y se debía al hecho de saber que dormía en una cama ajena. Día a día veía bajar el trinquete de su amor propio a medida que bregaba con la idea de haber desplazado a Pelagia y que ella durmiese, envuelta en unas mantas, sobre las frías losas de la cocina. Ciertamente *Psipsina* solía ir con su ama cuando arreciaba el frío, y también que él le había llevado dos petates del ejército para que los usara a modo de colchón, pero aun así se sentía indigno y se preguntaba si ella lo miraría siempre como a unapestado. Le preocupaba también que Pelagia tuviera que levantarse muy temprano para recoger su cama y estar presentable cuando él entrara en la cocina. Solía encontrarla bostezando, resiguiendo con el dedo el complicado inglés de la enciclopedia médica, o bien trabajando rencorosamente en una colcha de ganchillo que nunca parecía aumentar. Todos los días él se tocaba la gorra y le decía *Buon giorno, kyria Pelagia*, y todos los días encontraba ridículo saber decir *señorita* en griego pero no *buenos días*, lo que le impedía decírselo al pasar por su lado camino de donde Carlo le esperaba en el *jeep*. El capitán pidió consejo al doctor Iannis.

El hombre estaba muy irritable por la sencilla razón de que aquella mañana en concreto le había parecido bien estar irritable. Su trato con el obeso oficial de intendencia le había facilitado mucho la práctica de su profesión, incluso más que en tiempos de paz, y dado que él era un hipocondríaco declarado, el doctor le había visto lo bastante a menudo como para asegurarse un flujo continuo de existencias básicas. Curiosamente, cuando por fin tenía material de sobra para ir tirando, los isleños dejaron de ponerse enfermos. El aplazamiento colectivo de toda enfermedad en época de privaciones era un fenómeno del que tenía noticia pero que jamás había presenciado, y cada vez que llegaba a sus oídos alguna victoria aliada se preocupaba por el inevitable diluvio de enfermedades que traería consigo la liberación. Había empezado a tomarla con los italianos, culpándolos de reducir su utilidad como médico, y fue tal vez por esta razón que le dijo a Corelli que *buenos días* en griego era *ai gamisou*.

—*Ai gamisou* —repitió tres o cuatro veces el capitán, y luego dijo—: Ahora ya puedo darle los buenos días a Pelagia.

El doctor dio un respingo y pensó con rapidez.

—Oh, no —dijo—, no le diga eso a *kyria Pelagia*. Para una mujer que vive en la misma casa utilizamos *kalimera*. Es una de esas extrañas reglas que tienen algunos idiomas.

—*Kalimera* —repitió el capitán.

—Y si le saluda alguien —continuó el doctor—, usted diga *puttanasyie*.

—*Puttanasyie* —practicó el capitán. Y luego, muy ufano, dijo—: *Kalimera*,

kyria Pelagia.

—*Kalimera* —respondió Pelagia, dando puntadas a su fútil labor. Corelli esperaba que se sorprendiera o le dedicara una sonrisa, pero ella no reaccionó. El capitán se fue decepcionado, y sólo después, Pelagia sonrió.

Corelli vio que Carlo aún no se había presentado, así que ensayó su nuevo saludo con los lugareños.

—*Ai gamisou* —dijo alegremente a Kokolios, quien le miró con odio, frunció el entrecejo con cara de pocos amigos y escupió al suelo.

—*Ai gamisou* —dijo a Velisarios, quien le replicó con un torrente de invectivas que el capitán afortunadamente no acertó a comprender. Si se salvó de que el colérico gigante le cruzase la cara fue porque le ofreció un cigarrillo. «Quizá será mejor que no hable con griegos», pensó.

—*Ai gamisou* —le dijo a Stamatis, el cual había conseguido salir airoso de sus problemas conyugales ensayando el pretexto de que su sordera era recurrente.

—*Puttanas yie* —murmuró el viejo al pasar.

Aquella noche en Argostolion el capitán probó su nuevo saludo con Pasquale Lacerba, el desgarrado fotógrafo italiano al que habían forzado a trabajar de intérprete y, después de varios malentendidos, descubrió azorado que el doctor le había informado mal. Acabó sentado en un café próximo al ayuntamiento, más infeliz que enfadado. ¿Por qué había hecho eso el doctor? Él creía que entre los dos existía cierto respeto mutuo, y sin embargo le había enseñado a decir *A tomar por el culo* e *Hijo de puta*, y él había estado haciendo el imbécil todo el día, tocándose la gorra y diciendo aquellas cosas horribles. Santo Dios, si hasta se lo había dicho al cura, y a una chiquilla de cara sucia pero conmovedoramente inocente.

30. EL NAZI BUENO (1)

Una de las muchas curiosidades de las viejas clases dirigentes británicas era que siempre sabían lo que iba mal en su país, pero nunca le ponían remedio. En cambio, aplicaban la lección aprendida a sus posesiones en el extranjero. Así, en su *Tratado sobre el gobierno civil* de 1781, el filósofo Josiah Tucker observaba que Londres tenía una desmesurada representación en el parlamento y disfrutaba injustamente de unas ventajas que debían ser comunes a todos. Pero escribió algo más importante aún:

«Por otra parte, todas las Ciudades superpobladas son formidables en otro Sentido, y no deberían por tanto ser fomentadas por nuevos Privilegios, para crecer más peligrosas todavía; pues ellas son, y serán, el Foco de la Facción y la Sedición, la Cuna de la Anarquía y la Confusión. En toda gran Metrópoli, un líder osado y temerario, a la Cabeza de una Turba numerosa, es terrible para la Paz Social incluso en los Gobiernos más despóticos...

»Ahora bien, si un hombre tiene un mínimo sentido de la Rectitud y la buena Moral, o le queda una Chispa de Bondad y Humanidad, no puede desear que la gente caiga en la tentación de acudir a las grandes Ciudades. Son lugares que se han convertido ya en la ruina del género humano en todos los Sentidos, en su Salud, su Fortuna, su Moral, su Religión, etc., etc., etc. Y puede constatarse concretamente en Londres que si no fuera por los nuevos suministros humanos, tanto Hombres como Mujeres, que produce el País para suplir la Devastación causada por el Vicio, la Intemperancia, los Burdeles y la horca, toda la Especie Humana de dicha Ciudad no tardaría en extinguirse, pues el Número de Muertes excede al de Nacimientos en al menos 7000 cada Año».

Los filósofos que tienen una sola hipótesis y la plantean mediante bárbaros neologismos en treinta tomos sucesivos tienen el futuro asegurado en las universidades, pero el desdichado Josiah Tucker, tan influyente en su día, ha sido relegado al olvido en los departamentos de filosofía por ser insuficientemente oscuro, no plantear teorías lo bastante demenciales y basar sus pensamientos en ejemplos concretos. Gran Bretaña, en lugar de trasladar su capital a York, como habría sido sensato, permitió que Londres se convirtiera finalmente en el peor centro de corrupción en la historia del mundo moderno. Pero en Cefalonia las autoridades británicas vieron que Argostolion estaba creciendo demasiado, le hicieron caso a Tucker y emprendieron la construcción de la deliciosa ciudad de Lixouri.

Había en Lixouri un ágora espaciosa bordeada de árboles y un magnífico palacio de justicia con su mercado debajo, aglutinando así las ventajas afines de la justicia, el comercio y una agradable pantalla contra las andanadas del sol y la lluvia. Hasta la fecha Lixouri y Argostolion han venido considerándose mutuamente aberrantes y excéntricas y compitiendo tenazmente en danza, música, comercio y orgullo cívico, pero en 1941 dos potencias extranjeras parasitarias impusieron una nueva y siniestra

forma de rivalidad. Los italianos guarnecieron Argostolion, y los alemanes Lixouri.

El destacamento alemán era pequeño y modesto; es indudable que si estaba allí era sólo porque los nazis sabían perfectamente que los italianos no eran de fiar y querían tenerlos vigilados. Es cierto que Hitler describió una vez a Mussolini como *el gran hombre del otro lado de los Alpes*, pero a estas alturas sabía también que el Duce y sus secuaces eran los únicos fascistas auténticos que quedaban en Italia. Sabía que sus generales eran gente anticuada y carente de inspiración, había visto por sí mismo que los soldados italianos eran indisciplinados, díscolos y con ideas propias, y se había asegurado de que en el norte de África los mantuvieran apartados de la primera línea en los enfrentamientos importantes. Igual que Dios poniendo el arco iris en el cielo para recordar a los israelitas quién era el jefe, Hitler envió a Lixouri tres mil granaderos del 996.º Regimiento a las órdenes del coronel Barge.

A nadie le caían bien, pese a que las relaciones entre italianos y alemanes eran superficialmente amistosas. Los germanos consideraban a los italianos negroides de raza inferior, y los italianos estaban perplejos por el culto nazi a la muerte. Los cinturones y los uniformes tétricamente adornados con calaveras les parecían un detalle patológico, igual que su férrea disciplina, la irritante e irracional uniformidad de puntos de vista y de conversación, y su incomprensible pasión por la hegemonía. Los italianos, con su inveterada costumbre de rodearse mutuamente los hombros con el brazo, no se sentían inclinados a ello cuando estaban en compañía de alemanes, como si temiesen recibir una descarga eléctrica, como si su brazo pudiera convertirse en hielo o perderse en el vacío. Por las noches se oía cantar *Lili Marlene* en los comedores, la charla festiva, las carcajadas, el jolgorio, pero aquél era un mundo muy privado. Durante el día los alemanes se mostraban serios, no captaban ironías y eran brutal y gélidamente eficientes en su trato con la población local. El capitán Corelli hizo amistad con uno de ellos, un chico que hablaba un poco de italiano, y descubrió que sólo se convertía en un ser humano cuando se despojaba del uniforme, se ponía su bañador y chapoteaba en el mar.

Günter Weber ansiaba tener el pelo rubio, y por esa razón frecuentaba las soleadas playas cuando estaba libre de servicio, con la esperanza de que el sol le aclarase el pelo. Pero no había manera de transformar el color castaño de sus ojos en un azul ario libre de toda sospecha. Fue en la playa de Lepada donde trabó conocimiento con el hombre que se convirtió en amigo suyo y al que estaba destinado a traicionar con un beso de judas consistente en un torbellino de balas que acribillarían los cuerpos de compañeros a los que había llegado a querer.

La bahía de Lepada se encuentra en las cercanías de Lixouri, debajo del monasterio donde Anthimos Kourouklis habló con Dios, y está dominada por las ruinas de la ciudad corintia de Pale, donde en la época clásica floreció un inocente culto a Perséfone. La playa describe una elegante curva, en uno de cuyos extremos hay una roca estriada con toda la apariencia de un galeón escorado en pleno naufragio. Es una piedra diseñada por la naturaleza para tostarse al sol o para

contemplar desde un saliente el mar desmelenado y los cientos de pececillos que pasan raudamente entre las algas.

Sentado en el castillo de popa de aquel petrificado buque se hallaba Günter Weber cuando oyó llegar el camión italiano más allá del margen formado por la espesura y arrojar su cargamento de cantantes y prostitutas.

Hubiérase dicho que eran prostitutas recién importadas del norte de África, de no ser por la absoluta inexactitud que esta imagen podría suscitar. Tras haber sido devoradas por los insectos y arrasadas por el insoportable calor seco del grisáceo desierto, aquel grupo de rancias pero afables fulanas habían llegado recientemente a su nuevo paraíso insular y aún no se lo acababan de creer. Breves los vestidos, recubierta la cara de polvos y pintalabios rojos, formando con sus labios una caricatura del arco de Cupido, adoraban el modo en que los viejos campesinos se quedaban boquiabiertos cuando ellas pasaban contoneándose con sus sombrillas. Adoraban el sabor fresco del agua, el sedoso tacto del mar cuando nadaban desvergonzadamente desnudas, el milagro del sol curándoles las manchas de la piel, y el sociable letargo de sus momentos de ocio en el burdel militar, cuando recostadas y pintándose las uñas se quejaban de los hombres en general y en particular. Pero lo que más adoraban era coger alguna enfermedad que obligara a los médicos militares a ordenarles períodos de recuperación que podían significar varias semanas seguidas sin trabajar; una pausa en la rutina de levantarse temprano para ser transportadas como ganado de una base a otra para acabar haciendo vigorosos ejercicios gimnásticos acompañados del eterno repertorio de gemidos. Su existencia se reducía a la fricción (así de suave tenían la piel) y a una infinitud de techos.

Como el joven granadero alemán, las putas también querían ser rubias, pero conseguían a base de litros de agua oxigenada el objetivo que él perseguía por medio del sol. Ese poco de raíz morena en la separación de sus frágiles y castigados cabellos les daba un aire decepcionado y decepcionante, como si en última instancia les hubiera faltado ese impulso que podría haber consumado la ilusión del artificio, como le ocurre al artista genial pero falto de motivación.

La belleza de aquellas hastiadas aunque heliotrópicas flores era totalmente autogenerada y autoperpetuada. Su finísima pátina de juventud y encanto parecía relucir en ellas como el vago *glamour* de una incierta fascinación, pero en realidad era fruto de sus propios esfuerzos, esfuerzos hechos a conciencia, más por perseverancia que por esperanza. Era la suya una vanidad en la que pugnaban por creer. El cumplido ejercicio de su profesión mantenía sus cuerpos esbeltos y ágiles, pero tenían arrugas inerradicables en el rabillo de los ojos, pequeñas bolsas bajo los pechos que casi inadvertidamente empezaban a convertirse en pechos caídos. Sus dientes eran blancos y limpios, pero sus sonrisas eran maquinales aun siendo sinceras. Llevaban las piernas y las axilas afeitadas, olían a invernadero repleto de jacintos y se recortaban el vello púbico con tal religiosidad que los soldados que gustaban de hundirse y hocicar en un buen embozo, abundante y sin adulterar, salían

de allí desinflados y más o menos estafados, como si no hubiera habido penetración. El capitán Corelli y su club de ópera solían llevar a la playa en camión a aquellas lustrosas mujeres, porque él pensaba que eso les levantaría el ánimo. Muy versadas en la diversidad de la idiosincrasia masculina, las putas acudían porque la vida siempre les había empujado de acá para allá como a algas arrastradas por la marea, y los hombres eran los peces que pasaban por allí y se las comían.

Günter Weber observaba desde su roca cómo los soldados italianos descorchaban botellas de vino y agitaban los brazos y cantaban. Las desnudas ninfas se separaban y se metían a toda prisa en el agua, chillando y mojándose unas a otras. Weber sonrió con superioridad mientras pensaba que los italianos estaban locos. Tanto en el comedor de oficiales como en el conjunto de la nación de los pueblos germánicos unificados, todos coincidían en afirmar que los italianos eran como niños a los que cuando termina la fiesta se envía a casa con un globo en una mano y un pegajoso caramelo en la otra. Podían quedarse con Albania y con todo aquello que el Führer considerase que no valía la pena conquistar.

Weber tenía veintidós años y nunca había visto una mujer desnuda; no era como aquellos obcecados y compulsivos violadores rituales que se encontraban entre los croatas y checos alemanes alistados, y en cualquier caso el estupro militar no requería quitarle la ropa a la mujer; su brutalidad era rutinaria, su conclusión el asesinato. Weber todavía era virgen (su padre era pastor luterano), y se había criado en los montes de Austria, por lo que era capaz de odiar a judíos y gitanos por igual sólo porque nunca había visto a ninguno. Se acercó fingiendo dar un paseo al grupo de italianos, motivado por el desesperado deseo, disfrazado de despreocupación, de ver a una mujer desnuda.

Corelli miró aquella cara franca y juvenil, y le gustó. Era ingenua y cordial.

—*Heil Hitler* —dijo Weber, tendiendo la mano.

—*Heil Puccini* —contestó Corelli, ofreciendo la suya.

—Soy el teniente Günter Weber, de granaderos. He visto la fiesta y he pensado venir a presentarme.

—Ah —dijo Carlo, guiñándole un ojo—, quería echar un vistazo a las mujeres.

—No se trata de eso —repuso Weber con sequedad—. Lógicamente, no es la primera vez que uno ve estas cosas...

—Yo me llamo Antonio Corelli —dijo el capitán—, y lógicamente uno nunca se cansa de ver estas cosas.

—Desde luego —mintió Carlo, a quien la presencia de las mujeres ocasionaba una profunda incomodidad de espíritu. Se acordaba aún de Francesco y se aferraba a su nueva lealtad para con el capitán, seguro de que con este sería el cariño lo que al final constituiría la recompensa. Con Francesco nunca había estado seguro de ello, por más que Francesco había estado casado y había expresado con vehemencia su aversión por los homosexuales. Carlo se alegraba de que Corelli no fuera aficionado a los burdeles ni le hubiera forzado, como otros, a visitarlo. Carlo se dio cuenta de que

Corelli se había encaprichado de Pelagia antes incluso de que éste se diera cuenta, y eso, sumado a su amor a la música y a su adoración por los niños y por su mandolina, era ya promiscuidad suficiente para un solo hombre.

—¿No será usted descendiente del gran compositor? —preguntó Corelli.

—He dicho Weber —replicó el alemán—, no Wagner.

—Wagner no es un gran compositor —rió el capitán—. Es demasiado ampuloso, demasiado enfático, solemne y arrogante. No, yo me refiero a Carl Maria von Weber, el que escribió *Der Freischütz*, y los conciertos para clarinete, y la *Sinfonía en Do mayor*.

Weber se encogió de hombros:

—Lo siento, nunca he oído hablar de él.

—Se supone que usted debería preguntarme si soy descendiente del gran compositor —dijo Corelli, sonriendo anticipadamente. Weber volvió a encogerse de hombros y el capitán le echó un cable—: Antonio Corelli, el de los *Concerti Grossi*. ¿No es aficionado a la música?

—Pues no, a mí me gusta... —El teniente hizo una pausa, incapaz de pensar en algo que le gustara—. No me ha dicho usted su graduación.

—Yo soy la breve, Carlo es la semibreve, él es la negra, él la corchea, ese muchacho que está en el agua es una semicorchea y el pequeño Piero aquí presente es una fusa. En el club de ópera tenemos nuestro propio sistema jerárquico, pero por lo demás soy capitán. Treinta y tres Regimiento de Artillería. Adelante, únase a nosotros, tenemos mucho vino. Las chicas están libres de servicio, pero estoy seguro de que ustedes ya tienen las suyas. Por cierto, habla un italiano excelente.

Günter Weber se aposentó en la arena, cauteloso ante todos aquellos joviales extranjeros de tez morena, y replicó:

—Soy del Tirol. Allí se habla mucho el italiano.

—Entonces ¿no es alemán?

—Claro que soy alemán.

Corelli puso cara de asombro:

—Yo creía que el Tirol estaba en Austria.

Weber notó que empezaba a perder la paciencia; ya era bastante problema tener que oír reparos a la reputación de Wagner, uno de los más grandes profascistas.

—Nuestro Führer es austriaco —dijo—, y a nadie se le ocurre decir que no es alemán. Yo soy alemán.

Hubo un silencio incómodo, que Corelli rompió pasándole al otro una botella de vino.

—Beba y alégrese, hombre —dijo.

Günter Weber bebió y se alegró. El vino, el sol resplandeciente y el mitigante bálsamo de la brisa marina, el olor a áloe, los vigorosos cánticos, el código morse de la luz virginal persiguiendo el movimiento perpetuo de las aguas, todo ello conspiraba para ablandar la dura corteza de su corazón.

Permitió que Adriana disparase con su Luger, se quedó dormido, fue arrojado de las rocas al mar, se regodeó en la contemplación de las chicas desnudas, a las que les encantó su bronceado y su pelo rubio, y fue devuelto aquella noche a la base con el uniforme lleno de arena y convertido en miembro del club de ópera tras haber superado la iniciación consistente en convenir, entre copa y copa, en que si alguna vez expresaba admiración por Wagner sería fusilado sin juicio previo y sin posibilidad de apelación. Era el único miembro que no sabía cantar ni una nota; su rango, pausa de fusa con puntillo.

31. PROBLEMA CON LOS OJOS

Pelagia trataba al capitán lo peor que podía. Si le servía la comida le ponía el plato delante de manera que el contenido le salpicara y se derramara sobre la mesa, y si por casualidad le manchaba el uniforme iba en busca de un trapo húmedo, omitía el estrujarlo y desparramaba generosamente la sopa o el cocido sobre su guerrera, sin dejar de excusarse cínicamente por la guarrería. «Oh, no, por favor, kyria Pelagia, esto no hacía ninguna falta», protestaba él inútilmente. Al final ella se dio cuenta de que el capitán había adquirido el hábito de no arrimar su silla hasta que ella hubiera manchado la mesa de comida.

Su negativa a reconvenirla y su absoluta renuencia a ofrecer el tipo de amenazas que cabría esperar de un oficial de un ejército de ocupación sólo consiguieron sacarla de quicio. A Pelagia le habría gustado oírle gritar, ordenarle que pusiera fin a su insolencia, porque era tal la ira y la acritud que sentía, que sólo un enfrentamiento parecía susceptible de purgarla. Quería ventilar su enfado, sacudir los brazos como un predicador protestante; pero él, por lo visto, estaba decidido a frustrarla. El capitán se mantenía dócil y cortés, mientras ella se dedicaba en privado a practicar entrecerramientos de ojos y fruncimientos de labios que antes o después acompañarían al hipotético vendaval de recriminaciones e insultos que cada día esperaba con ilusión acumular sobre la cabeza de él. Tras dos meses de pasar las noches en vela, acurrucada en sus mantas sobre el piso de la cocina, Pelagia había perfeccionado diversas versiones del improvisado y vitriólico discurso con que esperaba dejarlo aturullado. Pero ¿cuándo iba surgir la oportunidad? ¿Cómo hace uno para estallar de justo rencor cuando el blanco del mismo se muestra circunspecto y cohibido?

El capitán no le parecía a ella el italiano típico. Cierto que a veces llegaba a casa un poco ebrio y que ocasionalmente sufría accesos de un incorregible buen humor; a veces entraba bruscamente y se postraba de rodillas, ofreciéndole una flor que ella aceptaba para luego dársela de comer, conspicua y sarcásticamente, a la cabra; a veces la cogía por el talle con la mano derecha, y la derecha de ella con la suya izquierda, y la hacía girar un par de veces como si bailaran un vertiginoso vals, pero esto sólo pasaba cuando su batería ganaba un partido de fútbol. Así pues, era impulsivo como el típico italiano y parecía que el mundo le traía sin cuidado, pero por otra parte daba la impresión de ser un sujeto muy reflexivo y un as en disimularlo. A menudo lo veía de pie junto a la tapia del patio con las manos a la espalda como un alemán, los pies separados, contemplando ensimismado las montañas o rumiando alguna cosa para la cual esas montañas eran poco más que un pacífico decorado visual. Ella adivinaba en él una tristeza emparentada con la nostalgia, pero sin llegar a serlo. «Ojalá —se decía Pelagia— fuese como los otros italianos, que me silban cuando paso o intentan pellizcarme el trasero. Entonces podría maldecirle, pegarle y llamarle "testa d'asino", y me sentiría muchísimo mejor».

Un día, él se dejó la pistola encima de la mesa. Pelagia pensó lo fácil que le resultaría hurtarla y culpar a algún ratero oportunista. Se le ocurrió que hasta podría matarlo cuando entrara por la puerta, y luego unirse a los *andartes* con pistola incluida. Lo malo era que él ya no era un simple italiano sino el capitán Antonio Corelli, que tocaba la mandolina y se mostraba como una persona encantadora y muy respetuosa. En cualquier caso, a esas alturas podía haberlo matado con su Derringer, o haberle roto la crisma con una sartén, pero la tentación no se había presentado. De hecho, la idea era de por sí repugnante, y en el fondo habría sido contraproducente e inútil; sólo habría servido para provocar horribles represalias, y difícilmente habría contribuido a ganar la guerra. Pelagia decidió sumergir la pistola en agua durante unos minutos para que el cañón se oxidara por dentro y el mecanismo quedara atascado.

El capitán la sorprendió in fraganti cuando ella estaba precisamente sacándola del agua. Tenía el dedo índice metido por la guarda del gatillo y estaba sacudiendo aquel sorprendentemente pesado peso muerto a fin de escurrir las gotas. Pelagia oyó una voz a su espalda y del susto la pistola se le cayó de nuevo en la palangana.

—¿Qué está haciendo?

—Santo Dios —exclamó ella—, qué susto me ha dado.

El capitán contempló la pistola sumergida con aire de objetividad científica, enarcó las cejas y dijo.

—Veo que anda metida en una travesura.

No era esto lo que ella esperaba, pero igualmente su corazón empezó a galopar de miedo e inquietud, y una sensación de pánico la privó momentáneamente de habla.

—La estaba lavando —balbuceó, débilmente—. Estaba grasienta que daba pena.

—No imaginaba que fuera usted tan patéticamente ignorante —repuso el capitán, lacónico.

Pelagia se ruborizó al sentir una curiosa emoción, una emoción que provenía del sarcasmo de él y de su irónica insinuación de que ella era una chica tonta y simpática que hacía tonterías porque era demasiado tonta y simpática para saberlo. Él estaba fingiendo paternalismo, lo cual era tan exasperante como ser condescendiente sin ambages. Por otro lado ella seguía asustada, nerviosa por lo que él pudiera hacer, y también, en el fondo de su pensamiento, enfadada todavía por no haber conseguido provocarle.

—No es lo bastante falsa para ser buena embustera —dijo él.

—¿Y qué esperaba? —preguntó ella, dándose cuenta de que no sabía qué había querido decir.

Pero el capitán sí parecía saberlo:

—Para todos ustedes ha de ser muy difícil tener que aguantarnos.

—Oiga, no tiene derecho... —empezó Pelagia, empleando las primeras palabras de su muy ensayado discurso y olvidando inmediatamente lo que seguía.

Corelli rescató la pistola del agua, suspiró y dijo:

—Supongo que me ha hecho un favor. Ya hace tiempo que debería haberla desmontado para limpiarla y engrasarla. Son cosas que se olvidan o se dejan para después.

—¿O sea que no está enfadado? ¿Por qué no se enfada?

Él la miró burlón:

—¿Qué tiene que ver el enfado con las cadencias? ¿De veras cree que no tengo nada importante en que pensar? Mejor pensemos en lo que importa y no nos metamos el uno con el otro. Yo no me meto con usted y usted no se mete conmigo, ¿de acuerdo?

Aquella idea le resultó novedosa e inaceptable. Pelagia no quería dejarle en paz, quería gritarle y darle un bofetón. Súbitamente abrumada, y con la cínica certeza de que no iba a salir mal parada, le cruzó la cara con todas sus fuerzas, alcanzándole en plena mejilla izquierda.

Él intentó recular a tiempo, pero no lo consiguió. Aturdido y perplejo, recuperó el equilibrio y se llevó una mano a la mejilla, como para consolarse. Le tendió a ella la pistola.

—Métala otra vez en agua —dijo—. Creo que así me será menos doloroso.

A Pelagia le sacó de quicio este nuevo truco, evidentemente pensado para anular toda su cólera. Frustrada más allá de la capacidad humana para el sufrimiento, levantó los ojos al cielo, apretó los puños, hizo crujir los dientes y salió a grandes zancadas. Una vez en el patio, dio una patada a un perol de hierro colado, consiguiendo con ello hacerse daño en el dedo gordo. Saltó a la pata coja hasta que se le calmó el dolor, y luego arrojó el delincuente perol por la tapia. Anduvo un rato cojeando con ímpetu y rencor, y arrancó una aceituna verde del árbol. Al comprobar que eso la consolaba, se dedicó a arrancar más. Cuando hubo reunido un buen puñado, volvió a la cocina y se las arrojó al capitán, que se había dado la vuelta en ese momento. Corelli se agachó mientras los proyectiles rebotaban inofensivamente contra él, y meneó la cabeza con aire divertido mientras Pelagia desaparecía de nuevo. Esas chicas griegas, menudo genio tenían. Se preguntó cómo era que nadie había ambientado una ópera en la Grecia moderna. Puede que lo hubieran hecho, después de todo. Tal vez debería componer una él mismo. Le vino a la mente una melodía y se puso a tararearla, pero al final resultó ser la *Marsellesa*. Se dio una palmada en la cabeza para expulsar al intruso y la canción se convirtió perversamente en la *Marcha Radetzky*.

—¡*Carogna!* —gritó fuera de sí.

Pelagia, que estaba fuera, le oyó y echó a correr colina abajo hasta la casa de Drosoula, para ocultarse allí hasta que él se calmara.

A medida que pasaban los meses Pelagia notó que su enfado decrecía, cosa que la desconcertó y molestó. El caso es que el capitán se había convertido en un elemento más de la casa, como la cabra o incluso su padre. Se había acostumbrado a verlo sentado a la mesa, garabateando con furia, o en pleno trance con un lápiz entre los

dientes. Cada mañana disfrutaba ella anticipadamente del pequeño placer doméstico de verle salir de su cuarto, diciendo «Kalimera, kyria Pelagia. ¿Ha llegado Carlo?», y al anochecer empezaba ya a preocuparse si él se retrasaba un poco. Luego, al verle llegar, suspiraba de alivio y sonreía contra su voluntad.

El capitán tenía ocurrencias muy simpáticas. Ataba un corcho a un trozo de cordel y corría por toda la casa persiguiendo a *Psipsina*, y a la hora de acostarse solía ir a llamarla porque normalmente, con gran tino e imparcialidad, la marta empezaba la noche con él y la terminaba con Pelagia. Se le veía a menudo de rodillas con una mano afianzada en la barriga del animal, mientras la marta fingía morderle y arañarle con sus zarpas; si por casualidad *Psipsina* se sentaba sobre una de sus composiciones, él iba a buscar más papel pautado en lugar de molestarla.

Al capitán lo poseía una gran curiosidad; podía quedarse sentado con enervante paciencia contemplando cómo las manos de Pelagia ejecutaban la danza de los ganchillos, hasta que a ella le parecía que su mirada irradiaba una extraña y poderosa fuerza que podía provocarle calambres y con ello hacerle perder un punto que otro. «Estaba pensando —dijo él un día— qué clase de música harían sus dedos si sonaran». A ella la desconcertó aquella observación aparentemente disparatada, y cuando él comentó que no le gustaba cierta canción porque era de un tono castaño rojizo especialmente revulsivo, ella dedujo que o bien tenía un sexto sentido o bien uno de los cables de su cerebro estaba mal conectado. La posibilidad de que estuviera un poco loco le hizo sentirse un poco protectora, y fue probablemente esto lo que acabó con sus primeros escrúpulos. La maldita verdad era que invasor o no, italiano o no, el capitán hacía que la vida fuera más variada, rica y extraña.

Encontró un nuevo motivo para estar enojada, salvo que esta vez el enfado iba contra ella misma: parecía que no podía dejar de mirarle, y el capitán siempre la sorprendía.

Había algo en él, sentado a la mesa mientras rebuscaba entre la montaña de papeles que le exigía la bizantina burocracia militar italiana, que la instaba a mirarle regularmente. Como un reflejo condicionado. Seguro que él estaba pensando en cómo solucionar los problemas familiares de sus soldados; seguro que le estaba sugiriendo con tacto a la mujer de un cabo que fuera a hacerse unos análisis a la clínica; seguro que estaba firmando formularios por cuadruplicado; seguro que estaba tratando de aclarar por qué un envío de proyectiles antiaéreos había aparecido misteriosamente en Parma, y por qué había recibido en cambio un cajón de embalaje sellado. Seguro que sí; pero no había vez que ella le mirara a los ojos que no la pillara él con su irónica y persistente mirada, como si la tuviera agarrada por las muñecas.

Solían mirarse por unos segundos, y al final ella bajaba la vista, confusa, se ruborizaba un poco y volvía a su labor, a sabiendas de que tal vez le había desairado, pero consciente también de la desfachatez de aguantar su mirada un momento más. Pasados unos segundos ella volvía a alzar los ojos furtivamente, y en ese mismo instante él le devolvía la mirada. Era exasperante. Era inverosímil. Era engorroso

hasta la humillación.

«Tengo que dejar de hacerlo», se decía ella, y convencida de que él estaba absorto en su trabajo, volvía a mirar y volvía a ser pillada. Intentó dominarse diciéndose: «No lo miraré en la próxima media hora». Pero todo era en vano. Lo miraba a hurtadillas, él parpadeaba y la apresaba otra vez con su divertida sonrisa y una ceja enarcada.

Pelagia sabía que él le tomaba el pelo, que se mofaba de ella con tanta dulzura que era imposible protestar o sacar el asunto a colación a fin de hacer de ello tema de disputa. Al fin y al cabo, ella nunca le pillaba mirándola, la culpa era sólo suya. No obstante, en ese juego él llevaba siempre las de ganar, y en ese sentido la víctima era ella. Pelagia decidió utilizar otra táctica en esa guerra de miradas. Decidió sostenerle la mirada hasta que él cediera.

Se miraron durante lo que parecieron horas, y Pelagia se preguntó absurdamente si era admisible el pestañear. Empezó a verle la cara borrosa e intentó concentrarse en el puente de su nariz, pero también ésta se desenfocaba y volvió a mirarle a los ojos. Pero ¿cuál de los dos? Era como la paradoja del asno de Buridán: elecciones idénticas producen una indecisión absoluta. Fijó su atención en el ojo izquierdo, que pareció expandirse en un inmenso y fluctuante vacío, así que cambió al derecho. Su pupila la traspasó como una lezna. Resultaba muy extraño que un ojo fuera un abismo sin fondo y el otro un arma tan afilada como una lanza. Empezó a sentir vértigo.

Él no apartaba la vista. Cuando ya los vahídos estaban a punto de aturullarla del todo, él se puso a gesticular sin dejar de abarcarla con su encaro. Hinchaba rítmicamente las ventanas de la nariz y meneaba las orejas; desnudaba los dientes como un caballo y movía de un lado a otro la punta de la nariz. Finalmente puso cara de sátiro e hizo una mueca.

Pelagia notó que una sonrisa le tiraba de las comisuras con creciente fuerza. El último tirón fue irresistible, y de pronto soltó una carcajada y pestañeó. Corelli dio un brinco y empezó a bailar ejecutando absurdas cabriolas mientras gritaba:

—He ganado, he ganado.

El doctor levantó los ojos de su libro, y exclamó:

—¿Qué? ¿Qué? ¿Cómo?

—Ha hecho trampa —protestó Pelagia, riendo. Y volviéndose hacia su padre—: Papá, ha hecho trampa, eso no es justo.

El doctor paseó la mirada del coribántico capitán a su remilgadamente risueña hija, se ajustó las gafas y suspiró:

—¿Y ahora qué? —preguntó retóricamente, sabiendo muy bien lo que venía a continuación y procurando de antemano pensar la mejor manera de sobrellevarlo.

32. LIBERANDO A LAS MASAS (2)

—Eh, oiga, ¿qué está haciendo? Largo de aquí. Deje en paz a mis ovejas.

Héctor no quiso soltar la oveja joven que llevaba al hombro. Héctor le recordó a Mandras la imagen del Buen Pastor como salía en los libros de religión que los misioneros católicos solían repartir en los pueblos ortodoxos, y también el Jesús de la Biblia. Qué inspiración la de Héctor, qué claridad de ideas. Era un hombre que lo comprendía todo. Tenía un libro llamado *¿Qué hacer?* y sabía exactamente dónde buscar una cita o una explicación. Era un libro muy viejo y muy manoseado, pero lo había escrito un tal Lenin que era más importante aún que Jesús. A Mandras le abrumaba el modo en que Héctor podía mirar todos aquellos gusanitos impresos y convertirlos en sabias palabras. Héctor le había prometido enseñarle a leer, a él y a otros analfabetos, e iban a constituir una Célula Autodidacta Obrera. Mandras se sabía ya el alfabeto y había dado una charla sobre el arte de pescar en el mar. Todos le habían aplaudido. Por Héctor había sabido que no era un pescador sino un trabajador, y que lo que él y un carpintero y un obrero de una fábrica tenían en común era que los capitalistas se quedaban con todos los beneficios de su trabajo. Sólo que a ese beneficio se le llamaba plusvalía. Él todavía no entendía cómo su plusvalía iba a parar a otros, pero sólo era cuestión de tiempo. Sintió inquina contra el rey por hacer que las cosas fueran de aquella manera, y aprendió a fruncir el ceño o a reír con sarcasmo cada vez que alguien mencionaba a los ingleses o los americanos, como hacían los otros. Podía hacer reír a la gente llamando *burgués* a su fusil cuando no le funcionaba bien. Oficinistas, armadores y cualquier agricultor que empleara a otras personas eran burgueses, y los médicos también. Pensó en todo el pescado que había regalado al doctor Iannis en pago por el tratamiento y se puso de mal humor. El doctor era más rico que él, y en un mundo justo sería la plusvalía del otro la que le correspondería a él. Lo que debería haber hecho era reunirse con los demás pescadores y negarse a vender pescado a menos que fuera a buen precio. Ahora lo veía clarísimo.

Mandras empezaba a considerarse instruido e informado, y de hecho veneraba a Héctor, aquel hombre más fuerte y mayor que había estado en lo más reñido de la batalla de Guadalajara y echado a los fascistas italianos. ¿Dónde está Guadalajara? En España. Ya, ¿y dónde está España exactamente? No te apures, un día de éstos tendremos clase de geografía. Palmada en la espalda. Gracias, camarada. Era un mundo de adultos, aquí no había señor ni señora, sólo camarada. Marcial, alentador, solidario, viril: camarada. Una palabra cordial, llena de solidaridad.

Héctor sonrió al furioso pequeño propietario y dijo:

—Nos llevamos esta oveja por orden del Alto Mando Aliado en El Cairo.

El campesino lanzó un profundo suspiro de alivio y dijo:

—Y yo que pensaba que eran ladrones.

Héctor rió, y Mandras hizo otro tanto. El hombre alargó la mano. Héctor

contempló aquella palma callosa y mugrienta y torció brevemente el gesto.

—Un soberano de oro —explicó el granjero.

—Vete a la porra —dijo Héctor—. ¿Es que eres fascista o qué?

—Los ingleses siempre me pagan un soberano por cada oveja —dijo el hombre—. Es el precio habitual. ¿No sois del EDES? Tendríais que saberlo.

—Somos del ELAS, y no creemos que la pérdida de una oveja sea una catástrofe si tienes en cuenta lo que intentamos hacer por ti. Te pagaremos más adelante. Ahora haz lo que te digo y vete a la porra. Las nuevas órdenes de los británicos son coger la oveja y pagar después.

El campesino se miró las botas:

—El EDES me ha dado un soberano de oro esta mañana a cambio de otra oveja.

—Si me entero de que has estado vendiendo provisiones al EDES, eres hombre muerto —dijo Héctor—, así que a callar. ¿Acaso no sabes que colaboran con los fascistas?

—Ayer volaron un puente —insistió el pobre hombre.

—Maldita sea —estalló Héctor—, ¿tan estúpido eres que no sabes distinguir una operación encubierta?

Mientras se alejaban, la oveja incautada lanzando balidos de angustia sobre los hombros del *andarte* y el hombre rascándose la cabeza de puro desconcierto, Mandras sonrió y dijo:

—Así aprenderá. —Hizo una pausa, lamentó el silencio resultante, por más que fuera entre camaradas, y añadió remiso pero con apropiado desdén—: Fascista soplón.

33. PROBLEMA CON LAS MANOS

Era una noche estigia. Fuera caía una cortina de lluvia y soplaban un levante racheado; objetos desconocidos pasaban trapaleando por el camino, y al doctor empezaba a preocuparle la salud del tejado, cuyas tejas oía rascar las unas contra las otras a medida que se levantaban y se posaban y se volvían a mover. Estaban los tres sentados en la cocina, Pelagia deshaciendo su cada vez más menguada colcha, el doctor leyendo un libro de poemas y el capitán componiendo una sonata al estilo de Scarlatti. Pelagia estaba fascinada por el modo en que él parecía escuchar la música dentro de su cabeza, y de vez en cuando iba a ver los progresos de aquellos incomprensibles garabatos sobre el pentagrama. En un momento dado apoyó una mano en el hombro de él porque le pareció la postura más natural estando de pie a su lado, y sólo un par de minutos después se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

Se miró con sorpresa la mano, que descansaba en el cuerpo del hombre, como reprendiéndola por conducirse con tanta temeridad sin mediar una adecuada supervisión adulta. Se preguntó qué hacer. Si la retiraba de golpe, podría parecer brusca. Con ello podía dar a entender que la había puesto allí sin darse cuenta, y así él supondría unos sentimientos por su parte que a ella no le habría gustado reconocer ni delante de él ni de sí misma. Tal vez si la dejaba allí como si fuera de otra persona tendría la posibilidad de negar toda responsabilidad en sus acciones. Pero ¿y si de repente él advertía que la mano estaba allí? Si la movía, él notaría al instante que la mano había estado efectivamente en su hombro; y si no la movía, tal vez él se daría cuenta de que estaba allí y sacaría conclusiones del hecho de que no la hubiera movido. Pelagia se miró ceñuda la mano y notó que la ansiedad obstaculizaba su comprensión del monólogo explicativo de él acerca del fraseo y la armonía. Decidió con tino que lo mejor era dejar la mano donde estaba y fingir que no le pertenecía. Se inclinó hacia adelante y adornó su cara con una expresión que intentaba comunicar la máxima seriedad intelectual y el mayor despojo de afecto natural y atracción física.

—Mmm, qué interesante —dijo.

Psipsina arañó la puerta para entrar, chillando desconsolada. No sin alivio, Pelagia corrió a abrirle, momento en el cual el capitán cayó en la cuenta de que una mano había descansado durante unos minutos en su hombro. La ausencia de aquel peso era patente y su presencia anterior, de lo más agradable y reconfortante retrospectivamente hablando. Sonrió con discreto placer, y una nota triunfal habría matizado su voz de haber tenido ocasión de hablar.

Sus placenteras meditaciones fueron interrumpidas del modo más horrendo por *Psipsina*, cuyo peso empapado sobre su regazo descartó todo placer o triunfo que él hubiera podido estar paladeando. La política de *Psipsina* cuando había temporal era siempre mojarse cuanto fuera posible y después saltar al regazo más cercano y más cálido para secarse con la máxima eficacia posible, y esta vez la víctima había sido el capitán, puesto que el doctor había tenido la sabia previsión de ponerse de pie. Corelli

miró horrorizado aquel amasijo de pelo saturado de humedad y notó cómo el agua le empapaba la ingle.

—¡Aaah! —gritó, alzando los brazos.

Pelagia rió con malévolo regocijo y le quitó de la falda al chorreante animal. El capitán notó el roce fugaz de sus dedos y experimentó un momentáneo estremecimiento de sorpresa, que no hizo sino aumentar hasta el infinito cuando ella se puso a sacudirle los pantalones con las manos al tiempo que decía:

—Qué desastre, pobrecito, mire toda esta porquería...

Él bajó la vista y contempló pasmado cómo trabajaban las manos de ella, y luego notó que Pelagia había reparado en su expresión. Ella se irguió súbitamente, le lanzó una fulminante mirada acusadora y continuó deshilando, momento que *Psipsina* aprovechó para saltar de nuevo sobre el regazo del capitán. A medida que el agua de su ingle iba calentándose bajo el peso de la marta, sintió aquel agradable calorcillo que había experimentado una vez de niño al orinarse mientras dormía, soñando que lo estaba haciendo contra una pared. Era ese mismo calor reconfortante que uno sentía antes de despertar lleno de vergüenza. Olvidó a Scarlatti y pensó en las manos de Pelagia. Qué dedos tan esbeltos, qué uñas tan rosadas. Se las imaginó enfrascadas en amorosos y nocturnos movimientos, y se dio cuenta de que estaba molestando a *Psipsina*. Trató de reprimir su lúbrica imaginación pensando en Vivaldi.

Fue un error, porque inmediatamente recordó que Vivaldi había dado clase a jovencitas en un convento. Su díscolo cerebro evocó imágenes de un aula repleta de pequeñas y atractivas Pelagias, todas ellas chupando la punta de sus respectivos lapiceros y seduciéndolo con sus centelleantes ojos oscuros. Una imagen fascinante. Se las imaginó a todas de pie junto a su mesa, inclinándose sobre él mientras explicaba algo, pasando el dedo por las líneas de un texto mientras sus negros cabellos le cosquilleaban las mejillas e invadían su olfato con el aroma del romero.

Una de las chicas le metía la mano por la camisa y otra empezaba a acariciarle el pelo y la nuca. Pronto eran docenas de manos idénticamente esbeltas, y de pronto tuvo una visión de sí mismo completamente desnudo sobre una mesa inmensa, mientras todas aquellas Pelagias milagrosamente desvestidas reptaban sobre él, enfrascadas en un delicioso asalto de pechos y manos y cálidos, húmedos, acariciadores labios. Empezó a sudar y a respirar con dificultad.

Psipsina decidió que ya no podía aguantar más aquella cosa que la empujaba insistentemente por debajo y saltó de su regazo. Su hermosa ensoñación se tornó en pánico. Si Pelagia acertaba a mirar, se daría cuenta claramente de la protuberancia piramidal que tenía en cierto punto de los pantalones, para la cual sólo habría una explicación.

Trató desesperadamente de pensar en algo muy desagradable, y mientras tanto se volvió un poco en su silla para no estar tan encarado a ella. Puso sus papeles sobre el regazo y fingió estudiarlos en esa postura. Ya a salvo, sus pensamientos volvieron a las Pelagias de en torno a la mesa, a sus múltiples manos que le recorrían el cuerpo de

pies a cabeza, a sus múltiples pechos carnosos cerniéndose en su boca cual frutas frescas y succulentas.

La verdadera Pelagia suspiró, cansada del ganchillo. A sus pies había una maraña de lana deshilvanada que se había ensortijado y ovillado en un intento de reanudar las configuraciones nudosas de su anterior estado. Pelagia no entendía por qué la lana tenía que ser tan nostálgica, pero lo cierto es que era una lata. Empezó a recogerla, pero su intransigencia la confundió:

—Capitán —dijo—, ¿me permite un momento? Necesito manos para devanar esta lana.

Fue el momento culminante de la crisis; el capitán llevaba tanto rato perdido en el país de las maravillas que en aquel preciso momento estaba haciendo el amor por turnos con todas sus Pelagias. La voz de ella penetró en su sueño del Elíseo como un cuchillo en un melón. Casi pudo oír el susurro de la hoja al cortar y el sonido hueco del golpe al dar contra la tajadera y partir el melón en dos.

—¿Qué? —preguntó.

—Que me eche una mano. Estoy hecha un lío con la lana.

—No puedo. Bueno, es que estoy en un punto crucial. De la sonata. ¿Le importa esperar un minuto?

La situación era desesperada; no había forma de levantarse sin dejar ver su estado tumesciente. Se forzó a pensar en su abuela, en nadar en agua helada, en imaginar un caballo muerto y lleno de moscas a la vera del camino después de una batalla. La erección cedió un poco, pero no lo suficiente.

No había nada que hacer. Fue una gran suerte que ella estuviera acostumbrada a verle hacer tonterías de vez en cuando. Corelli se postró de hinojos y se acercó a ella a cuatro patas. Meneó el trasero como un perro, con la lengua colgando, y la miró desde abajo con expresión de máxima fidelidad canina. Con un poco de suerte ganaría un tiempo precioso con aquella charada, hasta que estuviera en situación de incorporarse. Ella lo miró y compuso una expresión irónica.

—Es usted un tonto —dijo.

—Guau —dijo él, y volvió a menear el trasero. Le ofreció sus manos como dos patas suplicantes y Pelagia se las puso rectas con un gesto enérgico, separadas entre sí unos centímetros para permitirle devanar la lana en torno a ellas, mientras contenía la risa.

El capitán sacó la lengua más exageradamente aún y la miró a la cara con tan perruna adoración que ella tuvo que parar.

—Oiga —dijo—, ¿cómo quiere que enrolle la lana si no deja de hacerme reír? Loco.

—Guau —repitió él, tan metido ahora en su cómica mascarada que no recordaba su causa originaria ya desaparecida. Gimió como para que le soltaran y luego empezó a ladrarle a la lana cual si se tratara de un peligroso e ininteligible enemigo.

—Perro estúpido —dijo Pelagia, dándole una palmada en la nariz.

—¿Tenéis idea de lo ridículo que estáis? —objetó el doctor—. Vergüenza os tendría que dar, tan mayorcitos.

—No puedo evitarlo —repuso Pelagia, a quien le había sentado mal esta interrupción en su muy infantil divertimento—. Está loco, y la cosa se contagia.

El capitán echó la cabeza atrás y aulló la melodía de *Sola, perduta, abbandonata*. El doctor dio un respingo y meneó la cabeza. Por su parte, *Psipsina* fue a rascar la puerta para que la dejaran salir y mojarse antes que quedarse allí y soportar aquel espantoso lamento; bastante tenía con los perros de verdad. Pelagia se levantó, cogió un melocotón de encima de la mesa, volvió a su asiento y justo cuando el capitán acababa de echar de nuevo la cabeza atrás en un más que lastimero aullido, ella le encajó el melocotón en la boca. La expresión de asombro del capitán, abiertos los ojos como platos, mereció la pena de contemplar.

—¿Sabe la expresión de tonto que tiene? —preguntó ella—, ¿de rodillas, maniatado con lana y en la boca un melocotón?

—Los invasores deberían tener una conducta más digna —dijo el doctor, un poco ultrajado su sentido de la oportunidad histórica.

—Ung —dijo el capitán.

Lógicamente, Pelagia estaba distraída, y al terminar de devanar la madeja vio que lo había hecho con una presión cada vez mayor. El capitán se puso en pie y notó que la nariz se le estaba tapando precisamente por no poder respirar por la boca. Mordió el melocotón y dejó que el resto cayera al suelo, donde *Psipsina* lo olisqueó con cierto interés antes de cogerlo entre los dientes y salir corriendo. Corelli trató de liberarse pero no pudo.

—Es un complot —exclamó—, un traicionero complot de los griegos contra sus libertadores italianos.

—No pienso desovillarla otra vez —dijo Pelagia—. Ya me ha costado lo mío dejarla así.

—Atado de por vida... —se lamentó el capitán, y espontáneamente sus ojos se encontraron.

Ella sonrió con coquetería y luego, sin que hubiera razón para ello, volvió a bajar la vista.

—Perro malo —dijo.

34. LIBERANDO A LAS MASAS (3)

Que el teniente coronel Myers le echara a uno un rapapolvo era una humillación y una vergüenza, pero a Héctor y a Aris les había ocurrido tantas veces que casi se había convertido en un juego. Lo único que había que hacer era simular ignorancia o indignación o arrepentimiento cada vez que alguien se quejaba a los ingleses de que un grupo de *andartes* había cometido alguna atrocidad, y luego decir que uno no podía firmar ningún acuerdo sin autorización del comité de Atenas, para lo cual había que enviar a un mensajero que podía tardar dos semanas en volver de Atenas. Cabía siempre la posibilidad de decir que al mensajero lo habían apresado y fusilado los italianos, o los alemanes, o alguno de los diversos grupos de la resistencia, o podía uno culpar a los ingleses, diciendo que iban a favor del EDES. Podía uno culpar incluso a los lugareños griegos armados por los alemanes para que pudieran defender sus gallinas de la requisita incesante por parte de los patrióticos guerrilleros del ELAS. Esto tenía la ventaja de que a veces era verdad, y casi siempre imposible de verificar.

Héctor se ajustó su fez rojo y se plantó delante del teniente coronel Myers con la sensación de ser un colegial díscolo. Había dejado a Mandras fuera porque no quería que fuese testigo de su embarazo.

Mandras contemplaba el ir y venir de los oficiales británicos de enlace, y una vez más le sorprendió su tremenda altura, sus rojas y peladas narices y lo mucho que gustaban de las chanzas. Algunos eran de Nueva Zelanda, y Mandras supuso que eso debía de ser algún lugar de Gran Bretaña donde adiestraban a los soldados con el propósito específico de lanzarlos en paracaídas desde aviones Liberator para dinamitar viaductos. Siempre estaban resfriados, pero eran capaces de soportar lo indecible, y contaban unos chistes cuya ironía se perdía totalmente con la traducción. Hacían esfuerzos sinceros por aprender el griego romaico, pero se deleitaban en pronunciarlo mal; si una chica se llamaba Antígona, todos la llamaban *Auntie Ginnie*, y al propio Héctor se le conocía por *My Sector*; Mandras no tenía manera de saber que eso venía de que su mentor siempre contestaba *Éste es mi sector* cuando se le acusaba de doble juego, deshonestidad y barbarie.

—Éste es mi sector —le dijo Héctor a Myers— y yo recibo órdenes de Atenas, no de usted. ¿Es usted griego para estar dándome órdenes todo el bendito día?

Myers suspiró con paciencia. No era ducho en diplomacia; en realidad le habían dicho que el noventa por ciento de su trabajo sería impedir las guerras intestinas entre los griegos, y sólo deseaba llevar una vida sencilla en la que sólo hubiera que pelear contra los alemanes. Había estado a punto de morir de una neumonía y aún estaba delgado y débil, no obstante lo cual poseía la autoridad moral de alguien que se niega a comprometer un principio ético en nombre de un ideal. Todos los dirigentes del ELAS le odiaban por hacerles sentir como gusanos, y sin embargo nunca habían osado desafiarle abiertamente porque de él procedían todas las armas y los soberanos de oro que ellos ahorran para la revolución, una vez los alemanes se marcharan.

Tenían que tenerlo contento a base de aprobar algunos de sus planes, ejecutar alguna acción más o menos bélica contra las fuerzas del Eje y aguantar lo que él les endiñaba echando fuego por los ojos con incontestable convicción.

—Acordamos desde el principio que todos los *andartes* acatarían órdenes de El Cairo. Haga el favor de no obligarme a repetir las mismas cosas cada vez que le veo. Si se empeña en mantener esta conducta contraproducente, no dudaré en disponer que le corten todos los suministros. ¿Entendido?

—Usted no nos da nada, todo va a parar al EDES. No ha sido justo con nosotros.

—Ya estamos otra vez —objetó el teniente coronel—. ¿Cuántas veces quiere que le diga lo que ya sabe? Hemos adoptado siempre un reparto estrictamente proporcional. —Se irguió—. ¿Cuántas veces debo recordarle que en esta guerra tenemos un enemigo común? ¿No ha reparado en que estamos luchando contra los alemanes? ¿De veras cree que basta con haber volado el viaducto de Gorgopotamos? Porque es la última cosa útil que ha hecho el ELAS, y además la última vez que ustedes han cooperado con el EDES.

—Es con Aris con quien tendría que hablar. —Héctor estaba rojo de ira—. Yo recibo órdenes de él, y él las recibe de Atenas. Conmigo no se meta.

—Ya he hablado con Aris más de cien veces. Y ahora estoy hablando con usted. Aris me dijo que hablara con usted, porque dice que es el responsable de estos últimos atropellos.

—¿Atropellos? ¿Qué atropellos?

El coronel sintió desprecio y tuvo ganas de atizar a aquel tramposo *andarte*, pero se contuvo. Mientras hablaba, fue enumerando cada punto con sus dedos.

—Primero, el viernes pasado hubo un lanzamiento para el EDES, que, si me permite recordárselo, es el único grupo importante que combate realmente a los nazis. Usted y sus hombres los atacaron, los pusieron en fuga y les robaron todo.

—No es verdad —replicó Héctor—, y de todos modos no tendríamos que hacer esas cosas si ustedes nos tuvieran bien suministrados. No murió nadie.

—Mataron a cinco hombres del grupo de Zervas, incluido un oficial de enlace británico. Segundo, les hemos proporcionado grandes sumas de dinero, pero ustedes nunca pagan a los agricultores cuando les requisan algo. ¿Es tan tonto como para no ver que los está arrojando en brazos del enemigo? He recibido innumerables quejas; varios campesinos han recorrido a pie ochenta kilómetros para exigir una compensación. Han quemado ustedes tres pueblos cuyos habitantes se opusieron a sus robos, con el pretexto de que eran colaboracionistas. Mataron a doce hombres y cinco mujeres. He visto los cadáveres, Héctor, y no soy ciego. ¿Qué objeto tiene castrarlos, arrancarles los ojos y rajarles la boca para que parezca que mueren sonriendo?

—Si ellos no nos dan provisiones, es que son colaboracionistas; y si usted no nos da provisiones, ¿qué otra cosa podemos hacer nosotros? Si son colaboracionistas, yo no puedo culpar a mis hombres por perder los estribos, ¿verdad? Además, ¿quién ha

dicho que fuimos nosotros?

Myers estaba a punto de explotar y casi dijo *Los aldeanos*, pero comprendió que con eso provocaría nuevas represalias comunistas. Así que optó por decir:

—Lo vio un oficial nuestro.

Héctor se encogió de hombros.

—Mentira.

—Los oficiales británicos no mienten. —Myers permaneció impasible, arrepentido de tener que echar mano de la hipocresía. Miró iracundo y con patricio desdén al líder *andarte*; el problema con estos fascistas rojos era su falta de caballerosidad. No tenían el más mínimo sentido del honor personal.

»Tercero —continuó—, han impedido que gente de las zonas de alta montaña entrasen en áreas del EDES para comprar trigo, sin el cual se mueren de hambre. ¿Eso es patriotismo? No les dejan pasar a menos que se afilien primero al ELAS, y luego imponen penas de muerte por "deserción", aunque no poseen autoridad para ello. Cuarto, han tomado represalias contra un pueblo por coger patatas que habían sido requisadas ya por los italianos. Quinto, usted personalmente dio indicaciones erróneas a uno de nuestros oficiales de enlace que estaba buscando a Aris con la intención de presentarle una queja por sus acciones. Sexto, han practicado una política de desarmar a otros grupos de *andartes* y asesinar a sus oficiales.

Héctor era adepto a la táctica de la diversión, y pasó al ataque:

—Conocemos los planes británicos. ¿Cree que somos tontos? Piensan traer de nuevo al rey sin consultar al pueblo.

Myers descargó un puño sobre la mesa, mandando al suelo un vaso de vidrio.

—Séptimo —rugió—, han secuestrado y asesinado a un jefe de la gendarmería que estaba organizando una defección en masa de sus hombres al EDES, y usted hizo que se pasaran a su bando bajo pena de muerte. Octavo, han proclamado que todo aquel que no se una al ELAS es un traidor a Grecia y por tanto será fusilado. Noveno, los fondos que nosotros les proporcionamos se los dan al EAM, que a su vez se los da al KKE en Atenas, y en lugar de pagar a los campesinos les entregan pagarés falsos. Décimo, algunos hombres de su unidad atacaron vergonzosamente a una unidad del EDES cuando estaba librando una encarnizada batalla contra una unidad de las SS. Esto es una mancha para el buen nombre de Grecia, una infamia que no debe repetirse. ¿Está claro? —El coronel hizo una pausa y cogió un papel de encima de su mesa—. Tengo aquí un pacto que han firmado el EDES, el EKKA y el EOA, por el que acuerdan unánimemente adoptarlo como código de práctica. Voy a hacer que Aris lo firme, y quiero que usted lo lea y me dé su palabra de honor como caballero de que lo respetarán. Si no, habrá que pensar en interrumpir el aprovisionamiento.

Héctor le miró desafiante. El coronel había ensayado esta táctica un centenar de veces.

—No puedo hacerlo, y Aris no firmará nada a menos que recibamos órdenes del comité de Atenas. Habrá que mandar un mensajero. Quién sabe lo que puede tardar.

—Éstas son las condiciones —dijo Myers, entregándole el papel.

Héctor lo cogió, saludó con indolencia y se fue.

—Bueno, ¿qué te ha dicho? —preguntó Mandras mientras bajaban por el empinado y resbaladizo camino de cabra que serpenteaba hacia el valle desde la cueva que Myers había utilizado como cuartel general.

—Nada. Un montón de mierda —respondió Héctor—. Lo que has de entender es que los británicos son unos fascistas que sólo quieren conquistar Grecia para su imperio, y gente como Zervas y sus lacayos del EDES les están ayudando a conseguirlo. Por eso él tiene todas las provisiones y nosotros nada.

—Pero si tenemos toneladas de cosas —dijo Mandras—. Hay suficiente como para hacer saltar por los aires a todos los nazis que hay en Grecia.

Héctor hizo caso omiso; Mandras era joven, ya aprendería.

—Esos aldeanos se han chivado a Myers —dijo—. Creo que deberíamos darles una buena lección. Cabrones colaboracionistas.

—Había unas cuantas tías buenas —apostilló Mandras, sonriente.

—A ellas también les enseñaremos un par de cosas —replicó Héctor, y los dos rieron conchabados de placer.

Aquellos aldeanos eran un hatajo de pequeñoburgueses, realistas y republicanos que sólo aparentaban ser contrarios a un rey a quien todo el mundo aludía despreciativamente como *Glucksburg*. Eran todos compañeros de viaje del fascismo, y todos ellos desdeñaban el socialismo científico. Sí, había que hacer chillar y retorcerse a aquellas traidoras, y no preocuparse por problemas de conciencia, porque era lo menos que se merecían; estaban a punto de construir una Grecia nueva y mejor, y con los ladrillos de mala calidad había que hacer lo que a uno le diese la gana, al fin y al cabo iban a desecharlos. Era como hacer una tortilla y tirar las cáscaras.

Allá en su cueva, Myers reconsideró la posibilidad de pedir la evacuación. El Cairo pasaba por alto lo que les contaba sobre el ELAS y no parecían entender que antes o después —más bien antes— los comunistas iniciarían una guerra civil. Él sólo estaba perdiendo el tiempo. Se enjugó la frente con su pañuelo y se pasó la mano por la incipiente barba que aún era una novedad para él. Entró Tom Barnes, que venía de andar cinco días tras haber destruido un puente con ayuda de los hombres de Zervas. Se dejó caer en la vieja silla de madera, se quitó las botas y examinó las ampollas en carne viva que tenía en la planta del pie y en los dedos. Myers le interrogó enarcando una ceja y Barnes levantó la vista, sonriente.

—Una explosión de narices —dijo, arrastrando las palabras—. Ha sido la hostia. Vigas voladizas por todas partes. Los *wops* y los *jerries*^[1] tienen trabajo para semanas.

—Magnífico —dijo Myers—. ¿Un poco de té? Acaba de estar aquí ese Héctor. Es casi tan horrendo como Aris, un auténtico canalla hasta los tuétanos.

—Es lo que pasa con los sombreros malos —dijo Barnes—, uno acaba poniéndoselos siempre en la cabeza.

35. PANFLETO DISTRIBUIDO POR TODA LA ISLA BAJO EL ESLOGAN FASCISTA *CREE, LUCHA Y OBEDECE*

¡Italianos! Celebremos la vida y las conquistas de Benito Andrea Amilcare Mussolini, quien pese a unos inicios poco prometedores nos ha llevado a la ruina.

De niño se creyó que era mudo, pero más adelante demostró una garrulería incorregible y un pasmoso talento para la verborrea. De muchacho cogía pájaros y los dejaba ciegos con un alfiler, arrancaba plumas a las gallinas, se le consideraba ingobernable y pellizcaba a las niñas en el colegio para hacerlas llorar. Era el jefe de la banda, siempre buscaba pelea, iniciaba riñas sin mediar provocación y se negaba a pagar las apuestas que perdía. A los diez años apuñaló a un chico durante la cena y poco tiempo después apuñaló a otro más. Hizo correr la voz de que era el primero de su clase, cuando no era así, y al comienzo de la pubertad empezó a frecuentar todos los domingos un burdel en Farti. ¡Éstos son los velos de esplendor entre los que inició su vida!

Cometió estupro en la persona de una virgen, en un hueco de escalera, y cuando ella lloró por su honor él le reprochó no haber ofrecido suficiente resistencia. Misántropo y eremítico, era zarrapastroso, maleducado, incapacitado para cualquier empleo, y sólo salía al anochecer. ¡Con cuánta largueza continuó desarrollando sus habilidades!

Como maestro de escuela se le conocía como *el tirano*, pero era incapaz de dominar sus aulas. Se dio al alcohol y las cartas, tuvo un lío con la mujer de un soldado que estaba de servicio, la acuchilló y se compró una llave inglesa. A fin de eludir a sus acreedores, a sus líos y al servicio militar, huyó a Suiza, donde rehusó trabajar. En cambio, empezó a mendigar con amenazas, y tras haber sido arrestado por vagancia, protestó ante la policía afirmando que él odiaba a los vagabundos y que, por tanto, no se consideraba uno de ellos. Demostró así un talento especial para la oratoria razonada que tan bien conocemos todos.

Empezó a trabajar en un comercio de vinos, pero fue despedido por beberse todo el género. Su versión de esta historia es que en esa época mantenía entrevistas con Lenin, el cual profesaba la más profunda admiración por sus cualidades. En 1904 empezó a fomentar la desertión entre los soldados italianos, cosa perfectamente compatible con su última exigencia (tan familiar ahora para nosotros) de que todos los desertores debían ser fusilados.

Se trasladó a París, donde se ganaba la vida diciendo la buenaventura. Fingió interesarse por la filosofía, y recientemente ha revelado que estudió en las universidades de Ginebra y Zurich. Lo cual es cierto, por supuesto, aunque no existe constancia de que asistiera a clase ni de que se matriculara. También es cierto que no abandonó a su madre en la penuria, ni a su padre en la cárcel. Como todos sabemos,

el DUCE cree en su propia propaganda y, por lo tanto, nosotros también.

Aceptó una nueva plaza de maestro y fue despedido al cabo de un año por celebrar fiestas licenciosas en cementerios. Asimismo, contrajo la sífilis durante un lance adúltero. No obstante, ello no puede aceptarse como causa de su demencia actual, puesto que ya estaba loco cuando contrajo la enfermedad. Fue por entonces que escribió su soberbia historia de la filosofía, que según dice él fue destrozada por una amante celosa, pero que todos nuestros catedráticos saben que fue una obra genial, incluso sin haberla leído. Fue depuesto de una nueva plaza docente, y descubrió una nueva ideología política consistente en la idea de que primero hay que actuar y luego inventarse los motivos, siendo éste el único punto de conflicto con las doctrinas de Stalin, el cual sabía siempre de antemano lo que pretendía conseguir.

Al Duce le dio por calarse el sombrero hasta los ojos para no reconocer a nadie y verse obligado a conversar; iba con la ropa deliberadamente arrugada y utilizaba un lenguaje soez. Escribió una excelente novela a la manera de Edgar Allan Poe, que fue inexplicablemente rechazada por todas las editoriales a las que envió el original. Era una obra genial, probablemente demasiado sofisticada para el gusto de la época. Poco tiempo después se convirtió en subdirector de *Il Popolo* y descubrió que podía ahorrarse los periodistas fabricando él mismo las noticias. Se le confiscaron diez ediciones por difamación, y fue arrestado por no pagar una multa. Así pues, la originalidad siempre ha sido objeto de persecución.

El Duce logró notoriedad por acusar a Jesucristo de copular con María Magdalena, y por redactar un panfleto titulado *Dios no existe*. Al poco tiempo fue encarcelado por fomentar la sedición en el seno del ejército. Se casó con su propia media hermana —hija ilegítima del padre de él— y después engendró un hijo ilegítimo en Trento. Los hijos obedientes deberían pues emular siempre a sus padres, y de este modo cada generación será un faro cuya luz se perpetuará en las siguientes. En esa época se dijo de él que era incapaz de mirar a la gente a la cara durante una conversación, que carecía de sentido del humor, que era un delincuente paranoide, y todo el mundo le conocía por *el Loco*. Esto, claro está, no es cierto, si bien los que le conocieron entonces lo recuerdan perfectamente. En 1911 se opuso a la guerra con Libia, y al acceder al poder años después llevó a cabo una política de bestial represión contra ese mismo país, haciendo gala de su extraordinaria adaptabilidad ante situaciones inalterables.

Siendo redactor jefe de *Avanti* inició una aventura amorosa con Ida Dalser, quien tuvo un hijo de él y permitió que viviera a expensas de ella. El DUCE la abandonó y posteriormente la hizo encerrar en una institución mental, haciendo gala de su increíble capacidad para la lealtad. Del mismo modo convirtió en querida suya a Margherita Sarfatti, para después hacerla encarcelar según la legislación antijudía. Cabe decir que todas y cada una de sus docenas de amantes eran espantosamente feas, y no cabe duda de que el DUCE dio rienda suelta a sus impulsos caritativos asociándose con ellas. La belleza está en los ojos del observador y es posible que el

DUCE sea astigmático. Habría que apuntar aquí que Leda Rafanelli declinó convertirse en una más de la lista basándose en que él era un loco y un embustero, y fue por esta calumnia que él la sometió después a un acoso policial plenamente justificado y que no tuvo nada que ver con mezquinos motivos emparentados con la venganza.

El Duce fue puliendo su ideología hasta convertirla en una según la cual él estaba completamente de acuerdo con la última persona con la que hablaba, y en 1915 trató de evitar el reclutamiento para la guerra que alternativamente había objetado y apoyado. Su propuesta fue inexplicablemente rechazada por una comisión; él sostuvo que los austriacos habían bombardeado el hospital donde se recuperaba de la metralla con la única intención de eliminarlo a él, puesto que era el hombre más importante de Italia. Para entonces su periódico se financiaba gracias a la publicidad de los fabricantes de armamento, que nada tenía que ver con su súbita conversión a la causa aliada.

El Duce desvió fondos destinados a la aventura del Fiume y los utilizó para su propia campaña electoral. Fue detenido por posesión ilegal de armas, por mandar paquetes bomba al arzobispo de Milán y a su alcalde, y pasados los comicios él fue, como es bien sabido, el responsable del asesinato de Di Vagno y Matteoti. Desde entonces ha sido responsable de los asesinatos de Don Mizzoni Amendola, los hermanos Roselli y el periodista Piero Gobetti, sin contar naturalmente los centenares de víctimas de sus *squadristi* en Ferrara, Ravena y Trieste, y los miles que han perecido en localidades del extranjero cuya conquista fue inútil y carente de todo sentido. Los italianos le estamos eternamente agradecidos por esto y pensamos que tanta violencia nos ha convertido en una raza superior, del mismo modo que la introducción de revólveres en el Parlamento y la total destrucción de la democracia constitucional han elevado nuestras instituciones a las más altas cotas de civilización.

Desde la toma ilegítima del poder, Italia ha conocido un promedio de cinco actos de violencia política al día, el DUCE ha decretado que 1922 es el nuevo *Annus Domini*, y se ha hecho pasar por católico a fin de persuadir al Santo Padre para que le apoye en su cruzada contra los comunistas, pese a que él mismo lo es. Ha sobornado completamente a la prensa y ha hecho destrozarse los locales de las revistas y periódicos disidentes. En 1923 invadió Corfú no se sabe por qué, y fue obligado a replegarse por la Liga de Naciones. En 1924 manipuló las elecciones. Ha oprimido a las minorías del Tirol y del nordeste del país. Mandó a nuestros soldados a participar en la destrucción de Somalia y Libia, manchándose las manos de sangre inocente; ha doblado el número de burócratas al objeto de domar a la burguesía; ha abolido las administraciones locales, obstaculizado el poder judicial y presuntamente interrumpido con mano divina el flujo de lava del monte Etna mediante un simple acto de voluntad. Ha adoptado actitudes napoleónicas mientras permitía la utilización de su imagen para anunciar chocolates Perugia; se ha afeitado la cabeza porque le da vergüenza que se vea que está quedándose calvo; se ha visto obligado a contratar a un

tutor que le enseñe modales en la mesa; ha introducido el saludo romano como alternativa más higiénica al apretón de manos; pretende no necesitar gafas; tiene un repertorio de dos únicas expresiones faciales; se sube a un podio oculto cuando pronuncia discursos porque es muy bajo; finge haber estudiado economía con Pareto; ha asumido la infalibilidad y fomentado que la gente vaya con retratos suyos a los desfiles, como si fuera un santo. Desde luego, es un santo.

Él mismo (¿y quiénes somos nosotros para decir lo contrario?) se ha proclamado más grande que Aristóteles, Kant, Aquino, Dante, Miguel Ángel, Washington, Lincoln y Bonaparte, y ha nombrado ministros suyos a un puñado de parásitos, renegados, extorsionistas y funcionarios públicos que, encima, son todos más bajos que él. Le da miedo el mal de ojo y ha abolido la segunda persona del singular como tratamiento. Ha hecho moler a palos a Toscanini por negarse a tocar *Giovinezza* y ha encargado a varios académicos que demuestren que los grandes inventos del hombre eran italianos y que Shakespeare fue el seudónimo de un poeta italiano. Ha hecho pasar una carretera por el emplazamiento del foro romano, destruyendo quince iglesias antiguas, y ordenado esculpir una estatua de Hércules de ochenta metros de altura, con su propia efigie, que hasta ahora consiste en una parte de la cara y un pie gigantesco, y que no puede ser concluida porque ya se han gastado cien toneladas de metal.

Todo lo que dice en sus discursos está en contradicción con algo que ha dicho en otro discurso, ya que ha sabido observar que los italianos solamente hacemos caso de aquello con lo que estamos de acuerdo. Es así como ha conseguido serlo todo para todos. Ha quemado libros y ha falseado los textos de nuestras escuelas, ha perseguido al filósofo Benedetto Croce, ha nombrado tribunales revolucionarios con potestad para dictar sentencias de muerte y ha convertido islas idílicas en cárceles donde torturar a sus adversarios. Nos ha hecho jurar votos de obediencia a los dieciocho años, para que sólo los hipócritas y los imbéciles recalcitrantes puedan hacer progresos, y ha intentado convertirnos a todos en puritanos diciéndonos que es muy viril negar la sonrisa excepto para expresar sarcasmo absoluto.

Ha invadido las islas del Dodecaneso, tachando incluso las lápidas de los griegos, ha inaugurado en Parma una escuela donde se enseña terrorismo a croatas y macedonios, ha subvertido la Liga de Naciones infiltrándose en sus principales cargos, ha obstruido las negociaciones de paz entre Albania y Yugoslavia, ha rearmado a Alemania, Bélgica y Austria, dejando que su propio ejército libre batallas escandalosamente injustificadas sin armas, y sin embargo ha firmado el pacto de Kellogg que prohíbe el uso de la fuerza como instrumento de política exterior.

Este Promiscuo Sifilítico ha convertido el contagio de la sífilis en un delito merecedor de cárcel, este Padre de Innumerables Bastardos Enanos ha declarado ilegal la anticoncepción, este Campesino Malhablado ha prohibido blasfemar y ha reglamentado el baile y el consumo de alcohol en un intento de hacernos más formales. Ha dispuesto por ley que las mujeres sean como gallinas de criadero, ha

suprimido la libertad de culto, ha hecho que todos los pronombres referidos a *Él* sean escritos con mayúscula y que la palabra DUCE aparezca en los periódicos impresa en letra versal, ha levantado campos de concentración en Libia y en un momento u otro ha decidido invadir Francia, Yugoslavia, la Somalia francesa, Etiopía, Tunicia, Córcega, España y Grecia. El DUCE ha dicho: «Mejor un día como león que cien años como oveja», y en consecuencia se ha convertido en león de cartón piedra y nosotros, los italianos, en ovejas que le seguimos al matadero diciéndonos unos a otros que también somos leones. *Él* ha dicho: «Cuantos más enemigos, mayor es el honor», de ahí que nos hayamos creado enemigos de la nada y hayamos tenido que combatirlos con los pies descalzos y subidos en carros blindados con cañones de madera.

Este Bufón Ridículo, propietario de un millar de floridos uniformes atiborrados de espurias condecoraciones por actos de valor que nunca ha llevado a cabo, ha sido la causa de que saquemos fotografías de nuestros hijos vestidos con camisa negra, nos ha hecho ensayar el aplauso en sus discursos por medio de cartelitos y campanas, ha inaugurado un *movimiento hacia la juventud* que ha llevado a posiciones de poder a malhechores y gente sin experiencia. Contra la doctrina católica de la Santa Madre Iglesia, ha introducido la esterilización para los *racialmente inferiores*, ha firmado pactos de no agresión con la URSS y Gran Bretaña, países ambos con los que ahora estamos en guerra no se sabe por qué, y ha hecho obligatoria la instrucción militar a los ocho años para que nuestros hijos se conviertan en soldados. Ha calificado a Hitler de *payaso trágico, horrible degenerado sexual y desleal e indigno de confianza*, sin embargo de él recibe órdenes. Ha hecho saber que su nombre se utiliza como anestésico en los hospitales antes de cualquier intervención quirúrgica y, como si su propio intelecto estuviera anestesiado, ha afirmado estúpidamente que los británicos son demasiado decadentes para plantarnos cara. Desde entonces los británicos han hundido, decadentemente, la mitad de nuestra flota (razón por la cual en todas partes pasamos hambre) y nos han derrotado en el norte de África, donde nuestras tropas han desertado unánimemente. La invasión de Etiopía nos costó cinco mil vidas italianas, los ingresos de todo un año, y el equivalente del material de 75 divisiones, lo cual ha sido causa directa de que los británicos se rearmaran con el mismo armamento que ahora utilizan contra nosotros.

Este pigmeo Moral e Intelectual ha hecho que la oración *Felix Mater* fuera dirigida a su propia madre difunta, ha causado la pérdida de seis mil soldados en la guerra civil española, a cambio de nada. Por ser como leones dirigidos por un asno fuimos derrotados por un ejército de aficionados en Guadalajara y, lo que es peor, el DUCE ha mancillado nuestro nombre ordenando la masacre de prisioneros españoles en Mallorca. Igual de vergonzosa ha sido la orden de torpedear barcos neutrales y de negar el permiso para que los supervivientes fueran recogidos del mar; ha entrado en una alianza con Japón y ordenado a la prensa que se les llame *arios*; nos ha convertido en lacayos de Alemania al obligarnos a desfilar al paso de la oca; ha

realizado la semánticamente imposible gesta de nombrarse a sí mismo y al rey *primer mariscal*; ha hostigado a los judíos italianos para complacer a Hitler, y ha afirmado que no podemos perder ante los británicos porque son unos afeminados que llevan paraguas.

¡Soldados! No tenemos uniformes que ponernos porque el DUCE ha ordenado que tienen que llevarlos todos los maestros y empleados del gobierno. Hemos sido abandonados en el norte de África por falta de transporte tras haber caminado seiscientos kilómetros por el desierto en pleno verano; hemos perdido un tercio de nuestra marina mercante porque él se olvidó de hacerla regresar a casa antes de declarar la guerra; nos han querido convencer de que reducir a la mitad los efectivos de una división equivale a decir que hemos doblado el número de divisiones; nos han hecho invadir Grecia por el norte en la estación de las lluvias y sin ropa de invierno, después de habernos desmovilizado, en puertos del Adriático donde era imposible desembarcar, sin que lo supiera el jefe de Estado Mayor del Ejército, que se enteró por la radio. Todos nuestros soldados albaneses desertaron y sólo sabemos lo que nos está pasando gracias a la BBC. Nuestra Armada, por falta de cobertura aérea y de portaaviones, ha sido aniquilada en Taranto y en Cabo Matapan mientras los británicos perdían un único avión, y en el norte de África nuestros 300 000 soldados han sido vencidos por 35 000 porque no tenemos fuerza aérea, nuestros carros ligeros parecen de papel y nuestras unidades motorizadas carecen de motores. Mientras nosotros morimos por nada el Duce ha establecido su cuartel general cerca del Vaticano, para que no se lo bombardeen.

¡Soldados! Nos han hecho invadir un país inocente sabiendo que si salíamos victoriosos no podríamos alimentar a sus valientes habitantes, de manera que su hambruna es peor que la nuestra. En contra de todos los preceptos que rigen la guerra y la conciencia, el DUCE nos ha ordenado matar a veinte de ellos por cada baja nuestra, y hay que decir en nuestro honor, que casi nadie le ha hecho caso.

¡Soldados! Lloremos por lo que ha sucedido en nuestro país: 350 000 de los nuestros han sido trasladados a Alemania como esclavos, el DUCE ha conseguido lo imposible haciendo que haya desempleo durante una guerra, la inflación es galopante, tres cuartas partes de la comida se obtienen únicamente en el mercado negro que dirigen sus propios oficiales, las tarjetas de racionamiento son falsificadas sin restricción, y existen cuarenta agencias de reparto con funciones superpuestas que garantizan que nunca pueda pasar nada.

Lloremos por un país donde se conceden medallas por el supuesto hundimiento de inexistentes buques de guerra británicos, donde se nos obliga a ponernos en pie y saludar durante los partes informativos de la radio, donde los discursos de un lunático reciben el mismo tratamiento que un texto sagrado y son imprimidos con tiradas millonarias, donde el Lunático de marras es como un director de orquesta que pretende tocar a la vez todos los instrumentos, que se ha hecho filmar ganando partidos de tenis contra jugadores profesionales, actuando como árbitro el ministro de

Propaganda, que es el hombre Más Desobedecido de la Historia porque todo el mundo sabe que sus órdenes nunca tardan en ser revocadas.

¡Soldados! Éste es el Hombre que nos ordenó utilizar gas mostaza y fosgeno contra salvajes armados con lanzas. Éste es el Mamarracho cuyos bandidos y pirómanos camisas negras huyen del campo de batalla pero matan a nuestros padres y tíos haciéndoles beber aceite de ricino rociado con gasolina. Éste es el Hombre que ha destrozado la economía y nos ha sumido para siempre en la vergüenza.

¡Soldados! Bien dicen que cada país tiene los líderes que se merece. *VIVA IL BUFFONE! VIVA IL BALORDO! VIVA IL ASSASSINO! VIVA IL DUCE!*

36. EDUCACIÓN

Los muchachos habían hecho un *kokoretsi* con las menudencias de la cabra que le habían quitado al resentido monarca del pueblo, y estaban mirando cómo chisporroteaba sobre las pavesas. A todos se les había abierto el apetito, y para pasar el rato hasta que la comida estuviera lista Héctor decidió beneficiarles una vez más con sus conocimientos. Algunos de los *andartes* bostezaban con mal disimulado aburrimiento. Otros, que se habían visto forzados a unirse al grupo a falta de otra alternativa, aguantaban enfurruñados de resentimiento mientras pensaban que estaría bien llenarle de mierda la boca a aquel patán. Por la noche dos de ellos cogerían sus armas y desaparecerían en busca de una cuadrilla que combatía a los alemanes en lugar de a sus compatriotas griegos. Sabían que serían fusilados si los capturaban, pero incluso eso parecía mejor que quedarse allí. Un monárquico escribió *Erkhetai* en el polvo del camino y luego se esmeró en taparlo con agujas de pino para que Héctor no lo viera; era un canto de esperanza (*Él vendrá*) que no podía ser sino secreto. Cuatro republicanos venizelistas escucharon a Héctor y se preguntaron amargamente cómo todos los grupos habían terminado de algún modo en un comité de tres líderes comunistas y contrarios a los británicos, los únicos extranjeros que habían intentado hacer algo por ellos desde el inicio de la guerra. Cuando Héctor decía algo, era lógico suponer que la verdad era lo contrario de lo que decía; así se enteraba uno de las cosas, escuchando a Héctor y dándole la vuelta. Únicamente Mandras y otros dos líderes nominales le escuchaban con atención mientras él se paseaba arriba y abajo con su venerado ejemplar de *¿Qué hacer?* bajo el brazo. Un búho ululó a lo lejos, como burlándose de su discurso, y la noche se hizo más fría a medida que el viento del norte agitaba las ramas de los pinos. Detrás de ellos, la cumbre de la montaña parecía meditar entre dos brillantes estrellas, sobresaliendo despóticamente sobre aquel bosque sin límites con su extrañamente entremezclada población de héroes, martas, jabalíes, bandoleros y ladrones.

«Y ahora, camaradas, quiero hablaros porque creo que muchos de vosotros no habéis aprendido todavía que sin teoría revolucionaria no puede haber movimiento revolucionario, y que el papel de vanguardia sólo puede llevarlo a cabo un partido que se guíe por la más avanzada teoría. La cuestión es que muchos de vosotros no tenéis una idea clara de cómo analizar nuestra experiencia histórica, lo cual conduce a un economicismo, a un concesionismo y a un democratismo estrechos de miras. Ahora bien, es cierto que este socialismo burgués, social reformismo burgués o socialismo oportunista es concienciación en un estado embrionario, pero no tiene en cuenta el necesario e irreconciliable antagonismo entre los intereses del proletariado y los intereses del oscurantismo reaccionario. No logra comprender la dialéctica de las contradicciones sociales. Veréis, los intereses del proletariado son diametralmente opuestos a los intereses de la burguesía. No es sólo la teoría sino también la praxis la que lo demuestra, y no hace falta que intente dar pruebas de ello porque es evidente.

Lo que debemos tener siempre en mente es que el significado históricomundial de la lucha exige la intervención directa del proletariado en la vida social, y no cierto tipo de republicanismo parlamentario o de semiabsolutismo militar. El caso es que el comunismo siempre está a la cabeza a la hora de procurar la valoración más revolucionaria de cualquier acontecimiento, y que es siempre el más inconciliable en la lucha contra toda defensa del atraso. Y no quiero que penséis que podemos repudiar a los revisionistas y a los ideólogos eclecticismos de las clases dominantes organizando huelgas y constituyendo sindicatos, porque la política sindicalista de la clase obrera no es ni más ni menos que una política pequeñoburguesa de la clase obrera. Nosotros vamos mucho más allá.

»Es completa y científicamente cierto que lo que pretendemos es la emancipación política y económica de las masas, pero también sabemos perfectamente que el proletariado necesita ser guiado por una intelligentsia con la suficiente cultura y tiempo libre para teorizar; Marx, Engels, Plejanov y Lenin eran intelectuales burgueses que sacrificaron sus intereses de clase para despertar la conciencia del proletariado mundial, que aún no ha comprendido del todo la naturaleza de las estructuras que han de ser instauradas. A lo que apuntamos es a eliminar toda distinción entre obrero e intelectual, de ahí que necesitemos líderes con la suficiente experiencia y preparación para saber apartar a las masas espontáneamente concienciadas de teorías erróneas que se desvían de la necesaria e ineludible naturaleza de la concepción materialista de la historia.

»Necesitamos dirigentes que no sean susceptibles de lameculismo, líderes que no se rindan a las aspiraciones de la clase obrera sino que ayuden a los proletarios a formular aspiraciones correctas. Teniendo líderes adecuados no es necesario elevar al obrero a la categoría de intelectual, pues lo único que el obrero ha de hacer es depositar su confianza y su fe en los líderes que proporcionarán la organización estable que mantendrá la continuidad y logrará una comprensión científica de las condiciones objetivas.

»Sé que algunos de vosotros os habéis quejado de que no sometemos las decisiones al voto democrático, pero tenéis que entender que nos enfrentamos a un ejército de revanchistas, reincidentes, chovinistas y reaccionarios, y nuestra jefatura no puede dar la cara abiertamente. Y si no puede dar la cara, ¿cómo puede entonces llamarse democrática? La democracia implica una sinceridad que en nuestro caso sería suicida. Es evidente, ¿verdad? O sea que dejémonos de electoralismos. No es más que un juguete inútil y peligroso.

»Otra cosa. Cualquiera que piense un poco entenderá que la jefatura es una especialización funcional y que, por lo tanto, presupone una inevitable centralización. Así que basta de quejarse de que no luchamos lo suficiente contra los alemanes, y basta de quejarse de que haya que luchar contra el EDES y la EKKKA. La jefatura central sabe exactamente lo que se hace. Ellos ven la situación en conjunto mientras nosotros sólo vemos una esquinita, y ésa es la razón de que nunca debamos actuar por

iniciativa propia; si tratamos de hacernos los oportunistas podemos estropear algún plan de mayor envergadura. Oportunismo quiere decir falta de principios firmes y definidos. Entre los revolucionarios debe existir una absoluta confianza mutua, debemos mantenernos constantemente unidos ante la lucha decisiva. Y si alguien piensa lamentarse otra vez de tener que hacer frente a esos fascistas y reaccionarios de la así llamada guerrilla del EDES, dejadme que os recuerde que una mala paz no es mejor que una buena batalla. Ellos dicen que tienen el mismo enemigo que nosotros, pero nos debilitan al reclutar a gente que debería haberse afiliado a nosotros y al inculcarles una falsa conciencia del verdadero carácter de la lucha a nivel mundial. Es nuestro primordial deber histórico purgarlos, porque un partido, si se purga, va ganando en fuerza.

»Esto significa que hemos de ser solidarios en todo momento y mantener una férrea disciplina; de ahí que esté en concordancia con las estrictas demandas de justicia el que la jefatura haya decidido que todo aquel que se desvía firma su propia sentencia de muerte. Puesto que yo soy aquí el representante de esa jefatura, la cosa se resume al sencillo requisito de que debéis obedecerme a mí sin rechistar. En este momento histórico no hay lugar para escépticos ni parásitos ni falsos filántropos. Debemos tener la vista fija únicamente en el objetivo principal, porque cualquier otra cosa significa traicionar no sólo a Grecia y a las clases trabajadoras sino a la propia Historia. ¿Alguna pregunta?».

Mandras alzó la mano respetuosamente:

—No lo he entendido todo, camarada Héctor, pero quiero decir que puedes contar conmigo.

Algún día podría leer por sí solo aquel libro de Héctor. Podría sostenerlo entre sus manos como si estuviera impreso en hojas de diamante. De noche podría besar sus cubiertas y dormir con él bajo la cabeza como si su fenomenal sabiduría pudiera penetrar en su cerebro por capilaridad. Un día llegaría a ser un intelectual y ni el doctor ni Pelagia podrían decir lo contrario. Se imaginó de maestro de escuela, y que todos le llamaban *daskale* y escuchaban sus opiniones con avidez en la *kapheneia*. Se imaginó de alcalde de Lixouri.

Mandras no llegó a leer nunca aquel libro, y se ahorró la desilusión de descubrir que era una irracional e inmensamente tediosa diatriba contra una publicación comunista rival. Pero llegaría un momento en que comprendería todo cuanto Héctor decía y se empaparía de sus alucinaciones sobre la dictadura del proletariado como si de revelaciones de un santo se trataran.

Pero aquella noche, uno de los venizelistas que estaba a punto de arriesgar su vida pasándose al EDES se le acercó en la oscuridad, le ofreció amablemente un cigarrillo y le explicó lo siguiente:

—Mira, no hace falta que entiendas la jerga del pelma de nuestro amigo, porque en el fondo lo que cuenta es que hay que hacer lo que él dice o te rebanan el cuello. Así de simple. —El hombre, abogado en la vida civil, le palmeó la espalda y, al darse

la vuelta, le dijo enigmáticamente—: Me das pena.

—¿Por qué? —preguntó Mandras cuando él se alejaba, pero no obtuvo respuesta.

37. EPISODIO QUE CONFIRMA LA CONVICCIÓN DE PELAGIA DE QUE LOS HOMBRES NO SABEN DISTINGUIR ENTRE VALENTÍA Y FALTA DE SENTIDO COMÚN

Una voz magnífica retumbó a su espalda y el capitán Corelli, absorto en la lectura del panfleto, se quedó paralizado del susto.

—«Aquellos que buscan mi alma para destruirla irán a parar a lo más bajo de la tierra, morirán a espada, serán pasto de los zorros, Dios les disparará una flecha y de pronto estarán heridos».

Corelli dio un salto y se vio frente a frente con la barba patriarcal del padre Arsenios, que le miraba con ojos llameantes desde la tapia, pues últimamente acostumbraba a sobresaltar a confiados soldados italianos mediante atronadoras improvisaciones sobre textos bíblicos en griego. Los dos hombres se miraron, Corelli con una mano en el corazón y Arsenios blandiendo su báculo de andar por casa.

—*Kalispera, patir* —dijo Corelli, que iba mejorando en etiqueta griega.

Arsenios escupió al suelo y declaró:

—«Tú los convertirás en un horno al rojo cuando llegue la hora de tu cólera, tú te los tragarás enteros en la hora de tu ira, y el fuego los devorará. Harás desaparecer sus frutos de la faz de la tierra, y su semilla de entre los hijos de los hombres, pues han ideado un pernicioso plan que son incapaces de llevar a cabo».

El cura puso los ojos en blanco como un profeta, y para apaciguarlo Corelli dijo: «Cierto, cierto», pese a no haber entendido una sola palabra. Arsenios volvió a escupir, restregó la saliva contra el suelo y señaló al capitán para indicar que lo mismo le pasaría a él. «Cierto», repitió Corelli sonriendo educadamente, a lo que Arsenios respondió alejándose de un modo que pretendía transmitir repugnancia y certeza absoluta.

El capitán volvió a su lectura del panfleto, pero se vio interrumpido por el doctor y Pelagia que regresaban de una expedición médica, y por Carlo Guercio que llegaba en su *jeep*. Corelli ocultó rápidamente el documento en su guerrera, pero no pudo evitar que el doctor lo advirtiera.

—Ah —dijo el doctor—, veo que usted también tiene una copia. Gracioso, ¿no?

—Me cago en la guerra —dijo alegremente Carlo al entrar por la puerta del patio con su saludo habitual. Dio con la frente en una rama baja del olivo en que Mandras solía columpiarse y por un momento se quedó aturdido. Luego sonrió como un bobo —: Siempre me pasa lo mismo. A estas alturas ya debería saber dónde está la rama.

—Si no fuera usted tan alto... —apuntó el doctor—. Eso demuestra falta de previsión y sentido común. En Francia hubo un rey que murió de algo parecido.

—Creo que de momento estoy vivo —dijo Carlo, tocándose el incipiente chichón con el dedo índice—. ¿Han visto el panfleto?

Corelli le fulminó con la mirada, pero Pelagia repuso:

—Dicen que han aparecido esta noche en toda la isla.

—De hecho el capitán trata de esconder uno en estos momentos —dijo el doctor con júbilo.

—Propaganda británica —dijo el capitán, fingiendo un olímpico desinterés.

—Anoche no se oyó ningún avión —intervino Carlo—. Cuando vienen todo empieza a temblar, pero ayer no oímos nada de nada.

—Entonces no han sido los británicos —dijo alegremente el doctor—. Yo creo que aquí hay alguien que tiene acceso a una imprenta y cuenta además con un excelente servicio a domicilio. —Vio que Carlo se sonrojaba y le miraba enfadado y comprendió que era mejor no hablar—. Como usted dice, pura propaganda británica —agregó sin convicción, encogiéndose de hombros.

—Ha de ser alguien que sabe mucho —dijo Pelagia—, porque todo lo que pone es verdad.

Corelli enrojeció de ira y se levantó bruscamente. Ella temió por un momento que fuera a pegarle. Corelli extrajo el panfleto de su chaqueta y con gesto dramático lo rompió en dos y arrojó los papeles a la cabra.

—No es más que un montón de mierda —afirmó, y entró a grandes zancadas en la casa.

Los otros tres intercambiaron miradas, y Carlo hizo una mueca expresando miedo de mentirijillas. Luego se puso muy serio y dijo a Pelagia:

—Disculpe usted al capitán, y no le cuente que se lo he dicho yo, pero debe comprender su situación... al fin y al cabo, es un oficial.

—Lo comprendo, Carlo. No admitiría que es verdad aunque lo hubiera escrito él mismo. ¿Cree usted que puede haberlo escrito un griego?

—Qué estupidez —dijo el doctor, ceñudo.

—Bueno, yo pensaba...

—¿Cuántos griegos podrían saber todas esas cosas, cuántos hay aquí que sepan escribir en italiano y cuántos que dispongan de transporte para repartir panfletos por toda la isla? No digas disparates.

Pero Pelagia siguió en sus trece:

—Muchas reses estaban escritas como pes, un típico error griego; puede que un italiano le pasara toda la información a un griego, puede que los imprimieran entre los dos, y luego puede que el italiano los repartiera con una motocicleta o algo así. —Sonrió triunfante y levantó las manos para indicar cuán simple era—. Además, todo el mundo sabe que la gente escucha la BBC.

Estando Carlo allí, Pelagia juzgó poco prudente mencionar que los hombres del pueblo escuchaban esa emisora, fumando como posesos en un armario grande allá en la *kapheneia*, de donde salían tosiendo y farfullando para llevar las noticias a sus respectivas esposas, quienes a su vez las transmitían a otras mujeres en el pozo o en las cocinas. No podía saber que los soldados italianos hacían otro tanto en sus

barracones y demás alojamientos, lo que habría explicado por qué en la isla todo el mundo sabía los mismos chistes sobre Mussolini.

Carlo y el doctor Iannis se miraron, temiendo que si Pelagia no lo descubría, tal vez otro sí.

—No te pases de lista —dijo el doctor—, o te saldrán los sesos por las orejas. — Era una frase que le decía de niña.

Pelagia advirtió la intranquilidad de los dos, recordó que antes de la guerra el partido comunista había regalado a Kokolios una pequeña impresora manual —para fabricar propaganda del partido— y recordó que Carlo tenía acceso a un *jeep*. Meneó la cabeza como para desechar aquellas conjeturas y entonces se le ocurrió preguntarse dónde habrían conseguido los tipos de letra para la composición. Su momentánea sensación de alivio se desvaneció al recordar que su padre tenía un convenio con el hipocondríaco oficial de intendencia, el de los callos incurables. Miró primero a Carlo y luego a su padre y notó que la ira le atenazaba la garganta; si habían sido ellos, y era una conspiración, entonces ¿cuántas estupideces más serían capaces de hacer? ¿Es que no tenían conciencia del peligro?

—Lo malo de los hombres... —empezó, y entró en la casa detrás del capitán sin completar la frase. Echó a *Psipsina* de la mesa de la cocina, como si hacerle mimos al animal pudiera haber templado su sentido del peligro.

Carlo y el doctor levantaron las manos para dejarlas caer otra vez, unidos en un momento de cohibido y elocuente silencio.

—Debería haberla criado tonta —dijo al fin el doctor—. Cuando la mujer adquiere el poder de la deducción, no sabe uno cómo pueden acabar las cosas.

38. EL ORIGEN DE LA MARCHA DE PELAGIA

Un día, el capitán Corelli decidió no trabajar porque su cabeza parecía vibrar con un seísmo. Tumbado en la cama de Pelagia, intentaba no abrir los ojos ni moverse; el menor rayo de luz le taladraba el cerebro como un puñetazo en el ojo, y cuando se movió tuvo la certeza de que el cerebelo se le había aflojado y se bamboleaba dentro de su cráneo. Tenía la garganta seca y correosa como el cuero, y no le cabía duda de que alguien la había utilizado para asentar navajas de afeitar. De vez en cuando le subía por el esófago una oleada de náuseas cuyos rizos se dirigían por igual hacia sus labios y hacia su estómago, y luchó con asco por reprimir los amargos torrentes de bilis que parecían decididos a buscar salida al exterior y decorarle la pechera. «Dios —gimió—. Oh, Dios, piedad».

Abrió los ojos y procuró mantenerlos abiertos con ayuda de los dedos. Muy lentamente, como para que su cerebro no sufriera demasiado, miró en derredor y tuvo una inquietante alucinación. Parpadeó; sí, su uniforme estaba en el suelo y se movía solo. Comprobó medio atontado que su movimiento era independiente del movimiento circular de la habitación, y volvió a cerrar los ojos. Del interior de la guerrera surgió *Psipsina*, que saltó sobre la mesa a fin de ovillarse dentro de su gorra, su lugar de descanso favorito desde que había descubierto el placer del contorsionismo; se metió dentro, sobresaliendo de ella en una maraña de bigotes, orejas, cola y patas, y se durmió allí porque la gorra le recordaba regalos de salami y pieles de pollo. El capitán abrió los ojos, vio que su arrugado uniforme no estaba girando en armonía con el resto del mundo y se tranquilizó pensando que ya estaba mejor, hasta que un percusionista loco y metafísico se puso a tocar el timbal en sus sienes. Torció el gesto y se apretó los lados de la cabeza con la palma de las manos. Notó ganas de vaciar la vejiga, pero admitió con resignación que iba a ser una de esas veces en que necesitaría un punto de apoyo, en que se balancearía de mala manera, sería incapaz de ejecutar una emisión voluntaria y al final se encontraría inexplicablemente meándose encima a la vez que cayendo de bruces. Se sintió abrumado por la idea de la muerte y se preguntó si no sería preferible morir que sufrir. «Me quiero morir», gimió, como si al articular la idea ésta adquiriese mayor precisión y fuerza dramática.

Entró Pelagia portando una jarra de agua que depositó al lado de la cama junto con un vaso.

—Tiene que beberse toda esta agua —le dijo—. Es la única cura para la resaca.

—Yo no tengo resaca —repuso patéticamente el capitán—. Estoy muy enfermo, nada más.

Pelagia llenó el vaso y se lo acercó a los labios.

—Beba —le ordenó. Él sorbió con suspicacia y se sorprendió del efecto purificador del agua sobre su estado físico y psicológico. Pelagia volvió a llenar el vaso y le reprendió—: Nunca he visto a nadie tan borracho, ni siquiera en la fiesta del

santo.

—Santo Dios, ¿qué hice?

—Carlo le trajo a las dos de la mañana. Para ser exactos, arremetió con el *jeep* contra la tapia, le transportó como un niño en brazos, tropezó, se hizo daño en las rodillas y despertó a los que aún no se habían despertado con tanto grito y tanta palabrota. Luego se tendió en la mesa del patio y se quedó dormido. Aún sigue allí. Ah, y por la noche se lo ha hecho encima.

—¿De veras?

—Sí. Luego usted se despertó y se arrodilló delante de mí y empezó a cantar *Io sono ricco e tu sei bella* a voz en grito y desafinando muchísimo y se olvidó de la letra. Después intentó besarme los pies.

El capitán estaba consternado.

—¿Desafinando, dice? Yo nunca olvido la letra de nada porque soy músico. ¿Qué hizo usted?

—Le di una patada y usted cayó de espaldas. Luego me declaró amor eterno y después vomitó.

Desesperado y avergonzado, el capitán cerró los ojos y dijo:

—Estaba borracho. Mi batería ganó el partido de fútbol, sabe. Eso no ocurre cada día.

—El teniente Weber pasó por aquí a primera hora. Dice que ustedes hicieron trampa, y que el partido se retrasó media hora porque dos chicos robaron el balón cuando salió por encima de un cercado.

—Eso fue sabotaje —dijo el capitán.

—No me gusta ese teniente. Me mira como si yo fuese un animal.

—Es nazi; también a mí me considera un animal. No tiene remedio. A mí me cae bien. No es más que un chiquillo, ya crecerá.

—Y usted es un borracho. Me huelo que ustedes los italianos siempre están borrachos, o robando, o persiguiendo chicas, o jugando a fútbol.

—También nadamos y cantamos canciones. Y no puede culpar a los muchachos por perseguir a las chicas, porque no pueden hacerlo en Italia; además, a algunas chicas les gusta. Deme más agua.

Pelagia frunció el ceño; había algo en las observaciones del capitán que a ella le resultaba ofensivo, incluso cruel. Por otra parte, su estado de ánimo era el ideal para discutir. Se puso en pie, le vació la jarra encima de la cara y dijo con vehemencia:

—Usted sabe perfectamente que nos fuerzan a ello con amenazas, y que si aceptamos es por pura necesidad. Además, a todos nos avergüenza que sus prostitutas anden por aquí. ¿Cómo cree que nos sentimos?

Al capitán le dolía demasiado la cabeza para discutir; le dolía tanto que era incapaz de reaccionar por más que una chica soltera acabara de empaparle. No obstante, sí se sintió bruscamente propenso a una gran sensación de injusticia. Se incorporó y dijo:

—Todo lo que hace y dice es porque quiere que me disculpe, en todas sus miradas no veo más que reproches. Así ha sido desde que llegué a esta casa. ¿Cómo cree que me siento? ¿Por qué no se hace esta pregunta? ¿Cree que estoy orgulloso? ¿Cree que tengo vocación de oprimir a los griegos? ¿Acaso piensa que soy el Duce y que me ordené a mí mismo venir aquí? Ya sé que todo es una mierda, pero yo no puedo hacer nada. Está bien, de acuerdo, le presento mis excusas. ¿Satisfecha? —Y se dejó caer sobre las almohadas.

Pelagia puso los brazos en jarras, aprovechando la superioridad implícita en el hecho de estar ella de pie y él acostado. Hizo una mueca de disgusto y dijo:

—¿Me está diciendo en serio que usted es tan víctima como nosotros? Pobrecito, qué pena.

Se acercó a la mesa, reparó en la soñolienta presencia de *Psipsina* en la gorra del capitán y sonrió para sí mientras miraba por la ventana. Estaba frustrando el efecto de cualquier respuesta por parte del capitán al asegurarse de que él no pudiera mirarla a los ojos mientras lo hacía. Realmente le daba lástima, no podía ser hostil con una persona que permitía que una marta durmiera en su gorra, pero no pensaba dejar que su rostro acusase el efecto que sentía habiendo en juego unos principios.

No hubo respuesta. Corelli miró la silueta de Pelagia a la luz de la ventana y le vino a la cabeza una melodía. Pudo visualizar sus dedos caminando por el diapasón de la mandolina, pudo oír las disciplinadas notas vibrando en el registro agudo, cantando el elogio de Pelagia al tiempo que se hacían eco de su ira y resistencia. Era una marcha, una marcha acerca de una mujer que practicaba la guerra a base de palabras injuriosas y amabilidades. Oyó tres acordes sencillos y una melodía marcial que insinuaba un mundo de indulgencia. Oyó surgir y cobrar fuerza aquella melodía, estallando en un torrente de brillantes trémolos más diáfanos que el trino de los zorzales, más pelúcidos que el mismo cielo. Comprendió, no sin cierto fastidio, que harían falta dos instrumentos.

39. ARSENIOS

Al padre Arsenios le salvó la guerra, como si todo el ciclo de su vida no hubiera sido más que una travesía por el purgatorio cuya trayectoria hubiera finalmente traspasado un caparazón invisible para ponerlo ante su misión. Dejó de sentir revulsión por sí mismo; su avaricia, su indolencia, sus excesos etílicos, se siguieron unos a otros hacia la tumba del pasado; fue como si hubiera crecido unos centímetros. Su teología se enroscaba sutilmente sobre sí misma como un ofidio, transformando su alma de manera que así como en el pasado sabía que le había fallado a su Dios, ahora sabía que era Dios el que había fallado a la sagrada tierra de Grecia. Se le ocurrió que podía, en tanto que hombre, superar al Dios creador y hacer por Grecia lo que Dios no había hecho. Descubrió en sí mismo el don de la profecía.

Tuvo la idea de conseguirse un perro grande y entrenarlo en morder italianos, y a tal fin le compró a Stamatís un animal de patriotismo garantizado, puesto que su propio dueño había conseguido un largo y honroso historial de mordeduras a pantorrillas de soldados. Su chucho, no obstante, malinterpretando sus enseñanzas como órdenes de morder neumáticos de camiones militares, traspasó prematuramente el umbral y Arsenios hubo de adoptar otro perro menos nervioso. Partió a pie sin otro equipaje que un morral y una cruz de madera de olivo que le serviría de báculo.

Arsenios anduvo y predicó. Sus carnosos muslos se rozaban entre sí produciéndole sarpullidos e inflamaciones en la ingle; en el apogeo del verano el sudor le chorreaba de la frente y de las axilas haciendo brotar en sus hábitos unos cercos húmedos y más oscuros cuya circunferencia aparecía señalada por amplias e irregulares manchas de fina sal blanca, y su barba relucía y goteaba como la fuente de Aretusa. Las suelas de cuero de sus botas negras fueron gastándose hasta formar agujeros contiguos, y terminó caminando descalzo sin otra protección que las palas de su calzado, arrastrando tras de sí largos ramales de hilo del remendón que dejaban en el suelo ceniciento unas huellas como de serpientes delgadísimas. En invierno descubrió Arsenios que para conservar el calor corporal había que estar en movimiento, y así inclinaba su peso contra el viento cruel y la lluvia inmoderada mientras su abyecto perro le seguía los pasos calado hasta los huesos, la cola entre las piernas, la cabeza colgando tristemente, la imagen viva de una necia e incondicional fidelidad.

De los lentiscales y cipreses del norte a los guijarrales de Skala en el sur, de los lagos subterráneos de Sami en el este a las vertiginosas pendientes de Petani en el oeste, Arsenios caminó y sermoneó sin descanso. Mientras andaba, gacha la cabeza como la de su perro, construía frases de justa cólera que emergerían como violentas peroratas junto a los campamentos italianos. En sus guarniciones, los alemanes le ignoraban o le echaban a cajas destempladas a punta de fusil, no porque aquéllos fueran crueles sino porque no compartían el amor de sus aliados por el drama. Para los teutones Arsenios era más un incordio que un entretenimiento, pero para los

italianos era un alivio bien recibido después de las interminables partidas de cartas y de estar siempre vigilando la llegada de bombarderos británicos. Suspiraban por sus visitas con la misma expectación que esperaban el camión de las putas, con la ventaja para Arsenios de que tanto su llegada como su partida eran impredecibles.

Los soldados se congregaban a su alrededor, hipnotizados por los ademanes operísticos del asendereado sacerdote y la atronadora cadencia del griego bíblico, del cual no comprendían ni una palabra. Arsenios miraba una por una aquellas caras risueñas y complacidas, sabedor de que su incompreensión era absoluta, pero seguía insistiendo, convencido de que no le quedaba otra opción. En su interior se aglutinaban las palabras, palabras de una fuerza sobrenatural, y pensaba que la mano de la Virgen le animaba a seguir, que los padecimientos de Cristo se habían derramado en él, rebosando su alma y exigiéndole comunicarlo al mundo:

—Cismáticos de Roma, extraviados hermanos nuestros, hijos de Cristo que llora por vosotros, corderos sacramentales, peones de los tiranos, vosotros los pérfidos, repugnantes, inicuos, perros y putañeros, brujos e idólatras, en cuyos corazones no alumbra el sol, vosotros que no tenéis dentro un templo, que sois de una nación destinada a desaparecer, que hacéis cosas abominables, que mancilláis a la Virgen, que tenéis sed de verdad pero no podéis beberla; vosotros, gente corrupta que nunca ha hecho nada bueno, que habéis cometido iniquidades, devorando a los míos mientras ellos comen pan y asediado nuestras ciudades, habéis sido humillados y Dios os ha mostrado su desdén y esparcido vuestros huesos. ¡Oídmeme bien! El Señor prestará oídos a mis palabras, pues Él me ayuda, Él está con los que defienden mi alma, Él premiará con desgracias a mis enemigos, les privará de su verdad, pues unos extraños se han levantado contra mi pueblo, opresores van detrás de nuestros olivos y de nuestras vírgenes, la iniquidad ha hecho mella en ellos. Mi alma camina entre leones, y yo yazgo incluso con los que arden, incluso con los hijos de los hombres, cuyos dientes son lanzas y flechas y su lengua afilada espada.

»Así es, en vuestro corazón anida la iniquidad, medís sobre la tierra la violencia de vuestras manos, estáis malquistados del vientre materno, os extraviáis tan pronto venís al mundo, vuestro veneno es como el veneno de la serpiente, sois como la víbora sorda que se tapa los oídos.

»Pero nosotros somos como la aceituna verde en la Casa de Dios, y confiaremos para siempre jamás en la piedad del Señor, pues Dios ha extendido su mano y ha hablado por su boca y yo le he oído hablar en un vendaval o en plena tormenta, en las piedras de Assos y las grutas de los montes. Él ha esparcido su sal en el lago de Melissani y ha almacenado hierro en los cielos de Lixouri.

»Cismáticos de Roma, el Señor ha dispuesto un foso, ha colocado una red para vuestros pasos, y os sobrevendrán calamidades sin cuento, pues Satanás saldrá de su prisión, y Gog y Magog engañarán a las naciones que están en los cuatro puntos cardinales de la tierra para unir las en la batalla; el número de las cuales es como la arena del mar. Y el fuego saldrá del cielo sobre la ciudad amada y os devorará, y

todos vosotros seréis arrojados, sí, incluso los inocentes y los más puros, al lago de aceite y azufre donde moran la Bestia y los falsos profetas, y vuestra carne será separada de vuestros huesos, porque no constáis en el libro de la vida, y arrojados seréis a las llamas.

»Y el buen Dios enjugará las lágrimas de los ojos de mi pueblo, y no habrá ya lágrimas ni llanto, ni tampoco dolor, pues lo pasado pasará y Él desde su trono hará todas las cosas nuevas y dará a beber a mi pueblo de la fuente de la vida porque ellos están sedientos de su agua. Pues Él cogerá a la Bestia, a los falsos profetas y a los ejércitos que se han unido contra los que hemos forjado milagros delante de ellos y los aniquilará, y las aves del cielo comerán su carne, y serán arrojados vivos al lago de fuego y azufre, y el resto será asesinado».

Los soldados daban pan y agua, sobras y aceitunas a Arsenios y su perro, y en monasterios tan apartados como los de Agrilion y Kipoureon monjas y monjes cuidaban de él. Pero las duras noches en las cuevas, la dieta escasa, los dos años de andar siempre sin rumbo, hicieron que sus carnes se desmoronaran hasta que aquel enorme hábito negro empezó a batir sobre un cuerpo que se había convertido en un esqueleto apenas cubierto de piel y quemado por las llagas. Sus vivaces ojos ardían más arriba de unas mejillas hundidas, el pergamino de sus manos y su cara era oscuro como la teca, y por primera vez en su vida Arsenios encontró la paz y fue feliz. Ciertamente descuidó completamente su parroquia, pero es muy probable que, de haber vivido lo suficiente Arsenios hubiera llegado a santo.

40. PROBLEMAS CON LOS LABIOS

Se cruzaron en la puerta, ella saliendo y él volviendo de trabajar. Con toda naturalidad ella le puso una mano en una mejilla y le dio un beso en la otra.

Él se quedó de piedra, y también ella cuando llegó a la puerta del patio, porque sólo entonces se dio cuenta de lo que acababa de hacer. Se detuvo en seco, como si hubiera chocado con un metafísico pero palpable muro de piedra. Notó que la sangre le subía hasta las raíces del cabello y comprendió que no se atrevía a mirarle. Sin duda él también debía de haberse quedado pegado al suelo. Casi podía notar cómo los ojos de él la recorrían de la cabeza a los pies para detenerse finalmente en su nuca con la esperanza de que se diera la vuelta. Él la llamó (como ella esperaba):

—*Kyria Pelagia*.

—¿Qué? —preguntó lacónicamente, como si esforzándose por ser brusca con él pudiera anular la manera horrorosamente sencilla con que había revelado involuntariamente su cariño.

—¿Qué cenamos hoy?

—No se burle de mí.

—¿Burlarme, yo?

—No se haga ilusiones. Pensaba que era mi padre. Siempre le beso así cuando entra.

—Es lógico. Los dos somos bajos y viejos.

—Si piensa burlarse de mí, no le dirijo la palabra nunca más.

Él se acercó por detrás, se puso delante de ella y se hincó de rodillas.

—¡Oh, no! —exclamó—. Eso no. —Inclinó la cabeza hasta el suelo y gimió lastimeramente—: Piedad. Pégueme un tiro, flagéleme, pero no diga que me retirará la palabra. —Aferrado a las rodillas de ella, fingió echarse a llorar.

—Todo el pueblo nos mira —protestó Pelagia—. Basta ya. Es usted un incordio, déjeme en paz.

—Me destroza el corazón —gimoteó él, agarrándole una mano y empezando a cubrirla de besos.

—Está como una cabra.

—Lo que estoy es ardiendo, destrozado, acongojado, mis ojos chorrean de lágrimas. —Se echó hacia atrás y con los dedos ilustró poéticamente la extraordinaria cascada de lágrimas invisibles que trataba de hacerle imaginar a ella—. No se ría de mí —prosiguió, ensayando una nueva línea de acción—. Oh, luz de mis ojos, no se burle del pobre Antonio en su aflicción.

—¿Borracho otra vez?

—Borracho de pena, sí, borracho de angustia. Hábleme.

—¿Su batería ha ganado otro partido?

Corelli se puso en pie de un salto y extendió los brazos con cara de satisfacción:

—Sí. Ganamos a la compañía de Günter por cuatro goles a uno, y lesionamos a

tres de ellos, y luego llega usted y me da un beso. Un día de gloria para Italia.

—Ha sido un error.

—Un significativo error.

—Un error insignificante. Lo siento mucho.

—Entre —dijo él—, he de enseñarle algo muy interesante.

Aliviada por el súbito cambio de tema, Pelagia entró detrás de él, pero al momento vio que volvía a salir. Él le cogió la cabeza con las dos manos, la besó ostentosa y persistentemente en la frente, exclamó «*Mi scusi*, creí que era el doctor, no se haga ilusiones» y luego ganó la calle huyendo a la carrera. Ella se llevó las manos a las caderas y lo miró asombrada, mientras meneaba la cabeza y se esforzaba por no reír o sonreír.

41. CARACOLES

El doctor echó un vistazo por la ventana y vio al capitán Corelli acercándose furtivamente a Lemoni para darle una sorpresa. En ese mismo instante *Psipsina* saltó sobre la página que estaba escribiendo acerca de la ocupación francesa, y esta combinación de circunstancias le inspiró una idea fantástica. Dejó la pipa y la pluma sobre la mesa y se aventuró a salir al sol incandescente de primera hora de la tarde.

—*¡Fischio!* —exclamó el capitán, y Lemoni lanzó un chillido.

—Perdonadme, niños —dijo el doctor.

—Ah —dijo Corelli, irguiéndose dócilmente—, *kalispera, iatre*. Es que estaba...

—¿Jugando? —El doctor miró a la pequeña—. *Koritsimou*, ¿recuerdas que cuando encontraste a *Psipsina* era muy pequeña y estaba colgando de una cerca? ¿Y que viniste a buscarme para que la salvara?

Lemoni asintió con la cabeza y el doctor le preguntó:

—¿Todavía hay tantos caracoles?

—Sí —dijo ella—. Muchos. Y grandes. —Señaló a Corelli—. Más grandes que él.

—¿Cuándo es el mejor momento para encontrar caracoles?

—Pronto y tarde.

—Ah, ya. ¿Por qué no vienes esta tarde y me enseñas otra vez donde están?

—Mejor por la noche.

—De noche no podemos salir. Hay toque de queda.

—Pues antes —concedió ella.

—¿De qué hablaban? —preguntó el capitán cuando Lemoni se hubo marchado.

—Gracias a ustedes casi no hay comida —dijo el doctor, muy envarado—. Esta tarde iremos a buscar caracoles.

El capitán se picó:

—Son los británicos quienes han ordenado el bloqueo. Se les ha ocurrido que la mejor manera de ayudarles es matándolos de hambre. Usted sabe muy bien que he hecho todo lo posible por colaborar.

—Sus préstamos a expensas del ejército son muy bien recibidos, pero es una pena que la situación se agrave por momentos. Necesitamos proteínas. Ya ve usted a qué situación hemos llegado.

—En Italia los caracoles son un lujo para ricos.

—Pues aquí son una lamentable necesidad.

El capitán se enjugó el sudor de la frente y dijo:

—Permítame que venga a echarles una mano.

Así pues, al caer la tarde, una hora antes de ponerse el sol y poco después de que el día empezara a refrescar, Pelagia, su padre, Lemoni y el capitán se vieron metidos en aquella imposible maraña de zarzas y de veredas de animales tras haber trepado a la tapia medio desmoronada y cruzado bajo las ramas de vetustos y abandonados

olivos.

El doctor reptaba detrás de Lemoni, la cual se detuvo de pronto, le miró y dijo con tono de reproche:

—Usted me dijo que si le pillaban buscando caracoles, le llevarían a no sé dónde y le encerrarían.

—Al Pireo —dijo el doctor—. Dije que me llevarían al Pireo. Además, hoy día estamos todos como encerrados.

Pese a la luz empañada empezaron a ver que en el envés de las hojas inferiores había una legión de obesos caracoles en dura competencia por el diseño más abigarrado. Los había leonados con marcas casi invisibles, los había de color claro con espiras rayadas, los había de color ocre y amarillo limón, y también con puntitos negros y lunares encarnados. En las ramas superiores meneaban la cabeza los mosquiteros sicilianos que revoloteaban oyendo los clacs y poings de los caracoles al caer en los cubos.

La niña y los tres adultos estaban tan absortos en la recogida que no se dieron cuenta de que se estaban separando. El doctor y Lemoni desaparecieron por un frondoso túnel, y el capitán y Pelagia por otro. En cierto momento el capitán advirtió que estaba solo y se detuvo un instante a reflexionar sobre el curioso hecho de que no recordaba haber estado nunca tan contento. Se lamentó por el estado de sus rodilleras y miró pestañeando al sol cada vez más rojo, cuya luz iba perdiendo fuerza entre el follaje. Respiró hondo y suspiró, relajando el peso sobre sus talones. Empujó con un dedo a un caracol que intentaba salirse del cubo. «Eres muy malo», dijo, y se alegró de que no hubiera nadie cerca oyéndole decir tonterías. A lo lejos sonó el chasquido de un arma antiaérea; el capitán se encogió de hombros, no sería nada importante.

—Ay, oh no —exclamó una voz a poca distancia, una voz que no podía ser más que la de Pelagia—. Vaya, válgame Dios.

Horrorizado, pensando que la metralla la había alcanzado, el capitán retrocedió a gatas por su túnel hacia el sitio del que procedían las exclamaciones.

Encontró a Pelagia aparentemente paralizada en una incómoda postura con el cuello torcido hacia atrás. Estaba a cuatro patas, un hilillo de sangre le goteaba en diagonal mejilla abajo, y se le notaba un estado de irritación extrema.

—*Che succede?* —preguntó él, arrastrándose hacia ella—. *Che succede?*

—Me he enganchedo el pelo —contestó ella indignada—. Me he arañado la cara con una zarza, casi me tuerzo la cabeza, me he pillado el pelo en estos pinchos y no puedo soltarme. Y no se ría.

—Si no me río... —repuso él, riendo—. Tenía miedo de que la hubieran herido.

—Estoy herida. Me escuece la mejilla.

Corelli sacó un pañuelo de su bolsillo y le limpió el arañazo. Le enseñó la sangre y dijo en voz baja:

—Lo guardaré como oro en paño.

—Si no me libera de aquí, le mato. Y haga el favor de no reírse.

—Si no la libero, no podrá darme alcance ni matarme... Estése quieta.

El capitán tuvo que pasar las manos por encima de los hombros de ella y mirar detrás de su oreja para ver cómo lo hacía. Ella se encontró con la cara pegada al pecho del capitán, y aprovechó para aspirar el polvoriento aroma de su áspero uniforme.

—Me está aplastando la nariz —protestó.

Corelli olisqueó con cara de aprobación; Pelagia siempre olía a romero. Era un perfume joven, fresco, que le recordaba la comida de un día de fiesta en su casa.

—A lo mejor tendré que cortárselos —dijo, tirando inútilmente de los negros mechones enredados en la zarza.

—Uy, ay, deje de dar tirones, tenga cuidado. Y nada de cortar.

—Su situación es realmente vulnerable —señaló él—, así que intente aparentar agradecimiento. —Empezó a estirar mechones, uno por uno, procurando no hacerle daño. Empezaban a dolerle los brazos de tenerlos tan estirados y en posición horizontal, y apoyó los codos en sus hombros—. Lo conseguí —dijo, satisfecho, y empezó a retroceder.

Ella agitó la cabeza, más tranquila, y cuando los labios del capitán pasaban a la altura de su mejilla, él la besó dulcemente junto a la oreja, donde había una suave y casi invisible pelusa.

Pelagia se tocó con la punta de los dedos el lugar donde la había besado y le dijo con tono de reproche:

—No debió hacerlo.

Él se sentó sobre los talones y le sostuvo la mirada:

—No pude evitarlo.

—Eso ha sido abusar.

—Lo siento. —Se miraron un buen rato el uno al otro y luego, por alguna razón que ni siquiera ella pudo comprender, Pelagia se echó a llorar.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —preguntó Corelli, ceñuda la cara de consternación. Las lágrimas de Pelagia resbalaban por sus mejillas yendo a parar al cubo, entre los caracoles—. Me los va a ahogar —dijo él, señalando al cubo—. ¿Qué pasa?

Pelagia sonrió lastimosamente y empezó a llorar otra vez. El capitán la tomó en sus brazos y le palmeó la espalda. Ella notó que la nariz le empezaba a moquear y se inquietó pensando que podía mancharle la charretera del uniforme. Sorbió fuerte a fin de excluir esta eventualidad y de pronto, le espetó:

—No puedo soportarlo más. Lo siento.

—Es verdad. Todo esto es una mierda —concedió el capitán, preguntándose si también él sucumbiría a la tentación de llorar.

Tomó dulcemente entre sus manos la cabeza de Pelagia y le rozó las lágrimas con sus labios. Ella le miró con curiosidad, y de repente se vieron los dos bajo los zarzales, en la puesta del sol, flanqueados por dos cubos de caracoles en fuga, con las rodillas arañadas y sucias e infinitamente fundidos en su primer beso antipatriótico y

clandestino. Hambrientos y desesperados, ahitos de luz, no podían separarse el uno del otro, y cuando por fin regresaron a casa, al anochecer, la suma de sus respectivos botines no consiguió alcanzar, para su vergüenza, la cuota alcanzada por Lemoni con el suyo propio.

42. CUÁN PARECIDA A UNA MUJER ES UNA MANDOLINA

Cuán parecida a una mujer es una mandolina, qué elegancia y qué hermosura. Por las noches, cuando los perros aúllan y los grillos chirrían y la enorme luna cuelga sobre las colinas y los reflectores de Argostolion buscan falsas alarmas, yo tomo a mi dulce *Antonia*. Saco el polvo a las cuerdas con mucho cuidado y le digo «¿Cómo puedes ser de madera?», igual que cuando veo a Pelagia y en silencio le pregunto «¿Eres realmente de carne y hueso? ¿No hay ahí algún fuego, un rastro de ángeles, un algo que nada tiene que ver con la sangre?». Capto su mirada al pasar, esos ojos tan sinceros e inquisitivos, que me miran también. Vuelve la cabeza, esboza una sonrisa pícaro y cómplice y se va. La veo ir en busca de agua y luego volver con una jarra al hombro, cual cariátide viviente, y al pasar se permite salpicarme las charreteras. Se disculpa entre risas, y yo le digo «Son cosas que pasan», y ella sabe que yo sé que no ha sido una casualidad. Lo ha hecho porque soy un soldado italiano, porque soy el enemigo, porque es ocurrente, porque le gustan las bromas, porque es un acto de resistencia, porque le gusta, porque es una forma de contacto, porque somos hermano y hermana antes que ella griega y yo invasor. Sus muñecas me recuerdan ahora el esbelto mástil de las mandolinas, y su mano se ensancha desde la muñeca como la pala del clavijero, y el sitio donde el talón aumenta para unirse a la caja de resonancia da el mismo perfil que la línea de su cuello y su barbilla y resplandece con el suave lustre de pino y juventud.

De noche sueño con Pelagia. Pelagia se acerca desnuda y yo compruebo que sus pechos son como el fondo de las mandolinas que construyen en Napoli. Los tomo en mis manos, son fríos como la madera y tibios como carne tierna de madre, y al darse ella la vuelta cada nalga es una melodiosa mandolina piriforme que se dilata en segmentos ahusados, decorados con nácar y astillas de marfil. Yo estoy confuso porque me siento atrapado entre buscar las cuerdas y el dolor del hambre de sexo, y me despierto mojado en mi propia lujuria, agarrado a *Antonia*, sudando y pinchado por los extremos de las cuerdas. Dejo a *Antonia* a un lado y digo «Oh, Pelagia», y sigo un rato tumbado y pensando en ella forzándome a dormir porque así se hará de día más deprisa y veré a la verdadera Pelagia.

Pienso en ella en términos de acordes. *Antonia* tiene tres acordes que conviven en los tres primeros trastes, do, re y sol, y para cada uno de ellos se requiere pisar dos cuerdas diferentes. Toco un sol, lo traslado un espacio y lo convierto en un do; su sonido permanece en la secuela del otro como soprano y contralto en el mismo tono en una canción toscana. Toco el acorde re, girando la mano, dejando al aire las dos cuerdas de en medio, y armoniza con los otros dos acordes, pero es triste e incompleto, algo así como una virgen insatisfecha. Me implora «Llévame a donde pueda encontrar la paz», y yo regreso al sol completando el ciclo, y me siento como

el propio Dios que creó a una mujer y comprobó que su mundo se perfeccionaba con un toque definitivo y totalizador.

Pelagia comparte estos sencillos y alegres acordes. Juega con un gato, se ríe, y es un sol. Levanta una ceja cuando me pilla observando y finge regañarme por el delito de admirarla, y es un do. Me pregunta «¿No tienes nada mejor que hacer?», y es como un re, que exige resolución. Yo digo «El Duce y yo nos vamos a conquistar Serbia», y ella se ríe para que todo vuelva a su sitio. Echa la cabeza hacia atrás y ríe, sus blancos dientes centellean, y ella sabe que es hermosa y que así lo creo yo. Me vienen a la memoria unas casas encaladas de blanco cegador en una lejana colina en Candia. Ella está alegre y ufana, todo ha completado su ciclo. Ha regresado al sol. Yo mismo me río; somos dos octavas distintas, pero reímos juntos en la misma octava, bandola y mandolina, y a lo lejos un cañón le ruge a un imaginario avión británico, hay un traqueteo espurio de ametralladoras y, ¡mirad!, éstos son nuestros *timpani*.

Pelagia oye los cañones y frunce el entrecejo. Somos felices en este balcón a la sombra de la buganvilla visitada por las abejas, pero ahora es la guerra; la guerra ha vuelto y Pelagia arruga la frente y se pone ceñuda. Tengo ganas de decir: «Lo siento Pelagia, no fue idea mía, no fui yo quien robó Jonia. No se me ocurrió a mí llevarme vuestras cabras y producir combustible quemando los olivos. Yo no soy un parásito nato». Pero no puedo decir esas cosas, como ella sabe. Y Pelagia comprende por qué no puedo decir las, pero sigue culpándome por falta de voluntad. Me ha oído hablar de la nueva *pax romana*, la reorganización del antiguo imperio que trajo el orden y la paz para todos, el más largo período de civilización conocido por el hombre, y ella frunce el entrecejo.

Cuando Pelagia frunce el entrecejo al oír los cañones es como un acorde de mi menor séptima con la quinta disminuida; si se toca fuerte suena marcial y hosco, un acorde para guerrilleros y partisanos. Pero si se la acaricia es un acorde de infinita y anhelante melancolía. Pelagia está triste, yo toco un acorde de re menor. Ella me mira y dice:

—Así es como me siento ahora. ¿Cómo lo has sabido?

Y a mí me habría gustado decirle: «Pelagia, te quiero», pero en cambio digo:

—Porque estás pensativa y como a la espera.

—¿A la espera de qué? —pregunta.

—Dímelo tú, Pelagia —replico, pero sé que nunca me dirá que está esperando un mundo nuevo donde una griega pueda amar a un italiano y no darle mayor importancia.

»Estoy componiendo una marcha para ti —digo—. Escucha. —Y toco re menor, uno dos, y luego do mayor, uno dos, y otra vez re menor, uno dos... y le digo:

—Lo que pasa es que necesito a otro que le ponga encima una melodía griega, tal vez una especie de *rebetiko*. A lo mejor en el batallón hay alguien que tiene una mandolina, así yo podría tocar los acordes una octava abajo con una bandola. Creo que sonaría muy bien.

—Seguro que alguien tiene una guitarra —propone Pelagia.

—Un acorde o una melodía tocados en una mandolina pueden sonar completamente distintos en una guitarra —digo—; es uno de los hechos inexplicables de la vida musical. Estos dos acordes suenan increíblemente banales en una guitarra, sin ningún tipo de dramatismo, a menos que los toque un español.

Pelagia sonrío, y sé que no comprende una palabra de lo que le digo, pero da igual. Empiezo a pensar en una melodía que entre y salga en trémolo de los acordes. A Pelagia le encanta que toque en trémolo; dice que es un sonido muy emotivo y muy dulce.

Pero le sienta mal que la emocione un invasor, un miembro de las fuerzas de ocupación, alguien que le requisas el queso y el vino de Robola, y de pronto se pone en pie y veo que su alma está en llamas. Me señala con un dedo tembloroso y empieza a gritar con los dientes apretados:

—¿Cómo puedes ser así? ¿Qué te pasa? ¿Cómo puedes venir con tu mandolina, tú, un músico, una persona culta, y tocar bellas melodías a una griega, cuando alrededor están saqueando toda la isla? Y no me vengas con esa mierda de la restauración del Imperio Romano. Por si te interesa saberlo, fue Grecia la que educó a Roma, y no lo hicimos conquistando nada. ¿Qué te pasa? ¿Cómo aguantas estar aquí? ¿Ordenes? ¿Ordenes de quién? ¿De un megalómano presumido con lengua de plata a quien le regaló Cefalonia otro subnormal megalómano de pelo negro que quiere que todos excepto él sean rubios? Eres tú el loco, ¿lo sabías? ¿No ves que te están utilizando? ¿Crees que Hitler va a permitir que os quedéis con vuestro nuevo imperio cuando haya terminado con todos? ¿Cómo puedes sentarte a tocar la mandolina encima de una bomba? ¿Por qué no os lleváis vuestros cañones y os marcháis? ¿No sabes quién es el verdadero enemigo?

Y Pelagia baja corriendo los peldaños y sale al sol. Se detiene y se vuelve a mirarme, los ojos anegados en lágrimas de rabia y amargura, y sé que me odia porque me quiere, porque me quiere y yo soy un hombre al que le falta valor para coger el toro por los cuernos. Estoy avergonzado. Toco un acorde disminuido porque yo también estoy disminuido. Mi coqueteo y mi intento de seducción me han puesto al descubierto. Soy un hombre sin honra.

La panza redondeada, en forma de seno, de la mandolina me resbala de su sitio sobre el cinturón, como me ocurre siempre, y como siempre pienso: «Quizá necesito una mandolina portuguesa, plana por detrás, que no me resbale», pero desecho tan estúpidos pensamientos; ¿dónde encontrar una mandolina portuguesa en plena guerra? En lugar de eso vuelvo a pensar «Cuán parecida a una mujer es una mandolina, qué elegancia y qué hermosura», y se me ocurre una última cosa, una paradoja digna del mismísimo Zenón: que fue la guerra lo que nos unió y la guerra lo que nos separa a la fuerza. Los británicos lo llaman *dar con una mano y quitar con la otra*. ¿Qué tengo yo contra los británicos que me he visto obligado a venir a Grecia? Pelagia está en lo cierto, pero ¿quién será el primero en decirlo? Hasta ahora sólo

Antonia lo ha dicho, vibrando al son de la *Marcha de Pelagia*, cantando bajo mis dedos.

43. LA GRAN PELOTA OXIDADA CON PINCHOS

Pelagia no disfrutó mucho preparando los caracoles. Por un lado, había recibido consejos contradictorios sobre la técnica adecuada para hacerlos sabrosos, y detestaba la sensación de inseguridad engendrada por su propia confusión, odiaba la idea de servir algo que resultara viscoso y repugnante, y tenía miedo de que si hacía un mal guiso perdería puntos a ojos del capitán. La jubilosa sensación de bienestar que sintió tras el descubrimiento de su amor mutuo se veía ahora amenazada no sólo por la culpabilidad inherente a lo furtivo del mismo, sino también por la espantosa posibilidad de que si se equivocaba con los caracoles provocaría en él, en el mejor de los casos, asco, y en el peor, un envenenamiento.

Drosoula le dijo categóricamente que había que dejar toda la noche los caracoles en una cazuela con agua, con la tapa puesta para evitar que se escaparan, y por la mañana lavarlos a conciencia. Luego había que calentarlos vivos en agua y esperar a que saliera toda la espuma a la superficie. En ese preciso momento había que echar un poco de sal y empezar a removerlos en el sentido de las agujas del reloj (*Si los remueves en el otro sentido saben horrible*). Pasados quince minutos había que practicar un agujero en el dorso de cada concha, *para que salga el diablo y entre la salsa*, y luego había que enjuagarlos bien en la misma agua utilizada para hervirlos. Drosoula no le explicó a Pelagia cómo, al hacer esta operación, se metían los dedos en un agua que aún estaba hirviendo. Drosoula afirmaba también que sólo podían comerse los caracoles que se hubieran alimentado de tomillo, y Pelagia, aunque no lo creyó, acabó sintiéndose cada vez más nerviosa.

La mujer de Kokolios le dijo en el pozo que todo eso eran bobadas porque ella se acordaba de cómo preparaba su abuela los caracoles:

—No hagas caso de Drosoula. Esa mujer es casi turca.

No, lo que había que hacer era pellizcar los caracoles uno por uno, y si se movían es que estaban vivos.

—¿Y cómo los pellizco si se han metido dentro? —preguntó Pelagia.

—Te esperas a que salgan —replicó la mujer de Kokolios.

Pero si salen, es evidente que están vivos, no hace falta que los pellizque.

—Nada, tú pellizca. Es mejor asegurarse. Luego coge un cuchillo puntiagudo y limpias la boca del caparazón. Después coges agua limpia y lavas cada caracol veintiuna veces. Más no porque quedarían insípidos, y menos tampoco porque no estarían del todo limpios. Luego los dejas escurrir durante media hora y finalmente pones sal en la boca de la concha, y verás como empieza a salir toda esa baba viscosa, amarilla y repugnante, y así sabrás que están a punto. Luego los fríes en aceite de uno en uno, boca abajo, y después añades vino y los cueces un par de minutos, ni más ni menos. Y a continuación te los comes.

—Pero Drosoula dice que...

—No hagas caso de esa vieja bruja. Pregunta a cualquiera y verás como te dicen

lo mismo que yo, y si te dicen algo distinto es que no saben nada.

Pelagia preguntó a la mujer de Arsenios y después a la de Stamatis. Buscó incluso *caracoles* en la enciclopedia médica, pero no encontró ninguna entrada para esa palabra. Tenía ganas de cogerlos, arrojarlos al suelo y pisotearlos. De hecho se sentía tan frustrada que quería llorar o gritar. Le habían dicho cinco maneras distintas de preparar aquellos gasterópodos y explicado cuatro recetas distintas: caracoles hervidos, caracoles fritos, estofado de caracoles a la cretense y pilaf de caracoles. Como no había arroz, el pilaf estaba descartado. La boca se le hizo agua al pensar en el arroz, y deseó por enésima vez que la guerra terminara.

Pero ¿cuántos caracoles había que poner por persona? Drosoula le dijo que un kilo por cuatro personas. ¿Pero eso era contando las conchas o sin contarlas? Y además, ¿cómo demonios hacía uno para sacarlos de sus conchas? ¿Y cómo había que pesarlos para no ensuciar la balanza de baba? Una clase de baba que no podía lavarse ni con agua caliente y jabón, que iba pasando a todo aquello que tocabas, como si poseyera cierta habilidad mística para multiplicarse hasta el infinito.

Pelagia contempló su reluciente cargamento de animales mucilaginosos, propinando de paso algún que otro capirotazo a los que intentaban escapar de la cacerola. Empezó a compadecerse de ellos. No sólo eran animales muy grotescos, con aquellos tentáculos eréctiles y su desesperadamente lento y tortuoso movimiento, sino que además eran el colmo del patetismo por su triste, lamentable y conmovedora fe en la seguridad de su concha. Se acordó de sí misma cuando de niña creía que si cerraba los ojos su padre no podría verla haciendo cosas feas. Mientras pinchaba los caracoles, le invadió la tristeza al pensar en la crueldad de un mundo en que los vivos sólo pueden vivir como predadores de otras criaturas más débiles; no parecía una buena manera de poner orden en el universo.

Un grito entusiasta, *Barba C'relli, Barba C'relli*, interrumpió sus dilemas prácticos y éticos; Pelagia sonrió al reconocer la voz de Lemoni en un estado de extrema excitación. A la chiquilla le había dado por llamar *Viejo* al capitán y por ir a contarle cada tarde en un griego infantil y jadeante los acontecimientos del día. *Barba Corelli* escuchaba pacientemente sin comprender una palabra y luego le palmeaba la cabeza, la llamaba *koritsimou* y empezaba a lanzarla por los aires. Pelagia no entendía qué placer podían encontrar en todo aquello, pero ciertas cosas no tienen explicación, y los penetrantes chillidos de alegría de Lemoni eran un testimonio decisivo de lo improbable. Contenta de distraerse un rato, Pelagia salió al patio.

—He visto una gran pelota oxidada y con pinchos —informó Lemoni al capitán—, y me he subido encima.

—Dice que ha visto una gran pelota oxidada con pinchos y que se ha subido encima —tradujo Pelagia.

Carlo y Corelli intercambiaron miradas y palidieron.

—Ha encontrado una mina —dijo Carlo.

—Pregúntale —pidió Corelli a Pelagia— si ha sido en la playa.

—¿Ha sido en la playa?

—Sí, sí, sí —exclamó alegremente la chiquilla, y añadió—: Y he subido encima.

Corelli sabía suficiente griego para reconocer la palabra *sí*. Entonces se levantó y, con la misma brusquedad, se volvió a sentar.

—*Puttana* —exclamó, cogiendo a Lemoni en brazos y estrechándola contra su pecho—, podía haber muerto.

Carlo fue más realista:

—Debería haber muerto. Ha sido un milagro. —Puso los ojos en blanco y añadió—: *Porco Dio*.

—*Puttana, puttana, puttana* —coreó Lemoni sin venir al caso, ahogada su voz en el pecho del capitán.

Pelagia dio un respingo.

—Antonio, ¿cuántas veces he de recordarte que no digas palabrotas delante de la niña? ¿Qué crees que dirá su padre cuando llegue a su casa hablando tan mal?

Corelli la miró fingiendo arrepentimiento y luego sonrió:

—Probablemente dirá *Qué figlio di puttana ha enseñado a mi hijita a decir puttana?*

Nadie en todo el pueblo fue capaz de resistir la tentación de sumarse a la procesión de curiosos que descendió serpenteando por los riscos hasta la playa. Cuando la vieron señalaron con el dedo, gritando «Ahí está, ahí está la mina», y desde luego que estaba, posada con un engañoso aire de oportunidad e inocencia al borde mismo de un mar azul pavo real. Era una esfera alta como un hombre, una esfera un poco más regordeta que alta, tachonada de púas romas que le daban un aspecto de erizo de mar cuyas púas acabarían de tener un encuentro con un barbero militar.

La gente se congregó en torno a la mina manteniendo las distancias, y el capitán y Carlo se acercaron para inspeccionarla.

—¿Cuánto explosivo diría usted? —preguntó Carlo.

—Vete a saber —respondió el capitán—. El suficiente para levantar a un acorazado del agua. Habrá que acordonar la zona y explosionarla.

—Estupendo —exclamó Carlo, quien, pese a los horrores vividos en Albania, era un verdadero amante de las explosiones y no había perdido el placer adolescente por la destrucción inofensiva.

—Vuelve a la base y trae un poco de dinamita, cable para conectar el detonador y un deflagrador de éstos. Yo me quedo aquí organizando a los lugareños.

—Es turca —dijo Carlo, señalando los arremolinados caracteres apenas visibles todavía entre las escamas y los hoyos de la herrumbre—. Debe de haber estado flotando a la deriva durante veinte años al menos, desde la Gran Guerra.

—*Merda*, es increíble —dijo Corelli—. Una verdadera rareza. Confío en que a estas alturas el explosivo se habrá podrido.

—O sea que nos quedamos sin fuegos artificiales —dijo tristemente Carlo.

—No, si consigues dinamita suficiente, testa d'asino.

—Capto la indirecta —dijo Carlo, y echó a andar por la playa en dirección al pueblo.

Corelli se volvió hacia Pelagia, que seguía mirando con curiosidad aquel inmenso y vetusto artefacto bélico.

—Dile a Lemoni que si alguna vez donde sea, encuentra algo de metal y no sabe qué es, que no lo toque, ni rozarlo siquiera y que corra a contármelo. Y que se lo diga a los demás niños.

Corelli le pidió a Pelagia que tradujera sus palabras e indicó por señas a la gente que formasen corro.

—Primero de todo —les dijo—, vamos a hacer explotar este artefacto. Es posible que la explosión sea realmente grande, así que cuando llegue el momento quiero que todos suban a lo alto del risco para mirar desde allí, de lo contrario podría haber una masacre accidental. Mientras esperamos que llegue la dinamita, necesito unos cuantos hombres fuertes con palas para hacer una trinchera a cincuenta metros de esa cosa, allá, donde yo pueda estar a salvo mientras hago detonar la mina. Ha de tener más o menos las medidas de una tumba. ¿Algún voluntario? —Los miró de uno en uno, pero todos apartaban la vista. No estaba bien ayudar a un italiano y, aunque todos tenían ganas de ver la explosión, ser el primero en ofrecerse voluntario habría significado cubrirse de oprobio. Corelli percibió la belicosidad de aquellos rostros y se sonrojó—. Habrá un pollo para que os lo repartáis —anunció esperanzado.

Kokolios levantó dos dedos y dijo:

—Que sean dos pollos.

Corelli mostró su conformidad y Kokolios dijo:

—Lo haremos Stamatis y yo y queremos dos pollos por cabeza.

Pelagia tradujo el mensaje. El capitán hizo una mueca:

—¿Por cabeza? —Exasperado, puso los ojos en blanco y murmuró por lo bajo—:
Rompiscatole.

Y así fue como Kokolios y Stamatis, monárquico uno y comunista el otro pero al fin y al cabo viejos amigos, unidos por el hambre y la agudeza en los negocios, se fueron a sus casas y volvieron con sendas palas. En el sitio indicado por el capitán empezaron a cavar un agujero rectangular y fueron acumulando la arena del lado de la mina para formar un baluarte. Cuando el hoyo no tenía más de un metro y medio de hondo empezó a llenarse de agua, y el capitán miró aquel lodo ocre con cierto desánimo condenatorio.

—Se está llenando de agua —le comentó innecesariamente a Pelagia, que estaba allí de pie como los demás, contemplando cómo trabajaban los dos viejos. Pelagia le miró y le dijo riendo:

—Todo el mundo sabe que si haces un agujero en una playa se llena de agua.

Corelli frunció el ceño y empezó a dudar de la viabilidad de la idea, lo cual no hizo sino reafirmarlo en llevarla a cabo.

Llegó Carlo, no sólo con la dinamita y demás material sino con un camión lleno de soldados, todos fuertemente armados y prodigiosamente ansiosos de presenciar el espectáculo prometido. Corelli se enfadó:

—¿Por qué no se lo has dicho también a Hitler e invitamos a todo el ejército alemán?

Desolado pero contumaz, Carlo repuso:

—Me han hecho traer a todos éstos porque va contra las normas transportar explosivos sin escolta. La culpa es de los partisanos, no mía.

—¿Partisanos? ¿Qué partisanos? ¿Esos bandidos que saquean los pueblos cuando volvemos la espalda? No me hagas reír.

—Este agujero no está en su sitio —les interrumpió un tipo menudo con uniforme de ingenieros.

—¡El agujero está donde a mí me da la gana! —gritó el capitán, cada vez más enfadado ante la perspectiva de que su travesura recreativa se le escapara de las manos.

—Está demasiado cerca —insistió el zapador—, la onda expansiva pasará por encima del agujero y le chupará los ojos y el cerebro, y entonces tendremos que sacarle del hoyo, a menos que su última voluntad sea descansar allí en paz.

—Oiga, déjeme decirle que yo soy el capitán y usted el cabo. Estoy al mando de esto, ¿entiende?

El otro no se arredró:

—Y déjeme decirle a usted que yo soy zapador y usted un hijoputa chalado.

La sorpresa desorbitó los ojos del capitán y la rabia los abrió luego todavía más:

—¡Insubordinación! —gritó—. Le voy a meter un puro que se va a enterar.

El zapador se encogió de hombros y sonrió:

—Puede usted decir lo que le dé la gana, porque una vez muerto no podrá hacerme nada. Si quiere palmarla, muy bien, me quedaré a mirar.

—*Carogna*. —Farfulló Corelli y el soldado repitió:

—Hijoputa. —Y se alejó tan campante.

Repudiando toda aquella operación, subió a lo alto del risco, encendió un cigarrillo y pestañeó al sol que declinaba mientras contemplaba los preparativos. El espectáculo era maravilloso. El mar era como una multitud de pinceladas de aguamarina y lapislázuli, y se podían ver los oscuros montecillos de roca y los bucles oscilantes de las algas bajo el oleaje. El soldado tenía verdaderas ganas de ver lo que le iba a pasar a aquel imbécil de oficial.

Corelli colocó una carga de dinamita bajo la mina y desenrolló el cable, que fue lo bastante largo para llegar hasta su anegada trinchera. Luego, inquieto ante la duda de que lo dicho por el zapador fuese verdad, pero resuelto no obstante a terminar lo que se había propuesto, él y la excitada tropa apilaron un espeso muro de arena alrededor de la mina a fin de que el grueso de la descarga saliera disparado hacia arriba. Finalmente la cosa tomó el aspecto de una rosquilla pero exactamente al revés,

una circunferencia excavada en tierra que contenía en su centro una columna de arena con una cúpula encima de aspecto abandonado y erizada de herrumbrosas y truncadas púas. Drosoula no fue la única mujer que pensó que se parecía mucho a un pene megalítico en posición de reposo.

—*Avanti!* —gritó por fin el capitán.

Soldados y espectadores iniciaron la subida a las cuestas del risco, sudando y jadeando pese a que el sol de la tarde había perdido ya casi todo su calor. Allá abajo, Corelli no parecía más grande que un ratón. Los soldados tomaron posiciones y discutieron sobre si sería o no una buena playa para jugar al fútbol. El cabo de ingenieros se explayó a conciencia y con mordacidad sobre la demencia del oficial y se ofreció a aceptar apuestas sobre la supervivencia del mismo. Pelagia empezó a sentirse profundamente preocupada y advirtió que Carlo estaba sudando de nervios. Le vio santiguarse varias veces y musitar unas oraciones. Él notó que le miraba y compuso una expresión suplicante, como diciendo «Usted es la única que puede detenerle».

Metido en su trinchera, Corelli atisbó por encima del búnquer y se vio sorprendido por la improbable proximidad del artefacto. Cuanto más miraba, más cercana y grande le parecía la mina, hasta que llegó a parecerle que medía veinte metros de altura y que la tenía en su regazo como si fuera una grotesca, descomunal y desagradable prostituta de un burdel. Decidió no mirarla más. Las tripas se le removían de la manera más desconcertante, y se dio cuenta de que estaba calado hasta las rodillas y que tenía las botas llenas de una agua fastidiosamente arenosa. Puso ambas manos sobre la pieza en forma de T del deflagrador y presionó un par de veces a fin de hacerse a la idea de producir una descarga. Después conectó los bornes.

Preocupado por la posibilidad de que le chuparan los ojos y el cerebro, ensayó mentalmente la rápida maniobra de apretar el émbolo y transferir inmediatamente sus manos a la cabeza al tiempo que apretaba fuertemente los ojos. Levantó la vista al cielo, se santiguó, intentó calmarse y accionó con brío el deflagrador.

Se oyó un chasquido seco, luego una pausa casi infinitesimal y después un profundo rugido. La gente que estaba en el risco vio una enorme columna de cascotes ascender con majestuosa gracia hacia los cielos, lejos de alcance de su vista. Con reverencial temor en sus rostros, empezaron a distinguir oscuros discos de acero, refulgentes gotas de agua iluminadas por momentáneos arco iris, lodosos y dilatados terrenos de arena húmeda, un vendaval de arena seca y eflorescencias ondulantes de humo negro y llamas anaranjadas.

—*¡Aira!* —gritaron jubilosos los griegos.

—*Figlio di puttana di stronzo d'un cane d'un culo d'un porco d'un pezzo di merda!* —gritaron los italianos. Repentinamente la onda expansiva los alcanzó y los hizo caer de espaldas como a los impotentes mortales que en la Antigüedad eran aplastados por la mano de Zeus, dios de las nubes.

—*Puttanasyie!* —musitaron los estupefactos griegos.

—*Porco cane!* —exclamaron los soldados.

Apenas habían empezado a ponerse en pie con dificultad cuando vieron que la aparentemente inagotable ascensión de materiales había cesado. De hecho, más que cesar estaba floreciendo lateralmente de forma inexorable, prolongándose en un arco magistral y totalizador. Hipnotizada tanto como aterrorizada, la gente observaba desde el risco alargando el cuello hasta lo imposible mientras el peligroso pero bello nubarrón se desparramaba sobre sus cabezas. Pelagia, al igual que Carlo y muchos otros, experimentó una glacial calma paralizadora, un terrible y atroz desaliento, y luego, como ellos, se echó cuerpo a tierra sobre el espinoso césped del farallón y sepultó la cara entre los brazos.

Un malévolo y colosal terrón de arena húmeda le golpeó dolorosamente en la espalda, dejándola sin aliento, y un fragmento de metal candente penetró como una bala en el suelo al lado de su cabeza, chamuscando audiblemente la roca a su paso. Una esquirla chocó con la suela de su zapato, separándose limpiamente del tacón. Corpúsculos ardientes de óxido se posaron en su ropa, carbonizándola en agujeritos de colador que le torturaron la carne y la hicieron retorcer de dolor como dardos que se clavaban y persistían y se multiplicaban como el veneno de los avispones y las avispas. Su mente se vació de todo lo que no era el vacío de la resignación que aflige a los desahuciados ante la inminencia de la muerte.

El episodio terminó, tras una eternidad, con una mansa y tiernamente reconfortante lluvia de arena seca que empezó a descender del cielo y a golpetear suavemente encima de y en torno a ellos, amontonándose en simétricos conos sobre la parte posterior de sus cabezas, pegándose como alcorza a las irregulares salpicaduras y franjas de arena mojada, insinuándose con insidiosa destreza tras los cuellos de sus vestidos y en sus zapatos. Era caliente y casi metafísicamente agradable.

Todos empezaron a ponerse en pie, tambaleantes y frágiles como gatitos. Algunos caían al suelo tan pronto conseguían levantarse, y otros caían porque otro se había apoyado en ellos para mantener el equilibrio. Fue una fiesta de levantarse y caerse, una fiesta de agarrarse y tropezar, un carnaval de rodillas inexplicablemente debilitadas y de caras pálidas rayadas de cuajarones de arena goteante. Fue un solemne y majestuoso batiburrillo de increíbles y extravagantemente modificados peinados y de ropajes irreconociblemente deshilachados, una estigia y ultraterrena celebración de cuerpos bamboleantes y de ojos conspicuamente vírgenes insertados anómalamente en rostros de cómicos disfrazados de negros.

La sosegada llovizna de arena fue inexorable; los golpeó a todos, se posó como minúsculas garrapatas amarillas sobre sus pestañas y cejas, se aferró con electrostática tenacidad a los pelos de sus narices, se congració horriblemente con la saliva de sus bocas, se abrió camino obscenamente por entre la ropa interior y aterrorizó a las mujeres, se adhirió agradecida al sudor de sus axilas y rejuveneció a los más viejos rellenando sus arrugas.

Todos se abrazaban entre sí sin cruzar palabra, ofuscados de asombro, contemplando el espectacular nubarrón de humo repugnante que crecía y crecía, tapando el sol y el cielo y malogrando la luz. Con la manga, se quitaban la arena de la cara, pero sólo conseguían sustituir una raya por otra. Unos pocos empezaron a mirarse los cortes y observaron fascinados cómo la sangre carmesí surgía de una capa de arena, oscurecida y coagulada.

No se reconocían, italianos y griegos se miraban desnacionalizados por las toses, el tizne y la estupefacción mutua. De pronto se oyó el grito de una voz asfixiada.

Todos, como galvanizados, rodearon el cadáver del relamido zapador, cuya pulcramente cercenada cabeza sonreía de forma angelical por entre su maquillaje de arena. El cuerpo yacía cerca de allí, de bruces, guillotinado por un humeante disco de mellado acero herrumbroso sepultado hasta el radio en el césped.

—Ha muerto feliz —dijo una voz que Pelagia identificó como la de Carlo—, qué más se puede pedir. Pero no podrá recoger apuestas.

—*Puttana* —dijo una vacilante vocecita atiplada que parecía la de Lemoni.

Alguien empezó a vomitar y cinco o seis personas se contagiaron de las arcadas, añadiendo un nuevo ruido de dolor a la epidemia general de tos.

Súbitamente presa del pánico, Pelagia corrió hasta el borde del risco y miró con horror por entre la lluvia de arena. ¿Qué había sido del capitán?

Divisó un cráter de treinta metros de diámetro que el mar había llenado ya. Se veían retorcidas tiras de metal esparcidas en cientos de metros a la redonda, montecillos y cráteres de satélite de variadas formas, pero no había señales del capitán ni de su trinchera.

—¡Carlo! —chilló, y se llevó las manos al pecho. Aturdida de pena, cayó de rodillas y empezó a llorar.

Carlo bajó corriendo hasta la playa, tan horrorizado como Pelagia pero más acostumbrado a la obligación de superarlo. Se explayó pensando en la *pietà* de Francesco, con la cabeza destrozada, muriendo en sus brazos allá en Albania, y nada excepto correr pudo atajar el huracán de duelo que estaba a punto de arrasar su corazón.

Llegó hasta donde supuso había estado la trinchera y se detuvo. Allí no había nada. Todo estaba arrasado, irreconocible. Alzó los brazos como reprochándose a Dios y estaba a punto de empezar a golpearse las sienes, cuando captó un movimiento por el rabillo del ojo.

Corelli no se distinguía de la arena mojada porque estaba totalmente cubierto de ella. La explosión le había dejado conmocionado y la corriente ascendente le había lanzado por los aires para luego arrojarlo al suelo. Ahora yacía boca arriba, perfectamente modelado en la playa por el biselaje de la arena precipitada. Forcejeando torpemente por sentarse sin conseguirlo, parecía realmente un monstruo de película. Carlo rió a carcajadas, pero su hilaridad quedó atemperada por el temor de que el hombre al que tanto quería pudiese estar gravemente herido. Sólo se le

ocurrió cogerlo en vilo y llevárselo al mar; eso le recordó de nuevo cuando transportó a Francesco de donde había caído entre los dos frentes, y volvió a oír los nobles vítores de los griegos.

Carlo lavó al capitán entre las olas y lo encontró totalmente desorientado pero, al parecer, ileso.

—¿Ha estado bien? —preguntó Corelli—. Me lo he perdido.

—¡Qué *sporccazione* de explosión! —exclamó Carlo—. Es lo mejor que he visto en mi vida.

Corelli vio moverse sus labios, pero no oyó nada. De hecho no percibía otro sonido que el prolongado tañer de la mayor campana del mundo.

—Habla más alto —dijo.

De las secuelas de este episodio hay mucho que hablar. Corelli estuvo sordo dos días y padeció la más acuciante mortificación al pensar que podía perder su música para siempre. Durante el resto de su vida sufriría períodos de zumbidos, recuerdo perdurable de Grecia. El general Gandin le sancionó por la muerte del ingeniero y por provocar la movilización inmediata de todas las tropas del Eje destacadas en la isla, al deducir por la tremenda detonación y el suntuoso hongo posterior que los aliados habían desembarcado inesperadamente en Cefalonia. Corelli fue prácticamente degradado, pero el general Gandin llegó a la conclusión de que teniendo en cuenta que los nazis pagaban los salarios de la guarnición italiana, la degradación no supondría ningún beneficio material para Italia. De todos modos, era ya motivo de fricción el que los alemanes no permitieran a los italianos ascender a nadie debido a los gastos que ello ocasionaba a la cancillería, y el general no tenía intención de regalarles ningún ahorro. Acusó a Corelli de haber actuado por iniciativa propia sin permiso, de no haber cedido la responsabilidad a la autoridad competente, de imprudencia temeraria y de comportamiento impropio de un oficial. Fue sentenciado a una severa reprimenda que había de constar en su expediente durante toda su carrera militar. Extravagante e ingenioso a la vez, Corelli regaló a la apetecible secretaria del general una rosa roja y una caja de bombones suizos de contrabando, y la reprimenda desapareció por arte de magia de su hoja de servicios después de haber estado siniestramente latente allí durante sólo tres días.

El capitán disfrutó de ser mimado como nunca por Pelagia mientras que ella le expresaba su desahogo bombardeándolo con besos, palabras tiernas y promesas que sobrepasaron de largo la lluvia de arena en la playa. Günter Weber llevó su gramófono de cuerda y a la cabecera de su cama le enseñó la letra de *Mein Blondes Baby y Leben Ohne Liebe*, y Carlo entraba y salía informando de la constante y angustiosa erosión del cráter por la acción del mar. Se presentó Lemoni, a partir de entonces convertida en inigualada experta en encontrar trozos de metal oxidado, y le obligó a levantarse de la cama para ir a identificar una antigua reja de arado, la cabeza de un proyectil antiaéreo y un bote despachurrado. La desilusión de Lemoni, viendo que nada de todo aquello podía ser explotado, sobrepasaba la comprensión

adulta en una medida que bien podía calificarse de infinita.

La noche de aquel espléndido episodio, el iracundo doctor salía de la cocina con la intención de cantarle las cuarenta a Pelagia. En ese momento no sólo su hija, sino todo un tropel de gente inconcebiblemente asquerosa, exhausta y harapienta, hizo acto de presencia en el patio. Un hombre, irreconocible pero tan alto como Carlo, y que luego resultó ser Carlo, traía en brazos el cuerpo delirante de alguien que luego resultaría ser el capitán. Una muchacha con aspecto de loca e irredimible suripanta salida del barrio más pobre de El Cairo resultó ser Pelagia. Una cosa diminuta de sexo indeterminable recién sacada de una tumba prematura resultó ser Lemoni. El doctor iba a tener mucho trabajo curando cortes, y sus ingresos en berenjenas iban a ser espectaculares, pues precisamente por entonces estaban en sazón.

Claro que en aquel momento, enfrentado a aquella muchedumbre de soldados y griegos tan desorientados como menesterosos, no podía pensar en otra cosa que en el repelente y turbador espectáculo que acababa de encontrarse en la cocina.

—¿Quién —rugió retóricamente— ha tenido la audacia de llenarme la casa de caracoles?

Era verdad. Había caracoles por todas partes; en las ventanas, bajo los cantos de las mesas, posados oblicuamente en las paredes y en la taza de *Psipsina*, en el cántaro, pegados a las esteras, avanzando con determinación hacia la cesta de las verduras y adheridos con quijotesco entusiasmo al cañón de la pipa del doctor y a los cristales de las gafas que él había dejado en el alféizar.

Horrorizada por la culpa, Pelagia se llevó una mano a la boca, y Lemoni, al ver las plateadas, serpenteantes, entrecruzadas y relucientes huellas y la distribución encantadoramente azarosa de los propios caracoles, se puso a dar palmas de júbilo.

—*Porca puttana* —dijo, y un hombre que debía de ser su padre le descargó una bofetada en la mejilla.

44. ROBO

Ruidos de apuros avícolas despertaron a Kokolios en mitad de la noche. Lo primero que pensó fue que la marta del doctor se había colado en su corral; él siempre había dicho que era antisocial tener como animal doméstico a una famosa ladrona de gallinas, y ya la había pillado dos veces llevándose huevos. Kokolios maldijo y luego saltó de la cama; qué bastonazo le iba a dar a esa ladronzuela, y así se zanjaría la cuestión, le gustara al doctor Iannis o no.

Se puso las botas y alcanzó la porra que había guardado sobre el dintel desde que estallara la guerra. Era un nudoso tronco de espino que había encontrado en los matorrales, y en el extremo más delgado le había hecho un agujero donde ajustar un lazo de correa de cuero. Deslizó la muñeca por la correa y abrió la puerta de su casa, cuya parte inferior rascó las losas del suelo describiendo un arco. Llevaba diez años pensando que tenía que arreglar la puerta. Afortunadamente el ruido quedó ahogado por los frenéticos cloqueos de las gallinas, y Kokolios salió a la noche.

Estaba muy oscuro porque un espeso nubarrón había ocultado la luna, y el ruido era atroz debido a los grillos. Kokolios escudriñó la oscuridad y oyó que alguien blasfemaba por lo bajo. Perplejo, siguió mirando con ojos de miope. Lo que vio fue a dos pequeños soldados italianos en el corral, tratando de echarle el guante a una gallina.

Cegado por la rabia, Kokolios actuó sin pensar. Pese a los rifles que los soldados llevaban a la espalda, soltó un pavoroso grito de guerra y se lanzó al combate.

Los dos italianos habían participado en la campaña de Albania y se habían comportado con valentía, pero en la oscuridad no fueron rival para una criatura feroz, desnuda y demoníaca que les descargaba una lluvia de golpes en la cabeza y la espalda, que les daba patadas en las piernas y profería gritos sobrenaturales. *Puttana!*, gritaban ellos, y se protegían la cabeza con las manos sin más resultado que recibir otra tanda de golpes en codos y nudillos.

Finalmente cayeron de rodillas y entre gritos lastimeros imploraron que dejara de pegarles.

Kokolios no sabía una palabra de italiano pero sabía reconocer a un enemigo derrotado. Arrojando la porra cogió a los dos ladrones por el cuello de la camisa y los obligó a levantarse. Luego los llevó a la fuerza hacia la casa del doctor, dándoles patadas en el culo a cada paso y haciendo entrechocar sus respectivos cráneos como un maestro de escuela enajenado.

Al llegar a casa del doctor, sin dejar de sacudirlos y patearlos, Kokolios se puso a gritar:

—*Iatre, iatre!*

El doctor Iannis no tardó en salir, seguido del capitán y de Pelagia, los tres en camisa de dormir. A la recién revelada luz de la luna contemplaron a Kokolios, en cueros aparte de sus pesadas botas, temblando de ira y con un soldado derrotado

colgando de cada mano. Lo más curioso era que los soldados seguían llevando a la espalda sus carabinas.

—Entra enseguida —le dijo el doctor a su hija, preocupado por su pudor en presencia de aquel hombre colérico y desvestido, patizambo y de pelo en pecho.

Obediente, Pelagia se retiró a la cocina para disfrutar del espectáculo al resguardo de la ventana.

Kokolios señaló a Corelli pero le gritó al doctor:

—Dígale a ese hijoputa de oficial que sus hombres son unos ladrones y nada más que unos ladrones, ¿entiende?

El doctor Iannis transmitió la información a Corelli, quien no se movió por un instante como para decidirse. Luego se metió en la casa y el doctor le dijo a Kokolios:

—No estaría mal que se calmara un poco.

Mientras el oficial estaba dentro, el doctor aprovechó la ocasión para tomar el pelo a su vecino.

—Pensaba que era usted comunista —comentó.

—Pues claro que lo soy —replicó secamente Kokolios.

—Perdone, pero si mal no recuerdo, toda propiedad es un robo. Así que si tiene gallinas, usted también es un ladrón.

Kokolios escupió al suelo:

—Lo que es un robo es la propiedad de los ricos, no la de los pobres.

El debate filosófico fue interrumpido al reaparecer el capitán con su revólver, y por un momento tanto Pelagia como su padre creyeron que pensaba matar a Kokolios. Ella se preguntó angustiada si debía ir a buscar su Derringer, pero no pudo moverse. Kokolios miró al capitán con una expresión mezcla de terror, desafío y justa ira. Sacó pecho muy ufano, como dispuesto a morir por el derecho de las gallinas griegas a vivir tranquilas incluso en territorio ocupado.

Para sorpresa general, el capitán apuntó directamente a la cara de uno de los acusados y le ordenó que se tumbara en el suelo. El ladrón sonrió para congraciarse y Corelli accionó el percusor. El hombre se arrojó a tierra con cómica celeridad y empezó a gemir excusas, a las que Corelli hizo oídos sordos. El capitán indicó por gestos al otro que hiciera lo mismo.

Tomando a Kokolios del brazo, se lo llevó un par de metros aparte. Acto seguido propinó sendos puntapiés a los hombres en posición supina y ordenó:

—¡A besar el suelo!

Los soldados se miraron extrañados.

—He dicho a besar el suelo —gritó el capitán pasando de un sereno enfado a una furia desbocada.

Uno de los hombres se puso a gatas, pero Corelli le puso un pie en los riñones y lo lanzó brutalmente al suelo:

—Cuerpo a tierra, hijos de la gran puta.

Avanzaron contorsionándose como serpientes hasta llegar a la altura de las botas

de Kokolios.

—Lamédselas —ordenó el capitán.

Era inútil protestar. El capitán fustigó a uno de ellos en la cabeza, y el doctor cerró los ojos encogiéndose ante el daño corporal que temía estaba a punto de producirse. Pelagia se cubrió la boca ahogando un grito y sintió compasión por los humillados rateros; jamás pensó que su capitán pudiera ser tan cruel y despiadado. Quizá después de todo, un músico también podía ser soldado.

Los ladrones le lamieron las botas a Kokolios, quien los miró mudo de asombro, y sólo cuando se percató de las carnosas protuberancias de sus partes pudendas rielantes a la luz de la luna, recordó que iba sin vestir. Se quedó boquiabierto, se llevó rápidamente las manos a sus más preciosas posesiones y se fue correteando hacia su casa.

En la cocina, Pelagia no pudo menos de echarse a reír, pero el capitán no estaba de humor para frivolidades cuando entró con los desdichados.

—¡Sureños de mierda! —gritó—. ¡Camorra y *mafiosi*! ¡Renegados!

Los ladrones permanecieron sentados a la mesa mientras el capitán les daba un coscorrón a cada epíteto. Se los veía empequeñecidos y patéticos. El doctor movió la mano para poner freno a la saña del capitán. Éste cogió a los soldados por el cuello de la camisa como había hecho Kokolios, los arrastró hasta la puerta y los echó a empujones. Cayeron sobre los adoquines, pero al punto se pusieron de pie y echaron a correr.

El capitán volvió a entrar echando chispas por los ojos. Miró a Pelagia y a su padre como si en parte hubieran tenido ellos la culpa y gritó:

—¡Todos tenemos hambre! —Levantó las manos al cielo como apelando a Dios, meneó la cabeza, se golpeó el pecho con el puño y exclamó—: ¡Qué deshonra! —Luego se marchó a su cuarto y cerró de un portazo.

Dos días después Pelagia salió al patio y se sorprendió al notar la ausencia de algo familiar. Echó un vistazo alrededor pero no vio nada raro. Y entonces se dio cuenta. El capitán salió y la encontró llorando desconsolada.

—Se han llevado mi cabra —sollozaba—, mi cabra bonita. —Se imaginaba ya la carnicería y el desguace posterior.

El capitán posó una mano en el hombro de la chica; ella se la sacudió y siguió sollozando.

—¡Sois unos bastardos, sí, todos vosotros, ladrones y bastardos!

El capitán se irguió rígidamente.

—Tesoro mío —dijo—, juro por mi madre que te conseguiré otra cabra.

—¡No quiero! —gritó ella, volviendo hacia él una cara anegada en lágrimas—. No aceptaré nada que proceda de ti.

Él se dio la vuelta y se alejó con la amargura del deshonor royéndole como un gusano el corazón.

45. TIEMPO DE INOCENCIA

Se convirtieron en amantes a la antigua usanza, y a la antigua usanza hacían el amor. Su idea de hacer el amor era besarse a oscuras bajo el olivo después del toque de queda o sentarse en una roca a mirar delfines con los prismáticos de él. Corelli la quería demasiado para poner en peligro su felicidad, y ella a su vez era lo bastante sensata como para no renunciar a la prudencia. Había visto una y otra vez muchachas desgraciadas por tener un hijo no reconocido, y una y otra vez había visto la septicemia, la lenta y emponzoñada muerte de las que se sometían al raspado letal de alambres y agujas de gancho. Ella las asistía con su padre y después con un sacerdote.

Aprovechaban al máximo los ratos perdidos, y todo resultó más fácil cuando Günter Weber le consiguió a Corelli una motocicleta *en préstamo* de la Wehrmacht a cambio de jamón parmesano, Chianti y queso *mozzarella*. La moto había sido oficialmente dada por perdida en un accidente espurio; Weber se había limitado a hacerla reparar y entregársela a su amigo italiano.

La primera noticia la tuvo Pelagia cuando le llegó del patio, el ruido de un tubo de escape, el ralentí de un motor, un petardeo y el silencio. *Psipsina* entró corriendo en la casa y se escondió bajo la mesa. Pelagia salió fuera y se encontró a Corelli, con gorra y gafas de aviador y la cara cubierta de suciedad, expectorando polvo sentado en una máquina negra. Al verla venir, se levantó las gafas. Ella rió de él porque le habían quedado dos circunferencias pálidas en torno a los ojos, saltones en aquella cara tiznada de gris, y tenía los labios anormalmente rosados, como si se hubiera aplicado algún cosmético. Él sonrió, creyendo que a ella le alegraba verle, y dijo:

—*Vuole fare un giro?*

Ella se cruzó de brazos y meneó la cabeza:

—No he montado nunca en moto. Bueno, en coche tampoco, y no pienso empezar ahora.

—Yo tampoco había montado —dijo él—, pero es muy fácil. ¿Verdad que es preciosa?

—Veo que sólo tiene dos ruedas; seguro que se cae. Hay que estar loco para ir en una cosa así.

—Te concedo que lo parece, pero no se cae —dijo él—. No va todo el rato en línea recta, es lo único, pero le estoy cogiendo el truco. Y escucha esto. —Se bajó de la máquina, soltó un taconazo al pedal de arranque, dio gas y después jugueteó con el acelerador hasta dejar el motor en un ralentí alegre—. ¡Escucha! —gritó—, es como un metrónomo. Se podría tocar algo encima. Qué tempo, es perfecto, fíjate en la pulsación, cada tiempo en su sitio. Es una máquina musical, chumpa chumpa chumpa, y qué me dices del tubo de escape, canta y todo. Mira, es una BMW de un cilindro en vertical. Sin cadenas que se rompan o se caigan, y sube por esos montes como si fueran planos. Ven a dar una vuelta. Es una sensación estupenda. Los cabellos al viento.

—Y la mierda en la cara —dijo Pelagia, escéptica—. Pareces una mona. Además, podría vernos alguien.

El capitán reflexionó un momento.

—Está bien, mañana traeré un casco y unas gafas y un chaquetón de cuero. Así no te reconocerá nadie. ¿De acuerdo?

—No.

Pero al día siguiente se encontraron en la curva del camino y Pelagia se puso apresuradamente el disfraz. El capitán tuvo problemas para controlar la máquina con el peso extra, y al principio hicieron unas cuantas eses y fueron a parar a la cuneta. Se cayeron dos veces, sin hacerse daño, y quedaron en que ella no intentaría moverse mientras fuese sentada detrás. Pelagia se aferró a la cintura de él muerta de miedo y con la cara hundida entre sus omoplatos, mientras la moto le golpeaba en la ingle con una sensación a la vez placentera e inquietante. Llegados a Fiskardo ella se bajó, temblorosa, y se dio cuenta de que ansiaba volver a montar. Tenía razón él, era estupendo ir en motocicleta. El capitán no cabía en sí de júbilo.

Iban a lugares donde no conocieran a Pelagia y a sitios desiertos. Ella le cogía del brazo y caminaba a su lado, apoyando su cuerpo en el hombro de él, riendo sin cesar. Con él siempre reía. A veces llevaban una botella de vino, con lo cual ella se reía todavía más, aunque luego la vuelta resultaba más arriesgada; él no conducía recto ni cuando estaba sobrio, y en más de una ocasión se desviaron por una bifurcación por falta de tiempo para aminorar la marcha y torcer. Así fue como descubrieron la destartalada cabaña de pastor.

Era tan vieja que el suelo se había hundido en la tierra, y dentro no había nada más que una cacerola oxidada y dos botellas verdes. Los listones estaban agrietados y las tejas peligrosamente inclinadas. Olía a musgo y a madreselva y a ropa vieja de hombre, y la luz se fragmentaba allí donde el mortero se había desportillado. La llamaron *Casa Nostra*, y a veces barrían el suelo con haces de ramitas, contentos de compartir la cabaña con una pequeña colonia de humildes murciélagos y tres familias de vencejos. En aquella casa secreta solían extender una alfombra y yacer abrazados, besándose y conversando, y de vez en cuando él tocaba la mandolina.

Interpretaba canciones sentimentales de tiempos pasados, por lo general en un estilo melodramático e irónico; él sabía que su voz no era gran cosa y tan sólo buscaba hacerla reír:

*Alma del core, spirito dell'alma,
Sempre costante, t'adorero.
Saro contento nel mio tormento,
Se quel bel labro baciato potro...*

Cuando ella se sentía volar con el vino, él cantaba:

*Danza, danza, fanciulla, al mio cantar;
Danza, danza, fanciulla gentile, al mio cantar.
Gira leggera, sottile al suono, al suono del'onde del mar...*

Y efectivamente de lejos se oía el mar, y Pelagia bailaba un satírico vals por toda la cabaña, haciendo piruetas y riendo como una tonta, dedicándole sugerentes fruncimientos de labios para parodiar a las putas militares que había visto tan a menudo, haciendo muecas y lanzando besos a los hombres mientras éstos pasaban traqueteando en su camión.

Corelli se deprimía a veces o se ponía sentimental al pensar en la imposibilidad de su mutua devoción, y su clara voz de tenor adoptaba entonces un porte trágico que acababa haciéndolo llorar, cuando no también a Pelagia. Era momento para las lamentaciones, y él se ponía a cantar *Donna non vidi mai* no porque fuera triste, que no lo era, sino porque se cantaba andante lento y permitía expresar con el máximo sentimiento aquel estribillo de *Manon Lescaut me chiamo*.

Todas sus conversaciones de amantes empezaban con la frase *Cuando termine la guerra*.

Cuando termine la guerra, una vez casados, ¿viviremos en Italia? Hay sitios muy bonitos. Mi padre dice que a mí no me gustaría, pero se equivoca. Mientras estemos juntos. Cuando termine la guerra, si tenemos una niña, ¿podríamos llamarla Lemoni? Cuando la guerra termine, si tenemos un hijo, le pondremos Iannis. Cuando termine la guerra les hablaré a los niños en griego, y tú puedes hablarles en italiano, así crecerán bilingües. Cuando termine la guerra pienso escribir un concierto, y te lo dedicaré a ti. Cuando termine la guerra pienso estudiar para médico, y me da igual que no acepten mujeres, lo haré de todos modos. Cuando termine la guerra buscaré trabajo en un convento, como Vivaldi, dando clases de música, y todas las novicias se enamorarán de mí y tú tendrás celos. Cuando termine la guerra marcharemos a América, tengo parientes en Chicago. Cuando termine la guerra no educaremos a nuestros hijos en ninguna religión, ya decidirán ellos cuando sean mayores. Cuando termine la guerra tendremos nuestra propia moto e iremos por toda Europa, y tú podrás dar conciertos en hoteles, viviremos de eso, y yo empezaré a escribir poemas. Cuando termine la guerra compraré una bandola para tocar música de viola. Cuando termine la guerra te amaré, cuando termine la guerra te amaré, te amaré eternamente, cuando termine la guerra.

46. BUNNIOS

En la cumbre del monte Aínos, Alekos se levantó al amanecer de su cama de pieles y se recordó que tendría que ordeñar unas cuantas cabras si pensaba hacer queso. Pero antes de nada era momento de coger su fusil y comprobar que toda su grey estuviera aún en su sitio. Últimamente había aparecido gente que se llamaba a sí misma *andarte* y que intentaba robarle las cabras. Ya había matado a dos y dejado su carne a la intemperie para los buitres negros.

Alekos no lo entendía. Esas cosas no sucedían desde los tiempos de su bisabuelo, cuando a aquellos *andartes* se los conocía como *kleftos*. Qué más le daba a él, se había comprado dos rifles nuevos y un montón de cartuchos gracias a los ladrones de cabras, y dudaba mucho de que volvieran a aparecer por allí. Para subir a aquella montaña se necesitaba una tenacidad y un brío increíbles, y él probablemente había matado a los dos únicos hombres lo bastante fuertes de piernas y pulmones para conseguirlo.

Tal vez tenía que ver con la guerra. Había notado ya que debía de haber una guerra, pues algunas noches el cielo se iluminaba con lejanos reflectores, y a menudo veía los fogonazos de los cañones seguidos de un ruido sordo y distante. Era bonito y muy entretenido sentarse por las noches a la intemperie a mirar los fuegos artificiales y a comer queso remojado en aceite de oliva y tomillo. De aquel modo se sentía menos solo, y confiaba que la guerra no terminase antes de la feria del santo. El día en que el doctor subió al monte le había confirmado que en efecto había guerra, que mucha gente se moría de hambre y que los más pequeños habían pasado directamente de niños a viejos menudos de barba sutil y espalda encorvada. Daba la impresión de que sus estómagos les habían dicho que no merecía la pena molestarse en ser joven, y daba la impresión de que la Madre Naturaleza no tardaría en hacer que los bebés salieran del vientre materno metidos ya en un ataúd.

Cuando el Liberator pasó rezongando sobre su cabeza, no le prestó demasiada atención porque solían volar de dos en dos o de tres en tres y desaparecer como murciélagos ruidosos hacia algún punto del continente.

Pero esta vez levantó los ojos, quién sabe si por instinto, y contempló una imagen especialmente espectacular. Una suerte de hongo blanco descendía a merced del viento con un hombrecillo colgando debajo, y lo maravilloso era que el sol naciente se reflejaba ya en la seda antes de haber tenido tiempo de ser un mero vislumbre de resplandor sobre el horizonte. Alekos se puso en pie y miró fascinado. Tal vez fuera un ángel. Desde luego, iba de blanco. Se persignó y trató de recordar alguna oración. Nunca había oído hablar de ángeles suspendidos de un hongo, pero uno nunca sabe. Y parecía que el ángel traía una roca grande, un paquete tal vez, colgando de sus pies mediante una cuerda.

El ángel tiraba fuerte de un lado de las cuerdas que lo sujetaban al hongo, y en el último momento pareció que bajaba tan deprisa que se iba a estrellar. Alekos se sintió

en cierto modo satisfecho de tener razón cuando el ángel, efectivamente, cayó con un golpe sordo, rodó de costado, se dio de cabeza contra una roca y fue arrastrado por el suelo con el viento de lado hinchando la seda. Alekos cogió uno de sus fusiles y corrió hacia allí; era mejor asegurarse, porque podía ser que los ángeles de ahora estuvieran tan famélicos que les diese por robar cabras.

Era un ángel de cara muy colorada y estaba hecho un lío de cuerdas entre la tela del diáfano hongo blanco. Alekos amartilló el arma y apuntó al ángel entre los ojos. Éste los abrió, le miró educadamente, dijo «¡Eh, alto!» y se durmió al momento.

Alekos tardó lo suyo en desenredar al ángel de sus cuerdas y correajes, y pensó que la excelente tela del hongo le iría de maravilla para hacerse una sábana de lujo. En medio tenía un ingenioso agujero por donde uno podía meter la cabeza, lo cual permitía utilizar el hongo como túnica. Alekos decidió que se la pondría para la fiesta del santo si el ángel se la regalaba y le dejaba cortar las cuerdas.

Trasladó al visitante celestial hasta su cabaña y luego abrió el paquete grande que había caído con él; contenía una pesada caja metálica con botones y un pequeño motor. Alekos no tenía un pelo de tonto, y dedujo que el ángel había traído el motor para construirse algún tipo de vehículo.

Durante dos días lo alimentó de miel, yogur y otras golosinas que juzgó adecuadas para una criatura de otro mundo como aquélla, y se sintió jubiloso cuando el ángel empezó a incorporarse, se rascó la cabeza y habló.

Lo malo fue que no logró sacar nada en claro de lo que decía. Reconoció, sí, algunas palabras, pero el ritmo del lenguaje angélico se le escapaba por completo, las palabras parecían no encajar unas con otras, y hablaba como si tuviera una piedrecita en la garganta y una abeja en la nariz. El ángel estaba visiblemente molesto por su falta de comprensión lo que a Alekos le hizo sentir un temeroso remordimiento aun cuando la culpa no fuera suya. Tuvieron que echar mano de la comunicación por señas y expresiones faciales.

Lo más curioso del ángel era que cuando quería comunicarse con Dios o con algún santo, empezaba a toquetear la caja metálica y a producir un montón de siseos y silbidos y chisporroteos. Entonces Dios respondía en idioma angélico, pero se le oía tan lejano y tan ceremonioso que Alekos comprendió por primera vez lo difícil que le resultaba a Dios hacerse oír. Empezó a reconocer palabras que se repetían con frecuencia: *Charlie* y *Bravo*, *Wilco* y *Roger*. Otra cosa rara de aquella criatura era que llevaba pistola, una automática ligera, y unas cuantas piñas de hierro muy pesadas y de color caqui con una palanquita metálica que a él no le dejó tocar. Todos los ángeles que Alekos había visto en película llevaban espadas o lanzas, y le parecía extraño que Dios hubiera decidido modernizarse.

Pasados cuatro días el ángel empezó a mostrar síntomas de querer marcharse, y Alekos, después de vencer su renuencia a dejar las cabras a merced de los ladrones *andartes*, le dio un golpecito en el pecho, sonrió y le hizo señas de que le siguiera. El ángel aceptó agradecido y le dio una chocolatina que Alekos se zampó de un bocado,

aunque luego sintió náuseas. De todos modos, el ángel no quería salir a la luz del día y Alekos hubo de esperar al crepúsculo. También quiso cambiar sus correajes por una piel de cabra. En lo que atañía a Alekos, era el mejor trato que había hecho en su vida y naturalmente aceptó con presteza, aunque sintió una punzada de culpa por haber timado a un ángel, si bien involuntariamente y con consentimiento del otro. El ángel depositó la caja metálica y el motorcito en la piel de cabra, hizo un atado y se echó el fardo a la espalda.

Alekos sabía que la única persona que podía tener alguna idea del idioma de los ángeles era el doctor Iannis y, en consecuencia, a su casa llevó al ángel. Fueron cuatro días viajando por la noche con lo que a Alekos le pareció un innecesario sigilo, y tres días de esconderse entre los matorrales bajo un sol abrasador, acribillados por los mosquitos y procurando hablar en voz baja. Parecía más que probable que Dios hubiera expulsado a aquel ángel del cielo a causa de su demencia. Pero Alekos no era de los que protestaban; el ángel tenía el pelo muy rubio, era extraordinariamente alto, mostraba una infatigable capacidad de resistencia y conservaba todos sus dientes, lo que le daba una seductora sonrisa. También ponía mala cara cuando había cerca algún soldado alemán o italiano, y de ello dedujo Alekos que Dios era sin duda del bando griego.

Al doctor Iannis le despertó a las tres de la madrugada un tamborileo de dedos en su ventana. Se quedó un momento inmóvil, preguntándose de mal humor cómo podía una rama hacer ese ruido si allí no había ningún árbol. Finalmente abandonó la cama y fue a abrir la contraventana. Vio a Alekos, lo cual fue ya una sorpresa, pero vio también a un hombre rubio y muy alto, vestido con la *fustanella* de los *evzones*. Alekos notó la perplejidad en la cara del doctor, levantó las manos, se encogió de hombros y dijo:

—Le traigo un ángel. —Y se marchó antes de que pudieran exigirle responsabilidades.

El ángel sonrió y tendió la mano, diciendo:

—Me llaman Bunnios.

El doctor estrechó la mano que se le ofrecía a través de la ventana y dijo:

—Soy el doctor Iannis.

—Caballero, a su gentileza apelo, por el bien de su patria debo parlamentar con vuestra merced acerca de cierto asunto privado.

El doctor enarcó las cejas, totalmente perplejo:

—¿Qué?

El desconocido indicó por señas que quería entrar, y el doctor suspiró con impaciencia pensando que tendría que decirle que diera la vuelta hasta la puerta. Pero tan pronto asintió con la cabeza, el hombre se apoyó en el marco de la ventana y se coló de un salto. Arrojó al suelo su piel de cabra con todo el material y estrechó una y otra vez la mano del doctor. Entró Pelagia con cara de sueño. Había oído los ruidos y vio a un hombre vestido con la gorra de borla, la falda y los calzones blancos, el

chaleco bordado y las sandalias con pompón que constituían el traje de fiesta en algunas partes del continente. Lo llevaba todo muy sucio pero no había duda de que era nuevo. Lo miró asombrada, se llevó una mano a la boca y con ojos desorbitados preguntó a su padre:

—¿Quién es éste?

—¿Que quién es éste? —repitió el doctor—. ¿Y cómo quieres que lo sepa? Aleko ha dicho que era un ángel y se ha largado. Dice que se llama Bunnios, y habla el griego como los negros del África.

El extravagante personaje inclinó la cabeza y estrechó la mano de Pelagia. Ella la dejó flácida, sin ocultar su perplejidad. Él le sonrió encantadoramente y dijo:

—Permita que me haga lenguas de su lozana hermosura y de su muchachez.

—Y yo Pelagia —dijo ella. Luego le preguntó a su padre—: ¿Qué habla? Katharevousa no es.

—Claro que no. Y romaico tampoco, desde luego.

—¿Será búlgaro o turco, o algo así?

—Griego de los tiempos antiguos —dijo el hombre, y añadió—: Pericles. Demóstenes. Homero...

—¿Griego antiguo? —exclamó Pelagia sin dar crédito a sus oídos.

Retrocedió, temerosa de estar en presencia de un fantasma. De niña había oído hablar del Emperador de Mármol a quien un ángel llevaba a una gruta de donde él regresaría tarde o temprano para derrotar a los opresores. Pero aquel ser más parecía de carne que de mármol, y además todo eso eran cuentos. Había también la leyenda de unos forasteros rubios del norte que traerían la liberación. A saber.

El doctor se tocó la frente con el índice y levantó la vista con aire triunfal.

—¿Inglés? —preguntó.

—*Anglio*, sí —concedió el hombre—. Más, ruégole que...

—De acuerdo, no se lo diremos a nadie. ¿No podríamos hablar en inglés? Su pronunciación es horrorosa, sabe. Me produce dolor de cabeza. Pelagia, trae un vaso de agua y unos boniatos.

El inglés sonrió con un más que patente alivio; había sido una lata estar hablando griego de la mejor escuela pública y que no le entendiera nadie. Le habían dicho que dadas las circunstancias él era lo más parecido a un verdadero grecófono que podían encontrar, pero él sabía muy bien que el griego moderno no era lo mismo que el griego de Eton, aunque ni por un momento se le había ocurrido que sus palabras iban a resultar tan ininteligibles. Además, estaba claro que alguien del servicio de inteligencia tenía una idea totalmente aberrante de cómo vestía la gente en Cefalonia.

—Tenemos a oficial italiano en una habitación durmiendo —dijo el doctor, cuyo inglés no era tan bueno como a él le gustaba pensar—, así que *please* hablamos en voz baja.

El inglés desató su piel de cabra y sacó un revólver. Pelagia se quedó paralizada de miedo. Si de ella dependía, nadie iba a matar a su Antonio. El inglés vio su cara de

consternación y dijo:

—Pura precaución. No quisiera provocar ninguna represalia, a menos que me vea obligado a ello.

—¿Espía? —preguntó el doctor—. ¿Servicio secreto?

El hombre asintió.

—Supersecreto —dijo—. ¿Tienen algo de ropa para prestarme? Se lo agradecería mucho.

El doctor señaló la *fustanella*:

—Esta ropa no de Cefalonia. —Indicó la fotografía enmarcada que había en la pared de un joven con pantalones hasta la rodilla, faja blanca en la cintura, gorra, también blanca y un chaleco con dos hileras de grandes botones plateados—. Ésa sí —explicó pero sólo en fiestas. Vestimos como ustedes. Yo le traigo ropa, usted me da la *fustanella*, ¿okey?

El doctor siempre había querido tener un conjunto de *fustanella* pero nunca se lo había podido comprar. Mientras buscaba algunas prendas corrientes dijo *Gracias Wiston Sursil*, alzando los ojos al cielo como si Churchill fuese la divinidad. Algún día los asombraría a todos en algún festejo. Sonrió anticipando su deleite. Los mangas de la *kapheneia* pensarían que había renunciado a ser un *alafranga* europeizado para convertirse en uno de aquellos *fustanellophoroi* tradicionalistas. Pensó dónde podría encontrar una de aquellas complicadas gaitas típicas, un *tsibouki*, para dar el toque final.

No fue fácil meter al espía en las prendas de un hombre más bajo, aunque hubo la pequeña consolación de que ambos tenían idéntica talla de sombrero. El embragado inglés partió rumbo a Argostolion al despuntar el día con las vueltas del pantalón a media pantorrilla sonrosada y la chaqueta inabrochable, llevando su equipo en un saco de arpillera, suministrado también por el doctor, quien no quiso dejarle marchar sin antes darle un buen consejo:

—Mire, ¿okey? El acento suyo terrible, terrible. Mejor no hablar, ¿entiende? Usted callado hasta que aprenda. Ah, y cuidado con los *andartes*. Ladrones, no soldados, ellos dicen son comunistas, pero son ladrones. No les interesa la guerra, ¿entiende? Italianos okey, alemanes no tanto, ¿comprendido?

Y así, el teniente *Bunny Warren*, trasladado temporalmente de la Guardia Real al Departamento de Operaciones Especiales, estableció su hogar, haciendo gala de una iniciativa sorprendente y de un descaro mayúsculo, en una casa grande donde se alojaban ya cuatro oficiales italianos. Los dejó a los cuatro boquiabiertos tratando de comunicarse con ellos en latín, y cada semana iba a pie hasta la choza desocupada donde había instalado su radio y su motor recargable. Desde allí informaba detalladamente a El Cairo sobre los movimientos de tropas y número de efectivos, sólo por si los aliados decidían invadir Grecia en lugar de Sicilia.

Era una vida muy solitaria, y exasperante que lo tomaran a uno por loco, pero esa locura era probablemente el mejor camuflaje. Con su ceñida armadura llena de

soberanos de oro recorrió Cefalonia a pie memorizándolo todo, y en un par de ocasiones subió al monte Aínos para presentar sus respetos a su primer anfitrión, quien no acababa de convencerse de que no fuera un ángel. A veces se reunía con el muy peripatético padre Arsenios y se hacía pasar por otro fanático de las profecías religiosas.

La radio no le falló nunca. Era una Brown B2. Tenía sólo dos lámparas Loctal y una antena que parecía realmente la cuerda de tender la ropa, funcionaba conectada a la red o mediante una pila de seis voltios y, con sus escasos quince kilos de peso, era un milagro de miniaturización.

47. EL DOCTOR IANNIS ACONSEJA A SU HIJA

El doctor Iannis cargó su pipa de aquella picadura letalmente acre que en los días de la ocupación pasaba por tabaco, la apisonó, procedió a encenderla y dio una calada insensatamente profunda. El irritante humo alcanzó de pleno el fondo de su garganta, y los ojos se le desorbitaron. Tartajeó, se agarró el cuello con una mano y tosió violentamente. Arrojó la pipa al suelo y murmuró «Heces, nada más que heces. ¿A qué extremos ha llegado el mundo que me veo obligado a fumar coprolito? Se acabó, no pienso fumar nunca más».

Últimamente la pipa le había dado más problemas que satisfacciones. De una parte era imposible conseguir escobillas para limpiarla, y como único recurso había tenido que escarbar en el huerto en busca de plumas. Había llegado incluso a sobornar a Lemoni para que las buscara en la playa, para lo cual había tenido que engatusar a Pelagia a fin de que hiciera aquellas pastas de miel que a la niña tanto le gustaban. Todo ello amenazaba convertirse en una infinita e incontrolable espiral de corrupción. Había hecho intentos de cortar el nudo gordiano renunciando a limpiar la pipa, pero eso había dado como resultado la inhalación de partículas indescriptiblemente repelentes, furiosamente amargas y apabullantemente viscosas de un taco de tabaco frío. Le hacía sentir tantas náuseas como a un perro la ingestión de guindillas remojadas en gasolina, y todo esto únicamente para fumar un tabaco que era el equivalente de una tonsilectomía de aficionado. Se sentía traicionado e irritable. Su pipa era una St. Claude comprada en Marsella, y se suponía que era una compañera de toda la vida. De acuerdo, tenía casi todo el borde quemado y el tubo estaba amarillento y mordisqueado, pero nunca le había atacado con tanta saña. La dejó en el suelo y volvió a sus escritos:

«Puesto que esta isla es una joya, desde los tiempos de Ulises ha sido juguete de los grandes, los poderosos, los plutócratas y los detestables. Los romanos, nada filosóficos e ineptos para cualquiera de las artes salvo las de administrar esclavos y realizar conquistas militares, saquearon la ciudad de Samos y masacraron a la población tras una heroica resistencia de cuatro meses. Así empezó la larga y lamentable historia de ir pasando de mano en mano como un regalo, mientras simultáneamente era atacada repetidas veces por corsarios de todos los rincones del malversado Mediterráneo. Se convirtió así en una isla objeto de perpetuos pillajes, una isla cuyo famoso músico Melampus ganó para Kythera el primer premio en los juegos Olímpicos de nada menos que 582 antes de Cristo. Desde los romanos no hemos tenido otro premio que la supervivencia».

El doctor hizo una pausa y cogió su pipa del suelo, olvidando que poco antes había renunciado a ella para siempre; no era tanto una historia como un lamento. O una diatriba. Una filípica, tal vez. De pronto tuvo la idea luminosa de que quizá no era tanto que le resultase imposible escribir una historia de la isla, cuanto que la Propia Historia Era Imposible. Satisfecho de las implicaciones de su teoría, se regaló

con una profunda calada a su pipa que una vez más le sometió a un desesperado paroxismo de dolorosos estornudos y toses.

Furioso, se puso en pie y consideró la posibilidad de partir la pipa en dos. Estaba a punto de hacerlo cuando fue derrotado por una sensación de pánico anticipado. El caso era que Dejar de Fumar era algo tan Increíble como la Historia. Era evidente que entre él y la pipa habría de existir cierto grado de adaptación. Hizo entrar a Pelagia, que había estado recogiendo con una cucharilla los posos del café de aquella mañana para utilizar de nuevo. El problema del café era tan calamitoso como la crisis del tabaco.

—Hija —dijo el doctor—, quiero que disuelvas un poquito de miel en un poco de *brandy* y que luego mezcles este tabaco dentro. Tal como está no hay quien lo fume. Es la cosa más desagradablemente estornutatoria que existe.

Pelagia le miró con sarcasmo y cogió la lata de tabaco. Iba a marcharse cuando su padre añadió:

—Espera, no te vayas, he de hablarte de una cosa.

El doctor estaba sorprendido de sí mismo. «¿Dé qué quiero hablarle?», se preguntó. Era como si hubiera hecho acopio de ciertas impresiones que requerían ser tratadas, pero que todavía no habían cuajado en ideas concretas.

Pelagia se sentó delante de él, apartó unos cabellos que le caían a la cara por la fuerza de la costumbre y preguntó:

—¿De qué se trata, papá?

Él la contempló allí sentada con las manos sobre el regazo, una expresión expectante en su mirada y en los labios una modosa sonrisa. Su apariencia de pulcra inocencia le recordó lo que quería decirle. Cualquiera persona, y especialmente una hija, capaz de un aspecto tan dulce y virginal estaba evidentemente metida en alguna travesura o alguna falta leve.

—No me ha pasado inadvertido, Pelagia, que estás enamorada del capitán.

Ella se ruborizó hasta las cejas, puso cara de pánico y empezó a balbucear:

—¿Del capitán? —repitió absurdamente.

—Sí, del capitán, nuestro involuntario aunque encantador huésped. Ese que toca la mandolina a la luz de la luna y te trae pasteles italianos que tú no siempre crees conveniente compartir con tu padre, siendo éste la única persona a la que supones a la vez ciega e imbécil.

—¡*Papakis!* —protestó ella, incapaz sin embargo de añadir ninguna cosa articulada a su interjección.

—Hasta el cuello y las orejas se te han puesto colorados —observó el doctor, gozando con el desconcierto de su hija y echando deliberadamente más leña al fuego.

—Pero papá...

El doctor hizo un extravagante ademán con su pipa:

—Realmente no se trata de discutir o negar este particular, porque está muy claro. El diagnóstico ha sido confirmado. Hablemos mejor de lo que ello implica. Por

cierto, a mí me parece evidente que él también se ha enamorado de ti.

—No ha dicho semejante cosa, *papakis*. ¿Por qué tratas de acosarme? Estoy empezando a enfadarme. ¿Cómo puedes decir eso?

—Así me gusta —dijo él con satisfacción—. Ésta es mi hija.

—Te voy a dar un bofetón, de veras.

Él se inclinó hacia adelante y le tomó una mano. Ella apartó la vista y se ruborizó todavía más. Era típico de él sacarla de quicio y después sosegarla con un gesto amable. No había quien manejara a aquel padre, a ratos un fárrago de órdenes perentorias, a ratos tímido y adulador, y al momento altanero y aristocráticamente distante.

—Soy médico, pero también soy un hombre que ha vivido mucho y que ha sabido observar —dijo el doctor—. El amor es una especie de demencia que presenta síntomas clínicos muy precisos y recurrentes. Os ruborizáis cuando el otro está presente, merodeáis por sitios donde se supone va a pasar el otro, parecéis los dos un poco premiosos, os reís los dos sin venir a cuento, tú te has vuelto tan infantil que da asco y él tan galante que da pena. Tú también te has vuelto un poco tonta. Te regaló una rosa el otro día, y tú la guardaste en mi libro de sintomatología. De no estar enamorada y conservar un poco más de juicio, la habrías guardado en otro libro que yo no usara a diario. Me parece muy adecuado que la rosa esté en el capítulo que trata de la erotomanía.

Pelagia intuyó el inminente colapso de un millar de sueños maravillosos. Se acordó del consejo que le había confiado su tía: «Para tener éxito, una mujer está obligada a llorar, a dar la lata o a enfurruñarse. Debe estar dispuesta a hacerlo durante años y años, porque la mujer es propiedad desechable de los hombres de la familia, y los hombres, como las piedras, tardan mucho en desgastarse». Pelagia probó a llorar, pero se lo impidió una creciente sensación física de pánico. De pronto se levantó y, con la misma brusquedad, se volvió a sentar. Barruntaba que un abismo se abría a sus pies y que un ejército de turcos, en la persona de su padre, estaba a punto de empujarla al abismo. La cruel disección que él había hecho de su alma parecía haber eliminado de su imaginación toda la magia.

Pero el doctor le apretó la mano, arrepentido ya de su rudeza e inclinado a la compasión por el mero e innegable hecho de que hacía un día precioso, otro más. Se retorció con el índice la punta del bigote y observó despreocupadamente los intentos de su hija por producir una lágrima. Luego inició un largo monólogo:

—Es un hecho comprobado que el honor de una familia deriva de la conducta de sus mujeres. No sé por qué es así, y es posible que en otra parte las cosas sean distintas. Pero vivimos aquí, y yo menciono el hecho científicamente del mismo modo que observo que el monte Aínos está nevado en invierno y que no tenemos ríos.

»No es que no me caiga bien el capitán. Está un poco loco, eso sí, lo cual se explica por el hecho de que sea italiano, pero no está loco hasta extremos risibles. En

realidad me cae muy bien, y el que toque la mandolina como los propios ángeles dice mucho de él tratándose de un extranjero».

Llegado a este punto el doctor reflexionó sobre si sería constructivo revelar sus sospechas de que el capitán tenía hemorroides; el descubrimiento de imperfecciones físicas era a menudo un poderoso antídoto del amor. Por respeto a Pelagia, optó por callárselo. Al fin y al cabo, no estaba bien ensuciar de mierda la cama de Afrodita. Continuó:

—Pero debes recordar que estás prometida a Mandras. Porque te acuerdas, ¿no? Técnicamente el capitán es un enemigo. ¿Te imaginas la tortura que eso te reportaría cuando los demás consideraran que habías renunciado al amor de un patriota griego por el de un invasor, un opresor? Te llamarán colaboracionista, puta del fascio y muchas cosas más. La gente te arrojará piedras, te escupirá al pasar, eso lo sabes, ¿verdad? Tendrías que marcharte a Italia si quisieras estar con él, porque aquí no estarías a salvo. ¿Estás dispuesta a abandonar esta isla, esta gente? ¿Qué sabes de la vida en otros lugares? ¿Crees que los italianos saben preparar pastel de carne y que tienen iglesias consagradas a san Gerasimo? Pues no.

»Y otra cosa. El amor es una locura pasajera, hace erupción como un volcán y luego se serena. Y cuando esto pasa uno ha de tomar una decisión. Tienes que averiguar si vuestras raíces están tan fuertemente entretejidas que resulta inconcebible separarse el uno del otro. Porque el amor es eso. Amor no es quedarse sin aliento, amor no es excitación, ni formular promesas de pasión eterna, ni el deseo de aparearse a cada momento del día, ni pasar la noche en vela imaginando que él besa hasta el último rincón de tu cuerpo. No, no te sonrojes, estoy diciendo verdades. Eso sólo es enamoramiento, cosa que puede pasarle a cualquier idiota. El amor propiamente dicho es lo que queda cuando el enamoramiento se extingue, lo cual es un arte y también un afortunado accidente. Tu madre y yo lo tuvimos, nuestras raíces crecían las unas hacia las otras bajo tierra, y cuando todos los bonitos pétalos hubieron caído de nuestras ramas descubrimos que éramos un único árbol, no dos. Pero a veces caen los pétalos y las raíces no se han entrelazado. Figúrate que abandonas tu hogar y tu gente para descubrir seis meses, un año, tres años después que los árboles no han echado raíces y se han marchitado. ¿Te imaginas que desolación, qué horrible presidio?

»Debo decirte que casarse con el capitán es imposible mientras nuestro país no sea liberado. Sólo se puede perdonar al pecador cuando éste ha dejado de cometer el pecado, porque no podemos permitirnos el condonarlo en tanto éste siga siendo perpetrado. Admito esta posibilidad, es más, me haría feliz. Es posible que ya no quieras a Mandras. Es posible que haya una balanza que equilibrar, el amor en un plato y la deshonra en el otro. Nadie conoce el paradero de Mandras. Puede que ya no esté entre los vivos.

»Pero esto significa que tu amor quedará indefinidamente postergado. Pelagia, sabes tan bien como yo que el amor postergado aumenta la lujuria. No, no me mires

así. No soy un ignorante ni un estúpido, y tampoco he nacido ayer. Además, soy médico y no trato con imposibles mandatos morales sino con hechos demostrables. Nadie podrá decirme que sólo por ser joven, apuesto, educado y sensible, no se está también enardecido. ¿Crees que ignoro que a las chicas puede corroerles el deseo? Estoy incluso resignado a la posibilidad de que mi hija del alma pueda estar en ese estado. No agaches la cabeza, no tienes de qué avergonzarte. Soy médico, no cura, mi postura es antropológica; además, cuando yo era joven... bueno, dejémoslo. Basta con decirte que no estoy dispuesto a ser un hipócrita ni a fingir una súbita y benigna amnesia.

»Pero esto complica aún más las cosas, ¿no es así? Cuando estamos locos perdemos el dominio. Es por eso que nuestros antepasados optaron por dominar la locura natural de los jóvenes embadurnándola de vergüenza. Es por eso que en algunos lugares siguen enseñando la sábana manchada tras la noche nupcial. Vi una en Asso la semana pasada cuando me avisaron de aquel brazo roto, ¿te acuerdas? Si no nos hicieran avergonzarnos de algo tan bello no haríamos otra cosa que eso. No trabajaríamos, estaríamos inundados de críos, y no existiría la civilización. En pocas palabras, aún estaríamos viviendo en cuevas, copulando sin parar e indiscriminadamente. Si no hubiéramos reservado para ello un tiempo y un lugar, prohibiéndolo en otros momentos y lugares, viviríamos como los perros y la vida no sería hermosa ni habría paz.

»Pelagia, no estoy diciendo que te avergüences. Soy médico, no un poeta de la civilización que desea que la gente deje de gozar para que puedan edificarse ciudades. ¡Pero imagina que te quedas embarazada! Deja de fingir que te sorprendes, ¿quién sabe de lo que uno es capaz en un momento de pasión? Son cosas que pasan, consecuencias naturales de cosas naturales. ¿Qué crees tú que ocurriría? Pelagia, yo no te ayudaría a abortar, aunque sé cómo hacerlo. Para decirlo claramente, yo no sería cómplice del asesinato de un inocente. ¿Qué harías? ¿Acudir a una de esas parteras que matan a la mitad de sus clientes y dejan a las demás estériles de por vida? ¿Tendrías el niño y soportarías estoicamente que ningún hombre quisiera casarse contigo? Muchas mujeres así acaban como prostitutas, porque de pronto descubren que no tienen nada que perder y ningún otro modo de que su cuerpo y su alma vayan a la par. Pero yo, Pelagia, no te abandonaré mientras vivas, ni siquiera en esas circunstancias. Ahora bien, imagínate que muero. No hagas muecas, a todos nos reclama la naturaleza, es inevitable. ¿Y si el capitán no puede casarse contigo porque se lo prohíbe el ejército? Entonces ¿qué?

»Y has de saber que existen espantosas enfermedades ligadas a actos irreflexivos relacionados con lo que estamos hablando. ¿Estás completamente segura de que nuestro capitán no ha estado yendo a un burdel? Los jóvenes son infinitamente pervertibles en cuanto a esto, por muy honestos que puedan ser en lo demás, y el ejército se los ha puesto fácil al proporcionarles un burdel. ¿Sabes lo que pasa con la sífilis? El cuerpo se desintegra, el cerebro enloquece. Produce ceguera. Los hijos de

sifilíticos nacen sordos y cretinos. ¿Y si el capitán va de putas y cierra los ojos y se imagina que eres tú a quien tiene entre sus brazos? Es algo que podría pasar, aunque me duela decirlo, teniendo en cuenta cómo son los hombres a esa edad.

Pelagia lloró lágrimas de verdad. Jamás se había sentido tan aplastada y humillada. Su padre había reducido todos sus sueños color de rosa a la sordidez médica y el sentido común. Le miró entre las lágrimas y vio que él la contemplaba con compasión.

—Estás metida en un lío —observó—, nos has metido a los dos en un lío.

—A ti todo te parece sucio —le reprochó ella con amargura—. No tienes ni idea de cómo son las cosas.

—Con tu madre pasé por todo esto —replicó él—. Ella estaba prometida a otro. Sé cómo son las cosas. Por eso te hablo así, y por eso no voy de un lado a otro gritándote y prohibiéndolo todo, como haría cualquier padre.

—Entonces ¿no lo prohíbes todo? —preguntó ella esperanzada.

—Pues no, Pelagia. Lo que digo es que debes tener mucho cuidado con lo que haces y obrar honradamente por respeto a Mandras. Eso es todo. Has de ver el lado bueno de las cosas. Cuanto más conozcas al capitán, más capaz serás de decidir si quieres que tus raíces y las tuyas crezcan juntas bajo tierra. No asientas a todo. Niégate a ti misma. Porque así tus ojos no estarán empañados por una locura que no puedes controlar, y así aprenderás a verle como realmente es. ¿Me comprendes?

—*Papakis* —musitó ella—, el capitán nunca ha intentado comprometerme.

—Es una buena persona. Sabe que está en una situación difícil. Reza para la liberación de la isla, Pelagia, porque así todo será posible.

Pelagia se puso en pie y cogió la lata de tabaco.

—¿Miel y *brandy*? —preguntó.

Su padre asintió con la cabeza y dijo:

—No te hundas por lo que te he dicho. Yo también fui joven una vez.

—Entonces, no todo era diferente en tus tiempos —dijo ella con aspereza al salir de la habitación.

Su padre sonrió satisfecho y dio una calada a su pipa. Para él, una reacción vivaz indicaba una hija sin merma. Probablemente era más fácil ser padre que historiador. Volvió a su pliego de papeles y escribió. «La isla pasó a manos del imperio bizantino, que tenía el mérito de ser griego y el demérito de ser bizantino».

48. LA SCALA

—Es verdad, Antonio, algunos de tus hombres han organizado un timo, y en mi opinión y en la de mis compañeros oficiales, eso habla muy poco a favor de vosotros. No de ti personalmente, sino del ejército italiano. Es tan escandaloso como el asunto del panfleto sobre el Duce que está leyendo todo el mundo. Forma parte de la misma enfermedad.

Corelli se volvió hacia Carlo y preguntó:

—¿Es cierto lo que dice Günter?

—A mí no me pregunte. Dígaselo a un griego.

—*Iatre* —llamó Corelli—, ¿es cierto eso?

El doctor salió de la cocina, donde estaba afilando unos escalpelos viejos en una piedra de amolar, y preguntó a su vez:

—Si es cierto qué.

—Que algunos de nuestros soldados están comprando cosas a los que pasan hambre con tarjetas de racionamiento, y que luego vienen otros y les confiscan las cartillas por haberlas adquirido ilegalmente.

—No es que sean *otros* —explicó el doctor—, es simplemente la otra mitad de la misma banda. Un círculo perfecto. A Stamatis lo estafaron así la semana pasada. Perdió un valioso reloj de pared y dos candelabros de plata, y al final se quedó sin cartilla de racionamiento y con la barriga tan vacía como antes. Muy ingenioso. —Se dio la vuelta para marchar pero se detuvo—. Ah, otra cosa, sus soldados roban verduras de los terrenos. Como si no estuviéramos todos muertos de hambre.

—Los alemanes no hacemos estas cosas —dijo relamidamente Günter Weber, disfrutando de un poco de *schadenfreude* a expensas de Corelli.

—Los alemanes no sabéis cantar —le espetó Corelli sin venir al caso—; además, voy a investigar todo esto y ponerle fin. Ha ido demasiado lejos.

Weber sonrió.

—Te has hecho famoso por defender los derechos del pueblo griego. A veces me pregunto si sabes por qué estás aquí.

—No para ser un hijoputa —dijo Corelli—, y para serte franco, no me gusta estar aquí. Procuero tomármelo como unas vacaciones. Yo no disfruto de tus ventajas, Günter.

—¿Qué ventajas?

—Sí, hombre. Por ejemplo, la ventaja de creer que las otras razas son inferiores a la mía. No me siento calificado, eso es todo.

—Es pura cuestión de ciencia —dijo Weber—. Los hechos científicos no se pueden alterar.

—¿Ciencia, dices? —Corelli ensombreció el rostro—. Los marxistas se tienen por científicos y creen exactamente lo contrario. Me trae sin cuidado la ciencia. Eso es lo de menos. Lo único que no se puede alterar son los principios éticos.

—Yo discrepo —dijo afablemente Weber—. Para mí es obvio que la ética cambia con la época, igual que la ciencia. La ética ha cambiado en función de las teorías de Darwin.

—Tiene razón, Günter —intervino Carlo—, pero eso no significa que nos guste. A mí no me gusta, y a Antonio tampoco. Además, la ciencia trata hechos y la moralidad valores. Son dos cosas distintas y cada una va por su lado. No se pueden encontrar valores en el portaobjetos de un microscopio. Podría ser que los judíos fueran malos o inferiores, por ejemplo, pero ¿cómo podría saberlo? ¿De dónde deduzco yo que debo tratarlos injustamente? Ese razonamiento no hay quien lo entienda.

—¿Te acuerdas —dijo Weber, retrepándose en su silla— que me apuntaste con una pistola cuando iba a aporrear a esa marta para conseguir su piel? No la maté. En cualquier caso, no sabía que fuera un animal doméstico. No podía discutir con una pistola. Ésa es la nueva ética. La fuerza no requiere excusas y no tiene por qué dar razones. Lo he dicho antes, es puro darwinismo.

—En última instancia —dijo Corelli—, será la historia la que dará las razones. Se trata también de estar en paz con uno mismo. ¿Recuerdas cuando ese cabo de artillería quiso violar a la chica que había curado gracias a un supuesto milagro? Mina, se llamaba. ¿Sabes por qué hice lo que hice?

—¿Cuando le ordenaste ponerse firmes a pleno sol sin otra cosa que el casco y la mochila?

—Una mochila llena de piedras, sí. Lo hice porque imaginé que la chica era hermana mía. Lo hice porque aquel tipo se quedó achicharrado y eso me hizo sentir mucho mejor. Mi moralidad es ésa. Me fuerzo a pensar que es algo personal.

—Eres un buen hombre —dijo Günter—, lo reconozco.

—Por cierto, si impedí que pegaras a *Psipsina* con la porra fue para salvarte la vida —dijo Corelli—. De no habértelo impedido, Pelagia te habría matado.

—Aaaagh —farfulló Weber, fingiendo que se estrangulaba—. ¿Dónde está Pelagia? Creí que le gustaban nuestros cánticos.

—Y así es, pero para ella es incómodo ser la única chica en una pandilla de chicos. Espero que nos esté oyendo desde la cocina.

—Pues no, te equivocas —dijo ella en voz alta.

—Ah —dijo Weber—, estás ahí. Dice Antonio que deberíamos traer a unas cuantas chicas de Casa Rosetta, así estaríamos empatados. ¿Tú qué opinas?

—Que mi padre echaría a toda *La Scala* y que tendríais que cantar otra vez en las letrinas.

—Nosotros podríamos traer dos carros blindados —dijo Weber, y al advertir que su comentario no suscitaba sonrisas por parte de nadie, agregó—: Era sólo una broma.

—Pues nuestros tanques no podrían ni subir esa loma —dijo uno de los barítonos—, tendríamos que pedirlos prestado uno a vosotros.

—Mentiras y calumnias —replicó un tenor—. Si les quitas el blindaje van muy bien. Venga, cantemos alguna cosa.

—*La Giovinezza* —propuso Weber con entusiasmo, generando protestas generalizadas—. Bueno, está bien, traeré mi gramófono y cantaremos con Marlene.

—Eso, y después podemos cantar canciones de amor —dijo Corelli—, porque hoy hace una noche hermosa, todo está en paz, y deberíamos ponernos un poco románticos.

Weber fue a su *jeep* y volvió ufano con su gramófono alemán. Dejó el aparato sobre la mesa y lo hizo funcionar. Se oyó algo como un rumor de oleaje distante y a continuación los primeros compases marciales de *Lili Marlene*. La Dietrich empezó a cantar con su voz lánguidamente melancólica, mundana, llena de la tristeza del conocimiento y el anhelo de amor.

—Oh —exclamó Weber—, Marlene es la encarnación del sexo. Me derrito sólo de oírla.

Varios muchachos se sumaron al disco, y Corelli empezó a buscar la melodía con su mandolina.

—Esta música le gusta a *Antonia* —dijo—. Preparaos, que *Antonia* va a cantar.

Empezó a introducir notas de adorno y luego rápidos pasajes arpegiados completando las escalas entre dos notas. En la última estrofa se lanzó a un trémolo que planeó contrapuntísticamente sobre la melodía, la embelleció por medio de astutos *glisandos*, pausas y *ritardandos*, ascendió hasta el registro más agudo y más delgado del instrumento para luego regresar deliciosamente al sonoro registro medio de la tercera y segunda cuerdas. En el pueblo la gente dejó lo que estaba haciendo y se dedicó a escuchar a Corelli inundar la noche de música. Terminada ésta, todos suspiraron, y Kokolios le dijo a su mujer:

—El tío está loco y además es un *macarroni*, pero tiene ruiñesores en los dedos.

—Prefiero eso que oír tus ronquidos y tus pedos toda la noche —repuso ella.

—Un pedo proletario es siempre mejor música que una canción burguesa —replicó él, a lo que ella contestó:

—Qué más quisieras tú.

Pelagia salió de la cocina. Su esbelta silueta quedó fantasmalmente dibujada al contraluz de la vela de la cocina.

—Por favor, tócalo otra vez —le pidió—, es muy hermoso.

Salió de la casa y acarició la pulida madera del gramófono. Aquella máquina era una maravilla más del mundo moderno, como la motocicleta de Corelli. Era una cosa exquisita en medio de la muerte y la separación, las privaciones y el miedo.

—¿Te gusta? —preguntó Weber, y ella asintió con más anhelo que esperanza—. De acuerdo —prosiguió él—, cuando vuelva a Alemania después de la guerra, te lo regalaré. Puedes quedártelo. Me complacería mucho, y así te acordarás siempre de Günter. Yo puedo conseguir otro en Viena. Acéptalo como una disculpa por lo de *Psipsina*.

Pelagia se emocionó. Miró al sonriente joven de flamante uniforme, pelo rubio y corto y ojos castaños, y sintió placer y gratitud.

—Eres un sol —le dijo, y le besó con naturalidad en la mejilla.

Los chicos de *La Scala* lanzaron vítores y Weber se ruborizó, cubriéndose los ojos con la mano.

49. EL DOCTOR ACONSEJA AL CAPITÁN

El doctor y el capitán estaban sentados a la mesa de la cocina, Corelli cambiando una cuerda rota de su mandolina mientras se lamentaba de que fuera imposible conseguir cuerdas nuevas.

—¿Y si prueba con hilo de sutura? —preguntó el doctor, inclinándose para inspeccionar la difunta cuerda con las gafas puestas—. Creo que tengo del mismo grosor.

—Tiene que ser idéntica —replicó Corelli—. Si es demasiado gruesa, entonces hay que tensar la cuerda más de lo que admite el instrumento, y éste acaba doblándose por la mitad. Si es demasiado fina, queda muy floja para sonar como Dios manda y entonces trastea.

El doctor suspiró.

—¿Está pensando en casarse con Pelagia? —preguntó repentinamente—. Creo que tengo derecho a saberlo, ya que soy su padre.

Al capitán le sorprendió la franqueza de aquella pregunta y no supo contestar. Las cosas habían podido seguir adelante únicamente sobre la base de que nadie sacara el asunto a colación; las cosas no podían funcionar más que en el entendido de que era un secreto que conocía todo el mundo. Miró consternado al doctor, boqueando sin articular palabra como el pez desprevenido al que una ola acaba de arrojar a un banco de arena.

—Aquí no podéis vivir —dijo el doctor. Señaló la mandolina—. Si quiere ser músico éste es el sitio menos indicado. Tendría que irse a su país o a Norteamérica. Y no creo que Pelagia pudiese vivir en Italia. Ella es griega. Se moriría como una flor privada de luz.

—Ah —dijo el capitán, pues no se le ocurrió ninguna observación inteligente.

—Es verdad —dijo el doctor—. Sé que no ha pensado en ello. Los italianos obran siempre sin prever las cosas, ésa es la gloria y la ruina de su civilización. Un alemán calcula con un mes de antelación cómo se le van a mover las tripas por Semana Santa, y los británicos lo planean todo *a posteriori*, así siempre parece que todo ha ocurrido como ellos preveían. Los franceses hacen planes como si estuvieran en una fiesta, y los españoles... bueno, a saber. En fin, que Pelagia es griega, a eso iba. ¿Funcionará la cosa, incluso pasando por alto la evidente falta de sentido práctico de la empresa?

El capitán desenrolló el resto de cuerda del clavijero y contestó:

—Con todos los respetos, yo no lo veo así. Se trata de una cosa más bien personal. Le seré franco, *dottore*. Pelagia me ha dicho que usted y yo nos parecemos mucho. Yo estoy obsesionado con la música, usted con la medicina. Los dos somos hombres que se han buscado un objetivo, y a ninguno de los dos nos importa demasiado lo que puedan pensar los demás. Ella ha llegado a quererme sólo porque primero aprendió a querer a un hombre que es igual a mí. Y ese hombre es usted. De

modo que el ser griego o italiano es puramente accesorio.

El doctor se sintió tan conmovido por aquella hipótesis que sintió aflorar un nudo a la garganta. Se dominó y dijo:

—Usted no nos comprende.

—Claro que los comprendo.

El doctor se sulfuró un poco. Su vehemencia, por tanto, aumentó:

—Ni hablar. ¿Se cree que va a conseguir una chica guapa y sumisa y que su vida será como un jardín de rosas? ¿Ya no recuerda que me preguntó por qué los griegos sonríen cuando están enfadados? Pues déjeme decirle una cosa, joven. Cada griego, sea hombre, mujer o niño, lleva dos griegos en su interior. Tenemos hasta una terminología especial para cada uno. Forman parte de nosotros, del mismo modo que todos nosotros escribimos poemas y que todos estamos convencidos de saber todo lo que hay que saber. Somos hospitalarios con los desconocidos, somos unos nostálgicos, nuestras madres tratan siempre a sus hijos mayores como si fueran chiquillos, nuestros hijos llevan a sus madres en bandeja y pegan a sus esposas, detestamos la soledad, tratamos siempre de averiguar si tenemos algún parentesco con los desconocidos, empleamos con frecuencia todas las palabras largas que conocemos, salimos a dar un paseo al caer la tarde para husmear lo que hace el vecino, todos pensamos que estamos a la altura del mejor. ¿Me comprende?

El capitán estaba perplejo:

—Esos de los dos griegos no me lo había explicado.

—¿No? Bien. —El doctor se puso en pie y empezó a andar por la cocina, haciendo elocuentes ademanes con la mano derecha mientras sostenía en la izquierda su pipa—. Mire, he viajado por todo el mundo. He estado en Santiago de Chile, Shanghai, Estocolmo, Addis Abeba, Sydney... Y todo ese tiempo estuve aprendiendo a ser médico, y puedo decirle que nadie es más como en realidad es que cuando está enfermo o herido. Es entonces cuando se ven las cualidades de cada uno. Y casi siempre he estado en barcos cuya tripulación era mayoritariamente griega. ¿Se da cuenta? Somos una raza de exiliados y marinos. Sé más de la idiosincrasia griega que la mayoría de la gente.

»Le hablaré primero de los helenos. El heleno posee un rasgo distintivo al que llamamos *sophrosune*. Este griego evita los excesos, conoce sus límites, reprime la violencia interior, busca la armonía y cultiva el sentido de la proporción. Cree en la razón, es heredero espiritual de Platón y Pitágoras. Este tipo de griego es desconfiado respecto a su propia naturaleza impulsiva y le encanta cambiar por cambiar, y se impone disciplina para evitar la pérdida espontánea del control. Ama la cultura por sí misma, no toma en cuenta el poder ni el dinero cuando valora a otra persona, acata escrupulosamente la ley, se figura que Atenas es el único lugar importante del planeta, detesta los compromisos deshonorosos y se considera la quintaesencia del europeo. Esto es por la sangre de nuestros ancestros que aún fluye en nosotros.

Hizo una pausa, exhaló unas bocanadas de humo de pipa y continuó:

—Pero además del heleno hemos de convivir con el *romoi*. Déjeme que le explique, capitán, que esta palabra significa originariamente *romano*, y éstas son las cualidades que aprendimos de sus antepasados, que en cientos de años de dominio no consiguieron el menor avance tecnológico y esclavizaron a naciones enteras sin la menor consideración hacia la ética. Los *romoi* son gente muy parecida a sus fascistas, así que con ellos se sentirá como en familia, aunque intuyo que usted personalmente no comparte sus vicios. Los *romoi* son improvisadores, persiguen el poder y el dinero, no actúan racionalmente sino por instinto e intuición, con lo cual meten siempre la pata. No pagan impuestos y sólo acatan la ley cuando no queda más remedio, consideran la cultura como un medio para progresar, comprometerán siempre un ideal por culpa del egoísmo, y les gusta emborracharse, bailar y cantar y partirse mutuamente la cabeza a botellazos. Su brutalidad y su maldad son tales que para que se haga una idea le diré que salen perdiendo bastante comparadas con sus asesinatos de nativos en Etiopía o sus bombardeos de hospitales de campaña de la Cruz Roja. El único punto de contacto entre las dos caras de un griego es el que lleva la etiqueta *patriotismo*. El *romoi* y el heleno morirán alegremente por Grecia, pero mientras el heleno luchará humanamente y con sensatez, el *romoi* utilizará todos los subterfugios a su alcance y sacrificará inútilmente las vidas de sus propios hombres, igual que hace su Mussolini. De hecho calculan su gloria por el número de los que han enviado a la muerte, y una victoria sin sangre les parece decepcionante.

El capitán se mostró escéptico:

—¿Qué me está diciendo, entonces? ¿Qué Pelagia tiene una faceta que desconozco y que me chocaría si la conociera?

El doctor Iannis se inclinó hacia adelante y atravesó el aire con un dedo:

—Exactamente. Y otra cosa: yo también tengo esa faceta. Usted no la ha visto nunca, pero la tengo.

—Con todos los respetos, *dottore*, no me lo creo.

—Me alegro, capitán. Pero en mis mejores momentos yo conozco la verdad.

Se produjo un silencio, y el doctor se sentó a la mesa para encender de nuevo su poco cooperadora pipa, con aquella mezcla repelente de fáfara, pétalos de rosa y otras hierbas que ni siquiera se aproximaba a lo que se conoce por tabaco. Tosió convulsivamente.

—Yo la quiero —dijo Corelli al fin, como si ésa fuera la respuesta al dilema, y tal era en su opinión. De pronto le asaltó una duda—: ¿No será que se resiste a perder a su hija? ¿Está intentando desanimarme?

—Es sólo que tendríais que vivir aquí. Si ella fuera a Italia se moriría de morriña. Conozco a mi hija. Es posible que le tocara elegir entre amarla y ser músico.

El doctor salió de la habitación, más por un efecto teatral que por otra cosa, y luego volvió a entrar.

—Una cosa más. Esta es una tierra muy antigua y no hemos tenido más que masacres en los últimos dos mil años. Sacrificios, guerras, asesinatos. Tenemos tantos

sitios llenos de fantasmas rencorosos que cualquiera que se acerque o viva en ellos acaba loco o se vuelve un desalmado. Yo no creo en Dios, capitán, y no soy supersticioso, pero sí creo en los fantasmas. En esta isla ha habido masacres en Samos, en Fiskardo y qué sé yo dónde más. No serán las últimas. Es sólo cuestión de tiempo. Así que no haga planes.

50. TIEMPO DE HIATO

Los aliados invadieron Sicilia por motivos estratégicos, y con ello traicionaron a su más antiguo y valiente aliado, Grecia. Dejaron a los comunistas un año para preparar un golpe y otro año para la guerra civil. El ELAS destruyó al EKKA y arrinconó al EDES lejos de los centros de poder, de forma que su líder, Zervas, acabó sintiéndose traicionado por los ingleses para el resto de su vida. Los aliados buscaban en Italia una yugular, y habían dejado de lado al pequeño país que había dado a Europa su cultura, ímpetu y corazón. Los airados griegos conocieron por la BBC los detalles de la destrucción del fascismo en Italia, y exigieron saber por qué los habían dejado de lado. Los oficiales de enlace británicos, a medio camino entre la impotencia y la frustración, se retorcían las manos y veían cómo el país se venía abajo. Los comunistas del ejército griego en Siria fomentaron un motín que aplazó aún más la victoria en Italia, y fue en ese momento cuando se inició la guerra fría y el telón de acero empezó a descender. En Occidente empezó a erosionarse la admiración y el respeto hacia el heroísmo soviético, y quedó muy claro que un tipo de fascismo iba a ser sustituido por otro. Al principio, británicos y americanos no podían creer que los comunistas estuvieran cometiendo en Grecia atrocidades sin cuento; los periodistas lo achacaban a la propaganda derechista, mientras que los griegos incrédulos lo achacaban a los renegados búlgaros.

Pero en ciertos mares al menos —que no en Jonia— fue otra vez tiempo para milagros y rarezas. Con la operación *Arca de Noé* los británicos hostilizaron con Beaufighters y embarcaciones a las fuerzas del Eje en retirada, transformando el *círculo de hierro* en una jaula del mismo material. En Lesbos los comunistas tomaron el poder e instauraron una república independiente. En Quios fue descubierta una casa de la Gestapo donde habían obligado a personas a pasar la noche en una celda en compañía de esqueletos. El comandante alemán había sido acribillado a tiros mientras hacía el amor con su querida. En Inousia los británicos descubrieron una isla en la que no había habitante que no hablase correctamente el inglés y donde todo el mundo se llamaba Lemnos o Pateras. Los bombardeos mataron a los comandantes en Nisiro, Simi y Piscopi, y Patrick Leigh-Fermor y Billy Moss secuestraron al comandante alemán en Creta. Dos terceras partes de la guarnición de Tera perecieron en los bombardeos por la pérdida de sólo dos hombres. En Creta, una vez más, destruyeron doscientos mil galones de carburante. En Mikonos y Amorgos cinco hombres consiguieron destrozarse las emisoras de radio y tomar siete prisioneros. En Quios un puñado de infantes de marina destruyó dos destructores pese a que los *andartes* locales no se presentaron como habían prometido, porque ya no les *interesaba*. Detestaban sumarse a acciones planeadas por otros y se negaban a participar si a otro *andarte* se le había ocurrido la misma idea. En Samos un millar de italianos se rindió a Maurice Cardiff y sus veintitrés hombres, tras lo cual se sentaron a desayunar; Cardiff descubrió que por alguna razón misteriosa todos los médicos locales hablaban

francés. En Naxos el comandante alemán se rindió por equivocación; había hecho alinear a sus hombres para saludar a una embarcación donde creyó ver ondear el pabellón rojo de la esvástica, pero que en realidad llevaba la enseña roja de los mercantes británicos. Tan grande fue su desconsuelo, tan amargas sus lágrimas, que la tripulación hubo de animarlo enseñándole a jugar al parchís. En aquella época una libra esterlina valía dos mil millones de dracmas, y un cigarrillo costaba siete millones y medio. La población de Lesbos tuvo la iniciativa de ofrecer un cambio muy ventajoso, y allá fue a parar todo el dinero de la región, monedas y billetes, al parecer espontáneamente, dejando sin dinero al resto del país. En Siros fue visto un grupo de alemanes escapando sin ponerse los pantalones. Los comunistas adoptaron la costumbre de exigir el veinticinco por ciento de todo en concepto de impuesto, y en muchos sitios la gente se daba de baja del partido. Más adelante en Creta, y también en Samos, se volverían contra los comunistas y los derrotarían. Se cuenta que los cretenses solicitaron ser dominio británico, pero que éstos rehusaron comprometerse porque ya tenían demasiados problemas intentando gobernar Chipre. En total, y con sólo diecinueve víctimas mortales, cuatrocientos hombres de las fuerzas especiales sojuzgaron a cuarenta mil soldados del Eje, tras haber visitado setenta islas distintas trescientas ochenta y una veces. El sentido germánico de las cosas bien hechas quedó tan desbaratado por aquellas plagas aleatorias de cuellos rebanados y explosiones inexplicables que los alemanes perdieron los papeles, y los italianos, que de entrada ya no le veían sentido a pelear, se rindieron cortésmente y con placer.

En Cefalonia los italianos escuchaban la radio y seguían la trayectoria del avance aliado de sur a norte de su país, mientras en la guarnición alemana imperaba el asco. Corelli y los demás oficiales notaron que el ambiente se había enfriado mucho, y las visitas fraternales entre la base italiana y la base alemana disminuyeron. Cuando Weber iba a las reuniones de *La Scala* se le veía muy callado, distante, y su mirada era interpretada como de reproche.

Un día, en mitad de aquellos episodios, Pelagia encontró a Corelli acariciando con aire ausente a *Psipsina* en la tapia, y cuando él se volvió a mirarla, su expresión fue de preocupación.

—¿Qué pasará —le preguntó a ella— si tenemos que rendirnos antes que lo hagan los alemanes?

—Que nos casamos.

Él meneó la cabeza y dijo tristemente:

—Los británicos no piensan venir. Marchan directamente a Roma. Nadie puede salvarnos a menos que lo hagamos nosotros mismos. Los chicos piensan que habría que desarmar a los alemanes ahora que su guarnición es pequeña. Hemos enviado delegaciones a Gandin, pero él no hace nada. Dice que confiemos en ellos.

—¿Tú confías en ellos?

—No soy un imbécil. Y Gandin es de los que ha subido en el escalafón por

obedecer órdenes. No sabe cómo darlas. Es otro de esos asnos de generales sin cerebro ni cojones.

—Entra —dijo Pelagia—, mi padre no está y podremos hacernos unas carantoñas. Estos días tiene un montón de casos de tuberculosis.

—Las carantoñas me pondrían triste, *koritsimou*. Mi mente está como un espacio en blanco donde sólo cabe la preocupación.

Pasaron el padre Arsenios y *Bunny Warren*, ambos maltrechos, magullados y polvorientos.

—Antonio, he de ir a preguntarles una cosa —dijo Pelagia—. Vuelvo enseguida.

Arsenios se detuvo junto al pozo y agitó su báculo. Su abyecto perrito se tumbó sobre la parte sombreada de las piedras y empezó a lamerse. Tenía sangre en la planta de las patas.

—¡Cómo se ha empañado el oro! ¡Cómo ha cambiado el oro más puro! La lengua del niño lactante se adhiere de sed al velo de su paladar; los niños piden pan, pero no hay hombre que les dé un pedazo. Los que de exquisiteces se alimentaron yacen ahora en las calles, y los que criados fueron con las mejores telas se abrazan ahora a un estercolero... —empezó Arsenios.

Pelagia cogió a Warren del brazo y lo llevó a un aparte.

—Bunnios, ¿cuándo vendrán los británicos? Necesito saberlo. ¿Qué les pasará a los italianos cuando se rindan? Dígamelo por favor.

—Es algo que no puedo decir —aseguró él—. Pues yo mismo no lo sé. Nadie lo sabe.

—Su griego ha mejorado muchísimo —observó ella, asombrada—, pero el acento sigue sonando un poco... extraño. Dígame, por favor. Estoy en ascuas. ¿Han traído más soldados los alemanes? Es importante.

—No creo.

Pelagia, al alejarse, le oyó exclamar varios *Amén*. A lo mejor los ingleses eran realmente todos actores y farsantes. Volvió junto a Corelli y le dijo:

—No te preocupes, todo irá bien.

—¿Hablas en serio? ¿Le preguntas su opinión a un fanático religioso y esperas que me lo crea?

—Tú, hombre de poca fe. Vamos, entra. *Psipsina* ha cazado un ratón pero se le ha escapado. Creo que deberías ir por él. Se ha metido detrás de la alacena.

—Cuando termine la guerra y estemos casados, los ratones te los cogerás tú misma. No pienso seguir siendo caballeroso después de cumplir los treinta.

Mientras Corelli hurgaba detrás de la alacena con una escoba, por la ventana entraron los frenéticos amenes de *Bunny Warren* y la mántica voz de Arsenios: «... Cae nuestra herencia en manos de desconocidos y nuestras casas en manos de extranjeros. Huérfanos somos de padre, nuestras madres como viudas son... Sin descanso trabajamos sometidos al yugo de la persecución... Gobernados hemos sido por sirvientes y ninguno abre la mano para soltarnos... Nuestra piel estaba negra

como un horno debido a la hambruna terrible... ¿Por qué nos olvidas para siempre y nos dejas desamparados tanto tiempo?».

—Ese cura tiene una magnífica voz de bajo —comentó Corelli, soltando por la ventana el ratón que había atrapado por la cola—. Ahora que lo recuerdo, he bajado al muelle para oír lo que decían los pescadores. Tenían unos instrumentos muy extraños que nunca había visto, y lo que cantaban era fantástico. He anotado algunas tonadas.

—Se las inventan sobre la marcha, sabes. Nunca son iguales.

—Vaya. Hubo una que la cantaron varias veces. Pedí que me la enseñasen... — Tarareó un aire solemne y marcial, dirigiéndose a sí mismo con los dedos, y sólo calló al ver que Pelagia reía—. ¿Dónde está la gracia?

—Es nuestro himno nacional.

51. PARÁLISIS

Imaginamos el espectro de Homero escribiendo:

«Para infligir estragos en un hombre fuerte, aun en el más fuerte, nada hay tan horrendo como el mar. Pero no existió inenarrable desierto de agua salada, ruda arrogancia de olas sacudiendo tierra firme, ni alífera barredura del viento de tan desoladores resultados como la parálisis del general Gandin. Fue impulsado a la inacción por el peso de su congoja, y en la fecundidad de sus expedientes fue menos dotado que un yermo o un lago de sal. Era el más acobardado, el menos voluntarioso de los hombres nacidos para morir, un hombre que se desvaneció de golpe en un silencio ciego. Soportó el implacable dolor de verse obligado a tomar decisiones, y su confusión le causaba igual desamparo que a aquellos contemporáneos míos que contemplaban el vuelo de las aves a la luz del sol, sin saber cuáles podían traer un mensaje de los cielos.

»Si algún estímulo avivó la simiente de su inactividad, fue la esperanza vana y la desesperada necesidad de escatimar la sangre de los desventurados a quienes realmente amaba. Tomó una ruta ciega condenándolos en poco tiempo a un destino espantoso; incapaz de ver máscara de falacidad en las promesas de los nazis, al confiar en éstos condenó a sus jóvenes hermosos a abandonar sus restos a merced de los perros y las aves de rapiña, o a yacer amortajados en la profunda arena del océano infinito después que los peces del mar los hubieran desollado. Pálido de miedo, disimulando un corazón turbado por medio de necias gestiones y una tempestad de órdenes de diáfana irracionalidad fijó el momento apropiado para que sus guerreros no sólo abandonasen aquella encantadora isla sino la vida misma».

Así pudo haber escrito el bardo invidente, pues era innegable que al general Gandin le faltaba la clarividencia del taimado Ulises y que tampoco le guió Atenea, diosa de límpida mirada. Roma dictaba órdenes contradictorias, y desde Atenas Vechiarelli impartía órdenes ilegales. A Gandin no le dieron ningún punto de apoyo y, por tanto, no fue capaz de mover la tierra.

Pero todo ello sucedió lentamente. Empezó con la radio. Las ventanas temblaban al paso de los aviones angloamericanos, y Carlo manipulaba los controles de una máquina que durante mucho tiempo no había emitido nada más que frustrantes ruidos y chirridos desde Italia. En Sicilia sus compatriotas se rindieron tan aliviados como contentos, y era un secreto a voces que Badoglio quería poner fin a la guerra. El 19 de julio, Estados Unidos lanzó sobre Roma mil toneladas de explosivo, destruyendo vías férreas, campos de aviación, fábricas y edificios del gobierno y causando centenares de muertos, pero sin tocar las construcciones históricas ni el Vaticano. El Papa aconsejó paciencia a las masas displicentes. El 25 de julio, el rey Víctor Manuel hacía encarcelar al improbable mandamás de su primer ministro y nombraba en su lugar al venerable mariscal Badoglio, el mismo que se había opuesto a los planes de invadir Grecia y que, pese a ser el jefe del Estado Mayor, no había sido informado de la

invasión ni siquiera una vez ésta tuvo lugar. El 26 de julio Badoglio declaraba el estado de emergencia para evitar la guerra civil. El día 27 pedía condiciones a los suspicaces aliados, y en las calles las masas desbordaban alegría mientras celebraban la milagrosa y abrupta caída de Benito Mussolini. El 28 Badoglio abolía el Partido Fascista, el 29 liberaba a los presos políticos que habían estado pudriéndose en la cárcel sin cargos, algunos durante más de una década, pero la guerra seguía su curso. Los alemanes consiguieron refuerzos y combatieron a británicos y americanos con asombrosa bravura mientras sus aliados italianos sucumbían. Recuerdan algunos soldados británicos que las unidades italianas tomaron por costumbre cambiar de bando en función de quién pensaran ellos que iba a vencer, y que la población arrojaba flores al bando que en aquel momento estuviera avanzando, pero los capullos se conservaban para usarlos una y otra vez en las zonas donde se sucedían las batallas.

El 3 de septiembre Badoglio firmó un armisticio secreto con los Aliados, pero los alemanes lo tenían previsto y en un olvidado escenario bélico habían apostado ya sus tropas. Era en la isla de Cefalonia, lugar que los viajeros describen como un desarbolado buque de guerra, y Lixouri la ciudad donde desembarcaron. Llegados el 1 de agosto, se concedieron un mes para los preparativos.

Al otro lado de la bahía, en Argostolion, las tropas italianas habían enmudecido desde la invasión de Sicilia. *La Scala* ya no se reunía en casa del doctor, y en la plaza mayor la música de la banda militar sonaba cada vez más discordante y lastimera. La policía militar seguía dirigiendo mal el tráfico, a base de estridentes toques de silbato, pero había muy pocos oficiales alemanes por la calle o en los bares contemporizando con sus viejos amigos italianos. Günter Weber no salía de su cuartel, vitriólico ahora de ira por las noticias diarias de nuevas traiciones por parte de los italianos. Jamás se había sentido más defraudado, si bien las tropas apostadas en la isla no habían cometido ningún acto ignominioso. Empezó a despreciar a su amigo Corelli. Despreciaba ya incluso a las inquilinas del burdel italiano, aquellas tristes y casquivanas muchachas de hermosos cuerpos y artificiales rostros que seguían retozando desnudas por la playa como si nada hubiera pasado. Estaba tan enfadado que así como antes sólo quería comprar sus servicios, ahora sólo le apetecía violarlas. Se alegró cuando llegó de Lixouri el convoy de motocicletas y camiones; a los italianos se les tenía que enseñar a pelear, a no flaquear, a encarar la muerte en vez de aceptar tranquilamente la deshonra.

Corelli iba menos a casa del doctor porque día y noche hacía ejercicios con su batería. Colocar los arzones, cargar, apuntar, disparar, utilizar el telémetro, cambiar de blanco, retirar los arzones en caso de un ataque aéreo para que sus propios obuses no destruyeran los cañones tras un impacto directo. Sus hombres trabajaron duro bajo el apocalíptico calor de agosto, sudando una gota gorda que dibujaba riachuelos erráticos por entre la mugre de sus caras y brazos. La piel se les ampollaba en los hombros y, al reventar, dejaba zonas de rubicundas quemaduras que supuraban y les

escocían a falta de piel y de ocasión para curar, pero nadie se quejaba. Sabían que el capitán hacía bien en practicar.

Él, por su parte, dejó de tocar la mandolina; le quedaba tan poco tiempo para ello que cuando cogía el instrumento sus dedos lo encontraban extraño comparado con una pistola. Tenía que tocar un montón de escalas hasta que sus dedos empezaban a correr por el mástil, y su trémolo acabó sonando desigual y perezoso. Iba a ver de vez en cuando a Pelagia en su moto, cuando pensaba que su padre no estaría en casa, y le llevaba pan, miel, botellas de vino, una fotografía firmada en el reverso con las palabras *Cuando termine la guerra...* escritas con su elegante caligrafía extranjera, y le traía su propio rostro gris, sus ojos tristes y fatalistas, su aire de callada dignidad y disipada alegría. «Pobre cariño mío —le decía ella, aferrada a su cuello—, no te preocupes, no te preocupes», y él se apartaba un poquito y le decía: «Deja que te mire, koritsimou».

Y entonces llegó el día en que Carlo estaba con la radio intentando encontrar una señal. Era el 8 de septiembre y el anochecer era considerablemente más fresco de lo que había sido hasta entonces. Ahora se podía dormir algo mejor por las noches, y a veces la brisa marina era incluso vigorizante. Últimamente Carlo había pensado mucho en Francesco y en el infierno de Albania, y ahora más que nunca sabía que todo aquello había sido una gran merma, y que su estancia en Cefalonia había sido un interludio, unas vacaciones en una guerra que merodeaba como un león a punto de atacar otra vez. Deseó que la naturaleza tuviese alguna ley que prohibiera la posibilidad de visitar el Hades más de una vez. Encontró una voz y rápidamente movió el dial para sintonizarla bien: «... toda agresión por parte de las fuerzas armadas italianas contra las fuerzas británicas y americanas debe cesar inmediatamente. Deberán estar preparados para repeler cualquier posible ataque desde cualquier procedencia».

Por toda la isla empezaron a repicar las campanas, a vibrar los campaniles venecianos con la imposible esperanza de paz, igual que habían sonado antaño en Italia en orgullosa exaltación de la guerra. El clamor fue extendiéndose: Argostolion, Lixouri, Souleri, Dorizata, Assos, Fiskardo. Al otro lado del estrecho de Ítaca las campanas sonaron en Vathi y en Frikes, y también en Zante, Levkas y Corfú. Allá en lo más alto del monte Aínos, Alekos se puso en pie para escuchar. No podía ser día festivo; ¿tal vez había terminado la guerra? Se hizo visera con una mano y escudriñó los valles; así debía de sonar el cielo cuando Dios metía a todas sus cabras en el redil.

Carlo escuchó el texto de la declaración del mariscal Badoglio, y a continuación radiaron un mensaje de Eisenhower en persona: «Todos los italianos que tomen medidas tendentes a expulsar de territorio italiano al invasor alemán contarán con la ayuda de los aliados...». Corrió fuera y se encontró con Corelli, que acaba de detenerse en su moto después de trazar unas cuantas eses envuelto en una nube de humo azul.

—Antonio, esto se acabó. Y los Aliados han prometido ayudarnos. Adiós a la

guerra. —Rodeó con sus enormes brazos al hombre que amaba y lo levantó en vilo dando vueltas en círculo.

—Carlo, Carlo —le reprendió el capitán—. Bájame. No te pongas nervioso. A los Aliados les traemos sin cuidado. Estamos en Grecia, ¿lo sabías? *Merda*, Carlo, no sabes ni la fuerza que tienes. Por poco me matas.

—Nos ayudarán —dijo Carlo, pero Corelli meneó la cabeza:

—Si no actuamos ya, nos han jodido. Hemos de desarmar a los alemanes.

Aquella noche los buques de guerra italianos fondeados en los puertos de toda la isla elevaron anclas y pusieron proa a Italia. Había dragaminas, torpederas y un acorazado. No dijeron a nadie que se marchaban y tampoco llevaban a bordo a ningún evacuado italiano; ni un soldado, ni una desvalida prostituta castrense. Se llevaron consigo toda su formidable potencia de fuego y sólo dejaron atrás la húmeda y sulfurosa pestilencia de la cobardía y el carbón ardiendo. Los soldados alemanes se burlaron a placer, y los hombres de Corelli se olieron la traición. Corelli esperaba órdenes apostado al teléfono, y al no llegar ninguna se quedó dormido en la silla tras doblar la guardia en su batería. Soñó con Pelagia y con aquel cura demente que predicaba el fuego eterno para todos ellos. Mientras dormía la radio transmitió varios llamamientos aliados a combatir a los alemanes. Sonó el teléfono; de la oficina del general le dijeron que no atacara y que mantuviera la calma. «¿Estáis locos?», gritó el capitán, pero la comunicación se había cortado ya.

El teniente Günter Weber dormitaba también en su silla, esperando órdenes. Se sentía terriblemente cansado y había perdido toda seguridad en sí mismo. Echaba de menos a sus amigos y, aún peor, echaba de menos aquella certidumbre resultante de los éxitos pasados. La Raza Superior estaba perdiendo en Italia y Yugoslavia, el frente ruso se estaba haciendo agua, Hamburgo era pasto de las bombas. Weber ya no se sentía ufano ni invencible sino inferior y humillado, tan asquerosamente traicionado que, de haber sido mujer, se habría echado a llorar. Pensó en la divisa de su regimiento, *Dios con nosotros*, y se preguntó si sólo Italia le había traicionado. Fuera como fuese, las sumas no cuadraban; era toda una división italiana contra únicamente tres mil soldados del Batallón de Granaderos 996, y ni con la ayuda de Dios tenía posibilidad alguna. Trató de rezar, pero las luteranas palabras se le agriaron en la boca.

Por la mañana, el comandante de las tropas alemanas, coronel Barge, trasladó varios tanques de Argostolion a Lixouri, y el general Gandin intentó en vano comunicar con el nuevo gobierno en Brindisi y con el antiguo Alto Mando en Grecia. No había dormido en toda la noche y era demasiado disciplinado para saber a qué atenerse.

Pelagia y su padre organizaron todo el material médico disponible e hicieron tiras de sábanas viejas para hervirlas y utilizarlas como vendas. Tenía la vaga idea de que el fuego cruzado podía cobrarse algunas víctimas griegas, y en cualquier caso algo tenían que hacer para mitigar la tensión. Corelli se presentó en su moto y preguntó

cómo ponerse en contacto con los partisanos. Pero ellos realmente no sabían cómo hacerlo, y el capitán partió desconsolado y a toda velocidad en dirección a Samos. Tal vez los partisanos decidirán poner fin a su prolongado letargo y colaborar un poco en contener a los alemanes.

Una vez en Samos no supo por dónde empezar y, por si fuera poco, los griegos de allí no le conocían. Fue un viaje en balde. En el camino de vuelta se detuvo a descansar en la cuneta junto a una tapia desvencijada, a la sombra de un olivo. Pensó en regresar a Italia, en sobrevivir, en Pelagia. La verdad era que no tenía hogar y que por eso nunca había hablado de ello. El Duce había hecho trasladar a su familia a Libia como colonos, y allí habían muerto a manos de los rebeldes mientras él estaba en el hospital con disentería. De todas las casas de parientes en que había estado, ¿cuál de ellas era su hogar? No tenía más familia que sus soldados y su mandolina, y su corazón estaba en Grecia. ¿Había soportado tanto dolor, tanta soledad, había encontrado por fin un lugar donde vivir para que ahora se lo arrancaran por la fuerza? Trató de recordar a sus padres, pero la imagen era tenue e indefinida, fantasmagórica. Se acordó de un simpático muchacho árabe con el que sus padres le habían prohibido jugar. Solían lanzar piedras a botellas puestas en hilera, y siempre que volvía a casa parecía tener insolación y diarrea. Le habían prohibido comer granadas por temor a que contrajera la ictericia. Era patético recordar tanto y a la vez tan poco, y por primera vez empezó a sentir nostalgia de Pelagia, como si perteneciera ya al pasado. Recordó lo que el doctor le había contado sobre los comedores de loto, nómadas que una vez comieron de esa planta y perdieron la nostalgia del hogar. Pensó en la posibilidad de morir y se preguntó cuánto tiempo lloraría Pelagia. Parecía vergonzoso estropear de lágrimas su encantadora carne; imaginarlo era ya despreciable. Sintió ganas de sacar el brazo de la tumba y consolarla, aunque él aún no estuviera muerto.

Cuando por fin regresó a su batería encontró a sus hombres muy alborotados. Había llegado una orden de Supergreccia para que se rindieran a los nazis por la mañana.

52. LOS HECHOS

I

Estoy tan furioso que casi no puedo hablar. Antonio me dice: «Cálmate, Carlo, seamos inteligentes, de nada vale enfadarse, ¿de acuerdo?». Pero es que estoy harto de ser juguete de lunáticos, incompetentes y necios, de imbéciles que piensan que seguimos en la guerra del catorce, cuando todo se arreglaba marchando todos de frente en línea y entre enemigos existía aún el honor.

Es increíble. Los alemanes están recibiendo más refuerzos, el cielo se llena de Junkers, y el coronel Barge ha exigido al general Gandin la rendición conforme a las órdenes de Supergreccia, y Gandin no hace absolutamente nada excepto consultar a los capellanes castrenses y a los oficiales de graduación superior. Pero ¿no es él el general?, ¿no es él quien tiene que decidir y actuar con rapidez? ¿Qué aptitudes tiene él para decidir mi destino? Yo, que he vivido meses de hielos y tormentos en Albania, que he tenido en mis brazos el cadáver de un hombre al que amaba, en una trinchera llena de ratas y de cieno helado. ¿Es que Gandin no escucha la radio? ¿Acaso es el único que no sabe que los alemanes están saqueando salvajemente Italia? ¿Es que ignora que hace apenas un par de días metieron a cien personas en una habitación y las hicieron volar con minas? ¿Acaso no se ha enterado de que por un alemán muerto ellos han matado a ochenta policías y veinte civiles en Aversa? ¿No sabe que las tropas desarmadas están siendo transportadas sabe Dios adónde en camiones de ganado?

Estoy que reviento de ira. Los jefes, salvo dos, han convenido en rendirse. Nosotros somos diez mil y ellos sólo tres mil. ¿Cómo se entiende esto? ¿No nos ha ordenado el gobierno que apresemos a los alemanes y los desarmemos? ¿Qué problema hay? ¿Por qué quiere obedecer a los fascistas —cuyo partido ha sido abolido— y pasar por alto la voluntad del rey y el primer ministro?

II

—¿Coronel Barge? He hecho retirar de Kardakata el Tercer Batallón del 317.º de Infantería en señal de buena voluntad. Como sabe, la isla necesita esa posición para su defensa, por lo tanto espero que entienda que nuestras intenciones no son hostiles y no insista en que depongamos las armas.

—Lo siento, mi querido general, pero insisto. He garantizado que sus tropas serán enviadas directamente a Italia y no tengo intención de faltar a mi palabra. Pero deben ir desarmados; de lo contrario sus armas podrían volverse contra nosotros una vez en

su país. Debe usted entender que desde nuestro punto de vista eso es de sentido común. Apelo a usted como viejo amigo, general.

—Coronel, aún estoy esperando una aclaración a las órdenes. Espero que comprenda mi situación. La cosa es muy complicada.

—General, usted ha recibido órdenes de Supergreccia, y cualquier otra orden procedente de Italia carece de validez, puesto que ese gobierno es ilegítimo. Somos soldados, general, y debemos obedecer órdenes.

—Le pondré al corriente tan pronto tenga noticias, coronel.

El coronel Barge colgó el teléfono y se volvió hacia uno de sus comandantes:

—Reúna una compañía y ocupe Kardakata. Esos imbéciles acaban de marcharse de allí, así que no habrá problema.

III

He ido a ver a Pelagia y al doctor. Les he pedido que me cuiden a *Antonia*. Pelagia la envolvió en una manta y la metió en el agujero donde solían esconderse refugiados políticos en tiempos de los británicos. Me dijeron que Carlo también había ido a verles y que les había dejado un buen fajo de escritos suyos que no debían ser leídos a menos que él muriera. Me preguntó qué habrá estado escribiendo. No sabía que Carlo tuviera inclinaciones literarias. No es lo que uno espera de un hombre tan corpulento y musculoso. Pelagia está muy delgada y parece casi enferma; decidimos que era mejor no ir a nuestro pequeño escondrijo porque mi batería podía recibir órdenes en cualquier momento. Ella me rozó la mejilla con tanta melancolía que casi no supe cómo evitar las lágrimas. Ha intentado ponerse en contacto con los partisanos a través de un tal Bunnios, pero sin éxito.

IV

El teniente Weber desmontó y engrasó su arma. Se sentía un poco nervioso sin los panzers que en todo momento habían acompañado su odisea por Europa. Le consolaba que hubieran mandado a Lixouri tantas municiones, pero le preocupaba que de momento no contaran con muchos refuerzos. Se sabía que el coronel había entregado un ultimátum al general Gandin y que le había hecho embarazosas preguntas acerca de su lealtad y de sus intenciones. Tenían ocho horas por delante. Pensó en Corelli y se preguntó qué estaría haciendo, y luego se quitó el crucifijo de plata que llevaba al cuello y lo contempló. El general Gandin había rechazado una rendición completa, exigiendo libertad de movimiento para sus tropas y pidiendo garantías por escrito sobre la seguridad de sus hombres. Weber sonrió y meneó la cabeza. Alguien iba a tener que darles una lección.

V

—Caballeros, ¿qué puedo hacer? —preguntó el general Gandin.

Los capellanes se miraron entre sí disfrutando de su recién recuperada influencia y gozando de aquella rara oportunidad de convertirse en estrategas consultados por un general. Resultaba más embriagador que oír las confesiones de unos hombres que, en el fondo, no les tomaban muy en serio, y era una sensación muy de santo eso de expresar pacíficos sentimientos con ilimitada gravedad y autoridad moral.

—Deponer las armas con garantías por escrito —dijo uno—, y después, Dios mediante, podremos irnos todos a casa.

—Discrepo totalmente —declaró otro—. En mi opinión eso sería un craso error.

—Podemos desarmarlos —dijo el general—, pero a ver quién hace frente después a la Luftwaffe. Hemos de pensar en los Stukas. No tendríamos apoyo aéreo ni marítimo; nos exterminarían, de eso no hay duda. —Al general le obsesionaban los Stukas. El estómago se le encogía de miedo sólo de pensar en aquellas aves aulladoras de torcidas alas. Posiblemente no sabía que desde un punto de vista militar eran uno de los inventos bélicos más ineficaces jamás diseñados; eran terroríficos, pero lo que causaba bajas era el fuego de artillería. Él tenía más armamento que los alemanes; en cuestión de horas podría haberlos aniquilado.

—Ah, los Stukas —concedieron los capellanes, que tampoco sabían nada del asunto pero eran proclives a asentir sabiamente con aire de hombres de mundo.

VI

—Así que entregamos las armas y nos vamos a casa ¿no? —preguntó uno de los jóvenes.

—Sí, hijo mío —dijo el capellán de la unidad—. Loado sea Dios.

Carlo entró corriendo:

—Eh, chicos, la guarnición de Santa Maura se ha rendido. Los alemanes los han hecho prisioneros y han matado al coronel Ottalevi.

—*Puttana!* —exclamó Corelli, sacando su pistola—. Bueno. Hagamos una votación.

—Debe de tratarse de un rumor —aventuró el capellán.

—Toda la división tendría que votar —dijo Carlo, haciendo caso omiso del clérigo. Nunca había prestado atención a la iglesia ni a sus representantes, desde que supo que en su ausencia le habían condenado al fuego del infierno por ser como era.

—Bueno, muchachos —dijo Corelli—, voy a hablar con todos los oficiales de batería que pueda encontrar y organizaremos una votación. ¿De acuerdo?

—¿Y qué hay de Gandin? —preguntó un mozalbete de Nápoles.

Los hombres se miraron, pensando todos lo mismo.

—Si es preciso —dijo Corelli—, lo haremos arrestar.

VII

El general Gandin estaba sentado sin hacer nada. No dio ninguna orden, pese a que a primera hora habían llegado instrucciones de Brindisi de hacer prisioneros a los alemanes. Pasó el día revisando papeles y mirando por la ventana con las manos a la espalda. Tenía la mente entumecida y solamente podía pensar en qué habría tenido que ser en lugar de soldado. Rememoró los felices días de su juventud y se dio cuenta de que ni siquiera aquello había significado gran cosa. Se veía como el octogenario que pasa revista a una vida vacía y se pregunta si hubo algo que mereciese la pena de haber vivido.

Por el contrario, el coronel Barge acababa de tener una excelente idea luminosa. Sabía que los italianos no se fiaban de él, de modo que procedió a dividirlos afectando un comportamiento ejemplar. Al anochecer envió a un teniente y una compañía de granaderos con la misión de rodear furtivamente a una batería italiana. El capitán Aldo Puglisi no tuvo más remedio que rendirse pacíficamente tan pronto cayó en la cuenta de que estaba rodeado. Sus hombres fueron desarmados y evacuados sin necesidad de disparar un solo cartucho. De camino pasaron junto al burdel, pero nadie tuvo ganas de entrar. Una oleada de alivio y optimismo, de anhelo de paz y hogar, recorrió las filas de la división Acqui, tal como el coronel había pensado. Fue un engaño, una estafa, de proporciones magistrales.

A la mañana siguiente un sargento italiano mató a su capitán, que había intentado rendirse, y como por ensalmo surgieron tanques Tiger que tomaron posiciones en las encrucijadas como monstruos siniestros, sudorosos con el inhumano olor del aceite y el acero recalentado. Muchos de los comandantes italianos de batería hicieron caso omiso, como si los tanques fuesen anacrónicas rocas pelágicas surgidas azarosamente y que podían desaparecer de la misma forma, pero otros, en cambio, como el capitán Antonio Corelli, desviaron del mar la mira de algunos de sus cañones y buscaron nuevos blancos, hartos ya de esperar unas órdenes que no llegaban nunca.

VIII

A la atención del coronel Barge. Orden Directa del Führer. Adjunta va la palabra clave al recibo de la cual por vía telegráfica y en forma codificada procederá usted al asalto y exterminio total de todas las fuerzas antifascistas italianas en Cefalonia. Mientras tanto, siga adelante con las negociaciones al objeto de ganarse su confianza. Todos los cuerpos deberán ser eliminados, preferiblemente por medio de embarcaciones lastradas y hundidas en alta mar. Puesto que no ha habido declaración

oficial de guerra por parte de Italia, todos los efectivos italianos que opongan resistencia deben ser tratados como francotiradores, y no como prisioneros de guerra.

IX

El general Gandin parecía haber envejecido visiblemente en el espacio de unos días.

—Caballeros, ésta es la situación. Tengo ante mí la orden OP44, con fecha 3 de septiembre. Se nos ordena actuar contra los alemanes sólo si somos atacados. Tengo aquí también la Orden 2 del día 6 donde consta que no debemos hacer causa común con fuerza alguna que se oponga a los alemanes. Esta última orden contradice los términos del armisticio firmado por Castellano, así que ¿cómo hay que interpretarla?

—General, eso significa simplemente que los aliados no confían en nosotros. La orden es un disparate. ¿Sabemos de la existencia de preparativos aliados para ayudarnos?

—No, comandante. Han tenido más de cuarenta días y no han hecho nada, igual que el Ministerio de la Guerra. Hay razones para sospechar que conocen las intenciones de los alemanes y que no nos han informado. Aparentemente no existen planes de cooperación.

—Pero, mi general, los alemanes tienen cientos de aviones en el continente, y nosotros no tenemos nada. ¿Por qué nos abandonan los Aliados?

—Buena pregunta. Aparte de esto tengo aquí la orden 24202, que dice que debemos negociar con los alemanes para ganar tiempo, y que la petición alemana de que nos marchemos no debe considerarse un acto hostil. Como sabe, hemos cooperado, pero el resultado es que ahora son ellos los que tienen las posiciones estratégicas y tácticas más importantes. ¿Cree usted que deberíamos desobedecer esta orden?

—¿La orden es legal, mi general? ¿No impugna la orden OP44?

—Ya, pero ¿cuál tiene la prioridad? No hay forma de aclararlo. Desde que el Ministerio de la Guerra ha cambiado su ubicación en Roma por la de Brindisi, todo está confuso. Y ahora llega la orden de Vecchiarelli para que depongamos las armas. Dice que el general Lanz nos repatriará pasados catorce días, pero no he podido obtener confirmación de Brindisi. ¿Qué hacemos? Vecchiarelli confía en el general Lanz, pero ¿confiamos nosotros?

—Yo al menos no, mi general. Sea como sea, los hombres están en contra en un ciento por ciento. Han hecho una votación, y tres oficiales que estaban a favor de la rendición han sido fusilados. Creo que no sería oportuno. En cualquier caso está la orden del Ministerio de la Guerra recibida anoche, diciendo que hay que tratar a los alemanes como enemigos.

—Por eso he telegrafiado a Vecchiarelli para comunicarle que no podemos

obedecer esa orden. A propósito, es mi deber informarle que me han ofrecido el mando del pequeño ejército de Mussolini en su nueva *república*. He declinado el ofrecimiento, puesto que en primer lugar debo lealtad al rey. Confío en haber hecho lo correcto.

—Lo correcto, mi general, es evitar todo enfrentamiento con los alemanes. Hasta hace unos días fueron nuestros aliados, y es un intolerable deshonor para nuestras fuerzas armadas que nos obliguen a volvernos contra ellos. Muchos son amigos personales nuestros. Creo también que la insistencia aliada en una rendición incondicional es para ellos tan deshonrosa como la insistencia alemana en eso mismo. Es preferible morir que someterse a cualquiera de las dos exigencias.

—Estoy de acuerdo con usted, comandante, y he exigido que el coronel Barge sea reemplazado por un general en nuestras negociaciones. Eso nos dará un tiempo precioso hasta que llegue el general Lanz, y si tiene que ocurrir lo peor nos ahorrará al menos el deshonor de entregar nuestras armas a un simple coronel.

X

—Eh, tíos, ha llegado orden de Berlín de que ya puede empezar el espectáculo en Cefalonia. Sargento, sea buen chico y llévele esto a Jumbo ahora mismo.

El general Jumbo Wilson leyó el mensaje y decidió no hacer nada. Estaba bien surtido de hombres, barcos, aviones y material, todo listo para entrar en acción. Pero no estaría nada bien que los alemanes se enteraran de que él sabía cómo descifrar sus mensajes. ¿O sí?

53. PRIMERA SANGRE

La división Acqui votó resistir a los alemanes pero no tuvo tiempo de organizar un mando efectivo que coordinara sus acciones. Iniciados ya los combates, empezaron finalmente a llegar órdenes del general Gandin que unos obedecieron y otros no. Poco se sabe del orden exacto de los acontecimientos, pero dos cosas son seguras: una, que los *andartes* comunistas del ELAS no tomaron parte al no ver motivo alguno para sacudirse de encima su parasitario letargo; otra, que la resistencia italiana no le debió nada a la jerarquía militar. Fue un florecimiento espontáneo de valor y determinación en los corazones de unos hombres que de algún modo sabían que les había llegado la hora de hacer algo bien.

Quién sabe qué motivó en realidad al capitán Fienzo Appollonio a abrir fuego sin tener órdenes contra una flotilla de lanchas de desembarco alemanas.

Quizá era un hombre honrado que no podía soportar por más tiempo el jugar un papel innoble y aquiescente en la historia de un imperio disparatado. Quizá sentía verdadera compasión hacia los griegos con quienes convivía desde hacía tanto tiempo, y ahora quería borrar la vergüenza que sentía por haberlos sojuzgado y por las privaciones que había contribuido a infligirles. Quizá estaba avergonzado del deprimente historial militar del ejército en que había prestado servicios y ahora quería arrebatarse su pequeña porción del mismo de las manos de aquellos incompetentes y sicofantes autosatisfechos que, desde la seguridad de sus búnkers, lo habían conducido a tantas calamidades sangrientas y sin sentido, que, de manera reincidente, habían arrancado una derrota de las fauces de la victoria. Quizá fue tan sólo que vio con toda claridad que no había otra salida excepto luchar por la supervivencia.

Fueran cuales fuesen las emociones y pensamientos que se agitaban en lo más recóndito de su mente, sus hombres compartían sus conclusiones. Habían cargado y apuntado ya los Howitzers mientras él seguía contemplando cómo la lancha de desembarco surcaba torpemente la mar con su cargamento de vehículos y soldados de cara pálida. Notó la superflua pero extrañamente significativa disciplina por el modo en que portaban sus armas exactamente a la par, colgadas verticalmente de un hombro y dispuestas a intervalos perfectos como las púas en el fondo de una trampa. El capitán miró por sus prismáticos y dividió el espacio intermedio de mar en unidades de un centenar de metros. Tuvo en cuenta la tierra oculta entre su batería y el mar y, con una seguridad que no tenía, ordenó al cañón que estaba más cerca de él que fijara la línea de tiro por él determinada y que disparase un solo proyectil.

El cañón saltó hacia atrás con un chasquido metálico y su base brincó de la placa cual perro arrojándose nervioso sobre su bocado predilecto. El capitán Appollonio aún no se había acostumbrado a la dolorosa vibración del metal en sus oídos, y dio un respingo mientras contemplaba aquel diminuto punto negro volando por los aires, a increíble e incalculable velocidad, tan deprisa que llegó a pensar si realmente lo había visto. Lo perdió y unos segundos después divisó el penacho de agua que se elevaba

de las olas a menos de cincuenta metros del lugar que él había calculado. La frenética actividad que se veía a bordo de las lanchas le resultó hasta cómica. Luego hizo corregir el tiro y dio la orden de fuego a discreción.

Sus hombres no cabían en sí de júbilo. Por fin tenían un líder, alguien cuyo valor se filtraría misteriosamente bajo sus pies, viajaría subterráneamente y se ramificaría como por arte de magia en los corazones de todos ellos, imbuyéndolos de la fogosa libertad de unos hombres que finalmente han descubierto que después de todo son soldados. Los hombres se miraron risueños, chispeantes los ojos, orgullosos como no lo habían estado nunca, y contemplaron maravillados los espectaculares surtidores de agua que tachaban los simétricos y somnolientos dibujos de las olas. El aire se llenó del hedor dulzón de la cordita y del inefablemente viril e infernal olor de cañones al rojo y de humeante y aromático aceite. Las grietas en las palmas de sus manos se llenaron de mugre y sus caras se tizaron de negro de forma que los labios parecían extrañamente pálidos y rosados allí donde se los humedecían con la lengua. El sudor de su turbulenta excitación les empapaba el pelo bajo las gorras, y arrojaron el cigarrillo a medio fumar que antes había sido un consuelo pero que ahora era un impedimento para la batalla y para respirar.

Perplejos ante su propio éxito y ante la eficacia sin precedentes de su bombardeo, los hombres de la batería dejaron de disparar mientras la última de las lanchas de desembarco desaparecía tragada por las olas. Apretaron los puños de satisfacción al ver zarpar de Lixouri dos lanchas de salvamento rumbo a la carnicería y los pecios de unas embarcaciones convertidas en astillas. Ninguno de ellos tenía ganas de disparar contra una operación de rescate, y empezaron a estrecharse las manos y a abrazarse. Siempre recordarían aquel día, se repetían. Había sido una especie de ritual, algo parecido a recibir la confirmación o casarse.

Un hidroavión apareció sobre el cerro camino de Argostolion, soltando a su paso una indiscriminada pero letal descarga de bombas que reventaron las techumbres de una inocente y modesta serie de casas en aplicada línea recta. Ametralladoras y cañones antiaéreos abrieron fuego mientras algunos comandantes se lanzaban al combate. En las calles de Argostolion los infantes de marina italianos, algunos sin sus oficiales, avanzaron hacia los panzers alemanes protegidos por carros ligeros, inspirados por un heroísmo que no habían mostrado cuando luchaban para los fascistas y su risible dictador.

Los panzers abrieron fuego sobre la batería y su ruido atronador resonó una y otra vez en los confines de las callejas, sacudiendo los muros y provocando en el interior de las casas una lluvia de templa desportillada. Los artilleros de Appollonio enfocaron de nuevo sus cañones, y no muy lejos de allí la batería del capitán Antonio Corelli empezó también a disparar. Los tanques avanzaban mientras su innecesario y poco convincente camuflaje vegetal les caía flanco abajo como el vestido a una prostituta borracha. Rugían y rechinaban sus motores, daban bandazos a cada cambio de velocidad, y vomitaban por detrás negros nubarrones como si hubieran sido

alcanzados por la artillería.

Entre los panzers empezaron a caer bombas que levantaban grumos de tierra rojiza y polvo blanco, y los carros pararon en seco, como si sus ocupantes no pudieran superar la sorpresa de verse atacados, como si fuera inconcebible que los italianos les plantasen cara. Entonces, un carro blindado alemán apareció sobre el viejo puente de los ingleses que atravesaba la bahía, y sobre su torreta ondeó una gran bandera blanca. Los bombarderos de las baterías estaban jubilosos; tal vez ahora los alemanes fueran a preguntar a Gandin cuáles eran las condiciones de la rendición.

Las tropas aguardaron y fumaron mientras se ponía el sol; el aceite de sus dedos se impregnaba acremente al papel de sus cigarrillos. Una numerosa escuadrilla de Junkers les sobrevoló trayendo refuerzos para los nazis, y el capitán Appollonio alzó los brazos al cielo, diciendo con exasperación: «¿Por qué no disparan las baterías antiaéreas? ¿Qué les pasa a esos cretinos?». No se había arriesgado tanto para ahora perderlo todo porque los demás titubearan. En vano, pero contento de poder hacerlo, disparó con una carabina a los aviones que ya se perdían de vista, y el chasquido de los disparos sonó extrañamente educado y tímido en comparación con las recientes salvas.

Sonó el teléfono de campaña. El general Gandin, en lugar de exigir una rendición como habría sido lógico, había accedido a una tregua. Appollonio puso los ojos en blanco y soltó tal chillido al operador, que tardó un rato en darse cuenta de que estaba maldiciendo por una línea cortada. «Maldito hijo de puta», vociferó y no se consoló hasta más tarde, cuando le trajeron un mensaje del capitán Antonio Corelli: «Si le forman consejo de guerra, exigiré el honor de ser procesado junto con usted».

54. LA DESPEDIDA DE CARLO

Antonio, mi capitán:

Vivimos un momento difícil y tengo el presentimiento de que no sobreviviré. Ya sabe lo que pasa, los gatos se alejan para morir solos, los hombres cuando enferman ven el fantasma de su propia madre junto a la cama, o incluso se topan con el fantasma de sí mismos en una encrucijada.

Con esta carta va todo lo que he escrito desde que llegué a esta isla, y si lo lee descubrirá la clase de hombre que soy. Espero no causarle repugnancia, y espero, dado su grande y generoso corazón, que me perdone y me recuerde sin desprecio. Espero que se acuerde de las muchas veces que nos hemos abrazado como hermanos y como camaradas, y que no se estremezca al pensar que ésas fueran caricias de un degenerado. Siempre he procurado mostrarle el afecto que sentía sin pedirle nada a cambio ni darle nada que usted no quisiera.

Cuando lea estas páginas comprenderá que en Albania me deprimió mucho la pérdida de mi camarada Francesco, y quiero que sepa ahora que la herida que recibí en esa guerra me la infligí yo mismo. Pero no me avergüenzo. Hice lo correcto. Cuando Francesco murió, yo también sentí morir. Mi vida quedó vacía de belleza y nada tenía sentido, pero me faltó el inhumano valor que un hombre necesita para volarse la tapa de los sesos. Cuando llegué a esta isla no tenía más que una especie de niebla en la cabeza, y un corazón dolido al que no había manera de consolar y que hervía de pena y de amargura. ¿Qué más da tener el pecho cargado de medallas si el corazón que hay debajo está tan desconsolado que apenas puede latir?

Mi querido Antonio, quiero que sepa que a cambio de su risa incombustible, su admirable música y su incomparable brío, yo le he amado con la misma sorpresa y gratitud que veo en sus ojos cuando está con Pelagia, y que le recordaré siempre. Usted consiguió quitarme la pena del corazón y hacerme sonreír. He aceptado y disfrutado de su amistad, siempre consciente de mi propia indignidad, siempre luchando contra el menor impulso de envilecerla, y confío en que por esa razón no me desprecie usted como algunos pueden pensar que merezco.

Antonio, tengo tantos recuerdos de estos meses que siento ganas de llorar sólo de pensar en ellos, ahora que todo ha acabado. Muchos y felices recuerdos. ¿Se acuerda de cuando casi salta por los aires por culpa de aquella mina y de que yo le llevé en brazos a casa del doctor? Supe entonces que si usted moría yo enloquecería, y agradezco a Dios que me haga morir a mí antes, y no tener que soportar tanta pena.

Antonio, le estoy hablando desde más allá de la tumba. Le he querido con todo mi ignominioso corazón, tanto como quise una vez a Francesco, y he superado cualesquiera celos que hubiera podido sentir. Si es que un muerto puede formular un deseo, el mío es que una usted su futuro al de Pelagia. Es una chica hermosa y dulce, nadie hay que le merezca a usted más, y nadie más digno de usted. Deseo que tengan hijos y también que alguna vez les hablen del tío Carlo, al que nunca llegaron a conocer. En cuanto a mí, me cuelgo la mochila al hombro y me abrocho el correa, paso el brazo por el portafusil y descorro el velo para marchar hacia lo desconocido como siempre han hecho los soldados.

No me olvide.

CARLO

55. VICTORIA

Pese a la inequívoca exigencia por parte de sus hombres de obligar a los alemanes a rendirse y de confiscarles las armas, el general Gandin se puso de acuerdo con el coronel Barge para que las tropas italianas pudieran conservar sus armas y evacuar la isla. Sin embargo, no había barcos con que evacuar a los soldados, cuestión que por lo visto no le pareció relevante. En Corfú los alemanes habían accedido de forma muy caballerosa a proporcionar ellos mismos el transporte para las tropas, y mientras los soldados vadeaban las rompientes los habían ametrallado a todos, sin excepción, y dejado sus cuerpos a merced de las olas. El incomparablemente valiente coronel Lusignani, abandonado por los británicos, resistió contra todo pronóstico durante unos días. Todos los hombres que sobrevivieron para llegar hasta los transportes alemanes perecieron después cuando los británicos los bombardearon en alta mar. Los que consiguieron saltar al agua fueron ametrallados por los alemanes. Sus cuerpos flotaron a la deriva.

Los alemanes apostados en Cefalonia habían disfrutado ya de catorce días de gracia para organizar los refuerzos y el nuevo armamento recibido, en tanto que los pasmados italianos, a falta de una jefatura eficaz, habían actuado o no en función de la iniciativa personal de sus oficiales. Algunos, como Appollonio y Corelli, habían preparado a fondo a sus hombres, pero otros, cegados y embriagados por la perspectiva de volver a casa, se habían sumido insulsamente en un suicida y optimista letargo que había dejado a sus hombres ardiendo de enojo y consternación; preveían que iban a transportarlos a campos de trabajo en vagones de ganado sin luz, sanitarios ni comida —¿acaso no sabían todos que eso les venía ocurriendo a los griegos desde hacía meses?—, y preveían las masacres. Algunos se sumían en una depresión fatalista, mientras otros apretaban las mandíbulas con determinación, sosteniendo con tanta fuerza sus rifles que los nudillos se les quedaban blancos.

Los griegos, entre ellos Pelagia y el doctor Iannis, se miraban unos a otros con ojos desorbitados y el corazón rebotante de presagios, mientras que las prostitutas del burdel militar se olvidaron de sus cosméticos y se paseaban de habitación en habitación en bata, como apenados e insensatos espectros del inframundo, abriendo las contraventanas, atisbando, volviendo a cerrarlas y elevándose las manos a sus palpitantes corazones.

Cuando a primera hora de la tarde apareció la formación de Stukas y los aparatos inclinaron sus alas, se ladearon en formación y se lanzaron aullando en picado sobre las baterías italianas, fue casi un alivio. Ahora todo estaba claro; al fin quedaba de manifiesto que los alemanes eran pérfidos, que cada soldado iba a tener que luchar para seguir con vida. Günter Weber sabía que iba a tener que atacar a sus amigos, Corelli sabía que sus dedos de músico, tan acostumbrados a las artes de la paz, tenían que cerrarse ahora sobre el gatillo de una pistola. El general Gandin supo demasiado tarde, que con su indecisión y sus consultas a sacerdotes afeminados había condenado

a muerte a sus hombres; el coronel Barge sabía que había logrado embaucar a sus antiguos aliados y dejarlos en una posición de desventaja; las putas sabían que quienes les habían robado antes la felicidad iban a dejarlas ahora a merced de los cuervos, y Pelagia sabía que una guerra que siempre había tenido otros lugares como escenario real estaba ahora a punto de asentarse en su casa y convertir sus piedras en polvo.

Los hombres de las baterías, enloquecidos y desorientados por los Stukas, el fuego de las ametralladoras y las bombas que caían entre sus cañones rociándolos de tierra y de exiguos fragmentos de carne de compañeros heridos, pugnaban por retirar sus armas e impedir que sus municiones detonaran. Luego, antes de que los jefes de batería pudieran responder al bombardeo, los Stukas se alejaron meneándose como estorninos y viraron hacia una columna de tropas procedentes de Argostolion por el extremo opuesto del campo de deportes, donde antaño los soldados italianos habían pasado su servicio militar jugando bulliciosos y emocionantes partidos de fútbol, y donde por la noche los soldados italianos enamorados de chicas griegas habían organizado citas que apenas eran privadas incluso en la oscuridad reinante.

Para Corelli y para Appollonio, para Carlo y para los miembros de *La Scala*, era evidente que los alemanes trataban de paralizar Argostolion porque era allí donde estaba la mayor concentración de tropas italianas; el enemigo intentaba proteger sus dispersos y desatendidos emplazamientos en los puestos de avanzada de la isla. Esto, sin embargo, no era obvio para Gandin, quien llevó a sus tropas a la ciudad en número creciente, para que los alemanes pudieran cercarlos y aniquilarlos con más facilidad. Él mismo se mostró reacio a abandonar sus espléndidas oficinas en el bonito edificio municipal. Dispuso puestos de observación en los lugares más torpemente obvios, los chapiteles venecianos de las iglesias, y con ello proporcionó a los alemanes magníficas oportunidades para la práctica del tiro al blanco. Se le olvidó dotar dichos puestos de observación con radios o teléfonos de campaña, y así se vieron forzados a comunicarse con sus propios artilleros mediante mensajeros motorizados, o mensajeros de a pie que tras una guerra tan indolente se quedaban enseguida sin aliento. Goteando sangre, chamuscada y tachonada la carne de fragmentos de metralla, las balas rebotando contra las campanas y en torno a sus cabezas en el reducido espacio, los observadores defendieron sus puestos todo el tiempo que pudieron, sabiendo que los Stukas se marcharían cuando oscureciera.

Aquella noche Alekos observaba los fuegos artificiales desde la cumbre del monte Aínos, suntuosamente arrojado en su túnica de seda de paracaídas. Sobre la colina que dominaba Argostolion vio balas trazadoras describiendo graciosos arcos hacia las posiciones alemanas y oyó el pum y el patapúm de los obuses, un sonido muy parecido al de un bombo viejo golpeado con una maza. Vio también dos haces de luz brillando incandescentes sobre la bahía, y tiró de la manga del hombre que tenía al lado, el hombre al que había tomado por un ángel y que ahora hablaba muy deprisa por su aparato de radio. *Bunny Warren* cogió sus prismáticos y vio cómo una

flotilla invasora compuesta por barcas improvisadas, que había zarpado de Lixouri, era atrapada por los reflectores como un conejo poco precavido en los deslumbrantes faros delanteros de un coche. ¡Bravo! —exclamó, mientras las baterías italianas abrían fuego y hundían las barcas. Alekos contempló los hermosos destellos de llamas anaranjadas que centelleaban sobre la colina como luciérnagas. «Al final resulta que estos *wops* tienen huevos», dijo Warren, cuyo griego había mejorado hasta el punto de convertirse en demótico. Una vez más trató de convencer a sus superiores de la importancia primordial de proporcionar soporte aéreo y marítimo a los sitiados italianos; la eficiente voz del otro lado de la línea dijo: «Lo siento, muchacho, pero no es posible. Chin chin. Cambio y corto».

El doctor Iannis y su hija estaban sentados codo con codo a la mesa de la cocina, incapaces de conciliar el sueño, cogidos de las manos. Pelagia lloraba. El doctor quería encender de nuevo su pipa, pero por respeto al desaliento de su hija dejó que sus manos permanecieran en las de ella, y repitió:

—Estoy seguro de que no le ha pasado nada, *koritsimou*.

—Pero si hace días que no le vemos —gimió ella—. Sé que ha muerto.

—Si hubiera muerto alguien nos lo habría dicho, alguno de los de *La Scala*. Eran buenos chicos, pensarían en avisarnos.

—¿Eran? —repitió Pelagia—. ¿Crees que han muerto todos? Crees que también han muerto, ¿verdad?

—Santo Dios —dijo él al borde de la exasperación. Alguien llamó a la puerta; Stamatis y Kokolios entraron. El doctor alzó la vista y ambos se quitaron los sombreros—. Hola, muchachos —dijo.

Stamatis cambió el peso de una pierna a otra y dijo como si fuera una confesión:

—*Iatre*, hemos decidido ir a matar unos cuantos alemanes.

—Ah —dijo el doctor, sin saber muy bien a qué atenerse con aquella información.

—Queremos saber —dijo Kokolios— si nos da usted su bendición.

—¿Mi bendición? Yo no soy cura.

—Pero casi —explicó Stamatis—. Además, quién sabe dónde está el padre Arsenios.

—Tenéis mi bendición, por supuesto. Que Dios os guarde.

—Velisarios ha desenterrado su culebrina, él también se viene.

—Tiene mi bendición.

—Gracias, *iatre* —continuó Kokolios—. Además, queríamos saber si... si nos matan... ¿cuidará usted de nuestras mujeres?

—Haré lo que esté en mi mano, lo prometo. ¿Lo saben ellas?

Los dos hombres intercambiaron miradas y Stamatis admitió:

—Desde luego que no. Querrían impedirnoslo. Yo no podría aguantar los gritos y los lloros.

—Ni yo —añadió Kokolios.

—También quería darle las gracias por curarme el oído. Ahora lo voy a necesitar, para oír a los alemanes.

—Me alegro de que al final le sea de utilidad —dijo el doctor. Los otros dos dudaron un momento, como si quisieran agregar algo, pero finalmente se marcharon. El doctor se volvió hacia su hija—: Fíjate, dos viejos van al combate por nosotros. Eso es valor. Mientras haya hombres como esos, Grecia no estará perdida.

Pelagia miró a su padre con la cara anegada en lágrimas y dijo entre sollozos:

—¿Y qué me importa a mí Grecia? ¿Dónde está Antonio?

Antonio Corelli caminaba entre las ruinas de Argostolion. Había anochecido. La bonita ciudad parecía un cúmulo de muros pandeados, viviendas que habían quedado abiertas como casas de muñecas y dejaban ver pisos enteros que aún tenían cuadros en las paredes y alegres manteles sobre las mesas. Alrededor todo eran montones de escombros. De uno de ellos asomaba una mano con sus dedos lánguidos y relajados. Era una mano muy sucia, pero diminuta y juvenil. Corelli escarbó entre los cascotes, piedras que habían protegido a la gente pintorescamente desde los tiempos de los venecianos, y encontró la cabeza aplastada de una niña de edad similar a la de Lemoni. Miró aquellos labios pálidos, el rostro encantador, y no supo si atragantarse de lágrimas o de rabia. Con un sentimiento trágico en su alma como nunca antes había conocido, se puso a arreglarle el pelo para que le cayera con más naturalidad a ambos lados de la cara. «Lo siento, *koritsimou* —le confió al cadáver—, si no hubiéramos venido aún vivirías». Estaba exhausto —el miedo quedaba ya muy atrás — y el cansancio le había puesto filosófico. Niñas inocentes y dulces como aquella habían muerto inútilmente en Malta, en Londres, en Hamburgo, en Varsovia. Pero eran criaturas de estadística, nunca había visto una en persona. Pensó en Lemoni y luego en Pelagia. La inenarrable enormidad de aquella guerra le dejó de pronto sin resuello, tuvo que esforzarse por respirar, y en aquel momento supo también que la victoria era absolutamente necesaria. Se tocó los labios con los dedos y luego los labios muertos de la niña. Había mucho que hacer. A la ciudad acudían ríos de refugiados griegos, y al mismo tiempo los habitantes de la ciudad atestaban las calles con carretas de mano en su intento de huir al campo. Resultaba casi imposible mover los cañones y las tropas, y para empeorar las cosas, cada vez llegaban más soldados de las afueras según las órdenes de Gandin, convirtiéndose en un blanco fácil y agravando todavía más la congestión. No había donde meter a todos aquellos soldados, la cadena de mando se rompía por momentos, y todo el mundo sabía tácitamente que no acudirían barcos ni aviones a ayudarlos. Cefalonia era una isla sin importancia estratégica, no hacía falta salvar a sus hijos, no hacía falta preservar sus viejos edificios para la posteridad, su sangre y su carne no eran preciosas para quienes dirigían la guerra desde cómodas y olímpicas alturas. Para Cefalonia no había Churchill, ni Eisenhower, ni Badoglio, ni escuadras de barcos ni escuadrillas de aviones. Del cielo no caía otra cosa que la hiperbólica nevada de la propaganda alemana con sus embustes y sus falsas promesas; únicamente mensajes de aliento, y

en la deliciosa bahía de Kyriaki sólo desembarcaron dos batallones de tropas alpinas de refresco al mando del mayor Von Hirschfeld.

Al amanecer del día siguiente un marmóreo teniente alemán y sus hombres invadían un somnoliento campamento italiano consistente en una cocina de campaña y una compañía de muleros. Una vez se hubieron rendido todos el teniente los hizo fusilar y arrojar sus cuerpos a una zanja. De allí condujo a sus hombres hasta los pinares que cubrían la sierra de Daphni y esperó hasta las ocho, hora en que sin duda habían de llegar las nuevas tropas alpinas del mayor Von Hirschfeld para completar así el cerco. Los italianos fueron cogidos otra vez de improviso y de nuevo hubieron de rendirse. El teniente los hizo andar hasta Kourouklata pero, de pronto harto de ellos, los llevó hasta el borde de una cañada e hizo fusilar al batallón entero. Por puro interés académico hizo que dinamitaran los cadáveres, el resultado de lo cual le impresionó. La región era famosa por un vino rojo sangre llamado *Thiniatiko*.

Desembarazado ya de sus prisioneros avanzó hasta Farsa, un bonito pueblo que los alpinos habían reducido ya a escombros a base de morteros, y donde los italianos presentaban una fiera e invicta resistencia. Atacados ahora por los dos flancos, pelearon hasta que sólo quedaron unos pocos que rápidamente fueron agrupados en la plaza y fusilados allí mismo. En Argostolion, sucesivas oleadas de bombarderos de negras alas fueron devastando progresivamente las baterías italianas hasta que los cañones enmudecieron.

Fue en la mañana del 22 de septiembre cuando el capitán Antonio Corelli del 33.º Regimiento de Artillería, consciente de que la bandera blanca iba a ser izada de un momento a otro en el cuartel general de Argostolion, montó en su motocicleta después de tres días sin dormir y se dirigió a casa de Pelagia. Fue entonces cuando él se arrojó en sus brazos, apoyó en su hombro sus ardientes ojos y le dijo: «*Siamo peruti*. No nos quedan municiones y los británicos nos han traicionado».

Ella le imploró que se quedase, que lo ocultaría en el agujero que había en el suelo, junto a su mandolina y los escritos de Carlo, pero él le tomó la cara entre las manos, la besó sin las lágrimas que no podía llorar de puro agotamiento y resignación, y luego la meció en sus brazos, estrujándola hasta que ella creyó que iba a partirle las costillas y la espina dorsal. Corelli volvió a besarla y le dijo: «*Koritsimou*, voy a morir. Dale recuerdos a tu padre. Y doy gracias a Dios de haber vivido lo suficiente para amarte».

Se alejó en su motocicleta envuelto en un manto de polvo más alto que su cabeza. Pelagia se quedó mirando cómo se iba y luego entró. Abrazó a *Psipsina* y se sentó a la mesa de la cocina, sintiendo la fría garra del pavor atenazándole el corazón. A veces los hombres se sienten impulsados por cosas que carecen de sentido para una mujer, pero ella reconocía que Corelli tenía que estar con sus muchachos. Honor y sentido común; el uno a la luz del otro, ambos son ridículos.

Arrimó la nariz tras las orejas de la marta, reconfortada por el tibio y dulce olor de su pelaje y sonrió. Se acordaba de aquel día, tan reciente y tan lejano, en que se

había burlado del capitán haciéndole creer que *Psipsina* era una clase especial de gato helénico. Siguió allí sentada sonriendo lánguidamente mientras los recuerdos, relacionados unos con otros por la romántica y huidiza figura del capitán, hacían espectrales piruetas en su mente. Escuchó el siniestro silencio matutino y comprendió que era más reconfortante escuchar las andanadas y los truenos de la guerra.

56. EL BUEN NAZI (2)

Oh padre mío, si es posible aparta de mí este cáliz. Cuántas veces había oído a su propio padre recitar estas palabras en la pequeña iglesia de su casa; cada año por Pascua desde que era niño, sin contar los años de la guerra.

El teniente Günter Weber se cuadró delante del mayor y, componiendo un gesto de determinación, dijo:

—*Herr* mayor, debo solicitar que esta misión le sea encomendada a otro oficial. Yo no puedo llevarla a cabo.

El mayor enarcó una ceja de incredulidad, pero no llegó a montar en cólera. Lo cierto era que en aquella tesitura él quizá habría hecho lo mismo.

—¿Y cómo es eso? —preguntó. La pregunta era innecesaria, pero así lo exigía la etiqueta castrense.

—*Herr* mayor, va contra la Convención de Ginebra asesinar a prisioneros de guerra. Además, lo considero un error. Debo solicitar una dispensa. —Recordó una frase histórica y añadió—: Su sangre recaerá sobre nosotros, y sobre nuestros hijos.

—No son prisioneros de guerra, son traidores. Se han rebelado contra su propio y legítimo gobierno y también contra nosotros, aliados suyos por tratado legalmente establecido. Ejecutar traidores no va contra la Convención de Ginebra, como sabe usted muy bien.

—Con todos los respetos —insistió Weber—, el gobierno italiano puede ser constituido o derogado por el rey. El rey ha puesto a Badoglio al frente del gobierno, y Badoglio ha declarado la guerra. Por tanto, los hombres de la división Acqui son prisioneros de guerra y no se les puede ejecutar.

—Por el amor de Dios —dijo el mayor—, ¿no ve que son unos traidores?

—Sí, *herr* mayor, pero lo que yo piense y la situación legal no son la misma cosa. Según el código militar, un oficial superior no puede ordenar a otro inferior que cometa un acto ilegal. No soy un criminal, *herr* mayor, y no deseo convertirme en uno.

—La guerra es un negocio sucio —suspiró el mayor—, debería usted saberlo, Günter. A todos nos toca hacer cosas terribles. Por ejemplo, usted me cae bien, admiro su integridad y más en un momento como éste. Pero debo recordarle que la pena por negarse a obedecer una orden es el fusilamiento. No se lo digo como amenaza, sino como hecho innegable. Usted lo sabe tan bien como yo. —El mayor se acercó a la ventana y luego giró sobre sus talones—. De todos modos, esos traidores van a ser fusilados, lo haga usted o no. ¿Para qué añadir su muerte a la de los italianos? Sería desperdiciar un buen oficial. Total para nada.

Günter Weber tragó saliva. Los labios le temblaban y le resultaba difícil hablar. Al fin, dijo:

—Solicito que quede constancia de mi protesta en mi hoja de servicios, *herr* mayor.

—Delo por hecho, Günter, pero haga lo que se le ordena. Heil Hitler.

Weber devolvió el saludo y salió del despacho del mayor Von Hirschfeld. Apoyado contra la pared de fuera encendió un cigarrillo, pero las manos le temblaban y se le cayó al suelo. En su despacho el mayor discurrió que como la orden había venido de arriba, la responsabilidad recaía en el coronel Barge o tal vez en alguien de Berlín. En definitiva, por supuesto, era el Führer a quien incumbía la decisión. *Así es la guerra*, dijo en alto, y decidió no incluir la protesta del teniente Weber en su hoja de servicios. No tenía sentido estropearle la carrera por consideración a unos escrúpulos encomiables.

—A cantar, muchachos —dijo Antonio Corelli mientras el camión en el que viajaban se bamboleaba de un bache a otro. Recorrió con la mirada los rostros desapasionados de los guardias alemanes y luego los de sus hombres. Uno de éstos farfullaba ya al borde del llanto, otros rezaban con la cabeza metida entre las rodillas, y sólo Carlo iba totalmente erguido, sacando el imponente pecho como si ninguna bala pudiera romperlo. Corelli experimentaba una extraña euforia, medio ebrio de fatiga y de la infalible excitación de la certidumbre. ¿Por qué no sonreír ante la muerte?—. Muchachos, a cantar —repitió—. Canta, Carlo.

Carlo le miró fijamente con ojos de infinita tristeza y empezó a cantar en voz baja un *Ave María*. No era la versión de Schubert ni la de Gounod, sino algo que brotaba paulatinamente de su alma, y era bello porque sonaba sereno y lírico. Los hombres abandonaron sus plegarias y escucharon. Algunos reconocieron notas de una nana que recordaban de la infancia, y otros oyeron retazos de una canción de amor. Carlo repitió dos veces *Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte*, calló y se enjugó los ojos con la manga. Uno de los tenores de *La Scala* se puso a cantar el coro *a boca chiusa* de *Madama Butterfly*, y otros al punto se lo sumaron o abandonaron, según estuviera el nudo de sus gargantas. Aquella melodía tenía algo apaciguador y apropiado; era una música para hombres extenuados, para hombres sucios y harapientos a las puertas de la muerte, para hombres demasiado oprimidos por la desgracia como para mirar incluso las caras de unos camaradas a los que en breve iban a perder para siempre. Era sencillo tararear mientras uno pensaba en su madre, en su pueblo, en su adolescencia entre viñedos y campos, en el abrazo de un padre, en el primer beso de una novia, en la boda de una hermana. Era sencillo balancearse casi imperceptiblemente al son de aquella melodía y contemplar la isla, escenario de tantas noches de borrachera, tantos partidos de fútbol y tantas chicas. Era más sencillo canturrear que meditar sobre la muerte; así tenían el corazón ocupado.

Cuando el camión llegó a las paredes rosadas del burdel, a Günter Weber empezaron a fallarle las rodillas. Antes casi de que llegara, pareció que él ya sabía que el destino le había elegido para asesinar a sus amigos.

No se esperaba que llegaran cantando, tarareando precisamente la tonada que él y *La Scala* habían cantado juntos por la noche en casa del doctor, cuando estaban

demasiado idos como para recordar o pronunciar la letra de ninguna otra. No se esperaba verlos saltar tan ágilmente del camión; pensaba que saldrían tambaleándose, empujados por las bayonetas. No se esperaba que el capitán Corelli lo reconociese y le saludara con la mano. Tal vez pensaba que a uno le cambia la cara cuando se convierte en verdugo. Designó a un sargento para que agrupase a sus amigos contra la pared, encendió otro cigarrillo y apartó el rostro. Vio cómo sus soldados se congregaban en silencio y decidió esperar un poco por si llegaban noticias de una suspensión. Sabía que no iba ser así, pero igualmente esperó.

Por último giró sobre sus talones, sabiendo que había que salvar una partícula de decencia, y se aproximó a los italianos. Más de la mitad estaban rezando, arrodillados en el suelo, y el resto lloraban como niños delante de un muerto. Antonio Corelli y Carlo Guercio estaban abrazados. Weber cogió su paquete de cigarrillos y se acercó a ellos.

—¿Un cigarrillo? —preguntó.

Corelli cogió uno; Carlo lo rechazó con un gesto.

—El doctor me dijo que era malo para la salud —dijo.

Corelli miró a su antiguo protegido.

—Te tiemblan las manos —le dijo—, y las piernas.

—Lo siento, Antonio, he intentado...

—No me cabe duda, Günter. Sé cómo es esto. —Llenó los pulmones de humo y agregó—: vosotros siempre teníais el mejor tabaco. Al doctor le sacaba de quicio.

—*Così fan tutte* —dijo Weber, lanzando una breve y hueca carcajada. Luego tosió y bruscamente se llevó la mano a la boca.

—No nos pases el catarro —dijo Carlo.

A Weber le temblaba la cara de aguantarse las lágrimas y la desesperación.

—Os pido perdón —dijo de pronto.

—Nunca conseguirás el perdón —le espetó Carlo, pero Corelli levantó una mano para hacer callar a su amigo y dijo quedamente:

—Yo te perdono, Günter. Si no, ¿quién te va a perdonar?

Carlo hizo un ruido de asco con la garganta y Weber ofreció su mano.

—Adiós, Günter —dijo Corelli, estrechándosela. Dejó que su mano se demorara en la de su amigo de antaño, la estrechó brevemente por última vez y la soltó. Luego cogió del brazo a Carlo y le miró sonriente—. Vamos —dijo—, tú y yo hemos sido compañeros en vida. Entraremos juntos en el paraíso.

Era un hermoso día para morir. Unas pocas nubes blandas holgaban sobre la cumbre del monte Aínos. Cerca de allí balaba un rebaño. Notó que a él también le temblaban las piernas y que no podía hacer nada para impedirlo. Pensó en Pelagia, en sus ojos oscuros, su carácter vehemente, su cabello negro. Pensó en ella enmarcada en el umbral de Casa Nostra, riéndose mientras él sacaba la fotografía. Una sucesión de imágenes: Pelagia peinando a *Psipsina* y hablándole con tono chillón; Pelagia picando cebolla, secándose las lágrimas y sonriendo; Pelagia pegándole cuando

robaron la cabra (reparó en que no había cumplido la promesa de traerle otra: ¿y si pedía que aplazaran la ejecución?); Pelagia encantada al oírle tocar por primera vez la Marcha de Pelagia; Pelagia besando en la mejilla a Günter Weber cuando éste le ofreció el gramófono; Pelagia tejiendo una colcha que en realidad menguaba día a día; Pelagia molesta por la asimetría del bordado de su chaleco; Pelagia gritándole al oído cuando fallaron los frenos de la moto y se precipitaron ladera abajo a velocidad de vértigo, Pelagia del brazo de su padre, volviendo del mar. Pelagia, antes tan hermosa y vivaz, ahora tan pálida y delgada.

El sargento se aproximó al teniente. Era croata, uno de aquellos fanáticos rufianescos más nacionalsocialistas que el propio Goebbels, y bastante menos dotados de encanto. Weber no concebía cómo un sujeto así había podido llegar a granadero.

—*Herr* teniente —dijo—, van a llegar otros. No podemos retrasarlo más.

—Muy bien —dijo Weber. Cerró los ojos y rezó. Fue una oración sin palabras dirigida a un Dios apático.

La matanza no tenía la formalidad ritual que sugieren ciertos cuadros y películas. No se alineó a las víctimas contra la pared. No se les vendó los ojos, no se los hizo mirar al frente ni apartar la vista. Muchos quedaron de rodillas, rezando, llorando o suplicando. Unos yacían en la hierba como si ya hubiesen caído, arrancándola con sus manos de pura desesperación. Otros pugnaban por ponerse detrás de los demás. Otros, en fin, seguían fumando tranquilamente como si estuvieran en una fiesta. Carlo se puso firme junto a Corelli, satisfecho de morir por fin y resuelto a hacerlo como un soldado. Corelli se metió una mano en el bolsillo del pantalón a fin de parar el temblor de su pierna, se desabrochó la guerrera y aspiró hondo el aire cefalonio que a Pelagia quitaba el aliento. Notó olor a eucalipto, a excremento de cabra y a mar. Se le ocurrió de pronto que morir junto a un burdel tenía cierto matiz picaresco.

Los soldados alemanes oyeron la orden de disparar y dispararon sin convicción. Los que tenían los ojos abiertos apuntaron hacia un lado o hacia arriba, o apuntaron para no matar a nadie. Sus armas brincaron y crujieron en sus manos, y los brazos se les quedaron entumecidos por el miedo y la vibración. El sargento croata apuntó a matar y disparó cortas pero aplicadas ráfagas, absorto en su trabajo como cualquier carpintero, o como un carnicero trinchanto carne.

A Weber la cabeza le daba vueltas. Sus viejos amigos gritaban en medio de la balacera que los hacía bailar y girar. Caían de rodillas y agitando las manos, llenos los pulmones de la fetidez de la cordita y la ropa chamuscada, en la boca el sabor árido y polvoriento de la sangre. Algunos volvían a levantarse, extendiendo los brazos como Cristo, descubriendo sus pechos con la esperanza de una muerte más rápida, un paso más fugaz por el dolor, una consumación. Lo que nadie vio, ni siquiera Weber, fue que Carlo, al oír la orden de disparar, dio un paso a un lado como un recluta formando filas. Antonio Corelli, nublado por la nostalgia y el despiste momentáneo, había visto delante suyo el titánico cuerpo de Carlo Guercio, había notado las

muñecas dolorosamente sujetas por aquellas manos poderosas, y se había visto incapaz de moverse. Entonces miró con curiosidad la espalda de Carlo mientras de las entrañas de su cuerpo reventaban agujeros espantosos de los que brotaban fragmentos de carne destrozada y grumos de sangre carmesí.

Carlo aguantó de pie mientras las sucesivas balas horadaban la musculatura de su pecho como cuchillos incandescentes. Sintió como si un hacha le hiciera astillas los huesos y le tajara las venas. Aguantó totalmente inmóvil, y cuando los pulmones se le llenaron de sangre contuvo el aliento y contó: *Uno, due, tre, quattro, cinque, sei, sette, otto, nove...* En la arbitrariedad de su valor decidió aguantar hasta treinta. A cada número par pensaba en Francesco muriendo en Albania, y a cada número impar apretaba un poco más la muñeca de Corelli. Llegó al treinta cuando creía que iba a flaquear y entonces miró el cielo, notó que una bala se le clavaba en la mandíbula y cayó hacia atrás. Corelli quedó debajo de él, paralizado por su peso, empapado en su sangre, estupefacto ante un acto de amor tan incomprensible, inefable y lleno de locura divina.

—Se acabó, italianos —dijo el sargento, pero Corelli no lo oyó—. Si queda alguien vivo que se ponga en pie y se le perdonará la vida.

No vio a los dos o tres que se levantaron agarrándose las heridas, uno de ellos con la ingle destrozada. No vio cómo se tambaleaban, pero sí pudo oír el renovado tableteo de las automáticas cuando fueron abatidos por el sargento. Luego oyó los disparos aislados a medida que la temblorosa mano de Weber, el cual, ebrio de horror, paseaba entre los muertos, aseguraba la eficiencia de la ejecución con un espurio golpe de gracia. Junto a su cabeza vio la bota militar de Weber, y vio a éste inclinarse para mirarle fijamente a los ojos. Vio el titubeante cañón de la Luger acercarse a su cara, vio la tristeza insondable en los ojos castaños de Weber, y luego vio que la pistola se retiraba sin haber disparado. Trató de respirar mejor y entonces se dio cuenta de que no sólo le costaba hacerlo debido al peso de Carlo, sino porque las balas que habían atravesado a su amigo le habían alcanzado también a él.

57. FUEGO

Varias horas estuvo Corelli debajo de su amigo mientras sus sangres se entremezclaban en el suelo, en sus uniformes y en sus cuerpos. No fue hasta la noche cuando Velisarios acertó a pasar junto a aquel amasijo de trágicos despojos y reconoció al hombre grande como él que en una ocasión había alargado su mano entre la barrera de la hostilidad para ofrecerle un cigarrillo. Examinó aquellos inexpresivos ojos saltones, se estremeció al ver la mandíbula destrozada y desencajada, e intentó cerrarle los párpados. No lo consiguió, y se sobrecogió ante lo indecoroso de dejar a aquel hermano a merced de las moscas y los pájaros. Se arrodilló para pasar los brazos bajo el imponente torso y las piernas como columnas. Con un supremo esfuerzo levantó a Carlo del suelo, y debajo vio al capitán loco que se alojaba en casa del doctor, aquél cuyo secreto y complicadamente subrepticio amor por Pelagia era tema de conversación en toda la isla. Los ojos no estaban vacíos, pestañeaban. Los labios se movieron para decir *Aiutarmi*.

Velisarios apoyó a Carlo contra la pared rosa y picada de balazos y volvió junto al capitán. Miró sus horrendas heridas y el oscuro lago de sangre, y se preguntó si le haría un favor matándole allí mismo. «*Iatro* —dijo el moribundo—, Pelagia». El forzudo lo levantó con cuidado, reparó en su ligereza y echó a andar por los campos pedregosos para salvarle la vida.

Nadie sabe el número exacto de muertos italianos que yacen en tierra cefalonía. Al menos cuatro mil fueron masacrados, puede que nueve mil. ¿Fueron 288 000 kilos de carne humana, o más bien 648 000? ¿Fueron 18 752 litros de luminosa sangre joven, o más bien 42 192? Las pruebas se perdieron entre las llamas.

En la cima del monte Aínos, Alekos contempló su tierra natal y por un momento se preguntó excitado si sería 24 de junio. ¿San Juan era en septiembre? ¿Lo habían cambiado de mes? Descomunales incendios brotaban a intervalos regulares, y en lugares donde nunca hacían hogueras por San Juan. Olía a madera de olivo y de pino, a queroseno, espinos secos, resina, petróleo y carne carbonizada; Alekos olisqueó con asco. Los italianos nunca aprenderían a cocinar carne. Notó el repugnante olor a pelo y huesos quemados, a pesar de la altitud, y contempló consternado el indecente humo que oscurecía las estrellas. Quizá era el fin del mundo.

Allá en los valles los alemanes desafiaban la verdad histórica destruyendo pruebas y demostrando un gran conocimiento de su delito al convertir la carne en humo. Eran camiones y camiones de combustible. Los soldados cortaban a hachazos olivos milenarios y apilaban las ramas alrededor de montones de cadáveres repanchigados, y tan altos eran los montones que ya no podían apilar más. Con aire despreciativo señalaban a uno u otro muerto, diciendo «Éste se ha meado encima», o «Éste huele a caca», pero pocos se reían. El limo abdominal y la sangre les manchaban las manos y el uniforme, un olor dulzón y pegajoso a carne fresca les subía como alcohol a la cabeza, y el sudor les chorreaba por las sienes mientras

cargaban un difunto tras otro sobre los hombros para arrojarlos a la pira. Trabajaron hasta desfallecer y las llamas fueron demasiado grandes para acercarse, pero la labor no parecía tocar a su fin. Llegaban más cadáveres, rígidos de reproche, repulsivos a la parpadeante luz de las piras. Los traían en camiones, en *jeeps*, sobre carros blindados o mulos, un par de ellos en camilla.

El único sacerdote era el padre Arsenios. Él había profetizado hacía meses que aquellos muchachos perecerían en las llamas, y se horrorizó cuando supo que así había sido. A decir verdad, se sintió responsable. Aquella noche, mientras los griegos se ocultaban en sus casas y atisbaban entre las persianas, el padre Arsenios llegó con su perrito a la hoguera que había en Troianata, la mayor de todas, no lejos del monasterio del santo, y contempló una escena sacada del Armagedón. Caminó como si fuera invisible entre los pálidos rostros de los muertos, acordándose de las descripciones católicas del fin del mundo. Alrededor, oscuras siluetas de enfurecidos soldados alemanes que se afanaban gruñendo como cerdos mientras arrojaban un cadáver tras otro a las llamas. No lejos de donde estaba oyó un grito ahogado y estremecedor; era un muchacho que no había muerto y se debatía en el agudo tormento de su cremación.

Arsenios sintió que las entrañas se le removían, extendió los brazos y empezó a vociferar en competencia con los gritos de los soldados y el chisporroteo de las llamas. Blandiendo su báculo de olivo echó la cabeza atrás, diciendo:

—He estudiado los días pretéritos, los años de la Antigüedad. Traigo a la memoria mi canción en la noche: converso con mi propio corazón.

»¿Nos abandonará eternamente el Señor?, ¿nunca más nos será propicio? ¿Habrás desaparecido para siempre su piedad? ¿Faltarán desde ahora a sus promesas? ¿Ha olvidado Dios ser clemente? ¿Habrás cerrado de ira la puerta de su compasión?

»¡Ay de ti que saqueas sin que nadie te haya saqueado! ¡Ay de ti que comercias con la traición sin que nadie te haya traicionado! ¡Cuando hayas terminado tu saqueo, serás tú el saqueado!

»¡Ay de ti, pues la indignación del Señor caerá sobre todas las naciones, y su furia sobre sus ejércitos! ¡Él los ha aniquilado! ¡Él los ha entregado al sacrificio! ¡Los caídos serán expulsados también y su hedor saldrá de sus cadáveres y las montañas se derretirán con su sangre!

»¡Ay de vosotros, pues los arroyos serán convertidos en alquitrán, y el polvo resultante en azufre, y la tierra se convertirá en alquitrán ardiendo! ¡No se extinguirá de día ni de noche, el humo se elevará eternamente! ¡Se sucederán las generaciones pero nadie podrá atravesarlo!

Ignorando que nadie le había oído, inflamado de furia apocalíptica, el padre Arsenios agarró su vara con ambas manos y rugió.

—¡Descubriré vuestras desnudeces, sí, pública será vuestra vergüenza! ¡Me vengaré de vosotros, y mi venganza no será humana! ¡Tú has contaminado mi descendencia! —Y se lanzó al combate agitando el báculo y emprendiéndola a golpes

con los soldados alemanes.

Resonaba un casco, hombros cansados se estremecían con los batacazos, se alzaban manos para proteger cabezas sin otro resultado que dedos aplastados. Hombres que habían masacrado con eficiencia a millares de enemigos parecían ahora totalmente desorientados. Se oían gritos de *¡Mierda, libradme de este tío de una vez!*, y de los espectadores que se habían parado a mirar aliviados, comentarios como *¡Fijaos en el cura loco!* Se daban codazos y reían, regocijados con el desconcierto de los afligidos. En medio de aquel resplandor anaranjado Arsenios parecía un cadavérico murciélago desplegando su voluminoso hábito negro, con su barba de profeta, sus ojos echando chispas, y su alto y maltrecho sombrero con la copa plana que no hacía sino aumentar la impresión de que su locura procedía de otro mundo. Su pequeño perro danzaba y hacía cabriolas alrededor de él, ladrando de excitación y propinando dentelladas a las pantorrillas de los alemanes.

El episodio sólo acabó cuando todos estuvieron en el suelo, con el cráneo dolorido y las manos heridas. Un oficial de granaderos sacó su pistola automática, se acercó por detrás de Arsenios y le disparó en la nuca, reventándole los sesos y haciendo que le salieran por la parte frontal. Arsenios murió en medio de un destello de luz blanca que tomó por una revelación del rostro de Dios, y sus macilentos y esqueléticos restos fueron arrojados a la pira junto con los de los jóvenes cuyo destino había predicho sin saber que él también lo compartiría.

Su perro gimoteó, asustado de las llamas y de los desconocidos, e infructuosamente intentó acercarse a su dueño. Expresaba su incomprensión levantando primero una pata y luego otra, y allí se quedó hasta que partieron los soldados y llegaron los griegos, que, entre arcada y arcada, encontraron al perro aullando y medio chamuscado.

Hombres y mujeres, así como los pocos italianos que habían escapado, se acercaron a las hogueras. Sin consultarse empezaron a sacar los cuerpos más alejados del grueso de las llamas a medida que el viento cambiante lo permitía. Muchos de ellos yacían aún en posturas contorsionadas como muñecos de trapo, en sitios donde las llamas no habían llegado todavía. Todos los que allí se afanaban pensaron lo mismo: «¿Así van a ser las cosas con los alemanes? ¿Cuántos muchachos podía haber allí? ¿A cuántos conocía yo? ¿Me hago cargo del horror de su muerte? ¿Concibo acaso lo que es morir desangrándose lentamente? ¿Que una bala te destroce el hueso es como si un caballo te diera una coza?».

Parecía que a todos les temblaban las manos y les lagrimeaban los ojos. La gente hablaba lo menos posible a causa del repugnante humo de la carne chisporreante y de la angustiada congoja. Llevaban los cuerpos a cuevas y aberturas, a tumbas colectivas apresuradamente excavadas, a agujeros donde antiguamente se ocultaban mercancías y monedas al olfato de recaudadores y aduaneros. Iban en grupos al lugar donde había tenido lugar una batalla y rescataban a los que los nazis no habían encontrado. Se rezaron apresuradas plegarias ortodoxas sobre almas católicas, y pudo apreciarse

que ninguno llevaba anillos ni dinero en metálico. Los cadáveres habían sido presa del pillaje, sus dedos arrancados o cortados, extraídos sus dientes de oro, arrancadas sus cadenas de oro con crucifijo.

Al alba una nube negra y viscosa pendía sobre la tierra y emborronaba el sol, y la gente regresó a sus casas y cerró las puertas hasta el anochecer. Mezclado con el de sus soldados en el cielo de Cefalonia se elevaba el humo del general Gandin, uno de los primeros en morir, el honorable y caballeroso soldado de la vieja escuela, que confiaba en sus enemigos y había intentado salvar a sus hombres. Murió erguido e impávido, sabedor de que sus constantes cambios de opinión y sus escrupulosas demoras habían precipitado la tragedia. El resto de sus oficiales no tardaría en ser sacado de los barracones de Argostolion para ser arrojado a las llamas.

Aquella noche los griegos volvieron a salir para sacar más cuerpos de pozos y sumideros, y una vez más ninguno llevaba encima un reloj, una pluma, una simple moneda. Hallaron fotografías de chicas risueñas, cartas de amor, retratos de familias. Descubrieron que muchos soldados, presintiendo la inminencia del exterminio pero resueltos a hablar aunque fuera desde la tumba, habían garabateado direcciones en el reverso de postales y fotografías, con la conmovedora esperanza de que alguien les escribiese una carta o les comunicara las noticias. En muchas cartas la tinta se había corrido, como si unas gotas de lluvia hubieran sorprendido al lector a la intemperie.

No sabían que, tras haber aprendido rápidamente la lección de la noche anterior, los alemanes estaban economizando esfuerzos físicos obligando a los oficiales a transportar a sus propios muertos hasta los camiones, y sólo los mataban una vez hecho el trabajo. Tampoco sabían que existía un tal teniente Günter Weber, que no era el único nazi enloquecido y destrozado por sus propias atrocidades fruto de la obediencia. Pero volvieron a ver las mismas hogueras, menearon la cabeza ante la idéntica y repugnante mezcolanza de hedores que impregnaba casas y vestidos, y una vez más hicieron lo posible por rescatar a los muertos en mitad de una noche que se había vuelto lúgubre por las atenuadas sombras de árboles y hombres arrojadas por las saltarinas piras de anaranjadas llamas.

Al día siguiente corrió el rumor de que san Gerasimos había estado vagando en la oscuridad para volver luego a su catafalco, y que las monjas supuestamente lo habían encontrado por la mañana con huellas de lágrimas en sus marchitas mejillas y gotas de sangre carmesí sobre sus sandalias.

58. CIRUGÍA Y EXEQUIAS

Al abrirse la puerta de una patada cuando ya empezaba a anochecer, Pelagia pensó que eran los alemanes. Sabía que todos los italianos habían muerto.

Como el resto de la población, había oído ruidos de combate —el traqueteo de las ametralladoras, el chasquido de los rifles, las ráfagas cortas de las automáticas, el amortiguado *timpani* grave de los obuses— y después el interminable crepitar de los pelotones de fusilamiento. Por entre la persiana había contemplado el paso de los camiones cargados de triunfantes granaderos o de cadáveres de italianos con la sangre goteando por las comisuras de la boca y los ojos fijos en el infinito. Por la noche había salido con su padre, cuyas mejillas palpitaban con lágrimas de rabia y compasión, en busca de alguna vida que salvar de entre los cuerpos esparcidos y abandonados por aquellos monstruosos fuegos.

El espectáculo había dejado a Pelagia muda, no de miedo ni de pena sino de vacuidad.

La vida, pues, había terminado. Ella sabía que los alemanes se llevaban a las mujeres jóvenes y bonitas, puesto que sus burdeles no funcionaban con personal voluntario. Sabía que estaban llenos de chicas aterrorizadas, torturadas, traídas de Polonia o Eslovenia o de cualquier otra parte, y que los nazis las mataban al menor indicio de resistencia o enfermedad. Había estado sentada ante su mesa, ensimismada con sus recuerdos, mirando a ratos el entorno y captando por última vez los detalles mundanos de una vida; los nudos en la pata de la mesa; las abolladas sartenes que tanto había fregoteado, la decoloración inexplicable de una de las baldosas del suelo, el ilegal retrato de Metaxas que su padre había colgado de la pared aun siendo un implacable venizelista. Llevaba la mano en el bolsillo del delantal, y pensaba matar a un alemán cuando vinieran a buscarlos, para que ellos tuvieran que matarla a su vez. La pequeña Derringer parecía escasa para aquel cometido, pero su padre tenía una pistola italiana y cincuenta cartuchos que alguien, tal vez un miembro de *La Scala*, había dejado a la puerta de su casa en calidad de sombrero legado.

De modo que al abrirse la puerta se sobresaltó. Se puso rápidamente en pie, aferrando el arma, pálido el semblante, y contempló a Velisarios, que jadeaba como un perro, chorreando sangre, incandescentes los ojos con esa fuerza sobrenatural con la que había tenido la fortuna de nacer.

—He venido corriendo —dijo él, y avanzó hasta la mesa para depositar suavemente sobre ella el patético fardo que parecía tan flácido, relajado y pacífico como cualquiera de los mil muertos que ella había visto en las últimas noches.

—¿Quién es? —le preguntó Pelagia, extrañada de que el forzudo se hubiera ocupado de aquel cadáver en concreto.

—Está vivo —dijo Velisarios—. Es el capitán loco.

Ella se inclinó precipitadamente, mientras en su corazón colisionaban la esperanza y el horror. No le reconoció. Había demasiada sangre coagulada,

demasiados jirones, demasiados orificios en la pechera de la guerrera que aún rezumaban sangre. Tenía el pelo y la cara apelmazados y relucientes. Sintió ganas de tocarlo, pero retiró la mano. ¿Cómo tocar a un hombre en ese estado? Tenía ganas de abrazarle, pero ¿cómo se abraza a un hombre tan destrozado?

El cadáver abrió los ojos y la boca sonrió.

—*Kalimera, koritsimou* —dijo. Ella reconoció su voz.

—Es de noche —dijo tontamente, a falta de una frase más profunda.

—Entonces, *kalispera* —murmuró él, y volvió a cerrar los ojos.

Pelagia miró a Velisarios, los ojos desorbitados de desesperación, y le dijo:

—Es lo más grande que has hecho en tu vida, Velisarios. Voy a buscar a mi padre. Quédate aquí con él.

Era la primera vez que una mujer entraba en la *kapheneia*. No era el local que había sido en tiempos, pero seguía siendo lugar sagrado y exclusivo para varones, y cuando ella irrumpió allí y abrió la puerta del enorme armario donde los hombres escuchaban la BBC (la división Venezia se había unido a los partisanos de Tito) el estallido de desaprobación fue más que palpable. Del interior se alzó una nube de humo de tabaco; allí estaban su padre y cuatro hombres más, todos enhiestos en aquel espacio reducido, mirándola conmocionados por algo que se aproximaba al odio. Kokolios le lanzó un rugido pero ella tiró de la mano de su padre y se lo llevó entre protestas del local.

El doctor Iannis miró el cuerpo y concluyó que nunca había visto algo peor. Había sangre suficiente para llenar las arterias de un caballo y suficientes trocitos de carne desgarrada como para alimentar durante meses a los cuervos. Por primera vez en su carrera médica se sintió derrotado e inútil.

—Sería mejor matarlo —dijo con los brazos caídos a los costados.

Antes de que Velisarios pudiera decir *Eso había pensado yo*, Pelagia estaba ya golpeando a su padre en el pecho con las manos, dándole de puntapiés en las pantorrillas, enfurecida e indignada. Velisarios se acercó a ella, le rodeó la cintura con un brazo y la izó a la posición habitualmente ocupada por su culebrina, apoyándola en el saliente natural de su cadera, donde Pelagia empezó a chillar y a golpearle los muslos.

Y así fue como pusieron agua a hervir y los jirones del uniforme del capitán italiano fueron cuidadosamente cortados. Pelagia rasgó frenéticamente en tiras no sólo sus sábanas sino también las de su padre. Después reunió todas las botellas de aguardiente que su padre había logrado esconder y, por añadidura, sus preciadas existencias de vino de la isla.

El doctor se lamentó mientras limpiaba la sangre:

—¿Qué puedo hacer? No tengo estudios. No soy un cirujano como Dios manda. No tengo bata, ni gorra, ni guantes, ni penicilina. Tampoco tengo máquina de rayos X, ni agua esterilizada, ni suero, ni plasma, ni sangre...

—¡Calla! —le gritó su hija con el corazón desbocado de pánico y determinación

—. Yo te he visto grapar una fractura con un clavo de diez centímetros. Cállate y hazlo.

—Por Dios —dijo el doctor, intimidado.

Como ignoraba que la mayor parte de la sangre y la carne había pertenecido a las anchas espaldas de Carlo Guercio, al doctor le pareció un milagro del santo el que Antonio Corelli estuviera tan poco herido como lo estaba en realidad. Una vez limpio y puestos a hervir un montón de sanguinolentos harapos recogidos del suelo, quedó claro que la víctima tenía seis balas en el pecho, una en el abdomen, una en el brazo derecho y un rasguño en la mejilla.

Con todo, no parecía tener salvación. El doctor sabía demasiado para mostrarse optimista y no lo suficiente para aligerar su pesimismo. En aquellos orificios habría fragmentos de uniforme, bolsas de aire perforadas por la balas; habría astillas de costilla que no podría localizar, la osteomielitis se habría afianzado debido a la infección de una miríada de microbios que esparcirían su veneno por la médula hasta las venas, provocando la muerte por septicemia. El doctor sabía que una bala podía alojarse en lugares donde tocarla provocaría un mar de sangre, pero donde no tocarla causaría una infección invencible. Podía haber ya un hemotórax, sangre desparramada entre la pared del tórax y el pulmón. No tardaría tal vez en producirse una gangrena gaseosa. Habría esquirlas que extraer cuya ubicación probablemente él no podría deducir. El doctor abrió una botella de *raki*, bebió un buen trago y se le pasó a Velisarios, quien por pura solidaridad hizo lo propio. Se había quedado allí, fascinado por el quehacer del médico.

El doctor Iannis se concentró y comprendió que era inútil sacar conclusiones precipitadas. Un cirujano explora primero y piensa después. Con el sabor del anís en la boca y el reconfortante calorcillo del alcohol en las tripas, alcanzó una sonda y la insertó suavemente en cada una de las heridas hasta notar que tocaba una bala. Le sorprendió que los orificios fueran tan anchos y que todos ellos presentaran un redondel amarillento. ¿A qué se debía que los orificios fueran tan anchos?

Asombrado, se puso en pie. Ni siquiera eran profundos. De repente cayó en la cuenta de que en realidad las balas debían haberle atravesado, dejando en la espalda de la víctima unos orificios sanguinolentos.

—Hija —dijo—, te juro por todos los santos que este hombre tiene la carne como el acero. Creo que vivirá. Cogió el estetoscopio y le auscultó. El corazón latía débil pero con regularidad. —Antonio —dijo—, y Corelli abrió los ojos e intentó sonreír—. Antonio, voy a operarle. No tengo mucha morfina. ¿Podrá beber? El alcohol le aclarará la sangre, pero no queda otra salida.

—Pelagia —dijo Corelli.

Velisarios sostuvo la cabeza del capitán y Pelagia le hizo beber un poco de *raki* mientras el doctor preparaba tres cuartos de gramo de morfina. Le inyectaría la misma cantidad cada media hora si era necesario, y cada media hora el capitán tragaría un poco de *raki*, caso de que eso hiciera falta también.

—Necesito el máximo de luz —dijo el doctor.

Pelagia fue a recoger las lámparas de la casa y Velisarios las encendió en la cocina. Fuera estaba oscuro y los búhos ululaban entre los metálicos chirridos de los grillos y los demás sonidos naturales de aquella engañosa paz. *Psipsina* entró con su primer ratón nocturno entre los dientes, pero Pelagia la hizo salir a la calle.

En un brazo el doctor inyectó morfina, y en el otro, para completar la cosa y sin otro motivo que la intuición, inyectó diez centímetros cúbicos de azúcar y una solución salina que Pelagia había mezclado en un jarro. No le gustaba ver al hombre al que amaba pinchado y sondado de aquella manera, pero sabía que pronto iba a verlo cortado y rajado. Sin embargo, mirando aquel cuerpo pálido y ensangrentado, desvalido como un gusano, supo que no era precisamente un cuerpo lo que uno amaba. Uno amaba al hombre que brillaba por aquellos ojos y que utilizaba la boca para sonreír y hablar. Cogió los dedos del músico y contempló las uñas cuidadosamente recortadas. Las cutículas, al menos, eran rosadas. No adoraba aquellas manos sino al hombre que las movía por los trastes. ¿Cuántas veces las había imaginado ella recorriendo sus pechos? El doctor se fijó en su arrobamiento y le dijo:

—No te quedes ahí sentada. Ocúpate de las heridas del brazo y la cara. Se las limpias, cortas los jirones, las desinfectas y las coses. ¿No querías ser médico? Necesitaremos más agua hirviendo, litros. Y lávate las manos, sobre todo debajo de las uñas.

Ella se puso en pie pestañeando, las manos a los costados:

—¿Seguro que está inconsciente, doctor? No quisiera hacerle daño.

—Yo voy a hacerle mucho más daño que tú. —Le dio un bofetón a Corelli y gritó—: ¡Tu madre es una puta, Antonio! —Al no observar reacción, el doctor dijo—: Está fuera de combate.

—Su madre está muerta —dijo Pelagia con tono de reproche—. No sigas bebiendo *raki* si te suelta la lengua de esa manera.

Un vehículo blindado alemán pasó con estruendo por la calle y los tres se quedaron inmóviles hasta que se alejó.

—Cabrones —dijo Velisarios.

Pelagia descubrió a continuación las dimensiones de lo que había pedido a su padre que hiciera. Las manos le temblaban y casi no se atrevía a tocar aquellas heridas. Al principio las rozaba apenas, horrorizada cuando levantaba la vista y veía cómo su padre practicaba amplios cortes en torno a las heridas de bala. «Esto se llama desbridamiento —le explicó él—. A mí tampoco me gusta, pero funciona. O sea que si no te gusta, no mires. Estoy retirando la carne dañada. Tú deberías hacer lo mismo...».

Pelagia intentó contener las náuseas, y Velisarios se apartó y se sentó en el suelo con la espalda apoyada contra la puerta. Los miraría trabajar, sí, pero se ahorraría los detalles.

El doctor empezó por la bala del abdomen, pues necesitaba hacer algo

relativamente fácil para ganar confianza en sí mismo. La encontró bajo la superficie de la piel, la extrajo con su fórceps y se maravilló de su forma achatada y torcida.

—Es un milagro —dijo, mostrándosela a Pelagia, que estaba recortando un trozo de piel con unas tijeras planas de cirujano—. ¿Cómo se explica esto?

—Estaba detrás de ese hombretón, el que era tan grande como yo —explicó Velisarios—. El hombretón le sujetaba por detrás, así. —Se puso en pie y se llevó las manos a la espalda para ilustrarlo—. Cuando lo recogí, seguía sujetando al capitán. Al principio pensé que pesaba demasiado. Me parece que intentó salvarlo.

—Carlo —dijo Pelagia, rompiendo a llorar.

Su padre pensó en consolarla pero se dio cuenta de que sólo conseguiría mancharle la cabeza de sangre. Carlo era el primero de los miembros de *La Scala* cuya muerte era ya segura.

—Nadie que muere así ha muerto en vano —dijo el doctor, atragantándose con las palabras. Contuvo sus propias lágrimas y, para distraerse, retiró y examinó un poco de tela carbonizada del interior de una herida. Pelagia se secó las lágrimas con la manga y dijo:

—Antonio siempre decía que Carlo era el más valiente del ejército.

—Total para nada —comentó el doctor, contradiciendo involuntariamente su anterior afirmación—. Velisarios, ¿sigue allí el cuerpo de ese hombre? Estaría bien enterrarlo y que no lo echen a la hoguera.

—Hay toque de queda, *iatre* —dijo el forzudo—, pero si quiere iré. De camino puedo matar a algún alemán, quién sabe.

Velisarios partió contento de dejar atrás aquel taller espeluznante donde las emociones eran demasiado exacerbadas y el espectáculo demasiado crudo. Inspiró el fresco aire otoñal y luego echó a andar una vez más campo a través.

El doctor acabó de limpiar la herida, la enjuagó con alcohol y la llenó de polvos de sulfanilamida. Los había conseguido del cabo hipocondríaco, el de los callos, cuya alma habría volado sin duda junto con sus enfermedades imaginarias, y cuyos alegres pliegues de grasa habrían sido entregados prematuramente a las llamas. La ilimitada nube de tristeza que flotaba en el aire resultaba casi palpable. Era mejor concentrarse en el capitán.

—Cuando hayas acabado con eso —le dijo a su hija—, zurce esto. En mi bolsa hay cuerda de paracaídas, sólo tienes que ir deshilándola. No hay otra cosa.

En Pelagia crecía una sensación de escandalosa irrealidad. Hela allí, cosiendo a su amado con un esmero y una precisión que ella debía a un chaleco asimétrico y a los pacientes consejos de una tía, y su padre estaba a su lado, extrayendo con cuidado fragmentos de costilla y balas achatadas del pecho de ese mismo hombre, hablando simultáneamente de crepitaciones, facies hipocrática y un sinnúmero de problemas potenciales de significado demasiado oscuro. Pelagia limpió el rasguño de bala que el capitán tenía en la cara. No sabía si dejar que se curara solo o si darle unos puntos.

—Depende —dijo el doctor mientras preparaba otra inyección de morfina— de si

lo quieres con la sonrisa torcida o no. O eso o una cicatriz grande. Cualquiera de las dos cosas podría quedarle bien, vete a saber.

—Las cicatrices no son nada románticas —dijo Pelagia.

—Estas de aquí —dijo el doctor, señalando el pecho con su escalpelo— serán absolutamente horribles. Si vive para maldecirlas.

Aquella noche Velisarios enterró los restos de Carlo Guercio en el patio de la casa del doctor. Dejando atrás tapias y sembrados, acompañado del pegajoso olor de la muerte, viscosas y resbaladizas las manos, se había sentido como Atlas con el mundo a cuestas. No había tardado mucho en descubrir que su carga era demasiado pesada como para llevarla en brazos como al capitán, y al final fue dando traspiés con el enorme fardo sobre los hombros, como si se tratara de un imponente saco de trigo.

A oscuras vendó la machacada mandíbula de Velisarios con una tira de sábana, y luego empezó a dar hachazos, troncando raíces de olivo, desenterrando viejas capas de piedras, echando fuera fragmentos de cerámica y viejísimas paletillas de carnero. Él no lo sabía, pero enterró a Carlo en la tierra de la época de Ulises, como si aquél hubiera sido su sitio desde un principio.

Poco antes del alba, concluida finalmente la intervención quirúrgica, padre e hija salieron absolutamente exhaustos a decir el último adiós a aquel cuerpo heroico.

Pelagia lo peinó y le besó en la frente, y el doctor, pagano por naturaleza y siempre proclive a los usos antiguos, depositó una moneda sobre cada ojo y una bota de vino en la sepultura. Velisarios se quedó dentro del sepulcro y se encargó de bajar el cuerpo. Al enderezarse, se le ocurrió una idea. De su bolsillo sacó un estrujado paquete de cigarrillos, cogió uno y lo colocó entre los labios del difunto.

—Se lo debía —dijo, y salió de la tumba.

El doctor pronunció una oración mientras Pelagia lloraba a su lado y Velisarios sobaba su sombrero.

—Nuestro amigo —dijo—, que vino como enemigo nuestro, ha cruzado los prados de asfódelo. Fue un hombre más sabio y bondadoso que cualquier otro mortal. Recordemos que sus muchas condecoraciones fueron por salvar vidas, no por destruirlas. Recordemos que murió tan noblemente como vivió, fuerte y valeroso. Somos criaturas de un día, pero su espíritu no se oscurecerá. Fue malogrado en la plenitud de la vida por hombres sedientos de sangre cuyo nombre cubrirá la infamia con el transcurso de los años. También ellos morirán pero no serán llorados ni perdonados; el galardón de la muerte es común a todos nosotros. Cuando la muerte les sobrevenga, estos hombres se convertirán en almas en pena vagando inútilmente en la oscuridad, puesto que el tiempo del hombre es muy corto antes de su fin, y el hombre cruel, aquel que obra con crueldad, está maldito y es objeto de escarnio después de su muerte. Pero el espíritu de Carlo Guercio vivirá en la luz del día mientras tengamos lengua para hablar e historias que contar.

»Se dice que de todas las cosas que se arrastran y respiran, no hay otra más débil que el hombre. Es cierto que la desdicha quiso que Carlo fuera dando tumbos por el

mundo, pero en él no hallamos flaqueza alguna. No había en él arrogancia ni grosería, no era un vil rufián que abusa de la casa del prójimo; en él encontramos combinadas la dulzura de una doncella y la fuerza impresionante de la roca, el perfil perfecto de un hombre perfecto. Él sí podría haber dicho: "Soy ciudadano, no de Atenas o de Roma, sino del mundo". De él se podría decir: "Nada puede dañar a un hombre bueno, ya sea en vida o después de muerto".

»Recordad estos dichos que nos han llegado de los antiguos: "El amado por los dioses, muere joven". "El hombre es un sueño de una sombra". "Ni siquiera los dioses pueden cambiar el pasado". "Las generaciones de hombres son como hojas de un árbol. Sopla el viento, y esparcidas en el suelo quedan las hojas de todo un año; pero los árboles rebrotan y nuevas hojas crecen al llegar la primavera".

»Recuerdo también que el poeta dice que hay un tiempo para la charla y un tiempo para dormir. Duerme mucho y bien. Los años no te pondrán límite, tú no te debilitarás, no conocerás la tristeza ni la enfermedad. Mientras nosotros te recordemos, se te recordará bello y joven. Para Cefalonia no hay mayor honor que considerarse guardiana de tus huesos».

El doctor y su hija regresaron dentro mientras oían a Velisarios, los arañazos de la pala, el pisotear de tierra recién removida. Llevaron con cuidado a Corelli hasta la cama de Pelagia; fuera cantaban los primeros pájaros.

59. EL ESCONDITE HISTÓRICO

Todo aquello ocurría muy poco antes de que los alemanes hubieran consolidado sus posiciones y empezado a interesarse por el pillaje. El doctor no sólo tenía que ocultar sus cosas de valor, que no eran nada del otro mundo, sino que se enfrentaba al problema de un oficial italiano inmovilizado en la cama de su hija. Pelagia le preparó un lecho en el fondo del escondite, bajo el suelo de la cocina, y una vez más hubo que llamar a Velisarios para que lo trasladara, pues ni el doctor ni ella tenían fuerza suficiente para moverlo sin hacerle daño. Allí se reunió el capitán con su mandolina, y los papeles de Carlo fueron temporalmente retirados. En interés de la salud de Corelli la tapadera del escondrijo permanecía abierta a menos que hubiera tropas en las cercanías, apuntalada mediante un trozo de escoba que podía ser retirado rápidamente antes de colocar de nuevo la estera y la mesa en su sitio. Y así llegaría un momento en que Pelagia y él se acurrucaban en la oscuridad de aquel agujero mientras la vajilla y la cristalería de la familia eran saqueadas y el doctor maltratado y agredido.

Transcurrido un día de la operación, Corelli durmió ajeno a todo, pero al despertar por primera vez tuvo conocimiento de que sus dolores eran terribles y que sus entrañas se habían movido de sitio. Él, sin embargo, no podía mover ni un pelo. Se sentía como si le hubiera pasado por encima una estampida de bueyes o le hubieran sometido a alguna tortura medieval.

—No puedo respirar —le dijo al doctor.

—Si no pudiera respirar no podría hablar. El aire pasa de los pulmones a la caja laríngea.

—El dolor es insoportable.

—Tiene varias costillas rotas. Algunas las rompí yo mismo para sacarle las balas.

—El doctor hizo una pausa—. Le debo una disculpa.

—¿Una disculpa?

—Tuve que usar algunas cuerdas de la mandolina para unir los huesos. No tenía otra cosa. Creo que usted utilizó hilo de sutura para cambiar las cuerdas agudas, y me vi obligado a recuperarlo. Cuando los huesos se hayan vuelto a soldar, habrá que operarle otra vez para sacar el hilo.

El capitán dio un respingo.

—Antonio, si le duele mucho, recuerde que si es un hombre no debería sentir dolor, sino aflicción. Todos sus amigos han muerto.

—Lo sé. Estuve allí.

—Lo siento. —El doctor vaciló—. Parece que Carlo le salvó la vida.

—No *parece*. Sé que lo hizo. De todos nosotros, él fue el mejor, y yo sigo con vida para recordarlo.

—No tiene que llorar, capitán. Vamos a curarlo y luego le sacaremos de la isla.

—Apesto, *dottore*. No deje que Pelagia lo note.

—Le haré yo de enfermera, si lo desea. Aquí abajo se está muy incómodo, ¿verdad? Pero nos arreglaremos. En este agujero han estado grandes libertarios; considere un honor ocupar un sitio con tanta historia. Debo decirle que, por más que le duela, ha de cambiar de postura tan a menudo como le sea posible o se le formarán llagas. Si se le pudren podría matarle igual que una bala. Duerma todo lo que pueda, pero muévase. Si el dolor es insoportable puedo darle morfina, pero nos queda muy poca, y con los alemanes aquí voy a necesitarla toda. Si no le importa, yo prefiero que se emborrache. También tengo valeriana y matricaria que Pelagia recogió la primavera pasada. Debo pedirle que soporte el dolor lo mejor que pueda. El sufrir mucho durante una enfermedad hace que cuando uno se recupera se sienta doblemente bien. Eso acrecentará su sentido de la gratitud.

—*Dottore*, no hay nada que pueda acrecentarla.

—Aún puede usted morir —dijo bruscamente el doctor. Luego se inclinó y preguntó con tono confidencial—: Hace tiempo que quería preguntarle cómo van sus hemorroides. Perdone que no lo haya hecho antes. Me parecía una indiscreción.

—Seguí su consejo —dijo el capitán—, y funciona.

—Aquí dentro no podrá hacer ejercicio y la dieta será mala —dijo el doctor—. Es seguro que irá estreñido, y tal vez me vea obligado a ponerle una lavativa. No quisiera usar el tubo de mi estetoscopio, pero podría ser. Si no lo hacemos, con los esfuerzos le saldrán hemorroides. Disculpe el ultraje, capitán.

Corelli puso una mano en el brazo del doctor:

—Que no lo vea Pelagia.

—Descuide. Y otra cosa. Déjese barba como los griegos, empiece a pensar como un griego. Le daré unas clases, y Pelagia también. No sé de dónde sacaremos documentos y una cartilla de racionamiento.

—Cuando esté mejor tiene usted que sacarme de la casa, *dottore*. No quiero que corran peligro. Si me capturan, que sea yo el único que muera.

—Podemos trasladarle a la casa secreta donde solía ir con Pelagia. No ponga esa cara. Todo el mundo lo sabía. No hay vieja que chismorree más que un cabrero. Es la soledad, los vuelve muy locuaces. Y puede que no se cure, recuérdelo. Si no le limpié del todo bien por dentro, si hay una fístula en alguna parte soltando líquido, si hubiera aire... comuníqueme enseguida si tiene la menor sensación de presión. Tendré que hacerle un orificio para que salga.

—*Madonna Maria, dottore*, ¿por qué no me dice una mentira?

—Mire, yo no soy Pinocho. La verdad es nuestra liberación. Vencemos cuando la miramos a la cara.

Dos días después el capitán volvió a tener fiebre, y Pelagia se quedó con él en el escondite, humedeciéndole la frente con una esponja para bajarle la temperatura y oyendo el parloteo de sus pesadillas. Le cambió los vendajes y le olía de arriba abajo para detectar la probable presencia de pus. Su padre la tranquilizó diciéndole que las toxinas causaban ese tono amarillento de la piel, pero por dentro dudaba de que el

capitán sobreviviese. No estaba seguro de haberle operado bien, aunque continuaba inyectándole por vía intravenosa una solución de salina y azúcar. Enseñó a su hija a usar almohadones para variar la postura del paciente y aligerar la monotonía de la presión que corrompe la carne, pero la hacía abandonar la habitación para aquellos quehaceres que normalmente habría tocado a hacer a una mujer y donde se demuestra el amor más grande.

La fiebre alcanzó su punto crítico al cuarto día. Corelli barbullaba y sudaba de tal forma que tanto el doctor como Pelagia empezaron a temer por su vida. Con sumo cuidado el doctor Iannis introdujo una gruesa aguja de veterinario en cada una de las heridas por si había algún absceso supurado que vaciar (lo llamó *crepitación subcutánea*), pero no encontró nada y se quedó sin saber las causas del achaque. Pelagia le puso el mástil de su querida mandolina entre los dedos de la mano izquierda, que se cerraron sobre *Antonia*. El capitán sonrió y el doctor tomó nota de que su hija había manifestado con ello un verdadero estilo de médico.

La fiebre desapareció dos días más tarde, y el paciente abrió los ojos con extrañeza, como percibiendo por vez primera el hecho de su existencia. Se sentía más débil de lo que parecía posible, pero bebió leche de cabra rociada con *brandy* y comprobó que por fin podía incorporarse un poco por sí solo. Aquella misma tarde fue capaz de ponerse en pie con ayuda del doctor y dejar que le lavaran. Tenía las piernas como palos y le temblaban, pero el doctor le hizo andar hasta que quedó extenuado y vencido por las náuseas. Las costillas le dolían más que nunca, y se le informó de que aquello podía durar meses, cada vez que inhalara. Tendría que emplear los músculos abdominales para respirar, se le dijo, y cuando así lo hacía le dolía la herida que tenía en el abdomen. Pelagia fue en busca de un espejo y le enseñó la cárdena cicatriz que le había quedado en la cara y su incipiente barba helénica. La barba le picaba y le molestaba casi tanto como la cicatriz y le daba un aire de bandido.

—Parezco un siciliano —dijo el capitán.

Esa noche comió su primer alimento sólido. Caracoles.

60. EL INICIO DE SUS PESARES

Pelagia recordaría el período de la recuperación y posterior fuga de Corelli no como una memorable y embriagadora aventura, ni como un interludio de miedo y esperanza, sino como el lento inicio de sus pesares.

La guerra, en cualquier caso, la había debilitado. Tenía la piel translúcida y pegada a los huesos por falta de alimentación, lo que le daba un aspecto patético y macilento que no se pondría de moda hasta veinticinco años después. Sus bien formados pechos habíanse arrugado y caído un poco, convirtiéndose en virtuales saquillos, en absoluto hermosos u objetos de deseo. A veces le sangraban las encías, y cuando comía iba siempre con tiento por miedo a perder un diente. Su precioso pelo negro había raleado y perdido su elasticidad, y podían entreverse los primeros cabellos grises que no deberían haber asomado hasta al menos una década después. El doctor, quien debido a su mayor edad había sufrido menos, la examinaba con frecuencia y sabía que desde la ocupación había perdido la mitad de la grasa de su cuerpo. Analizando el nitrógeno de su orina el doctor determinó que Pelagia estaba perdiendo músculo a medida que agotaba sus proteínas; cada vez le resultaba más difícil mantener una actividad física durante varios minutos. El doctor estableció no obstante que estaba bien del corazón y los pulmones, y cuando podía le daba más ración de leche y pescado —siempre que lo conseguían— fingiendo falta de apetito. Ella le daba su propia comida a Corelli por un cariño similar que a nadie engañaba. Al doctor se le encogía el corazón de verla tan desmejorada, y se acordaba de esas rosas ajadas que consiguen sobrevivir al otoño y hasta diciembre se aferran a lo que conservan de belleza, como alentadas por cierto designio de un destino que tuviera nostalgia del pasado pero estuviera dispuesto a destruirlas. Ahora que no contaban con ningún pudoroso oficial italiano que les robara comida, y con ningún obeso oficial de intendencia al que embaucar, el doctor se veía limitado a coger lagartijas y serpientes pues todavía era poco propenso a experimentar con gatos y ratas. Las cosas no estaban tan mal como en Holanda, donde te servían gato como *conejo de azotea*, y no tan graves, pero casi, como en la Grecia continental. Siempre había el mar, origen del ente cefalonio, pero origen también de todo su turbido pasado y de la importancia estratégica que ahora era poco más que un recuerdo curioso, el mismo mar que en el futuro sería origen de nuevas invasiones de italianos y alemanes que se tumbarían en las playas a tostarse y dejarían en la superficie del agua una película de aceite bronceador, turistas perplejos ante la mirada vacía y caviladora de los ancianos griegos vestidos de negro que pasaban sin decir palabra, ajenos a todo.

En cuanto Corelli pudo andar, se trasladó en plena noche a Casa Nostra acompañado por el doctor y Velisarios, mientras Pelagia permanecía en casa, en el escondite al que habían sido devueltos la mandolina, la Historia del doctor y los escritos de Carlo. Durante el tiempo que los saqueadores estuvieron en la isla, ella apenas salía de casa y en aquel agujero bajo el piso de la cocina se dedicaba a sus

recuerdos, tejía y tejía la colcha y pensaba en Antonio. Éste le había regalado su anillo, demasiado grande para los dedos de ella, y Pelagia lo observaba a la luz del quinqué, mirando el medio halcón en vuelo con una rama de olivo en el pico, y debajo las palabras *Semper fidelis*. En el fondo de su corazón temía que una vez en Italia él la rechazara, que aquellas palabras pudieran aplicarse únicamente a ella, que fuera a quedarse sola para siempre, fiel y olvidada, esperando como Penélope a un hombre que nunca volvía.

Pero Antonio le decía que no. Iba a verla con frecuencia, al anochecer, se quejaba de que su refugio era frío y lleno de corrientes de aire, y le contaba espeluznantes historias de evasiones y capturas, de las cuales sólo algunas eran ciertas. Su flamante barba le rascaba a ella las mejillas cuando se tumbaban juntos y vestidos en la cama, envueltos en un abrazo y hablando del futuro y el pasado.

—Siempre odiaré a los alemanes —decía ella.

—Günter me salvó la vida.

—Pero mató sin piedad a todos tus amigos.

—No tenía elección. No me extrañaría que se haya suicidado después. Vi que procuraba no llorar.

—Siempre hay una elección. Haga lo que haga el cuerpo, la culpa es de la mente. Es un dicho de aquí.

—Günter no era valiente como Carlo. Carlo se habría negado a fusilarnos, pero Günter era otra clase de persona.

—¿Tú te habrías negado?

—Eso espero, pero nunca se sabe. Quizá habría tomado el camino fácil. Yo soy un hombre, pero Carlo tenía madera de héroe antiguo, como Horatius Cocles o como se llamara el que defendió el puente de Porsenna contra todo un ejército. Sólo hay uno así entre un millón de hombres, no debes culpar al pobre Günter.

—Es igual, siempre los odiaré.

—Hay muchos alemanes que no son alemanes.

—¿Cómo? No digas disparates.

—Con el uniforme no se les nota, sabes. Los han reclutado en Polonia, Ucrania, Letonia, Lituania, Checoslovaquia, Croacia, Eslovenia, Rumanía. En fin. Tú no lo sabes, pero en el continente tienen griegos a los que llaman *batallones se seguridad*.

—No es verdad.

—Sí lo es. Lo siento, pero sí. Todo país tiene su cupo de cabrones; matones e ineptos que necesitan sentirse superiores. Eso mismo ocurrió en Italia, todos se afiliaban al fascismo para ver qué podían sacar. Hijos de empleados y de campesinos que querían ser algo. Mucha ambición y ningún ideal. ¿Entiendes ahora cuál es el encanto de la vida militar? Quieres una chica, la violas. Quieres un reloj, lo robas. Estás de mal humor, te cargas a alguien. Te sientes mejor, más fuerte; te reconforta pertenecer a los escogidos, puedes hacer lo que quieres y justificar cualquier cosa sólo diciendo que es ley natural o voluntad de Dios.

—Tenemos un refrán que dice: *Dale valor a un labriego y se te meterá en la cama.*

—A mí me gustaba aquel otro.

—¿*El que la sigue la consigue?*

—No, no. *Quien con niño se acuesta, mojado se levanta.* Es lo que me ha pasado a mí, *koritsimou*; ojalá no me hubiera alistado en el ejército. En aquel momento me pareció una buena idea, pero ya ves lo que ha pasado.

—*Antonia* se ha quedado sin cuerdas y tú estás que trinas. ¿Echas de menos a los muchachos? Yo sí.

—Yo los quería, *koritsimou*, eran mis hijos. ¿Cómo está *Lemoni*? Si tenemos una hija le pondremos *Lemoni*. Cuando termine la guerra.

—Si tenemos dos varones, el segundo ha de llamarse *Carlo*. Deberíamos tenerle presente cada día en nuestro recuerdo.

—Cada minuto.

—Cariño, ¿tú crees en Dios, en el cielo y todo eso?

—No. Y menos después de esto, no tiene ningún sentido. Si tú fueras Dios, ¿permitirías que pasase todo esto?

—Lo preguntaba porque me gustaría que *Carlo* y los muchachos estuvieran en el paraíso. No puedo evitarlo, por eso pienso que tal vez soy creyente.

—Pues dile a Dios que quiero pegarle un puñetazo en la nariz.

—Bésame, es casi de día.

—He de irme. Mañana te traeré un conejo. He encontrado una madriguera y si me tumbo encima, cuando salga el conejo podré atraparlo. Buscaré también unos caracoles.

—*Psipsina* caza conejos, pero no nos deja ni olerlos. Gruñe y se va corriendo.

—Si fuera primavera iría a buscar huevos.

—Abrazame.

—Oh, mis costillas.

—Perdona, lo siento, siempre lo olvido.

—Ojalá pudiera olvidarme yo. *Merda*. De todos modos, te quiero.

—¿Para siempre?

—En Sicilia dicen que el amor eterno dura dos años. Suerte que no soy siciliano.

—Los hombres griegos aman a sus madres y a sí mismos eternamente. A sus esposas las aman seis meses. Suerte que soy mujer.

—Eso digo yo.

—¿Volverás cuando termine la guerra?

—Dejaré a *Antonia* como rehén. Así sabrás que puedes fiarte de mí.

—Siempre puedes conseguir otra.

—Ella es insustituible.

—¿Y yo?

—¿No confías en mí? ¿Por qué me miras así? No llores. ¿Cómo iba yo a

perderme la oportunidad de tener un suegro como tu padre?

—Cerdo.

—Ay. Mis costillas.

—Oh, cariño, cuánto lo siento.

—Debo irme. Hasta mañana. Dame un beso. Te amo.

Y salía a la noche, yendo de seto en seto y de tapia en tapia, sobresaltándose al menor ruido, y el alba le encontraba soñando bajo sus mantas mientras el calcio iba tomando paulatinamente forma de hueso bajo su piel, y el recuerdo de la ternura poblaba sus ensueños de imágenes de Pelagia y de su sociedad operística. Despertaba a primera hora de la tarde e iba a buscar bayas, a hacer ejercicios para agilizar los dedos y a escarbar en la maleza buscando caracoles. El doctor no sólo le hacía comer aquellas cosas sino también moler las conchas en el mortero, y toda la familia se tragaba el arenoso resultado con la ayuda de un poco de vino, pues Iannis se había propuesto que nadie se privara de tener un espléndido esqueleto, aunque fuese delgado y cansado; no era peor, en todo caso, que las viejísimas judías disecadas que le dejaban a uno la panza satisfecha pero llena de retortijones.

Pelagia estaba deshecha. Quería que el capitán se quedara en la isla, pero sabía que eso era muy peligroso. Había gente capaz de cualquier traición por un poco de pan, y sólo era cuestión de tiempo el que los nazis se enteraran de la furtiva presencia del capitán. Además, el tiempo empeoraba, el tejado de Casa Nostra tenía goteras, y el capitán no tenía con qué protegerse del viento cortante o del implacable frío. Cada vez había menos comida, y a veces ella se quedaba mirando con ansia las arañas que trepaban por las paredes. Pelagia dijo a Kokolios y Stamatis que buscaran al loco que solía acompañar a Arsenios y le dijese que fuera a verla.

Desde hacía un tiempo *Bunny Warren* seguía la política británica, puesta en práctica a base de soberanos de oro y de conseguir que los propietarios de barcas les negaran éstas a los alemanes, y no fueron pocos los supervivientes italianos que se vieron navegando por la noche rumbo a Siracusa, Blanco o Valletta en embarcaciones que parecían fabricadas con cerillas pero en las cuales sus dueños depositaban la más incorregible y optimista fe. En su trashumancia marina saltaban entre las olas dejando atrás torpederas y reflectores, acorazados y minas, mientras los marineros cantaban a voz en cuello y los pasajeros afrontaban con ojos desorbitados el mareo y el frío, para llegar finalmente a tierra firme y descubrir que su quietud los ponía enfermos.

Para Warren, por tanto, organizar la marcha del capitán era un gaje de su oficio. Se presentó en casa de Pelagia a las tres de la mañana y llamó suavemente a la ventana de su cuarto. Cuando ella consiguió desembarazarse del abrazo de Corelli, abrió las contraventanas y vio al hombre cuya ayuda había buscado y temido a la vez.

—¡Hola! —dijo él al entrar por la puerta, y añadió—: *Kalimera, kyria Pelagia*. — Estrechó con ceremonia la mano de Pelagia e hizo un comentario sobre el tiempo.

El griego de *Bunny Warren* era ahora muy pintoresco y coloquial, pero seguía hablando con un perfecto acento aristocrático inglés. Convertía, por ejemplo, la

expresión griega *Vamos* en *En taxi*, lo cual sonaba mejor a sus ingleses oídos, tenía más sentido para él, y a los griegos les resultaba comprensible. Puesto que su repertorio normal de adjetivos y adverbios era intraducible, continuaba salpicando su discurso con palabras inglesas tales como *spiffing*, *simply ripping* y *absolutely ghastly*,^[2] expresiones que tenían un efecto más desorientador y redundante antes que disparatado.

—¿Quién es éste? —preguntó Corelli, quien por un momento había temido la visita de los alemanes.

—Bunnios —dijo Pelagia, sin responder a la pregunta—, este hombre es un soldado italiano. Tenemos que sacarle de aquí.

Warren sonrió y extendió la mano.

—Ave —dijo, pues no había tenido ocasión de modernizar su italiano como había hecho con el griego.

Corelli sintió que le trituraban la mano y se quedó con la impresión de que los británicos tenían todos mucha fuerza. No sabía que en Inglaterra cuando alguien intenta partirse los dedos lo hace en señal de virilidad y afabilidad. Le dejó también estupefacto la estatura y la delgadez de aquel hombre, y le inquietó que le recordara a un alemán por los ojos azules y muy nórdicos.

Coincidió que al día siguiente por la noche zarpaba un calque para Sicilia, si el tiempo lo permitía, y que no había problema en incluir a bordo al capitán.

—Aunque puede que tengamos que matar a un par de granujas de éstos.

Sólo era cuestión de ir a la bahía a la una de la madrugada con un quinqué y hacer señales hacia el mar en respuesta a las señales de la lancha. Warren prometió estar allí, asegurándoles que todo iría como una seda.

61. TODA PARTIDA ES UN ANTICIPO DE LA MUERTE

Corelli no volvió antes del alba a Casa Nostra, sino que se quedó con Pelagia en la casa con la aquiescencia del doctor. Si aquél había de ser su último día juntos, parecía razonable asumir el riesgo, y en cualquier caso Corelli tenía todo el aspecto de un griego con sus ropas de campesino y la espléndida barba que todavía dejaba ver la lívida cicatriz en la mejilla. Por lo demás, ahora hablaba tan bien el griego que podía confundir fácilmente a un alemán que desconociera ese idioma, e incluso sabía darse una palmada en el dorso de la mano para indicar la estupidez de otro, así como echar la cabeza atrás y chascar la lengua para dar una negativa. De vez en cuando soñaba en griego, lo que frustraba su alma durmiente porque ello ralentizaba necesariamente el ritmo de su narrativa onírica, y pronto descubrió que cuando hablaba en aquel idioma su personalidad era distinta de cuando hablaba en italiano. Se sentía más fiero y, por alguna razón misteriosa que nada tenía que ver con su barba, mucho más amenazador.

Estaban los tres sentados en la cocina, nerviosos y entristecidos, hablando en voz baja y meneando con displicencia la cabeza al evocar sus recuerdos.

—Hay muchas cosas que nunca podré olvidar —dijo Corelli—, como lo de mear en las plantas. Supe que había sido aceptado cuando se me invitó a mearme en ellas.

—Ojalá mi padre se olvidara de hacerlo —comentó Pelagia—. Me pongo nerviosa cuando tengo que usarlas para cocinar. Me paso horas lavándolas en agua.

—Me siento culpable de marcharme con vida, cuando todos mis amigos han muerto y Carlo está enterrado ahí fuera en el patio.

—En la Odisea, Aquiles dice «Ponme otra vez en tierra y preferiré mil veces servir en casa de un hombre sin hacienda que ser rey de todos estos muertos que han renunciado a la vida», y tenía razón —sugirió el doctor—. Cuando mueren los seres queridos, uno tiene que vivir por ellos; ver las cosas con sus ojos; recordar cómo decían las cosas y utilizar uno mismo esas palabras. Dar gracias de poder hacer cosas que ellos ya no pueden hacer y también sentirse triste por ello. Así vivo yo sin la madre de Pelagia. No me interesan las flores, pero por ella contemplo una jara o un lirio. Por ella como berenjenas, porque a ella le encantaban. Por sus muchachos debería usted hacer música y divertirse tocando por ellos. De todos modos —agregó—, puede que no salga con vida de su viaje a Sicilia.

—Papá —protestó Pelagia—, no digas eso.

—Tu padre tiene razón —dijo Corelli—. Y también puede uno ver cosas por los vivos. Después de tanto tiempo en esta casa, veré algo e imaginaré lo que habrían dicho los dos al verlo. Les voy a echar muchísimo de menos.

—Volverá —afirmó el doctor—. Se convertirá en un isleño, como nosotros.

—En Italia no tendré un hogar.

—Hágase hacer radiografías. Sabe Dios lo que le he dejado metido dentro, y tiene que hacerse sacar las cuerdas de mandolina.

—A usted le debo la vida, *iatre*.

—Siento lo de las cicatrices. No pude hacerlo mejor.

—Y yo, *iatre*, siento el saqueo de la isla. No creo que nos lo perdonen nunca.

—Ya perdonamos a británicos y venecianos. Puede que no perdonemos a los alemanes, no lo sé. En cualquier caso, los bárbaros siempre nos han venido bien; en general siempre hemos tenido alguien a quien culpar de nuestras calamidades. Será más fácil perdonar a los italianos, porque todos ustedes han muerto.

—*Papakis* —protestó Pelagia otra vez—, no hables así. ¿Hace falta que nos lo recuerdes, con Carlo enterrado en el patio?

—Es la verdad. Sólo los vivos necesitan el perdón, y como usted sabe, capitán, yo le he perdonado, de lo contrario no le habría dado permiso para casarse con mi hija.

Pelagia y Corelli se miraron el uno al otro, y éste dijo:

—Yo nunca le he pedido permiso exactamente... me parecía, no sé, una desfachatez. Además...

—Lo tiene, de todas formas. Nada me complacería más. Pero hay una condición. Debe dejar que Pelagia estudie para médico. Ella no es sólo mi hija. Es, ya que no he tenido un hijo varón, lo más próximo a un hijo que he podido engendrar. Le corresponden las prerrogativas de un hijo, porque ella será mi prolongación cuando yo muera. No la he educado para ser una esclava doméstica, por la sencilla razón de que su compañía me habría resultado tediosa a falta de un hijo varón. Confieso que fui muy egoísta; ahora es demasiado inteligente para ser una esposa sumisa.

—¿Entonces soy un hombre honorario? —preguntó Pelagia.

—Koritsimou, tú eres tú y basta, aunque de alguna manera eres como yo te hice. Deberías estar agradecida. En otra casa estarías fregando el suelo mientras yo hablaba con Antonio.

—En cualquier otra casa te estaría dando la lata. Eres tú el que debería estar agradecido.

—Lo estoy, hija.

—Naturalmente, si Pelagia quiere ser médico lo será. Un músico no puede ganarse la vida sólo con sus ingresos —dijo Corelli, y su prometida, tras darle vigorosos golpecitos en la parte posterior de la cabeza, exclamó:

—Se supone que te harás rico. De lo contrario no me caso contigo.

—Era broma, era broma. —Corelli se volvió hacia el doctor—. Hemos decidido que si tenemos un hijo le pondremos de nombre Iannis.

El doctor se sintió emocionado, aunque dadas las circunstancias era lo que él habría esperado. Hubo un largo y pesadoso silencio mientras cada cual ponderaba la inminente destrucción de su pequeña sociedad, y al final el doctor alzó los ojos, al borde del llanto, y dijo sin más:

—Antonio, si yo hubiera tenido un hijo, ése serías tú. Tienes un lugar en esta

mesa.

En lugar de la respuesta obvia, que en virtud de su obviedad habría sonado forzosamente hueca, Corelli se levantó y se aproximó al doctor, quien a su vez también se levantó. Se abrazaron, se palmearon en la espalda y después el mayor de los dos de pura emoción, abrazó también a su hija.

—Cuando haya terminado la guerra, volveré —dijo Corelli—. Hasta entonces, sigo estando en el ejército y es necesario deshacerse de los alemanes.

—Llevan las de perder —dijo el doctor—. Esto no durará mucho.

—¡No vuelvas al combate! —exclamó Pelagia—. ¿No has hecho ya suficiente? ¿No te bastan tantas muertes? ¿Y yo? ¿Es que no piensas en mí?

—Pues claro que piensa en ti. Acabando con ellos tú podrás salir de casa sin miedo.

—Carlo lo habría hecho. No puedo ser menos.

—¡Qué estúpidos sois los hombres! —exclamó ella—. Si entregarais el mundo a las mujeres, veríais lo que es bueno.

—En el continente muchos *andartes* son mujeres —dijo Corelli—, y muchos partisanos y yugoslavos también lo son. Habría combates igual, además el mundo ha conocido ya suficientes reinas sedientas de sangre. Es importante derrotar a los nazis, creo que no hay nada más evidente.

Pelagia le miró con desaprobación y contestó en voz baja:

—Era importante derrotar a los fascistas, pero tú luchabas a su lado.

Corelli se encendió y el doctor creyó oportuno intervenir:

—No dejéis que nos estropeen este último día juntos. Todos cometemos errores, el hombre a veces es como la oveja, va donde van todas, pero con la experiencia aprende a convertirse en león.

—Yo no quiero que vayas al frente —insistió ella, mirando fijamente a Corelli—. Tú eres músico. Antiguamente cuando se mataban unas tribus a otras, los bardos salvaban la vida.

El capitán intentó una solución de compromiso:

—Tal vez no será necesario, y además estoy seguro de que no me considerarán útil.

—Haz algo provechoso —dijo Pelagia—. Métete a bombero o algo así.

—Cuando llegue a casa —dijo Corelli tras una embarazosa pausa—, pondré una maceta con albahaca en las ventanas para acordarme de Grecia. A lo mejor me trae suerte.

Se paseó por la habitación haciendo inventario de todo cuanto allí había; no sólo de los objetos familiares, también su historial de emociones. En aquel lugar resonaban aún la esperanza, las bromas compartidas, los antagonismos y el resentimiento pasados, y la salvación de una vida. Todo él desprendía un aroma residual a música y abrazos que se mezclaba con el olor a hierbas y jabón. Corelli se puso en pie acariciando el largo lomo de *Psipsina* —la marta estaba recostada en un

anaquel vacío de alimentos— y sintió una indecible tristeza que competía con la boca seca y el aleteo en el estómago del hombre que estaba a punto de hacerse a la mar. El doctor lo vio allí de pie, como quien espera el momento de la ejecución, y luego miró a Pelagia sentada con las manos en el regazo y la cabeza ladeada.

—Os dejo —dijo—. Hay una chiquilla muriendo de tuberculosis, he de visitarla. Tiene afectada la columna vertebral y no hay nada que hacer, pero en fin...

Al irse el doctor, los dos enamorados se sentaron uno enfrente del otro, acariciándose los dedos. Finalmente cuando las lágrimas empezaron a rodar por las mejillas de Pelagia, Corelli se arrodilló junto a ella, la rodeó con sus brazos y apoyó la cabeza en su pecho. Nuevamente sorprendido de su extrema delgadez, cerró los ojos e imaginó que estaban en otro mundo.

—Tengo miedo —dijo ella—. Pienso que no vas a volver, que la guerra no terminará nunca, que no hay esperanza ni salvación, y que me quedaré sin nada.

—Tenemos los recuerdos —replicó Corelli—. Que nos entristezcan o alegren depende de nosotros. Yo no te olvidaré, y voy a volver.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. Te he dado mi anillo, y te dejo a Antonia.

—No hemos leído lo que escribió Carlo.

—Es demasiado triste. Lo haremos cuando yo vuelva, cuando no sea todo tan... tan reciente.

Pelagia le acarició el pelo en silencio y finalmente dijo:

—Antonio, me habría gustado que... nos acostáramos. Como hombre y mujer.

—Cada cosa a su tiempo, *koritsimou*.

—Puede que ese tiempo no llegue nunca.

—Llegará. Te doy mi palabra.

—*Psipsina* te echará de menos. Y Lemoni también.

—Lemoni me da por muerto, no cabe duda.

—Cuando te marches le diré que Barba Corelli está vivo. Se alegrará.

—Tienes que decirle a Velisarios que juegue con ella de vez en cuando, para que se acuerde de mí.

Y así siguieron conversando hasta que el doctor llegó, antes del toque de queda, tan angustiado como siempre que tenía que visitar a un niño que recorría a tientas los últimos pasos hacia la muerte. Había caminado hasta su casa pensando lo mismo que solía pensar en tales ocasiones: «¿Qué tiene de extraño que yo haya perdido la fe? ¿Qué estás haciendo ahí arriba, Dios indolente? ¿Crees que con un par de milagros por la fiesta del santo se me puede engañar tan fácilmente? ¿Me tomas por tonto?, ¿crees que no tengo ojos para ver?». Dio vueltas en su bolsillo al soberano de oro que el padre de la niña le había dado en pago por sus servicios. Los británicos los habían repartido en tal cantidad al financiar a los *andartes* que las monedas habían perdido ya su valor. «Hasta el oro vale menos que el pan», reflexionó.

Aquella noche compartieron una solitaria pata huesuda de una gallina que

Kokolios había sacrificado para que no se la apropiaran los alemanes, y Pelagia reservó el hueso para incluirlo en una sopa que contenía también los huesos de un puerco espín. Si los cocía el tiempo suficiente, se ablandarían lo suficiente para masticarlos. Después preparó una infusión amarga y floja con escaramujos que había recogido en otoño de los rosales silvestres, contenta de tener algo que la distrajera de sus temores, y se sentaron los tres en la penumbra mientras las horas se sucedían tan deprisa y a la vez tan lentamente.

A las once el teniente *Bunny* Warren llamó al cristal de la ventana y el doctor le hizo pasar. El hombre entró con un aire de firmeza y aplomo que a Pelagia le pareció totalmente atípico de su habitual timidez. Metido en el cinto llevaba un cuchillo grande y bien afilado. Ella sabía de oídas que las fuerzas especiales británicas tenían una habilidad decididamente balcánica para rebanar cuellos sin hacer ruido, y se estremeció al pensarlo. Era difícil imaginar a Bunnios haciendo una cosa así, y la idea de que lo practicara con frecuencia le resultó inquietante.

Warren se sentó en el borde de la mesa y habló en su mezcla de romaico coloquial y jerga británica, y sólo entonces empezó Corelli a preguntarse cómo Pelagia y el doctor habían llegado a trabar conocimiento con un oficial de enlace británico. En la guerra hay tantas cosas extrañas que uno olvida a veces sorprenderse de algo o hacer una pregunta pertinente.

—Procedimiento operacional normal —empezó Warren—. Sólo ropa oscura. Mejor que esos tíos no nos vean. Nada de charla a menos que sea absolutamente necesario. Pararse a escuchar cada veinte segundos. Los pies hay que ponerlos en terreno llano, para evitar crujidos. Los pies han de descender en vertical, para evitar resbalones y rasguños. Yo iré delante, luego el doctor y kyria Pelagia, y Corelli el último. Corelli se volverá a mirar cada vez que paremos. —Le entregó al capitán un trozo de cable en cuyos extremos había tacos de madera. Corelli tardó unos segundos en darse cuenta de que aquello era un garrote, y que tal vez se esperaba de él que lo utilizara—. Nada de disparos mientras no se ordene lo contrario —continuó Warren—. Si son dos, Corelli y yo nos ocupamos de ellos. Si son tres o más, nos quedamos quietos y a una señal mía retrocedemos a la carrera y los rodeamos. —Los miró de uno en uno y preguntó—: ¿Hablo en cristiano o hablo en chino?

El doctor tradujo las instrucciones a Corelli y a todos convinieron en que Warren hablaba en cristiano.

—He hecho un reconocimiento esta noche —prosiguió Warren—. De momento, los alemanes no asoman la nariz. Parece que no les gusta el frío. Ropa de abrigo esencial. ¿Comprendido?

Pelagia se puso en pie, fue a su habitación y volvió con sus mantas y algo más.

—Toma, Antonio —dijo—. Quiero que te lo quedes.

Corelli deshizo el paquete de papel y vio que se trataba del chaleco bordado que meses atrás había intentado comprarle a Pelagia. Lo sostuvo en alto y el hilo de oro brilló oscuramente a la media luz.

—Oh, *koritsimou* —dijo, sintiendo en la yema del pulgar el suntuoso terciopelo y, en la del índice el resbaladizo raso del forro. Se levantó, se quitó el justillo que llevaba y se puso el chaleco. Una vez abrochado, sacudió los hombros para que le sentara y exclamó:

—Me va muy bien.

—Te lo pondrás en nuestra boda, para bailar —dijo ella—, pero de momento te abrigará cuando vayas en la barca.

Pasada la aldea de Sparta, en el cabo Liaka, hay un escarpado farallón que cae hasta el mar y que en aquellos días era accesible únicamente por un largo camino de cabra que serpenteaba entre el monte bajo. Su uso humano lo había convertido en una senda para aquellos pescadores que en verano extendían sus finísimas redes para capturar bancos de boquerones y sardinetas que se congregaban sin recelar al socaire de las grandes rocas que sobresalían del agua, y su playa consistía en una franja de arena de apenas dos metros de ancho en los sitios donde no la ocupaban las piedras batidas por las olas. Rocoso y peligroso como parecía, el propio lecho marino consistía casi por entero en arena fina, y era ideal para que fondearan allí embarcaciones incluso bastante grandes, pues su brusca inclinación posterior proporcionaba un buen calado, y arriba los farallones se proyectaban hacia adelante haciendo difícil la observación desde la cumbre. Del cabo Aghia Pelagia a la bahía de Lourdas había puestos de observación alemanes a intervalos regulares, pero estaban muy mal tendidos, especialmente durante las frías noches de diciembre; además como los italianos antes que ellos, los alemanes sabían que la guerra de verdad se desarrollaba en otra parte. Como no había oficiales, los centinelas solían jugar a las cartas y fumar en sus garitas de madera, saliendo sólo de vez en cuando a estirar las piernas o a orinar, momento que aprovechaban para mirar la estrella polar que les señalaba la dirección a casa.

El trayecto hasta la playa no tuvo pues el intrínquilis de las grandes aventuras. Un viento frío susurraba entre los espinos, y no había luna. Una fina llovizna puso en peligro la operación mediante una ocasional rociada de gotitas, y la oscuridad era tan absoluta que Pelagia temió perder contacto con su padre, que iba delante de ella. El impacto del frío sobre su derrengado esqueleto la dejaba en un estado atroz cada vez que Warren los hacía parar en silencio, y el hecho de que su padre empuñara una pistola le parecía en cierto modo más aterrador e inquietante que el que ella caminara aferrada a su Derringer. Luchaba a la vez contra el vacío que parecía abrirse en su corazón y contra sus alarmantes y acelerados latidos. Detrás de ella, Antonio Corelli, pese a hacer acopio de fuerzas por la necesidad de proteger a su novia que le precedía, sentía prácticamente las mismas emociones. Se encontró preguntándose por qué estaba metido en todo aquello, rebelándose contra su fuga, pero admitiendo al fin su necesidad. Le oprimía una debilitadora sensación de futilidad y melancolía, y casi llegó a desear que se toparan con una patrulla alemana y así poder morir peleando y matando, acabando bajo el fuego enemigo pero acabando al fin. Sabía que abandonar

la isla sería como quedarse sin raíces.

Se apretujaron los cuatro en la diminuta franja de arena, al abrigo del viento, esperando el destello de un farol que había de llegarles desde el mar. Warren encendió su lámpara y la protegió con la capa mientras los otros tres se turnaban para calentarse las manos a su lumbre. Corelli caminó hasta la orilla y contempló el vaivén de las negras olas, preguntándose si conseguiría sobrevivir. Recordó otras playas, los muchachos de *La Scala* cantando y bebiendo mientras las prostitutas chapoteaban en la orilla de una mar tan calmada y transparente que podría haber sido un lago en la Arcadia. Con los ojos de su mente vio el turquesa inverosímil de la bahía de Kiriaki, visto desde arriba en verano volviendo de Assos, y la belleza de ese recuerdo aumentó su sensación de pérdida. Recordó lo que le había dicho el doctor sobre la xenitia, ese terrible amor nostálgico por su tierra que afecta a los griegos en el exilio, y sintió que también a él le hurgaba en el pecho como una bayoneta. Ahora tenía un pueblo propio, una patria propia, y hasta sus ideas y su forma de hablar habían cambiado. Lanzó una piedra negra al mar para que le trajera suerte y luego volvió con Pelagia. En la oscuridad tomó su cara entre las manos y la abrazó. El pelo seguía oliéndole a romero, y Corelli aspiró el aroma con tanta fuerza que le dolieron las costillas. El aire frío había avivado el perfume, y supo que el romero no volvería a tener un olor tan penetrante y consumado. De ahora en adelante olería a luz que se desvanece y a polvo.

Cuando la luz despidió tres destellos desde el mar y Warren hubo respondido a la señal, Corelli estrechó la mano del teniente, besó a su suegro en ambas mejillas y volvió con Pelagia. No había nada que decir. Él sabía que la boca de ella temblaba de congoja, y él mismo sentía en la garganta la contracción de una emoción similar. Le acarició tiernamente la mejilla y la besó en los ojos, como si quisiera mitigar sus lágrimas. Oyó el ruido hueco de remos golpeando la regala de un esquife, el crujir de la madera sobre el cuero, y al levantar la vista vio la silueta de la embarcación que se aproximaba y las sombras de dos hombres trajinando a bordo. Se acercaron los cuatro al agua y el doctor dijo:

—Que te vaya bien, Antonio. Y vuelve.

El capitán dijo en romaico:

—De sus labios a los oídos de Dios —y abrazó a Pelagia por última vez.

Una vez se hubo metido en las rompientes y subido a bordo esfumándose como un fantasma en la oscuridad, Pelagia corrió hacia las olas hasta que el agua le llegó a los muslos. Se esforzó para verlo por última vez pero no vio nada. Se sintió apresada, atrapada en el vacío como en las garras de unos raptores. Se llevó las manos a la cara y lloró temblando mientras el viento se llevaba unos sollozos de angustia que se perdían entre el siseo del mar.

62. DE LA OCUPACIÓN ALEMANA

De la ocupación alemana poco hay que decir aparte de que consiguió que los isleños acabaran casi queriendo a los italianos que habían perdido. Raramente ocurre que un pueblo pueda resignarse a tomarle cariño a sus opresores, pero ésa había sido prácticamente la regla desde la época de los romanos. Ahora no había italianos trabajando en las viñas codo a codo con los campesinos griegos a fin de vencer el tedio de la vida en la guarnición, ni partidos de fútbol entre equipos que discutían y bromeaban y atacaban en masa al árbitro, ni coqueteo por parte de cabos de artillería que siempre llevaban la gorra torcida, el mentón sin afeitar y un medio cigarrillo en las comisuras de la boca. No había ya tenores que entonaran canciones napolitanas o arias sentimentales a los pinos de las montañas. No había ya ineptos policías militares que provocaran el caos circulatorio en el centro de Argostolion agitando los brazos y dando indicaciones con sus silbatos a todo el mundo a la vez. No había ya un impuntual hidroplano que rezongara por la isla haciendo un indiferente reconocimiento. No había ya escandalosas putas militares de labios pintados y sombrilla al hombro que se bañaran desnudas en el mar y fueran llevadas de un lado a otro en carreta por un griego viejo y meditabundo; nadie supo qué ocurrió con las chicas, probablemente fueron deportadas a algún anónimo campo de la Europa del Este para hacer trabajos forzados, y posiblemente las violaron y las mataron, sepultándolas luego entre los hombres a los que habían amado por obligación, o mezclando sus cenizas con la de éstos en las piras bíblicas que habían llenado el cielo de un humo negruzco, abierto grandes círculos quemados en la hierba y aguijoneado los olfatos con el hedor del queroseno y la carne chamuscada. Todas habían desaparecido: Adriana, la Triestina, Madame Nina...

Los escasos restos de los soldados italianos fueron reunidos una vez terminada la guerra. Varios cuerpos fueron exhumados intactos del cementerio italiano y devueltos a Italia en un barco de guerra con el casco pintado de negro, y se hizo todo lo posible por identificarlos. Pero no hubo manera. Se dice que las familias recibieron huesos y cenizas que podrían haber sido de cualquiera. Así, hubo madres que lloraron por los hijos muertos de otras madres, pero la mayoría se quedó sin ese consuelo pues sus hijos estaban ya fusionándose con el suelo de Cefalonia, o se habían esparcido en el aire de Jonia en forma de ceniza, atajados en la flor de la vida irremisiblemente perdidos para un mundo que en vida había ignorado sus aprietos y en la muerte los dejaba de la mano de Dios.

Atrás quedaban los simpáticos ladrones de gallinas, aquellos individualistas zumbones siempre con una canción en los labios, y en su lugar se produjo un interregno que el doctor consignó en su Historia como la época más horrenda.

Los isleños recuerdan que los alemanes no eran seres humanos. Eran autómatas sin principios, máquinas finamente templadas para el arte del pillaje y la brutalidad, sin otra pasión que el amor por la fuerza ni otra creencia que la de su derecho natural

a aplastar con la bota a toda raza inferior.

Naturalmente que los italianos eran unos ladrones, pero sus salidas nocturnas, sus estratagemas para no ser descubiertos, su vergüenza cuando los pillaban con las manos en la masa, daban a entender que eran conscientes de estar haciendo algo mal. Los alemanes entraban en cualquier casa a cualquier hora del día, volcaban los muebles a patadas, pegaban a los inquilinos, fueran viejos o jóvenes o estuvieran enfermos, y ante sus propios ojos se llevaban lo que les daba la gana. Adornos, anillos que pertenecían desde generaciones a una familia, quinqués, hornillos de benceno, *souvenirs* orientales de los marinos, todo... Les resultaba divertido y apropiado humillar a aquellos negroides de cultura tan despreciable. Despreocupadamente dejaban que la gente se muriera de hambre, y hacían el signo del pulgar triunfal cuando los ataúdes griegos pasaban camino de sus tumbas.

Tanto Pelagia como su padre fueron golpeados en más de una ocasión sin motivo aparente. *Psipsina*, por el delito de ser mansa, fue arrancada de brazos de Pelagia y frívolamente abatida a culletazos de fusil. A Drosoula le quemaron los pechos con colillas de cigarrillo por mirar mal a un oficial. Cuatro soldados que lucían la cabeza de la muerte en sus cinturones y cuyos corazones eran tan oscuros y vacíos como la gruta de Drograti, destrozaron en presencia del doctor todo el material médico acumulado durante veinte concienzudos años de pobreza. En el año de la ocupación alemana, las Serpientes Sagradas no aparecieron en la iglesia de Nuestra Señora de Marcopoulo, y tampoco lo hizo el Lirio Sagrado en Demoustsandata.

Cuando en noviembre de 1944 los invencibles representantes de la raza superior del eterno Reich recibieron la orden de retirada, destruyeron todos los edificios que les dio tiempo a destruir, y los habitantes de Cefalonia se alzaron espontáneamente contra ellos hasta echarlos al mar.

Pero la noche antes de partir, Günter Weber, quien, avergonzado, se había mantenido alejado de la casa desde las masacres, fue con su gramófono y su colección de discos de Marlene Dietrich y lo dejó todo a la puerta de Pelagia, tal como había prometido en días más dichosos. Debajo de la tapa dejó asimismo un sobre, y cuando Pelagia lo abrió encontró una fotografía de Antonio Corelli y el teniente alemán con los brazos mutuamente echados por los hombros. Corelli lucía una complicada toca de mujer con su adorno de frutas artificiales y ajadas rosas de papel; agitaba frente a la cámara una botella de vino, y Günter llevaba en la cabeza una gorra italiana longitudinal puesta de lado. Ambos tenían los ojos entrecerrados y no había duda de que estaban borrachos. Al fondo distinguió la silueta de una mujer desnuda chapoteando en la orilla del mar, en la cabeza la típica gorra de visera de un oficial de granaderos alemán. Tenía los brazos abiertos en un gesto de deleite, y la luz había captado un arco de agua al dar ella una sacudida hacia arriba con el pie. Pelagia no sintió ni sorpresa ni celos ante la presencia de aquel llamativo personaje; parecía normal que estuviera allí, un elemento que se adecuaba muy bien a las circunstancias.

Dio la vuelta a la fotografía y encontró cuatro versos de Fausto cuyo significado

no llegaría a descubrir hasta que se la mostró a un tímido turista alemán, unos treinta y cinco años después. Decía:

*Mein Ruh ist hin,
Mein Herz ist schwer
Ich finde sie nimmer
Und nimmermehr.*

Debajo, Weber había escrito en italiano: «Que Dios te guarde, yo siempre te recordaré».

El gramófono fue escondido en el agujero del suelo, junto con la mandolina de Antonio y la confesión de Carlo, y sobrevivió al fratricidio.

La Historia se repite a sí misma, en primer lugar como tragedia y luego como tragedia otra vez. Los alemanes habían matado casi cuatro mil jóvenes italianos, incluyendo un centenar de enfermeros con brazalete de la Cruz Roja, quemando sus cuerpos o hundiéndolos en alta mar en barcas lastradas. Pero habían sobrevivido otros cuatro mil, e, igual que en Corfú, los británicos bombardearon los barcos que los llevaban a los campos de trabajo. La mayoría se ahogó a bordo, pero los que conseguían saltar al mar eran ametrallados por los alemanes y sus cuerpos dejados a merced de las olas una vez más.

63. LIBERACIÓN

Se fueron los alemanes y empezaron las celebraciones. Pero apenas habían comenzado las campanas a tocar a vuelo, los *andartes* del ELAS, que habían cambiado su acrónimo por el de EAM, salieron de su estado de hibernación y se impusieron al pueblo con ayuda de las armas británicas, suministradas erróneamente por éstos creyendo que iban a servir para derrotar a los nazis. Actuando, según se dijo, bajo las órdenes de Tito, formaron comités y asambleas de trabajadores y procedieron a elegirse a sí mismos por unanimidad para todos los puestos ejecutivos, y a arrancar un impuesto de una cuarta parte sobre todo lo que se les ocurría. En Zante, varios pueblos de tendencia monárquica se armaron y fortificaron las casas, y en Cefalonia los comunistas empezaron a deportar a los personajes incómodos a campos de concentración; durante años habían observado a los nazis desde posiciones seguras, y eran expertos en las artes de la atrocidad y la opresión. Hitler habría estado orgulloso de unos pupilos tan perseverantes. Su policía secreta (OPLA) identificó a los venizelistas y los monárquicos y los puso en la lista negra por fascistas.

En el continente requisaban provisiones de la Cruz Roja, envenenaban los pozos de pueblos hostiles con burros muertos y cadáveres de disidentes, exigían una cuarta parte de los alimentos que llegaban a El Pireo para aliviar a Atenas, publicaban un periódico irónicamente llamado *Alitheia* (La Verdad) que publicaba mentiras sobre sus propios actos heroicos y la cobardía de todos los demás, eliminaban al azar a todo aquel que les molestara acusándolo de *colaboracionista*, contrataban prostitutas para atraer con añagazas a los soldados británicos a su línea de fuego, se disfrazaban de soldados británicos, trabajadores de la Cruz Roja, policías o miembros de la Brigada de Montaña, y utilizaban niños con bandera blanca para conducir a otros a una emboscada. Arrojaron granadas contra gente que iba a la compra o contra soldados británicos que servían rancho a los hambrientos, tomaron como rehenes a veinte mil inocentes, mataron a 114 líderes sindicales socialistas pero no comunistas y destruyeron fábricas, muelles y vías férreas que los alemanes habían dejado intactas. Arrojaron a fosas comunes los cadáveres de griegos a los que habían castrado, rajado la boca en forma de *sonrisa* y sacado los ojos de sus órbitas. Crearon cien mil refugiados y, lo que es peor, los comunistas secuestraron a treinta mil niños y los mandaron a Yugoslavia para adoctrinarlos. Los soldados de ELAS capturados por los británicos suplicaban no ser canjeados por prisioneros, tanto pánico les daban sus líderes, y los griegos de a pie rogaban a los oficiales británicos que les ayudaran. Un dentista de Atenas ofrecía dentaduras postizas gratuitas a los militares.

Todo esto era a la vez irónico y trágico. La ironía estaba en que si los comunistas hubieran continuado con su política de no hacer nada en absoluto, como en la guerra, se habrían convertido sin duda en el primer gobierno comunista libremente elegido del mundo. Mientras que en Francia los comunistas se habían ganado a pulso un sitio respetado en la vida política, los comunistas griegos se desautorizaban a sí mismos

porque ni siquiera los comunistas creían de que había que votarlos. Lo trágico radicaba en que éste era un paso más en el aciago camino que estaba convirtiendo al comunismo en la Mayor y Más Humana Ideología Jamás Puesta en Práctica Incluso Cuando Estaba en el Poder, o quizá La Más Noble Causa que Haya Atraído Jamás el Mayor Número de Gamberros y Oportunistas.

De los millones de vidas irreparablemente malogradas por aquellos gamberros, las de Pelagia y el doctor no fueron sino dos más. El doctor fue sacado a rastras en plena noche por tres hombres armados que habían decidido que por ser republicano era fascista, y que tratándose de un médico no podía ser sino un burgués. Arrojaron a Pelagia a un rincón y la dejaron inconsciente a golpes de silla. Cuando Kokolios salió de su casa para defender al doctor, le cogieron también, aun cuando él era comunista. Con sus actos había dejado ver la impureza de sus creencias, y le hicieron apoyarse en el brazo del monárquico Stamatis cuando los tres fueron llevados al embarcadero para ser transportados.

Pelagia no sabía qué había sido de su padre ni adonde lo habían llevado, y las autoridades no se lo dijeron. Sola en la casa, sin un céntimo y desconsolada, presa de una segunda dosis de atribulada desesperación, pensó por primera vez en su vida en el suicidio. No veía otro futuro que no fuese la sucesión de un fascismo tras otro en una isla aparentemente maldita y destinada a ser una pieza más en un juego dominado por otros, un juego cuyos cínicos participantes iban cambiando pero cuyas fichas se hacían a base de sangre y cuerpos de inocentes y débiles. ¿Cuándo volvería Antonio? La guerra seguía su curso en Europa, él tal vez había muerto. Era una vida en la que su hermosura se marchitaría a causa de la pobreza y su salud a causa del hambre. Vagaba de habitación en habitación con el corazón encogido tanto por sí misma como por el género humano, y sus pasos resonaban en la casa vacía y encantada. Los nazis habían masacrado a sesenta mil judíos griegos, al menos eso decía la radio, y ahora sus propios compatriotas mataban a sus hermanos como si los nazis hubieran sido sólo un cuerpo de policía cuya partida esperaban con ansias los fraticidas. Oyó decir que los comunistas habían matado a todos los soldados italianos que habían ido a luchar con los alemanes. Se recordaba a los muchachos de *La Scala*, se acordaba de cuando decía que odiaría siempre a los nazis; ¿había llegado el momento, finalmente, de odiar siempre a los griegos? De las naciones que habían irrumpido en su casa para maltratarla y robarle sus posesiones, al parecer sólo Italia era inocente. Pensó en lo lentos que habían sido los británicos en venir y se preguntó qué le había pasado al teniente *Bunny Warren*. No se habría sorprendido de haber sabido que poco después de la liberación los comunistas le habían invitado a una fiesta para matarlo allí mismo. Aquél era el hombre que le había dicho «Haría lo que fuese por los griegos, he acabado queriéndolos». Y si ella odiaba a los griegos, ¿cuál era entonces su patria? Se había quedado sin padre, sin posesiones, sin comida, sin amor, sin esperanza, sin país.

Afortunadamente tenía una amiga. Drosoula sabía desde hacía tiempo que Pelagia

ya no estaba enamorada de Mandras, que no iba a haber boda y que debido a la larga ausencia y al prolongado silencio de su hijo, éste había perdido sus derechos. Sabía también que Pelagia esperaba a un italiano, pero no sentía amargura por ello y nunca pronunció una palabra de censura. Cuando, tras el secuestro de su padre, Pelagia se presentó cojeando y sangrando en su casa y se arrojó en sus brazos, Drosoula, que también había padecido mucho, la consoló con palabras que sólo una madre habría podido decir a una hija. Una semana después cerraba puertas y contraventanas de su casita en el muelle y se mudaba a la casa del doctor en la colina. Encontró la pistola italiana con su munición en un cajón de la cómoda y se la guardó para cuando volvieran los cerdos fascistas.

Como Pelagia, Drosoula había menguado con la guerra. Su enorme cara de luna parecía haberse encogido, dándole un aire de etérea espiritualidad pese a sus labios gruesos y sus pobladísimas cejas. Sus alegres michelines habían desaparecido de sus muslos y caderas y su imponente promontorio de senos maternos había ocupado el espacio dejado por la antigua exuberancia de su tripa. La artritis le afectaba ya una rodilla y ambas articulaciones del muslo, y caminaba ahora con un movimiento de arrastre irregular que resultaba doloroso de contemplar. No obstante, su nueva e involuntaria delgadez proporcionaba dignidad a su gran estatura, y sus cabellos grises inspiraban respeto y la hacían aún más formidable. Su espíritu, aún intacto, dio fuerzas a Pelagia.

Para consolarse dormían juntas en la cama del doctor, y de día pergeñaban planes para conseguir víveres y escuchaban las historias y lamentaciones de los demás. Cogían raíces en el monte bajo, hacían germinar antiquísimas judías en unos platos, perturbaban mortalmente la hibernación de los puerco espines, y Drosoula llevaba a su joven amiga a las rocas para enseñarla a pescar y buscar cangrejos entre las piedras, volviendo con unas algas que harían las veces de verdura y sal.

Pero fue un día en que Drosoula no estaba cuando regresó Mandras henchido de supuesta gloria y nuevas ideas, confiando en encontrar la sumisa y extasiada atención de la novia que no había visto en años, y la mirada puesta en exigir una reparación.

Entró por la puerta sin llamar, se despojó de la mochila y apoyó su Lee-Enfield contra la pared. Pelagia estaba sentada en su cama dando los toques finales a la colcha que había tejido para su boda y que, milagrosamente, había empezado a prosperar impecablemente desde la partida de Antonio. Había sido el modo de establecer en su ausencia una vida en común, y cada puntada y cada nudo habían sido hechos con todo el laberíntico anhelo de su solitario corazón. Al oír ruido en la cocina dijo:

—¿Drosoula?

Entró un hombre al que no reconoció, salvo que le recordaba mucho a la Drosoula de antes de la guerra. Tenía la misma tripa y los mismos muslos distendidos, la misma cara redonda y vulgar, idénticas cejas pobladas e idénticos labios gruesos. Tres años viviendo sin dar golpe a cuenta de la munificencia de los británicos y de lo

que robaban a los campesinos habían convertido al guapo pescador en un sapo antropomorfo. Perpleja, Pelagia se puso en pie.

Mandras también estaba perplejo. Aquella chica asustada y escuálida tenía algo que le recordaba a Pelagia.

Pero aquella mujer sin pecho tenía hebras de plata en su delgado pelo negro, las flojas faldas le colgaban hasta el suelo a falta de caderas redondeadas, los labios aparecían cuarteados y resecos, y las mejillas hundidas. Mandras echó un rápido vistazo a la habitación para ver si Pelagia estaba allí, pues supuso que la otra era una prima o una tía.

—¿Eres tú, Mandras? —dijo la mujer, y entonces él reconoció la voz.

Se quedó estupefacto, notando cómo desaparecía de golpe gran parte de su odio, confuso y pasmado. Ella, a su vez, miró aquellas facciones bastas y transfiguradas, y sintió una punzada de horror.

—Creí que habías muerto —dijo al fin.

Él cerró la puerta y apoyó la espalda contra el batiente:

—Querrás decir que lo esperabas. Pues ya ves, no estoy muerto. Estoy vivo. ¿No merezco un beso de mi prometida?

Ella avanzó con timidez y renuencia y le dio un beso en la mejilla.

—Me alegro de que estés vivo —dijo.

Él la cogió de las muñecas con fuerza:

—No te creo. ¿Cómo está tu padre, por cierto? ¿Ha salido?

—Suéltame —dijo Pelagia, y él lo hizo. Ella volvió a la cama y le dijo:

—Se lo llevaron los comunistas.

—Entonces es que hizo algo para merecérselo.

—Él no hizo nada. Curaba a los enfermos. Y a mí me pegaron con una silla y se llevaron todo.

—Razones tendrían. El partido nunca se equivoca. Quien no está con nosotros es que está en contra.

Ella se fijó en que vestía el uniforme de un capitán italiano y que llevaba la estrella roja del ELAS burdamente cosida en la parte frontal de la gorra. Era una zarrapastrosa caricatura del hombre al que había suplantado.

—Tú eres uno de ellos, un comunista —dijo.

Mandras se apoyó contra la puerta con más despreocupación aún, aumentando con su postura la sensación de miedo y de cautividad que tenía ella.

—No sólo uno de ellos —dijo él complacido—, uno de los importantes. Pronto seré comisario, y podremos vivir en una casa grande y bonita. ¿Cuándo vamos a casarnos?

Pelagia se estremeció y se echó a temblar. Él lo advirtió, y eso aumentó su cólera.

—No nos casaremos —dijo ella. Le miró tratando de aplacarle—. Éramos muy jóvenes y muy ingenuos, las cosas no eran como pensábamos que eran.

—¿Ah, no? Y mientras, yo luchaba por Grecia, pensando en ti todo el día y

soñando contigo toda la noche. Y cuando pensaba en Grecia le ponía tu cara, sabes, y así luchaba con más ahínco. Y ahora regreso y me encuentro con una furcia paliducha que ya no se acuerda de mí. ¿Casarnos, he dicho? Olvidaba una cosa. Olvidaba que el matrimonio es una farsa. —Citó el Manifiesto Comunista—: El matrimonio burgués es en realidad un sistema de esposas compartidas.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó ella.

—¿Qué me pasa? —Mandras se sacó de la guerrera un grueso fajo de papeles manoseados—. Esto es lo que me pasa. —Se lo arrojó a los pies y ella lo recogió, revuelto el estómago de recelo. Con el paquete ya en sus manos, comprobó que se trataba de las cartas que le había enviado a Albania cuando estaba en el frente.

—¿Son mis cartas? —dijo, dándoles vueltas una y otra vez.

—Tus cartas, sí. Como recordarás, yo no sé leer, así que he vuelto para que me las leas otra vez. Una petición razonable, creo yo. Me gustaría que empezaras por la última, y ya iremos retrocediendo si hace falta. Vamos, lee.

—Mandras, por favor. ¿Es necesario todo esto? Son cosas pasadas.

—Empieza —dijo él, levantando la mano amenazadoramente.

Ella retrocedió protegiéndose la cara con las manos, y luego empezó a desatar el nudo de cable trampa con que las cartas estaban atadas. Encontró la última pero no pudo leerla. Fingió que la estaba buscando y escogió una de las del principio. Con voz entrecortada empezó:

—«*Agapeton*. Sigo sin noticias tuyas y lo que es raro es que empiezo a conformarme. Panayis ha vuelto del frente sin una mano y me ha dicho que allí hace tanto frío que es imposible coger siquiera un lápiz...».

Mandras la interrumpió:

—¿Me tomas por imbécil, tía guarra? He dicho la última.

Aterrorizada, Pelagia rebuscó entre los papeles para dar con la última, y cayó en la cuenta de que Mandras la estaba sometiendo a la misma tortura por la que había tenido que pasar hacía muchos meses. Miró el escueto mensaje de su última carta y el terror la hizo desfallecer.

—«*Agapeton* —empezó, con la voz rota—, te echo tanto de menos...».

Mandras rugió y le arrebató el papel de las manos. Puso la carta a la luz y leyó:

—«No me escribes nunca, y al principio eso me preocupaba y me ponía triste. Ahora comprendo que a ti te da igual, y eso ha hecho que yo también pierda toda la ilusión. Quiero que sepas que te eximo de tus promesas. Lo siento». —Sonrió sardónicamente con una mueca a la vez siniestra y amenazadora—. ¿Has oído hablar de Proletarios Autodidactas? Ya ves, sé leer. Y esto es lo que he descubierto en las cartas que he llevado pegadas a mi corazón. Es curioso, pero cuando me leíste esta carta una vez, creo recordar que decía otra cosa. Me he estado preguntando de qué manera una carta puede cambiar su contenido; es como para creer en los ángeles. Raro, ¿verdad? No se me ocurre ninguna explicación.

—No quería herirte. Lo siento. Ahora al menos conoces la verdad.

—¿La verdad —gritó—, la verdad? Aquí la única verdad es que eres una puta. ¿Y sabes otra cosa? ¿Sabes qué es lo primero que he sabido al llegar? Viene uno y me dice: «Oye, Mandras, ¿te has enterado de lo de tu exnovia? Se va a casar con un italiano». Conque te has buscado un fascista, ¿no es así? ¿Para eso he estado peleando? Furcia traidora.

Pelagia se puso en pie y dijo con labios temblorosos:

—Déjame salir, Mandras.

—Déjame salir —repitió él burlonamente—. La pobrecita está asustada, ¿verdad?

Se abalanzó en un par de zancadas y la golpeó en la cara con tal brutalidad que ella giró sobre sí misma antes de caer. Mandras le dio una patada en los riñones y se agachó para cogerla por las muñecas. La lanzó sobre la cama y, en contra de su primera intención, empezó a rasgarle el vestido.

Por lo visto, violar mujeres era para él algo inevitable. Un reflejo irresistible que brotaba de lo más hondo de su pecho, un reflejo adquirido en tres años de omnipotencia e impunidad que habían empezado por la apropiación armada de bienes y terminado por la apropiación de cualquier cosa. Era un derecho natural, una cosa de rutina, y la violencia y animalidad que comportaba era infinitamente más estimulante que los débiles agujonazos de deseo con los que terminaba. A veces tenía que matar al final para recuperar un pequeño remanente, un vestigio, del goce precedente. Y luego sobrevenía un gran cansancio, un vacío que lo espoleaba a repetir y repetir.

Pelagia forcejeó, se debatió con manos, rodillas y codos, chilló y se retorció de dolor. Para Mandras aquella resistencia era ilógica e injustificada, así que se sentó y la abofeteó repetidas veces en la cara, tratando de dominarla. A cada golpe su cabeza se bamboleaba. Él intentó levantarle la falda y del bolsillo del delantal de Pelagia cayó el sólido peso de la Derringer, yendo a parar sobre la almohada junto a su cabeza. Mandras, ciego de cólera, resollando ya, no vio la pistola, y cuando la bala le atravesó la clavícula el impacto lo dejó aturdido. Puso un pie en el suelo y se tambaleó hacia atrás cogiéndose la herida, en su mirada una expresión de pasmo y recriminación.

Drosoula oyó el pistoletazo en el momento en que entraba a la cocina, y al principio no identificó el ruido. Pero luego comprendió de qué se trataba y cogió la pistola italiana que guardaba bajo los trozos de pan rancio que a base de mucho disputar con otros tantos hambrientos había conseguido en las oficinas del partido comunista. Sin pensarlo, y sabiendo que pensar podía convertirla en una cobarde, abrió la puerta del cuarto de Pelagia y contempló algo inimaginable.

Ella temía que Pelagia se hubiese pegado un tiro, o que hubiesen entrado ladrones, pero al irrumpir en la habitación vio a la hija del doctor acodada sobre la cama, humeando en su mano derecha la diminuta pistola, ensangrentada la cara, partidos los labios, desgarrada la ropa, los ojos amoratados. Drosoula siguió la dirección de su mirada y el dedo que señalaba, y, apoyado contra la pared de la puerta, vio a un hombre que podía ser su hijo. Corrió junto a Pelagia y la estrechó

entre sus brazos, meciéndola y consolándola, y entonces oyó unas palabras que surgían embozadas por el terror y los gimoteos:

—Ha... intentado... violarme.

Drosoula se incorporó. Madre e hijo se miraron con incredulidad. A medida que la furia enardecía a la mujer, el fuego fue extinguiéndose en el alma de Mandras. Le venció una oleada de autocompasión, y tuvo ganas de echarse a llorar. Todo estaba perdido, todo había quedado reducido a nada. La tortura de la guerra en la gélida Albania, los años en el bosque, la alucinada confianza en sí mismo por su dominio de la caligrafía y su conocimiento de la terminología de la revolución, su nuevo poder e influencia, todo ello se había evaporado como un sueño. Volvía a ser un chico acobardado, temblando ante la furia de su madre. Y el hombro le dolía mucho. Quería enseñárselo a ella, ganarse su compasión, quería que su madre le curara la herida.

Pero ella le apuntó con la pistola, encolerizada, y le escupió la única palabra que parecía decirlo todo:

—Fascista.

La voz de él sonó patética, suplicante:

—Madre...

—¿Cómo te atreves a llamarme madre? Yo no soy madre de nadie y tú no eres mi hijo. —Hizo una pausa y se enjugó la saliva—. Tengo una hija... —Señaló a Pelagia, que estaba acurrucada con los ojos entornados, jadeando como si hubiera dado a luz — y has intentado abusar de ella. Te repudio, no te conozco, no vuelvas por aquí, no quiero volver a verte en mi vida, ya te he olvidado, maldito seas. Ojalá nunca conozcas la paz, ojalá te reviente el corazón, ojalá te mueras solo y abandonado. — Escupió al suelo y meneó la cabeza en señal de desprecio—. Eres un mierda. Sal de aquí, nazi, antes de que te mate.

Mandras olvidó su fusil y también su mochila. Con la sangre goteándole por entre los dedos de la mano con que se sujetaba la herida, salió tambaleante al frío sol de diciembre. Miró con ojos anegados en lágrimas el viejo olivo donde antaño se había columpiado y reído tanto; un árbol que le pareció incompleto sin la Pelagia de antes, lozana y hermosa, picando cebolla bajo el árbol y sonriendo entre las lágrimas. Era un árbol solitario, un árbol que significaba una ausencia y una pérdida. Le agobiaba un torbellino de aflicción y nostalgia, y la tristeza le atenazaba la garganta cuando echó a andar dando tumbos.

No se le ocurrió que él era una cifra de una estadística, otra vida más arruinada y malograda por la guerra, un deslucido héroe sin otro destino que el vacío. Sólo tenía conciencia del desvanecimiento del paraíso, del optimismo que se había vuelto polvo y ceniza, de la alegría que había llegado a brillar más que el sol de estío pero que ahora desaparecía para fundirse en la luz negra y el calor glacial de la masacre y el remordimiento acumulado. Había luchado por un mundo mejor y lo había echado a perder.

Había una vez un lugar donde todo brillaba con el fulgor de la inocencia. Se

detuvo un momento, tratando de recordar dónde estaba ese mundo. Se inclinó, cayó casi de espaldas, los campesinos observaban desde sus casas con cara de extrañeza. No le conocían, aunque les resultaba familiar, y pensaron que era mejor no meterse. Ya había habido suficientes soldados, suficiente sangre. Le miraron desde sus ventanas y vieron cómo se incorporaba y se alejaba pesadamente.

Mandras bajó hasta la playa. Junto a la orilla del agua, contempló las burbujas de espuma que relucían y se deshacían contra sus botas. Botas italianas, recordó de pronto, de un hombre que no había muerto en paz. Se las quitó y vio cómo describían un arco sobre el agua y se sumergían. Con la mano libre se desabotonó los pantalones, los dejó caer y se los quitó. Con cuidado se quitó la guerrera y la dejó resbalar por su hombro herido. Contempló maravillado el círculo de sangre que empapaba una circunferencia aún mayor en su camisa, alrededor de aquel diminuto orificio. Luego se desabrochó la camisa y la dejó caer también.

Se quedó desnudo frente al mar, pese al intenso frío, y escudriñó el cielo en busca de gaviotas. Ellas lo guiarían hasta los peces. Se dio cuenta de que sólo quería sentir el mar en su carne, el tacto de la arena en su piel, el tensarse y contraerse de su ingle sobre la fría caricia del agua salada y sedosa. Sintió el azote del viento, y la herida le dolió menos. Necesitaba una ablución.

Recordó los días pasados en su barca sin nada que hacer salvo pescar y bizquear mirando el sol, recordó la sensación de triunfo cuando pescaba alguna pieza buena para Pelagia, lo mucho que le gustaba que a ella le gustase el regalo, los besos robados en tardes de chirriar de grillos cuando el sol caía sobre los cielos de Lixouri. Recordó que en esa época él era delgado y apuesto, de músculos ufanos y llamativos, y que una vez hubo tres criaturas salvajes y exuberantes que le habían querido y confiado en él. Criaturas que, gráciles y sencillas, no se alteraban por dotes ni veleidades, ni les preocupaba cambiar el mundo, seres con amor pero sin complicaciones.

—¡*Kosmas!* ¡*Nionios!* ¡*Krystal!* —gritó, y se adentró en el mar.

El pescador que recogió el cuerpo abotagado informó que tres delfines se turnaban para acercarlo suavemente hacia la playa. Pero historias parecidas se contaban desde tiempos remotos, y en realidad nadie sabía si se trataba de una imagen romántica o de un hecho demostrable.

64. ANTONIA

Había habido tantas violaciones y tantos nuevos huérfanos, que Pelagia y Drosoula no se sorprendieron al encontrar un paquete abandonado en el umbral de su casa. Por la época en que había nacido, su padre podía haber sido un nazi o un comunista y su madre una de tantas muchachas desafortunadas. Quienquiera que hubiera sido aquella chica contrita y deshonrada, había tenido la precaución de dejar a su hijo a la puerta de un médico, sabiendo que allí tendrían alguna idea sobre qué hacer. El caos del momento era tan ingobernable que a las dos mujeres sólo se les ocurrió intentar cuidarlo ellas mismas, pensando que a su debido tiempo lo adoptaría alguna familia sin hijos o la Cruz Roja se haría cargo de él.

El retoño era una niña, una criatura nacida para un mundo mejor que estaba aún por venir. Era tranquila y serena, no buscaba pretexto para esos enloquecidos aullidos con que algunos críos torturan a sus padres, se chupaba el pulgar de la mano derecha, hábito que no perdería ni siquiera de mayor, y sonreía con generosidad, agitando brazos y piernas en un alegre vaivén que Pelagia llamaba *zarandeo*. Se la podía inducir a emitir un prolongado trino de placer con sólo apretarle la punta de la nariz con un dedo, produciendo entonces un sonido que recordaba tanto a un trémolo lento en una cuerda grave que Pelagia decidió ponerle el nombre de la mandolina del capitán Corelli.

Las dos mujeres, cuyas almas habían sido templadas en los crisoles del desconsuelo y la infelicidad, encontraron en Antonia una nueva e intensa razón de ser para sus vidas. No había penuria tan dura de soportar que ella no hiciera tolerable, y la niña ocupó su lugar en aquel providencial matriarcado como si el destino la hubiera asignado a él. En toda su vida no formuló una pregunta sobre su padre, como si le hubiera correspondido de forma natural nacer por partenogénesis, y sólo cuando estaba solicitando un pasaporte para ir al extranjero en su luna de miel descubrió que oficialmente no existía.

Sin embargo, abuelo sí tenía. Cuando el doctor Iannis regresó dos años después y entró penosamente en la cocina sostenido por los brazos de dos hombres de la Cruz Roja, absolutamente destrozado por el horror de la brutalidad cotidiana, mudo de por vida y emocionalmente parálítico, se inclinó para besar a la niña en la frente antes de retirarse a su cuarto. Del mismo modo que Antonia no especulaba sobre un posible padre, tampoco el doctor Iannis especulaba sobre la niña. Le bastaba con saber que el mundo se había bifurcado por un sendero que le resultaba inaprehensible, ajeno y opaco. Se había convertido en un espejo que reflejaba borrosamente lo grotesco, lo demoníaco y la hegemonía de la muerte. Aceptó que su hija y Drosoula durmieran en su cama y él ocupar la de Pelagia, porque, fuera cual fuese la cama, seguiría soñando los mismos sueños de una marcha forzada de centenares de kilómetros sin las botas que le habían robado, sin sustento y sin agua. Oiría los gritos de los lugareños mientras ardían sus casas, los gritos de la castración y de ojos arrancados y

contemplaría una y otra vez a Kokolios y Stamatis, el comunista y el monárquico, la viva imagen de Grecia misma, muriendo el uno en brazos del otro e implorándole que los dejara al pie del camino por miedo a que lo fusilaran a él. En su mente resonaba perpetuamente el himno del ELAS, un panegírico a la unidad, el heroísmo y el amor, y la amarga ironía de que le llamaran camarada cuando le azotaban la espalda y le apoyaban una pistola en la nuca en las falsas ejecuciones que a sus guardianes les resultaban tan graciosas.

En su mundo sin palabras, pensando en imágenes porque las palabras eran endebles y se alejaban de la verdad, el doctor Iannis se consolaba con Antonia del mismo modo que se había consolado con su hija tras la muerte de su joven esposa. Solía mecer a la niña en sus rodillas, arreglarle sus negros cabellos, hacerle cosquillas en las orejas, mirarla fijamente a sus ojos castaños como si aquello fuera la única forma de hablar, y a cada sonrisa de ella su corazón se llenaba de pena porque cuando fuera mayor perdería su inocencia y sabría que la tragedia desgasta los músculos faciales hasta que la sonrisa se torna imposible.

El doctor Iannis se dedicó de nuevo a la medicina, y ayudó a su hija en una inversión de sus anteriores papeles. A ella la alarmaba ver cómo le temblaban las manos cuando se ocupaba de heridas y llagas, y sabía también que él la ayudaba a pesar de su abrumador sentimiento de futilidad. ¿Para qué preservar la vida si todos hemos de morir, si la inmortalidad no existe y la salud es un efímero accidente de la juventud? Ella se maravillaba a veces del invencible poder de su impulso humanitario, un impulso tan inconcebiblemente valeroso, desesperado y quijotesco como el quehacer de Sísifo, un impulso tan noble e incomprensible como el que induce a un mártir a lanzar bendiciones mientras se consume en la pira. Por las tardes lo estrechaba entre sus brazos y lo abrazaba mientras él meditaba sobre su pasado, húmedos los ojos de tristeza, y hundía la cabeza en su pecho, sabedora de que la desesperación de él aligeraba la suya.

Procuró que continuara la redacción de su Historia, y cuando sacó los papeles del escondite y se los puso delante, él pareció dispuesto a trabajar. El doctor echó un vistazo a sus escritos, pero al cabo de una semana Pelagia comprobó que sólo había añadido un breve párrafo con una letra que había pasado de la antigua mano firme a un caos de oscilantes patas de araña y asaetadas ondas. Pelagia lo leyó y recordó algo que su padre le había dicho una vez a Antonio. Cruzando en diagonal el pie de la última página, su padre había escrito: «Antiguamente contábamos con los bárbaros; ahora, la culpa sólo es achacable a nosotros mismos».

Durante su estancia en el escondite, Pelagia redescubrió el rifle de Mandras, la mandolina Antonia y los papeles de Carlo, que leyó de un tirón en una sola tarde, empezando por la desgarradora y profética carta de despedida y continuando por lo acaecido en Albania y la muerte de Francesco. No había imaginado que aquel simpático y viril Titán hubiera sufrido tanto por un infortunio secreto que le había condenado a ser un extraño para sí mismo. Pero al final comprendió el origen

verdadero de toda su fortaleza y su sacrificio, y también comprendió que nada hay menos obvio en un hombre que lo que parece incuestionable. Vio que Carlo se había propuesto tanto perder la vida cuanto salvar la de Corelli, y se dio cuenta de que su propia hija adoptiva le habría inspirado a ella ese mismo inefable valor.

Antonia creció alta y esbelta, aproximándose día a día a la imagen clásica de la amazona tal como se representa en los jarrones de museo. Andaba a zancadas, y muy pronto adoptó el blanco como color dominante en su ropa. Era incapaz del menor decoro: cuando se sentaba en la butaca de su abuelo no sólo se chupaba el pulgar sino que dejaba una pierna colgando lánguidamente por encima del brazo del sillón, repantigada de una manera nada femenina y respondía a las reconvenciones de su madre y de Drosoula con un «No seáis anticuadas». Pelagia reconocía que, en una casa llevada por dos mujeres excéntricas, nadie más que ella misma tenía la culpa de que Antonia llevara camino de convertirse en una anomalía entre las de su sexo, proceso que el doctor padre había inaugurado con la propia Pelagia.

Excéntricas sí se las consideraba. Las casquivanas chismosas del pueblo transformaron a Drosoula, con su extraordinaria fealdad, y a Pelagia, con su intrépida falta de deferencia para con los hombres, en un par de viejas brujas regañonas. El que el doctor estuviera mudo e impotente lo explicaban por la acción de pócimas químicamente castrantes y de ensalmos otomanos, y el que Pelagia se viera forzada por la indigencia a echar mano de valeriana y tomillo en lugar de sofisticadas drogas modernas no hizo sino exacerbar la certeza de que sus métodos eran sospechosos y esotéricos. Los niños las apedreaban al pasar, se mofaban de ellas, y los adultos aconsejaban a sus hijos que no se les acercaran y a sus perros que les ladraran. Pese a ello, Pelagia se ganaba la vida, porque al caer la noche la gente acudía furtivamente a su casa, convencidos de que sus curas y sus lociones eran infalibles.

La primera gran crisis de este *modus vivendi* tuvo lugar en 1950, cuando las mujeres de la casa no pudieron reunir dinero suficiente para sobornar a un funcionario de sanidad a fin de que pasara por alto que el doctor y su hija carecían de título para ejercer. La prohibición de practicar la medicina pareció que les hundiría en la más abyecta miseria y les obligaría a subsistir nuevamente a base de lagartijas, puerco espines y caracoles. Pero, como si los hados les sonrieran por primera vez, un lúgubre poeta canadiense especializado en rimas sobre intentos de suicidio y lamentaciones metafísicas arribó a la isla y buscó hospedaje. Era el primero de una nueva avanzadilla de intelectuales románticos con aspiraciones byronianas. El hombre buscaba una casa sencilla entre gente sencilla del campo donde abordar de cerca las arenosas realidades de la vida.

Lo que consiguió fue una casa sencilla entre gente sencilla del mar. Avergonzada y deshaciéndose en disculpas, Drosoula le enseñó las dos habitaciones de su insalubre, húmeda, despintada y ligeramente maloliente casita en el muelle; había estado cinco años cerrada y se había convertido en refugio de cucarachas, lagartijas y ratas. Ya estaba preparándose para recibir una desdeñosa negativa cuando él mostró

su conformidad y le propuso pagar un alquiler que era nueve veces y media mayor que el que ella había pensado pedir. Drosoula pensó que aquel hombre era rico además de loco, y el canadiense se alegró de haber encontrado una bicoca que hasta un poeta podía permitirse alquilar. Sintióse incluso culpable, ponía más dinero de la cuenta en el sobre que dejaba en la contraventana, dinero que Drosoula le devolvía puntualmente.

Tres años se quedó hasta el desastre de 1953, llenando las habitaciones de neuróticas rubias bohemias y de elegantes novelistas marxistas que exponían sus teorías conspiratorias con creciente vehemencia, rodeados de botellas de tinto barato cuyo contenido alcohólico y deletéreo efecto sobre el intelecto eran bastante más importantes de lo que ellos suponían. El poeta se hubiese quedado aun después de la catástrofe, pero cayó en la cuenta de que la relajación, el sol y la felicidad infligían daños irreparables a su inspiración. Al final se había vuelto imposible escribir poemas deprimentes, y el canadiense comprendió que urgía regresar a Montreal, vía París, donde la libertad estaba a punto de ser reconocida como la principal fuente de ansiedad.

Por su parte, Pelagia, Drosoula y Antonia se recrearon en la libertad de su riqueza sin precedentes. Comían cordero al menos dos veces por semana, y podían comprar alubias secadas ese mismo año. Es más, la botella diaria de vino tuvo sobre el doctor el saludable efecto de curarle las heridas psíquicas liberando sus recuerdos y restándoles importancia, hasta que por fin empezó a sonreír y a reír, si bien no volvió a hablar. Se había acostumbrado a dar largos paseos con Antonia, durante los cuales observaba a la muchacha disfrutando de las mariposas y saltando de un tesoro a otro de un modo que le recordaba a Lemoni de niña. El único problema que la vida les planteaba en aquel momento era que habían adoptado un gato.

El problema no era grave, aunque sí fastidioso. Por lo visto los gatos habían sido exterminados de la isla, por razones obvias, durante la guerra, pero en cuestión de unos años se habían reproducido hasta alcanzar su anterior población. Volvían a verse rollizas y satisfechas criaturas felinas esperando la llegada de pulpos o pescados en los muelles, y volvían a verse gatos patéticos, infestados de gusanos, escuálidos y atrofiados mendigando de casa en casa sin recibir otra cosa que golpes y patadas.

Lo que pasó es que Drosoula empezó a llamar *gatita* a Antonia, lo que en ningún caso era raro ni injustificado, y ese nombre (*Psipsina* en griego) se le había pegado también a Pelagia, hasta que la niña acabó casi olvidando su verdadero nombre. Se había acostumbrado totalmente a un apodo que encajaba muy bien en su carácter felino, en su lánguida figura, y estaba habituada a que la llamaran a cenar por ese nombre. La familia tardó un tiempo en averiguar por qué una noche y en noches sucesivas un gatito manchado entraba saltando por la ventana de la cocina y se subía a la mesa cuando llamaban a Antonia.

Al principio lo ahuyentaban con la mano o propinándole azotes con un trapo de cocina, pero el gato perseveró y al final consiguió quedarse. Eso significaba que

Antonia oía decir «*Psipsina*, bájate de la mesa» cuando estaba jugando tranquilamente en el patio, o «*Psipsina*, la cena», y se encontraba en el piso de la cocina con un poco atractivo plato de asaduras crudas y sanguinolentas. Si alguien gritaba de pronto «*Psipsina*, no hagas eso», se quedaba de piedra a media travesura y se preguntaba si la habían pillado in fraganti. Muy sensatamente Drosoula propuso que Antonia y el gato intercambiaran nombres, de modo que el gato se llamara Antonia y la niña *Psipsina*, pero lo probaron y no funcionó.

Durante todo este tiempo Pelagia estaba convencida de que Antonio Corelli había muerto, y al igual que su padre acabó creyendo en la existencia de los fantasmas.

Había sucedido por primera vez un día de octubre de 1946, casi en el aniversario de las masacres, cuando Pelagia se encontraba delante de la casa con la pequeña Antonia en brazos. En aquel momento estaba arrullando al bebé y dándole a chupar el dedo índice. Algo le hizo levantar los ojos, y entonces vio una figura de negro que la miraba. Estaba en el mismo sitio donde Mandras había sido alcanzado por el cañonazo de Velisarios. La figura seguía mirándola, suspendida entre la vacilación y el paso al frente, y a Pelagia le dio un vuelco el corazón. El hombre tenía un halo de melancolía como de nueve mil almas en pena, y a su rostro asomaba la tristeza con la misma rotundidad con que una luz atraviesa la camisa de una lámpara de gas. Estaba segura de que era él. Pese a la barba y a su delgadez, pudo ver claramente la cicatriz en la mejilla, los mismos ojos castaños, la misma disposición del cabello, la misma simetría en el porte. Excitada más allá del júbilo, dejó al bebé en el suelo para ir a su encuentro, pero cuando miró ya se había ido.

Con el corazón palpitándole, Pelagia echó a correr. Al doblar la curva del camino se detuvo y miró frenéticamente alrededor. «¡Antonio! —gritó—. ¡Antonio!». Pero nadie le respondió y ningún hombre fue hacia ella. Se había esfumado. Levantó las manos al cielo y las dejó caer de nuevo con gesto de desesperación. Siguió allí de pie dando voces hasta quedar exhausta. A la mañana siguiente encontró una solitaria rosa roja en el suelo, allí donde yacían los restos de Carlo Guercio.

El mismo fantasma apareció en el mismo lugar en 1947, y en años sucesivos, casi a la misma hora y en un día u otro del mes de octubre había una rosa. Fue por esto que Pelagia dedujo que Antonio había cumplido su promesa de volver y que era posible seguir queriendo incluso desde más allá de una tumba. Esto permitió a Pelagia vivir satisfecha, sabiendo que no había sido abandonada ni repudiada, con la mente llena de fantasías en las que era deseada incluso pese a su condición de marchita solterona, y pensando que su muerte le devolvería todo cuanto le habían robado en vida.

65. 1953

Cuando Zeus quiso fijar la ubicación exacta del ombligo del mundo soltó dos águilas desde los perímetros más lejanos del mismo y tomó nota del punto en que el vuelo de ambas aves se cruzaba. Eso ocurrió en Delfos, y Grecia se convirtió en el sitio donde el este se separa del oeste, y el norte del sur, lugar de cita de culturas que se excluyen mutuamente y encrucijada de los rapiñadores ejércitos ambulantes del mundo.

Pelagia se había enorgullecido en tiempos de vivir supuestamente en el centro exacto, pero ahora renunciaba a ser griega, si acaso tal cosa era posible. Había visto con sus propios ojos el desdén con que la gente trataba a Drosoula sólo porque quedarse viuda era como dejar de existir. Por aquel meticuloso idealismo suyo de intentar curar a los enfermos se había ganado la reputación de bruja y, aún peor, la barbarie de la guerra civil había eliminado para siempre la fe helénica que su padre le había inculcado de pequeña. No podía seguir creyendo que fuera heredera de la más exquisita cultura de la historia; puede que la Grecia antigua hubiera estado en el mismo sitio que la moderna, pero el país no era el mismo, y la gente tampoco. Papandreu no era Pericles, seguro, y el rey difícilmente era Constantino.

Pelagia fingía para sus adentros ser italiana. Desde lejos le era más fácil sentirse parte de aquel país precisamente debido a la distancia, y el hecho de no haber estado nunca allí le ahorró comprobar que no estaba más poblado de mandolinistas liberales y tolerantes que la propia Grecia. «Al fin y al cabo —se decía—, iba a casarme con un italiano, sé hablar italiano y supongo que en Italia podría haber llegado a médico».

En consecuencia, educó a Antonia en italiano, de modo que ésta aprendió el griego romaico de Drosoula pero no llegó a hablar *katharevousa*. Además, compró una radio a un hombre que se alegró de deshacerse del aparato casi por nada, ya que el sintonizador no funcionaba bien y sólo se sintonizaban emisoras italianas. Pelagia compró la radio en 1949, poco después de que la batalla de Vitsi pusiera punto final a la guerra civil, y la pudo escuchar en el aniversario de las masacres de octubre. Quería muchísimo a su radio, sacaba lustre al rasguñado barniz hasta hacerlo relucir y descuidaba sus obligaciones sentándose a escucharla durante horas, y no sólo a escucharla sino a contemplarla expectante como si de un momento a otro Antonio pudiera filtrarse como el humo por entre la malla metálica.

Detestaba abandonar su aparato y solía sentarse durante horas a oír disparates con la sola esperanza de escuchar *Non ti scorda di me, Core'n grato, Parlami d'amore, o La donna è mobile*. Pero lo que más ansiaba era sentirse transportada a los días de *La Scala*, al escuchar *Torna a Surriento*, la canción favorita del club y la que entonaban más veces, y entonces cerraba los ojos en un estado de feliz melancolía oyendo aquella tonada e imaginándose a los chicos junto al olivo, conscientes apenas del melodrama de sus gestos mientras cantaban a pleno pulmón los emocionantemente bellos mordentes y apoyaturas de la frase final, tras lo cual se sentaban en medio de

un momentáneo silencio nostálgico para luego suspirar, menear la cabeza y enjugarse las lágrimas con la manga. Fue también gracias a la radio que Pelagia descubrió que había hermosas canciones para mujeres, y se ponía a cantar *O mio bambbino caro* a viva voz mientras fregaba el suelo de rodillas, dotando a la melodía de microtonos orientales y aderezándola de ululatos, con lo que abjuraba del intento mismo de convertirse en italiana.

Prestaba también una atención especial al sonido de las mandolinas, y se recordaba a sí misma que un día tenía que rescatar la del capitán, todavía en el escondite. Una vez, volviendo de recoger bayas, habría podido jurar que oyó los compases finales de la *Marcha de Pelagia*, pero comprendió que era imposible puesto que el capitán había muerto. Lo que pasaba era que aquel mundo disoluto disponía de otros músicos que podían ocupar su sitio. A menudo pensaba dónde habría muerto Corelli; seguramente en el mar, a bordo de aquel esquife, aunque tal vez en Anzio, en Italia, o en algún punto de La Línea Gótica. La llenaba de una absoluta aflicción el imaginarse su esqueleto palideciendo bajo tierra, inútiles e inmovilizados los músculos y tendones que habían producido aquella música. La tierra que lo cubría estaba tal vez tan silenciosa como la que contenía los cuerpos de los muertos en el monte bajo, o tal vez era una vía pública como la que ahora cubría la tumba de Carlo Guercio. A ella no le gustaba pasar por encima, y se burlaba de sí misma por el absurdo recato de temer que un muerto pudiera estar mirándole las faldas desde las profundidades.

Pero el suelo de Cefalonia no estaba inerte; era como el perro que ha dormido bajo la lluvia y se levanta para sacudirse las gotas.

Dicen que en épocas remotas todas las tierras eran una sola, y parece que los propios continentes profesan cierta nostalgia por aquel estado de cosas, del mismo modo que hay personas que dicen pertenecer al mundo y no a un país determinado, exigiendo así un pasaporte internacional y un derecho universal de residencia. Así, India empuja hacia el norte arrancando de cuajo el Himalaya, resuelta a no ser una isla sino a invadir Asia con su húmeda y tropical sensualidad. La península Arábiga inflige una astuta venganza sobre los otomanos apoyándose en Turquía con intención de hacerla caer al mar Negro. África, harta de que los blancos la consideren almizcleña, peligrosa, impenetrable y romántica, aprieta hacia el norte decidida a que Europa la mire por fin a la cara y admita de una vez que su civilización nació en Egipto. Sólo los americanos corren hacia poniente, tan resueltos a ser superiores y únicos que hasta han olvidado que el mundo es redondo y que por fuerza un día se encontrarán pegados prodigiosamente a China.

A posteriori todos se hacían cruces de no haberlo previsto, pero la última vez que había ocurrido tal cosa había sido no en Cefalonia sino en Leukos, en 1948, cuando Grecia estaba tan sumida en la barbarie que nadie más se había dado cuenta, y los signos y presagios de aquella mañana fueron considerados más extraños que portentosos.

Había terminado la guerra de Corea, aunque tropas francesas acababan de ser lanzadas en paracaídas sobre Indochina, y era un bonito 13 de agosto de 1953, próxima ya la festividad de la Asunción, tras la cosecha de la vid. Había una delgada calima y el cielo aparecía cubierto de nubes veteadas como estelas de vapor desplegadas en curiosos ángulos, como si fueran obra de un artista expresionista con alergia al orden y serias objeciones estéticas a la simetría y la forma. Drosoula había advertido un inexplicable y raro olor que impregnaba la tierra, y Pelagia había notado que el agua estaba en el nivel más alto del pozo, pese a que no había llovido. Sin embargo, al regresar allí con el balde no había encontrado rastro de líquido. El doctor Iannis, que había estado apretando los diminutos tornillos de sus gafas, descubrió asombrado que se le pegaban al destornillador con increíble fuerza magnética. Antonia, de ocho años pero alta como una niña de doce, al agacharse a recoger una hoja de papel, ésta revoloteó y se le quedó pegada a la mano. «Soy bruja, soy bruja», exclamó, dando saltos, y al salir de la casa vio que un puerco espín con dos crías abandonaba a toda prisa el patio y que un búho igualmente nocturno la inspeccionaba desde una rama baja del olivo, flanqueado por varias hileras de las nuevas gallinas de Pelagia que descansaban en sus perchas, ajenas a todo con la cabeza bajo el ala. Si Antonia hubiese mirado, habría visto que ningún pájaro volaba en el cielo, y si hubiera bajado a la playa habría visto platijas nadando cerca de la superficie, y a los otros peces saltando como si de pronto quisieran ser pájaros y nadar en el aire, mientras muchos otros se convertían en tortugas y morían en tierra.

Serpientes y ratas abandonaban sus madrigueras, las martas de los pinos cefalonios se congregaban en nutridos grupos a ras de tierra y se sentaban a esperar como melómanos antes de una obertura de ópera. Junto a la casa del doctor, un mulo atado a la tapia forcejeaba con la cuerda y daba coces a las piedras, haciendo reverberar con sus pezuñas toda la casa. Los perros del pueblo iniciaron ese torpe y enervante coro que normalmente acontece al atardecer, y cientos de grillos atravesaron calles y patios en peregrinación para esfumarse entre los espinos. Los episodios curiosos se sucedieron. Platos y cubiertos traqueteaban igual que en la guerra cuando aparecían los bombarderos ingleses. En el patio el cubo de Pelagia se volcó solo, derramando el agua que contenía. Drosoula entró en la casa sudando y temblando y dijo a Pelagia; «Estoy enferma, me encuentro muy mal, algo le pasa a mi corazón». Se dejó caer en una silla agarrándose el pecho con la mano y jadeando de nervios. Nunca había sentido los miembros tan débiles ni los pies tan torturados por pinchos y agujas. Desde la última fiesta del santo no había tenido tantas ganas de vomitar. Respiraba boqueando, y Pelagia tuvo que prepararle un reconstituyente.

Antonia, que estaba en el patio, notó que tenía dolor de cabeza y que estaba un poco mareada, y se sintió asimismo oprimida por ese vertiginoso terror que uno experimenta al borde de un precipicio al notar que algo lo atrae hacia él. Pelagia salió y le dijo: «*Psipsina*, ven a ver; la otra *Psipsina* ha perdido la chaveta».

Era verdad. El gato se había dado al comportamiento más misterioso que se había

visto en un felino desde los tiempos de Cleopatra y los Tolomeos. Arañaba el suelo como si enterrara o desenterrara alguna cosa, y luego se revolcaba allí mismo como expresando placer o meneándose contra el escozor de sus pulgas. De pronto saltaba hacia un lado y acto seguido lo hacía en vertical a extraordinaria altura. Dirigía su mirada a los humanos durante una fracción de segundo, daba un salto mortal con una expresión pasmada que sólo podía significar asombro, y luego salía disparado para subirse al árbol. Un minuto después volvía a estar en la casa buscando cosas en que meterse. Probaba si cabía en un cesto de mimbre, metía cabeza y patas en una bolsa de papel marrón, se sentaba un rato en una cacerola demasiado pequeña para su tamaño y luego se subía por la pared para posarse, bizqueando como un búho, en lo alto de una persiana que se balanceaba precariamente y crujía bajo su peso. *Gata loca*, le reconvino Pelagia, a lo que el animal saltó y brincó de un estante a otro, corriendo como poseída por toda la habitación, con un estilo que le recordó a Pelagia su epónima predecesora. La gata se detuvo bruscamente, esponjada la cola grotescamente, erizado al máximo el pelaje de su lomo arqueado, y bufó con fiereza a un enemigo invisible que parecía estar en algún punto cercano a la puerta. Luego regresó tranquilamente al suelo, se escabulló al patio como acechando alguna presa y se sentó en la tapia a maullar trágicamente, perpleja por la pérdida de sus gatitos o quejándose de alguna atrocidad. Antonia, que no había dejado de batir palmas y reír de gusto, rompió a llorar de repente, exclamó «Mamá, tengo que salir» y se fue corriendo.

Drosoula y Pelagia intercambiaron miradas de «¿Ya ha llegado a la pubertad?», cuando de la tierra bajo sus pies brotó un espeluznante rugido tan por debajo de una altura audible de sonido que más que oírse fue sentido. Las dos mujeres notaron cómo el pecho les subía y les bajaba, vibrando constreñido por senos y cartílagos, las costillas a punto de partírseles, y un dios parecía propinar potentes golpes a un bombo dentro de sus pulmones. «Un ataque al corazón —pensó Pelagia con desesperación—. Dios mío, si apenas he vivido», y vio a Drosoula agarrándose el abdomen y con los ojos desorbitados, trastabillando hacia ella como víctima de un hachazo.

Era como si el tiempo se hubiera detenido y el indescriptible rezongar de la tierra no fuera a terminar nunca. El doctor Iannis salió de estampida por la puerta del cuarto que había sido de Pelagia y habló por primera vez en ocho años: «¡Salid! ¡Salid! —gritó— ¡Es un terremoto! ¡Poneos a salvo! Su voz sonaba menuda e infinitamente remota en medio de aquella explosión gutural de ruidos cada vez más fuertes, y una sacudida lo arrojó a un lado».

Aterradas y cegadas por el frenético saltar y estremecerse del mundo, las dos mujeres se dirigieron hacia la puerta tambaleándose, fueron arrojadas al suelo e intentaron arrastrarse. Al infernal estruendo de la tierra vino a sumarse la cacofonía de platos y cacerolas cayendo en cascada, la amenazadora, desenfrenada pero melindrosa tarantela de sillas y mesa, los crujidos de paredes y vigas al partirse, el fortuito repicar de la campana de la iglesia, y una sofocante nube de polvo pestilente

como el azufre que desgarraba ojos y gargantas. No pudiendo arrastrarse a gatas porque eran despedidas una y otra vez hacia arriba y hacia los lados, extendieron manos y piernas y ganaron la puerta reptando como serpientes, justo en el momento en que el techo se derrumbaba.

Salieron al bamboleante patio. El cielo se había quedado sin luz, el horroroso clamor estallaba dentro de sus cabezas y en su pecho, el polvo se levantaba lentamente de la tierra como atraído por la luna. El viejo olivo, ante sus propios ojos, rindió pleitesía a la tierra y se partió por la mitad del tronco antes de salir despedido hacia arriba y agitar sus ramas como un nazareno paralítico. Del centro de la calzada surgió un borboteante y asqueroso chorro de agua que alcanzó los doce metros de altura para desaparecer después como si no hubiera existido nunca, dejando un charco que rápidamente se llenó de polvo y se desvaneció. En lo alto de la colina, e invisible a causa de las cortinas ascendentes de polvo ceniciento, una placa de roca y arcilla roja se desprendió de la falda y empezó a bajar como por un tobogán, penetrando en la calle por el lado sur, arrastrando olivos en su trayectoria y borrando el sembrado del que habían emigrado los grillos. De nuevo el gigante inquieto que habitaba las entrañas de la tierra descargó un fuerte puñetazo en vertical hacia arriba, de forma que las casas saltaron de sus cimientos y sólidas paredes de piedra vibraron como papeles al viento, y súbitamente sobrevino una quietud mortal. La tierra se sumió en un silencio misterioso y sepulcral, como lamentándose de la catástrofe, y Pelagia, tosiendo y perdida de polvo, imbuida de una intensa sensación de impotencia y absoluta pequeñez, empezó a incorporarse sin haber recuperado aún el aliento tras la última sacudida titánica que le había paralizado los pulmones y obturado el diafragma. Se puso en pie, se tambaleó, y aquella quietud sobrenatural fue súbitamente interrumpida por los salvajes gritos del cura, que había salido corriendo de su iglesia y ahora daba vueltas y más vueltas en redondo, los brazos alzados al cielo, echando chispas por unos ojos que destacaban entre la mugre de su cara, no implorando a la divinidad que desistiera —como Pelagia supuso al principio— sino riñéndola. «¡Hijo de la gran puta! —rugía el cura— ¡Perro sarnoso! ¡Bastardo inmundo! ¡La fulana que te parió!». Las olvidadas palabras le salían como vomitadas, toda la serenidad de su alma piadosa se había transformado de pronto en desprecio. Cayó de hinojos, machacó la tierra con los puños e, incapaz de aplacar su cólera, volvió a ponerse en pie de un salto y amenazó al cielo con el puño. Con lágrimas en los ojos, inquirió: «¿Acaso no te hemos amado? ¡Desagradecido de mierda! ¡Excremento del demonio!».

En ese preciso momento, a modo de respuesta, el profundo gruñido recomenzó con renovada fuerza. Una vez más el puño plutónico golpeó desde los más profundos abismos, y una vez más la corteza y las rocas de Cefalonia se echaron a temblar, mientras los picos de las montañas se balanceaban como mástiles de barco. Arrojada nuevamente al suelo, Pelagia se aferró a la oscilante tierra, abolido su instinto de supervivencia por el temor y la impotencia que experimentaba. El mundo entero se

había reducido al tamaño de una oscura bola de fuego que parecía surgir de su estómago y derramar sus arrolladoras llamas en las fibras de su cerebro, y en medio de aquel infierno solitario ella se retorció y atragantaba, incrédula, estupefacta, más allá de la sorpresa o el desaliento, como juguete en manos de una tierra impúdica e implacable.

Hacia el sur, en la isla de Zante, la capital resplandecía bajo una lluvia de cenizas incandescentes que torturaban los cuerpos de perros y humanos volviéndolos locos. Un miembro del equipo de salvamento, que había sido testigo de Nagasaki, diría después que esto fue peor. En todas las islas jónicas la gente lo perdió todo, excepto los absurdos objetos que habían intentado salvar al salir precipitadamente de sus casas: un orinal, una carta, un cojín, un tiesto de albahaca, o un anillo. En Cefalonia la roca de Kounopetra, en la localidad de Paliki, que había vibrado durante siglos y a la que ni los buques de guerra británicos habían logrado perturbar, quedó inmóvil y halló reposo entre la demolición general. Pasó a ser una roca más de la costa a medida que la isla se metamorfoseaba, desintegrándose y ensayando el Armagedón.

Sujetándose unas a otras para mantener el equilibrio, Pelagia, Drosoula y Antonia contemplaban la casa durante aquellos intervalos en que el apoplético Titán de las profundidades recuperaba fuerzas e inventaba nuevos y más irresistibles motivos para la inquina. Mientras las placas y los filones de las rocas se partían con ruido de tanques y artillería, mientras las calles se combaban y ondulaban y las columnas de las balconadas giraban sobre sí mismas, las tres mujeres se tambaleaban y hacían eses sin dar crédito a la miseria que las rodeaba. *Psipsina* salió de la nada y se sumó a ellas, cubierto su pelaje de un polvo blanco y sus bigotes de telarañas. Antonia la recogió del suelo y la estrechó entre sus brazos.

De la vieja casa poco quedó en pie; las paredes quedaron reducidas a la mitad de su altura, y el resto sólo contenía cascotes, escombros de la techumbre y el alma desilusionada y el viejo cuerpo cansado del doctor, que llevaba años planeando sus últimas palabras y se había marchado sin decirlas.

66. SALVAMENTO

En aquellos tiempos Gran Bretaña no era tan rica como actualmente, pero tampoco era tan pagada de sí misma y, desde luego, no tan inoperante. Había un sentido de la responsabilidad humanitaria y había el mito de su propia importancia, que era quijotesicamente cierto y universalmente aceptado por la sencilla razón de que el país creía en él y así lo afirmaba en voz alta para que los extranjeros lo comprendieran. Gran Bretaña no había adquirido aún la típica costumbre de colegial de esperar meses y meses el permiso de Washington para saltar de su cama posimperial, calzarse las botas, prepararse una taza de té dulzón y aventurarse al exterior.

Por consiguiente, los británicos fueron los primeros en llegar, los que más tiempo se quedaron, los que más hicieron y los últimos en marcharse. Durante la noche el *HMS Daring* cargó agua, comida, medicinas, médicos y equipo de salvamento y zarpó de Malta para llegar con el alba del día siguiente. El puerto de Argostolion parecía un espumeante hervidero a causa de cargas de profundidad o minas magnéticas. Un hidroavión Sunderland trajo al comandante en jefe de las fuerzas destacadas en el Mediterráneo, el *HMS Wrangler* llevó víveres a Ítaca, y no tardaron en aparecer el *HMS Bermuda*, el *Forth*, el *Reggio* y el neozelandés *The Black Prince*. Entre todos traían cuatrocientos kilómetros de vendas, más de diez mil litros de desinfectante, cincuenta barracas Nissen, seis mil mantas, *bulldozers*, biberones, sesenta mil latas de leche, tres comidas diarias para quince mil personas durante siete días y dos desmesuradas y pródigas toneladas de algodón hidrófilo y vendas.

Los yugoslavos, cuyo puerto de Dubrovnic era el más próximo, no enviaron nada a los capitalistas, pero pronto aparecieron cuatro tímidos barquitos de la armada israelí. Italia, consciente de su oprobioso pasado y de las obligaciones que ello implicaba, mandó sus mejores acorazados a bordo de los cuales viajaban bomberos de élite procedentes de Nápoles, Milán y Roma, e iniciaron la evacuación de víctimas rumbo a Patras. Llegaron el *Franklin D. Roosevelt* y el *Salem* cargados de excavadoras y helicópteros, y no tardarían en fondear cuatro transportes de combate con tres mil marines americanos a bordo. La armada griega, entorpecida por burocráticas luchas intestinas, llegó tarde pero con ganas, y el general Iatrides fue nombrado gobernador de Jonia en tanto durase la emergencia. El rey y su familia aprovecharon la ocasión para recorrer las islas de incógnito en *jeep*, y las orondas monjitas de los monasterios de clausura salieron con escrúpulos pero no sin júbilo a echarle un tiento a la vida, con su correspondiente chocolate y sus oportunidades para el trabajo y la conversación.

Como las calles eran anchas, en Cefalonia hubo pocas víctimas; los pueblos consistían principalmente en edificios de un solo piso separados por patios y vertederos de basura. Se produjeron los habituales milagros con personas que habían perdido la noción del tiempo y emergían de entre los escombros después de nueve

días, creyendo que sólo habían transcurrido unas horas.

Los marineros británicos se afanaban sudorosos bajo el achicharrante calor, quejándose amargamente del olor a heces que impregnaba el muelle y de las quemaduras de sol que les dejaban la piel a tiras. Rojos como cardenales, dinamitaron edificios peligrosos (que a la postre resultaron ser todos), de modo que la isla parecía haber quedado aún más desolada gracias a ellos, causando nuevas oleadas de pánico entre los enloquecidos isleños, que no distinguían entre réplicas de seísmo y explosiones, y a quienes los marineros, poco versados en geografía y en circunloquios corteses, llamaban jovialmente *wogs*^[3]. En sus tablones de anuncios, prendidos con chinchetas entre el reglamento vigente y las instrucciones especiales, aparecían los resultados invariablemente atrasados del partido de *criquet* entre Inglaterra y Australia.

Los trabajadores de la ayuda exterior levantaban ciudades de tiendas de campaña y abrían gigantescos aparcamientos para *jeeps* y camiones. A los gruñidos de la tierra inquieta se sumó el estupidizante traqueteo de los helicópteros y el rugido renqueante de las excavadoras intentando despejar los desprendimientos que habían aislado las comunidades más remotas, cuya población llegó a pensar durante tres días que los habían olvidado y abandonado a merced del hambre y la sed. Una aldea de Zante se hallaba al borde de la desesperación, cuando un aeroplano lanzó el mejor pan que habían probado nunca y cuyo sabor permanecería para siempre en su memoria colectiva como anticipación del paraíso que ninguna ama de casa mortal sería capaz de recrear. Al pan siguieron las latas de cecina y el chocolate, este último a punto de derretirse al tocar el suelo y siendo lamido por los aldeanos en su mismo papel de plata y nuevamente lamido a continuación por los perros antes de tragarse envoltorio y todo.

La tripulación del *Franklin D. Roosevelt* producía diariamente siete mil barras de pan que entregaban en puertos desmoronados y en playas de arena mediante lanchas de desembarco más acostumbradas a ametralladoras, tanques y tropas. Un oficial americano iba de un lado a otro con un pequeño diccionario repitiendo ¿*Hambre?* con escasa entonación interrogatoria y señalándose la boca para dar énfasis a sus palabras, hasta que algunos lugareños se apiadaban de él y le organizaban un banquete con lo poco que podían conseguir. Cuando los americanos se marcharon, sus tiendas y cubos de basura fueron objeto del pillaje generalizado, y durante toda una década aquellos milagrosos abrelatas no más grandes que una hoja de afeitar fueron moneda corriente en sustitución de la calderilla o los cortaplumas cuando los muchachos de las islas hacían sus trueques e intercambios.

Los griegos, por su parte, reaccionaron de distinta manera según hubiera o no entre ellos un líder natural. Donde no apareció ninguno la gente cayó en la melancolía, perdió la noción del tiempo, se volvió apática e indecisa y padeció espantosas pesadillas. Ninguno lloró, las lágrimas estaban superadas. Ni siquiera pusieron anuncios, como en otras partes, concertando citas con parientes y amigos.

Durante el seísmo propiamente dicho una cuarta parte de la población, como el doctor, no fue presa del pánico, pero luego las tres cuartas partes restantes recordaron haber abandonado a sus hijos y a sus padres de edad y padecieron la tortura de una humillación total. Hombres fuertes se sentían cobardes y estúpidos, y a la sensación de haber sido golpeados frívola y gratuitamente por el Creador vino a sumarse una insidiosa y horrible sensación de inutilidad. El corazón les daba un vuelco al menor rebuzno de mula, crujir de puerta o arañar de gato.

Algunos griegos emprendedores no perdieron tiempo en montar sus negocios, vendiendo ávida y oportunistamente propiedades del gobierno tales como sellos. Otros abrían puestos de fruta, y el gerente de un banco de Argostolion llegó a poner una mesa delante de su banco en ruinas dirigiendo sus transacciones normales y disfrutando por primera vez de su trabajo. En Ítaca alguien colgó una sábana e inauguró un cine. Clubs juveniles de toda Grecia llegaban a las islas en vacaciones de trabajo, y si alguno mostraba miedo ante el latir y respirar de las rocas los demás reían y le tomaban el pelo.

Surgieron los más inverosímiles salvadores. Aunque siempre se le había tenido por plácido y más bien lerdo, Velisarios tomó el mando en el pueblo de Pelagia. Tenía ahora cuarenta y dos años y, vanidad aparte, sabía con certeza que era más fuerte de lo que había sido nunca, aunque le faltara el brío inconmensurable de la juventud con todas sus fantasías de seguir eternamente joven. El terremoto le despejó de alguna manera el cerebro, igual que a Drosoula le curó el reumatismo, y fue como si una luz se hubiera encendido por sí sola en medio de la percepción animal y los reflejos instintivos que formaban el caudal de su mente.

Fue Velisarios quien emprendió la tarea de poner el pueblo en pie, y fueron los agradecidos habitantes del mismo los que le siguieron. Con una fortaleza que parecía mayor aún que la del propio terremoto, Velisarios se deshizo de las vigas y las piedras que aprisionaban el cuerpo destrozado del doctor Iannis, consciente de que la putrefacción traía consigo enfermedades, y después congregó a los confusos y los desesperanzados y los dispuso en pequeños grupos de trabajo con tareas variadas. Él mismo bajó al pozo y empezó a vaciarlo de los cascotes que lo habían llenado, trabajando con tanto ahínco que consiguió agotar a dos cuadrillas de fajina sin haber descansado él. Si nadie sufrió sed fue únicamente gracias a Velisarios.

Corrió el rumor de que la isla se estaba hundiendo en el mar y que el gobierno había ordenado a toda la población evacuarla en sus barcas. Mientras los crédulos y los bobos corrían a sus casas en ruinas para recoger lo imprescindible e iniciar el éxodo, Velisarios hablaba con uno y con otro apelando a la codicia y al sentido común de la gente. «¿Sois tontos? —les preguntaba—. Eso es un disparate divulgado por gente que sólo quiere saquearlo todo. ¿Queréis quedaros sin nada y que os tomen por imbéciles? Al que se vaya le rompo la crisma, lo juro. Cefalonia no se hunde, flota. No seáis burros, porque eso es lo que quieren ellos». Cuando la gente se dispersaba gritando a cada una de las mil réplicas del seísmo, fue Velisarios el que les

decía que volvieran al trabajo, y en más de una ocasión sacó a los holgazanes y los miedosos de sus escondrijos y los amenazó con partirles la cabeza si no volvían a sus quehaceres. Con su lanudo pelo gris, sus sienes perladas de sudor, su pecho peludo como el de un oso y sus piernas más gruesas que columnas, Velisarios intimidaba a todo el mundo para que recobraran la cordura y siguieran trabajando. Hasta convenció a Pelagia de que cubriera el cadáver de su padre y fuera a atender a los heridos. Ella entablilló y arregló dos piernas rotas, consiguiendo incluso devolverles la tracción mediante cuerdas y piedras, y untó de miel los rasguños y limpió los ojos de los bebés con una pluma y un poco de saliva. Drosoula, que al principio no había hecho otra cosa que gritar como una histérica «No nos queda nada, solamente los ojos para poder llorar», fue encargada de cuidar de los niños para que sus padres pudieran trabajar. Jugaban al escondite entre las ruinas, y al marro, y levantaban pirámides de piedras; era su pequeña contribución a la limpieza de casas y calles. Cuando por fin los trabajadores de la operación de salvamento despejaron de escombros los caminos, encontraron una pequeña comunidad viviendo en tenderetes de uralita con vigas rescatadas de los escombros, con letrinas discretas excavadas a cierta distancia del pozo, con el lugar comunitario debidamente reparado y a pleno rendimiento para que el dinero siguiese fluyendo. Al mando de todo encontraron a un gigante que, llegado a su edad proveya, sería más venerado y respetado que el maestro o el cura.

La tierra siguió levantándose durante tres meses y produciendo sonidos como si estuviera inspirando, conteniendo la respiración y exhalando después. Todos vivían en tiendas que fueron arrastradas y hechas trizas por una helada tormenta prematura, sólo para ser claveteadas y levantadas de nuevo. Durante la primera parte del invierno hasta quince personas vivieron en una misma tienda luchando contra la tiritona, y luego fueron levantados los barracones de madera, inconcebiblemente espaciosos en comparación pero casi tan fríos como las tiendas. Antonia pasó tres meses fuera en unas vacaciones organizadas por la reina en campamentos originalmente contruidos para los huérfanos de la guerra civil, y volvió de allí con piojos y liendres y un chocante vocabulario a base de palabrotas y términos diversos para las partes pudendas. Al año empezó la reconstrucción, y tres años después quedaba completada. Antiguas y bellas ciudades de estilo veneciano renacieron convertidas en mediocres aglomeraciones de cajas de hormigón blanqueado. Un pueblo fue totalmente reconstruido por un filantrópico exiliado que derrochó su fortuna en forma de agua corriente, alcantarillado, calles macadamizadas y farolas de hierro forjado, y quedó tan bonito como Fiskardo, la única población que había sobrevivido intacta. El pueblo de Pelagia fue reconstruido un poco más abajo y más cerca de la nueva carretera construida por ingeniosos ingenieros franceses, y ella hubo de abandonar su vieja casa, con los tesoros y reliquias del escondite sepultados, al parecer, irrevocablemente.

Dado que el terremoto había consistido en ondas de compresión, en la tierra se habían abierto muy pocas fisuras. Pero poco después del desastre un bombero italiano

descubrió una. Había venido desde Argostolion en un *jeep* prestado por un americano, y se quedó delante de la desierta y desmoronada casa de Pelagia, mirándola con turbada consternación. Atravesó el patio del olivo partido y reparó en una brecha abierta en la tierra. Al mirar abajo vio un esqueleto con el esternón y las costillas astillados, la mandíbula destrozada en el imponente cráneo y unas empañadas monedas de plata en las cuencas de los ojos que le daban una expresión de tristeza, asombro y reproche.

El bombero lo contempló unos minutos hasta que algo le hizo estremecer de nuevo. Buscó una amapola entre las piedras, la arrojó sobre el cadáver y luego fue en busca de una pala al *jeep*. Apenas había empezado la tarea de sepultarlo de nuevo cuando otra vibración le hizo perder el equilibrio, y la tierra roja se cerró una vez más sobre los colosales huesos de Carlo Guercio.

67. EL LAMENTO DE PELAGIA

Este lugar era mi refugio individual, la esencia de mi memoria. En esta casa me tuvo mi madre, brillantes sus ojos castaños, y en esta casa murió. Y mi afligido padre reunió todo su amor y me lo entregó, y me crió y me hizo insípidas comidas de hombre e hizo que mis pies crecieran hacia la tierra contándome las historias de la casa. Me hablaba con mucho amor, trabajaba para mí, me dejaba ser niña. Cuando estaba cansada me cogía y me llevaba en brazos, me metía en cama y me acariciaba el pelo, y a oscuras le oía yo decir: «*Koritsimou*, si no fuera por ti, si no fuera por ti...», y entonces meneaba la cabeza porque por una vez se quedaba sin palabras, su corazón era demasiado grande para contenerlas, y yo cerraba los ojos y me dormía con la nariz inundada del olor del tabaco y los ungüentos, y en mis sueños no aparecían turcos ni monstruos que me asustaran, y algunas noches creía ver pasar a mi madre por la puerta, sonriendo.

Y por la mañana, él venía a despertarme y me traía chocolate y me decía: «Voy a la *kapheneia*, procura estar levantada cuando vuelva», y siguió diciéndome lo mismo hasta que cumplí veinte años, y yo me quedaba tumbada más feliz que una monja con el nuevo día, pensando en lo que iba a hacer, y él entraba y me decía: «Señorita perezosa, esta vez por poco te pescó», hasta que yo empecé a decírselo a él, y él se reía y decía: «Bueno, hoy voy a hablarte de Pitágoras, y esta noche escogerás un poema para que te lo lea y luego te diré por qué no me gustan los tuyos, y tú me dirás por qué no te gustan los míos, y después podemos enfadarnos y pelear un rato». Y yo me ponía a saltar y le decía: «Ahora, ahora, vamos a pelear», y él me hacía cosquillas hasta que yo casi enfermaba de tanto reír, y después me hacía sentar en una silla y me peinaba dándome tirones, mientras me contaba historias aterradoras sobre abades de Creta que incineraban a sus monjes y a sí mismos para no rendirse a los turcos. Y me hablaba de islas donde las mujeres tenían cuatro maridos y nadie iba vestido, y de sitios de África donde la gente tenía el trasero más grande que quepa imaginar, y de sitios tan fríos que el mar se helaba y todo era blanco.

Pero todo eso ha desaparecido. Me siento entre las ruinas de mi casa y sólo veo que fantasmas. No hay ya otra cosa que hierba marchita y piedras resquebrajadas y un árbol cercenado. Ya no hay la mesa donde los chicos de *La Scala* solían cantar, ya no está *Psipsina* cazando ratones, no hay cabra que bala al amanecer y me despierte, ya no hay Antonio que me seduzca con sus flores y su mandolina, ni papá que regrese de la *kapheneia* diciendo «Este Kokolios ha dicho la cosa más ridícula que puedas imaginar».

Mi casa no es más que tristeza y silencio y ruinas y recuerdos. Me he quedado en los huesos, soy mi propio espectro, toda mi belleza y mi juventud se han marchitado, no existe ilusión de felicidad que me mueva a nada. La vida es una prisión hecha de pobreza y sueños abortados, nada más que un lento avanzar hacia el lugar que me espera bajo tierra, una conjura de Dios para desencantarnos de la carne, nada más que

una llama escueta en un cuenco de aceite entre una oscuridad y otra que le pone fin.

Me siento aquí a recordar tiempos pasados. Recuerdo la música por las noches, y sé que todas mis alegrías me han sido extraídas de la boca como si fueran dientes. Siempre tendré hambre, sed y anhelo. Ah, si tuviera un hijo, un niño que llevarme al pecho, si tuviera a Antonio. Me han devorado como a un trozo de pan. Me acuesto sobre espinos y mi pozo está lleno de piedras. Toda mi felicidad era humo.

Pobre padre mío, silencioso e inmóvil, perdido para siempre. Mi padre, sí, que me crió solo y me enseñó, que me lo explicó todo, que me tomaba de la mano y andaba a mi lado. Jamás volveré a ver tu cara, y ya nunca me despertarás por la mañana. No volveré ya a verte sentado en nuestra casa en ruinas, siempre escribiendo, la pipa entre los dientes y la mirada radiante. Pobre padre mío, que nunca se cansó de curar, que no pudo curarse a sí mismo y murió sin su hija; me duele la garganta desde el día en que falleciste, solo.

Sobre estas piedras hechas añicos me quedo pensando cómo era la casa. Recuerdo a Velisarios levantando baldosas y vigas como si el que estaba debajo fuera su propio padre. Y recuerdo cuando sacó de allí al mío, cubierto de polvo blanco, la cabeza colgando en los brazos de Velisarios, abierta la boca, flácidos y colgantes los miembros. Recuerdo cuando Velisarios lo dejó en el suelo y yo me arrodillé a su lado, ciega y ebria de llanto, y acuné en mis manos su ensangrentada cabeza y vi que sus ojos estaban vacíos. Aquellos ojos penetrantes no me miraban a mí sino al mundo oculto que había más allá. Y por primera vez pensé en lo frágil y menudo que era, lo mucho que le habían traicionado, pegado, y me di cuenta de que sin su alma era tan liviano y delgado que hasta yo podía levantarlo. Y entonces incorporé su cuerpo y estreché su cabeza contra mi pecho, y se oyó un grito prolongado que debió de ser mío, y vi tan claro como se ve una montaña que él era el único hombre a quien yo había querido que me quiso hasta el final, que jamás hirió mi corazón y que en ningún momento me falló.

68. LA RESURRECCIÓN DE LA HISTORIA

El terremoto cambió las cosas de tal manera que hoy en día sigue siendo el único tema importante de conversación. Mientras en otros lugares se discute sobre si el socialismo tiene futuro o si fue buena idea abolir la monarquía, los cefalonios hablan de si habrá un nuevo terremoto y si será tan virulento como el último. Viven a la sombra del apocalipsis, y cuando aparentan estar hablando de socialismo y de monarquía, de hecho están pensando en 1953. En esa pausa durante la cual alguien se olvida de lo que estaba diciendo, o esa momentánea interrupción del tránsito del tenedor hasta la boca. Como el Marinero Antiguo, no pueden resistir la tentación de abordar a los desconocidos para contarles lo que pasó, y las guías turísticas se las ingenian para convertir los hechos en frases que hacen concebir esperanzas sobre las perspectivas de una mejoría. Los viejos relacionan un año determinado con su posición anterior o posterior al terremoto, del mismo modo que sigue siendo costumbre referirse a los acontecimientos del año en función de si son antes o después de la fiesta del santo. La catástrofe logró que mucha gente recordara la guerra como algo trivial y sin trascendencia y renovó su gusto por la vida. Ahora podía uno despertar por la mañana y sentirse agradecido y asombrado de seguir con vida en una casa sólida, e irse a dormir por las noches con la sensación de absoluto alivio de haber vivido un día de lo más corriente y anodino.

Enamorados que habían postergado su boda se casaban enseguida, y parejas de años de matrimonio insatisfactorio se miraban asombrados de haber malgastado tanto tiempo e inmediatamente se divorciaban. Se estrechaban los lazos en la familia, pero los que tenían problemas familiares ponían el mar de por medio y emigraban lo más lejos posible.

Las tres habitantes de la nueva casa matriarcal estaban cada vez más unidas, estructurando sus vidas en torno al único pilar de la culpabilidad atroz de Pelagia. Insomne y a veces histérica, se reprochaba sin cesar el haber jugado un papel decisivo en la muerte de su padre. «Él tenía setenta años —le decía juiciosamente Drosoula— y le debía una muerte a Dios. Fue mejor morir así, intentando salvarnos a nosotras, y tan deprisa».

Pero Pelagia no aceptaba tales razonamientos. Sabía que en el momento de la catástrofe no había pensado en otra cosa que en salvarse ella, y sabía que al ver caer a su padre ella debió haber intentado, aun a costa de su propia vida, arrastrarlo hacia la puerta antes de que el techo cediera. Una vez y otra reproducía mentalmente la manera en que se había sentido tan impotente como una mosca en un huracán, el modo en que toda idea racional había sido expulsada de su pensamiento, el modo en que el vínculo de la sangre y el cariño había quedado anulado por los espantosos rugidos y brincos del suelo. Pero era en vano. Por más explicaciones y excusas que buscara, había un hecho irrefutable: había abandonado a su padre en la hora del máximo peligro; él la había salvado sacudiéndola de su abstracción, y ella lo había

dejado morir. No era el *quid pro quo* de una hija cariñosa y obediente.

Pelagia desembocó en un laberinto de autorrecriminación y remordimiento. Descuidó su aspecto externo y sus tareas domésticas, prefiriendo sentarse junto a la tumba de su padre y vigilar la llama eterna que ella atendía en un farol de cristal rojo, mordiéndose los labios hasta hacerlos sangrar y deseando poder hablar con él. Podría haberlo hecho a través de la losa de mármol negro con su vieja pero sonriente fotografía, pero se sentía indigna de dirigirle la palabra. Con el cabello entrecano en desorden y la cara descolorida, se quedaba allí como si esperara que el espectro de su padre se alzara de la tierra y la cubriera de reproches. Cuando en enero soplaba un levante horrible o arreciaba la tormenta, ella se tocaba la cabeza con su chal negro, se levantaba de su silla junto al hornillo y agachaba la cabeza para enfrentarse a los elementos, cuesta arriba en un peregrinaje repetido hasta a la saciedad, obsesionada por la idea de que la llama no se extinguiera. Arrodillada entre los susurros del viento, inclinada sobre su farol para protegerlo de la lluvia, calentándose las temblorosas manos en el cristal, Pelagia transformaba su vida en una larguísima penitencia, una prolija disculpa. En aquellos días era capaz de creer que Dios se había llevado a Antonio porque en su divina presciencia había sabido siempre que ella iba a fallarle a su padre, concibiendo al primero como su castigo, y previendo al segundo como su pecado. Drosoula perdió la cuenta de las veces que ella y Antonia habían tenido que subir hasta el cementerio para llevarse a Pelagia, atormentada y suplicante, las manos temblando y las piernas aparentemente desgonzadas por las rodillas.

Un día, Antonia y Drosoula no pudieron más. Su compasión había ido tornándose en ira y fastidio, y la vieja y la muchacha conspiraron para devolverle el juicio.

—El problema —decía Drosoula— es que durante la guerra perdió a alguien que quería mucho, y esta muerte de ahora ha sido la gota que ha colmado el vaso.

—¿Es el fantasma del que habla siempre?

—Sí. Se llamaba Corelli, era músico.

—¿Tú crees que lo ve de verdad, o dirías que se ha vuelto loca?

—Antes no estaba loca. Los fantasmas pueden aparecerse a quien les dé la gana, pero los demás no los ven. Lo que le ha aflojado los tornillos es la muerte del abuelo.

La niña se estremeció.

—Pobre abuelo.

—Había pensado pedirle consejo al cura —dijo Drosoula.

—Pero si también está loco desde lo del terremoto. ¿Y si nos disfrazamos de fantasma del abuelo y vamos a decirle que no fue culpa suya?

—La idea es buena —dijo Drosoula enarcando una ceja—, pero Pelagia no es tonta, por más loca que pueda estar. No es fácil hacer de fantasma, sabes. Yo soy demasiado alta y tú demasiado baja, y no tenemos ni idea de hablar como lo hacía él; todas esas palabras que ocupan tres páginas enteras si las escribes, y esas frases que podrían llenar un libro de la primera a la última página, y recuerda que eso aún podría empeorar las cosas.

—¿Por qué no la atamos a la cama y le damos una paliza?

Drosoula suspiró con ansia al evocar aquella agradable imagen, y se preguntó si la cosa funcionaría. En los viejos tiempos, incluso de niña en Turquía, solían curar a los dementes a base de palizas hasta que les daba miedo seguir estando locos. Había funcionado entonces, pero no había modo de saber cuánto había cambiado la naturaleza humana en aquellos años. Sospechaba que de todos modos la locura de Pelagia tenía algo de autocomplacencia, una suerte de egomanía masoquista, y que una paliza podía resultarle algo merecido antes que disuasorio. Tomó las manos de la niña entre las suyas, la besó en la coronilla y se le iluminaron los ojos.

—Tengo una idea —dijo.

Así pues, mientras desayunaban a la mañana siguiente, Antonia proclamó de súbito:

—Esta noche he soñado con el abuelo.

—Qué curioso —dijo Drosoula—. Yo también.

Miraron a Pelagia esperando alguna reacción, pero ella siguió desmenuzando un trozo de pan.

—Me decía que se alegraba de haber muerto —prosiguió Antonia—, porque ahora puede estar con la madre de mamá.

—Pues a mí no me dijo eso —replicó Drosoula, a lo que Pelagia preguntó:

—¿Por qué habláis como si yo no estuviera?

—Porque no estás —observó brutalmente Drosoula—. Hace mucho tiempo que no estás aquí.

—¿Qué te dijo, entonces? —preguntó Antonia.

—Que quiere que tu mamá escriba la Historia de Cefalonia que quedó sepultada durante el terremoto. Que la termine por él. Dijo que saber perdidos sus escritos le quita toda la gracia al hecho de estar muerto.

Pelagia las miró con suspicacia, pero las otras dos la ignoraron. Antonia estaba descubriendo que aquella comedia podía resultar muy divertida:

—Yo no sabía que estaba escribiendo una historia.

—Por supuesto que la escribía. Para él era más importante que ser médico.

Antonia se volvió hacia Pelagia y le preguntó con toda inocencia:

—Entonces ¿la vas a escribir?

—No sé por qué le preguntas —dijo Drosoula—. Está en la luna.

—Estoy aquí —protestó Pelagia.

—Bienvenida, mujer —dijo sarcásticamente Drosoula.

Pelagia volvió al cementerio y repuso aceite en la lámpara. Mirando la inscripción («Padre y abuelo querido, esposo fiel, amigo de los pobres, sanador de seres vivos, infinitamente instruido y valeroso») se le ocurrió que había un modo de mantener viva su llama, incluso si todo aquello de los sueños era pura patraña. Fue hasta Argostolion viajando de balde en una carreta de mulos y regresó con unas plumas y

un buen fajo de papel de escribir.

Fue sorprendentemente fácil. Había leído tantas veces el manuscrito que aquellas viejas frases entraban a raudales por la ventana y la puerta de la cocina, se hacían oír de forma inaudible y fluían por su brazo y mano derechos para emerger por la punta de la estilográfica y llenar una hoja tras otra: «La semiolvidada isla de Cefalonia surge impróvida e impremeditadamente del mar Jónico. Es una isla tan antigua que hasta las mismas rocas exhalan un aire de nostalgia, y la tierra rojiza yace estupefacta no sólo a causa del sol sino del insoportable peso de la memoria...».

Drosoula y Antonia espionaron a Pelagia sentada a su mesa como una colegiala, tocándose los dientes con su pluma y mirando de vez en cuando por la ventana con aire abstraído. Las conspiradoras se escabulleron a una distancia prudencial, se abrazaron y bailaron de júbilo.

Pelagia se convirtió casi en su padre. Como en la época de su zozobra, y tal como había hecho a lo largo de su vida, se desentendía prácticamente de la casa dejando todo el trabajo a las otras dos. De los escasos recuerdos de su padre sacados de las ruinas quedaba su pipa, y Pelagia se la colgaba de los dientes como hacía él, inhalando los difuminados vestigios de alquitranada picadura y marcando la embocadura con las muescas de sus dientes, que se superponían a las de su padre. No encendía la pipa sino que la tenía por un instrumento de su médium, de forma que las palabras parecían fluir ahora de la vacía cazoleta directamente hacia su cerebro. Poco a poco empezó a añadir un toque femenino a las preocupaciones masculinas del texto, aportando detalles acerca de la manera de vestir y las técnicas para cocer el pan en el horno comunitario, de la importancia económica del trabajo infantil y del cruel pero tradicional desprecio hacia las viudas. A medida que escribía, descubrió que sus propias pasiones superaban las de su padre, pasiones cuya existencia no había sospechado previamente, y sobre la página se cernieron atronadoras condenas y ácidos veredictos que excedían en malignidad a los del doctor.

El placer que aquello le causaba la transformó. Su acto de devoción filial se metamorfoseó en un plan de altos vuelos que deparó numerosas visitas a la biblioteca y apremiantes cartas a instituciones científicas, museos marítimos, expertos en Napoleón y catedráticos americanos en historia de los imperios. Con gran satisfacción y sorpresa descubrió que por todo el mundo había personas entusiastas enamoradas del saber y de su explicación coherente, hasta el punto de dedicar meses a hacer pesquisas en nombre de ella, y enviarle finalmente mucho más de lo que ella había pedido, con notas personales de aliento y listas de otros expertos e instituciones a los que consultar. A medida que se amontonaba la correspondencia, Pelagia empezó a temer que acabaría escribiendo una *Historia universal del mundo entero*, porque todo estaba relacionado con todo de las formas más complicadas, tortuosas o elegantes. Al final metió todos sus papeles en una caja grande y se preguntó cuál era el siguiente paso. Habría que hacerlo publicar desde luego, bajo el nombre de ella y el de su padre, pero le parecía angustioso tener que desprenderse del manuscrito,

mandar a su bebé intelectual a esos mundos de Dios sin una madre que lo protegiera. Anheló estar junto a cada lector a fin de responder a sus objeciones y decirle que no se saltara ningún capítulo, para alegar pruebas adicionales. Tanteó el terreno con cuatro editores, que le expresaron su apoyo, le advirtieron que un libro así no tenía mercado y le dijeron que lo mejor sería donar la obra a una universidad. «Lo haré cuando me muera», pensó Pelagia, y lo dejó en un estante como evidencia visible del hecho ahora innegable de que era una auténtica intelectual en la gran tradición helénica.

El proyecto la había tenido ocupada hasta 1961, el año en que Karamanlis le ganó las elecciones a Papandreu, y al término del mismo repasó el voluminoso documento y se dio cuenta de que a lo largo de su redacción y compilación se había operado dentro de ella una transformación mágica.

En los primeros capítulos la caligrafía era tan desencajada y fina como la de su padre en los largos años de su silencio, pero con el tiempo había ganado firmeza y redondez, era más segura. Pero lo más importante era que el proceso de escribir había hecho cristalizar opiniones y posturas filosóficas que ella desconocía poseer. Descubrió que su comprensión básica del proceso económico era marxista, pero que, paradójicamente, pensaba que el capitalismo ofrecía mejores soluciones. Era de la opinión que las tradiciones culturales tenían mayor fuerza en la historia que las transformaciones económicas, y que la naturaleza humana era irracional hasta extremos de demencia, lo cual explicaba su disposición a abrazar creencias demagógicas e inverosímiles, y concluyó que libertad y orden no eran excluyentes sino condiciones previas el uno de la otra.

Drosoula tenía suficiente sentido común para no prestar oídos a grandes teorías, de modo que Pelagia inculcó aquellas ideas en la joven Antonia. Se quedaban levantadas hasta muy tarde, demasiado ebrias de filosofía como para ir a vaciar la vejiga que reventaba de infusiones de menta, o para acostarse y cerrar los ojos ardientes de cansancio.

Antonia, ahora en el más perfecto estado de belleza y perversidad natural adolescentes, objetaba todas las ideas de su madre no sólo por amor al arte de discutir, sino por una cuestión de principios, y Pelagia descubrió pronto el placer de obligar a un adversario a contradecirse de una postura que había mantenido el día anterior. Aquello dejaba a Antonia enmudecida de rabia y la hacía adornar sus comentarios con salvedades y reservas que la comprometían a nuevas contradicciones o a llegar a una conclusión tan moderada que en el fondo no era opinión ni era nada. Pelagia exacerbaba el enfado y la frustración de la muchacha advirtiéndole repetidas veces: «Cuando tengas mi edad, comprenderás que yo tenía razón».

En los planes de Antonia no entraba llegar a la edad de Pelagia, y así lo afirmaba ella: «Quiero morirme antes de cumplir los veinticinco —decía—. No quiero volverme vieja e irritable». Veía ante sí una eternidad de juventud sin límites, y, con ardor en su mirada, le decía a Pelagia: «La culpa de todos los problemas la tenéis los

viejos, y somos los jóvenes los que hemos de solucionarlos».

«Sueña mientras puedas», comentaba Pelagia, a quien no sorprendió aunque sí chocó que Antonia, con diecisiete años, anunciara que iba a casarse y que en lo sucesivo iba a ser comunista.

—Seguro que lloras cuando muera el rey —dijo Pelagia.

69. EL QUE LA SIGUE LA CONSIGUE

Fue más o menos por esa época cuando empezaron a llegar de todo el mundo misteriosas postales escritas en un griego tosco. De Santa Fe llegó una que rezaba: «Esto te gustaría. Las casas son de barro». De Edimburgo: «En lo alto del castillo sopla un viento que te levanta por los pies». De Viena: «Hay una estatua de un soldado ruso, y todo el mundo la llama *El monumento al violador desconocido*». De Río de Janeiro: «Es carnaval. Calles llenas de orines y chicas tan guapas que te caes de culo». De Londres: «La gente, loca; la niebla, horrible». De París: «Hay una tienda que sólo vende bragueros y artefactos para herniados». De Glasgow: «Hasta el gorro de hollín y de borrachos tirados». De Moscú: «Obras de arte en el metro». De Madrid: «Qué calor. Todo el mundo duerme». De Ciudad del Cabo: «La fruta, buenísima; la pasta, vomitiva». De Calcuta: «Más que aire, polvo. Diarrea bestial».

Pelagia pensó que el alma marina de su padre se había dedicado a visitar de nuevo sus regiones favoritas y que le mandaba mensajes desde el más allá. Pero Moscú estaba lejos del mar. Así pues, las cartas podían ser de Antonio.

Pero él también estaba muerto, no había aprendido suficiente griego para leer ni escribir, y ¿qué motivo tendría para ir de un lado a otro desde Sydney hasta Kiev incluso si estuviera vivo? Podía ser que las postales anónimas se las mandara alguien con quien ella había mantenido correspondencia durante la redacción de la Historia. Confusa, pero intrigada y complacida, reunió su colección de postales raras y las metió en una caja atadas con gomas elásticas.

«Tienes un novio clandestino», decía Antonia, contenta de considerar semejante posibilidad ya que así podía desviar la atención de su propio romance, que tanto Drosoula como Pelagia desaprobaban.

Se habían conocido cuando Antonia ayudaba a servir mesas en un bullicioso café en la plaza mayor de Argostolion para ganarse algún dinero. Una ruidosa charanga de Lixouri había estado tocando en la plaza, y el susodicho caballero se había visto obligado a gritar su encargo al oído de la muchacha, comprobando en ese preciso instante que se trataba de una espléndida y atractiva oreja juvenil que clamaba a voces ser mordisqueada de noche bajo un árbol en una calle oscura. Antonia, a su vez, había advertido que aquel hombre olía a la mezcla perfecta de virilidad y loción para el afeitado, que su aliento era tan fresco y calmante como la menta, y que sus ojos castaños perpetuamente sobresaltados indicaban dulzura y sentido del humor.

Alexi se dejaba caer conspicuamente por el café todos los días. Elegía siempre la misma mesa y su corazón se inflamaba de ansia por ver a la joven y escultural camarera de dientes perfectos y gráciles dedos, hechos respectivamente para mordiscos y caricias de amor. Ella le esperaba fielmente, prohibiendo con vehemencia a las otras chicas, a los camareros e incluso al propietario, que le sirvieran. Un día el hombre le tomó la mano cuando estaba sirviéndole, la miró con canina adoración y le dijo: «Cásese conmigo. —Hizo un metafórico gesto con la

mano y agregó—: No tenemos nada que perder salvo nuestras cadenas».

Alexi era un abogado radical capaz no sólo de probar que si un rico elude sus impuestos comete un delito contra la sociedad, sino también que si lo hace un pobre constituye una acción legítima, meritoria y decidida contra los opresores, merecedora del apoyo de todo ciudadano sensato pero también del absoluto beneplácito de la justicia. Podía poner a cualquier juez al borde del llanto con el desgarrador relato de la infancia infeliz de sus clientes, e igualmente podía sacar de un jurado una ovación de gala con sus acerbas condenas de policías que pretendían defender la ley en el cumplimiento de sus funciones brutalmente.

Pelagia vio que Alexi se convertiría con el tiempo en un ultraconservador, pero no era su filiación política el motivo de su oposición: sencillamente, Pelagia no soportaba la idea de Alexi y Antonia haciendo el amor. Ella era muy alta, él muy bajo. Ella sólo tenía diecisiete años, él treinta y dos. Ella era delgada y de porte elegante, él era rechoncho y calvo y solía tropezar con objetos. Pelagia se acordó de su pasión por Mandras a aquella misma edad, se estremeció y prohibió categóricamente la boda, resuelta a evitar un sacrilegio y una blasfemia.

No obstante, el día de la boda fue delicioso. A principios de la primavera los campos y el monte se cubrían de azafrán, violetas, stachys blancos y sternbergias amarillas, y las pálidas lilas cabeceaban sobre tallos exiguos entre la hierba seca ya de los prados. La pareja siguió la costumbre de reunir a quince padrinos y madrinan de boda en la ceremonia, y Alexi ejecutó incluso unas cuantas cabriolas en la danza de Isaías sin hacerse daño ni caerse. Antonia, radiante y feliz, besaba hasta a los desconocidos, que la miraban boquiabiertos, y Alexi, sudoroso de alcohol y alegría, soltó un largo y poético discurso que había compuesto en epigramas rimados, gran parte del cual en juicioso elogio de su suegra. Ella siempre recordaría el momento exacto de la fiesta en que comprendió cómo Alexi había despertado el corazón de Antonia; fue cuando él la rodeó con el brazo, la besó en la mejilla y dijo: «Compraremos una casa en tu pueblo, con tu permiso». Su sincera humildad y la implícita duda de que ella pudiera no quererle a su lado bastó para que Pelagia lo adorara. A partir de entonces dedicó muchas horas felices a bordarle los pañuelos y remendarle los calcetines que Antonia intentaba convencerle de que tirara. «Cariño —le decía ella—, si te cortaras las uñas de los pies me ahorrarías muchos arañazos y mi madre no tendría que ocuparse en tonterías».

Pelagia esperó impaciente la llegada de un nieto y Drosoula se puso de lleno a trabajar. En el espacio que en tiempos había ocupado su casa junto al muelle levantó un tejado de paja y unas románticas farolas. Mendigó y pidió prestadas unas cuantas mesas y sillas desvencijadas, puso una cocina de carbón y abrió por todo lo alto la taberna que dirigía con excéntrica y caprichosa diligencia hasta su muerte en 1972.

Los turistas empezaban a llegar en cuentagotas a Cefalonia. Al principio fueron ricos propietarios de yates que informaban con aires de suficiencia a sus amistades sobre los sitios más pintorescos donde comer, y luego los enmochilados herederos

espirituales del modo de vida de aquel lúgubre bardo canadiense. Expertos y no tan expertos en Lord Byron llegaban de vez en cuando... y se iban. Soldados alemanes convertidos ahora en prósperos y amables burgueses con familia numerosa traían a sus vástagos y les decían: «Aquí es donde papá hizo la guerra, ¿verdad que es bonito?». Vía Ítaca llegaban italianos en transbordador trayendo sus nauseabundos caniches blancos y su destreza personal para comerse enteros unos pescados grandes como para alimentar a mil personas. Como propietaria de la única taberna del pequeño puerto, Drosoula ganaba en verano lo suficiente para no dar golpe en invierno.

Lemoni, que se había casado y estaba conmovedoramente gorda y feliz con sus tres hijos, ayudaba a servir en la taberna; Pelagia solía ir supuestamente a trabajar pero en realidad buscaba poder hablar en italiano. El servicio no tenía nada de rápido; era sumamente lento. A veces Drosoula mandaba a un niño en bicicleta a buscar el pescado que le pedía un cliente, y si el horno no se encendía bien había que esperar dos horas hasta que la comida estaba a punto. Los parroquianos recibían un trato desprovisto de excusas; para Drosoula eran miembros de una paciente familia cuya supervisión incumbía solamente a ella, y a menudo no se servía nada si resultaba que a Drosoula le había caído especialmente bien un cliente y estaba absorta charlando con él o ella. Pronto descubrió que los extranjeros la consideraban exótica, y solía sentarse a sus mesas entre espinas de salmonete y migas de pan, dando sobras a los maulladores descendientes de *Psipsina* mientras inventaba ridículas historias sobre fantasmas locales, atrocidades turcas y la época en que estuvo viviendo en Australia con los canguros. Los extranjeros la veneraban, y temían sus ojos bovinos, su arrastrar de pies, su papada de pavo, su espalda encorvada, su colosal estatura y su espectacular vello facial. Nunca se quejaban de su falta de memoria ni de sus inexplicables demoras, y solían decir: «Es tan simpática, la pobre, que da apuro meterle prisa».

Entretanto Pelagia esperaba el nieto que nunca llegaba. Perdonó a Antonia por empezar a fumar y llevar pantalones y coincidió con ella en que era bueno que las dotes se hubieran abolido. Sonrió cuando en 1964 Antonia lloró por la muerte del rey Pablo y sostuvo que la monarquía era un anacronismo corrupto. Pelagia se mudó provisionalmente a casa de Antonia para consolarla cuando en 1967 Alexi fue encarcelado arbitrariamente, aunque por poco tiempo, por los coroneles, y de nuevo en 1973 cuando lo encerraron por plantar cara a un policía durante la ocupación estudiantil de la facultad de derecho de la Universidad de Atenas. Más adelante se guardaría sus reservas sobre el apoyo de Antonia al gobierno socialista de Papandreu, e incluso le concedió cierta parte de razón cuando aquélla insistió en ir al continente para participar sin ningún decoro en manifestaciones feministas. Se daba cuenta de que no podía ridiculizar un credo tan utópico y optimista como aquél y a fin de cuentas la responsable era ella; estaba cosechando la tempestad consecuencia inevitable de haber enseñado a la chica a pensar. Por añadidura, le seguía gustando la

idea que había acariciado de joven: que todo era posible.

Pero sí objetaba la convicción de Antonia de que no tenía por qué darle un nieto.

—Es mi cuerpo —sostenía Antonia—, y no es justo que se espere de mí que lo constriña por un mero accidente biológico, ¿verdad? Además, el mundo está más que poblado y tengo derecho a elegir, me parece a mí. Alexi coincide conmigo, o sea que no creas que lo vas a intimidar.

—Todo va bien, ¿verdad? —preguntó Pelagia.

—¿A qué viene eso, mamá? No, no soy virgen y no hay ningún problema... de ese tipo. Me lo sigo pasando muy bien, si vamos a eso. No quiero ser ruin, pero mira que a veces eres anticuada.

—No es que quiera entrometerme. Soy una vieja y ya he visto lo suficiente. Sólo quería estar segura. ¿Te parece que estoy en mi derecho?

—Es mi cuerpo —repetía Antonia, volviendo al origen de su eterna discusión.

—Me estoy haciendo vieja —decía Pelagia—, eso es lo que pasa.

—Vivirás más años que yo, mamá.

Pero la primera en morir fue Drosoula, perfectamente erguida en su mecedora, tan tranquilamente que parecía estar disculpándose de haber vivido. Era una mujer indómita que había disfrutado unos cuantos años de felicidad con un marido al que amaba, una mujer que había repudiado a su propio hijo por una cuestión de principios y que había vivido sin quejarse el resto de sus días al servicio de quienes la habían adoptado accidentalmente. Había administrado aquella pequeña familia como un pastor paciente y la había cobijado en su voluminoso seno como una madre. Después del entierro en el mismo cementerio que descansaba el doctor, Pelagia vio con desesperante claridad que no sólo tenía otra llama que atender sino que se había quedado sola. No tenía ya la menor idea de cómo organizar su vida, y fue con miedo y desesperanza en el corazón como se hizo cargo de la taberna e intentó torpemente ganarse el sustento.

Alexi, calvo del todo y habiendo viajado desde el ártico ideológico del puritano partido comunista hasta el clima subtropical del partido socialista, descubrió con cierta ansiedad y culpa que su éxito como abogado lo había precipitado en manos de la clase que tanto había desdeñado. Ahora era un pulcro burgués con un Citroën grande, una casa supuestamente a prueba de terremotos con macetas de terracota rebosantes de geranios, cuatro trajes y una considerable aversión por la corrupta incompetencia encarnada por el partido de sus amores. En las reuniones y fiestas hablaba largo y tendido en favor de los socialistas, pero a la hora de votar ponía furtivamente la crucecita junto al nombre de Karamanlis, y cuándo éste ganaba las elecciones Alexi fingía una terrible desesperación. Contrató a un contable y acabó siendo tan eficiente a la hora de evadir impuestos como cualquier otro griego de larga tradición.

Antonia aguantó cuatro años a partir de que su vientre empezó a clamar por un ocupante, no viendo razón alguna para rendirse a un cuerpo que tenía tan ilógicas e

ideológicamente sospechosas exigencias, hasta que por último conspiró con él y le permitió que la hiciera olvidarse de tomar la píldora. No hubo nadie, por tanto, tan genuinamente sorprendida como ella cuando su vientre se hinchó de forma intempestiva y un niño empezó a tomar cuerpo dentro de ella. El matrimonio volvió a cogerse de la mano en público, a mirar con inocencia a los bebés y su ropita, e hicieron largas listas de nombres que a continuación tachaban diciendo aquello de «Conozco a uno que se llama así, y es horroroso».

—Será niña —dijo Pelagia en una de aquellas frecuentes ocasiones en que apoyaba la oreja contra el vientre cada vez más grande de Antonia—. Está muy quieta, no puede ser otra cosa. Creo que tenéis que ponerle Drosoula.

—Es que Drosoula era tan grande y tan...

—¿Fea? Eso no importa. La queríamos igual. Su nombre debe perdurar. Cuando esta niña sea mayor, debe saber de dónde le viene el nombre y a quién pertenecía antes.

—Ay, mamá, no sé...

—Ya soy vieja —declaró Pelagia, cada vez más gratificada cuando repetía esta cantinela—. Tal vez sea mi último deseo.

—Tienes sesenta años. No hay para tanto.

—Bueno, pues me siento vieja.

—Pues no lo aparentas.

—No te eduqué para que fueras una mentirosa —dijo Pelagia, por lo demás contentísima.

—Yo tengo treinta y cuatro —dijo Antonia—. Eso sí es vejez. Sesenta sólo es una cifra.

La niña resultó ser un niño, con su fascinadoramente arrugado escroto y su escuálido pene que en años venideros demostraría ser muy práctico. Pelagia acunaba a la criatura en sus brazos, sintiendo toda la tristeza de una mujer que ha permanecido virgen y técnicamente estéril toda su vida, y empezó a llamarle Iannis. Tan a menudo le llamaba así que sus padres vieron enseguida que no podían ponerle Kyriakos o Vassos o Stratis o Dionisios. Si se le llamaba Iannis, sonreía y sacaba viscosas burbujas que le goteaban barbilla abajo, y con Iannis se quedó. El bebé tenía una resuelta y testaruda abuela que sólo le hablaba en italiano, y unos padres que hablaban muy en serio de mandarlo a una escuela privada, aun cuando las estatales no tuvieran nada de malo.

Impulsado por la irrefutable teoría de que un hombre debe pasarle algo a su hijo, evitando en lo posible el impuesto sobre la herencia, Alexi empezó a buscar dónde hacer una buena inversión. Construyó un pequeño bloque de apartamentos para turistas en una árida colina e hizo instalar una cocina moderna y sanitarios en la taberna. Convenció a Pelagia de que aceptase contratar a un cocinero decente, dejándola a ella como administradora del local, y se repartieron los beneficios al cincuenta por ciento. En las despintadas paredes Pelagia pegó todas las postales que

seguían llegándole de los cuatro rincones del planeta, además de multicolores muestras de moneda extranjera donadas por turistas que se volvían generosos y antojadizos bajo la benigna y lenitiva influencia del robóla y la retsina.

70. LA EXCAVACIÓN

Con cinco años de edad y Christos Sartzetakis elegido en el lugar de Karamanlis, Iannis ya sabía decir *Hola* y *¿Verdad que es un primor?* en seis idiomas distintos. Esto era porque se pasaba casi todo el día en la taberna al cuidado de su abuela, arrullado por sonrosados y sensibleros turistas a los que gustaban los chiquillos de piel morena con mechones negros sobre ojos color de ébano, siempre y cuando no se hicieran mayores y viajaran a sus propios países en busca de un empleo. Iannis llevaba las cestas de pan a las mesas, se asomaba encantadoramente al mantel, y ganaba suficiente dinero en propinas para comprarse un oso de peluche, un coche teledirigido y una imitación en plástico del balón del Campeonato del Mundo de Fútbol. Pelagia lo presentaba ufana a los clientes, y él ofrecía su mano con cortesía y confianza, la viva imagen del niño perfecto que ya no se daba en países más prósperos pero menos sensibles. Sus modales anticuados eran una prodigiosa novedad, y el niño sólo hacía muecas cuando alguna mujer gorda con halitosis y pegajoso pintalabios lo abrazaba o besuqueaba.

El motivo de su continua presencia en la Taberna Drosoula era que su padre estaba construyendo nuevos apartamentos con piscina y pista de tenis, y que su madre había recaído en un anticuado feminismo presocialista según el cual una mujer tiene los mismos derechos que un hombre en lo tocante a iniciativa capitalista. Antonia cogió prestado dinero de su marido para abrir una tienda y en cuatro años se lo devolvió meticulosamente a un cinco por ciento de interés. En la calle Bergoti de Argostolion abrió un bazar de *souvenirs* donde se vendían reproducciones de ánforas, sartas de cuentas, muñecos ataviados con la *fustanella* de los *evzones*, casetes de *syrtaki*, equipo de submarinismo, estatuillas del dios Pan tocando sus flautas con manifiesta concentración aunque dotadas de una espléndida e hiperbólica erección, lechuzas de Minerva en piedra caliza, postales, alfombras hechas a mano que en realidad las hacían a máquina en el norte de África, delfines de porcelana, dioses, diosas y cariátides, máscaras teatrales de terracota, chucherías de plata, colchas de intrincados dibujos, sortijas de boda que parodiaban cómicamente los movimientos de la cópula, diminutos *bozoukis* mecánicos con flácidas cuerdas de nilón rojo hechas con hilo de pescar que tocaban *Nunca en domingo* o *Zorba el griego*, ejemplares de las novelas de Kazantzakis en inglés, siniestros iconos con auténtica pátina representando santos cuyos nombres en cirílico eran tan indescifrables como improbables, emolientes para ingleses con quemaduras de sol, cinturones y bolsos de piel, camisetas con variaciones sobre el mensaje «Mi papi estuvo en Grecia y sólo me trajo esta mierda de camiseta», guías turísticas y fusiles lanza arpones, paracetamol, bolsas de playa con asas que se descosían, esterillas de rafia, compresas y condones. Antonia presidía aquel ecléctico emporio vestida como siempre de blanco deslumbrante, sentada a la caja registradora (para no dejar pistas a un posible recaudador de impuestos), metido el pulgar en la boca y dispuestas las larguísimas

piernas en posturas de sofisticada elegancia.

No tardó en abrir otras tiendas idénticas en Lixouri, Skala, Samos, Fiskardo y Assos, y para tranquilizar su buena conciencia artística decidió patrocinar a un ceramista que iba a fabricar verdaderamente bellos artículos y adornos de jardinería en terracota a prueba de escarcha, según el estilo clásico. Antonia y Alexi visitaron París y Milán con la vaga idea de abrir una *boutique* de lujo en Atenas, y en esa época Alexi desechaba con desdén los argumentos de quienes pretendían redistribuir su riqueza personal: «Entre Antonia y yo damos trabajo a docenas de personas. Si nos enriquecemos, enriquecemos también a nuestro personal, o sea que no me vengas con chorradas pasadas de moda, ¿vale? ¿Qué pretendes, que vivan todos del paro? ¿Tienes idea de cuánta gente fabrica las cosas que vendemos? Pues son centenares, que lo sepas».

Su hijo crecía feliz en compañía de la abuela, remojándose los pies en el agua transparente del puerto y siempre hipnotizado por los ágiles e impulsivos cardúmenes. Por las tardes la familia al completo se reunía en la taberna, en general pero no siempre después de la hora punta, y discutían en griego y en italiano mientras Pelagia, nostálgica ya de la infancia de Iannis, decía: «¿Os acordáis de aquella vez que le estaba cambiando el pañal en la tapia y de pronto se hizo pipí y le salió un chorro dorado que fue a dar sobre el gato? Y luego el gato salió pitando y empezó a lamerse, puaj, y nos reímos tanto que pensamos que íbamos a reventar. Qué tiempos aquellos. Es una pena que los niños crezcan». Y el muchacho se reía cortésmente deseando que su abuelita no le pusiera en evidencia, y luego se iba detrás de la tapia y comprobaba hasta qué altura podía mojar la pared, inclinándose hacia atrás por las rodillas y experimentando con el alcance y elevación de su interesante apéndice y el maravilloso chorro dorado. Como tenía un amigo llamado Dimitri que podía mear más alto que él, hubo de entrenarse un poco antes de aceptar apuestas. Con un pedazo de tiza que guardaba detrás de la tapia llevaba una lista de las bellas extranjeras que le habían besado en la mejilla cuando se despedían al término de sus vacaciones. Eran ciento cuarenta y dos, una cifra casi imposible de imaginar; él no recordaba sus caras sino sólo una impresión general y gozosa de cabellos brillantes, ojos grandes, fragancia perfumada y unos pechos esponjosos que se achataban contra él de modo fortuito para recuperar luego su forma. Por la noche, después que lo llevaban a casa dormido en brazos de su padre, solía soñar en una babel de lenguas con chicas deliciosas y olor a crema facial hidratante.

Cuando Iannis cumplió los diez, en el año de la antitética coalición entre comunistas y conservadores, Pelagia contrató a un bozoukista para que entretuviera a los clientes de la taberna. Se llamaba Spiridon, venía de Corfú y era un hombre carismático de una inagotable exuberancia. Tocaba su instrumento con tal virtuosismo y vitalidad que parecía estar tocando no uno sino tres *bozoukis*, y era capaz de hacer que hasta los alemanes se pasaran la mano por los hombros y bailaran en círculo moviendo los pies como si fueran caballos piafando de impaciencia. Sabía

a la perfección cómo interpretar una pieza acelerando, empezaba muy lento y con mucha pompa, y paulatinamente iba imprimiendo velocidad hasta que los bailarines acababan enredados en un histérico lío de extremidades. Conocía canciones de cuna y de pescadores, melodías clásicas y composiciones nuevas de Theodorakis, Xarhakos, Markopoulos y Hadjidakis, y las sabía ejecutar con trémolos precisos y con improvisaciones extremadamente sincopadas que impedían a su público seguir bailando porque era aún mejor escuchar.

Iannis adoraba a Spiridon, con sus anchas espaldas, su enorme barba negra, su amplia boca que parecía contener un centenar de dientes resplandecientes (incluido uno de oro) y su repertorio de trucos de prestidigitación mediante los cuales te sacaba huevos de las orejas y hacía desaparecer monedas con un fogonazo de los dedos. Pelagia también le quería porque le recordaba mucho a su capitán ausente, y a veces anhelaba tener una máquina del tiempo que la devolviera a los días del único amor de su vida. Pensaba que tal vez el alma del capitán movía los dedos de alguien como Spiridon, pues se decía que incluso muerto el músico, su música errabunda pasaba a otras manos y perduraba en ellas.

Iannis deseaba en secreto hacerse arpón en cuanto tuviera edad suficiente para ello. Estos *kamakia* eran chicos griegos que vivían a una dieta de sexo permanente, entreteniéndolo a las románticas extranjeras que, libres de carabina, llegaban a la isla en busca de amor verdadero y orgasmos múltiples en brazos de cualquier Adonis moderno que accediera a arrebatárselas de pasión. Se consideraban tan indispensables para la industria turística que se hablaba incluso de crear un sindicato que representara sus intereses. Seductora y caballerosamente repartían bellos recuerdos y corazones destrozados, mientras esperaban en el aeropuerto a que llegara una nueva chica tras haber despedido a la anterior. En épocas de escasez haraganeaban en sus ciclomotores, charlando de los atributos sexuales de las distintas nacionalidades. Las italianas eran las mejores, y las inglesas unas inútiles a menos que estuvieran borrachas. Las alemanas eran muy técnicas, y las españolas melodramáticas e incontrolables, mientras que con las francesas, de tan presumidas, había que fingir enamoramiento desde el primer instante. Iannis solía inspeccionarse el minúsculo rabo con sus impredecibles y dolorosas erecciones, y preguntarse si alguna vez tendría un orgasmo —fuera eso lo que fuese— y cuándo despertaría de sus húmedos sueños su arpón particular para dar el decisivo estirón.

A Iannis no le pasó por alto que Spiridon era popular entre las chicas. Al término de cada actuación solían coger las rosas rojas de los esbeltos jarroncitos que adornaban sus mesas y arrojárselas al músico. Vio también que Spiro acudía a primera hora de la tarde y les quitaba las espinas a las rosas, tan confiado estaba de aquel bombardeo floral. Observó asimismo que Spiro se hacía fotografiar siempre en compañía de chicas de narices brillantes, hasta cuatro de una vez, y que en tales ocasiones sonreía de oreja a oreja mientras su rostro irradiaba orgullo y felicidad. En vista de lo cual, Iannis pidió a Spiro que le enseñase a tocar el *bozouki*.

—Aún tienes los brazos demasiado cortos —le dijo Spiro—, sería mejor que empezaras con una mandolina. De hecho es lo mismo, pero más a tu medida. Ahora tienes diez años, cuando tengas catorce quizá podrás empezar con el *bozouki*. Mira... —Apoyó el instrumento sobre la falda del chico y le estiró el brazo izquierdo—. Tu brazo es demasiado corto y la mano no es lo bastante grande para coger todo el mástil. Necesitas una mandolina.

Iannis se sintió un poco decepcionado. Él quería ser igual que su héroe.

—¿Sabes tocar la mandolina? —preguntó.

—¿Que si sé tocar la mandolina, dices? Así es como aprendí, hombre. Soy el mejor mandolinista que he oído nunca, aparte de un par de italianos. De hecho, la mandolina es mi instrumento favorito.

—¿Me enseñarás?

—Te hará falta una mandolina. Si no, tendríamos que limitarnos a la teoría.

De mal humor, Iannis dio la lata a su madre, a su padre y a su abuela para que le comprasen una mandolina. Antonia se quitó el pulgar de la boca y dijo: «La próxima vez que vaya a Atenas, te compraré una», y como es lógico, se olvidó. «Te traeré una de Nápoles», dijo Alexi, que no tenía la menor idea de cuándo iba a ir allí ni con qué motivo. Finalmente Pelagia le dijo:

—Bueno, el caso es que tenemos una, pero está enterrada en la casa vieja. Estoy segura de que a Antonio no le importaría si la desenterrases.

—¿Qué Antonio?

—Mi novio italiano que murió en la guerra. La mandolina era suya. Debes haber oído hablar de él.

—Sí, ya. Pero si está enterrada estará podrida y rota, ¿no?

—No lo creo. En mitad del suelo había un escotillón, y estaba metida en un agujero. Pero tú solo nunca podrás remover toda esa basura, y además yo no te dejaría. Es demasiado peligroso.

Iannis suplicó a su padre que le prestara unos cuantos obreros de uno de sus solares en construcción. Alexi se lo prometió, pero después le dijo que no podía ser debido a unos proyectos urgentes relacionados con un avión cargado de turistas que debía llegar en breve a una urbanización recién construida cuyos sanitarios no habían sido totalmente instalados siquiera. Alexi estaba tan nervioso con el asunto que hasta llegó a pegar a su hijo por primera vez en su vida para luego abrazarlo y pedirle disculpas.

Así pues, Spiridon fue llevado de la mano colina arriba hasta unas fantasmales ruinas abandonadas donde crecían largas matas de hierba y espinos desecados que cubrían casi las viejas piedras hechas añicos. Alrededor quedaban los silentes y desiertos restos de pequeñas casas envueltas en una apariencia de soledad y pesar. Peldaños alabeados conducían a ninguna parte. Un horno comunal descansaba en un ángulo precario, atascada y herrumbrosa su puerta de hierro colado, con capas de óxido prontas a escindir por el calor o la escarcha. Dentro había una colonia de

cochinillas y los rastros carbonizados de innumerables y olvidadas comidas que habían alimentado a personas dispersadas o muertas desde hacía tiempo.

—Dios mío —dijo Spiro, contemplando aquel espectáculo de silenciosa desolación—, en Corfú no fue tan grave. Le pone a uno triste, ¿verdad?

—Sí, es un lugar tristísimo —dijo Iannis—. Yo suelo venir a explorar, y también cuando estoy enfadado, o soy infeliz. —Señaló con el dedo—. Mi bisabuelo murió ahí dentro. Me pusieron Iannis por él. La abuela dice que era el mejor médico de Grecia, y que pudo haber sido un gran escritor. Podía sanar con sólo tocar a la gente.

Spiro se persignó y dijo:

—Que la Virgen nos proteja.

—He encontrado montones de cosas —comentó Iannis—, pero casi todo está roto. —Una gata joven y manchada se alejó con el vientre distendido por las crías a punto de nacer—. Viene a cazar lagartijas —dijo Iannis, señalando—. Lo hace muy bien. Siempre les deja la cola, y después la cola se retuerce sola por ahí días y días. Es fantástico.

—Fíjate en eso —dijo Spiro, señalando a un enorme olivo viejo partido por la mitad que empezaba a pudrirse por el tronco, pero que estaba lleno aún de retorcidas ramas negras y pequeños frutos verdes.

—Yo me subo a ése —dijo Iannis—. Hay una rama estupenda para columpiarse. Esa de allá.

—Pues vamos a columpiarnos —dijo Spiro, y Iannis trepó al árbol para ver desde allí como el otro daba un salto y se colgaba. Se columpiaron un rato los dos juntos, ayudados por la elasticidad de la rama y luego se dejaron caer al suelo rebosantes de viril satisfacción. Spiro se frotó las manos y dijo—: Bueno, pongamos manos a la obra antes de que haga demasiado calor. ¿Te das cuenta de que esto me va a ir muy mal para las manos? Seguramente no podré tocar esta noche. ¿Sabías que los guitarristas no lavan platos porque se les ablandan las uñas? Qué excusa más buena, ¿verdad?

—A mí me gusta lavar los platos —dijo Iannis—. Te saca toda la mugre de las uñas; además, la abuela me paga.

Pasaron los dos por lo que otrora había sido una puerta y se rascaron la cabeza con desaliento. Había un horrible montón de escombros.

—Antes estaba peor —dijo Iannis con tono de disculpa—, mi papá vino a llevarse todas las baldosas que no estaban rotas, y cogió la mayoría de las vigas para hacer nuevas casas. Y la abuela desenterró lo que aún servía.

Spiro cogió un palo y levantó un petrificado preservativo blancuzco.

—¡Vaya! —exclamó—. Cerdos de turistas. —Lo lanzó a la maleza, y Iannis preguntó:

—¿Qué era?

—Verás, jovencito, es una cosa que se pone en lo que uno más aprecia cuando no quiere tener niños.

—¿Y entonces cómo se mea? ¿Te lo has de sacar?

—Sí —dijo Spiro, viendo que si no iba con cuidado tendría que dar muchas explicaciones—, te lo sacas. En realidad, sólo te lo pones cuando estás en situación, ¿entiendes?

—Ah —dijo Iannis—, es un condón, ¿verdad? Ya los conozco. Dimitri me ha hablado de eso.

Spiro levantó las cejas, resopló y lanzó un suspiro. Empezó a apartar cascotes, fragmentos de baldosa, latas aplastadas, largas y repugnantes tiras de papel higiénico manchado (legado del turismo también) y un sinnúmero de botellas verdes.

—Tenemos para dos días —dijo—. Me parece que será mejor poner manos a la obra.

A la tarde siguiente había un claro en mitad del antiguo piso y un polvoriento montón de piedras y baldosas rotas de un metro de alto arrimado a las paredes, junto con trozos de madera partidos y en proceso de putrefacción. Había asimismo una pila de tesoros que Iannis deseaba salvar: un viejo y despachurrado receptor con su aguja roja del dial atascada para siempre en *Napoli*, una cacerola deforme con un agujero mellado y el fondo manchado de orín, un bastón roto con puño de plata, un jarrón intacto de cristal Heno de conchas de caracol, un mohoso conjunto de libros gruesos titulado *The Complete and Concise Home Doctor* en inglés, un fonendoscopio cuyos tubos de goma se habían echado a perder y que tenía la boquilla torcida, una fotografía enmarcada (con el cristal roto) de dos borrachos muy graciosos con extraños sombreros y, al fondo, la diminuta pero maravillosamente desnuda figura de una ágil muchacha dando patadas al agua del mar, tocada también con un estúpido gorro. Encontró incluso un álbum de fotos al completo, un poco húmedo y con los bordes de las hojas mordisqueados por los insectos y manchas marrones de agua esparcidas de forma elegante y delicada en dibujos ondulantes que atravesaban las páginas. La primera fotografía llevaba la inscripción «Mamá y papá en el día de su boda», y en ella se veía en sepia a una pareja joven posando muy formal con aquellos vestidos tan anticuados que a Iannis le parecía imposible que alguien hubiera llevado nunca. Repasó las fotografías sentado en la tapia: *Primeros pasos de Pelagia*, una foto de un bebé con gorro escarolado, tendido boca abajo y mirando hacia arriba con cara de asombro. Se las enseñaría a la abuela para averiguar qué significaban. Entretanto era fantástico haber encontrado una navaja de resorte con la hoja pegada por el óxido, un jarrito de cristal que contenía un guisante seco incrustado de una cosa negra y escamosa, y un enmohecido libro de poemas escrito por un tal Andreas Laskaratos.

Spiro intentó meter los dedos por la anilla de hierro del escotillón, pero estaba agarrotada y no había forma de moverla. Deslizó bajo la madera la punta de un viejo destornillador que había encontrado, pero se dobló como un pedazo de queso y se partió. Tendría que pedir una palanca, porque los goznes también estaban rígidos por la oxidación.

—¿Por qué no lo rompemos? —preguntó Iannis.

—No querrás aplastar la mandolina, ¿verdad? Con la impaciencia no ganamos nada.

Se quedaron mirando la trampilla, rascándose la cabeza y con la frustración de verse burlados después de haber llegado tan lejos, y entonces repararon en un viejo muy corpulento, de traje negro, camisa sin cuello y plateada barba de tres días, que estaba en el umbral, un poco encorvado.

—¿Qué estáis haciendo? —dijo—. Ah, eres tú, Iannis. Pensaba que erais saqueadores. Iba a daros un par de guantazos.

—Queremos abrir esto, *kyrie Velisarios* —dijo el chico—. Está atascado, y dentro hay una cosa que nos interesa.

El viejo entró arrastrando los pies y miró el escotillón con ojos acuosos. Iannis advirtió que llevaba una rosa roja.

—Enseguida os lo levanto —dijo Velisarios—, pero antes voy a dejar esta flor. —Volvió al patio y depositó la flor sobre la tierra reseca—. Normalmente lo hago en octubre —explicó—, pero puede que yo también esté muerto para entonces, así que he venido antes.

—¿Para qué? —preguntó Iannis.

—Muchacho, ahí abajo hay un soldado italiano. Yo mismo lo enterré. Era muy valiente, y grande como yo. Me caía bien, era muy amable. Vengo todos los años a dejarle una flor para que vea que no le olvido. Nadie me había visto hacerlo, pero ¿qué más da? Ahora tenemos otros enemigos, y nadie sabe lo que es la vergüenza.

—Entonces ¿hay un esqueleto de verdad ahí debajo? —preguntó Iannis con los ojos desmesuradamente abiertos de placer y horror, y pensando que sería repulsivamente estimulante tratar de sacarlo. Siempre había querido tener una calavera de verdad.

—No sólo un esqueleto. Un hombre que se merece el descanso. Le dimos una botella de vino y un cigarrillo; ahí abajo no hay mujer regañona que le moleste o que se ponga a adecentarlo cuando lo que él quiere es sólo paz. Tiene todo lo que un hombre podría desear.

Spiro tosió con educado escepticismo:

—No se moleste en tratar de levantar esta trampa —dijo—. Lo he probado y no se puede.

—Has de saber —dijo Velisarios, ufano— que yo he sido el hombre más fuerte de toda Grecia, si no del mundo. Y todavía lo soy, que yo sepa. ¿Ves ese viejo abrevadero de piedra? Pues en 1939 lo levanté más arriba de mi cabeza, y nadie más lo ha logrado ni antes ni después. He levantado mulos hasta aquí con dos jinetes montados encima.

—Es verdad, es verdad —dijo Iannis—. Me lo han contado. Y fue *kyrios Velisarios* el que salvó el pueblo.

—Dame la mano —le dijo Velisarios a Spiro—. Verás la clase de hombres que

había en Cefalonia. Piensa que tengo setenta y ocho años, así que imagina cómo era antes.

Sonriendo con cierto paternalismo, Spiro alargó la mano. Velisarios se la estrechó y apretó. Spiro puso cara de consternación y luego de alarma y horror, al sentir los huesos de la mano crujiendo como si se la hubiera pillado entre las piedras de un molino de aceite. «¡Ah, ah, ah!», gritó, cayendo de rodillas. Velisarios lo soltó y Spiro se miró la mano, meneando los dedos y aterrado al pensar que tal vez no podría volver a tocar un instrumento.

Velisarios se agachó lentamente e introdujo los dedos de una mano en la anilla de hierro. Se inclinó un poco de forma que toda su fuerza y su peso favorecieran su intento, y con un brusco, gratificante astillarse y rasgarse de madera y hierro viejo, la trampilla voló por los aires en medio de una nube de polvo, arrancada de sus goznes y partida en cuatro. Velisarios se frotó las manos, se sopló los dedos y de pronto pareció regresar a su estado de viejo cansado.

—Adiós, amigos —dijo, y echó a andar penosamente hacia el pueblo nuevo.

—Increíble —dijo Spiro, sin dejar de agitar su mano paralizada—. No me lo puedo creer. Con lo viejo que es. ¿Sus hijos son gigantes como él?

—No llegó a casarse, tenía demasiado trabajo con ser fuerte. ¿Sabías que Cefalonia fue el primer hogar de los gigantes? Lo dice Homero. O eso dice la abuela. Me gustaría ser un gigante, pero creo que voy a ser del montón.

—Increíble —repitió Spiro.

Todo lo que contenía aquel escondite cerrado durante treinta y seis años estaba en perfectas condiciones. Hallaron un antiguo gramófono alemán con su colección de discos y su manivela; una colcha grande de intrincada labor, ligeramente amarillenta pero envuelta aún en papel de seda; una mochila de soldado llena de curiosidades de la guerra; dos cartucheras; un fajo de papeles escritos en italiano y otro escrito en bonita cursiva cirílica, dentro de una caja negra y con el título *Historia personal de Cefalonia*. Había también un paquete de tela que contenía un estuche, que a su vez contenía la más hermosa mandolina que Spiro había visto. La examinó una y otra vez al sol, asombrado de sus exquisitos ribetes, de las fastuosas inscrustaciones y de la perfecta artesanía de las secciones ahusadas de la panza. La puso a la altura de sus ojos y comprobó que el mástil no estaba torcido. Faltaban cuatro cuerdas, y las cuatro restantes estaban negras de tan deslustradas y yacían aflojadas sobre los trastes tal como Corelli las había dejado al guardar el instrumento en 1943.

—Esto —dijo Spiro— vale más que las memorias de una puta. Iannis, eres un chico con suerte. Has de cuidar esta mandolina más de lo que quieres a tu madre, ¿lo has entendido?

Pero en ese momento a Iannis le interesaba más el fusil Lee-Enfield de largo cañón. Radiante de excitación, el muchacho esgrimió el arma apoyándosela en la cadera y pinchó a Spiro en el trasero, diciendo «Pum, pum, pum». Luego apuntó hacia el árbol y apretó el gatillo. El fusil saltó de sus manos con un terrible y

espeluznante estampido, el cañón le golpeó en la frente y una lluvia de astillas cayó de la rama. Iannis soltó la incómoda arma como si le hubiera dado una violenta descarga eléctrica y se sentó bruscamente y rompió a llorar del susto.

71. ANTONIA VUELVE A CANTAR

Alexi se incautó del rifle y la munición. Lo limpió bien y lo engrasó a conciencia, añadiéndolo después a su alijo secreto en un armario. Poseía una pequeña Derringer, una vieja pistola italiana con algunos cartuchos y ahora aquel magnífico rifle, el arma idónea para francotiradores. Había modificado su eslogan favorito; ahora era: «No tenemos nada que perder salvo nuestras posesiones», y ningún ladrón ni fanático comunista iba a atracar su casa ni iniciar una revolución sin que él estuviera prevenido. En aquel entonces seguía sin cortarse las uñas de los pies, pero le ahorraba a su suegra el trabajo tirando los calcetines agujereados. Pese a que Alexi estaba más gordo y sudaba más, él y Antonia (a la que llamaba también *Psipsina*) estaban más enamorados que nunca, unidos en el común amor a sus empresas, y hacían a veces de hermanos para su único hijo.

En cuanto a Pelagia, Iannis nunca la había visto llorar tanto. Las abuelas eran unas sentimentales y hasta podían llorar si les regalabas una concha encontrada en la playa, pero llorar una semana seguida era algo que no concebía.

Primero estrechaba la mandolina contra su pecho, diciendo «Oh, Antonio, *mio carino* Antonio», la cara crispada de emoción, las lágrimas salpicando el piso de la cocina y resbalándole por las mejillas para desaparecer cuello abajo y en su errabundo y arrugado escote. Luego cogía los papeles en italiano y se los llevaba al pecho con un «Oh, Carlo, *mio poverino* Carlo». Después cogía el fajo en griego y empezaba, «Oh, papá, oh *papakis*», apretando contra sus pechos la colcha de ganchillo, y de nuevo se le anegaba la cara en lágrimas mientras se palmeaba con la manó y gemía «Oh, pobre vida mía que no llegó a ser, oh Dios del cielo, oh vida, siempre sola y esperando, oh...», y volvía a empezar por la mandolina, a besarla y abrazarla como si fuera un bebé o un gato. Ponía una y otra vez aquellos viejos discos rayados, dándole a la manivela con furia y gastando todas las agujas de repuesto que había en un pequeño compartimento, pues cada una de ellas servía sólo para una vez, y todos los discos eran de una mujer que cantaba en alemán con una voz de humo que venía de muy lejos. A él le gustaba una que se titulaba *Lili Marlene*, era muy buena para silbarla cuando ibas por la calle. Los discos eran muy gruesos y no se doblaban, y tenían en el centro una etiqueta roja. «¿Por qué no teníais casetes?», preguntaba él. Y ella no respondía, porque estaba jugueteando con la navaja que le había regalado a su padre, o leyendo los poemas de Laskaratos que aquél le había regalado a su vez, y la voz de la poesía llenaba su alma como lo había hecho en tiempos de un mundo ya muerto y del que no había constancia.

Iannis intentaba consolar a su abuela. Se le sentaba en el regazo, aunque ya era un poco mayor para eso, y le enjugaba las lágrimas con un pañuelo empapado. Se sometía sin excesiva consternación a los abrazos asfixiantes, y se preguntaba cómo era posible querer tanto a una vieja de papada colgante, venas varicosas y grises cabellos tan finos que transparentaban el sonrosado cuero cabelludo. Aguantaba

pacientemente mientras ella miraba el álbum de fotos por enésima vez, repitiendo la misma información con idénticas palabras y señalando con aquellos dedos pecosos.

—Éste es tu bisabuelo, era médico, sabes, murió salvándonos en el terremoto. Y ésta es Drosoula, una especie de tía tuya que no has llegado a conocer; era muy grande y fea pero la persona más simpática del mundo. Y ésta es la casa vieja antes de venirse abajo. Y mira, ésta soy yo de joven (¿a que no pensabas que fuera tan guapa?) y tengo en brazos a una marta que había en casa, *Psipsina*, que era de lo más graciosa. Este es el hijo de Drosoula, Mandras (guapo, ¿verdad?), era pescador y una vez estuvimos prometidos, pero el pobre acabó mal, Dios lo tenga en su gloria. Ésta es tu bisabuela, murió de tuberculosis siendo yo tan pequeña que ni me acuerdo, y mi padre no pudo hacer nada. Y éste es mi padre cuando era marino, qué joven, santo Dios, qué joven, ¿a que se le ve feliz y lleno de vida? Nos salvó cuando el terremoto, sabes. Y éste es Günter Weber, un alemán, no sé qué habrá sido de él. Y éste es Carlo, que era tan grande como Velisarios, él es el que está enterrado en la casa vieja, era muy amable y sufría mucho pero no se lo contaba a nadie. Y éstos son los chicos de *La Scala* cantando, todos borrachos. Y éste es el olivo antes de partirse. Y éstos son Kokolios y Stamatis, las cosas que podría contarte de ellos, viejos enemigos, discutiendo siempre sobre el rey y el comunismo, pero amigos hasta el final. Y éste es Alekos, aún vive, sabes, es más viejo que Matusalén y sigue cuidando de sus cabras. Y esto es el Peloponeso desde lo alto del monte Aínos. Y esto es Ítaca si giras un poco desde el mismo sitio. Y ese de ahí es Antonio, era el mejor mandolinista del mundo y yo iba a casarme con él, pero lo mataron; entre nosotros te diré que no lo he superado, es su fantasma el que se aparece en el recodo del pueblo antiguo y luego se esfuma... —La abuela hacía una pausa para seguir llorando—. Y aquí están Antonio y Günter Weber haciendo el tonto en la playa, y la mujer desnuda del fondo no sé quién es, pero tengo mis sospechas. Y éste es Velisarios levantando un mulo (increíble, ¿no?), fíjate qué musculatura. Y éste es el padre Arsenios cuando estaba muy gordo; se fue adelgazando cada vez más durante la guerra y luego desapareció sin que nadie supiera por qué (qué extraño, ¿verdad?). Y ésta es la antigua *kapheneia* donde papá, tu bisabuelo, solía esconderse siempre que yo le necesitaba para algo; ¿sabes una cosa?, yo fui la primera mujer que entró ahí...

Iannis miraba aquellas caras sin arrugas del pasado remoto y le sobrevenía una misteriosa sensación. Era evidente que antes no había colores y que todo era de distintos tonos de gris, pero no se trataba sólo de eso. Lo que le preocupaba era que todas aquellas fotografías habían sido tomadas en el presente, un presente que había desaparecido. ¿Cómo puede el presente no ser presente? ¿Cómo era posible que de todo aquello solamente quedaran pequeños retratos de papel manchado?

—*Yia*, ¿me voy a morir?

Pelagia lo miró.

—Todos nos morimos, Iannis. Unos, jóvenes; otros, viejos. Yo moriré pronto, pero he tenido mi oportunidad. Cuando mueres, otro viene a ocupar tu lugar. «Los

Inmortales han asignado a cada cosa su tiempo conveniente en esta fértil tierra». Eso decía Homero. Aparte de nacer, es la única cosa para la que no hay alternativa. Un día, espero que cuando seas muy viejo, tú también morirás, conque no hagas como yo. Aprovecha al máximo mientras puedas. Cuando yo falte, lo único que quiero es que te acuerdes de mí. ¿Crees que lo harás? Oh, perdona, Iannis, no era mi intención preocuparte. No llores, vamos. Ay, Señor, olvidaba lo joven que eres...

Iannis suplicó a Antonia que le comprara unas cuerdas para la mandolina de la cual le venía a ella el nombre, y ella le prometió que se las conseguiría cuando fuese a Atenas. Alexi prometió comprarle unas cuando fuese a Nápoles, adonde seguía sin encontrar motivo para ir. Pelagia llevó a Iannis en autobús a Argostolion y le compró unas cuerdas en una tienda de instrumentos de una calle secundaria de las que suben hacia la colina en ángulo recto con respecto a las principales arterias de la ciudad. «Quiero mucho a tus padres —le dijo a Iannis—, pero nunca se dan cuenta de lo que tienen delante de las narices. ¡Atenas y Nápoles! ¡Bobadas!».

De vuelta en la Taberna Drosoula, Spiro limpió y lustró la mandolina con mucho cuidado. Frotó las clavijas con el grafito de un lápiz y las hizo girar y girar hasta que el mecanismo empezó a funcionar con suavidad, sin chirridos, chasquidos, vacilaciones ni resistencia. Le enseñó al chico cómo había que pasar el extremo superior de la cuerda por el cordal de plata, enganchando los lazos de polícromas bolitas de borra en el gancho adecuado. Le enseñó a enrollar la cuerda por el agujero de las clavijas de modo que resultara difícil romperse, y a insertarla en las muescas del puente y la cejuela tras haberles pasado un poco de grafito, para una mejor afinación.

Le enseñó a afinar cada cuerda despacio, pasando de una a otra sucesivamente y vuelta a empezar. Le hizo una demostración de cómo utilizar los armónicos para buscar la posición correcta del puente, le explicó el sistema para afinar cada cuerda en el séptimo traste del par de cuerdas inmediatamente superior, y después se puso a tocar. Ejecutó tres acordes sencillos para habituar sus dedos al reducido diapasón de la mandolina y luego tocó una escala a un trémolo vertiginoso.

Iannis estaba seducido por la música. Asimiló religiosamente todo lo que Spiro le aconsejó sobre no dejarla al sol, evitar que se mojara o que se enfriara en invierno, que no se le cayera, que le sacara lustre a la madera con un producto especial como el utilizado para el *bozouki*, que aflojara las cuerdas para guardarla, que afinara un semitono más agudo a fin de que se aposentarán más deprisa... Spiro le dijo muy serio que tenía en las manos la cosa más preciosa que jamás iba a poseer, y despertó en el muchacho un sentimiento de temor reverencial que nunca había experimentado en la iglesia cuando Pelagia lo llevaba allí a la fuerza. Sólo dejaba que Spiro y la abuela tocasen el instrumento, y se enfurecía si alguien más intentaba tocarlo.

Pero lo más curioso, pese a que él quería la mandolina para impresionar a las chicas cuando fuera mayor, fue que al cumplir los trece años y siendo ya un buen mandolinista, había descubierto que las chicas eran una absoluta calamidad. Su difícil

misión en la vida consistía en frustrar y fastidiar y en tener cosas que uno quería pero que ellas no concedían. De hecho eran unas extraterrestres malévolas y caprichosas. Sólo cumplidos los diecisiete, cuando la abuela había iniciado su frívola y desenfrenada segunda juventud, conoció por fin a una que le hizo reventar de deseo y que se detuvo a escuchar mientras él estaba haciendo sonar a *Antonia*.

72. UNA INESPERADA LECCIÓN

En octubre de 1993 Iannis cumplió impaciente los catorce y acababa de pasar todo un verano tocando dúos en público con Spiridon y siendo bombardeado con rosas rojas. Para no molestar a su abuela con sus continuos ejercicios —en realidad, para no hacerla llorar más— había subido a las ruinas de la casa antigua para tocar en privado, y su atención estaba fijada en conseguir un buen trémolo por el método de hacer girar la muñeca en lugar de moverla de arriba abajo, lo cual era muy fatigoso y a menudo difícil de controlar. Se estaba mordiendo el labio del esfuerzo y no se percató del viejo que se acercaba y le miraba con crítico pero complacido interés. Iannis casi dio un salto de su asiento al oír una voz que decía, con un curioso acento.

—Perdone usted, joven.

—¡Ah! —exclamó—. Caramba, qué susto me ha dado.

—Es joven para morir de un ataque —dijo el hombre—. El caso es que no he podido evitar fijarme en que hace una cosa mal.

—Tengo problemas con el trémolo. Siempre se rompe.

Le agradó poder hablar con un viejo de igual a igual; los viejos solían ser distantes o incomprensibles, pero aquél parecía despierto y tenía como un halo de energía y regocijo. Le halagaba haber despertado su interés, y decidió hinchar un poco el pecho para parecer más hombre. La voz se le quebraba y a veces producía disonantes gallos, de modo que encapotó la voz y habló con esa adulta falta de naturalidad que hace sonreír a los adultos.

—No, no, hay que darle tiempo. El problema es la mano izquierda. Está intentando usar el primer y el segundo dedos para todo, y así no va bien. —El hombre se inclinó y empezó a ponerle los dedos en su sitio, diciendo—: Mire, el primer dedo pisa las cuerdas en el primer traste, el segundo en el segundo traste, el tercero en el tercero y el cuarto en el cuarto. Al principio cuesta un poco porque el dedo pequeño no suele poseer nunca fuerza, pero así uno no tiene que torcer la mano todo el rato, y las cuerdas agudas no se humedecen de sudor.

—Sí, me había fijado. Es un fastidio.

—Procure mantener la misma relación entre los dedos y los trastes en cualquier punto del diapasón, y todo le resultará más fácil. —Se incorporó y a continuación dijo—: Nada más sencillo que distinguir a un buen músico; un músico bueno parece que no está moviendo las manos, es como si la música saliera por arte de magia. Si hace como le digo, apenas tendrá que mover la mano, únicamente los dedos. Así se evitará que le resbale el instrumento. Eso siempre es un problema con las mandolinas de fondo abombado, yo he pensado a menudo en comprarme una de esas planas portuguesas. Pero nunca encuentro el momento.

—Sabe mucho de mandolinas.

—A la fuerza. He sido mandolinista profesional casi toda mi vida. Sé que usted va a ser bueno.

—¿Por qué no toca algo? —preguntó el muchacho, ofreciéndole la mandolina y el plectro.

El viejo rebuscó en el bolsillo de su abrigo y extrajo su propia púa, diciendo:

—Siempre uso la mía, no se ofenda.

Cogió la mandolina, se la ajustó al cuerpo por debajo del diafragma, rasgó un acorde a modo de prueba y empezó a interpretar el *Siziliano* de la Gran sonata en sol mayor de Hummel. Iannis estaba boquiabierto de asombro cuando, de pronto, el viejo dejó de tocar, puso la mandolina boca arriba, la examinó con expresión de absoluta incredulidad y exclamó:

—¡Madonna mia, si es *Antonia*!

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Iannis, sorprendido y a la vez receloso—. Bueno, quiero decir, es imposible que sepa que es *Antonia*. ¿La había visto anteriormente?

—¿Dónde la encontró? ¿Quién se la ha dado? ¿Cómo sabe que se llama *Antonia*?

—La saqué de ese agujero de ahí —dijo Iannis señalando al escondite abierto en mitad de las ruinas—. La abuela me dijo que estaba allí y la llamó por ese nombre. En realidad mi abuela le puso a mi madre también Antonia, porque cuando cantaba sonaba como una mandolina.

—¿No será su abuela *kyria* Pelagia, la hija del doctor Iannis?

—Ése soy yo, me pusieron Iannis por él.

El viejo se sentó en la tapia al lado del muchacho, con la mandolina aún en la mano, y se secó la frente con un pañuelo. Parecía muy nervioso. Iannis reparó en la cicatriz de su mejilla, oculta apenas tras los mechones de su barba. De repente, el viejo dijo:

—Cuando encontré la mandolina, ¿le faltaban cuatro cuerdas?

—Sí.

—¿Sabe dónde están?

—No.

Los ojos del viejo centellearon, y se tocó el pecho.

—Están aquí dentro —dijo—. El doctor Iannis me cosió las costillas con esas cuerdas, y nunca me las he hecho sacar. ¿Qué le parece?

El chico estaba hondamente impresionado. Abrió unos ojos como platos. Dispuesto a no ser menos, afirmó:

—Tenemos un esqueleto de verdad allá abajo.

—Sí, lo sé. En parte he venido por eso. Es Carlo Guercio. Era el hombre más grande del mundo, y me salvó la vida. Me protegió con su cuerpo delante de un pelotón de fusilamiento.

El chico estaba ya boquiabierto de tan impresionado; ¿un hombre con cuerdas de mandolina en las costillas, que había estado en el paredón y que conocía realmente al dueño del esqueleto? Era mejor que haber conocido a Spiridon.

—Dígame, joven, ¿su abuela vive todavía? ¿Es feliz?

—A veces llora, desde que sacamos a *Antonia* y el resto de las cosas de ese

agujero. Y tiene las rodillas rígidas y le tiemblan las manos.

—¿Y su abuelo? ¿Está bien?

El muchacho parecía desconcertado. Torció el gesto y preguntó:

—¿Qué abuelo?

—El padre de su padre, no. Me refiero al marido de *kyria* Pelagia.

El viejo volvió a enjugarse la frente. Parecía cada vez más agitado.

—No hay tal —dijo el chico encogiéndose de hombros—. No sabía ni que se hubiera casado. Bisabuelo sí tengo.

—Sí, lo sé, el doctor Iannis. Así que *kyria* Pelagia no tiene marido, ¿eh? ¿Usted no tiene abuelo?

—Oh, supongo que sí, pero no sé nada de él. Sólo tengo al padre de mi padre, y está medio muerto. Claro que mi padre también, casi siempre.

El viejo se puso en pie, miró en derredor y dijo:

—Esto era muy bonito antes. Aquí pasé algunos de los mejores años de mi vida. ¿Y sabe una cosa? Una vez yo iba a casarme con su abuela. Creo que ya es hora de que vaya a verla. A propósito, esta mandolina era mía, pero después de oírle tocar quiero que la conserve. Renunciaré a mis derechos.

Mientras descendían los dos por la colina, Iannis dijo:

—El hombre más grande del mundo es Velisarios.

—*Porco dio*, ¿también sigue vivo?

Iannis dio un traspié:

—Oiga, si usted era el que tocaba la mandolina e iba a casarse con la abuela... entonces usted es el fantasma.

Un pródigo sol otoñal asomó brevemente entre las nubes hacia Lixouri, y el viejo se detuvo a reflexionar.

73. RESTITUCIÓN

Pese a tener los setenta cumplidos, Antonio Corelli redescubrió cierta agilidad juvenil en sus cansados miembros. Esquivó una sartén de hierro fundido y dio un respingo al romper ésta la ventana que quedaba detrás.

—*Sporcaccione! Figlio d'un culo!* —chilló Pelagia—. *Pezzo di merda!* Toda la vida esperando, toda la vida de luto, pensando que habías muerto. *Cazzo d'un cane!* Tú vivo y yo como una tonta. ¿Cómo te atreves a romper una promesa como aquélla? ¡Traidor!

Corelli retrocedió hacia la pared, batiéndose en retirada ante las acometidas de la escoba contra sus costillas y las manos alzadas en señal de rendición.

—Ya te lo he dicho —exclamó—. Creí que te habías casado.

—¡Casada yo! —repuso ella con amargura—. ¿Casada? ¡No caerá esa breva! Gracias a ti, bastardo. —Le pinchó de nuevo e hizo ademán de propinarle un escobazo en la cabeza.

—Ya lo decía tu padre. Tienes un lado salvaje.

—Conque salvaje, ¿eh? ¿Y no tengo derecho, *porco*? ¿No tengo derecho?

—Vine a buscarte. En 1946. Doblé el recodo y te vi allí con tu bebé en brazos y metiéndole el dedo en la boca, con cara de felicidad.

—¿Eso es estar casada? ¿Quién te lo ha dicho? ¿Qué te importa a ti que yo adopte a una criatura que han dejado a la puerta de mi casa? ¿Por qué no preguntaste? ¿Por qué no dijiste «Perdona, *koritsimou*, pero este bebé es tuyo»?

—Deja de pegarme, por favor. Venía cada año, tú lo sabes. Me viste. Yo siempre te veía con la niña. Estaba tan dolido que no podía ni hablar. Pero tenía que verte.

—¿Dolido? No me lo puedo creer. ¿Dolido, tú?

—Diez años —dijo Corelli—, diez años estuve tan dolido que hasta quise matarte. Y luego pensé: Bueno, de acuerdo, estuve fuera tres años, quizá pensó que había muerto, quizá pensó que la había olvidado, quizá conoció a otro y se enamoró. Mientras sea feliz... Pero yo seguí viniendo año tras año sólo para ver si estabas bien. ¿Es eso traición?

—¿Acaso viste algún marido? ¿Y no pensaste lo que sentía yo al ver que desaparecías cada vez? ¿Pensaste en mi corazón?

—Está bien, sí. Salté la tapia y me escondí. Qué iba a hacer. Pensaba que te habías casado, ya te lo he dicho. Fui muy considerado. Ni siquiera pregunté por *Antonia*.

—Ja —exclamó Pelagia con súbita intuición—. Así que la dejaste para hacerme sentir culpable, ¿eh? ¡Bestia!

—Pelagia, por favor, que los clientes no tienen la culpa. ¿No podríamos dar un paseo y hablarlo?

Ella miró a la gente que los observaba. Unos sonreían disimuladamente, otros fingían mirar hacia otra parte. Había numerosas sillas volcadas que Pelagia había

apartado de su camino en pleno arrebato.

—¡Ojalá hubieras muerto —chilló— y me hubieras dejado con mis fantasías! Tú nunca me quisiste.

Salió airadamente por la puerta, dejando que Corelli saludara a los clientes tocándose el sombrero e inclinándose para decir:

—Ustedes disculpen.

Dos horas después se hallaban sentados en una roca conocida mirando al mar mientras las luces amarillas del puerto se reflejaban en las oscuras aguas.

—Veo que recibiste mis postales —dijo él.

—En griego. ¿Dónde aprendiste griego?

—Al terminar la guerra se supo todo. Abisinia, Libia, la persecución de los judíos, las atrocidades, los millares de prisioneros políticos, en fin, todo. Me avergonzaba de ser un invasor. Tanta vergüenza sentí que no quise seguir siendo italiano. Hace casi veinticinco años que vivo en Atenas. Tengo la nacionalidad griega. Pero viajo a Italia muy a menudo. En verano siempre voy a la Toscana.

—Y yo aquí, queriendo ser italiana. ¿Llegaste a escribir tus conciertos?

—Sí. Tres. Y los he tocado por todo el mundo. El primero está dedicado a ti, y el tema principal es la *Marcha de Pelagia*. ¿Te acuerdas? —Tarareó unos compases hasta que vio que ella intentaba contener las lágrimas.

Pelagia parecía haberse vuelto muy volátil con la edad, pasando fácilmente del llanto a la agresión. De hecho le había hecho saltar los dientes postizos, que habían caído a la arena y luego los había tenido que enjuagar en el mar. Incluso ahora Corelli notaba en la boca un sabor salino aunque no desagradable.

—Pues claro que me acuerdo. —Pelagia inclinó la cabeza y se enjugó los ojos cansinamente.

De pronto dijo:

—Me siento como un poema inacabado.

Corelli sintió una punzada de vergüenza y eludió responder.

—Todo ha cambiado. Antes esto era muy bonito, y ahora todo es de hormigón armado.

—Y tenemos electricidad y teléfono y autobuses y agua corriente y alcantarillas y neveras. Y las casas son a prueba de terremotos. ¿Tan malo te parece?

—El terremoto fue terrible. Yo estaba aquí. Tardé mucho en localizarte y ver que estabas bien. —Se percató de su mirada de asombro y añadió— hice lo que tú dijiste. Me metí a bombero. En Milán. Tú dijiste «¿Por qué no haces algo útil, ser bombero, por ejemplo?», y eso hice. Era igual que el ejército. Entre una emergencia y otra me quedaba tiempo para practicar. Cuando pidieron voluntarios, me presenté el primero. Fue un trabajo muy duro. Y tuve una experiencia horrible. Vi como se abría y cerraba la tumba de Carlo, con su cuerpo allá abajo. Los jirones del uniforme, los huesos machacados, y las dos monedas en los ojos.

Ella se estremeció, dudando si debía contarle el secreto que Carlo había guardado

tan celosamente. Pero preguntó:

—¿Sabías que fueron Carlo y mi padre los que escribieron aquel panfleto sobre Mussolini? Kokolios lo imprimió.

—Lo sospechaba. Pero decidí dejarlo estar. Todos necesitábamos divertirnos un poco, ¿no? Veo que aún llevas mi anillo.

—Sólo porque tengo artritis en los dedos y no he podido quitármelo. Lo hice ajustar a mi medida, y ahora me arrepiento. —Miró el medio halcón en vuelo, con la rama de olivo en el pico y la inscripción *Semper fidelis*. Vaciló un momento—. Y tú, ¿te casaste? Imagino que sí.

—¿Yo? No. Como te he dicho, estaba muy dolido. Era muy antipático con todo el mundo, y más con las mujeres, y luego empezó lo de la música y los viajes por el mundo. Tuve que dejar el cuerpo de bomberos. Además, tú siempre fuiste mi Beatrice. Mi Laura. Yo pensaba: ¿Quién quiere un sucedáneo? ¿Quién quiere estar con una mujer si está soñando con otra?

—Antonio Corelli, ya veo que sigues diciendo mentiras con tu pico de oro. ¿Y cómo soportas mi presencia ahora? Soy una vieja. Cuando me miras no me gusta, porque me acuerdo de cómo era antes. Me da vergüenza ser tan vieja y tan fea. Tú estás bien. Los hombres no degeneráis como nosotras. Tú parece el mismo, pero viejo y delgado. Yo parezco otra, lo sé. Quería que tuvieras un buen recuerdo de mí. Ahora estoy hecha un guiñapo.

—Olvidas que venía a espiarte. Si ves las cosas poco a poco, no hay sobresaltos. Ni decepción. Tú eres la de siempre. —Corelli puso su mano sobre la de ella, la apretó suavemente y dijo—: No te apures. Llevo contigo sólo un rato y sigues siendo Pelagia. Pelagia con mal genio, pero Pelagia al fin.

—¿Se te ocurrió que mi bebé podía ser un bastardo? Podían haberme violado.

—Sí, se me ocurrió. Con los alemanes y la guerra civil...

—¿Y qué?

—La cosa cambia. Nosotros teníamos ciertas ideas acerca de la deshonra y la mercancía pasada, ¿no? Reconozco que era distinto. Menos mal que ya no somos tan imbéciles. Hay cosas que cambian para mejor.

—El hombre que intentó violarme... lo maté.

Él la miró incrédulo:

—*Vacca cane!* ¿Lo mataste?

—No me llegó a deshonrar. Era el novio que tuve antes que tú.

—Nunca me dijiste nada de otro novio.

—¿Estás celoso?

—Pues claro que lo estoy. Pensaba que era el primero.

—Ya ves que no. Y ahora no me vengas con que yo era la primera.

—La mejor sí. —La emoción empezaba a embargarle más de la cuenta e intentó contenerse—. Nos estamos poniendo sentimentales. Dos viejos locos sentimentales. Mira... —Se metió la mano en un bolsillo y sacó una cosa blanca envuelta en una

bolsita de plástico. La abrió y extrajo un pañuelo viejo que agitó para desplegarlo. Tenía unas franjas de color marrón oscuro con los bordes amarillentos—. Es tu sangre, Pelagia, ¿lo recuerdas? Aquel día, buscando caracoles, cuando te cortaste con un espino. La he conservado. Soy un viejo sentimental, ya ves. Pero ¿a quién le importa? No hemos de causar buena impresión a nadie. Nos hemos ganado ese derecho con los años. Hace una tarde preciosa. Pongámonos sentimentales. Nadie nos está mirando.

—Iannis sí. Ha estado todo el rato detrás de ese rollo de cuerda, en el otro muelle.

—Menudo diablillo. Tal vez piensa que necesitas protección. En esta isla nunca ha habido manera de guardar un secreto, ¿verdad?

—Quiero enseñarte una cosa. No leíste los papeles de Carlo, ¿verdad? Había un secreto. Ven a cenar a la taberna y te daré sus escritos. Tenemos un pilaf de caracoles excelente.

—¡Caracoles! —exclamó él—. Eso ya es otra cosa. Lo recuerdo todo del día de los caracoles.

—No te hagas ilusiones. Soy demasiado vieja para esas cosas.

Corelli ocupó su mesa con mantel de plástico a cuadros y leyó aquellas tiesas hojas de papel que con el tiempo se habían ensortijado en las esquinas. La caligrafía le resultaba familiar, así como el tono y los giros, pero era un Carlo que él no había llegado a conocer: «Antonio, mi capitán, vivimos un momento difícil, y tengo el presentimiento de que no sobreviviré. Ya sabe lo que pasa...».

A medida que leía su frente se fue frunciendo, exagerando sus líneas y sus arrugas, y en un par de ocasiones bizqueó sin dar crédito a sus ojos. Cuando hubo terminado, ordenó los papeles, los dejó encima de la mesa y reparó en que los caracoles se habían enfriado. Empezó a comerlos igualmente, pero sin saborearlos. Pelagia fue a sentarse a la mesa.

—¿Y bien?

—¿Sabes eso que decías de que ojalá yo estuviese muerto para que así poder conservar tus fantasías? —Golpeó con un dedo el legajo de papeles—. Pues ojalá no me hubieras enseñado esto. Acabo de darme cuenta de que soy más anticuado de lo que pensaba. No tenía ni idea.

—Él te quería. ¿Eso te repugna?

—Me entristece. Un hombre como él debería haber tenido descendencia. Tardaré un poco en... Me ha afectado mucho. No puedo evitarlo.

—Él no era un héroe más, ¿verdad? Era más complejo. Pobre Carlo.

—Quería hacer algo para compensar. Pobre hombre, me da mucha pena. Me siento culpable. Los chicos le llevaban al burdel. Qué tortura. Es horrible. —Hizo una pausa para reflexionar, y de pronto recordó una cosa—. Le seguí la pista a Günter Weber. No fue difícil, se pasaba el día hablando de su pueblo natal. Él creía que lo buscaba para vengarme, que era de la comisión de crímenes de guerra o algo así. Me estuvo suplicando, de rodillas y todo. Fue tan patético que no supe si reír o llorar. Se

había metido en la iglesia con su padre. Y allí me lo encontré disfrazado de pastor protestante, venga gimotear y arrastrarse. No pude soportarlo. Tenía ganas de darle las gracias y de pegarle a la vez. Debe de estar en el manicomio. O tal vez sea obispo.

Pelagia suspiró.

—A mí todavía me cuesta ser amable con los alemanes. Sigo culpándolos de lo que hicieron sus abuelos. Son muy educados, y las chicas muy bonitas. Estupendas madres. Siento culpa de tener ganas de arrearles.

—Esos pobres diablos van a hacer penitencia toda la vida. Por eso son tan corteses. Están todos acomplejados. Pero dicen que los nazis están volviendo.

—Todos hacemos penitencia. Nosotros tuvimos la guerra civil, vosotros Mussolini y la Mafia y esos escándalos de corrupción, los británicos vienen a pedir disculpas por el imperio y por Chipre, los americanos por Vietnam e Hiroshima. Todo el mundo se disculpa.

—Y yo también.

Pelagia hizo caso omiso. Su intención era resistir mientras le fuera posible, hacerse valer. Cambió de tema astutamente:

—Iannis quiere que le enseñes a leer música, y dice que por qué no vuelves el verano que viene a tocar con él y con Spiro. Spiro se ha ido a Corfú, pero es muy bueno.

—¿Quién? ¿Spiro Trikoupis?

—Sí. ¿Cómo lo sabes? ¿Tanto has espiado?

—Es el mejor mandolinista de Grecia. Le conocí hace años. Ahora sólo toca *bozouki* para turistas. A veces viene a Atenas en invierno. Yo asistí a unas clases que impartió sobre *bozouki* clásico, porque a fin de cuentas no es más que una mandolina grande, y me dije, ¿por qué no? Estuvimos hablando, él conoce algunas piezas mías, de hecho las toca mejor que yo. Es la vejez. Los dedos no me corren. He tocado muchas veces con él. Iannis también será muy bueno, te lo aseguro.

—Él quiere entrar en la orquesta Patras Mandolinales.

—Es una buena idea. Claro que sí. Para empezar está muy bien. En Italia teníamos muchas bandas de ese estilo, sólo que todos los instrumentos eran en forma de mandolina. ¿Te imaginas? Contrabajos y violonchelos como mandolinas. Era divertido de ver.

—Así que eres muy famoso, ¿no?

—En el sentido de que otros músicos han oído hablar de mí, nada más. Tengo un montón de reseñas estúpidas donde se me compara con el otro Corelli. Yo trato de estar a la altura. Soy un cínico. Intenté escribir toda clase de modernidades. Ya sabes, escalas cromáticas, microtonos, en fin, toda clase de golpes, chirridos y ruidos de cortadora de césped. Los únicos que no se dan cuenta de que es una mierda son los especialistas y los críticos. Para mí el infierno es Schoenberg y Stockhausen juntos. —Hizo una mueca—. A decir verdad ni siquiera me gusta Bartok, pero no se lo cuentas a nadie, y hasta me disgusta Brahms cuando salta de una tonalidad a otra sin

pasar por donde tendría que pasar. Comprendí que estaba completamente pasado de moda y que tenía que buscar otra manera de ser innovador. ¿Sabes lo que hice? Cogí melodías antiguas, entre ellas algunas griegas, y las arreglé para instrumentos atípicos. En mi segundo concierto hay gaitas irlandesas y un banjo, y a la crítica le encantó. En realidad no tiene la misma forma o el mismo tipo de desarrollo que puedes encontrar en un concierto de Mozart o Haydn. Eso sí, suena bien. Soy un tramposo a la espera de que lo descubran. Mi especialidad es encontrar nuevas maneras de ser anacrónico. ¿Tú qué opinas de todo esto?

Pelagia lo miró con cierta cautela:

—Antonio, no has cambiado nada. Te pones a gastar palabras pensando que yo sé de qué me hablas. Se te iluminan los ojos y a mí todo eso me suena como si me hablaras en turco.

—Perdona, es el entusiasmo lo que me mantiene vivo. Lo siento. Hasta he llegado a componer falsa música griega para películas. Cuando no podían tener a Markopoulos, Theodorakis o Eleni Karaindrou, me llamaban a mí. El fraude da muchas satisfacciones, ¿no crees? Pero bueno, ahora ya estoy retirado... De hecho, había pensado... No sé qué te parecerá todo esto, pero...

Ella entrecerró los ojos con suspicacia:

—¿Sí? ¿El qué? ¿Vas a engañarme otra vez?

Él le sostuvo la mirada:

—No. Quiero reconstruir la casa vieja. Estoy jubilado y quiero vivir en un sitio bonito. Un sitio con recuerdos.

—¿Sin agua ni electricidad?

—Nada, una bomba desde el pozo viejo y una pequeña planta de filtración. Estoy seguro de que podré conseguir línea de corriente si le paso unas monedas a la persona adecuada. ¿Me venderías el solar?

—Estás completamente loco. Ni siquiera sé si me pertenece. No hay escrituras de nada. Me parece que tendrás que sobornar a todo el mundo.

—Entonces ¿no te importa? ¿No es constructor tu yerno? Para que todo quede en la familia, digo.

—¿Sabes que por poner un techo nuevo tienes que pagar impuestos?

—*Merda*, ¿es por eso que las casas tienen unas barras oxidadas de refuerzo asomando por arriba? ¿Para simular que no están terminadas?

—Sí. ¿Y qué te hace pensar que me interesa tener una cabra vieja como tú viviendo en mi casa antigua?

—Te pagaría para que vinieses a limpiarla —dijo él con malicia.

Pelagia mordió el anzuelo al tomárselo al pie de la letra:

—¿Cómo? ¿Qué necesidad tengo yo de dinero con esta taberna y el yerno más rico de todos los yernos? ¿Te crees que estoy tan loca como tú? Vete a Atenas. De todos modos, lo haría Lemoni.

—¿La pequeña Lemoni? ¿Sigue viviendo aquí?

—Abulta más que un acorazado, y es abuela. Pero se acuerda de ti. *Barba C'relli*. Tampoco ha olvidado la explosión de la mina. Aún habla de ello.

—*Barba C'relli* —repitió él con nostalgia. El tiempo era un bastardo cabrón, eso estaba claro. Unos brazos de viejo ya no pueden lanzar por los aires a una abuela acorazado—. Todavía tengo zumbidos de la explosión —dijo, y luego se quedó callado un momento—. Entonces, ¿me das permiso para levantar otra vez la casa?

—No —contestó ella, resistiéndose aún.

—Oh. —La miró poco convencido. Decidió que volvería a sacar el asunto más adelante—. Vendré a verte mañana por la tarde, con un regalo.

—No quiero ningún regalo. Soy demasiado vieja para eso. Vete al infierno con tus regalos.

—No es un regalo exactamente. Una deuda, más bien.

—La vida es lo que me debes.

—Ah. Pues te traeré una vida.

—Viejo estúpido.

Corelli rebuscó en sus bolsillos y extrajo un *walkman*. Siguió hurgando y sacó el estuche de una casete. Lo abrió, colocó la cinta en el aparato y le ofreció a Pelagia los auriculares. Ella rehusó con un gesto de la mano, como quien ahuyenta un mosquito.

—Vete, antes muerta que ponerme un bicho de éstos. Soy una vieja, no una quinceañera atontada. ¿Crees que tengo edad para ir cabeceando por ahí con eso metido en las orejas?

—No sabes lo que te pierdes. Es maravilloso. Bueno, me voy. Haz que Iannis te enseñe cómo funciona, y escucha. Hasta mañana por la tarde.

Una vez a solas Pelagia cogió el estuche de la casete y extrajo el folleto informativo. Estaba en italiano, inglés, francés y alemán. Antonio Corelli, diez años más joven, de frac y pajarita, tal vez a los sesenta, sonriendo presumido y en su mano derecha una mandolina que sostenía en un ángulo imposible. Fue a por un vaso de vino por aquello de la fortificación general y empezó a leer las notas. Las había escrito un tal Richard Osborne, un inglés que, según constaba en otra nota, era un famoso crítico y experto en Rossini. «Por fin la tan esperada reedición del primer concierto para mandolina y pequeña orquesta de Antonio Corelli, que fue publicado por primera vez en 1954, y estrenado en Milán con el compositor interpretando la parte solista. Inspirado por, y dedicado a, una mujer que aparece en la partitura como *Pelagia*, el tema principal orquestado en compás de 2/2 está planteado muy enfáticamente por el instrumento solista tras una breve introducción de las maderas. Se trata de una sencilla melodía marcial que fue descrita por uno de sus primeros críticos como "ingeniosamente naïve". En el primer movimiento recibe un tratamiento en forma sonata...».

Pelagia leyó el resto sólo por encima. Eran tonterías sobre elaboración contrapuntística y cosas así. Inspeccionó la pequeña hilera de botones con flechas que apuntaban a distintas direcciones, se introdujo cautelosamente los auriculares en los

oídos y pulsó el botoncito de *play*. Se oyó una especie de siseo y luego, para su sorpresa, la música empezó a sonar en el centro mismo de su cabeza y no en sus oídos.

A medida que los sonidos inundaban su mente, un torbellino de recuerdos empezó a tomar forma. Oyó la *Marcha de Pelagia*, no una vez sino muchas. Retazos de la melodía aparecían como por ensalmo en formas curiosamente distorsionadas y antojadizas y en distintos instrumentos. Era tan complicado al final que apenas se distinguía la melodía en medio de aquel torrente de notas a ritmos contrapuestos. En un momento dado aparecía en tiempo de vals («¿Cómo lo habrá hecho?», pensó), y ya hacia el final había un atronador redoble de timbales que le hizo arrancar los auriculares de puro pánico creyendo que había otro terremoto. Se los volvió a poner y notó que en efecto era el terremoto, un retrato musical del mismo, seguido de un largo lamento interpretado por un quejumbroso instrumento que, aunque ella no lo sabía, era un corno inglés. Lo interrumpieron unos golpes aislados de timbal, las secuelas del temblor. Llegaban todas de manera tan inesperada y súbita que le hacían saltar de la silla, con el corazón palpitándole. Y entonces entraba la mandolina marchando confiada en una recapitulación del tema, para su sonido irse extinguiendo paulatinamente, hasta que se hizo el silencio. Pelagia sacudió el aparato pensando que le fallaban las pilas. Aquel tipo de música solía acabar con andanadas de acordes triunfales, ¿o no? Apretó un botón al azar y el aparato soltó un chasquido. No era ése, así que apretó el otro y esperó a que la cinta volviera al principio. La segunda vez oyó más cosas que la primera, incluso unos tableteos que sonaban idénticos a los de las armas automáticas durante las masacres. Había un fragmento más o menos frívolo, que podía ser lo de ir a gatas en busca de caracoles. Pero seguía habiendo esa misma conclusión poco satisfactoria que fundía hasta el silencio. Se quedó allí sentada pensando en ello, incluso un poco enfadada, hasta que reparó en que su nieto adolescente la estaba mirando boquiabierto.

—Abuela —dijo el chico—, tienes un *walkman*...

Ella lo miró irónicamente.

—Es de Antonio. Me lo ha prestado. Y si crees que parezco tonta con esto en la cabeza, ¿qué te hace pensar que tú no? Cabeceando con la boca abierta, y desafinando. Si a ti te están bien, a mí también.

Iannis no se atrevió a decir «Puesto en una vieja parece una chorrada», así que sonrió y se encogió de hombros. Su abuela supo qué era exactamente lo que estaba pensando, y le dio un suave bofetón, casi una caricia.

—¿Sabes qué? —le dijo—. Antonio va a reconstruir la casa vieja. Y, por cierto, Lemoni me dijo que tu madre le dijo que tú le habías dicho a tu madre que yo tengo un nuevo novio. Bueno, pues no. Y de ahora en adelante, no te metas donde no te llaman.

Corelli tuvo problemas para ir desde el muelle hasta la Taberna Drosoula la noche siguiente. Ya no era tan fuerte como antes, y además, no tenía experiencia con esa

clase de cosas. Era inútil tirar y tirar, y vociferar órdenes en el mejor estilo artillero tampoco parecía funcionar. Fue un día agotador.

Cuando finalmente apareció en la taberna tambaleándose y haciendo esfuerzos y se desplomó en una silla, Pelagia se separó de su *walkman*, lo puso a rebobinar y preguntó:

—¿Qué haces aquí con eso?

—Es una cabra. Como ves, te he traído una vida.

—Ya veo que es una cabra. ¿Crees que nunca he visto ninguna? ¿Qué pinta aquí?

Él le lanzó una mirada ligeramente funesta y dijo:

—Según tú, yo no cumplo mis promesas. Te prometí una cabra, ¿te acuerdas? Pues aquí está. Y siento que la vieja te la robaran. Como ves, ésta es exactamente igual.

Pelagia resistió; casi había olvidado lo agradable que era:

—¿Quién te ha dicho que necesito una cabra, a mi edad, y aquí en la taberna?

—A mí me da igual si no la quieres. Te la prometí y aquí está. Una cabra igual que la que tenías. Véndela si quieres. Pero si supieras lo que me ha costado meterla en el taxi, no serías tan inflexible.

—¿En un taxi? Pero ¿de dónde la has sacado?

—Del monte Aínos. Le pregunté a un taxista: «¿Dónde puedo encontrar una cabra como las de antes?», y él contestó: «Suba», y fuimos hasta la montaña dejando atrás la base de la OTAN. Tardamos horas. Y allí había un viejo llamado Alekos que me envió esta cabra. Me estafó, eso seguro, y luego tuve que pagar doble al taxista para traerla. Y no te digo cómoapestaba. Ya ves lo que he sufrido, y ahora tú me chillas y me graznas como una corneja.

—¿Una corneja? Pero qué disparates. —Pelagia se agachó y aferró el hocico de la cabra con una mano. Con la otra le levantó los labios para examinarle los dientes amarillentos. Luego escarbó entre el pelo de las ancas y se enderezó—. Es una cabra muy buena. Tiene garrapatas, pero por lo demás está muy bien. Gracias.

—¿Cómo la vamos a llamar? —preguntó Iannis.

—Le pondremos *Apodosis* —dijo Pelagia, acariciando ya la idea de volver a tener una cabra—, podemos atarla a un árbol y darle de comer las sobras.

—*Apodosis* —repitió Corelli, asintiendo con la cabeza—. Un nombre muy ajustado. *Restitución*. Es perfecto. ¿Crees que te dará mucha leche? Podrías hacer yogur...

Pelagia sonrió, radiante de condescendencia:

—Ordéñala tú si quieres, Corelli. Yo prefiero probarlo sólo con las hembras. —Señaló hacia abajo al ancho escroto rosado con sus dos cosas oblongas y ahusadas dentro—. Esplendorosas ubres, ¿eh?

—*Coglione!* —dijo él oportunamente, hundiendo la cara entre sus manos.

Iannis admiraba a la gente que podía renegar, sobre todo en idiomas distintos del suyo, pero en un viejo le resultaba extraño. La gente vieja siempre te estaba

regañando por decir palabrotas. Este Corelli era sin duda tan extraño como extraña se estaba volviendo su abuela, siempre de un lado al otro con el *walkman* remetido entre sus mechones grises y sonriendo vanidosa cuando no se sabía observada. Aquella misma mañana Iannis la había pillado frente al espejo, haciendo poses con diferentes juegos de pendientes del Bazar Antonia, y meneando la cabeza en actitudes que sólo podían calificarse de coquetas.

—Mañana, otra sorpresa —anuncio Corelli, levantó su maltrecho sombrero y se fue.

—Ay, Señor —dijo Pelagia, llena de premonitorios recelos.

Se le ocurrió que tenía que enseñarle su versión actualizada de *Historia personal de Cefalonia*; probablemente le interesaría saber que la verdadera razón de las masacres fue que Eisenhower había desautorizado tercamente todos los planes de Churchill de liberar las islas y enviado a los aviones italianos a perder el tiempo a Tunisia en lugar de a Cefalonia. Imaginaba que Corelli sabía que la orden de llevar a cabo las atrocidades vino directamente de Hitler, aunque podía ser que no lo supiera.

—¿Sois novios? —insistió Iannis, pertinaz, pese a que ella lo negaba cada vez que él se lo preguntaba.

—Vete a lavar los platos o te quedas sin paga —le respondió su abuela, y fue por un cepillo para peinar a la cabra, como en los viejos tiempos. Se preguntaba dónde encontrar ahora una cría de marta.

El capitán se superó a sí mismo cuando apareció a la puerta con un chirriar de frenos, un rugir de pistones y una nube de oloroso humo azul. Pelagia se quedó con las manos en las caderas y meneó lentamente la cabeza mientras él bajaba de la motocicleta. Era de color rojo intenso, muy alta, tenía gruesos neumáticos de perfil nudoso y parecía diseñada para carreras. El capitán giró la llave y apagó el estruendo. Luego bajó la patilla y la apoyó en el suelo.

—¿Sabes adónde vamos? Vamos a comprobar si *Casa Nostra* aún sigue allí. Como en los viejos tiempos... —Dio unos golpecitos al manillar— en moto.

Pelagia negó con la cabeza:

—¿En serio crees que aguantó el terremoto? ¿Y en serio crees que voy a subir en una cosa de ésas, a mi edad? Mira, vete y déjame en paz. No me vengas otra vez con tus chifladuras.

—La he alquilado ex profeso. No es tan bonita como la antigua y hace un ruido horrible, como una lata de clavos, pero va muy bien.

Pelagia le miró y luchó para reprimir una sonrisa. Llevaba un ridículo casco integral azul con un poco de visera, y unas gafas de espejo tan nuevas que no había atinado aún a quitarles la etiqueta, la cual le colgaba sobre una mejilla como una hoja de otoño atrapada en una tela de araña. Vio su propia cara de desaprobación reflejada estereoscópicamente en los cristales de las gafas de sol, y se contempló levantando las palmas de las manos hacia arriba:

—Ni pensarlo. Soy demasiado vieja, y tú ni siquiera de joven conducías derecho.

Entonces estabas loco, pero ahora más.

Él se defendió:

—En la motocicleta vieja íbamos dando tumbos porque tenía que estar todo el rato pendiente de la palanca de encendido. Pero en ésta todo es automático. —Alzó las manos y las dejó caer, como diciendo «No hay problema», y le hizo señas animándola a subir.

—Ni hablar —dijo ella—. Tengo las rodillas tiesas y ni siquiera puedo levantar las piernas lo suficiente.

Pelagia advirtió de pronto que encima de la camisa Corelli llevaba una prenda vistosa que le recordó a los *hippies* que habían invadido la isla a finales de los años sesenta. Entrecerró un poco los ojos para enfocar mejor y entonces vio que llevaba puesto el chaleco de terciopelo rojo con flores, águilas y peces bordados que ella le había regalado cincuenta años atrás. Fingió no haberse dado cuenta y se ahorró comentarios, pero la dejó pasmada que él lo hubiera conservado con tanto esmero todos aquellos años. Estaba conmovida.

—*Koritsimou* —dijo él, a sabiendas de que se lo había visto y calculando que ello podía haber menguado su resistencia.

—He dicho que no.

—¿No quieres ver Casa Nostra?

—Con un loco, no.

—No me digas que he alquilado la moto para nada.

—Allá tú.

—La tengo para dos días. Podemos ir a Kastro, a Assos, a Fiskardo. Podemos sentarnos en una roca a ver si pasan delfines.

—Vuélvete a Atenas, viejo loco.

—He traído un casco para ti también.

—Yo eso no me lo pongo. ¿Me has visto alguna vez con algo de color rojo?

—Iré yo solo.

—Vete, pues.

Le llevó una eternidad convencerla. Mientras corrían peligrosamente por las pedregosas carreteras, ella iba agarrada a su cintura, helada de terror, hundida la cara entre los omóplatos de él y sintiendo en las ingles el golpeteo de la máquina, una sensación que era a la vez sumamente placentera y absolutamente inquietante. Corelli notó que se le agarraba más desesperadamente aún que en los viejos tiempos, y tuvo el cinismo de añadir una serie de derrapes deliberados a los que se producían ya de manera alarmantemente accidental.

Pelagia se sujetaba tenazmente a su cintura. Comprobó que con los años Corelli había encogido tanto como ella se había ensanchado. El conductor torció bruscamente hacia el arcén, patinando un poco y lanzando por los aires una lluvia de gravilla. «Gerasimos bendito», pensó ella, y en busca de seguridad deslizó los brazos en torno a la cintura de él y enlazó los dedos por delante.

Adelantaron a un venerable ciclomotor gris que resoplaba a fuerza de explosiones. Iba engalanado no con una sino con tres chicas, todas ellas ataviadas con idénticos y brevísimos vestidos blancos. Corelli captó un vislumbre de esbelto muslo joven de pechos recién crecidos, de cejas arqueadas sobre ojos negros y de largos cabellos sueltos de un color tan oscuro que era casi azul. Sintió nacer en su corazón una melodía, una alegre tonada que resumía el eterno espíritu de Grecia, un concierto griego. Para componerlo sólo tendría que pensar que iba en moto con Pelagia camino de *Casa Nostra* y que adelantaban a unas chicas en la primera y más exquisita floración de su libertad y su belleza. La muchacha que conducía el ciclomotor llevaba los pies sobre el depósito de combustible, la segunda estaba retocándose el maquillaje con ademanes de pintor, y la tercera iba mirando hacia atrás, rozando casi la calzada con sus sandalias. La expresión de su cara era de gran seriedad, iba absorta con la lectura del periódico mientras con elegantes dedos intentaba impedir que la brisa le arrancara las páginas.

NOTA DEL AUTOR

He procurado ser fiel a la historia todo lo que me ha sido posible, aunque, por ejemplo, he fusionado las costumbres de dos festividades religiosas. En lo que atañe a Cefalonia he tenido que sacar el máximo provecho de la escasa información existente; está claro que la isla necesita con urgencia un doctor Iannis o una Pelagia que escriban una historia decente de la misma. Gran parte de lo que he escrito se compone de información de segunda mano atemperada por leyendas y recuerdos brumosos, como la historia misma, al fin y al cabo. Dos cosas más:

En primer lugar, el hecho de que la división Acqui se condujera aceptablemente en Jonia no disminuye en modo alguno los horrores perpetrados en otras partes por las fuerzas armadas italianas.

En segundo lugar, viene siendo tradición entre cierta clase de intelectuales incoherentes sostener que los comunistas griegos fueron héroes románticos injustamente reprimidos por los imperialistas británicos a fin de restaurar la monarquía en contra de la voluntad popular. Por muy agradable que sea crear ilusiones o mitos que armonicen con nuestros propios prejuicios políticos, resulta imposible creer en éste dado el escasísimo conocimiento de las fuentes originales. No he podido por menos que concluir que, cuando no fueron absolutamente inútiles, pérfidos y parasitarios, fueron inenarrablemente bárbaros. Ahora que la guerra fría ha terminado, no existen ya intereses creados para pretender lo contrario. Hasta el propio Tito los abandonó al final, al parecer asqueado, aun cuando los comunistas habían aprendido sus tácticas de él y de los nazis, tácticas idénticas a las que Tito había empleado con tanto éxito como cinismo contra sus compatriotas y contra los desdichados soldados italianos que fueron de buena fe a luchar por él. Quienes deseen saber qué ocurrió en la guerra civil griega solamente necesitan saber lo que pasaba en Yugoslavia en el momento de escribir esto, salvo que en el primer caso los británicos hicieron lo correcto, que no lo más sensato, y contribuyeron a poner fin a la contienda.

AGRADECIMIENTOS

Gracias en especial a Anne y Arturo Grant, a Iannis Stamiris (el novelista), a Alexandros Rallis de la embajada griega en Londres, a Helen Cosmetatos del Museo de Historia Corgialenios, de Argostolion, a Giovanni Camisa y al personal de la biblioteca pública Earlsfield de Londres. Ninguno de ellos es responsable en modo alguno de la interpretación que he hecho de la información que me proporcionaron.

Estoy en deuda con una serie innumerable de libros, pero en especial con los siguientes:

CAPELL, Richard, *Simionatta*, Macdonald & Co.

CERVI, Mario, *Storia della Guerra di Grecia*, Sugar Editore, 1965.

CICELLIS, Kay, *The Easy Way*, Harvill Press, 1950.

EVANS, John, *Time After Earthquake*, Heinemann, 1954.

GAGE, Nicholas, *Hellas*, Collins Harvill, 1987.

LAMB, Richard, *War in Italy: 1943-1945*, John Murray, 1993.

MACK SMITH, Dennis, *Mussolini*, Weidenfeld & Nicolson, 1981.

MYERS, E. C. W., *Greek Entanglement*, Rupert Hart-Davis, 1955.

VENTURI, Marcello, *The White Flag*, Blon, 1966.

Mis excusas a Caroline por tantas comidas a deshora y tantas obligaciones no cumplidas.



LOUIS DE BERNIÈRES nació en Londres el 08 de diciembre de 1954. Es un escritor británico.

Se graduó en Filosofía por la Universidad Victoria de Manchester y estudió Magisterio en la Universidad Politécnica de Leicester obteniendo un máster en la Universidad de Londres.

Ha ocupado diversos puestos de trabajo: jardinero, mecánico, cadete oficial en Sandhurst y maestro de escuela, tanto en Colombia como en Inglaterra, hasta dedicarse por completo a la escritura. Publicó su primera novela en 1990 y fue seleccionado por la revista *Granta* como uno de los veinte mejores jóvenes novelistas británicos en 1993. Saltó a la fama por su novela *La mandolina del capitán Corelli*, con la que obtuvo el Commonwealth Writers Price, y que fue llevada al cine.

El 16 de julio de 2008 fue investido *Doctor Honoris Causa* en Artes por la Universidad de Montfort en Leicester. Además de escribir, toca la flauta, la mandolina, el clarinete y la guitarra.

Actualmente vive en Norfolk, en la zona este de Gran Bretaña.

Notas

[1] Términos utilizados en inglés para referirse, respectivamente, a italianos y alemanes generalmente con una connotación despectiva. (*N. del T.*). <<

[2] «Fetén», «sencillamente bárbaro» y «horripilante en grado sumo». (N. del T.) <<

[3] Término despectivo para designar a los extranjeros y, en especial, a los de piel oscura. (*N. del T.*). <<